TOBY WILKINSON

AUGE Y CAÍDA DEL ANTIGUO EGIPTO

La historia del antiguo Egipto y la extraordinaria civilización que floreció a orillas del Nilo es un relato increíble repleto de acontecimientos excepcionales, como la construcción de las pirámides, la conquista de Nubia, la revolución religiosa de Ajenatón, el poder y la belleza de Nefertiti, la vida y la muerte de Tutankamón, la crueldad de Ramsés, la invasión de Alejandro Magno y la relación fatal de Cleopatra con Roma que acabó con la caída del Egipto ptolemaico.

Pero si los tres mil años de civilización faraónica contienen todos los elementos de una novela épica -cortes fastuosas, intrigas dinásticas, turbios asesinatos y batallas legendarias; historias individuales de heroísmo y villanía, de triunfo y de tragedia; mujeres poderosas y reyes despóticos- la realidad histórica es aún más sorprendente y mucho más interesante. Los antiguos egipcios fueron el primer pueblo en compartir una cultura, una perspectiva y una identidad, dentro de un territorio definido y bajo una autoridad política común: el concepto de nación que sigue imperando en el mundo. Como primer estado nación, la historia del antiguo Egipto es sobre todo la historia de cómo se unió un reino dispar y de cómo se defendió de sus enemigos.

En esta magnífica obra ilustrada, Toby Wilkinson combina un amplio arco narrativo con su detallado conocimiento de los jeroglíficos y la iconografía del poder, para revelar toda la complejidad del antiguo Egipto y contarnos la historia de una de las civilizaciones más influyentes y duraderas desde sus albores hasta la muerte de Cleopatra.

Toby Wilkinson

Auge y caída del antiguo Egipto

ePub r1.0
Titivillus 01.12.2021

Título original: *The Rise and Fall of Ancient Egypt*
Toby Wilkinson, 2010
Traducción: Francisco José Ramos Mena, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Ben y Ginny

Conocí a un viajero de una antigua tierra
que me dijo: «Dos enormes piernas de piedra se yerguen
sin su tronco en el desierto. Junto a ellas,
semihundido en la arena, yace un rostro destrozado;
su ceño fruncido, la mueca de sus labios y su desdén de frío dominio
revelan que su escultor comprendió bien esas pasiones
que todavía sobreviven, grabadas en la materia inerte,
a la mano que se mofó de ellas y al corazón que las alimentó.
Y en el pedestal se leen estas palabras:
"Mi nombre es Osimandias, rey de reyes:
¡Contemplad mis obras, oh poderosos, y desesperad!".
No queda nada más. En torno a la decadencia
de aquellos colosales restos, infinitas y desnudas,
las solitarias y llanas arenas se extienden hasta el horizonte».

PERCY BYSSHE SHELLEY, «Osimandias»

Nota sobre los nombres propios

Los nombres de los personajes y lugares del antiguo Egipto se transcriben, según el uso contemporáneo, en la forma que más se aproxima a la original (cuando se conoce), excepto en aquellos casos en que la forma clásica de un topónimo ha dado lugar a un adjetivo ampliamente utilizado: de ahí el uso de Menfis (y menfita) en lugar de la forma Mennefer o la más antigua Ineb-hedy; Tebas (tebano) en lugar de Uaset; Sais (saíta) en lugar de Sa, o Heracleópolis (heracleopolitano) en lugar de Nennesut. Para facilitar las referencias, tras la primera mención de un topónimo antiguo en el texto se incluye el equivalente actual entre paréntesis, y también se dan los equivalentes antiguos de los topónimos clásicos.

Por razones de accesibilidad, los nombres de los gobernantes persas y griegos de Egipto de los siglos VI a I a.C. se transcriben en su forma clásica y castellanizada; por ejemplo: Darío en lugar de Dariyahavush, Ptolomeo en lugar de Ptolemaios o Marco Antonio en lugar de Marcus Antonius.

Los numerales romanos (como, por ejemplo, Thutmose I-IV o Ptolomeo I-XV) son una convención moderna, utilizada para distinguir entre diferentes reyes en la secuencia de los que compartieron un mismo nombre propio. En realidad, a lo largo de casi toda la historia egipcia se hacía referencia a los reyes principalmente por sus nombres de trono; unos nombres formulistas, a menudo prolijos y en general poco familiares excepto para los egiptólogos.

Nota sobre las fechas

A excepción del Prólogo y del Epílogo, y a menos que se indique otra cosa, todas las fechas son antes de Cristo. En el caso de las fechas anteriores a 664 a.C. existe cierto margen de error, que va de unos diez o veinte años para el Imperio Nuevo hasta unos cincuenta o cien para el Período Dinástico Temprano; las fechas que se dan en el texto se corresponden con el actual consenso generalizado entre los académicos. A partir de 664 a.C., las fuentes externas a Egipto hacen posible una cronología precisa.

Cronología

Todas las fechas son antes de Cristo. El margen de error es aproximadamente de un siglo hacia 3000 a.C. y de unas dos décadas hacia 1300 a.C.; a partir de 664 a.C. las fechas son exactas.

El sistema de dinastías diseñado en el siglo III a.C. no está exento de problemas —por ejemplo, hoy se admite que la VII Dinastía resulta totalmente espuria, mientras que de varias otras se sabe que han gobernado al mismo tiempo en diferentes partes de Egipto—, pero aun así sigue siendo el método más cómodo para subdividir la historia del antiguo Egipto. Los períodos que las abarcan son convenciones académicas más modernas.

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
PERÍODO DINÁSTICO TEMPRANO, 2950–2575		
I Dinastía, 2950-2750		
Narmer	Unificación de Egipto	Se construye el túmulo de Newgrange, Irlanda
Aha		
Dyer		
Dyet		
Den		
Anedyib		
Semerjet		
Qaa		
II Dinastía, 2750-2650		
Hetepsejemuy		
Nebra		
Nynecher		Surgimiento del Imperio elamita

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
Varios reyes efímeros		
Peribsen		
Jasejem(uy)		Primeras evidencias de tejido de seda en China
III Dinastía, 2650-2575		
Necherjet (Dyeser), 2650-2620	Pirámide Escalonada de Saqqara	
Sejemjet		
Jaba		
Sanajt		
Huny, 2600-2575		Surgimiento de la civilización del Indo
Imperio Antiguo, 2575-2125		
IV Dinastía, 2575-2450		
Seneferu, 2575-2545	Apogeo de la construcción de pirámides	
Jufu, 2545-2525	Gran Pirámide de Giza	
Dyedefra		
Jafra	Se termina la Gran Esfinge	
(Rey efímero anónimo)		
Menkaura		
Shepseskaf		
V Dinastía, 2450-2325		
Userkaf	Templos consagrados al sol	
Sahura		
Neferirkara Kakai		
Shepseskara Isi		
Neferefra		
Nyuserra Iny		
Menkauhor		
Dyedkara Isesi		Sargón funda el Imperio acadio

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
Unis, 2350-2325	Recopilación de los Textos de las Pirámides	
VI Dinastía, 2325-2175		
Teti		
Userkara		
Pepy I, 2315-2275		
Merenra		
Neferkara Pepy II, 2260-2175	Expediciones de Harjuf a Nubia	
VIII Dinastía, 2175-2125		
Dieciocho reyes efímeros, entre ellos:		
Nemtyemsaf II	Declive de la autoridad real	
Neithikerty Siptah		
Ibi		
Neferkaura		
Neferkauhor		
Neferirkara		
Primer período intermedio, 2125-2010		
IX/X Dinastías, 2125-1975		
Varios reyes, entre ellos:	Auge del culto a Osiris	
Jety I		
Jety II		
Merykara		
XI Dinastía, 2080-1938		
Intef I	Estalla la guerra civil	Fase principal de Stonehenge
Intef II		Surgimiento de la civilización minoica en Creta; colapso de la civilización del Indo
Intef III		

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
IMPERIO MEDIO, 2010-1630		
Mentuhotep II, 2010-1960	Termina la guerra civil; Egipto reunificado	
Mentuhotep III, 1960-1948		
Mentuhotep IV, 1948-1938		
XII Dinastía, 1938-1755		
Amenemhat I, 1938-1908	Florece la literatura	
Senusert I, 1918-1875	Construcción de las fortalezas nubias	
Amenemhat II, 1876-1842		Primeras evidencias de caballos domésticos en Asia Central
Senusert II, 1842-1837		
Senusert III, 1836-1818		
Amenemhat III, 1818-1770	Recuperación de tierras en El Fayum	Recopilación del Código de Hammurabi
Amenemhat IV, 1770-1760		Fecha atribuida a la fundación de la Dinastía Shang en China, 1766
Sobekneferu, 1760-1755		
XIII Dinastía, 1755-1630		
Al menos cincuenta reyes, entre ellos:		Inmigración asiática al delta
Sebekhotep III		Fundación del Imperio hitita
SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO, 1630-1539		
XIV Dinastía		
Varios reyes efímeros, empezando por: Nehesy	Fragmentación política	
XV Dinastía (hicsos), 1630-1520		
Seis reyes, entre ellos:		

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
Jyan, 1610-1570		
Apepi, 1570-1530	Guerra civil con Tebas	
Jamudy, 1530-1520		
XVI Dinastía		
Numerosos reyes efímeros, entre ellos:		
Neferhotep III		
Mentuhotepi		
XVII Dinastía		
Numerosos reyes, entre ellos:		Surgimiento de la civilización micénica en Grecia
Rahotep		
Nubjeperra Intef		Babilonia, saqueada por los hititas
Sobekemsaf II		
Seqenenra Taa, 1545-1541	Batallas contra los hicsos	
Kamose, 1541-1539		
Imperio Nuevo, 1539-1069		
XVIII Dinastía, 1539-1292		
Ahmose (I), 1539-1514	Derrota y expulsión de los hicsos	
Amenhotep I, 1514-1493	Se inaugura el Valle de los Reyes	
Thutmose I, 1493-1481	Conquista de Nubia	
Thutmose II, 1481-1479		
Thutmose III, 1479-1425	Batalla de Megido, abril de 1458	Conquista micénica de Creta, fin de la civilización minoica
Hatshepsut, 1473-1458		
Amenhotep II, 1426-1400	Imperio egipcio en el Máshrek	
Thutmose IV, 1400-1390		Escritura lineal B
Amenhotep III, 1390-1353	Construcción de monumentos en Tebas	

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
Amenhotep IV/Ajenatón, 1353-1336	Fundación de Ajetatón, 1349	
Neferneferuatón, 1336-1333		
Semenejkara, 1333-1332		
Tutankamón, 1332-1322		
Ay, 1322-1319		
Horemheb, 1319-1292	El ejército alcanza un papel preponderante	Apogeo de la civilización olmeca en México
XIX Dinastía, 1292-1190		
Ramsés I, 1292-1290		
Seti I, 1290-1279		
Ramsés II, 1279-1213	Batalla de Qadesh, mayo de 1274	
Merenptah, 1213-1204	Invasión libia, 1209	Saqueo de la capital hitita
Amenmeses, 1204-1200		
Seti II (Seti-Merenptah), 1204-1198		
Siptah, 1198-1193		
Tausert, 1198-1190		
XX Dinastía, 1190-1069		
Sethnajt, 1190-1187		
Ramsés III, 1187-1156	Batalla contra los Pueblos del Mar	Fecha atribuida a la caída de Troya, 1184
Ramsés IV, 1156-1150		Colapso de la civilización micénica
Ramsés V, 1150-1145		
Ramsés VI, 1145-1137		
Ramsés VII, 1137-1129		
Ramsés VIII, 1129-1126		
Ramsés IX, 1126-1108	Empiezan los saqueos de tumbas	
Ramsés X, 1108-1099		
Ramsés XI, 1099-1069		

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
TERCER PERÍODO INTERMEDIO, 1069-664		
XXI Dinastía, 1069-945		
Nesbanebdyedet, 1069-1045	División formal de Egipto	Composición del *Rigveda* en la India
(Herihor, 1069-1063)		
(Pinedyem I, 1063-1033)		
Amenemnesu, 1045-1040		
Pasebajaenniut I, 1040-985		
Amenemope, 985-975		
(Pinedyem II, 985-960)		
Osorkon el Viejo, 975-970		
Siamón, 970-950		
Pasebajaenniut II, 950-945		
XXII Dinastía, 945-715		
Sheshonq I, 945-925	Conquista egipcia de Judá	Muerte de Salomón, división del reino judío en Israel y Judá
Osorkon I, 925-890		Auge del Imperio asirio
Sheshonq II, 890		
Takelot I, 890-874		
Osorkon II, 874-835	Secesión de Tebas	
Sheshonq III, 835-793		Fecha atribuida a la fundación de Cartago, 814
Sheshonq IV, 793-783		Surgimiento de la civilización etrusca en Italia
Pimay, 785-777		Primeros Juegos Olímpicos conocidos, 776
Sheshonq V, 777-740		Fecha atribuida a la fundación de Roma, 753
Padibastet (II), 740-730		Homero compone la *Ilíada* y la *Odisea*
Osorkon IV, 735-715		
XXIII Dinastía, 838-720		
Takelot II, 838-812	Guerra civil en Tebas	
Padibastet (I), 827-802		
Iuput I, 812-802		
Sheshonq VI, 802-796		

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
Osorkon III, 796-768		
Takelot III, 773-754		
Rudamón, 754-735	Conquista kushita de Tebas	
Iny, 735-730		
Peftyauembastet, 730-720		
XXIV Dinastía, 740-715		
Tefnajt, 740-720		
Bakenrenef, 720-715		
XXV Dinastía (kushita), 728-657		
Pianjy, 747-716	Conquista kushita de Egipto, 728	
Shabako, 716-702		Traslado de la capital asiria a Nínive, 705
Shabitko, 702-690		
Taharqo, 690-664	Invasiones asirias	
Tanutamani, 664-657		
Período tardío, 664-332		
XXVI Dinastía (saíta), 664-525		
Psamético I, 664-610	Reintegración de Tebas	Conquista babilonia de Asiria, saqueo de Nínive, 612
Necao II, 610-595		Exilio judío a Babilonia; construcción de las primeras pirámides mayas
Psamético II, 595-589		
Uahibra, 589-570	Rechazo de la invasión babilonia	
Ahmose II, 570-526	Emporio griego de Naucratis	Conquista persa de Babilonia, 539; nacimiento de Buda y Confucio
Psamético III, 526-525		

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
XXVII Dinastía (primer período persa), 525-404		
Cambises, 525-522	Persia conquista Egipto	
Darío I, 522-486	Construcción del antiguo canal de Suez, 497	Fundación de la República romana, 509; Atenas adopta la democracia, 509-507
Jerjes I, 486-465		Batalla de las Termópilas, 480; muerte de Buda y Confucio
Artajerjes I, 465-424		Se termina el Partenón de Atenas, 432; guerra del Peloponeso, 431
Darío II, 424-404		Muerte de Eurípides y de Sófocles, 406
XXVIII Dinastía, 404-399		
Amenirdis, 404-399	Rivalidad entre las dinastías del delta	Ejecución de Sócrates, 399
XXIX Dinastía, 399-380		
Nayfaarudye I, 399-393		
Hakor, 393-392		
Pasherienmut, 392-391		
Hakor (restaurado), 391-380		
Nayfaarudye II, 380		
XXX Dinastía, 380-343		
Najtnebef, 380-362	Egipto contrata a mercenarios espartanos	
Dyedhor, 365-360		
Najthorhabet, 360-343		Muerte de Platón, 347
XXXI Dinastía (segundo período persa), 343-332		
Artajerjes III, 343-338	Persia reconquista Egipto	
Arsés, 338-336		
Darío III, 336-332		

Período/Fecha/Dinastía/Rey	*Acontecimientos producidos en Egipto*	*Acontecimientos producidos fuera de Egipto*
Dinastía macedónica, 332-309		
Alejandro III (Magno), 332-323	Alejandro visita al oráculo de Siwa	
Filipo III Arrideo, 323-317		
Alejandro IV, 317-309		
Período ptolemaico, 309-30		
Ptolomeo I, 304-282	Fundación de la Biblioteca de Alejandría	
Ptolomeo II, 285-246	Se termina el faro, 280	Estalla la Primera Guerra Púnica, 264
Ptolomeo III, 246-221		
Ptolomeo IV, 221-204	Rebelión de Tebas, 205-186	Estalla la Segunda Guerra Púnica, 218; Aníbal cruza los Alpes
Ptolomeo V, 204-180		
Ptolomeo VI, 180-145	Roma interviene para salvar Egipto	Estalla la Tercera Guerra Púnica, 149; Roma destruye Cartago, 146
Ptolomeo VIII y Cleopatra II, 170-116		
Ptolomeo IX, 116-107, y Cleopatra III, 116-101		
Ptolomeo X, 107-88		
Ptolomeo IX (restaurado), 88-80		
Ptolomeo XI y Berenice III, 80		
Ptolomeo XII, 80-58	Consagración del templo de Horus, 70	
Cleopatra VI, 58-57, y Berenice IV, 58-55		
Ptolomeo XII (restaurado), 55-51	Cleopatra conoce a Marco Antonio, 55	César desembarca en Gran Bretaña, 55
Cleopatra VII, 51-30 y Ptolomeo XIII, 51-47	Cleopatra conoce a César, 48	
y Ptolomeo XIV, 47-44, y Ptolomeo XV Cesarión, 44-30		Asesinato de César, 44; Roma conquista Egipto

Prólogo

El 26 de noviembre de 1922, dos horas antes del ocaso, el egiptólogo inglés Howard Carter penetraba, junto con otros tres compañeros, en un corredor tallado en la roca y excavado en el suelo del Valle de los Reyes. El insólito cuarteto estaba formado por tres hombres de mediana edad y una mujer mucho más joven. Carter era un hombre pulcro, algo estirado, que andaba cerca de cumplir los cincuenta años, con un bigote cuidadosamente recortado y el cabello alisado hacia atrás. En los círculos arqueológicos tenía fama de obstinado y de tener un temperamento irritable, pero también se le respetaba, aunque fuera algo a regañadientes, por su enfoque serio y académico de las excavaciones. Había hecho de la egiptología su carrera, pero al carecer de suficientes recursos privados dependía de otros para financiar su trabajo. Por fortuna, acababa de encontrar al hombre adecuado para pagar sus excavaciones en la orilla oeste del Nilo, en Luxor. De hecho, su patrocinador estaba por entonces con él, compartiendo la emoción del momento. George Herbert, quinto conde de Carnarvon, era un hombre muy distinto. De carácter bullicioso y jovial a pesar de sus cincuenta y seis años, había llevado la vida de un aristócrata diletante y de joven se había entregado a su pasión por los coches veloces. Pero en 1901 había sufrido un accidente de tráfico que había estado a punto de costarle la vida, y que le dejó debilitado y propenso a padecer dolores reumáticos. Para escapar del frío y húmedo aire de los inviernos ingleses, había decidido pasar varios meses al año en el clima, más cálido y seco, de Egipto, y de ese modo se había iniciado su interés en la arqueología como aficionado. Una reunión con Carter en 1907 inauguró la asociación que iba a hacer historia. Junto con los dos hombres, en aquel «día memorable» —como más tarde lo calificaría el propio Carter— estaban también la hija de Carnarvon, lady Evelyn Herbert, y un viejo amigo de Carter, Arthur «Pecky» Callender, un directivo de ferrocarriles retirado que solo hacía tres semanas que se había incorporado a la excavación. Aunque era un novato en arqueología, los conocimientos de Callender sobre arquitectura e ingeniería hacían de él un miembro útil en el equipo. Su minuciosidad y formalidad eran del agrado de Carter, y además estaba bastante acostumbrado a los frecuentes cambios de humor de este último.

Justo tres días después de que se iniciara la temporada de excavaciones (que había de ser la última, ya que ni siquiera la fortuna de Carnarvon era inagotable), los operarios habían descubierto un tramo de escalones que descendían por el lecho de roca. Una vez que se hubo limpiado a conciencia la escalera, se descubrió un muro de protección exterior cubierto de yeso que tenía grabada una impronta de sello. Aun sin haber descifrado la inscripción, Carter sabía lo que significaba: había encontrado una tumba intacta del período de la historia del antiguo Egipto conocido como Imperio

Nuevo, una época de grandes faraones y hermosas reinas. ¿Era posible que detrás del muro de protección se hallara el trofeo por el que Carter había estado luchando desde hacía siete largos años, la última tumba todavía no descubierta del Valle de los Reyes? Siempre atento a la corrección en las formas, Carter había dado prioridad ante todo a las buenas maneras y había ordenado a sus operarios que volvieran a tapar el tramo de escalones hasta que llegara, procedente de Inglaterra, el hombre que financiaba la expedición, lord Carnarvon. Si existía la posibilidad de que se hiciera un gran descubrimiento, lo más correcto era que el mecenas y el arqueólogo lo compartieran. Así, el 6 de noviembre Carter le envió un telegrama a Carnarvon en estos términos: «Finalmente he hecho un maravilloso descubrimiento en el valle; una magnífica tumba con sellos intactos; recuperada igual a su llegada; enhorabuena».

Tras diecisiete días de viaje en barco y en tren, el conde y lady Evelyn llegaron a Luxor, donde les esperaba un impaciente y excitado Carter. A la mañana siguiente se empezó a trabajar intensamente para despejar las escaleras. El 26 de noviembre se derribó el muro de protección exterior, dejando al descubierto un corredor con el suelo repleto de trozos de piedra. Por el desorden que presentaba la capa de piedras del suelo, era evidente que alguien había estado allí antes; los ladrones debían de haber penetrado en la tumba en la Antigüedad. Pero las improntas de sello del muro de protección exterior revelaban que se había vuelto a sellar en el Imperio Nuevo. ¿Qué podía significar este hecho para el estado de la propia sepultura? Siempre existía la posibilidad de que al final acabara siendo una tumba privada, o un alijo de equipamiento funerario recogido de otras tumbas anteriores saqueadas en el Valle de los Reyes y vuelto a enterrar para ocultarlo. Tras otro día de trabajo agotador bajo el calor y el polvo del suelo del valle, se vació el corredor. Después de lo que debió de parecer una espera interminable, el camino quedó por fin despejado. Carter, Carnarvon, Callender y lady Evelyn se encontraron ante un nuevo muro protector, cuya superficie también aparecía cubierta de grandes improntas de sello de forma oval. Un parche de yeso algo más oscuro en la esquina superior izquierda del muro mostraba el lugar por donde habían penetrado los antiguos ladrones. ¿Qué aguardaba al nuevo grupo de visitantes, más de tres mil quinientos años después?

Sin dudarlo más, Carter cogió su paleta e hizo un pequeño agujero en la protección de yeso, lo bastante grande como para poder echar un vistazo a través de él. Primero, como precaución de seguridad, cogió una vela encendida y la introdujo por el agujero para comprobar si había gases venenosos. Luego, apretando el rostro contra el muro de cemento, trató de atisbar en la oscuridad. El aire caliente que escapaba de la cámara sellada hizo titilar la llama de la vela, y Carter necesitó un momento para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Pero luego empezaron a revelarse los detalles de la sala que había al otro lado. Carter se quedó mudo de asombro. Al cabo de unos minutos Carnarvon ya no pudo soportar más la espera.

—¿Puede ver algo? —preguntó.

—Sí, sí —respondió Carter—, cosas maravillosas.

Al día siguiente, Carter escribía emocionado a su amigo, y egiptólogo como él, Alan Gardiner: «Imagino que es el mayor hallazgo jamás realizado».

Carter y Carnarvon habían descubierto una tumba real intacta de la edad de oro del antiguo Egipto. Estaba abarrotada, en palabras del propio Carter, de «material suficiente como para llenar todo el piso superior de la sección egipcia del M[useo] B[ritánico]». Solo la antecámara —la primera de las cuatro salas en las que entraron Carter y sus compañeros— contenía tesoros de una opulencia inimaginable: tres colosales lechos ceremoniales dorados que adoptaban la forma de fabulosas criaturas; altares dorados con imágenes de dioses y diosas; joyeros pintados y cofres taraceados; carros dorados y finos pertrechos de tiro con arco; un magnífico trono de oro con incrustaciones de plata y piedras preciosas; jarrones de hermoso alabastro traslúcido y, custodiando la pared que quedaba a la derecha, dos figuras de tamaño natural del rey muerto, de piel negra y avíos de oro. El real nombre que figuraba en muchos de los objetos no dejaba lugar a dudas en cuanto a la identidad del dueño de la tumba: los jeroglíficos mencionaban claramente a Tut-anj-Amón.

Por una curiosa coincidencia, el gran avance que había permitido descifrar por primera vez la escritura del antiguo Egipto, iniciando el estudio de la civilización faraónica a través de sus numerosas inscripciones, se había producido exactamente un siglo antes. En 1822, el erudito francés Jean-François Champollion publicaba su célebre *Carta a M. Dacier*, donde describía correctamente el funcionamiento del sistema de escritura jeroglífico e identificaba los valores fonéticos de muchos signos importantes. Este punto de inflexión en la historia de la egiptología era a su vez el resultado de un largo período de estudio. El interés de Champollion por la escritura del antiguo Egipto había surgido cuando de niño había oído hablar por primera vez de la piedra de Rosetta. La piedra, que contenía una proclama real grabada en tres escrituras distintas (griega, demótica y jeroglífica), había sido descubierta por las tropas napoleónicas en Rashid (Rosetta) durante la invasión francesa de 1798 —cuando Champollion tenía solo ocho años de edad—, y había de proporcionar una de las principales claves para el desciframiento. El precoz genio que demostró Champollion para las lenguas le permitió llegar a tener un gran dominio del griego y —algo crucial— del copto, la lengua litúrgica de la Iglesia ortodoxa egipcia y descendiente directa del antiguo Egipto. Armado de tales conocimientos, y de una transcripción de la piedra de Rosetta, Champollion tradujo correctamente la versión jeroglífica del texto, iniciando así el proceso que habría de revelar los secretos de la historia del antiguo Egipto. Su gramática y su diccionario de la lengua del antiguo Egipto, publicados póstumamente, permitieron por primera vez a los estudiosos leer las palabras de los propios faraones tras un intervalo de más de dos mil años.

Al mismo tiempo que Champollion trabajaba en los misterios de la lengua del antiguo Egipto, un inglés llamado John Gardner Wilkinson realizaba una

contribución no menos importante al estudio de la civilización faraónica. Wilkinson, que había nacido un año antes de la invasión napoleónica, viajó a Egipto a la edad de veinticuatro años y pasó allí los doce siguientes, visitando prácticamente todos los yacimientos conocidos, copiando innumerables escenas e inscripciones de tumbas, y llevando a cabo el estudio más exhaustivo de los monumentos faraónicos emprendido hasta entonces (durante un año, en 1828-1829, Wilkinson y Champollion coincidieron en Egipto, viajando y tomando notas, pero se ignora si llegaron a encontrarse). A su regreso a Inglaterra en 1833, Wilkinson empezó a recopilar los resultados de su trabajo, que publicaría cuatro años después: la obra en tres volúmenes *Vida y costumbres de los antiguos egipcios*, junto con otra en dos volúmenes titulada *El Egipto moderno y Tebas* (1843), representó —y sigue representando— el mayor estudio jamás escrito de la antigua civilización egipcia.

Wilkinson se convirtió en el egiptólogo más famoso y reputado de su época, y de hecho se le considera, junto con Champollion, uno de los fundadores de la egiptología. Justo un año antes de su muerte nació Howard Carter, el hombre que habría de impulsar la egiptología —y la fascinación de la opinión pública por el antiguo Egipto— hacia nuevas cotas. A diferencia de sus dos grandes precursores, Carter se tropezó con la egiptología casi por accidente. Fue su habilidad como dibujante y pintor, antes que una profunda fascinación por el antiguo Egipto, lo que le permitió conseguir su primer puesto de trabajo en la plantilla de la Prospección Arqueológica del gobierno británico en este país a los diecisiete años de edad. Ello supuso para Carter la oportunidad de formarse bajo la dirección de algunos de los más grandes arqueólogos del momento, como Flinders Petrie, el «padre de la arqueología egipcia», con quien excavó en Amarna, capital del faraón herético Ajenatón y probable lugar de nacimiento de Tutankamón. Copiando escenas de tumbas y templos de varias expediciones, Carter llegó a adquirir un íntimo conocimiento del arte del antiguo Egipto. Y, seguramente, su conocimiento de primera mano de muchos de los principales yacimientos arqueológicos se vería complementado por la lectura de las obras de Wilkinson. El caso es que en 1899 Carter fue nombrado inspector general de monumentos del Alto Egipto, y cuatro años más tarde lo sería también del Bajo Egipto. Pero su mal genio y su obstinación pusieron un abrupto final a su prometedora carrera cuando se negó a pedir disculpas tras un altercado con unos turistas franceses y fue inmediatamente despedido del Servicio de Antigüedades (a la sazón bajo control francés). Volviendo a sus raíces, durante los cuatro años siguientes Carter se ganó la vida como acuarelista itinerante, hasta que en 1907 unió sus fuerzas con lord Carnarvon para empezar a excavar, una vez más, en Tebas.

Después de quince largos, calurosos y no demasiado fructíferos años, Carter y su mecenas lograrían finalmente hacer el mayor descubrimiento de la historia de la egiptología.

Tras la puesta de sol de aquel día de noviembre de 1922, el atónito grupo emprendió el regreso a casa de Carter para entregarse a un irregular sueño nocturno. Resultaba imposible asimilar todo lo ocurrido. Habían hecho el mayor descubrimiento arqueológico que el mundo había visto hasta entonces. Nada volvería a ser igual que antes. Pero una última pregunta acosaba a Carter: había encontrado la tumba de Tutankamón y los ramos de flores que habían quedado del regio funeral; pero ¿seguía aún yaciendo inmóvil el propio rey en su cámara mortuoria?

El amanecer del nuevo día trajo consigo una actividad febril, mientras Carter empezaba a ser consciente de la inmensidad de la tarea que le aguardaba. Se dio cuenta de que necesitaría reunir —y pronto— a un equipo de expertos que ayudaran a fotografiar, catalogar y conservar el vasto número de objetos de la tumba. Empezó poniéndose en contacto con amigos y colegas, e informó del espectacular descubrimiento a las autoridades responsables de las antigüedades egipcias. Se acordó la fecha del 29 de noviembre para la apertura pública oficial de la tumba. El acontecimiento —el mayor descubrimiento arqueológico de la era mediática— contaría con la asistencia de la prensa de todo el mundo; a partir de ese momento, a Carter le resultaría imposible recuperar el control de la situación. Si pretendía resolver tranquilamente y a su propio ritmo el misterio del lugar del último reposo del rey, debía anticiparse a la apertura oficial y actuar a espaldas de los funcionarios de antigüedades.

La noche del 28 de noviembre, tan solo unas horas antes del momento en que estaba prevista la llegada de la prensa, Carter y sus tres fieles compañeros se apartaron discretamente de la multitud y entraron una vez más en la tumba. Su instinto le decía que las figuras de piel negra que custodiaban la pared de la derecha de la antecámara debían de indicar la situación de la cámara mortuoria. El muro de yeso detrás de ellas vino a confirmarlo. De nuevo, Carter abrió un pequeño agujero en el yeso al nivel del suelo, justo del tamaño suficiente para colarse a través de él, y armado esta vez con una linterna eléctrica en lugar de una vela, pasó reptando por la abertura. Carnarvon y lady Evelyn le siguieron; Callender, que era un poco más corpulento, se quedó atrás. Se encontraron entonces ante un enorme sepulcro dorado que llenaba la sala. Al abrir sus puertas, reveló un segundo sepulcro en su interior… y luego un tercero y un cuarto, que a su vez albergaba un sarcófago de piedra. Ahora Carter estaba seguro: en el interior yacía el cuerpo del rey, que permanecía allí inmóvil desde hacía treinta y tres siglos. Tras regresar a la antecámara, Carter se apresuró a disimular torpemente su incursión no autorizada tapando el agujero con una cesta y un montón de cañas. Nadie más volvería a ver lo que habían visto Carter, Carnarvon y lady Evelyn hasta tres meses después.

El 30 de noviembre de 1922, el anuncio del descubrimiento de la tumba de Tutankamón ocupó los titulares de prensa de todo el mundo, captando la imaginación de la opinión pública y generando una oleada de interés popular por los tesoros de los faraones. Pero no acabó ahí la cosa. A la apertura oficial de la cámara mortuoria, el

16 de febrero de 1923, le seguiría, un año después, el alzamiento de la tapa, de una tonelada y cuarto de peso, del inmenso sarcófago de piedra del rey; una hazaña realizada con gran pericia por Callender gracias a sus conocimientos de ingeniería. En el interior del sarcófago aparecieron nuevas capas protectoras del cuerpo del faraón: tres ataúdes, metidos uno dentro del otro, venían a complementar a los cuatro sepulcros dorados. Los dos ataúdes más externos eran de madera dorada, pero el tercero, el interior, era de oro macizo. Dentro de cada ataúd había amuletos y objetos rituales, todos los cuales tuvieron que ser rigurosamente documentados y retirados antes de poder examinar la siguiente capa. El proceso completo, desde el alzamiento de la tapa del sarcófago hasta la apertura del tercer ataúd, requirió más de dieciocho meses. Por último, el 28 de octubre de 1925, casi tres años después del descubrimiento de la tumba y cuando habían transcurrido dos desde la prematura muerte de Carnarvon (no por la maldición del faraón, sino de septicemia), llegó el momento de descubrir los restos momificados del joven rey. Utilizando un complejo sistema de poleas, se levantó la tapa del ataúd interior por sus propias asas originales. Dentro yacía la real momia, recubierta por ungüentos de embalsamar que se habían ennegrecido con los años. De entre aquel amasijo alquitranado destacaba, cubriendo el rostro del rey, una magnífica máscara funeraria de oro batido que reproducía la imagen del joven monarca. En su frente aparecían representadas las diosas buitre y cobra, y alrededor del cuello llevaba un ancho collar de vidrio con incrustaciones y piedras semipreciosas. Carter y Tutankamón por fin se encontraban cara a cara.

La máscara de Tutankamón es quizá el objeto más magnífico jamás recuperado de una civilización antigua. Hoy nos sigue deslumbrando como deslumbró a quienes fueron los primeros en contemplarlo en tiempos modernos, hace ya casi un siglo. Durante las décadas de 1960 y 1970 fue la joya de una exposición itinerante sobre Tutankamón que atrajo a millones de personas en todo el mundo, desde Vancouver hasta Tokio. Aunque yo era demasiado joven para tener ocasión de verla cuando recaló en Londres, el libro que se publicó para complementarla representaría mi primera introducción al exótico mundo del antiguo Egipto. Me recuerdo leyéndolo en el descansillo, a los seis años de edad, maravillado ante las joyas, el oro y los extraños nombres de los reyes y dioses. Los tesoros de Tutankamón sembraron en mi mente una semilla que en los años posteriores habría de germinar y florecer. Pero el terreno ya estaba preparado de antemano. Un año antes, cuando tenía cinco, mientras hojeaba las páginas de mi primera enciclopedia infantil, me había llamado la atención una entrada que ilustraba diferentes sistemas de escritura. Y no fueron precisamente las escrituras griega, árabe, india o china las que cautivaron mi imaginación, sino los jeroglíficos egipcios. El libro mostraba solo unos cuantos signos, pero bastaron para permitirme averiguar cómo escribir mi propio nombre. Los jeroglíficos y Tutankamón me pusieron en el camino que me llevaría a convertirme en egiptólogo.

De hecho, la escritura y la realeza eran las dos piedras angulares gemelas de la civilización faraónica, las características definitorias que la diferenciaban de otras culturas antiguas. Pese a los esfuerzos de los arqueólogos por descubrir los vertederos y talleres que revelan la vida cotidiana de los ciudadanos normales y corrientes, son el abundante material escrito y las imponentes construcciones que dejaron los faraones los que siguen dominando nuestra visión de la historia del antiguo Egipto. Frente a tan poderosos testimonios, quizá no resulta sorprendente que nos sintamos inclinados a quedarnos con la primera impresión que nos transmiten dichos textos y monumentos. Y, sin embargo, los deslumbrantes tesoros de los faraones no deberían impedirnos ver una verdad más compleja: pese a sus espectaculares monumentos, sus magníficas obras de arte y sus duraderos logros culturales, el antiguo Egipto tenía un lado oscuro.

Los primeros faraones supieron comprender el extraordinario poder de la ideología —y de su equivalente visual, la iconografía— a la hora de agrupar a personas dispares y unirlas en su lealtad al Estado. Los más antiguos reyes de Egipto formularon y explotaron las herramientas de liderazgo que hoy nos siguen acompañando: un elaborado boato ceremonial y unas apariciones públicas minuciosamente coreografiadas para diferenciar al soberano de la plebe; la pompa y el espectáculo de las grandes ocasiones de Estado para reforzar los vínculos de lealtad; el fervor patriótico expresado oral y visualmente, etcétera. Pero los faraones y sus consejeros también sabían perfectamente que su control del poder podía mantenerse con la misma eficacia por otros medios, menos benignos: la propaganda política, una ideología basada en la xenofobia, una estrecha vigilancia de la población y una brutal represión de la disidencia.

Estudiando el antiguo Egipto durante más de veinte años, he llegado a sentirme cada vez más incómodo con el objeto de mi investigación. Eruditos y entusiastas se sienten igualmente inclinados a contemplar la cultura faraónica con emocionada reverencia. Nos maravillamos ante las pirámides, sin pararnos a pensar demasiado en el sistema político que las hizo posibles. Nos deleitamos indirectamente en las victorias militares de los faraones —Thutmose III en la batalla de Megido, o Ramsés II en la de Qadesh—, sin detenernos apenas a reflexionar sobre la brutalidad de la guerra en el mundo antiguo. Nos emocionamos ante la heterodoxia del rey herético Ajenatón y todas sus obras, pero no nos preguntamos cómo debe de ser la vida bajo un soberano déspota y fanático (a pesar de los paralelismos modernos que, como en el caso de Corea del Norte, invaden las pantallas de nuestros televisores). No faltan las evidencias sobre el lado oscuro de la civilización faraónica. Desde los sacrificios humanos en la I Dinastía hasta la revuelta campesina bajo los Ptolomeos, el antiguo Egipto era una sociedad en la que la relación entre el rey y sus súbditos se basaba en la coacción y el temor, y no en el aprecio y la admiración; donde el poder de la realeza era absoluto y la vida carecía de valor. El propósito de este libro es proporcionar un panorama de la civilización del antiguo Egipto más completo y

equilibrado que el que suele encontrarse en las páginas de los libros académicos o populares. Me propongo revelar tanto las luces como las sombras, los éxitos y los fracasos, la audacia y la brutalidad que caracterizaron la vida bajo los faraones.

La historia del valle del Nilo pone al desnudo la relación entre gobernantes y gobernados, una relación que ha demostrado ser obstinadamente inmutable. Los antiguos egipcios inventaron el concepto de Estadonación que todavía domina nuestro planeta cinco mil años después. Esta creación egipcia fue notable no solo por su impacto, sino también por su longevidad: el Estado faraónico, tal como se concibió originariamente, duró tres milenios (en comparación, Roma apenas aguantó uno, mientras que la cultura occidental todavía no ha sobrevivido dos). Una razón clave de esta extraordinaria supervivencia es el hecho de que el marco filosófico y político inicialmente desarrollado en el nacimiento del antiguo Egipto se hallaba tan en consonancia con la psique nacional, que siguió constituyendo el patrón arquetípico de gobierno durante las cien generaciones siguientes. Pese a los prolongados períodos de fragmentación política, descentralización y malestar, el gobierno faraónico siguió representando un poderoso ideal. Un credo político que se reconvierte en mito nacional puede llegar a incardinarse muy profundamente en la conciencia humana.

Resulta extremadamente difícil conectar con una cultura tan distante de la nuestra en el espacio y en el tiempo. La del antiguo Egipto era una sociedad tribal escasamente poblada. Su religión politeísta, su economía premonetaria, su reducida tasa de alfabetización y el predominio ideológico de una realeza divina constituyen, todas ellas, características definitorias que resultan completamente ajenas a los observadores occidentales contemporáneos, incluido yo mismo. Así pues, además de familiarizarse con dos siglos de labor académica, el estudio del antiguo Egipto requiere un enorme salto de la imaginación. Pese a ello, nuestra común humanidad nos ofrece una vía de acceso. En las trayectorias vitales de los soberanos del antiguo Egipto podemos ver los motivos que impulsan a los hombres y mujeres ambiciosos reflejados por vez primera en las páginas de la historia. Asimismo, el estudio de la civilización del antiguo Egipto revela los mecanismos mediante los que se ha organizado, engatusado, dominado y subyugado a las personas hasta el día de hoy. Y, gracias a la perspectiva que nos brinda la retrospección, podemos ver en la autoconfianza de la cultura faraónica la semilla de su propia destrucción.

La grandeza y la decadencia del antiguo Egipto encierran lecciones que todos podemos aprender.

Primera parte

Derecho divino
(5000-2175 a.C.)

Las pirámides de Giza representan el símbolo definitorio del antiguo Egipto. En términos históricos, señalan el primer gran florecimiento de la civilización faraónica, el Imperio Antiguo. Pero las pirámides y la sofisticada cultura que representan no surgieron de repente, plenamente formadas, sin un largo período de gestación. Los orígenes y el desarrollo inicial de la civilización de Egipto se remontan al menos a dos mil años antes de las pirámides, al remoto pasado prehistórico del país.

Durante un período de muchos siglos, las comunidades que vivían en el fértil valle del Nilo y en las secas praderas que se extendían al este y al oeste desarrollaron las principales piedras angulares de la cultura egipcia, su cosmovisión característica, configurada por su peculiar entorno natural. Cuando los diversos territorios rivales pasaron, mediante el comercio y la conquista, a forjar el primer Estado-nación del mundo, el ritmo del desarrollo social se aceleró, y con el advenimiento de la primera dinastía de reyes egipcios se completó la lista de los principales elementos del cuadro.

Los ochos siglos siguientes presenciaron el surgimiento de una gran civilización y de su más plena expresión en los monumentos más representativos de la meseta de Giza. Sin embargo, y como los propios egipcios sabían muy bien, el orden y el caos van constantemente de la mano. Tan rápidamente como había florecido, aquel Estado, sometido a una tensión excesiva, se marchitó bajo las presiones internas y externas, llevando el Imperio Antiguo a un final ignominioso.

En esta primera parte se examina esa grandeza y decadencia inicial del antiguo Egipto, desde su extraordinario nacimiento hasta su cenit cultural en el apogeo de la Era de las Pirámides y su posterior decadencia; el primero de muchos ciclos similares en la larga historia de los faraones. Si hay un rasgo definitorio de este período, es la ideología de la realeza divina. La promulgación de la creencia en un monarca con autoridad divina representó el logro más significativo de los primeros gobernantes de Egipto. Esta se incardinó tan profundamente en la conciencia egipcia que seguiría siendo la única forma de gobierno aceptable durante los tres mil años siguientes. Aunque solo sea por su longevidad, pues, puede considerarse el más grande de todos los sistemas políticos y religiosos que ha conocido el mundo. Y se expresó a través del arte, la escritura, los ceremoniales y, sobre todo, la arquitectura, proporcionando tanto la inspiración como la justificación de las enormes tumbas reales.

Los funcionarios que sirvieron al rey y cuyo genio administrativo construyó las pirámides dejaron también sus propios monumentos, sus sepulcros suntuosamente decorados, como testimonio de la sofisticación y los recursos de la corte. Pero el gobierno de la realeza tenía también un lado oscuro. La apropiación de tierras, el trabajo forzado o el escaso aprecio por la vida humana fueron características de la Era de las Pirámides tanto como su grandiosa arquitectura. La explotación implacable de los recursos naturales y humanos de Egipto fue un requisito previo para poder lograr las grandes ambiciones del Estado, y preparó asimismo el terreno para los siguientes siglos de gobierno faraónico. Mientras los reyes gobernaban por derecho divino, los

derechos de sus súbditos les interesaban bien poco. Y ese sería un tema constante en la historia del antiguo Egipto.

1
El principio

EL PRIMER REY DE EGIPTO

En una alta vitrina situada en el vestíbulo del Museo Egipcio de El Cairo se exhibe una antigua placa de pizarra de color negro verdoso, de aproximadamente medio metro de altura y no más de dos centímetros y medio de grosor. Tiene forma de escudo y las dos caras grabadas con bajorrelieves. Las escenas que en ella se representan, aunque todavía nítidas, resultan difíciles de distinguir a la luz vaga y difusa que se filtra a través de la polvorienta cúpula acristalada del techo del museo. La mayoría de los visitantes apenas se detienen a mirar ese extraño objeto cuando se dirigen directamente a contemplar las doradas riquezas de Tutankamón en el piso de arriba. Y, sin embargo, esta modesta placa de piedra constituye uno de los documentos más importantes que se han conservado del antiguo Egipto. El lugar destacado que ocupa en la entrada del Museo Egipcio, el mayor acervo de cultura faraónica del mundo, da testimonio de su trascendencia: es el objeto que señala propiamente el principio de la historia del antiguo Egipto.

La paleta de Narmer, como se la conoce entre los egiptólogos, se ha convertido en un símbolo del Egipto más ancestral, pero las circunstancias de su descubrimiento están rodeadas de incertidumbre. En el invierno de 1897-1898, los arqueólogos británicos James Quibell y Frederick Green estaban excavando en el antiguo yacimiento de Nejen (la actual Kom el-Ahmar), la «ciudad del halcón» o la Hieracómpolis clásica, en el extremo sur de Egipto. El siglo XIX todavía era la época de la búsqueda de tesoros, y Quibell y Green, pese a guiarse por un planteamiento más científico que muchos de sus contemporáneos, no eran inmunes a la presión por descubrir objetos valiosos que satisficieran a sus mecenas ingleses. Así, tras haber escogido excavar en Nejen, un yacimiento erosionado por innumerables siglos y desprovisto en gran medida de grandes monumentos destacables, decidieron centrar su atención en las ruinas del templo local. Aunque pequeño y poco impresionante en comparación con los grandes santuarios de Tebas, no se trataba tampoco de un templo provincial común y corriente: desde los albores de la historia se había consagrado a la celebración de la realeza de Egipto, y el dios halcón de Nejen, Horus, era la divinidad protectora de la monarquía egipcia. ¿Era posible, entonces, que el templo pudiera ocultar algún tesoro real?

Aunque los dos hombres trabajaban con ahínco, sus primeros resultados fueron decepcionantes: trozos de muro de adobe, los restos de un montículo recubierto de piedra, unas cuantas estatuas desgastadas y rotas… Nada espectacular, pues. La

siguiente zona que investigar se hallaba delante del montículo, pero allí los arqueólogos tan solo encontraron una gruesa capa de arcilla que se resistía a una excavación sistemática. La ciudad del halcón parecía decidida a guardar sus secretos. Pero entonces, cuando Quibell y Green empezaron a excavar en la capa de arcilla, se encontraron con una serie de objetos rituales de desecho dispersos, una abigarrada colección de parafernalia sagrada que había sido agrupada y enterrada por los sacerdotes del templo en algún momento del pasado remoto. No había oro, pero el «Depósito Principal» —como lo denominaron con optimismo— sí contenía algunos hallazgos tan interesantes como inusuales. Entre ellos destacaba una placa de piedra tallada.

No había ninguna duda acerca de la clase de objeto que habían encontrado: una depresión circular poco profunda en medio de una de las caras revelaba que se trataba de una paleta, un soporte para moler y mezclar pigmentos. Pero no se trataba de una herramienta cotidiana empleada para preparar cosméticos; las elaboradas y detalladas escenas que decoraban sus dos caras mostraban que su elaboración había sido encargada para un fin mucho más noble: celebrar las hazañas de un glorioso rey. Bajo la mirada benigna de dos diosas vaca, una imagen del propio monarca —representado en la secular postura de un soberano egipcio, golpeando a su enemigo con una maza — dominaba una de las caras de la paleta. Los arqueólogos se preguntaron quién era y cuándo había reinado. Dos jeroglíficos, encerrados en un marco rectangular en el extremo superior de la paleta, parecían proporcionar la respuesta, deletreando su nombre: un siluro (*nar*) y un cincel (*mer*), Narmer. Se trataba de un rey hasta entonces desconocido por la historia; además, el estilo de los grabados de la paleta apuntaba a una época muy antigua.

Diversas investigaciones posteriores revelaron que Narmer no era solo un rey antiguo más, sino que era de hecho el primer gobernante del Egipto unificado. Accedió al trono alrededor de 2950, y era el primer rey de la I Dinastía. En el barro de Nejen, Quibell y Green se habían tropezado con el monumento fundacional del antiguo Egipto.

Pero, por más que Narmer pueda ser el primer rey histórico, no representa en absoluto el comienzo de la historia de Egipto. La decoración de su famosa paleta muestra el arte de la corte real egipcia y la iconografía de la realeza ya en sus formas clásicas. Sin embargo, algunos de sus motivos más extraños, como los animales entrelazados con largos cuellos serpentinos y el toro pisoteando los muros de una fortaleza enemiga, evocan un pasado más remoto, un pasado prehistórico. En su gran paleta conmemorativa, Narmer reconocía explícitamente que las primeras piedras de la civilización egipcia habían sido colocadas mucho antes de su propia época.

Como revela la paleta de Narmer a pequeña escala y en fecha muy temprana, los egipcios lograron un dominio del tallado de la piedra que no se vería superado ni en el mundo antiguo ni en el moderno. La diversa y abundante materia prima presente dentro de las fronteras de Egipto, combinada con grandes logros técnicos, proporcionó a los egipcios un medio extremadamente peculiar de afirmar su identidad cultural. Además, la piedra tenía la ventaja de la permanencia, y los monumentos egipcios fueron conscientemente diseñados con aspiraciones de eternidad. El origen de esta obsesión por la monumentalidad se inició en el Desierto Occidental, cerca de la actual frontera entre Egipto y Sudán, en un lugar remoto conocido entre los arqueólogos como Nabta Playa. Hoy, una carretera principal asfaltada atraviesa el desierto a solo dos o tres kilómetros de allí, soportando todo el tráfico originado por la construcción en Egipto del proyecto denominado Nuevo Valle. Pero hasta hace muy poco Nabta Playa no podía estar más alejada de la civilización. Su principal función era servir de parada intermedia en la ruta terrestre entre el oasis de Bir Kiseiba y las orillas del lago Nasser. El lecho llano de un antiguo lago seco —o *playa*—, junto con una cercana cresta arenosa, sin duda hacen de Nabta Playa un lugar ideal para acampar de noche. Pero el lugar tiene mucho más interés de lo que podría parecer a primera vista. Por todo el paisaje aparecen dispersas grandes piedras: no cantos rodados producidos de forma natural, sino megalitos que han sido arrastrados hasta allí desde cierta distancia y colocados en puntos clave en torno a los límites de la «playa». Algunos se alzan en espléndido aislamiento, como centinelas en el horizonte, y otros forman alineamientos. Y lo que resulta aún más notable: en una ligera elevación aparecen colocadas una serie de piedras formando un círculo, agrupadas por parejas en posición vertical y encaradas. Dos parejas aparecen alineadas en dirección norte-sur, mientras que otras dos apuntan hacia el lugar por donde se pone el sol en el solsticio de verano.

Nabta Playa, anteriormente desconocida y del todo inesperada, ha surgido de las tinieblas como el «Stonehenge del antiguo Egipto», un paisaje sagrado salpicado de estructuras líticas cuidadosamente colocadas. La datación científica de los sedimentos asociados ha revelado que esos extraordinarios monumentos pertenecen a una época asombrosamente antigua: comienzos del quinto milenio a.C. Por entonces, como en períodos aún más antiguos, el Sahara debía de presentar un aspecto muy distinto de su actual estado de aridez. Todos los años, las lluvias estivales debían de reverdecer el desierto, llenando el lago —de carácter estacional— y convirtiendo sus orillas en exuberantes pastos y tierras cultivables. Las gentes que emigraron a Nabta Playa para aprovecharse de aquella abundancia temporal eran pastores de vacuno seminómadas, que deambulaban con sus rebaños a través de una extensa área del Sahara oriental. En el yacimiento se han descubierto grandes cantidades de huesos de ganado, y pueden verse indicios de actividad humana dispersos por toda la zona: fragmentos de cáscaras de huevo de avestruz (utilizados como cantimploras y, cuando se rompían, para fabricar joyas), puntas de flecha de sílex, hachas de piedra y piedras para moler

los cereales que se cultivaban en las orillas del lago. Con su fertilidad estacional, Nabta ofrecía a los pueblos seminómadas un lugar fijo de gran trascendencia simbólica, y a lo largo de generaciones estos emprendieron su transformación en un centro ritual. La disposición de los alineamientos líticos debió de requerir un elevado grado de participación comunitaria. Como sus equivalentes de Stonehenge, los monumentos de Nabta revelan que la población prehistórica local había desarrollado una sociedad sumamente organizada. Sin duda, la forma de vida pastoral requería que las decisiones se tomaran sabiamente, partiendo de un detallado conocimiento del entorno, una estrecha familiaridad con las estaciones y un sentido preciso del tiempo. Las cabezas de ganado son animales que necesitan beber mucho y que requieren un suministro diario de agua potable al final de cada recorrido, de manera que decidir cuándo convenía llegar a un lugar como Nabta y cuándo convenía marcharse de nuevo podía ser cuestión de vida o muerte para toda la comunidad.

Parece que la finalidad de las piedras verticales y del «calendario circular» era predecir la llegada de las importantísimas lluvias, que se producían poco después del solsticio de verano. Cuando llegaban las lluvias, la comunidad lo celebraba sacrificando algunas de sus preciosas cabezas de ganado en señal de agradecimiento, y enterrando luego a los animales en tumbas marcadas en la superficie con grandes piedras planas. Bajo uno de tales montículos, los arqueólogos encontraron no ganado enterrado, sino un enorme monolito de arenisca que había sido cuidadosamente tallado y enjaezado para que se asemejara a una vaca. Datado, como el calendario circular, a principios del quinto milenio a.C., constituye la escultura monumental más antigua conocida de Egipto. Es aquí, pues, donde hay que buscar los orígenes de la tradición faraónica del tallado de la piedra: en el Desierto Occidental prehistórico, entre errantes pastores de vacuno, más de un milenio antes del comienzo de la I Dinastía. Así, los arqueólogos se han visto forzados a replantearse sus teorías sobre los orígenes de Egipto.

En el otro extremo del territorio egipcio, en el Desierto Oriental, se han hecho descubrimientos no menos notables, que vienen a confirmar la impresión de que las áridas tierras que bordean el valle del Nilo fueron el crisol de la antigua civilización egipcia. Miles de pinturas rupestres, repartidas por los riscos de arenisca, salpican los valles secos (conocidos como *uadis*) que cruzan de un lado a otro el accidentado terreno que separa el Nilo de las colinas del mar Rojo. En algunos lugares, normalmente asociados a abrigos naturales, salientes rocosos o cuevas, existen grandes concentraciones de pinturas. Una de ellas, situada junto al lecho seco de una poza en el Uadi Umm Salam, se ha comparado con la Capilla Sixtina. Sus imágenes representan una de las formas de arte sacro más antiguas de Egipto, prefigurando la imaginería clásica de la religión faraónica nada menos que mil años antes. Como sus homólogos amantes de la escultura de Nabta Playa, parece que los artistas prehistóricos del Desierto Oriental también eran pastores de ganado vacuno, y en sus composiciones aparecen con gran frecuencia imágenes de su ganado, así como de los

animales salvajes a los que daban caza en la sabana. Pero en lugar de utilizar megalitos para denotar sus creencias más profundas, ellos aprovecharon las lisas laderas de los riscos que les ofrecía su propio entorno, convirtiéndolas en lienzos donde plasmar su expresión religiosa. Es en el arte rupestre del Desierto Oriental donde se dan por primera vez algunos de los temas clave de la iconografía faraónica, como los dioses viajando en barcos sagrados o las cacerías rituales de animales salvajes. Hoy, el carácter inaccesible e inhóspito de la región oculta su papel crucial en el auge del antiguo Egipto.

EL PROCESO SE ACELERA

La actual prospección y excavación de diversos yacimientos en los desiertos Occidental y Oriental está revelando una pauta de estrecha interacción entre las poblaciones del desierto y del valle en la prehistoria. De forma bastante inesperada, los pastores de ganado vacuno seminómadas que deambulaban por la sabana prehistórica parecen haberse hallado en un estadio más avanzado que aquellos de sus contemporáneos que habitaban en el valle. Sin embargo, en lo que representa una lección para nuestra época, su vibrante forma de vida se extinguió debido a un cambio medioambiental. Más o menos a partir del año 5000, el clima del nordeste de África empezó a experimentar una acusada transformación. Las antaño predecibles lluvias estivales, que durante milenios habían proporcionado pastos estacionales a los pastores de ganado vacuno, empezaron a volverse cada vez menos regulares. A lo largo de un período de varios siglos, la zona de lluvias se fue desplazando progresivamente hacia el sur (en la actualidad las lluvias, cuando caen, lo hacen sobre las tierras altas de Etiopía). Las sabanas situadas al este y al oeste del Nilo empezaron a secarse y convertirse en desierto. Después de solo unas cuantas generaciones, las tierras desecadas ya no pudieron sustentar a los sedientos rebaños de ganado. Para los pastores, la alternativa a morir de hambre fue emigrar a la única fuente de agua permanente de la región: el valle del Nilo.

Allí, en los límites de la llanura aluvial (o llanura de inundación) del río, se establecieron las primeras comunidades sedentarias a principios del quinto milenio a.C., más o menos en la época de los constructores de megalitos de Nabta Playa. Como los pastores de ganado vacuno, los habitantes del valle también practicaban la agricultura, pero, a diferencia de lo que permitía el carácter estacional de las lluvias en las regiones áridas, el régimen del Nilo posibilitaba los cultivos a lo largo de todo el año. Esto habría proporcionado a los moradores del valle el incentivo y los recursos necesarios para ocupar sus aldeas de forma permanente. La forma de vida que desarrollaron se conoce entre los egiptólogos como «cultura badariense», que toma su nombre del yacimiento de El-Badari, donde fue inicialmente documentada. La zona vecina resultaba propicia para ser habitada, dadas la yuxtaposición de

diferentes ecosistemas —llanura aluvial y sabana— y las excelentes vías de comunicación con su entorno más amplio: hacia el oeste, las rutas del desierto llevaban a los oasis, mientras que hacia el este se extendía un importante *uadi* que llegaba hasta la costa del mar Rojo. A través de estos contactos, la forma de vida badariense se vio fuertemente influida por las primeras culturas del desierto.

Un elemento de dicha influencia, el interés en el ornamento personal, acompañaría a los antiguos egipcios a lo largo de toda su historia. Otro sería la gradual estratificación de la sociedad en líderes y seguidores, una pequeña clase gobernante y un grupo de súbditos mayor; un elemento que debería mucho al difícil estilo de vida que afrontaron los pastores seminómadas. Tanto estos estímulos externos como su propia dinámica interna empezaron a transformar a la sociedad badariense. A lo largo de muchos siglos, los cambios graduales arraigaron y empezaron a acelerarse. Los ricos se enriquecieron aún más, y empezaron a actuar como patronos de una nueva clase de artesanos especializados. Estos, a su vez, desarrollaron nuevas tecnologías y nuevos productos para satisfacer los gustos cada vez más sofisticados de sus patronos. La introducción de un acceso restringido a los bienes y materiales de prestigio vino a reforzar todavía más el poder y el estatus de los más ricos de la sociedad.

Una vez iniciado, el proceso de transformación social ya no se podía detener. Cultural, económica y políticamente, la sociedad prehistórica se fue volviendo cada vez más compleja, y Egipto inició el camino que lo llevaría a convertirse en un Estado. La desecación definitiva de los desiertos, hacia el año 3600, debió de dar un nuevo impulso a este proceso. Es posible que una repentina explosión demográfica se tradujera en una mayor competencia por los recursos escasos, incentivando la construcción de ciudades amuralladas. El mayor número de bocas que alimentar también debió de haber estimulado una agricultura más productiva. La urbanización y la intensificación de los cultivos fueron respuestas al cambio social, pero a su vez representaron un estímulo para nuevos cambios.

En tales condiciones, las comunidades del Alto Egipto empezaron a unirse en torno a tres grupos regionales, cada uno de ellos probablemente gobernado por un monarca hereditario. Diversos factores estratégicos ayudan a explicar el temprano predominio de aquellos tres reinos prehistóricos. Uno de ellos tenía su centro en la población de Cheni (o Tinis, cerca de la actual Girga), un lugar donde la llanura aluvial se estrechaba, permitiendo el control del tráfico fluvial, y donde las rutas comerciales procedentes de Nubia y de los oasis del Sahara llegaban al valle del Nilo. Un segundo territorio tenía su capital en Nubt («la dorada», la actual Naqada), que controlaba el acceso a las minas de oro del Desierto Oriental a través del Uadi Hammamat, en la orilla opuesta del río. El tercer reino había surgido en torno al asentamiento de Nejen, que, como Cheni, era el punto de partida de una ruta que cruzaba el desierto hasta los oasis (y, por ende, hasta Sudán), y asimismo, como Nubt, controlaba el acceso a importantes reservas de oro del Desierto Occidental, en este

caso a unos depósitos situados más al sur y a los que se llegaba por un *uadi* situado directamente enfrente de la población.

Los gobernantes de estos tres territorios hicieron lo que hacen todos los aspirantes a líderes: tratar de demostrar y reforzar su autoridad por medios políticos, ideológicos y económicos. Su insaciable sed de objetos raros y valiosos, ya fueran oro y piedras preciosas de los desiertos de Egipto o importaciones exóticas de tierras remotas (como aceite de oliva de Oriente Próximo y lapislázuli de Afganistán), estimuló el comercio interior y exterior. Su autoridad para retirar permanentemente tales artículos de la circulación constituía una afirmación particularmente potente de riqueza y privilegio, de manera que los enterramientos de la élite se fueron volviendo cada vez más elaborados y ricamente abastecidos, basándose en una tradición de objetos funerarios que se remontaba a la época badariense. La aparición en los tres territorios de cementerios especiales, exclusivos para la clase dominante local, constituye un indicio claro de que se trataba de sociedades fuertemente jerárquicas. Pero, con tres reinos compitiendo por la hegemonía, el inevitable choque no podía tardar mucho en llegar.

La secuencia exacta de los acontecimientos resulta difusa, puesto que esta era todavía una época anterior a los textos escritos. Sin embargo, comparando el tamaño y la magnificencia de las tumbas en los tres emplazamientos podemos obtener algunas pistas acerca de quién ganó la batalla por la supremacía. Sin duda, los enterramientos de Nejen y Abedyu (la Abidos clásica, necrópolis de Cheni) superan a sus equivalentes de Nubt. La posterior reverencia hacia Nejen y Abedyu que mostrarían Narmer y sus sucesores —en contraste con su relativa falta de interés hacia Nubt— apunta en la misma dirección.

Es posible que un intrigante descubrimiento realizado recientemente, de nuevo en el Desierto Occidental, registre incluso el momento en el que Cheni eclipsó a su vecina del sur. El desierto que separa Abedyu de Nubt está atravesado de un lado a otro por una serie de pistas, muchas de las cuales se han utilizado durante miles de años. De manera poco habitual, estas vías terrestres ofrecían una ruta más rápida y directa que el río debido a la amplia curva que el Nilo describe en ese punto de su curso. Junto a la ruta principal que une Abedyu y Nubt, una representación tallada en la roca parece registrar una victoria del gobernante prehistórico de Cheni, quizá contra su rival. Obtener el control de las rutas del desierto habría proporcionado sin duda a Cheni una ventaja estratégica decisiva, permitiéndole superar a su vecina e impidiéndole acceder al comercio con las zonas situadas más al sur.

No puede ser casualidad que, exactamente en el mismo período, un gobernante de Cheni construyera, en el cementerio de Abedyu destinado a la élite, la mayor tumba de su época en todo Egipto. Se diseñó para que pareciera un palacio en miniatura, y su tamaño y contenido sin parangón —que incluía un cetro de marfil y una bodega del mejor vino importado— la señalan como un auténtico enterramiento regio. Además, su dueño era claramente un gobernante cuya influencia económica se

extendía mucho más allá de su territorio en el valle del Nilo. Entre los hallazgos más notables de la tumba se cuentan centenares de pequeñas etiquetas de hueso, cada una de ellas con varios signos jeroglíficos inscritos. Cada una de estas etiquetas estuvo antaño atada con cuerda a una caja o jarra de productos para la tumba real. Las inscripciones registran la cantidad, naturaleza, procedencia o propiedad del contenido, demostrando —desde los mismos albores de la escritura— la predilección de los antiguos egipcios por llevar registros de todo. Dichas etiquetas no solo constituyen la forma de escritura egipcia más antigua hasta ahora descubierta, sino que, además, los lugares que mencionan como puntos de origen de las mercancías incluyen el templo de Uadyet (en la actual Tell el-Farain) y la ciudad de Bast (la actual Tell Basta) en el delta del Nilo, a cientos de kilómetros al norte de Abedyu. El gobernante de Cheni que construyó este impresionante sepulcro, sin duda estaba en camino de convertirse en el rey de todo Egipto.

Un monarca que gobernaba desde Cheni y controlaba el delta, y otro establecido en Nejen y con acceso al comercio subsahariano: estas eran las dos piezas que ahora quedaban en el tablero. Por desgracia, no tenemos prácticamente ninguna evidencia sobre la última fase de la lucha, pero la preponderancia de los motivos marciales en los objetos ceremoniales decorados del período, y la construcción, en Nubt y Nejen, de enormes murallas de protección, sugieren con fuerza que hubo un conflicto militar; una idea que se ve confirmada también por la elevada incidencia de heridas craneales entre la población de Nejen en la última fase de la época predinástica.

El resultado final fue, sin duda, bastante claro: cuando se disipó la polvareda, fueron los reyes de Cheni quienes cantaron victoria. Su control de las dos terceras partes del territorio, junto con el acceso a los puertos de mar y al lucrativo comercio con Oriente Próximo (las actuales Siria, Líbano, Israel y Palestina), resultaron decisivos. Hacia el año 2950, después de casi dos siglos de competencia y conflicto, un soberano de Cheni asumió el reinado de un Egipto ahora unificado: el hombre que hoy conocemos como Narmer. Para simbolizar su conquista del delta —quizá la batalla final en la guerra de unificación—, encargó una magnífica paleta ceremonial, decorada con escenas de triunfo. En un gesto de homenaje a sus antiguos rivales (o tal vez para echar sal en sus heridas), consagró el objeto en el templo de Nejen… donde permanecería hasta ser recuperado de entre el lodo 4.850 años después.

El don del Nilo

Dado el esfuerzo arqueológico y académico invertido en el redescubrimiento de Narmer, resulta humillante tener que reconocer que su identificación como primer rey del antiguo Egipto no hace sino confirmar la versión del historiador griego Herodoto, que escribió hace veinticuatro siglos. Para «el padre de la historia» no cabía duda de que «Menes» (otro de los nombres de Narmer) había sido el fundador del Estado

egipcio. Ello nos enseña la saludable lección de que los antiguos solían tener mucha más inteligencia que la que les atribuimos. Herodoto también hizo otra observación fundamental sobre Egipto, que aún hoy capta la verdad esencial sobre el país y su civilización: «Egipto es el don del Nilo». Fluyendo a través del Sahara, el Nilo hace posible la vida en lugares donde de otro modo no existiría. El valle del Nilo es un «oasis lineal», una estrecha franja fértil flanqueada a ambos lados por un vasto y árido desierto, inmensurable y desnudo. La grandeza del antiguo Egipto hay que buscarla en el río y en su naturaleza tanto como en la arqueología de sus tumbas, pinturas rupestres y megalitos.

El entorno natural del valle del Nilo ha ejercido siempre un profundo efecto en sus habitantes. El río moldea no solo el paisaje físico, sino también el modo en que los egipcios se conciben a sí mismos y el lugar que ocupan en el mundo. El paisaje ha influido en sus hábitos y costumbres, y desde tiempos muy remotos ha dejado su impronta en la psique colectiva, configurando a lo largo de generaciones sus creencias filosóficas y religiosas fundamentales. La fuerza simbólica del Nilo es un hilo conductor que recorre toda la civilización faraónica, empezando por el propio mito de los egipcios sobre sus orígenes.

Según el relato más antiguo acerca de cómo se formó el universo, en el principio no había nada más que un caos acuático, personificado en el dios Nun: «El gran dios que se crea a sí mismo; él es agua, él es Nun, padre de los dioses».[1] Una versión posterior describe las aguas primigenias como negativas y aterradoras, como la encarnación de lo ilimitado, lo oculto, lo oscuro y lo informe. Sin embargo, aunque carentes de vida, las aguas de Nun albergaban el potencial de la vida; aunque caóticas, contenían en su seno la posibilidad de crear orden. Esta creencia en la coexistencia de los opuestos era característica de la mentalidad del antiguo Egipto y se hallaba profundamente arraigada en su peculiar entorno geográfico. Se reflejaba en el contraste entre la aridez del desierto y la fertilidad de la llanura aluvial, así como en el propio río, puesto que el Nilo podía crear la vida y también destruirla; una paradoja inherente a su peculiar régimen fluvial.

Hasta la construcción de la presa de Asuán, a comienzos del siglo XX de nuestra era, y de su hermana mayor, la Presa Alta, en la década de 1960, el Nilo obraba un milagro anual. Las lluvias estivales que caían sobre las tierras altas de Etiopía acrecentaban el caudal del Nilo Azul —uno de los dos grandes afluentes que se unen para formar el Nilo egipcio—, enviando un torrente de agua río abajo. A primeros de agosto, el avance de la crecida resultaba ya claramente discernible en el extremo sur de Egipto, tanto por el turbulento ruido de las aguas como por el apreciable incremento del nivel del río. Unos días más tarde se producía la inundación propiamente dicha. Con una fuerza incontenible, el Nilo se desbordaba y sus aguas se extendían por toda la llanura. El mero volumen de la crecida bastaba para que el fenómeno se repitiese por toda la extensión del valle del Nilo. Durante varias semanas, todas las tierras cultivables quedaban sumergidas. Pero la inundación no

solo traía consigo destrucción, sino también el potencial de nueva vida, tanto en las propias aguas como en la capa de fértil limo depositada en los campos por la crecida. Cuando las aguas retrocedían, el suelo emergía de nuevo, fertilizado e irrigado, listo para la siembra. Precisamente, gracias a este fenómeno anual Egipto disfrutaba de una agricultura tan productiva; eso sí, siempre que la crecida del Nilo fuera suficiente pero no excesiva. Las desviaciones de la norma, ya fueran los «Nilos bajos» o los «Nilos altos», podían resultar igualmente catastróficas, dejando que los cultivos se secaran por falta de agua o ahogándolos en campos anegados. Por fortuna, casi todos los años la inundación era moderada y la cosecha, abundante, proporcionando un superávit por encima de las necesidades inmediatas de subsistencia de la población y permitiendo el desarrollo de una civilización compleja.

De hecho, Egipto se veía doblemente favorecido por su geografía: el río no solo obraba el milagro anual de la inundación, sino que la configuración topográfica que había dado al valle también resultaba enormemente beneficiosa para la agricultura. Visto en sección transversal, el valle del Nilo resulta ligeramente convexo, con las tierras más altas inmediatamente adyacentes al río —restos de antiguos diques— y las zonas más bajas localizadas en los límites de la llanura aluvial. Este hecho hacía al valle especialmente propicio para el regadío, tanto el causado por las crecidas naturales como el debido a medios artificiales, dado que el agua tendía a dirigirse, y permanecer durante más tiempo, en los campos más alejados de las orillas, es decir, en las zonas potencialmente más propensas a la sequía. Además, la llanura aluvial, alargada y estrecha, se divide naturalmente en una serie de cuencas fluviales separadas, cada una de ellas lo bastante compacta como para ser gestionada y cultivada con relativa facilidad por parte de la población local. Este fue un factor importante en la consolidación de los primeros reinos, como los establecidos en torno a Cheni, Nubt y Nejen.

El hecho de que Egipto se unificara bajo el reinado de Narmer, en lugar de seguir estando integrado por una serie de centros de poder rivales o ciudades-Estado beligerantes —la situación de muchos territorios vecinos—, puede atribuirse asimismo al Nilo. El río ha representado siempre una importante arteria para el transporte y la comunicación, que ha beneficiado a todo el país. En Egipto toda la vida depende en última instancia de las vivificantes aguas del Nilo, de modo que en tiempos antiguos ninguna comunidad permanente del valle podía sobrevivir a una distancia mayor de unas pocas horas de marcha del río: esta proximidad de la población al Nilo permitiría a la autoridad dominante ejercer con relativa facilidad el control económico y político a escala nacional.

Como rasgo geográfico definitorio del país, el Nilo representaba también una potente metáfora para todos los egipcios. Por esta razón, los gobernantes de Egipto otorgaron al río y a su inundación anual un papel clave en la ideología estatal que desarrollaron para que respaldara su autoridad a los ojos del conjunto de la población. El valor político de la doctrina religiosa puede verse de forma especialmente

llamativa si observamos uno de los primeros mitos de la creación, desarrollado en Iunu (la Heliópolis clásica/actual). Según este relato, las aguas de Nun retrocedieron para revelar un montículo de tierra del mismo modo en que aparecía la tierra seca al retirarse las aguas tras la crecida, lo que venía a subrayar el potencial siempre presente de la creación en medio del caos. Aquel «montículo primigenio» se convertía además en el escenario del propio acto de creación, puesto que el dios creador emergía al mismo tiempo que el montículo, sentado en él. Su nombre era Atum, un término que, de manera característica, significa tanto «totalidad» como «inexistencia». En el arte egipcio, habitualmente se representaba a Atum llevando la doble corona de la realeza, lo que lo identificaba como el creador no solo del universo, sino también del sistema político del antiguo Egipto. El mensaje resultaba claro e inequívoco: si Atum fue el primer rey además del primer ser vivo, entonces el orden creado y el orden político eran interdependientes e inextricables. Oponerse al rey o a su régimen equivalía al nihilismo.

Una versión ligeramente distinta del mito de la creación explicaba que en el montículo recién surgido crecía un junco, y el dios celestial, en la forma de un halcón, descendía sobre él, convirtiéndolo en su morada terrenal y llevando la bendición divina a la tierra. En el transcurso de la larga historia faraónica, todos los templos de Egipto aspiraron a recordar este momento de la creación, colocando su santuario sobre una réplica del montículo primigenio a fin de recrear de nuevo el universo. El resto del mito relata los orígenes de los componentes esenciales de la existencia: los principios masculino y femenino; los elementos fundamentales del aire y la humedad; la tierra y el cielo, y, por último, la primera familia de dioses, los cuales, como las aguas de Nun de las que habían surgido, abarcaban la tendencia tanto al orden como al caos. En total, Atum y sus descendientes inmediatos sumaban nueve divinidades; es decir, tres veces tres, lo que expresaba el concepto de completitud del antiguo Egipto.

El interés esencial de este relato, aparte de su sofisticación filosófica y de su sutil legitimación del gobierno de la realeza, reside en el hecho de que demuestra la fuerza con que el peculiar entorno natural de los egipcios —esa combinación de regularidad y dureza, de fiabilidad y peligro, junto con la promesa anual de renacimiento y renovación— dejó su impronta en la conciencia colectiva de las gentes y determinó la pauta de su civilización.

Las Dos Tierras

El Nilo no solo fue la causa e inspiración de la cultura del antiguo Egipto; fue también el hilo conductor que unificaría toda la historia egipcia, presenciando los progresos de la realeza, el transporte de los obeliscos, las procesiones de los dioses, el avance de los ejércitos, etcétera. El valle y el delta del Nilo —las «Dos Tierras», en la

terminología de los propios egipcios— constituyen el telón de fondo de la grandeza y decadencia del antiguo Egipto, y su peculiar geografía resulta clave para entender la larga y compleja historia de este país.

No se conservan mapas de Egipto de las épocas más remotas, pero, de haberlos, sin duda nos llamaría la atención una diferencia asombrosa. Los antiguos egipcios orientaban su vida hacia el sur, puesto que era allí, en el sur, donde nacía el Nilo, y era del sur de donde llegaba la inundación anual. En la concepción del antiguo Egipto, el sur ocupaba la parte «superior» de su mapa mental, mientras que el norte quedaba «debajo». Los egiptólogos han perpetuado esta visión heterodoxa del mundo al llamar «Alto Egipto» a la parte sur del país y «Bajo Egipto» a la parte norte. De acuerdo con esta orientación, el oeste queda a la derecha (en el antiguo Egipto ambos términos eran sinónimos) y el este, a la izquierda. Los propios egipcios denominaban coloquialmente a su país «Las Dos Orillas», lo que venía a subrayar el hecho de que lo consideraban equivalente al valle del Nilo. Otra denominación alternativa, más familiar, era la de Kemet, «la tierra negra», una expresión que aludía al oscuro suelo aluvial que daba al país su fertilidad, y que a menudo se comparaba con Desheret, «la tierra roja» de los desiertos. En cuanto al propio Nilo, los egipcios no tenían necesidad de darle ningún nombre especial: era simplemente Iteru, «el río»; en su mundo no había otro.

Pese a su influencia unificadora, el Nilo está lejos de poseer un carácter uniforme. En su curso desde el África subsahariana hasta el Mediterráneo, moldea el terreno por el que fluye configurando una gran variedad de paisajes distintos, y los antiguos egipcios aprendieron a explotar cada uno de ellos. En su cosmovisión, el río iniciaba su curso en lo que se conoce como la «primera catarata», un conjunto de espectaculares rápidos cerca de la moderna ciudad de Asuán causados por la intrusión de granito duro y resistente a través del estrecho valle del Nilo. El estruendo provocado por las aguas en la época de la crecida al pasar entre los angostos canales y por encima de las rocas salientes, llevó a los antiguos egipcios a creer que la propia crecida se iniciaba en una profunda caverna subterránea situada bajo la catarata. En la isla de Abu (la Elefantina clásica/actual), sembrada de cantos rodados y situada en mitad del cauce del Nilo, rindieron culto a aquella fuerza de la naturaleza bajo la forma del dios carnero Jnum, mientras que la construcción de un nilómetro también en dicha isla, destinado a medir la altura de la crecida, proporcionaba un primer indicio de la fuerza de la inundación cada año. Con sus peligrosos rápidos y sus rocas sumergidas, la región de la catarata resulta peligrosa para la navegación; pero los antiguos egipcios explotaron este hecho en beneficio propio. Abu (o «elefante», así llamada por su importancia en el comercio de marfil) se convirtió en el puesto fronterizo meridional de Egipto, un emplazamiento fácilmente defendible que dominaba y controlaba la llegada por el río de barcos procedentes de más al sur. También representaba el punto de arranque natural de las caravanas que partían por tierra, a través de los oasis de Kurkur, Dunqul y Salima, para incorporarse al Darb el-

Arbain («camino de los cuarenta días»), la principal ruta comercial transahariana en dirección norte-sur, que va desde Al-Fashir, en la región sudanesa de Darfur, hasta la ciudad egipcia de Asiut. Las diversas prospecciones arqueológicas actualmente en curso están revelando constantemente la importancia que tuvieron en la Antigüedad las vías de comunicación que atravesaban el desierto, y resulta evidente que el control de aquellas transitadas rutas comerciales resultaba estratégicamente tan importante como el control del tráfico fluvial. La prominencia de Abu y de otros centros comerciales incipientes es un reflejo de su emplazamiento favorable para ambos tipos de viajes. A lo largo de toda la historia del antiguo Egipto, Abu y la región de la primera catarata señalaron el principio del Egipto propiamente dicho. Cuando los barcos que navegaban hacia el norte desde los territorios conquistados superaban la isla de Biga, en la cabecera de la catarata, sus tripulaciones debían de alegrarse, puesto que sabían que por fin estaban ya en casa.

Al norte de Abu, el valle del Nilo alcanza su zona más angosta, donde discurre entre precipicios de dura arenisca nubia. Aquí, la franja de tierra cultivable a ambos lados del río se vuelve considerablemente estrecha —llega a tan solo unos doscientos metros en algunos lugares—, y, como resultado de ello, esta parte del Alto Egipto meridional nunca ha albergado una población demasiado grande. Sin embargo, cuenta con otras ventajas naturales que los antiguos egipcios se apresuraron a explotar; en particular, los *uadis* que desde las dos orillas del Nilo se adentraban profundamente en los desiertos circundantes, dando acceso a diversas rutas comerciales y a los lugares de origen de valiosas materias primas como piedras preciosas, cobre y oro. Estos factores compensarían la relativa escasez de tierras cultivables y harían del sur del valle del Nilo un importante centro de desarrollo económico —y, por ende, político— a lo largo de toda la historia egipcia, desde Nejen en la época prehistórica hasta la cercana Apolinópolis Magna (la actual Edfú) en el período romano.

En Gebel el-Silsila, a unos sesenta kilómetros al norte de Abu, se produce una importante transición en la geología del valle del Nilo, ya que allí la arenisca nubia da paso a la caliza egipcia, más blanda. Los elevados riscos de arenisca que en este punto se extienden hasta el mismo borde del agua, representaban un evidente punto de referencia tanto para los barcos que navegaban río arriba como para los que lo hacían río abajo. Y, asimismo, constituían una cantera fácilmente accesible que proporcionaba grandes bloques de arenisca, abasteciendo a los importantes proyectos de construcción que se emprendieron en la última fase de la civilización faraónica.

A partir de Gebel el-Silsila, el paisaje se vuelve menos abrupto, los riscos que flanquean el valle devienen más bajos y erosionados, y la llanura aluvial se ensancha. Con su mayor potencial agrario, la región es capaz de sustentar a una población superior a la de las áreas situadas más al sur. Este fue un factor clave en el auge y el constante crecimiento de Tebas, la mayor ciudad del Alto Egipto durante la mayor parte de la antigua historia egipcia. Los principales centros habitados se situaron siempre en la orilla oriental del Nilo, donde la llanura aluvial alcanza mayor anchura,

mientras que los espectaculares riscos de la orilla occidental y la amplitud del desierto bajo que se extiende a sus pies ofrecían lugares ideales para enterramientos, lo bastante cerca de la ciudad como para resultar cómodos, pero también lo bastante lejos como para mantener una mínima separación. Así pues, Tebas se hallaba dividida, tanto geográfica como ideológicamente, entre una ciudad de los vivos (por donde salía el sol) y una ciudad de los muertos (por donde el sol se ponía). Asimismo, se beneficiaba de la extensa red de pistas que atravesaban el desierto al otro lado de las colinas de la orilla occidental. El control de aquellas vías de comunicación terrestres, intensamente disputado, confería una importante ventaja estratégica, y desempeñaría un papel decisivo en muchos momentos importantes de la historia egipcia. Además, permitían a Tebas regular el acceso a Nubia por el norte.

Cuando el Nilo entra en la gran «curva de Qina» sus aguas fluyen en dirección este, situándose en la posición más cercana al mar Rojo de todo su curso. La orilla oriental era, pues, el punto de partida evidente para las expediciones a las colinas del mar Rojo —con sus minas de oro y canteras de piedra—, y, más allá, hasta las costas del propio mar. A lo largo de toda la época faraónica, los egipcios enviaron expediciones comerciales a la distante y legendaria tierra de Punt (actual costa de Sudán y Eritrea), que zarparon desde los puertos del mar Rojo. En los períodos ptolemaico y romano, el mar Rojo ofrecía la ruta marítima más rápida hacia la India, mientras que los desiertos del oeste de la curva de Qina eran un hervidero de actividad comercial y militar.

Siguiendo hacia el norte, una vez pasada la curva de Qina, el valle del Nilo cambia de nuevo de carácter y se vuelve mucho más ancho, y solo en la lejanía se aprecian los riscos erosionados durante años. Irónicamente, aunque esta es una de las partes del país más productivas desde el punto de vista agrario, en general el norte del Alto Egipto siempre estuvo algo atrasado, debido a su relativo aislamiento de los principales centros del poder político. Una notable excepción fue la prominencia de Cheni durante el período prehistórico y las primeras dinastías, probablemente fruto de su control de la ruta más corta desde el Nilo hasta los oasis. En períodos posteriores, la gran antigüedad de Abedyu como cementerio real le otorgó una gran importancia religiosa, convirtiéndolo en el principal lugar de peregrinación de todo Egipto, un estatus que conservaría a lo largo de toda la época faraónica. En la guerra civil que siguió al colapso del Estado del Imperio Antiguo, Abedyu fue una pieza clave, y la región circundante sería disputada muchas veces en los conflictos periódicos que estallaron entre los centros de poder rivales en el norte y el sur de Egipto.

Siguiendo río abajo, el valle del Nilo experimenta un marcado estrechamiento a la altura de la moderna ciudad de Asiut. La denominación de Asiut deriva del antiguo nombre egipcio del lugar, Sauty, que significa «guardián»; el apodo resulta de lo más acertado, puesto que Asiut custodia tanto el acceso desde el norte a las riquezas del Alto Egipto como, en sentido opuesto, el acceso desde el sur a la capital y a los puertos mediterráneos. En consecuencia, Asiut representó siempre un elemento

decisivo natural en la integridad territorial de Egipto; cuando el país se dividió en una mitad norte y una mitad sur, como ocurrió en varios períodos de su historia, normalmente la frontera de separación se estableció en Asiut. La ciudad custodia asimismo el extremo egipcio del Darb el-Arbain, lo que la convierte en un lugar de enorme importancia estratégica.

Al norte de Asiut, los exuberantes y extensos campos aparecen de nuevo, otorgando una belleza serena e intemporal a esta parte del valle, denominada a veces Egipto Medio. Una vez más, las rutas que atraviesan el desierto desde la orilla occidental proporcionan un fácil acceso a los oasis saharianos y, por ende, a Sudán. No obstante, el rasgo más notable allí no es el propio valle, sino la extensa y fértil depresión del Fayum, alimentada por un brazo del Nilo, el Bahr Yussef («canal de José»), que nace del curso principal del río en Asiut. El Birket Qarun, el inmenso lago de agua dulce situado en el corazón del Fayum, da vida al Sahara circundante. En tiempos antiguos debió de estar rebosante de fauna, y sus orillas sustentan una vegetación abundante y una agricultura productiva. Desde los mismos comienzos de la historia faraónica, el Fayum fue un popular lugar de descanso para la realeza, que construía allí sus palacios de verano. En el Imperio Medio y el período ptolemaico en particular, fue el foco de importantes actividades de regadío y recuperación de tierras, creando de hecho «otro Egipto» en el Desierto Occidental.

Desde un punto de vista estratégico, el emplazamiento más importante de todo Egipto es el punto donde el valle del Nilo se ensancha y el río se divide en numerosos brazos que vierten sus aguas al mar Mediterráneo. Esta región, que forma la intersección entre el Alto y el Bajo Egipto, fue denominada por los antiguos egipcios «La Balanza de las Dos Tierras»; tras la unificación, resultó ser el emplazamiento obvio para la capital, dado que controlaba las dos partes del país. Sede de la antigua Menfis y de la actual El Cairo, esta zona donde arranca el delta ha sido el centro administrativo de Egipto durante más de cinco milenios. Su importancia en tiempos faraónicos resulta patente por las pirámides que flanquean los límites de la escarpadura del desierto al oeste de Menfis, a lo largo de unos treinta kilómetros.

En términos ideológicos y políticos, los antiguos egipcios no dieron al Bajo Egipto una importancia inferior a la del Alto Egipto; sin embargo, nuestros conocimientos actuales sobre el delta siguen estando muy por debajo de lo que sabemos sobre el valle del Nilo. Las principales razones de ello son la constante acumulación de limo durante siglos —ha sepultado muchos de los restos antiguos— y lo difícil e inhóspito del terreno. El contraste con el valle, estrecho y bien delimitado, no podría ser mayor. El delta incluye grandes superficies de tierras bajas y llanas, cuya extensión se pierde en el horizonte y que solo se ven interrumpidas por ocasionales palmeras que se alzan aquí y allá. Las peligrosas marismas y una multitud de brazos y pequeños canales del río hacen especialmente difícil cualquier recorrido terrestre. El delta ofrece una fértil tierra de pastos y una abundante agricultura, pero se trata de terrenos poco rentables dado el perenne riesgo de

inundación por el río o por el mar (los antiguos egipcios lo sabían muy bien; de ahí que denominaran al Bajo Egipto Ta-Mehu, «tierra inundada»). Asimismo, el delta representaba el flanco septentrional más expuesto de Egipto; la parte occidental era propensa a sufrir incursiones de los libios, mientras que el este solía padecer migraciones y ataques de los pueblos de Palestina y de más allá. Rendidas a la dominación extranjera en los períodos de debilidad, las lindes del delta fueron fortificadas en las épocas de fuerte gobierno central como una zona de amortiguación frente a posibles ataques y una base para las campañas militares destinadas a defender y ampliar las fronteras de Egipto. Al final de la historia faraónica, el delta adoptó un papel prominente gracias a sus vínculos y a su proximidad a los otros centros de poder del mundo antiguo, especialmente Grecia y Roma.

Cuando el Nilo entra en el tramo final de su curso, las marismas del Bajo Egipto dan paso a una serie de lagunas salobres que bordean la costa y a las arenosas orillas del Mediterráneo. Es este un paisaje cambiante, a caballo entre la tierra seca y el mar, y para los antiguos egipcios constituía un recordatorio más del precario equilibrio de su existencia. Todo su entorno natural parecía subrayar el hecho de que el mantenimiento del orden creado se basaba en el equilibrio de los opuestos: la fértil tierra negra y la árida tierra roja; el este como reino de los vivos y el oeste como reino de los muertos; el estrecho valle del Nilo y su amplio delta, y la lucha anual entre la caótica crecida y la tierra seca.

Si la geografía de Egipto moldeó la psique de sus habitantes, el particular genio de los primeros gobernantes del país consistió en hacer del rey el único eje central capaz de mantener las mencionadas fuerzas en equilibrio.

2
Dios encarnado

LARGA VIDA AL REY

La unificación de Egipto en 2950 supuso la creación del primer Estadonación del mundo. Hoy, esta forma de unidad política y social nos parece tan natural como inevitable: nuestra prosperidad (o pobreza), nuestros derechos y deberes, nuestras libertades (o su ausencia), todo ello se ve profundamente afectado por nuestra nacionalidad. Con la única excepción de la Antártida, toda la superficie de nuestro planeta está dividida en países, que en conjunto suman más de doscientos. Pero no siempre fue así. Antes de finales del cuarto milenio a.C., esa clase de estados no existían. La identidad y la lealtad se basaban, en cambio, en la familia, la comunidad o la región. El concepto de Estado-nación —un territorio político cuya población comparte una identidad común— fue la invención de los antiguos egipcios.

A partir de Narmer, los primeros reyes de Egipto se encontraron gobernando una forma de entidad política completamente nueva, que se mantenía unida tanto por estructuras gubernamentales como por valores compartidos. Era un reto sin precedentes: el de fomentar el sentimiento de nacionalidad entre personas distintas, dispersas por un área que se extendía desde la primera catarata hasta las costas del Mediterráneo. La creación de un sentimiento claramente definido de «ser egipcio» (podríamos llamarlo de «egipcianidad») representa uno de los mayores logros de los primeros gobernantes de Egipto. Y en su origen hay una buena parte de interés propio. La doctrina de la realeza divina definiría la civilización faraónica, produciría monumentos de gran simbolismo como las pirámides, e inspiraría las grandes tumbas y templos que se alzan todavía hoy.

El dominio de la monarquía en la cultura y en la historia del antiguo Egipto se ve resaltado por el sistema que utilizamos para dividir el período de tres mil años que va del reinado de Narmer hasta la muerte de Cleopatra. En lugar de centrarse en los logros culturales (como en los casos de la Edad de Piedra, la Edad del Bronce y la Edad del Hierro), la cronología egipcia emplea un esquema basado en dinastías de reyes. De una forma que parece especialmente apropiada para una de las culturas antiguas más conservadoras, el sistema básico que utilizamos hoy sigue siendo el mismo que diseñara Manetón, un antiguo sacerdote e historiador egipcio que vivió hace 2.300 años. Contemplando retrospectivamente la historia de su país, y ayudado por los registros de los templos, Manetón dividió a los reyes de Egipto en treinta casas o dinastías gobernantes. Su esquema se iniciaba con Menes (el rey al que hoy conocemos con el nombre de Narmer) como fundador de la I Dinastía (c. 2950), y

terminaba con Nectanebo II (Najthorhabet) como último rey de la XXX Dinastía (360-343). Por razones de completitud histórica, los modernos estudiosos han añadido una XXXI Dinastía, que incluye a los conquistadores persas que gobernaron brevemente Egipto entre la muerte de Najthorhabet y la conquista de Alejandro Magno. Las dinastías macedónica y ptolemaica, fundadas por Alejandro y Ptolomeo respectivamente, no figuraban en el esquema original de Manetón. Aunque estas incluyen a reyes de origen no egipcio y, en cierta medida, representan una ruptura con el sistema de gobierno faraónico, también subrayan la constante importancia del reinado dinástico en la última fase de la historia del antiguo Egipto.

En sintonía con el ideal del antiguo Egipto, perpetuado en los relieves e inscripciones de los templos, las dinastías de Manetón hacen hincapié en la existencia de una única e ininterrumpida sucesión de reyes cuyos orígenes se remontan «al tiempo de los dioses» y, en última instancia, al propio momento de la creación. A su vez, este ideal reflejaba la doctrina promulgada por la corte faraónica, según la cual el dios creador Atum había sentado las bases de la realeza en «los primeros tiempos», y cada gobernante posterior era el legítimo heredero de una forma de gobierno sancionada por la divinidad. La realidad, obviamente, era bastante distinta. En los momentos de falta de unidad nacional, varios gobernantes establecidos en distintas partes del país podían reclamar a la vez el título real y el gobierno. En consecuencia, nuestro conocimiento moderno de la historia egipcia considera que las dinastías XXII, XXIII y XXIV de Manetón están, al menos parcialmente, superpuestas en el tiempo. Diversos estudios recientes han demostrado que algunas de sus dinastías (como la VII) resultan ser del todo espurias, resultado de una interpretación errónea de los antiguos registros de los templos, mientras que las dinastías IX y X parecen representar a una única familia reinante, y no a dos. Aparte de estas correcciones y modificaciones, el sistema de Manetón se ha revelado impresionantemente robusto y duradero. Pero, sobre todo, el hecho de que siga constituyendo la forma más cómoda de dividir la historia del antiguo Egipto, viene a subrayar el carácter central de la monarquía para su comprensión —y la nuestra— de la civilización faraónica.

De hecho, la realeza como forma de gobierno era intrínsecamente egipcia. Entre las primeras civilizaciones del mundo antiguo, solo Egipto abrazó esta particular forma de gobierno desde los mismos comienzos de su historia. En Mesopotamia (la actual Irak), las ciudades-Estado basaban su identidad en los templos locales, de modo que eran los sumos sacerdotes quienes ostentaban el mayor poder político y económico. Solo más tarde se desarrolló un sistema monárquico, aunque este nunca llegaría a ser tan exhaustivo u omnipotente como su equivalente egipcio. En el valle del Nilo parece que había reyes gobernando al pueblo ya desde los tiempos prehistóricos. En diversas excavaciones recientes realizadas en el antiguo cementerio real de Abedyu, se han descubierto tumbas que datan aproximadamente del año 3800. Una de ellas contenía un vaso de cerámica decorado con la que quizá sea la imagen más antigua conocida de un rey. Representa una figura alta con una pluma en la

cabeza, que sostiene una maza en una mano mientras con la otra sujeta una soga a la que están atados tres cautivos. La subyugación de los enemigos y la característica combinación del tocado de pluma y la maza —que también se encuentra en el arte rupestre prehistórico del Desierto Oriental— identifican la escena como propia de la realeza, a pesar de que, probablemente, el soberano en cuestión controlaba solo un territorio limitado. Parece ser que la realeza se desarrolló en otras partes del Alto Egipto más o menos al mismo tiempo, tal como sugieren un fragmento de cerámica de Nubt decorado con una corona y un conjunto monumental de salas hipóstilas descubierto en el desierto cerca de Nejen.

Alrededor del año 3500, la inequívoca iconografía de la realeza alcanzó su plena expresión en una tumba de Nejen conocida como la Tumba Pintada. Una de las paredes interiores de esta cámara mortuoria estaba enyesada y pintada con un friso en el que se representaba a una figura real tomando parte en varias actividades rituales. La decoración está dominada por una espectacular procesión de barcos, pero en una esquina de la escena se muestra al rey golpeando a tres cautivos atados. Este motivo, ya prefigurado en el vaso de Abedyu, se convertiría en la imagen definitoria de la realeza egipcia. Lo vemos repetido en la paleta de Narmer, y luego en los muros de los templos hasta el mismo final de la civilización faraónica. La imaginería de comienzos de la realeza resultaría tan duradera como violenta.

LA CORONA Y EL CETRO

Durante el proceso de formación del Estado, la expresión artística del gobierno monárquico experimentó un rápido desarrollo marcado por el ritmo de cambio del propio concepto de la realeza. Podemos detectar esos cambios en una serie de objetos ceremoniales e inscripciones conmemorativas. Resulta especialmente llamativa la denominada «paleta del Campo de Batalla», un objeto similar a la paleta de Narmer pero que data más o menos de un siglo antes. Mientras que el monumento de Narmer asigna el lugar preponderante a una imagen del rey en forma humana, la paleta anterior, en cambio, muestra al soberano como un enorme león, pisoteando y embistiendo a sus enemigos, que yacen postrados en el campo de batalla. La intención era presentar al rey como una fuerza de la naturaleza. De manera similar, una inscripción contemporánea tallada en Gebel Sheij Suleiman, cerca de la segunda catarata del Nilo en Nubia, muestra al rey egipcio victorioso como un gigantesco escorpión que sostiene con sus pinzas la soga con la que está atado el jefe nubio derrotado. Un cilindro de marfil de la misma época de Narmer muestra al rey como un fiero siluro del Nilo que golpea con un largo palo a varias hileras de prisioneros. El mensaje estaba claro: el rey no era solo un simple mortal que gobernaba en virtud de su linaje y sus dotes de mando, sino que también encarnaba la fuerza y la ferocidad de los animales salvajes, unos poderes sobrehumanos que le otorgaba la

autoridad divina. Al elevarse sobre sus súbditos, los gobernantes egipcios prehistóricos pretendían adquirir un estatus divino.

Todas estas tendencias culminarían en la paleta de Narmer. Su propia forma rememora una época en la que los errantes pastores de ganado vacuno vivían una existencia seminómada, llevando consigo todo lo que necesitaban y utilizando su propio cuerpo como lienzo para plasmar su arte. En una sociedad tal, la costumbre de pintarse el rostro desempeñaba un papel fundamental en la vida ritual de la comunidad, y las paletas para cosméticos constituían una posesión especialmente preciada. Pero en la época de Narmer la paleta se había transformado ya en un vehículo para proclamar la omnipotencia y la divinidad del rey.

También la propia decoración de la paleta de Narmer abarca dos mundos y dos épocas. Su poco profunda depresión circular, que delata el origen práctico del objeto, está formada por los cuellos entrelazados de dos criaturas fabulosas, sujetas con correas por sendos sirvientes. Estos «serpopardos» (leopardos con cuellos serpentinos) no tienen un origen egipcio, sino que provienen del canon artístico de la antigua Mesopotamia, y apuntan a un período de intenso intercambio cultural entre dos de las grandes culturas de finales de la prehistoria, cuando las ideas e influencias de los valles de los ríos Tigris y Éufrates llegaron a las distantes riberas del Nilo. Los gobernantes predinásticos de Egipto estaban decididos a potenciar su propia autoridad e influencia. Para ello necesitaban medios de probada eficacia de exhibir su poder, de modo que se mostraban encantados de tomar prestadas ideas extranjeras si estas servían a sus propósitos. Así, durante unas cuantas generaciones la cultura de la élite egipcia adoptó parte de la imaginería mesopotámica, especialmente motivos artísticos para representar conceptos complejos o difíciles, como la propia noción de la realeza (rosetón) o la reconciliación de fuerzas opuestas por medio del soberano (dos fieras entrelazadas). Pero, una vez que las ideas prestadas habían logrado el efecto deseado, fueron desechadas con la misma rapidez y reemplazadas por expresiones culturales autóctonas, con la sola excepción del estilo arquitectónico de inspiración mesopotámica adoptado en el palacio del rey y en otras construcciones reales. La paleta de Narmer capta este importante momento en la historia cultural del antiguo Egipto: en una cara aparecen motivos mesopotámicos, mientras que la otra presenta exclusivamente motivos egipcios. La civilización egipcia había alcanzado la mayoría de edad y estaba encontrando su propia voz.

De modo similar, la representación del propio Narmer refleja a la vez modos de expresión tanto prehistóricos como históricos. En una cara se le muestra como un toro salvaje, derribando las murallas de una fortaleza rebelde y pisoteando a sus desventurados enemigos. Pero basta girar la paleta para ver que la representación del soberano como un animal salvaje ha quedado relegada al pasado: ahora predomina la imagen del rey victorioso en forma humana. La ideología de la autoridad real no había cambiado, pero su representación estaba experimentando una profunda transformación. En adelante dejaría de considerarse apropiado representar al rey

como un animal; su recién adquirida divinidad exigía una representación más elevada y sofisticada.

A lo largo de la historia, los monarcas han adoptado normalmente una serie de elaborados símbolos destinados a diferenciarlos de sus súbditos. Las vestiduras y ornamentos reales cifran los diferentes atributos de la realeza, proporcionando una especie de resumen visual de la compleja ideología subyacente. En las monarquías cristianas, una corona rematada por una cruz simboliza que el poder temporal del rey está sujeto a una autoridad divina, mayor que la suya (el orbe viene a reforzar ese mismo mensaje), mientras que el cetro alude a un poder atemperado por la justicia. También en el antiguo Egipto se utilizaban vestiduras y ornamentos de modo parecido para transmitir la naturaleza de la autoridad regia. Una vez más, hay que decir que muchos de esos elementos tienen un origen prehistórico. El símbolo de poder más antiguo descubierto hasta ahora en Egipto data del año 4400, es decir, más de catorce siglos antes de la fundación de la tradición dinástica. Es un sencillo báculo de madera de alrededor de un metro de largo, con pomos en los extremos, que se encontró enterrado junto a su dueño en una tumba de El-Omari, cerca de la actual El Cairo. Obviamente, ser portador de un gran bastón constituye la expresión más básica de autoridad, y el báculo de madera seguiría siendo el símbolo identificador de los altos cargos a lo largo de toda la historia egipcia. Pero la monarquía siempre ha tenido cierta tendencia a la sofisticación, de modo que, ya en las primeras fases del desarrollo de la realeza egipcia, el sencillo bastón evolucionó para convertirse en un objeto más complejo: el cetro. Como ya hemos visto en el capítulo anterior, ha llegado hasta nosotros un cetro de marfil en forma de cayado de pastor encontrado en una tumba real predinástica de Abedyu; y, de hecho, el cayado pasaría a identificarse tan estrechamente con la soberanía que llegaría a adoptarse como el signo jeroglífico para designar el término *gobernante*. Junto con el flagelo o mayal —un bastón con cuerdas nudosas o tiras de cuentas en uno de sus extremos—, pasaría a simbolizar el rango de la realeza, y más concretamente el deber del monarca tanto de contener como de estimular a su rebaño. Estos dos elementos clave entre los ornamentos reales delatan los orígenes prehistóricos de la civilización egipcia: rememoran un pasado en el que los medios de subsistencia estaban dominados por la ganadería, y en que el hombre que llevaba el cayado y el mayal —es decir, el hombre que controlaba los rebaños— era el jefe de su comunidad. Parecidos ecos se oyen en otro peculiar atributo que ostentaba Narmer en ambas caras de la paleta: un rabo de toro. Con él se pretendía demostrar que el rey encarnaba el poder del toro salvaje, quizá el animal más impresionante y feroz de entre la fauna del antiguo Egipto, y se proporcionaba un vínculo inconsciente entre la monarquía dinástica y sus antecedentes predinásticos.

La corona es el emblema intrínseco de la monarquía. Los soberanos se han distinguido siempre por llevar alguna forma especial de tocado que, en su nivel más básico, sirve para elevar a su portador por encima de la plebe (literal y

metafóricamente). Como el concepto de Estadonación, también la corona parece haber sido una invención del antiguo Egipto. Y, en sintonía con la cosmovisión de los egipcios, sus reyes no llevaban una, sino dos coronas distintivas para simbolizar las dos mitades de su reino. Desde los más remotos tiempos históricos, la «corona roja» se asoció al Bajo Egipto. Consistía en un tocado bajo de forma vagamente cuadrada con una proyección alta y ahusada en la parte de atrás, y, adosada a la parte delantera de dicha protección, una protuberancia terminada en espiral que recuerda a la probóscide de una abeja. Su complementaria, la «corona blanca» —alta y cónica con un extremo bulboso—, era el símbolo del Alto Egipto. Esta clara ecuación muestra el aprecio que sentían los egipcios por las divisiones binarias, pero es también una invención artificial. Las evidencias arqueológicas del período prehistórico sugieren que ambas coronas se originaron en el Alto Egipto (el crisol de la realeza); la corona roja en Nubt y la blanca al sur, más allá de Nejen. Tras la unificación del país, pasaría a tener sentido cabal que la «septentrional» corona roja pasara a ser el símbolo del norte de Egipto, mientras que la corona «meridional» se convirtió en el símbolo del sur; los antiguos egipcios eran especialmente buenos a la hora de inventar tradiciones. Hacia la mitad de la I Dinastía, aproximadamente un siglo después de Narmer, los artífices de la iconografía real dieron el paso lógico de combinar las coronas roja y blanca en un solo tocado, la corona doble, para simbolizar el doble dominio del soberano. En adelante, este podría elegir entre tres tocados distintos dependiendo de qué aspecto de su autoridad deseara subrayar.

Si el arte podía utilizarse para proyectar la autoridad del rey, es obvio que la arquitectura podía hacer lo mismo, pero con mucha mayor eficacia y a una escala monumental. Como todos los gobernantes totalitarios de la historia, los reyes de Egipto tenían obsesión por las grandes construcciones, diseñadas para reflejar y magnificar su estatus. Desde los mismos comienzos del Estado egipcio, la monarquía se mostró especialmente adepta al uso del vocabulario arquitectónico con fines ideológicos, y eligió hacer especial hincapié en un determinado estilo de construcción como la expresión visible de la realeza. El tipo de fachada elaborada alternando entrantes y salientes —que en el soleado clima de Egipto crearía un patrón de luces y sombras de gran eficacia— se había desarrollado inicialmente en Mesopotamia, a mediados del cuarto milenio a.C. Como sucediera con otros préstamos culturales del período de formación del Estado, este peculiar estilo arquitectónico halló una buena acogida entre los primeros gobernantes de Egipto. Resultaba tan exótico como imponente; es decir, ideal como símbolo del poder regio. De ahí que fuera rápidamente adoptado como estilo arquitectónico preferente para los palacios del rey, incluido el complejo real de la capital, Menfis, que constituía la principal sede de gobierno. Con su exterior encalado, esta construcción, conocida como el «Muro Blanco», debía de tener un aspecto deslumbrante, comparable en su simbolismo a la «Casa Blanca» de una moderna superpotencia. Otras construcciones reales edificadas por todo el territorio se hicieron conscientemente a imitación del Muro Blanco, de

manera que lo que originariamente era un motivo arquitectónico de origen extranjero, se convirtió rápidamente en uno de los elementos distintivos de la monarquía egipcia.

EL PAPEL DE LA TITULATURA

A lo largo de toda la historia faraónica, la iconografía y la arquitectura desempeñaron siempre un importante papel a la hora de proyectar la imagen deseada de la realeza ante el pueblo. De hecho, resultaban especialmente efectivas en un país como Egipto, donde hasta un 95 por ciento de la población era analfabeta. Sin embargo, en el mundo antiguo era raro —si es que llegaba a suceder alguna vez— que la principal amenaza a un rey proviniera de las masas. Las personas con las que un monarca tenía que procurar llevarse bien eran, sobre todo, sus más estrechos colaboradores. El pequeño grupo de altos funcionarios cultos que dirigían la administración se hallaban en mejor situación que la mayoría para plantear una amenaza al vigente rey. Obviamente, en general tales individuos debían su posición, su estatus y su riqueza al patrocinio real, y, en consecuencia, tenían un especial interés en mantener el *statu quo*. Pero, en cualquier caso, los magistrales propagandistas reales de Egipto diseñaron un medio sutil de fortalecer el papel de la realeza entre la clase culta; y, de paso, elevaron el rango del monarca a una posición virtualmente inexpugnable.

La solución estaba no en la iconografía, sino en la escritura. Los jeroglíficos se desarrollaron inicialmente a finales del período prehistórico con una finalidad bastante prosaica: facilitar el mantenimiento de registros y permitir el control económico de un territorio geográficamente extenso. Pero pronto se advirtió el potencial ideológico de la escritura. Así, por ejemplo, en la paleta de Narmer se emplean signos para identificar a los principales protagonistas (el rey, sus seguidores y sus enemigos) y para rotular las escenas principales. Las palabras podían emplearse exactamente con la misma facilidad para transmitir la esencia fundamental de la realeza mediante títulos reales. En el mundo occidental contemporáneo, los títulos generalmente han perdido su antigua potencia, aunque todavía hay algunos, como los de «comandante en jefe» o «defensor de la fe», con resonancias de una antigua época de deferencia y rígidas jerarquías. En el antiguo Egipto, en cambio, los nombres y los títulos tenían una gran importancia, y el desarrollo inicial del conjunto de títulos regios vino a explotar plenamente este potencial.

El más antiguo de todos los títulos reales, en uso incluso antes de la época de Narmer, era el de Horus, que identificaba explícitamente al rey como la encarnación terrenal de la suprema divinidad celestial, el dios halcón Horus. Ello equivalía a una afirmación tan audaz como intransigente. Si el rey no era meramente el representante de los dioses en la Tierra, sino una encarnación de la divinidad, no podía cuestionarse su poder sin destruir todo el conjunto de la creación. Este mensaje se reforzaba a la menor oportunidad. El sello del rey, estampado en las mercancías para señalar su real

propiedad o tallado en piedra en los monumentos regios, mostraba al dios halcón sobre un marco rectangular que contenía el «nombre de Horus» del rey. El marco se diseñaba de forma que se asemejara a una puerta del complejo real. El mensaje —no demasiado subliminal— era que el rey, en su palacio, actuaba bajo la sanción de la divinidad, siendo él mismo un dios encarnado. Como declaración de principios del gobierno monárquico, resultaba tan directa como incuestionable.

Un segundo título real, de cuyo uso se tiene constancia desde el reinado del sucesor de Narmer, daría una nueva vuelta de tuerca a la propaganda regia. Se escribía con los signos de un buitre y una cobra, que representaban a dos diosas. Nejbet, el buitre, se asociaba a Nejeb (o Nejab, la actual El-Kab), una ciudad situada frente a Nejen, en el corazón del Alto Egipto. Por su parte, Uadyet, la cobra, era la diosa de Dep, una de las dos poblaciones gemelas (junto con Pe) que formarían la importante ciudad de Per-Uadyet (la actual Tell el-Farain), en el delta; representaba, pues, al Bajo Egipto. Elegir a dos antiguas deidades para simbolizar las dos mitades del país y hacer a ambas diosas coprotectoras de la monarquía, resultaba una inteligente jugada que permitía tejer una teología nacional, centrada en la persona del rey, con los hilos de las creencias y costumbres locales. La adopción de las coronas roja y blanca formaba parte de ese mismo proceso, como también la prominencia otorgada a la diosa del delta Neit en los nombres de las primeras reales esposas. Así, por ejemplo, la esposa de Narmer se llamó Neit-hotep, que significa «Neit está satisfecha». Desde las marismas del norte hasta el extremo sur del valle del Nilo, todos los grandes cultos —y sus seguidores— fueron asimilados a la ideología de la realeza. Fue una brillante demostración de dominio por medio de la unificación, una conquista teológica del país entero.

El tercer título regio, adoptado al mismo tiempo que la corona doble, representaba una nueva elaboración y definición del papel del rey. Estaba formado por dos palabras egipcias, *nesu-bity*, literalmente «el del junco y la abeja», aunque la expresión podría traducirse de forma más elegante como «doble rey». Aunque el origen exacto del término es confuso —en cierto nivel es posible que el junco simbolizara el Alto Egipto y la abeja, el Bajo Egipto—, su significado era amplio y sofisticado, ya que abarcaba los numerosos pares de opuestos sobre los que el rey presidía y a los que solo él podía mantener en equilibrio: el Alto y el Bajo Egipto, la Tierra Negra y la Tierra Roja, el reino de los vivos y el de los muertos, etcétera. El título reflejaba asimismo la dicotomía, más fundamental, que formaba el núcleo de la realeza egipcia: el contraste entre el oficio sagrado (*nesut*) y la función secular (*bity*). El título de *nesut-bity* recordaba a los seguidores del rey que, además de jefe del Estado, era también un dios en la Tierra: una combinación irresistible.

POMPA Y CIRCUNSTANCIA

Los gobernantes de toda clase, pero especialmente los monarcas hereditarios, siempre han reconocido instintivamente la fuerza cohesiva de la ceremonia y la exhibición, la capacidad del ritual público de generar respaldo popular. Los antiguos egipcios eran maestros del ceremonial real, y lo eran ya desde tiempos muy antiguos. Una cabeza de maza elaboradamente decorada, hallada en Nejen junto con la paleta de Narmer, muestra a un rey anterior (conocido entre nosotros como Escorpión) ejecutando una ceremonia de regadío. El rey utiliza un azadón para abrir un dique, mientras un sirviente, encorvado ante la real presencia, sostiene una cesta destinada a recibir el terrón. Portadores de abanicos, portadores de estandartes y mujeres danzantes realzan la importancia del acto. Este vívido retrato de los albores de la historia nos permite hacernos una idea de las primeras ceremonias reales, eventos ricos en rituales que subrayan el papel del rey como garante de prosperidad y estabilidad.

Otra cabeza de maza del mismo grupo registra una ceremonia distinta, aunque de no menor resonancia. Esta vez el rey que la preside es Narmer, quien, entronizado en un estrado elevado bajo un toldo, lleva la corona roja y el cetro en forma de cayado. Junto al estrado se sitúa el acostumbrado par de portadores de abanicos, acompañados del portador de sandalias y del principal ministro del rey. Tras ellos hay unos hombres que llevan largos palos; incluso una monarquía sacra requería seguridad. La ceremonia tiene además cierto tufillo militarista, ya que su principal acto es el desfile del botín y los prisioneros enemigos capturados ante el real trono. En una clara analogía, junto a la plaza de armas se muestran tres antílopes cautivos dentro de un recinto vallado. El vínculo ideológico entre la guerra y la caza, entre las fuerzas indómitas de la naturaleza y los adversarios del rey, seguiría conservando su potencia a lo largo de toda la historia egipcia.

Una reexaminación reciente de la antigua ciudad de Nejen, incluido el lugar donde se descubrieron la paleta de Narmer y la cabeza de maza, ofrece una nueva y sugerente perspectiva sobre las prácticas de los comienzos de la realeza. El área identificada hasta ahora como un templo dedicado al dios halcón Horus local puede que no fuera un templo en absoluto, sino un espacio reservado para ceremonias reales. Según esta interpretación, el montículo del centro del recinto vallado pudo haber sido un estrado elevado para las apariciones oficiales del rey, y el terreno abierto frente al montículo podría haber sido utilizado para rituales tales como desfiles de prisioneros. De ser así, es posible que la cabeza de maza de Narmer retrate la escena real de tal acto. Sin duda, los objetos encontrados en Nejen parecen reflejar un culto a la monarquía. En varios marfiles decorados del «Depósito Principal» se representan grandes cabezas de maza erigidas sobre postes en un cercado, de modo que quizá las cabezas de maza de Narmer y Escorpión fueron utilizadas originariamente para identificar y delimitar un espacio regio. Si aparte de Nejen nos fijamos en el resto de Egipto, veremos que varias construcciones previamente identificadas como sepulcros pueden reinterpretarse del mismo modo, esto es, como centros de culto a la realeza. Está claro que el rey y sus obras dominan el registro

escrito y artístico de las primeras dinastías, mientras que las diversas deidades desempeñan tan solo un papel secundario. La cuestión de dónde están los dioses en las primeras fases de la cultura egipcia podría tener una respuesta desconcertante: en los inicios del antiguo Egipto los reyes eran los dioses. La monarquía no solo era parte integrante de la religión, sino que ambas eran sinónimas.

Este sería el tema dominante de la civilización faraónica hasta su mismo final; pero también tenía su lado oscuro. Si observamos de nuevo las cabezas de maza de Narmer y Escorpión, los propios objetos —dejando aparte su decoración— nos dicen algo sobre el carácter de la monarquía egipcia. Las cabezas de maza eran símbolos de autoridad desde tiempos prehistóricos, y ello por razones obvias: esgrimir una maza entrañaba una exigencia de respeto y obediencia. El hecho de que las cabezas de maza fueran adoptadas como símbolos del poder regio, dice mucho sobre la naturaleza de la autoridad de los reyes en el antiguo Egipto. Las escenas de la paleta de Narmer constituyen un recordatorio más de la brutalidad que sustentaba a la realeza egipcia. En una cara de la paleta se muestra al rey con una maza, dispuesto a golpear a su enemigo. En la otra, Narmer no solo ha derrotado a sus adversarios, sino que los ha sometido a una ulterior humillación: se le representa inspeccionando varias filas de cuerpos decapitados que han sufrido la indignidad añadida de que se les mutilaran los genitales. Las cabezas y los penes de las víctimas aparecen colocados entre sus piernas, y solo a uno de los muertos se le ha permitido conservar la virilidad. Por incómodo que pueda resultarnos, hemos de suponer que los antiguos egipcios de la época de Narmer acostumbraban a humillar de ese modo a sus enemigos derrotados.

En la cúspide de la sociedad egipcia, el rey encarnaba esta faceta despiadada. Mientras que, por una parte, se mostraba ansioso por retratarse a sí mismo como el unificador del país, una presencia divina en la Tierra que mantenía el orden de la creación, la iconografía real también dejaba meridianamente claro que defender la creación entrañaba imponer la destrucción a los enemigos del rey, vinieran del exterior o del interior del reino. Narmer y sus predecesores habían accedido al poder por medios violentos, y no dudarían en emplearlos de nuevo para conservar ese poder. La propaganda visual empleada para potenciar la monarquía —el rey como león, como escorpión gigante, como feroz siluro, como toro salvaje o como «superhéroe» esgrimiendo una maza— resultaba descaradamente brutal: era tanto una promesa como una advertencia.

En este contexto, una de las escenas más discordantes de los inicios del antiguo Egipto es la banda o decoración que rodea la parte superior de la cabeza de maza de Escorpión. La representación consiste en una serie de estandartes reales, cada uno de los cuales simboliza un aspecto distinto de la autoridad del rey. Pero no son meros estandartes, sino también horcas; de cada una de ellas cuelga un pájaro encrestado con una soga alrededor del cuello. En la escritura jeroglífica, el avefría (*rejit* en egipcio antiguo) simbolizaba a las personas normales y corrientes, en contraposición

al pequeño círculo de parientes reales (*pat*) que ostentaban el poder. En la cabeza de maza de Escorpión, las personas normales y corrientes aparecen colgadas de las horcas del poder regio. Se trata de un mensaje que volverá a repetirse más tarde en la historia egipcia. Así, por ejemplo, la base de una estatua del rey Necherjet, constructor de la primera pirámide, está decorada con arcos (que representan a extranjeros) y también con avefrías, lo que indica que el rey puede pisotear a sus súbditos tanto como a sus enemigos. Los egiptólogos se han horrorizado ante el simbolismo subyacente de tales escenas, pero lo cierto es que resulta inequívoco. Los regímenes autocráticos viven y mueren por la fuerza, y el antiguo Egipto no era una excepción.

El ejemplo más escalofriante de esta tendencia puede verse en las tumbas de los primeros gobernantes de Egipto. En Nubt, un enterramiento de élite datado alrededor del año 3500 contenía algo más que la esperada colección de objetos funerarios: en torno a las paredes de la tumba, los excavadores encontraron una serie de largos huesos humanos, y en el centro una colección de cráneos. Era evidente que se habían enterrado los cuerpos desmembrados de varios individuos junto con el dueño de la tumba. En Nejen, los cuerpos del cementerio predinástico suelen mostrar frecuentes evidencias de extracción del cuero cabelludo y de decapitación, y en la cercana Adaima se hallaron los restos de dos individuos a los que se había degollado antes de decapitarlos. El arqueólogo que los encontró creyó que podían ser ejemplos tempranos de sacrificio voluntario, fieles criados que se habían suicidado para poder acompañar a su amo a la tumba. Pero las tumbas reales de la I Dinastía en Abedyu sugieren una explicación distinta, y también más siniestra.

Bajo el reinado de los sucesores de Narmer en la I Dinastía, la propia tumba real venía acompañada de una serie de sepulturas secundarias para diversos miembros de la corte. En un caso concreto, los compañeros de ultratumba del rey se hallaban todos en la flor de la vida cuando murieron, con una media de veinticinco años de edad o menos. En otra tumba real de finales de la I Dinastía, un solo techo cubría las tumbas de los sirvientes además de la cámara del rey. Ambos ejemplos proporcionan evidencias inequívocas del sacrificio de sirvientes, dado que resulta imposible que toda la servidumbre muriera oportunamente al mismo tiempo que su monarca. Sin embargo, podría tratarse de un sacrificio voluntario; tal vez los vínculos de lealtad eran tan fuertes que los criados estaban dispuestos de buen grado a quitarse la vida cuando moría su amo. El caso, no obstante, es que una inspección más meticulosa de las tumbas secundarias realizada en fecha reciente ha descartado esa explicación, ya que los cuerpos que contienen muestran evidencias de muerte por estrangulamiento. La conclusión resulta tan sombría como terrible: los primeros reyes de Egipto tenían poder sobre la vida y la muerte de sus súbditos, y no dudaban en utilizarlo para demostrar su autoridad. Ser una persona normal y corriente comportaba una vida de sometimiento, y ser miembro del círculo de personas más cercanas al rey entrañaba una vida de temor; ninguna de las dos debía de resultar especialmente placentera.

El sacrificio de sirvientes alcanzó su apogeo en una etapa relativamente temprana: la tumba de Dyer, tercer rey de la I Dinastía (*c*. 2900), estaba rodeada por 318 sepulturas secundarias. Al parecer, los soberanos de Egipto, que acababan de adquirir el poder absoluto, estaban ansiosos por probarlo. Entre los cuerpos enterrados en torno al rey para que le sirvieran fielmente en el más allá se incluían también sus mascotas, además de su séquito humano. El hecho de que la misma provisión mortuoria se considerara igualmente apropiada, por ejemplo, para perros y concubinas, dice mucho del estatus de sumisión de los sirvientes reales en los primeros tiempos de la corte egipcia. Tras los reinados de Dyer y su sucesor, Dyet, parece que la práctica de sacrificar a los sirvientes fue declinando, hasta desaparecer abruptamente al final de la I Dinastía. Sin embargo, uno no puede por menos que preguntarse si lo que puso fin a dicha práctica no fue una reticencia económica antes que ideológica. Al fin y al cabo, eliminar a todo un séquito al final de cada reinado representaba un enorme despilfarro de talento, y si había un rasgo que distinguía a los antiguos egipcios era el de ser prácticos.

El sacrificio humano también aparece representado en diversas etiquetas de tumbas reales. Algunos de tales rótulos, que originariamente se adjuntaban a jarras y cajas de provisiones, tienen inscritas escenas de las actividades de la realeza. Dos de ellos, que a todas luces conmemoran el mismo acto, muestran a un hombre arrodillándose con los brazos atados a la espalda. Frente a él, en el suelo, aparece una gran palangana. Su propósito resulta horriblemente claro, puesto que otro hombre está de pie junto a la víctima con un largo cuchillo en la mano, listo para hundírselo en el pecho. No hay ningún texto escrito que arroje más luz sobre esta escena, pero pocas dudas puede haber de que implicaba el asesinato ritual de un prisionero humano como parte de una ceremonia de la realeza.

Por medio de los objetos enterrados en ella y de los sirvientes sepultados a su alrededor, la tumba real estaba diseñada para permitir al rey seguir presidiendo las ceremonias regias durante toda la eternidad. En ese sentido, representaba la garante esencial de la realeza, y desde el nacimiento del antiguo Egipto hasta la desaparición de los faraones constituiría el más importante proyecto de construcción de cada reinado. La preparación de la sepultura del rey debía de absorber un esfuerzo y un gasto enormes en trabajo, materiales y vidas humanas. A menudo se aduce que la población de Egipto contribuía de buen grado a esa inversión, cumpliendo su parte de un contrato que garantizaba la prosperidad y la supervivencia del país. Obviamente, la persona que propugnaba esa ideología era el propio rey; redundaba en el propio interés de la monarquía reforzar su papel en la unificación nacional. En realidad, los motivos eran del todo egoístas. El cementerio real de la I Dinastía en Abedyu, con su jerarquía formada por la tumba del rey rodeada por las sepulturas de sus sirvientes, no era sino una manifestación concreta de la sociedad egipcia: un Estado totalmente dominado y controlado por un solo hombre. La creación y puesta en práctica de esta ideología ayudaron a configurar la civilización faraónica, pero exigiendo un precio

por ello. Con el auge del antiguo Egipto, se iniciaría en serio el irresistible avance del control estatal.

3
Poder absoluto

ECONOMÍA DIRIGIDA

La ideología nunca es suficiente por sí sola para garantizar el poder. Si pretende tener éxito a largo plazo, todo régimen debe ejercer también un control económico efectivo para reforzar sus pretensiones de legitimidad. Los gobiernos tratan de manipular el sustento además de la vida. El desarrollo de una auténtica administración nacional en el antiguo Egipto fue uno de los principales logros del período de las tres primeras dinastías, la fase de formación de la civilización faraónica —de unos cuatrocientos años de duración— conocida como Período Dinástico Temprano (2950-2575). A comienzos de este período el país acababa de ser unificado. Narmer y sus sucesores inmediatos se enfrentaban al reto de gobernar un vasto reino que se extendía a lo largo de ochocientos kilómetros desde el corazón de África hasta las orillas del Mediterráneo. A finales del período, el gobierno controlaba una economía dirigida de carácter centralizado, financiando proyectos de construcciones reales a muy gran escala. El relato de cómo se logró tal cosa es una historia de determinación, de innovación y, sobre todo, de ambición.

Entre las grandes invenciones de la historia humana, la escritura merece un lugar especial. Su capacidad de transformación —en la transmisión de conocimientos, el ejercicio del poder y el registro de la propia historia— no puede ponderarse lo bastante. Hoy resulta prácticamente imposible imaginar un mundo sin comunicación escrita, y, para el antiguo Egipto, esta debió de representar una auténtica revelación. No es probable que lleguemos a conocer jamás exactamente cómo, cuándo y dónde surgieron por primera vez los jeroglíficos, pero las evidencias apuntan cada vez más a un acto de invención deliberado. La escritura egipcia más antigua descubierta hasta la fecha es la que figura en unas etiquetas de hueso de una tumba predinástica en Abedyu, la sepultura de un soberano que vivió más o menos unos ciento cincuenta años antes que Narmer. Estas breves inscripciones empleaban ya signos plenamente formados, y el propio sistema de escritura mostraba la complejidad que caracterizaría a los jeroglíficos durante los 3.500 años siguientes. Los arqueólogos discuten acerca de si habría que atribuir a Egipto o a Mesopotamia el mérito de inventar la propia idea de la escritura; pero Mesopotamia, especialmente la ciudad meridional de Uruk (la actual Warka), parece ser la candidata mejor situada. Es probable que la idea de la escritura llegara a Egipto junto con otra serie de influencias mesopotámicas en los siglos anteriores a la unificación; el concepto, pero no el sistema de escritura en sí. Los jeroglíficos se adaptan tan perfectamente a la lengua del antiguo Egipto, y los

signos individuales reflejan tan obviamente el peculiar entorno natural de los egipcios, que sin duda fueron el resultado de un desarrollo autóctono. Cabe imaginar a un inspirado genio en la corte de uno de los soberanos predinásticos de Egipto reflexionando sobre los extraños signos que llevaban ciertos objetos importados de Mesopotamia —reflexionando sobre ellos y sobre su evidente uso como transmisores de información—, y diseñando luego un sistema equivalente para la lengua egipcia. Esto puede parecer descabellado, pero la invención del alfabeto coreano (por parte del rey Sejong y sus consejeros) en el año 1443 proporciona un paralelismo reciente, y lo cierto es que no hay muchas más explicaciones enteramente convincentes para la súbita aparición de una escritura jeroglífica plenamente desarrollada.

Fueran cuales fuesen las circunstancias de su invención, el caso es que los primeros gobernantes de Egipto se apresuraron a adoptar la escritura, reconociendo su potencial, sobre todo, para la gestión económica. En el contexto de unos reinos rivales interesados en expandir sus esferas de influencia, la capacidad de registrar la propiedad de bienes y de comunicar esa información a otros constituía una innovación maravillosa. De inmediato, en las provisiones que entraban y salían del erario real empezó a grabarse el monograma del rey (su nombre, Horus). Otros envíos, destinados a su tumba, llevaban etiquetas adjuntas, en las que se registraba no solo su propiedad sino también otros detalles importantes, tales como el contenido, la cantidad, la calidad y la procedencia. La escritura, que se había desarrollado como instrumento contable, halló una acogida entusiástica entre los egipcios, de mentalidad burocrática. A lo largo de toda la historia del antiguo Egipto, el dominio de la lectura y la escritura se reservaría a una reducida élite en el núcleo del gobierno. Ser *escriba* —es decir, ser capaz de leer y escribir— equivalía a tener acceso a los resortes del poder. Obviamente, esa asociación se estableció ya desde un primer momento.

No cabe duda de que la escritura transformó el comercio internacional. Muchas de las etiquetas de las tumbas reales de Abedyu —cuyas miniaturas de rituales regios constituyen una importante fuente de información sobre los inicios de la cultura faraónica— se adjuntaron inicialmente a jarras de aceite de primera calidad importado de Oriente Próximo. Durante la I Dinastía hubo un fuerte aumento de dichas importaciones, que cabe relacionar con el establecimiento de avanzadillas y bases comerciales egipcias en toda la zona meridional de Palestina. En yacimientos como Nahal Tillah y Tel Erani, en la actual Israel, diversas piezas importadas de cerámica egipcia (algunas con el monograma de Narmer grabado en ellas), otras de cerámica de producción local pero imitando el estilo egipcio, e improntas de sello con jeroglíficos, dan testimonio de la presencia de funcionarios egipcios en el corazón de una región productora de aceite y vino. En las fuentes del río En Besor, cerca de la actual Gaza, la corte egipcia estableció su propio centro de suministro para reabastecer a las caravanas comerciales que utilizaban la ruta costera entre Palestina y el delta del Nilo.

Bajo el patrocinio del Estado, las relaciones internacionales de Egipto entraron en un nuevo período de dinamismo. Pero esa era una realidad totalmente distinta de lo que uno podía suponer si hacía caso de la propaganda oficial. Para el consumo interno, el gobierno egipcio mantenía una ficción de espléndido aislamiento. Según la doctrina real, el papel del rey como defensor del territorio egipcio (y de todo el conjunto de la creación) implicaba la correspondiente derrota de los vecinos de Egipto (que representaban el caos). Para inspirar y fomentar un sentimiento de identidad nacional, a la élite gobernante le convenía —como han descubierto todos los líderes a lo largo de la historia— presentar a todos los extranjeros como enemigos. Así, una etiqueta de marfil de la tumba de Narmer muestra a un dignatario palestino inclinado rindiendo homenaje al rey egipcio. Pero al mismo tiempo, en el mundo real, Egipto y Palestina estaban muy ocupados comerciando mutuamente. La ideología xenófoba enmascaraba, pues, la realidad práctica. Esto debería servir de advertencia para el historiador del mundo antiguo: desde los tiempos más remotos, los egipcios se mostraron adeptos a dejar constancia de las cosas tal como ellos querían que se viesen, y no como eran en realidad. Así, la lectura de los registros escritos, por más que indudablemente útil, requiere de un meticuloso tamiz, y siempre debe contraponerse a las desnudas evidencias desenterradas por la pala del arqueólogo.

Mientras que la relación de Egipto con Oriente Próximo fue, desde un primer momento, contradictoria y compleja, su actitud con respecto a Nubia —la zona del valle del Nilo situada al sur de la primera catarata— resultó ser mucho más sencilla… y dominante. Antes del comienzo de la I Dinastía, cuando los reinados predinásticos de Cheni, Nubt y Nejen estaban alcanzando un papel preponderante en Egipto, en la Baja Nubia (esto es, la Nubia septentrional) se estaba produciendo un proceso similar, centrado en las poblaciones de Seyala y Qustul. Con su sofisticada cultura, sus sepulturas reales y su comercio con los territorios vecinos, incluido Egipto, la Baja Nubia exhibía todas las características de una civilización incipiente. Pero no llegaría a desarrollarse. En este caso, las evidencias escritas y arqueológicas narran la misma historia: una historia de conquista y sometimiento por parte de Egipto. Los primeros gobernantes egipcios, en su determinación por hacerse con el control de las rutas comerciales y eliminar toda oposición, actuaron rápidamente para sofocar a sus rivales nubios antes de que estos pudieran suponer una verdadera amenaza para ellos. La inscripción de Gebel Sheij Suleiman ya comentada en el capítulo anterior, que muestra a un escorpión gigante sujetando con las pinzas a un caudillo derrotado, constituye una ilustración gráfica de la política egipcia con respecto a Nubia. Una segunda inscripción de procedencia cercana, datada en los umbrales de la I Dinastía, viene a completar la historia: muestra una escena de devastación, con los nubios yaciendo muertos o moribundos, vigilados por el monograma del rey egipcio. A las prósperas ciudades-Estado de Oriente Próximo, que resultaban ser útiles socios comerciales y se hallaban geográficamente lejos de Egipto, se les podía permitir

seguir existiendo; pero un reino rival situado inmediatamente río arriba era algo impensable. Tras la decisiva y temprana intervención de Egipto en la Baja Nubia, aquel tramo del valle del Nilo —pese a que seguiría representando una espina clavada en el costado de Egipto— no volvería a alzarse de nuevo como una potencia seria durante casi un milenio.

Tributación sin representación

Seguro dentro de sus fronteras, con la hegemonía sobre el valle del Nilo y unos florecientes vínculos comerciales, el Estado egipcio inicial presenció un marcado y generalizado auge de la prosperidad; pero los beneficios no fueron repartidos equitativamente entre toda la población. Los cementerios correspondientes al período de formación del Estado muestran una abrupta polarización del tamaño y la riqueza de las tumbas, una brecha creciente entre ricos y pobres, siendo las personas que ya previamente eran acaudaladas las que más se beneficiaron. Pero el mayor beneficiario fue, con mucho, el propio Estado, puesto que el efecto práctico de la unificación política fue que toda la tierra pasara a ser de propiedad real. Aunque los individuos y las comunidades siguieron cultivando sus tierras tal como lo habían hecho hasta entonces, ahora se encontraban con un terrateniente que esperaba una «renta» a cambio del uso de su propiedad. El gobierno de la I Dinastía no tardó en diseñar e imponer un sistema nacional de tributación a fin de sacar partido a la productividad agraria del país. Una vez más, la escritura desempeñó un papel fundamental. Desde los mismos comienzos de la historia escrita, el gobierno egipcio utilizó registros para llevar las cuentas de la riqueza de la nación y recaudar los impuestos. Algunas de las inscripciones de tinta más antiguas —halladas en jarras de cerámica de la época de Narmer— se refieren a la renta pública recibida del Alto y el Bajo Egipto. Parece ser que, en aras de una mayor eficacia, el país estaba dividido ya en dos mitades a efectos de tributación.

La ambición del gobierno de controlar todos los aspectos de la economía nacional queda patente en dos medidas introducidas en la I Dinastía. De ambas da testimonio la piedra de Palermo, un fragmento de los anales reales que se elaboraron en la V Dinastía, en torno al año 2400, y que se remontan a los comienzos de la historia escrita. La entrada más antigua que se conserva, correspondiente a un rey de la I Dinastía —probablemente el sucesor inmediato de Narmer, Aha—, trata de un acontecimiento denominado el «Seguimiento de Horus», que al parecer tenía lugar cada dos años. Lo más probable es que consistiera en un viaje del rey y su corte a lo largo del valle del Nilo. De forma parecida a los viajes regios de la Inglaterra de los Tudor, este habría servido para varios fines a la vez: permitía al monarca aparecer como una presencia visible en las vidas de sus súbditos; permitía a sus funcionarios vigilar de cerca todo lo que ocurría en el país en su conjunto, aplicando medidas,

resolviendo disputas e impartiendo justicia; sufragaba el coste de mantener la corte y eliminaba la carga de tener que sustentarla durante todo el año en un solo lugar, y por último, aunque no en último lugar, facilitaba el cómputo y la recaudación sistemática de los impuestos (algo más tarde, en la II Dinastía, la corte reconocería explícitamente el potencial actuarial del Seguimiento de Horus; en adelante, el acontecimiento se combinaría con un censo oficial de la riqueza agraria del país). A partir del tercer reinado de la I Dinastía, la piedra de Palermo registra también la altura de la inundación anual del Nilo, medida en codos y fracciones de codo (el codo equivalía aproximadamente a medio metro). La razón por la que la corte habría deseado medir y archivar esta información todos los años es sencilla: la altura de la inundación afectaba directamente al nivel de producción agraria de la siguiente estación, y, en consecuencia, habría permitido a la hacienda pública determinar el nivel impositivo adecuado.

Cuando llegaba el momento de recaudar los impuestos, que adoptaban la forma de una determinada proporción de la producción agraria, cabe presuponer la existencia de una red de funcionarios públicos que actuaban en nombre del Estado por todo el territorio egipcio. No cabe duda de que sus esfuerzos se veían respaldados por medidas coercitivas. Las inscripciones que dejaron algunos de tales funcionarios, principalmente en forma de improntas de sello, nos permiten recrear el funcionamiento de la hacienda pública, que sería, con mucho, el organismo más importante de la historia egipcia desde sus mismos comienzos. Los productos agrícolas recaudados en concepto de rentas fiscales eran tratados de una de dos posibles formas. Una determinada proporción iba directamente a los talleres del Estado para la manufacturación de productos secundarios, como, por ejemplo, sebo y cuero del ganado vacuno, carne del ganado porcino, lino de la planta del mismo nombre, o pan, cerveza y cestería de los cereales. Luego, algunos de aquellos productos «con valor añadido» eran objeto de comercio y se intercambiaban para obtener beneficios, produciendo nueva renta pública, mientras que otros se redistribuían como «pago» a los empleados públicos, financiando así a la corte y sus proyectos. La producción agraria restante (principalmente cereales) se almacenaba en los silos del Estado, probablemente repartidos por todo Egipto, en los centros regionales importantes. Parte del grano almacenado se utilizaba en estado natural para financiar actividades de la corte, pero una proporción significativa se guardaba como reserva para situaciones de emergencia, a fin de ser utilizada en caso de una mala cosecha o para ayudar a evitar una hambruna generalizada. Considerar que esto representaba un altruismo genuino o bien se trataba de un mero interés práctico por parte del Estado es algo que depende del punto de vista de cada uno. No cabe duda de que la población en general se beneficiaba de esta «póliza de seguros» nacional, pero a un coste que tenía que pagar ella misma. Esta, obviamente, es la verdad que subyace a los impuestos.

Con un sistema nacional en marcha para evaluar, recaudar y redistribuir los impuestos, los primeros reyes de Egipto pudieron pasar a centrar su atención en incrementar la productividad, tanto en la agricultura como en la maquinaria del Estado. Los administradores impulsaron su propia dinámica y las burocracias, sus propias prioridades; y aunque es posible que la plebe egipcia se beneficiara indirectamente de las mejoras en la infraestructura política y económica de la nación, es difícil no ver todo esto como un ejercicio básicamente interesado por parte de la élite gobernante. En el antiguo Egipto, cualquier incremento de la prosperidad nacional servía para facilitar la construcción de monumentos todavía más suntuosos que celebraban al rey, y no para proporcionar servicios a las masas o para mejorar sus condiciones de vida.

Este enfoque elitista de la actividad del gobierno resulta especialmente evidente durante el mandato del rey Den, cuyo reinado, hacia la mitad de la I Dinastía (*c.* 2850), representa un importante hito en el auge del antiguo Egipto. En sus tres o cuatro décadas en el trono, se introdujeron innovaciones en muchas esferas distintas, desde los títulos reales hasta el diseño de la tumba del monarca (la introducción de una escalera de entrada para facilitar el acceso a la cámara mortuoria parece algo obvio visto retrospectivamente, pero lo cierto es que revolucionó el abastecimiento de la tumba y preparó el terreno para que, con el paso del tiempo, pudieran hacerse monumentos funerarios mucho mayores). También se proyectaron cambios que iban más allá de los estrechos confines de la corte. Una de las entradas de la piedra de Palermo registra la reorganización de tierras agrícolas en el delta, lo que posiblemente entrañaba el traslado de comunidades enteras para permitir la creación de fincas reales. Parece ser que el gobierno no era un terrateniente demasiado benévolo.

La reconfiguración de tramos enteros del Bajo Egipto como «patrimonio real» fue una medida precursora de otras reformas administrativas de más envergadura. Para permitir un control político más eficaz de las regiones, el Estado introdujo un sistema de gobierno local que dividía el valle y el delta del Nilo en cuarenta y dos provincias (*nomos*), cada una de ellas gobernada por un funcionario (*nomarca*) designado desde el gobierno central y que respondía directamente ante el rey. Parece ser que las provincias del Alto Egipto se basaron en los límites de las comunidades tradicionales, que a su vez reflejaban las diversas cuencas de irrigación de los tiempos prehistóricos. En el delta, en cambio, no existía tal patrón en el que basarse, y parece que allí las provincias recién creadas resultaron más arbitrarias, sorteando sin duda el emplazamiento de las fincas reales. Fuera como fuese, el caso es que reemplazar el antiguo sistema de lealtades por una nueva y sistemática pauta de administración provincial proporcionaba al rey y a su gobierno un control mucho más férreo.

Las reformas públicas continuaron durante la segunda mitad de la I Dinastía. El incremento del número de altos funcionarios a los que se concedía una sepultura suntuosa, pagada por el Estado, delata la ampliación y profesionalización de la

administración. En Saqqara del Norte, el principal cementerio de la corte de Menfis, los funcionarios de más alto rango de la zona mandaron construir enormes tumbas de adobe (que hoy conocemos por su nombre árabe, *mastaba*) a lo largo del borde de la escarpadura. Estos monumentos imponentes, que estaban orientados hacia la salida del sol y desde los que se dominaba la capital, prometían a sus ocupantes tanto el renacimiento como la continuación de su estatus terrenal. Las fachadas de las tumbas, elaboradas a imitación del Muro Blanco de Menfis, proporcionaban una demostración visual de los vínculos de sus propietarios con la realeza, y ello porque el rey era la fuente última de autoridad, en un período en que la mayoría de los altos funcionarios, si no todos, eran parientes suyos.

Una de aquellas tumbas en Saqqara del Norte fue construida por un hombre llamado Hemaka, que fue canciller del rey Den y responsable de la hacienda pública. Entre los objetos funerarios se hallaba una pequeña caja de madera taraceada que contenía dos rollos de papiro, los ejemplares más antiguos descubiertos hasta ahora. No podría haber mejor ilustración de la estrecha relación entre escritura y poder que existía en el antiguo Egipto. De hecho, la inscripción «autobiográfica» más antigua del valle del Nilo se encuentra en la lápida de uno de los sucesores de Hemaka. Este funcionario, llamado Merka, sirvió al último rey de la I Dinastía, y su particular combinación de títulos y nombramientos revela la naturaleza de los altos cargos en el antiguo Egipto. Pese a ostentar una serie de cargos vinculados a la casa real, incluidos el de «director de la real barca» (el barco oficial del rey) y el de «responsable de la cámara de audiencias», lo que le valió a Merka su excepcional estatus fue un antiguo cargo religioso asociado al culto a la realeza divina. Para él, como para sus contemporáneos, el rey representaba el único camino posible para hacer carrera. La variopinta colección de títulos administrativos, cortesanos y religiosos de Merka refleja un sistema administrativo que en general resultaba bastante poco organizado. Quizá con la única excepción de la hacienda pública, no existía una demarcación precisa de las responsabilidades. Lo único que importaba era la proximidad al rey.

Sin embargo, las tumbas construidas en Saqqara del Norte por Hemaka, Merka y otros altos funcionarios no eran meras recompensas por sus leales servicios; representaban también una afirmación audaz y extremadamente visible de la autoridad pública, cuya silueta se recortaba ahora contra el cielo. En lugares situados a lo largo y ancho del valle del Nilo, desde Giza y Tarjan en el norte hasta Inerty (la actual Gebelein) y Iuny (la actual Armant) en el sur, la unificación del país y la resultante omnipotencia regia fueron proclamadas de una misma forma. La repentina aparición de imponentes tumbas imitando el estilo de la fachada palaciega (el Muro Blanco), en lugares destacados de sus comunidades locales, debió de tener un profundo impacto en el conjunto de la población. Un impacto que debió de ser comparable, por ejemplo, a la construcción de fortificaciones amuralladas por toda Inglaterra tras la conquista normanda; en ambos casos el mensaje era el mismo: ahora todo el país estaba gobernado por el rey y por aquellos a quienes él designaba. Los

tentáculos del gobierno se extendían a todas las provincias; se había instaurado un nuevo orden.

Un último y revelador ejemplo de cómo el Estado del antiguo Egipto impuso su control puede verse en la frontera sur del país, en la isla de Abu. Allí, ya en los comienzos de la I Dinastía, el Estado se apresuró a construir un enorme puesto aduanero fortificado, destinado a vigilar y regular el movimiento de personas y mercancías a través de la frontera con Nubia. Evidentemente, a las autoridades nacionales les importaba muy poco el hecho de que el emplazamiento elegido para levantar la fortaleza —una parte elevada de la isla, desde la que se dominaba el principal canal de navegación— restringiera el acceso al santuario local. El control económico y político implicaba consideraciones mucho más importantes que las sensibilidades locales. Ya desde los albores de la historia, la prepotencia del Estado en el trato dispensado a la población marcaría la pauta de los tres mil años siguientes. Para los antiguos egipcios, el precio de la unidad nacional, de una administración eficaz y de una economía fructífera fue un gobierno autoritario.

NUEVAS DIRECTRICES

La muerte de Qaa, último rey de la I Dinastía, hacia el año 2750, vino marcada por las habituales exequias en el ancestral cementerio regio de Abedyu. El cortejo fúnebre del rey desfiló lentamente desde su «palacio de la eternidad», un enorme recinto de adobe cercano a la ciudad, hasta el remoto emplazamiento de su sepultura entre las tumbas de sus antecesores. El lugar elegido estaba orientado hacia una prominente hendidura en los riscos, que los egipcios creían que era una entrada al inframundo. El cuerpo del rey fue colocado en su cámara mortuoria, acompañado de un montón de provisiones que habían de sustentar a su espíritu en el más allá. A fin de atender todas sus necesidades, los cuerpos de sus infortunados sirvientes fueron enterrados alrededor del suyo en tumbas secundarias. Luego se selló la cámara bajo la atenta mirada del heredero de Qaa, el nuevo rey Hetepsejemuy. Se había realizado un tranquilo traspaso del poder, dando comienzo a un nuevo reinado. Pocas cosas parecían sugerir que Hetepsejemuy inauguraría una era muy distinta en la historia egipcia. Sin embargo, los posteriores cronistas le identificarían como el primer rey de una nueva dinastía. La razón de ello estriba en su drástica decisión de abandonar Abedyu —donde se había enterrado a los reyes durante más de tres siglos— y fundar un cementerio real totalmente nuevo a centenares de kilómetros al norte. El emplazamiento elegido fue Saqqara, un lugar desde donde se dominaba la capital, Menfis.

Las razones subyacentes al traslado a Saqqara no están claras. Quizá Hetepsejemuy tenía vínculos familiares con la región, o tal vez consideraba que un monumento tan cargado de simbolismo como la tumba del rey debía ubicarse en la

propia «Balanza de las Dos Tierras», y no en una simple provincia del Alto Egipto. Fuera cual fuese el motivo, la radical decisión de modificar el emplazamiento de la tumba vino acompañada de un cambio no menos radical en su diseño: la tumba se orientó hacia el norte geográfico en lugar de guiarse, como hasta entonces, por la geografía local; se excavó en la roca en lugar de construirse de adobe; se dispuso como una serie de largas galerías que daban a un corredor central en lugar de hacerlo como una cámara mortuoria rodeada de salas de almacenamiento, y terminaba en un conjunto de salas semejantes a las habitaciones privadas de una casa contemporánea. A Hetepsejemuy le preocupaba que su espíritu tuviera cubiertas todas sus necesidades en el más allá, no solo en lo referente a comida y bebida, sino también con respecto a todas las comodidades de la época, incluidos un dormitorio y un cuarto de baño.

Sus dos sucesores, los reyes Nebra y Nynecher, mantuvieron dichas innovaciones y construyeron sus tumbas en Saqqara. Pero la aparente estabilidad de la II Dinastía ocultaba una serie de crecientes tensiones en el conjunto del país. Parece ser que, hacia la mitad del reinado de Nynecher (*c*. 2700), existía un importante malestar social. Una oscura entrada en la piedra de Palermo habla de «despedazar Shem-ra y el norte». Si el Bajo Egipto estaba tratando de escindirse del control central, ello podría explicar por qué los dos o tres reyes que sucedieron a Nynecher eran desconocidos en el sur del país. Quizá el hecho de que la I Dinastía se hubiera centrado en el Alto Egipto había provocado un resentimiento latente entre la población del norte. La segunda mitad de la II Dinastía proporciona nuevas y tentadoras pistas que invitan a pensar en una ruptura política. Tres o cuatro generaciones después de ser abandonado, Abedyu fue puntualmente restablecido como cementerio real. La decisión la adoptó un rey que, en un acto único en toda la historia del antiguo Egipto, se proclamó a sí mismo la encarnación terrenal no de Horus (dios de la realeza), sino de Seth (dios de los desiertos y divinidad local de Nubt). Solo podemos conjeturar las razones de un cambio tan radical; el hecho de que el culto a Seth se centrara en el Alto Egipto podría haberle resultado atractivo a un rey cuya autoridad parece haber sido mayor en el sur del país. Sin embargo, pese a este título sin precedentes, parece que el rey-Seth Peribsen (*c*. 2680) puso especial cuidado en adoptar los otros símbolos de la monarquía tradicional egipcia. Su tumba en Abedyu fue construida conscientemente a imagen y semejanza de las de sus precursores de la I Dinastía, retrocediendo deliberadamente a los primeros años del Estado faraónico. Peribsen fue también el primer rey desde Qaa que se construyó un palacio funerario independiente en Abedyu.

En general, las evidencias escritas y arquitectónicas de mediados de la II Dinastía sugieren un período de agitación. La difícilmente lograda unidad de comienzos de la monarquía egipcia se vio debilitada y socavada, y la propia institución de la realeza se encontró sometida a mayor tensión que en ninguna otra época desde las guerras de unificación. Lo que necesitaba el Estado era otro líder fuerte al estilo de Narmer,

alguien con el carisma, la fuerza y la determinación necesarios para reconstruir el edificio del poder antes de que todo estuviera perdido. Ese sería Jasejem.

Posiblemente, la civilización del antiguo Egipto no habría avanzado más allá de su etapa de formación, ni habría desarrollado sus características pirámides, templos y tumbas, de no haber sido por el último gobernante de la II Dinastía (*c*. 2670). El propio nombre de Jasejem, «el poder ha aparecido», anunciaba sus intenciones, y sin duda hizo honor a ellas. Fue una figura clave en la historia del antiguo Egipto, y representó la transición entre una cultura antigua, básicamente derivada de formas prehistóricas, y una nueva civilización esencialmente faraónica con una visión más audaz.

Como Peribsen, parece que Jasejem procedía del Alto Egipto, y su base de poder también se hallaba en el sur. Prestó especial atención a Nejen, consagrando estatuas y vasijas de piedra en su centro de culto e iniciando la construcción de un enorme recinto situado detrás de la ciudad. Dicho recinto, conocido como el «Fuerte», constituye la estructura de adobe más antigua que se conserva en todo el mundo, y más de 4.500 años después de su construcción, sus muros todavía se alzan hasta los diez metros de altura. La intención de Jasejem de reinar como un soberano tradicional quedó patente asimismo al restablecer la titulatura real tradicional, proclamándose la reencarnación del dios celeste Horus.

Crucialmente para el destino de Egipto, esas manifestaciones externas de autoridad iban de la mano de la determinación de Jasejem de reunificar el país y volver a ejercer su dominio sobre el conjunto de las Dos Tierras. Dos estatuas del rey de tamaño natural procedentes de Nejen lo representan llevando la ceñida túnica del llamado «jubileo real», una de las celebraciones más antiguas de la realeza. Sus pedestales llevan inscritos no los títulos del rey, sino escenas de muertos en combate en posturas retorcidas. Los jeroglíficos que las acompañan rezan: «47.209 enemigos del norte». Las vasijas de piedra de Jasejem, del mismo santuario, también llevan grabadas escenas de triunfo; la diosa buitre del Alto Egipto, Nejbet, aparece posada sobre un aro que contiene la palabra *rebelde*, mientras que una inscripción reza: «El año de la lucha contra el enemigo del norte». Estos antiguos documentos parecen registrar el inicio de una ofensiva de las fuerzas de Jasejem. La intención del rey era reconquistar el rebelde Bajo Egipto y volver a anexionarlo por la fuerza a la corona. Era una idea audaz, pero bajo el liderazgo de Jasejem no tardó en hacerse realidad. El rey señaló su éxito en la reunificación de Egipto cambiando sutilmente su nombre y sus títulos. Jasejem se convirtió en Jasejemuy, «los dos poderes han aparecido», complementado con el epíteto «los dos señores están en paz en él». Al halcón Horus se le unió el jeroglífico de Seth-animal sobre el monograma real. Se había resuelto el conflicto, se había restablecido la armonía y se habían reconciliado las fuerzas opuestas en la persona del rey.

Una vez más, la unidad nacional supuso el comienzo de un período de actividad económica y de renacimiento cultural. Y, una vez más, la base de ello sería un

estrecho control centralizado de los recursos del país. La piedra de Palermo registra la reinstauración de un censo regular, aunque esta vez se trataba de un «censo del oro y los campos», que abarcaba la riqueza tanto mineral como agraria de Egipto. Con las arcas del Estado llenas de nuevo, Egipto restableció los contactos comerciales con Oriente Próximo. Su interés concreto no residía ya en el sur de Palestina, como en el pasado, sino en el puerto de Kebny (la Biblos clásica, la actual Yabayl, al norte de Beirut). El rey incluso regaló una vasija de piedra grabada al templo de la localidad para cimentar los vínculos de amistad. Por su parte, los comerciantes de Kebny proporcionaban a Egipto dos de las materias primas más importantes que este codiciaba: cedro y estaño. Los troncos de cedro eran esenciales para la construcción de barcos, dado que Egipto carecía de reservas de madera de buena calidad, y disponer de grandes barcos de altura constituía un imperativo de cara a los contactos comerciales con el resto del Mediterráneo oriental. Una entrada de la piedra de Palermo correspondiente al decimoséptimo año del reinado de Jasejemuy (*c*. 2655) alude a la construcción de barcos, mientras que los resultados del comercio de estaño son evidentes en su tumba en Abedyu: un aguamanil y una palangana de la tumba real constituyen las vasijas de bronce más antiguas del valle del Nilo.

La superioridad de la tecnología del bronce, junto con un incremento de los ingresos derivados del comercio, propiciaron un auge de los proyectos de construcción públicos, y Jasejemuy sería, con mucho, el constructor más prolífico de aquellas primeras etapas de la historia egipcia. Consagró nuevos templos repartidos por todo el Alto Egipto y completó su recinto de culto en Nejen antes de pasar a centrar su atención en Abedyu. Siguiendo los pasos de su inmediato predecesor, eligió el antiguo cementerio de los reyes para emplazar sus propios monumentos funerarios. Su recinto dejó pequeño incluso al construido en Nejen, y todavía hoy domina toda la zona circundante. En cuanto a la tumba real, los arquitectos del rey escogieron un diseño totalmente novedoso que combinaba elementos de la I Dinastía con tradiciones de comienzos de la segunda. Era como si anunciara que, bajo su mandato, se aunaban todos los avances de la civilización egipcia hasta la fecha. Pero también miraba al futuro: su cámara mortuoria estaba flanqueada por bloques de piedra caliza cuidadosamente dispuestos en una escala que nunca antes se había intentado. Era un anticipo de lo que estaba por venir.

Hasta hace poco, solía creerse que Jasejemuy limitó sus proyectos de construcción al Alto Egipto. Pero diversas prospecciones y excavaciones recientes sugieren que también decidió dejar su huella en el norte. Bastante adentrados en el desierto de Saqqara, lejos de la moderna ruta turística, más allá incluso de donde llegan los camelleros, yacen los restos de un recinto auténticamente inmenso. Resulta fácilmente visible en fotografías aéreas, aunque desde el suelo sus muros solo resultan discernibles como una pequeña cresta del terreno. Las dimensiones del recinto son asombrosas: mide unos cuatrocientos metros de ancho por casi ochocientos de largo. No resulta sorprendente que su nombre en árabe sea Gisr el-

Mudir, «el recinto del jefe». La excavación parcial de los muros ha mostrado que fueron construidos con enormes bloques de piedra colocados en hiladas inclinadas, mientras que las esquinas son de sólida albañilería. Todavía no se han hallado inscripciones que confirmen la fecha de construcción del Gisr el-Mudir, pero cada vez parece más probable que fuera ordenado por Jasejemuy; en ese caso, sería el tercer recinto monumental de su reinado. Una vez completado, debió de convertirse, con mucho, en el mayor y más impresionante monumento real que Egipto había visto jamás hasta entonces. Jasejemuy había llevado el país al umbral de una nueva era.

PIRÁMIDES Y POLÍTICA

Hoy, el Gisr el-Mudir no es más que una sombra de lo que fue. La razón de ello no es que se dejara inacabado, ni que su construcción fuera de mala calidad. La explicación está allí mismo, recortándose contra el cielo de Saqqara: la Pirámide Escalonada del rey Necherjet. Los constructores de la primera pirámide de Egipto hicieron lo mismo que harían sus sucesores durante toda la historia egipcia: miraron a su alrededor buscando dónde conseguir fácilmente piedra de construcción, y la encontraron en un monumento cercano. En lugar de tomarse la molestia de ir a buscar piedra nueva a las canteras, se limitaron a desmantelar el Gisr el-Mudir y a reutilizar sus sillares para construir algo aún más grandioso. El resultado, la Pirámide Escalonada, domina nuestra visión de la III Dinastía (2650-2575) del mismo modo que domina el paisaje que la rodea. El soberano para el que se construyó fue el heredero directo y sucesor designado de Jasejemuy. Pero así como Necherjet (también conocido como Dyeser o Zoser) heredó la predilección de su padre por los diseños grandiosos, estaba igualmente decidido a eclipsar los logros de Jasejemuy, y llevaría la expresión visible del poder absoluto a nuevas cotas, tanto metafórica como literalmente.

La Pirámide Escalonada inició su andadura de forma bastante ambiciosa, como una enorme mastaba, construida en piedra para que fuera eterna. Se alzaba formando un solo escalón, elevándose sobre la cámara mortuoria del rey; una montaña de piedra que pretendía reproducir el montículo primigenio de la creación. En un brillante destello de inspiración, los dos elementos de las anteriores tumbas reales de Abedyu —una tumba y un recinto funerario independiente— fueron combinadas en un solo monumento construyendo una enorme muralla en torno a la mastaba. Desde fuera se parecía al Muro Blanco de la cercana Menfis, y de ese modo anunciaba sus vínculos reales. El espacio interior del recinto fue llenado con una serie de falsas construcciones, puesto que se trataba solo del más grandioso de los decorados, diseñado como un eterno telón de fondo para las ceremonias de la realeza.

Por primera vez en la historia, la brillante concepción y ejecución de un monumento real puede atribuirse a una persona conocida, cuyo nombre resonaría a través de los siglos como paradigma de la sabiduría y los conocimientos del antiguo

Egipto: Imhotep. Un pedestal de estatua procedente de la galería de acceso a la Pirámide Escalonada —y que podían ver todos los que entraban en el recinto— lleva su nombre junto con el del rey. Aunque Imhotep atesoraba infinidad de títulos («portador del sello real», «primero después del rey», «gobernador de la gran finca», «miembro de la élite», «el mayor de los adivinos» y «supervisor de escultores y pintores»), en ninguna parte se le nombra explícitamente como el arquitecto de la Pirámide Escalonada. Sin embargo, sería ese aspecto el que le valdría su fama póstuma, y además es el único candidato verosímil. Nadie ocupaba una posición tan prominente en la corte del rey Necherjet, y nadie más quedaría inmortalizado en el propio complejo de la Pirámide Escalonada. La extraordinaria visión de Imhotep supo concebir el desarrollo de la tumba real partiendo de una mastaba de un solo escalón para llegar a una pirámide de cuatro y, por último, a una estructura de seis que sería el edificio más alto de su época. Es posible que la noción de la forma escalonada estuviera ya latente en el ideario egipcio, pero la traducción de esa idea a la piedra, y a una escala monumental, fue la hazaña vital de Imhotep. Su innovación marcaría el comienzo de la Era de las Pirámides, y tendría efectos trascendentales.

El esfuerzo administrativo requerido para construir una pirámide era mayor que todo lo que Egipto había necesitado hasta entonces. Hacía falta un cambio de dinámica en la administración del Estado, y uno de los primeros pasos fue la creación del puesto de visir, una única persona responsable de toda la maquinaria estatal y que respondía directamente ante el rey. El visir era, pues, como un primer ministro de Egipto, con el poder añadido derivado de su acceso directo al monarca. Asimismo, el círculo de lugartenientes de confianza de Necherjet —a los que se conoce mejor que a cualesquiera de sus predecesores— ejemplifica la creciente profesionalidad de la corte: Anj y Sepa eran administradores de distrito; Anjua era «responsable de la real barca»; Hesira era «maestro de los reales escribas», quizá el cargo más importante de la administración pública, y Jabausokar era «responsable de los reales talleres». El viejo sistema de parientes reales que ostentaban la responsabilidad de cargos sin relación alguna estaba siendo reemplazado por una burocracia más estructurada, abierta, por primera vez, a profesionales de carrera procedentes de un amplio espectro social y que ascendían por méritos propios. Al mismo tiempo que Egipto emprendía la construcción de las pirámides, las pirámides construían Egipto.

Esta revolución silenciosa acaecida en la administración queda muy bien reflejada en la trayectoria de Metjen. La inscripción de su tumba en Saqqara incluye el texto autobiográfico de cierta extensión más antiguo que se conoce, el cual relata con detalle su ascenso desde un humilde puesto de empleado de almacén hasta ostentar un cargo en el gobierno local, para pasar después a ser gobernador de varias provincias del delta. Al final de su carrera, como cortesano de confianza, Metjen fue nombrado responsable del «palacio de recreo» del rey en el Fayum. Era una pauta de progreso profesional que en el futuro se seguiría durante muchos siglos. Desde ese momento,

la historia del antiguo Egipto la harían también las personas normales además de sus reales señores.

El reinado de Necherjet (2650-2620) y los logros de su corte fueron tan impresionantes que sus sucesores de la III Dinastía parecen insignificantes en comparación. La mayoría de ellos son poco más que nombres oscuros en el registro histórico: Sejemjet, Jaba y Sanajt. Ninguno dejó un monumento que superara ni de lejos en tamaño a la Pirámide Escalonada (aunque varios lo intentaron). Solo cuando llegamos al final de la III Dinastía y al reinado de Huny (2600-2575), se manifiestan los progresos de la Era de las Pirámides. Sin embargo, a menos que la autoría de una pirámide en ruinas en Meidum se haya atribuido erróneamente, Huny no se dedicó a la construcción de pirámides a gran escala. Su mayor contribución a las futuras glorias de la civilización faraónica resultó mucho más prosaica, aunque no menos significativa: su herencia arquitectónica no fue una sola pirámide de tamaño gigantesco, sino varias y pequeñas, repartidas por todas las provincias de Egipto. Los monumentos descubiertos hasta la fecha revelan un claro programa de construcción. La pirámide más meridional fue construida en la isla de Abu, siempre un lugar predilecto para las afirmaciones de poder real. Este monumento, y el palacio a él asociado, recibieron el nombre de «La Diadema de Huny». Siguiendo río abajo, el rey encargó otra pirámide en Dyeba (la actual Edfu), una tercera en El-Kula (cerca de Nejen), una cuarta en Tuj (cerca de Nubt) y una quinta en Abedyu. También se han identificado otros monumentos de la serie en Zawyet el-Mayitin, en el Egipto Medio; en Seila, en la linde del Fayum, y en Hutheryib (la actual Tell Atrib), en el delta. Cada uno de estos emplazamientos era, o bien una capital provincial, o bien un importante centro regional. Abu era la capital de la primera provincia del Alto Egipto, Dyeba era la capital de la segunda y Nejen, la capital de la tercera. Parece que la intención de Huny fue erigir una marca visible del poder real en cada provincia. Y, a juzgar por la pirámide de Abu, los centros de recaudación de la hacienda real también formaban parte del plan. Los monumentos no representaban meros símbolos de la autoridad del rey en todo el país, sino que eran también instrumentos prácticos de esa autoridad en la gestión centralizada de la economía. Para la población local, la pequeña pirámide escalonada situada en medio de su comunidad debía de servir de constante recordatorio de su obligación económica para con el Estado: el deber de pagar sus impuestos y de respaldar a la corte y sus proyectos. Desde la perspectiva del Estado, los monumentos y los edificios administrativos a ellos asociados —con un complejo en cada provincia— hacían que la recaudación de ingresos fuera más fácil y más sistemática.

Al final de la III Dinastía, el monarca y su administración habían logrado su objetivo último: el poder absoluto. Con ello se habían sentado las bases para el mayor proyecto regio que el mundo había visto nunca.

4
El cielo en la Tierra

DISEÑOS GRANDIOSOS

Las pirámides de Giza constituyen la única de las maravillas del mundo antiguo que ha llegado hasta nosotros. Los jardines colgantes de Babilonia desaparecieron sin dejar rastro y el templo de Diana en Éfeso está en ruinas, pero las pirámides se alzan hoy en día tan imponentes y duraderas como cuando se construyeron hace 4.500 años. De las tres pirámides construidas por sendas generaciones sucesivas de reyes en la IV Dinastía, es la más grande y antigua, la Gran Pirámide del rey Jufu, la que atrae mayor atención, y además merecidamente. Es realmente inmensa; está construida con 2.300.000 bloques de piedra, cada uno de los cuales pesa por término medio más de una tonelada, y abarca una superficie de más de cinco hectáreas. Un sencillo cálculo revela que sus constructores tuvieron que colocar un bloque de piedra cada dos minutos en jornadas de diez horas diarias, trabajando sin descanso todo el año durante las dos décadas del reinado de Jufu (2545-2525). Una vez completada, los más de 140 metros de altura de la Gran Pirámide no se verían superados hasta la época moderna. Durante cuarenta y cuatro siglos, hasta que se completó la construcción de la torre Eiffel en el año 1889 de nuestra era, fue el edificio más alto del mundo. Pese a su enorme tamaño, se construyó y alineó con una impresionante precisión, y su orientación hacia el norte geográfico tiene un error de solo una vigésima de grado. Más que ningún otro monumento del mundo, la Gran Pirámide parece desafiar toda explicación racional. Apenas sorprende que su construcción, su significado y su propósito hayan sido objeto de tantas especulaciones. Las teorías al respecto van desde lo heterodoxo (sus bloques están hechos de una forma antigua de cemento) hasta lo directamente estrafalario (los bloques fueron trasladados mediante ondas sonoras), y asimismo se ha invocado a toda una serie de constructores de otros mundos para explicar su tamaño y perfección desconcertantes, entre ellos refugiados de la Atlántida y visitantes de otro planeta. La verdad, en cualquier caso, resulta todavía más asombrosa. La Gran Pirámide fue ciertamente el producto de algo extraordinario, pero no de una inteligencia extraterrestre, sino de una autoridad sobrehumana. Esta nueva y radical proyección del poder real tendría una profunda trascendencia para la civilización del antiguo Egipto en su conjunto, y para entender sus orígenes hemos de retroceder a la generación anterior a la de la Gran Pirámide, al reinado del padre de Jufu.

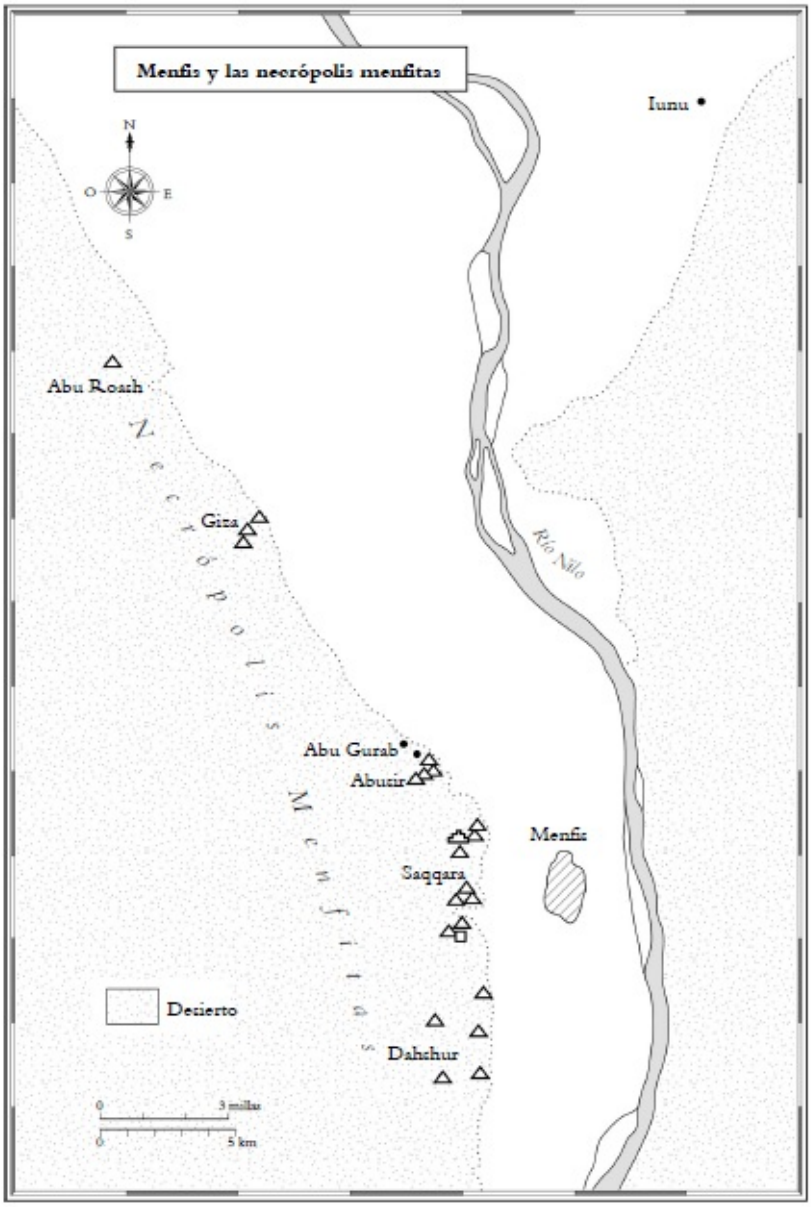
La predilección de los egipcios por la monumentalidad se remonta a la época prehistórica, tal como atestigua Nabta Playa; la primera construcción de un vasto

edificio de piedra se completó en el reinado de Jasejemuy, a finales de la II Dinastía, y la primera pirámide la mandó construir su sucesor, Necherjet, a comienzos de la tercera. Sin embargo, la aparición de la primera pirámide auténticamente geométrica, en el reinado de Seneferu (2575-2545), primer rey de la IV Dinastía y padre de Jufu, señaló algo completamente nuevo: no solo la perfección de una forma arquitectónica o un cambio en el concepto de la vida de ultratumba de la realeza, sino la transformación de la propia relación entre el rey y su pueblo. Como ocurriría con tanta frecuencia en la historia del antiguo Egipto, la primera manifestación del nuevo orden fueron los propios títulos del rey. Para su nombre de Horus, el elemento más antiguo y simbólicamente más significativo de la titulatura regia, Seneferu tomó la expresión «neb Maat». La traducción común, «señor de la verdad», apenas hace justicia al término. En la ideología del antiguo Egipto, Maat era la encarnación de la verdad, la justicia, la rectitud y el orden creado; en resumen, la pauta divinamente ordenada del universo. Por su parte, la palabra *neb* no solo significaba «señor», sino también «poseedor», «propietario» y «custodio». Seneferu anunciaba nada menos que un nuevo modelo de realeza. Para él, el ejercicio del poder ya no se limitaba a impartir justicia: entrañaba asimismo tener el monopolio de la verdad. La palabra del rey era la ley, puesto que el propio rey lo era. Y si eso sonaba más a autoridad divina que humana, esa era precisamente la idea.

Para reforzar este contundente mensaje, Seneferu adoptó un nuevo título, *netyer nefer*, que significaba simplemente «el dios perfecto». ¿Era así como realmente le veían sus súbditos? A lo largo de toda la historia, los megalómanos y los tiranos han utilizado epítetos similares —«Padre de la Patria», «Querido Líder»—, pero, normalmente, estos suelen estar vacíos de contenido: la experiencia moderna sugiere que tienen más que ver con el lavado de cerebro y el sometimiento que con una auténtica expresión de clamor popular. Y, sin embargo, cuando se trata del antiguo Egipto, los eruditos siguen resistiéndose a adoptar tal interpretación. Un destacado experto en la Era de las Pirámides ha escrito que «el apoyo al sistema era genuino y generalizado» y que «los mecanismos coercitivos del Estado, como la policía, brillaban por su ausencia».[1] A menos que el Egipto de la IV Dinastía fuera una sociedad utópica jamás vuelta a experimentar en la historia humana, esta visión idílica parece extremadamente improbable. Cuando el jefe del Estado es «el dios perfecto», la oposición se convierte en algo no solo imprudente, sino más bien impensable. Cuando el rey controla además las crónicas escritas, no debe sorprendernos que no aparezca mención alguna a episodios de represión o brutalidad. Aun así, lo que nos revela la arqueología se acerca más a la verdad.

Durante las tres primeras dinastías, la sociedad egipcia había conservado en gran medida su carácter prehistórico. La cultura material estaba extremadamente dominada por formas (de cerámica, vasijas de piedra e incluso estatuaria) derivadas de antecedentes predinásticos. Los principales centros regionales seguían siendo los del período de formación del Estado, lugares como Inerty y Nejeb, Cheni, Nubt y

Nejen. Pero, también más allá de los confines inmediatos de la corte real, parece que la sociedad se organizó en función de parámetros antiguos, tradicionales, dominados por lealtades familiares, regionales y quizá tribales. Pero todo eso cambió al parecer a comienzos de la IV Dinastía. La corte promulgó nuevos estilos de cerámica y escultura para ser producida en los talleres estatales. El Estado fundó nuevas ciudades que habían de reemplazar a los antiguos centros de poder: Iunet (la actual Dendera) desplazó a Cheni como capital administrativa regional, Tebas creció a expensas de Nubt, y Dyeba eclipsó a Nejen. Resulta tentador ver estos fenómenos como factores de una política pública deliberada y coordinada, destinada a sofocar la autonomía local y reemplazarla por una nueva y absoluta dependencia de la autoridad central. Incluso en el ámbito funerario, pasó a predominar por encima de todo la imponente presencia del rey; cualquiera que tuviera algún puesto en la vasta maquinaria del Estado aspiraba a ser enterrado en el cementerio de la corte, fundado por el rey y dominado por su propio y gigantesco monumento funerario, en lugar de recibir sepultura en su cementerio local, consagrado por el tiempo y sus lazos ancestrales.



El primero de los nuevos cementerios cortesanos se erigió en Meidum, un lugar bastante remoto situado cerca de las lindes del Fayum. La elección del emplazamiento resultaba significativa en sí misma. Al romper con la tradición e ignorar los cementerios reales ya existentes en Abedyu y Saqqara, Seneferu se distanciaba también de sus propios ancestros. La suya fue una época declaradamente enfocada hacia el futuro, en la que el poder sería independiente de la herencia. Como tal, exigía un despliegue arquitectónico nuevo y audaz. Así, los ingenieros y constructores de Seneferu se pusieron a trabajar en un monumento diseñado para superar todo lo que se había intentado hasta entonces. Aunque seguía la forma básica de la Pirámide Escalonada de Necherjet, la de Meidum tenía una escala mucho más grandiosa, elevándose en ocho gigantescos escalones (frente a los seis de la de Necherjet) hasta una altura equivalente a una vez y media la de su predecesora. En

una nueva ruptura con la tradición, se abandonó el modelo empleado en el complejo de edificios que rodeaban la Pirámide Escalonada en favor de un plano alargado, con los diversos elementos arquitectónicos emplazados a lo largo de un eje. Dicho eje partía hacia el este desde la misma pirámide, a través de un pequeño templo y una calzada de piedra, hasta llegar a un «templo del valle»* situado en la linde de los terrenos de cultivo. La orientación este-oeste, que reemplazaba a la orientación norte de los monumentos reales de la III Dinastía, tampoco era un hecho casual: el último viaje de Seneferu reflejaría conscientemente el curso del Sol en el cielo, desde su salida por el este hasta su puesta por el oeste. En su calidad de «dios perfecto», el rey se asociaba así públicamente a la suprema divinidad y fuente de toda vida.

Pero ni siquiera eso bastaba para un soberano de la jactanciosa ambición de Seneferu. Cuando llevaba aproximadamente una década en el trono, con la pirámide de Meidum casi completada, el rey se embarcó en un proyecto aún más audaz. Una vez más, eligió un lugar todavía virgen (la actual Dahshur) situado en el extremo sur de la gran necrópolis de Menfis. Quizá de manera deliberada, el emplazamiento elegido estaba al alcance de la vista de la Pirámide Escalonada de Necherjet. Sin embargo, como si pretendiera pregonar el mensaje de que se había iniciado una nueva era, Seneferu planeaba construir una forma de monumento completamente nueva: la primera pirámide auténticamente geométrica de Egipto. El sutil simbolismo solar del complejo de Meidum sería reemplazado ahora por la representación patente de un rayo de sol, traducido en piedra a una escala monumental. El nombre de la pirámide de Dahshur, Aparición, utilizaba la misma palabra que se empleaba para referirse a la salida del sol. Era justamente el amanecer de una nueva era. Para la construcción se limpió un área de casi tres hectáreas y media, y los planes preveían la pirámide más majestuosa construida hasta entonces, con sus lados elevándose en un empinado ángulo de 60 grados hasta alcanzar una altura de 150 metros. Al mismo tiempo, se concibieron una pirámide secundaria para el *ka* (espíritu eterno) del rey, un pequeño templo lateral, una larga calzada de piedra y un «templo del valle» para la celebración del culto funerario real, todo ello formando parte de un único y grandioso diseño.

Para financiar el enorme proyecto y asegurarse un perpetuo suministro de mercancías para el culto real, se requería un esfuerzo administrativo igualmente vasto. Una entrada de la piedra de Palermo correspondiente al decimocuarto año del reinado de Seneferu registra la creación de 35 haciendas reales (con su correspondiente mano de obra) y 122 granjas de ganado vacuno. Muchas de aquellas nuevas instalaciones se emplazaban en las amplias extensiones del delta, y una de ellas, situada en la parte occidental del delta, llegaría al alcanzar con el paso del tiempo un tamaño considerable. Imu (la actual Kom el-Hisn) demuestra hasta qué punto la demografía del Egipto del Imperio Antiguo venía configurada por la política del Estado. Aunque parece ser que en el lugar se criaba ganado en grandes cantidades, la población local no disfrutaba de los frutos de su trabajo. Su dieta era inusualmente pobre en carne y derivados del vacuno, lo que sugiere que la mayor

parte del ganado se enviaba directamente al palacio real y a los centros de culto de las inmediaciones de Menfis, dejando que la supervivencia de los propios criadores de ganado dependiera de una alimentación más precaria. Parece ser que incluso los cereales cultivados en Imu se destinaban preferentemente a alimentar al ganado antes que a sus cuidadores humanos. Una vez más, podemos ver en ello la naturaleza esencialmente egoísta de la monarquía del antiguo Egipto; más que un despotismo ilustrado, este era solo un puro y simple despotismo.

Mientras que los extensos campos de las tierras bajas del delta resultaban ideales para el pastoreo de vastos rebaños de vacuno, las haciendas reales del Alto Egipto se concentraban en la producción de cereales. El principal cultivo era la cebada, que proporcionaba el ingrediente básico tanto para el pan como para la cerveza. El clima de Egipto y el régimen anual del Nilo favorecían la agricultura. En cuanto las aguas de la crecida retrocedían, a comienzos del otoño, en los campos recién regados y fertilizados, se sembraba la simiente que germinaba con gran rapidez. La principal época de cultivo coincidía con los meses más fríos del invierno, y, a continuación, el comienzo del verano traía la maduración del grano y permitía que la cosecha se realizara en condiciones ideales, antes de que llegara la crecida y se iniciara de nuevo el ciclo anual. En un entorno tan favorable, resultaba relativamente fácil producir excedentes, y también resultaba fácil para el Estado desviar una proporción significativa de la producción agraria por medio de la tributación para financiar sus propios proyectos. El producto final de toda esta actividad económica queda muy bien ilustrado en los relieves del «templo del valle» de Dahshur. En un friso que rodea sus muros se representa a una hilera de mujeres portadoras de ofrendas, cada una de las cuales personifica una finca real distinta, llevando provisiones para el culto regio. Con ello, el rey hacía saber que su pirámide era una empresa nacional que implicaba la participación de todo el país, le gustara o no a la plebe.

Puede que Seneferu estuviera en situación de mandar sobre su pueblo y sobre sus medios de subsistencia, pero no podía controlar las fuerzas de la naturaleza. Cuando la enorme pirámide de Dahshur alcanzó la mitad de la altura prevista, la geología intervino bruscamente. En el revestimiento exterior empezaron a aparecer unas grietas que constituían los primeros indicios inequívocos de desplome. Las arenas y los esquistos de debajo no eran lo bastante fuertes como para soportar el inmenso peso de la creciente pirámide, y el terreno había empezado a ceder. Como medida de emergencia, se colocaron enormes bloques de piedra adicionales en torno a la base de la pirámide, reduciendo con ello el ángulo de inclinación de los lados a 54 grados; pero la medida fue insuficiente, y además llegó demasiado tarde. En los pasillos y cámaras internos empezaron a abrirse fisuras. Los arquitectos probaron de todo, desde reparaciones con yeso hasta un nuevo revestimiento de piedra. Incluso utilizaron costosos troncos de madera importados para apuntalar los techos (una entrada de la piedra de Palermo registra la llegada de cuarenta barcos procedentes de Kebny y cargados de madera de conífera), pero fue en vano. Finalmente, en un

intento desesperado de salvar la pirámide —y su propia carrera profesional— de la ruina absoluta, los arquitectos llevaron a cabo un cambio de planes radical. Para la mitad superior de la pirámide, redujeron todavía más el ángulo de inclinación, a 43 grados. Para ello se emplearon bloques de piedra más pequeños, y además se colocaron en hiladas completamente horizontales, en lugar de las hiladas inclinadas hacia dentro que se habían utilizado hasta entonces, y con las que se había contribuido involuntariamente a aumentar las tensiones sobre la base. El resultado sería una pirámide terminada, pero también una tremenda chapuza. Aunque al final alcanzaría algo más de cien metros de altura, la que pasaría a conocerse como «Pirámide Acodada» difícilmente podía resultar el lugar apropiado para el descanso eterno del «dios perfecto». Agotados y humillados, a los ingenieros, arquitectos y constructores de Seneferu ya no les quedaba ninguna duda acerca de qué era lo que tenían que hacer: volver a empezar de cero.

Los trabajos en la Pirámide Acodada prosiguieron. Aunque era ya inútil, de todos modos había que terminarla: un desastre inacabado representaría el colmo de la ignominia. Pero, con el paso del tiempo, el foco de la atención y de la actividad pasó a centrarse en los preparativos para construir un tercer gran monumento. Esta vez se aplicaron rigurosamente las lecciones aprendidas fruto de la amarga experiencia: se escogió un emplazamiento que tuviera debajo una geología estable; el monumento se planificó desde un primer momento con un reducido ángulo de inclinación (los mismos 43 grados utilizados en la parte superior de la Pirámide Acodada), y todos los bloques de piedra se colocarían en hiladas completamente horizontales. Se movilizaron recursos y mano de obra como nunca antes, ya que la única mercancía que escaseaba era el tiempo. Seneferu llevaba ya veinte años en el trono, y su monumento para la eternidad debía estar completado antes de su muerte. Como póliza de seguros por si no se lograba, los arquitectos reales volvieron a Meidum a fin de convertir la pirámide de ocho escalones del rey en una verdadera pirámide geométrica, añadiéndole la albañilería necesaria para ello. Durante un tiempo, pues, hubo importantes trabajos de construcción en tres monumentos simultáneamente, lo que representaba una utilización sin precedentes de mano de obra y recursos.

El incremento del ritmo de construcción fue extraordinario. En la primera década del reinado de Seneferu, durante los trabajos iniciales en Meidum, sus constructores habían colocado unos 35.000 metros cúbicos de piedra al año. En la segunda década, cuando tomaba forma la Pirámide Acodada, el ritmo aumentó a 80.000 metros cúbicos anuales. En la tercera década del rey en el trono, cuando se estaba trabajando en tres frentes, se colocaron cada año entre 100.000 y 150.000 metros cúbicos de piedra. Es poco probable que este ritmo de trabajo fuera superado nunca, ni siquiera una generación más tarde, durante la construcción de la Gran Pirámide de Jufu en Giza. Se ha calculado que la tercera pirámide de Seneferu, conocida hoy como la «Pirámide Roja» (por el color de sus principales bloques de piedra caliza), pudo haberse construido en el reducido plazo de diez años y medio, lo que constituye un

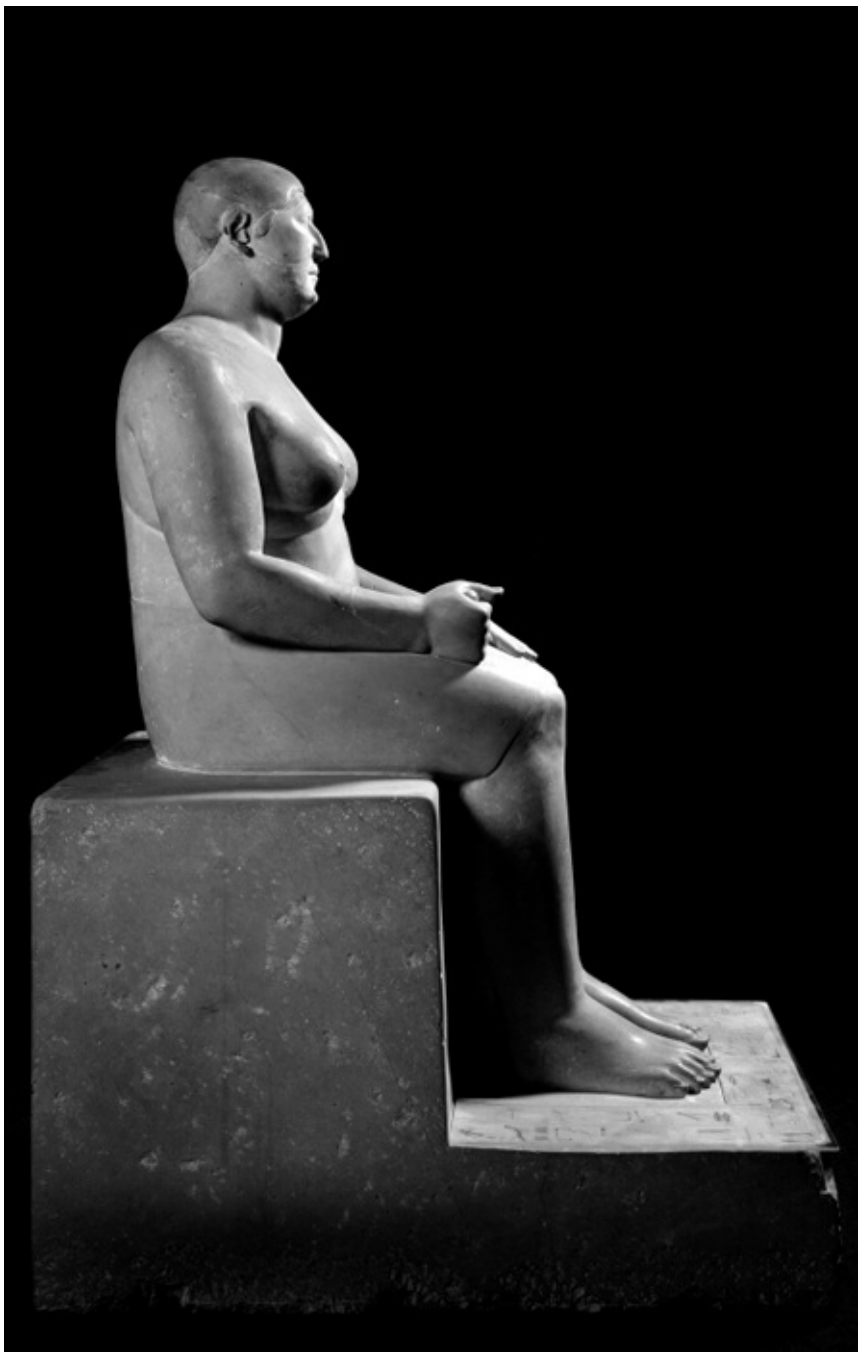
hecho extraordinario. El esfuerzo adicional que requería arrastrar los bloques de piedra cada vez más arriba de la pirámide se vio compensado por la marcada reducción del volumen del monumento al aproximarse a su vértice: las 11 primeras hiladas de albañilería (de un total de 157) representaban el 20 por ciento del volumen total de la pirámide; para cuando los constructores colocaron la 66.ª hilada (a menos de la mitad de la altura final), habían alcanzado ya el 80 por ciento del volumen total. De ese modo, con un ritmo implacable y un esfuerzo enorme, la Pirámide Roja se terminó a tiempo. Finalmente, el mayor constructor de pirámides de toda la historia de Egipto tenía un monumento digno de su nombre (de hecho, el nombre de Aparición fue traspasado a la Pirámide Roja, mientras que la Pirámide Acodada fue rebautizada, de forma algo bochornosa, como Aparición del Sur). No solo era perfecta en su forma exterior, sino que, además, sus cámaras interiores mostraban un nuevo y sofisticado diseño, con techos dotados de elegantes ménsulas que producían espacios piramidales destinados a reflejar el conjunto de la construcción. Dos de las salas estaban al nivel del suelo, mientras que la tercera, destinada tal vez a ser la cámara mortuoria del rey, se situaba más arriba en el cuerpo de la pirámide. En la muerte, como en la vida, el soberano se elevaría por encima de lo mundano, más cerca del cielo que de la Tierra.

El mayor espectáculo de la Tierra

Si el arte de la construcción de pirámides se fue perfeccionando gradualmente durante el reinado de Seneferu, su hijo lo llevaría a nuevas cotas sin precedentes. No se sabe prácticamente nada sobre la figura de Jufu (Keops en griego) como hombre, y los acontecimientos de su reinado son imprecisos. Pero es probable que creciera a la sombra de su padre, que su juventud se viera marcada por la obsesión de la corte por la construcción de pirámides, y que decidiera superar incluso a Seneferu encargando el monumento funerario definitivo. La Gran Pirámide de Giza marca el apogeo no solo de la realeza del antiguo Egipto, sino también de la tendencia universal del poder absoluto a proyectarse en una arquitectura grandiosa. En su aspecto más sombrío, representa el ejercicio ilimitado del control político y económico; en el más inspirador, un episodio único en la historia humana. Es esta combinación de lo siniestro y lo deslumbrante la que dota al monumento de Jufu de su perdurable fascinación.

Desde un primer momento, este se diseñó para marcar nuevas cotas que resultaran insuperables. Jufu eligió cuidadosamente el emplazamiento. La meseta de Giza —que, como Dahshur, resultaba visible desde Saqqara— era aún un terreno virgen. La geología subyacente —una dura capa de roca caliza hoy conocida como «formación Mokattam»— resultaba especialmente adecuada para soportar el peso de un monumento gigantesco. La disponibilidad de material de construcción en grandes

cantidades constituía una ventaja adicional, y durante la crecida los barcos podían llegar hasta la misma base de la meseta, facilitando el abastecimiento de la obra desde todo Egipto.



Hemiunu, el artífice de la Gran Pirámide. (© *Roemer- und Pelizaeus-Museum Hildesheim, Alemania/Foto: Shahrok Shalchi*)

El rey también escogió sabiamente cuando nombró al hombre que se encargaría de supervisar todo el proyecto. Durante la mayor parte de la IV Dinastía, los más altos cargos del Estado se reservaron exclusivamente a los miembros varones de mayor rango de la familia real, en lo que parece haber sido una política deliberada para concentrar todo el poder en manos del rey. En consecuencia, para la mayor empresa de todo su reinado, Jufu eligió a uno de sus parientes de confianza, Hemiunu, que probablemente era sobrino suyo. No cabe duda de que su pertenencia

al círculo de allegados del rey le había dado la oportunidad de progresar, pero seguramente debió de poseer también un talento innato a juzgar por la rapidez con la que ascendió a una posición de gran relevancia. En su momento de mayor apogeo ostentaba toda una serie de cargos cortesanos, religiosos y administrativos, que iban desde el de «anciano de palacio» hasta el de «supremo sacerdote de Thot» (el dios de la escritura y de la sabiduría). Puede que su inusual título de «director de la música del sur y del norte» refleje uno de los intereses privados de Hemiunu, pero los cargos que le conferían la mayor responsabilidad eran los directamente vinculados al funcionamiento del Estado: «supervisor de los escribas reales» (en otras palabras, máximo responsable de la administración pública) y «supervisor de todos los proyectos de construcción del rey». De todos esos proyectos de construcción de Jufu, ninguno era más importante que su Gran Pirámide, y Hemiunu sería el responsable de todos los aspectos, desde el abastecimiento y la organización de la mano de obra hasta la extracción y el transporte de la piedra, pasando por la construcción y el mantenimiento de las rampas y la coordinación de los topógrafos, arquitectos y supervisores. La estatua de tamaño natural de Hemiunu procedente de su tumba en Giza muestra a un hombre que disfruta plenamente de los beneficios de un alto cargo, y cuya pronunciada corpulencia subraya su riqueza y privilegio. Con una nariz aquilina y una fuerte mandíbula, sus rasgos faciales proyectan un aire de determinación y confianza en sí mismo. Pese a sus impecables conexiones regias, seguramente necesitó en buena medida esas cualidades cuando pisó por primera vez la meseta de Giza, al comienzo del reinado de su tío, contemplando el inmenso reto que le esperaba.

La primera fase de la construcción de una pirámide —y en muchos aspectos la más crucial— consistía en la delimitación y la preparación del emplazamiento. La extraordinaria precisión con la que la Gran Pirámide está alineada con los puntos cardinales indica que se debió de utilizar un método de orientación relacionado con las estrellas, ya que los métodos solares sencillamente no son lo bastante precisos. No se sabe con certeza cuál fue la técnica exacta que emplearon los egipcios, pero es probable que se sirvieran de un par de estrellas que circundan el polo norte celeste: cuando las dos están en alineación vertical directa (algo fácilmente comprobable con una simple plomada), la visual en dirección a ellas señala el norte geográfico. Cabe imaginar que esta ceremonia de alineamiento se realizó con gran pompa, en presencia de sacerdotes y bajo la atenta mirada de Hemiunu y quizá también del propio rey, ya que la eficacia de la pirámide como «máquina de resurrección» dependía de la exactitud de su orientación, tal como veremos más adelante.

Una vez delimitado el emplazamiento, y tras limpiar y nivelar el terreno de la base —probablemente utilizando canales tallados en la superficie de la roca que luego se llenaban de agua—, llegaba el momento de iniciar la construcción propiamente dicha. La escala del proyecto parece casi sobrecogedora aún hoy, pero para la maquinaria estatal del reinado de Jufu, que gozaba de la experiencia

acumulada durante toda una generación en la construcción de grandes pirámides, la empresa debió de presentar un aspecto menos abrumador. El planteamiento utilizado en el antiguo Egipto frente a cualquier proyecto a gran escala consistía en dividirlo en una serie de unidades más manejables. Y cuando se aplicó a la construcción de una pirámide y a la organización de una vasta mano de obra, este sistema resultó ser muy eficiente a la vez que sumamente efectivo. La unidad básica probablemente era un equipo de veinte hombres bajo la dirección de un jefe. Esto debía de generar de forma inmediata cierto espíritu de equipo y cierto sentimiento de amistosa rivalidad entre los distintos equipos, alentando a cada uno de ellos a tratar de superar a los demás; ese fue ciertamente el caso de otras unidades de trabajo de mayor tamaño, tal como atestiguan varias inscripciones que han llegado hasta nosotros. Diez equipos formaban una división de doscientos hombres, lo que hoy conocemos con el término griego de *phyle*. Cinco *phyle*, cada una de ellas dotada de su propio jefe y asimismo de su propia identidad, formaban una cuadrilla de mil trabajadores. Y dos cuadrillas, de nuevo con nombres distintivos y a menudo jocosos (como «Los borrachos del rey»), formaban una dotación, la mayor de las unidades de trabajo. La estructura piramidal del personal era un reflejo del propio monumento. Como los regimientos, batallones y compañías de un ejército, la estructura organizativa engendraba un marcado sentimiento de identidad y orgullo colectivos en los diferentes niveles del sistema, compitiendo equipo con equipo, *phyle* con *phyle* y cuadrilla con cuadrilla para ser el mejor y obtener el reconocimiento por ello. Era una solución sencilla e ingeniosa a una enorme tarea, que aseguraba que se mantuviera siempre la motivación.

Y buena falta que hacía. Durante las dos décadas que se tardó en erigir la Gran Pirámide, el trabajo en su construcción fue caluroso, implacable, agotador y peligroso. Las condiciones debieron de resultar especialmente desagradables en la cantera principal, situada a unos centenares de metros al sur de la propia pirámide. Las asfixiantes nubes de polvo calcáreo, el brillo cegador del frente de la cantera, el ruido constante de los cinceles, los enjambres de moscas y el hedor a sudor de los hombres; no era ciertamente el entorno más placentero. La mano de obra recién reclutada debía pasar primero un tiempo allí, anhelando afanosamente el ascenso y trabajando duramente para conseguirlo. Y no es que la alternativa resultara menos extenuante. Arrastrar los inmensos bloques de piedra desde el frente de la cantera hasta la obra constituía un trabajo agotador. Cada bloque, que pesaba una tonelada o más, debía ser izado y colocado por medio de palancas sobre una plataforma de madera, y luego arrastrado con cuerdas a lo largo de una pista cuidadosamente preparada. Al final del recorrido había que bajarlo de la plataforma de madera y colocarlo meticulosamente en su sitio, listo para cincelarlo y pulirlo. Y todo eso al ritmo de un bloque cada dos minutos, durante diez horas al día.

A pesar de su escala sobrehumana, el monumento de Jufu no dejaba de ser una hazaña profundamente humana y plenamente dentro de la capacidad de los antiguos

egipcios. Diversos cálculos y experimentos prácticos han mostrado que habrían bastado dos dotaciones, o cuatro mil hombres, para extraer, arrastrar y colocar los más de dos millones de bloques de piedra con los que está construida la pirámide. Quizá se requiriera un número de hombres equivalente para construir y mantener las inmensas rampas que llevaban de la cantera principal hasta la pirámide, y que ascendían por los lados del monumento conforme este iba ganando altura. Otro ejército de operarios trabajaba duramente entre bastidores para mantener en funcionamiento todo el proceso: carpinteros que fabricaban las plataformas para arrastrar los enormes bloques de piedra; aguadores que lubricaban el paso de las plataformas por las pistas de madera y barro; ceramistas que elaboraban los jarros de los aguadores, además de las vasijas necesarias todos los días para almacenar, cocinar y beber; herreros que forjaban y reparaban los cinceles de cobre para los canteros; panaderos, cerveceros y cocineros que abastecían a todo el personal, etcétera. Aun así, probablemente el número de personas empleadas en el proyecto de la Gran Pirámide no debió de ser en ningún momento muy superior a las diez mil.

Solo un contingente relativamente pequeño de canteros, topógrafos, ingenieros y artesanos especializados, junto con sus esposas e hijos, vivían permanentemente, durante todo el año, en el emplazamiento de la pirámide. A la mayoría de los trabajadores se les empleaba de forma temporal, trabajando durante un período de varios meses para regresar luego junto a sus familias en pueblos y ciudades de todo Egipto. La «colonia de la pirámide», en la que se alojaba a estos trabajadores no cualificados, revela detalles fascinantes sobre su vida cotidiana. Durante la construcción de la Gran Pirámide, el poblado principal, llamado Gerget Jufu («Poblado de Jufu»), estaba situado junto a los campos de cultivo, cerca del «templo del valle» de Jufu. Grandes cantidades de fragmentos de cerámica, carbón, cenizas y huesos de animales indican que fue un hervidero de actividad, centrada principalmente en alimentar a los miles de trabajadores de la obra. Más al sur, en las lindes de la meseta de Giza, floreció un poblado aún mayor en reinados posteriores. Ello ilustra la meticulosa organización y planificación que entrañaba la construcción de pirámides. Separado de la sagrada necrópolis por un enorme muro de piedra, de casi diez metros de altura y otros tantos de ancho en su base, el poblado fue cuidadosamente trazado. Sus diversos componentes apuntan todos ellos a una estructura rígidamente jerárquica que reflejaba y reforzaba la «pirámide de gestión» de la mano de obra.

Los hombres dormían en condiciones bastante precarias, en toscos «lechos» de tierra alineados en las paredes de unos barracones. Cada barracón, largo y estrecho, pudo haber alojado a dos equipos de veinte trabajadores. En la parte trasera de cada uno de ellos probablemente había aposentos más espaciosos, reservados a los supervisores del equipo. El supervisor encargado de todo el proyecto —no alguien del rango de Hemiunu, sino el funcionario que supervisaba la actividad cotidiana en la propia obra— vivía en una casa más grande e independiente, rodeado de mayores

comodidades. Una sala hipóstila, situada directamente enfrente, pudo haber servido de comedor comunitario. Sin duda, el hecho de comer juntos habría ayudado a reforzar los vínculos comunitarios y de amistad entre el personal. El duro trabajo manual de la construcción de pirámides exigía una dieta rica en proteínas, y todos los días se sacrificaban en el poblado hasta once cabezas de ganado vacuno y treinta ovejas y cabras, que proporcionaban carne para complementar las abundantes raciones de pescado en salazón. Al mismo tiempo, docenas de tahonas trabajaban activamente para producir dos productos básicos del antiguo Egipto: pan y cerveza. Los cereales, que constituían el ingrediente dietético más importante, eran cuidadosamente racionados, y su distribución era objeto de una estricta supervisión. Los silos y graneros estaban situados en un real complejo administrativo, protegido con un doble cercado y situado en los límites del poblado para mayor seguridad; pese a la camaradería existente entre el personal, no debían olvidar a quién servían.

Quizá la cuestión más intrigante que rodea al monumental proyecto de construcción de Jufu sea la de su propósito. ¿Qué fue lo que inspiró tal alarde arquitectónico, de ingeniería y de esfuerzo administrativo? ¿Por qué diez mil hombres habrían de deslomarse durante veinte años para construir una montaña artificial de piedra? La respuesta fácil, preferida por los egiptólogos, alude a la ideología de la realeza divina; la noción de que el monarca era el único árbitro entre el pueblo y los dioses, el defensor del orden creado y el garante de la continua estabilidad y prosperidad de Egipto. En un sistema tal, la población seguramente habría trabajado de buena gana en un vasto proyecto regio a fin de honrar y mantener la alianza entre ella y su soberano. Es posible. Sin embargo, aunque la construcción de pirámides era una forma de seguridad social que daba empleo a una gran parte de la población, especialmente durante los meses de la crecida, cuando los campos estaban inundados; aunque los trabajadores estaban razonablemente bien alojados y alimentados, y no eran los esclavos del mito popular; aunque los supervisores inculcaban a sus subordinados el carácter noble de la tarea que tenían entre manos, a pesar de todo ello no deja de ser cierto que las condiciones eran (en el mejor de los casos) incómodas y el trabajo, obligatorio. Cuando los funcionarios reales se presentaban en una aldea a fin de reclutar a sus hombres para el servicio al Estado, es poco probable que hubiera demasiado regocijo. En la meseta de Giza los trabajadores sufrían frecuentes heridas, y los esqueletos hallados muestran evidencias de huesos rotos, graves tensiones en la parte inferior de la espalda y dolores artríticos en las articulaciones. Los accidentes debieron de ser habituales, y a menudo con víctimas. Predeciblemente, los registros oficiales guardan silencio en torno al número de personas que murieron en la construcción de la Gran Pirámide.

Así pues, si la pirámide no era exactamente un «proyecto nacional» en el que todo el país podía participar y del que todo el país podía enorgullecerse, ¿qué era? La respuesta incómoda es que era la proyección definitiva del poder absoluto. A lo largo de toda la historia, los déspotas se han sentido siempre atraídos por las construcciones

colosales, desde el «Palacio del Pueblo» construido en Bucarest por Nicolae Ceausescu hasta la inmensa (y ridícula) basílica edificada por Félix Houphouët-Boigny en la jungla de Costa de Marfil. La Gran Pirámide de Jufu es simplemente el más audaz y duradero de tales delirios de grandeza. Apenas sorprende que su real constructor se ganara una póstuma reputación de tirano megalómano con escaso respeto por la vida humana. Herodoto, que escribía en el siglo IV a.C., afrimó que Jufu «abocó el país a toda clase de sufrimientos. Cerró todos los templos y luego, no contento con excluir a sus súbditos de la práctica de su religión, los obligó sin excepción a trabajar como esclavos en su propio beneficio»; y añadió que «los egipcios apenas se resignan a mencionarlo; tan grande es su odio».[2] El simbolismo de la Gran Pirámide no pasaría desapercibido a otros dictadores más recientes. Tras invadir Egipto en el año 1798 de nuestra era, Napoleón Bonaparte se fue derecho a Giza e hizo acampar a sus soldados a los pies de la meseta, para luego arengarlos con estas célebres palabras: «¡Soldados, desde lo alto de estos monumentos cuarenta siglos os contemplan!».

La Gran Pirámide no es solo el paradigma de la monumentalidad y la indestructibilidad. Lo que la convierte en algo único es su precisión y complejidad sin precedentes. Ya hemos hablado antes de su orientación exacta hacie el norte geográfico. Pero lo más extraordinario son los estrechos conductos que se dirigen hacia fuera desde la cámara mortuoria (y desde la cámara situada debajo de ella), atravesando la sólida albañilería hasta alcanzar casi el mismo borde de la pirámide, para quedar interrumpidos justo antes de llegar al mundo exterior. Calificados erróneamente de «conductos de ventilación», su finalidad era mucho más elevada y trascendente, puesto que apuntaban hacia las estrellas, o más concretamente a las culminaciones de Sirio (en la constelación del Can Mayor), de una estrella de la constelación de Orión y de dos de las estrellas circumpolares que giran en torno al polo norte celeste. Los antiguos egipcios eran consumados astrónomos, y las estrellas desempeñaban un importante papel en la religión estatal, especialmente en las creencias relacionadas con la vida de ultratumba del rey. Las estrellas circumpolares constituían un especial objeto de fascinación. Solo ellas eran permanentemente visibles en el cielo nocturno, nunca se ponían y representaban, pues, la perfecta metáfora del destino eterno del rey: un lugar en el gran orden cósmico del universo que perduraría para siempre. La pirámide de Jufu era nada menos que una forma de unir el cielo y la Tierra en pro del eterno bienestar del rey.

HIJO DEL SOL

Las pirámides de Giza constituyen un símbolo apropiado de la sociedad del antiguo Egipto durante la IV Dinastía (2575-2450). Así como las tumbas de los cortesanos y trabajadores se agrupaban en torno al propio monumento funerario del rey (o lo más

cerca que les permitía el estatus de su propietario), el país en su conjunto mostraba una dependencia similar del poder real. Los miembros de la clase dirigente preferían que se les considerara humildes escribas, haciendo hincapié en su servicio al rey. Las inscripciones autobiográficas grabadas en las paredes de las tumbas reforzaban todavía más esa cultura de servidumbre. No es casualidad que una de las fórmulas funerarias más duraderas de entre todas las del antiguo Egipto apareciera por primera vez a comienzos de la IV Dinastía. Escrita en capillas sepulcrales, en mesas de ofrendas y, más tarde, en ataúdes, expresaba la idea de que todas las provisiones para la tumba y el culto funerario de su propietario dependían de la generosidad real y constituían «una ofrenda que hace el rey». La elevación del soberano encontró una nueva expresión en la aparición y la creciente popularidad de nombres de personas en los que la alusión a un dios era reemplazada por una referencia al monarca reinante. Así, es muy probable que un niño al que se pusiera un nombre de pila como Jufu-Jaf, «Jufu, el que aparece», creciera preguntándose si había alguna diferencia práctica entre el rey y el dios solar. El hecho de que el real templo funerario imitara a los santuarios de los dioses venía a difuminar todavía más la distinción.

Este profundo cambio en la relación entre el rey y sus súbditos reflejaba un engrandecimiento de la monarquía que no se constata solo en Giza, el epicentro de la autoridad regia, sino hasta en los límites más alejados del reino egipcio. Diversas inscripciones halladas en las inhóspitas montañas del Sinaí, al nordeste, y en un aislado afloramiento rocoso en el desierto, al sudoeste, dan testimonio de las expediciones financiadas por el Estado y enviadas por Jufu y sus sucesores a los más remotos confines de Egipto. Su propósito era traer piedras preciosas para los reales talleres, materiales que pudieran ser transformados en estatuas, en joyas y en otros objetos costosos para proyectar y realzar la autoridad del soberano. La opulencia —e incluso la decadencia— de la corte de Jufu resulta especialmente evidente en dos tumbas excavadas cerca de la Gran Pirámide. Una de ellas pertenecía a un enano llamado Pernianju, cuyo trabajo consistía en entretener al rey y a los miembros de la familia real, probablemente cantando y bailando; es decir, el equivalente en el antiguo Egipto del bufón en la corte medieval. Podemos imaginar las escenas de banquetes y fiestas que tenían lugar en el palacio real mientras los súbditos del rey yacían en sus estrechos barracones al final de otra jornada de arduo trabajo en la meseta de Giza.

La segunda tumba contenía enseres preparados para la propia madre del rey, y proporciona reveladoras pistas acerca del estilo de vida de la realeza en la IV Dinastía. Heteferes era la esposa de un gran constructor de pirámides (Seneferu), madre de otro y, además, muy probablemente, hija de un rey. Como correspondía a su elevado rango, llevaba una vida llena de lujo y comodidades, trasladada de un lugar a otro en una litera dorada con paneles de marfil. Los jeroglíficos taraceados en oro que la adornaban especificaban sus numerosos títulos: «madre del dos veces rey», «seguidora de Horus», «directora del soberano», «la magnánima, cuyas palabras son órdenes»… Si hemos de hacer caso de todos esos epítetos, parece que Jufu solo

aceptaba órdenes de una única persona, y esa persona era su madre. La impresión de una familia real peripatética, que se trasladaba constantemente de un lugar a otro, se ve reforzada por otros artículos del ajuar funerario de Heteferes, entre los que se incluían un lecho con un dosel independiente y dos sillas bajas. El mobiliario era ligero y muy fácil de desmontar, transportar y volver a montar. Su sencillez y elegancia de diseño, junto con su elaboración ejemplar y lo suntuoso de los materiales empleados, resumen muy bien la autoconfianza y la comedida opulencia de la IV Dinastía. Las posesiones más preciadas de Heteferes eran sus joyeros, uno de los cuales había sido especialmente diseñado para albergar veinte brazaletes de plata. Una imagen de la reina en su litera la representa llevando catorce de los brazaletes a la vez, todos ellos en el brazo derecho. En aquel período de la historia egipcia, la plata (que debía ser importada de tierras lejanas) se consideraba mucho más valiosa que el oro, y el valor de los brazaletes se veía reforzado además por su decoración a base de incrustaciones de turquesa, lapislázuli y cornalina. En conjunto, Heteferes debía de ofrecer la deslumbrante apariencia de una reina africana, algo de lo más apropiado para la madre de un rey todopoderoso.

Pero ni siquiera Jufu podía desafiar la caducidad humana. Murió en torno al año 2525, y fue enterrado con la debida pompa y solemnidad en la Gran Pirámide tras celebrarse las ceremonias funerarias, presididas por su hijo y heredero, Dyedefra. No parece que el nuevo rey heredara la predilección de su padre por los monumentos suntuosos, ya que construyó una pirámide mucho más pequeña en un emplazamiento completamente nuevo situado en el extremo más septentrional de la gran necrópolis menfita. Quizá se dio cuenta de que no podía competir con Giza. Otra posible razón para la elección del nuevo emplazamiento, de naturaleza más simbólica, era que este se hallaba frente a la ciudad de Iunu, principal centro del culto al dios solar Ra. Dyedefra se sentía claramente fascinado por la divinidad solar, y su vivificante resplandor representaba una metáfora sumamente apropiada para una monarquía todopoderosa y resplandeciente. Dyedefra decidió aprovechar este simbolismo para forjar un vínculo entre rey y dios que lograra en términos teológicos lo mismo que su padre había logrado por medio de la arquitectura monumental. El propio nombre de Dyedefra, que significa «Ra, el que habla», representaba una declaración pública de la suprema autoridad del dios solar. Pero el rey fue aún más allá, añadiendo un nuevo título a la real colección al denominarse a sí mismo «hijo de Ra». Era una ruptura decisiva con la tradición anterior, que hacía hincapié en la primacía del dios halcón celestial Horus, y venía a subrayar la independencia de la IV Dinastía con respecto al pasado y su determinación de establecer un nuevo modelo de realeza. Bajo el patrocinio real, el culto a Ra se convirtió rápidamente en el más poderoso del territorio, y el propio dios se elevó a una posición inexpugnable en el panteón egipcio.

Las dos facetas paralelas de la ideología real de la IV Dinastía —la construcción de pirámides a gran escala y su estrecha asociación con el dios solar— se unirían en

el reinado del hermano pequeño y sucesor de Dyedefra, Jafra (Kefrén en griego, *c*. 2500). A la hora de construir su monumento funerario, este retornó a Giza y emplazó su pirámide junto a la de Jufu, aunque inteligentemente eligió un punto algo más elevado. Debido a esto último, a pesar de que su pirámide no llegaría a ser tan alta como la vecina (unos 144 metros frente a los casi 147 de la Gran Pirámide), parecería mayor, en una inspirada mezcla de deferencia y autoafirmación. Una impresionante calzada descendía por la meseta hasta el «templo del valle», revestido de losas de granito rojo pulimentado, una piedra con marcadas connotaciones solares.

En torno a la sala interior, pavimentada con una deslumbrante calcita blanca (símbolo de purificación), se alzaban veintitrés estatuas de tamaño natural de Jafra. Representaban al rey entronizado con el dios halcón Horus posado detrás de su cabeza, ofreciéndole protección. Cada estatua había sido tallada a partir de un solo bloque de gneis, una espectacular piedra veteada en blanco y negro transportada desde una remota cantera situada en el Desierto Occidental, a cientos de kilómetros de allí. El efecto global, potenciado por unos niveles de luz cuidadosamente controlados, debía de resultar hipnótico. ¿Había habido alguna vez una representación más imponente de la realeza? Pero Jafra no había terminado todavía. Su golpe de gracia fue ordenar la transformación de un imponente montículo rocoso que se alzaba junto a su «templo del valle». Bajo el cincel de los canteros, este se convirtió en un gigantesco león yaciente cuya cabeza humana ostentaba un semblante regio. La Gran Esfinge simbolizaba nada menos que la unificación de Jafra con el dios solar. Y, además de custodiar la necrópolis de Giza, reorientaba todo el conjunto en torno al propio monumento de Jafra. El segundo hijo de Jufu no solo había superado la Gran Pirámide, sino que de hecho también se había apropiado de ella.

Tres generaciones de enormes inversiones —humanas, materiales y administrativas— en la construcción de pirámides transformaron Egipto, pero a la vez acarrearon un consumo insostenible de sus recursos. El sucesor de Jafra, Menkaura (o Micerino), fue el último rey que construyó una pirámide en Giza, y lo hizo a una escala mucho más reducida, con una altura de solo unos sesenta y cinco metros y un volumen de solo una décima parte del de la Gran Pirámide. Los arquitectos se esforzaron en compensar esas carencias con un uso extravagante del granito rojo, transportado hasta allí en barcazas desde la región de la primera catarata, y mediante la construcción de un templo de mayor tamaño junto a la pirámide, donde se seguiría celebrando el culto funerario a Menkaura durante siglos después de su muerte. No obstante, la época de las grandes pirámides había pasado ya. Los reyes posteriores habrían de encontrar nuevas formas de proyectar su poder.

Reza un proverbio árabe: «El hombre teme al tiempo, pero el tiempo teme a las pirámides». La Gran Pirámide fue probablemente el proyecto de construcción más ambicioso del mundo antiguo, y su real constructor descuella en su época como un coloso. Sin embargo, en la que representa una de las mayores ironías de la arqueología, la única imagen cierta de Jufu que se ha conservado de su propio tiempo

es una diminuta estatuilla de marfil del tamaño del dedo pulgar. Descubierta entre las ruinas del templo de Abedyu, mide solo unos ocho centímetros de altura. Las prerrogativas de la realeza aparecen con bastante claridad —se representa al rey entronizado, con la corona roja y sujetando el real flagelo—, pero la escala es diminuta. Aunque en vida fue un autócrata y para la tradición posterior sería un tirano, la historia finalmente ha acabado poniendo a Jufu en el lugar que le corresponde.

5
La eternidad garantizada

ELLOS Y NOSOTROS

En un sentido crucial, la aparente estabilidad de la Era de las Pirámides no fue más que una ilusión. Tras el velo de la gloriosa majestad, en el propio seno de la familia real había brotes de disensión. En respuesta a una serie de crisis dinásticas acaecidas en el apogeo de la IV Dinastía (silenciadas, pero no por ello menos reales), los gobernantes de finales del Imperio Antiguo tomaron medidas conscientes para recuperar el control de la sucesión. Estas, a su vez, sentaron las bases de un estilo de monarquía muy distinto —y también de un modelo de sociedad diferente— en los tres siglos que transcurrirían después de que los cinceles de los canteros guardaran definitivamente silencio en Giza.

Dado que los reyes del antiguo Egipto eran invariablemente polígamos, no resulta en absoluto sorprendente que los hijos nacidos de distintas esposas (y las propias esposas) se disputaran la influencia y el poder. Los registros escritos nunca mencionan explícitamente las luchas entre facciones —estas difícilmente podían sustentar la imagen de una monarquía serena e inmutable que los reyes querían exhibir—, pero puede deducirse su existencia a partir de una serie de pistas tentadoras: reinados fugaces en medio de una aparente estabilidad dinástica (como el del efímero sucesor de Jafra, cuyo nombre ni siquiera se ha conservado) y cambios de rumbo repentinos e injustificados en la política real, como el cambio del emplazamiento del cementerio regio de Giza a Saqqara al final de la IV Dinastía.

Tras el deslucido reinado del sucesor de Menkaura, Shepseskaf —notable solo por su singular monumento funerario, al que, en un cambio radical con respecto a la tradición reciente, se le dio la forma de un sarcófago gigantesco en lugar de la de pirámide—, llegó al poder una nueva dinastía, la V (2450-2325), en la persona del rey Userkaf. Desde el primer momento, este se mostró ansioso por empezar de nuevo, presentándose como el fundador de una nueva era, un nuevo modelo de gobierno y un nuevo concepto de realeza. Su primera y más pública declaración de intenciones fue la elección de su tumba. Ignorando la extravagante innovación de Shepseskaf, volvió al modelo tradicional de la pirámide, y, de manera más significativa aún, decidió construirla en una esquina del recinto de la gran Pirámide Escalonada de Necherjet, convertida ya por entonces en un venerable monumento de doscientos años de antigüedad. Con ello se vinculaba explícitamente a uno de los grandes reyes del pasado; así como el reinado de Necherjet había marcado un nuevo comienzo, lo mismo había de suceder con el de Userkaf.

Pero mientras que la enorme pirámide de Necherjet —y las de sus sucesores de la IV Dinastía— había proyectado una imagen inequívoca del poder político del rey, Userkaf eligió un camino distinto, subrayando en cambio el carácter sagrado de su cargo. Aunque su pirámide era un monumento más bien pequeño (con solo unos cincuenta metros de altura, constituía la pirámide real de menor tamaño construida hasta la fecha), se destinaron muchos más recursos a otro monumento completamente independiente y distinto de la tumba del rey. Era un templo solar, construido en Abusir, a mitad de camino entre Saqqara y Giza. A su modo, se trataba de una innovación tan audaz y memorable como la Pirámide Escalonada. Formado por un recinto amurallado de piedra con un simbólico montículo en el centro, el monumento de Userkaf —bautizado como Nejen-Ra, «fortaleza de Ra»— fue diseñado, sobre todo, para subrayar la relación única del rey con el dios solar. En el atrio, bajo los rayos del sol, se celebrarían sacrificios que se consagrarían a Ra en un altar situado frente al montículo. Si hemos de creer lo que afirman las representaciones jeroglíficas contemporáneas, es posible incluso que el montículo estuviera coronado por una percha de madera, para mayor comodidad del dios solar bajo su forma de halcón. Como correspondía a un monumento dedicado a la deidad preeminente, el templo solar contaba con su propia dotación de tierras y personal, y en cuanto institución era como mínimo tan importante como la real pirámide. De hecho, las provisiones destinadas al templo funerario del rey a menudo eran entregadas pasando primero por el templo solar, que actuaba como una especie de «filtro sagrado», lo cual daba a los productos utilizados en la celebración del propio culto del rey un adicional marchamo divino de aprobación.

Los templos solares construidos por Userkaf y sus sucesores de la V Dinastía representaban una audaz tentativa de «dar una nueva imagen» a la realeza egipcia. Incapaz de seguir soportando la carga económica que representaba construir pirámides colosales, la monarquía tenía que encontrar una nueva forma de proyectarse y de subrayar su posición en la cúspide de la sociedad del antiguo Egipto. Y lo hizo alejando al monarca todavía más de la esfera mortal y vinculándolo más estrechamente que nunca al reino de lo divino. En las tres primeras dinastías, la ideología regia había hecho hincapié en la posición del rey como encarnación terrenal del antiguo dios celeste Horus. En la IV Dinastía, Dyedefra había dado un paso más al denominarse a sí mismo «hijo de Ra», añadiendo el dios solar a la red de vinculaciones reales. Basándose en tales precedentes, Userkaf dio expresión concreta a su relación con la divinidad solar, y en la tradición popular posterior sería recordado como el verdadero descendiente de Ra; una sutil teología en lugar de las toscas exhibiciones de poder: la psicología había reemplazado a la tiranía como la herramienta preferida de la propaganda real.

El distanciamiento deliberado del rey con respecto a sus súbditos adoptó asimismo otras formas. Mientras que las tumbas de los burócratas se habían agrupado estrechamente en torno a las pirámides de la IV Dinastía en Giza —la proximidad al

monumento real reflejaba el rango alcanzado en la corte—, en la V Dinastía se impuso una marcada separación entre el divino soberano y los simples mortales. La realeza y las personas normales y corrientes se verían ahora meticulosamente separadas en la muerte, como lo habían estado en vida. En Saqqara se creó una necrópolis para funcionarios de alto rango (las personas menos prominentes tenían que conformarse con una tumba en Giza, ahora abandonada como principal centro de la actividad regia), pero con los sucesores de Userkaf la pirámide real seguiría manteniendo su distancia, desplazándose todavía más lejos, a Abusir. Por otra parte, tampoco los propios funcionarios se relacionaban tan estrechamente con la familia real como lo habían hecho en el pasado. Desde los albores de la historia egipcia hasta finales de la IV Dinastía, los más altos cargos del Estado habían estado reservados a los parientes del rey. Sin excepción, todo visir, desde el reinado de Seneferu hasta el de Menkaura, era un príncipe de la realeza, mientras que la mayoría de los «supervisores de los trabajos» también lo eran. En un drástico y trascendental cambio de rumbo, Userkaf abrió los puestos de mayor rango en la administración a hombres que no fueran de real cuna. Al parecer, los motivos de un cambio de política tan radical fueron tanto ideológicos como pragmáticos. Por una parte, ello permitía al rey y a su familia elevarse por encima de la rutina de las tareas de gobierno. Y lo que no es menos importante: al eliminar el poder político de manos de los príncipes (a menudo propensos a actitudes beligerantes), Userkaf sin duda confiaba en evitar las disputas internas que tanto amenazaban la estabilidad de la monarquía.

El resultado fue una nueva clase de burócratas profesionales, hombres que alcanzaban el poder gracias a su propio talento tanto como a sus conexiones con la realeza. Al mismo tiempo, la administración se ampliaba para reflejar una creciente especialización del trabajo. Mientras que en el caso de un príncipe era posible sostener con éxito una cartera de responsabilidades diversas, conectadas únicamente por el hecho de su sangre real, difícilmente cabía esperar que un administrador profesional a tiempo completo descollara a la vez en una docena de papeles distintos. En adelante, serían los funcionarios de carrera, y no los parientes reales, quienes formarían la espina dorsal de la maquinaria del Estado del antiguo Egipto. Y, sin el aura o el estatus de la realeza, estos tendrían que demostrar mucho más su valía.

Una burocracia profesional ampliada y formada en gran medida por plebeyos, y la creación de una nueva necrópolis en la que estos pudieran construirse sus lugares de eterno reposo sin ninguna referencia a —y sin verse empequeñecidos por— la pirámide del rey: fueron esos dos elementos interrelacionados los que sentarían las bases de los monumentos característicos de finales del Imperio Antiguo: las tumbas de los cortesanos. Por primera vez en la historia egipcia, estos nos permitirán entrar en el mundo de los súbditos del rey, a menudo con resultados sorprendentes.

MANTENER LAS APARIENCIAS

Por encima de todo, las tumbas privadas de la V y VI Dinastías (2450-2175) son obras de arte extraordinarias. La sofisticación de sus relieves pintados atestigua el talento de los artesanos del antiguo Egipto, un talento que se había ido perfeccionando a lo largo de muchas generaciones en los cementerios reales de Dahshur y Giza. Con espacio para construir monumentos de mayor tamaño y ambiciosos colegas a los que impresionar, los altos funcionarios de finales del Imperio Antiguo se tomaron muy en serio el asunto de la construcción y decoración de tumbas. Esta se transformó rápidamente en una actividad competitiva, y los burócratas aguardaban cuanto podían antes de empezar a trabajar en sus monumentos, a la espera de un último ascenso que les permitiera destacar sobre sus contemporáneos (y sus descendientes) en la apropiadamente grandiosa forma arquitectónica. Los funcionarios prestaban especial atención a las capillas de sus tumbas, las salas públicas o habitaciones situadas a nivel del suelo adonde acudían los miembros de la familia y otros visitantes tras la muerte del propietario para presentar ofrendas a su estatua. En cambio, la propia cámara mortuoria, bajo tierra y fuera del alcance de la vista, raramente era objeto más que de una decoración superficial. Sin duda, los antiguos egipcios habrían estado de acuerdo con la idea de que hay que presumir de lo que se tiene.

En cuanto a la decoración, ciertos temas eran obligados. Aunque una tumba elaborada constituía un elemento esencial para aventajar a los demás en el competitivo mundo de la administración pública del Imperio Antiguo, su finalidad fundamental —proteger y nutrir al espíritu inmortal de los difuntos por toda la eternidad— no podía olvidarse ni descuidarse. Así, las escenas más importantes representadas en las tumbas eran las que describían la elaboración y presentación de ofrendas, que iban desde las más básicas para la vida (pan y cerveza) hasta los más refinados signos de privilegio, como muebles, joyas y vino. Por cierto, tales escenas proporcionan una rica y variada información sobre las técnicas empleadas en la agricultura, la producción artesanal y la preparación de alimentos, por más que su propósito principal no fuera dejar constancia de la vida cotidiana. Más bien representaban una póliza de seguros artística: según las creencias egipcias, si alguna vez los objetos funerarios enterrados con el cuerpo se agotaban o resultaban destruidos, las escenas representadas cobrarían vida en la tumba y asegurarían el constante abastecimiento de cualesquiera necesidades por medios mágicos. Del mismo modo, las hileras de portadores de ofrendas pintados marchando incesantemente hacia la «puerta falsa» que comunicaba con la cámara mortuoria, situada debajo, se animarían por arte de magia y no dejarían nunca de entregar su recompensa al dueño de la tumba.

Dado el doble propósito de las capillas de las tumbas —proclamar el rango del propietario y garantizarle una confortable vida ultraterrena—, no resulta sorprendente que la decoración presente una visión extremadamente idealizada de la vida en el antiguo Egipto. A los escultores y pintores se les pedía que representaran las cosas no

como eran realmente, sino como el cliente quería que fueran. La decoración estaba diseñada, por encima de todo, para reforzar el orden social establecido. Así, por ejemplo, mientras que al propietario se le representa como una figura alta que domina toda la escena, sus sirvientes —y, de hecho, también su esposa y sus hijos— suelen aparecer como figuras diminutas que a veces apenas le llegan hasta las rodillas. Este principio de «escala jerárquica», que tan extraño resulta a los ojos modernos, refleja perfectamente la obsesión de los egipcios por el rango. Otro rasgo característico de la decoración de las tumbas es su deliberado carácter intemporal. Apenas existe —o no existe en absoluto— un sentido de la progresión narrativa. Las escenas aparecen como suspendidas en el espacio y en el tiempo. Los momentos clave de la vida del propietario, como su infancia, su matrimonio o su ascenso a un alto cargo, brillan por su ausencia, ya que el hecho de incluirlos en la decoración equivaldría a perpetuarlos por toda la eternidad. Solo la parte final —el punto culminante del éxito, la riqueza y el estatus— se juzgaba apropiado para ser inmortalizado en el arte.

Aunque puede que las escenas de las tumbas no constituyan evidencias fiables sobre las realidades de la vida cotidiana, sí que nos permiten conocer las fantasías de la élite del antiguo Egipto. Los placeres de los ricos ociosos quedan aquí meticulosamente registrados: actividades al aire libre como cazar en el desierto o pescar y cazar aves en las marismas, y también toda una serie de actividades de salón. Así, por ejemplo, a Mereruka, un visir de comienzos de la VI Dinastía, se le representa pintando y jugando a juegos de mesa. En otra escena, los miembros de la servidumbre doméstica le preparan el lecho, arreglándole el colchón, el cabezal y el dosel; luego Mereruka aparece relajado en su cama, mientras su esposa le entretiene tocando el arpa. Cuando, de vez en cuando, le tocaba espabilarse y trabajar un poco en serio, al menos podía darse el gusto de trasladarse de un lugar a otro en la comodidad de una litera cubierta, llevado a hombros por sus sirvientes. Tales actividades estaban, obviamente, a años luz de las duras realidades de la vida en el Egipto rural (antiguo y moderno). Puede que los burócratas de finales del Imperio Antiguo fueran de origen plebeyo, pero, una vez que habían logrado trepar por la cucaña de los ascensos profesionales, se mostraban más que encantados de desvincularse del resto de la población y recrearse en una vida regalada de lujos, o, cuando menos, en la promesa de disfrutar de ella después de la muerte. Muy ocasionalmente se permite echar una ojeada al mundo que hay al otro lado del velo de seda, pero solo para hacer hincapié en algo concreto. Así, en la tumba de Mereruka, su vida de placeres se contrapone al castigo brutal impuesto a los defraudadores tributarios sobre los que este ejercía su autoridad. De hecho, un desagradable destino aguardaba al jefe de la aldea que se retrasaba en los pagos: arrastrado por la fuerza a la oficina de impuestos local, lo más habitual era que se le atara desnudo a un poste y se le azotara con varas de madera, mientras los escribas dejaban constancia tanto del delito como del castigo. Lejos del enclaustrado ambiente de los que se dedicaban a cazar y pescar, la vida era dura y miserable.

Ningún otro ámbito ilustra mejor esa disparidad que el de la salud. En los niveles más altos de la sociedad, se podían requerir los servicios de médicos de cabecera, dentistas y otras especialidades médicas. En sus tumbas, a los miembros de la élite se les representa siempre vigorosos y saludables; a los hombres, fuertes y viriles, y a las mujeres, núbiles y agraciadas. Pero, en cambio, los esqueletos y restos momificados descubiertos —además de algunas ocasionales escenas en tumbas— confirman que el campesinado padecía toda una serie de enfermedades debilitantes y dolorosas, muchas de ellas todavía difundidas en el Egipto actual. La esquistosomiasis, una enfermedad parasitaria transmitida por caracoles de agua dulce que habitan en canales, acequias y charcas de aguas estancadas, produce sangre en la orina, que a veces desemboca en anemia, y debió de ser una causa común de mala salud y muerte prematura. Parece que también la tuberculosis estaba muy extendida, derivando a menudo en la deformación de la columna vertebral (enfermedad de Pott), y sin duda otros síntomas similares eran con frecuencia el resultado de un trabajo físico duro e incesante. También hay constancia de tumores en esqueletos del Imperio Antiguo, mientras que tres escenas de tumbas de la época podrían representar a individuos que sufrían de hernias. Aparte de añadir algo de color a las escenas de campesinos trabajando, en el ideal aristocrático de la élite gobernante no había lugar para la enfermedad o la deformidad, la suciedad o la disidencia.

La impresión de una clase dirigente fuertemente desconectada del resto de la población no hace sino verse reforzada cuando observamos los empleos de los propietarios de estas tumbas. Es cierto que algunos de ellos, como Mereruka y su predecesor, Kagemni, eran visires y ostentaban importantes cargos gubernamentales. Pero parece que otros no tenían casi responsabilidades administrativas, o que no las tenían en absoluto, de modo que su elevado rango derivaría meramente de su proximidad al rey. Irukaptah, el «jefe de los carniceros de palacio», sin duda desempeñó un papel fundamental en el aprovisionamiento de la corte real; pero el esplendor de su tumba en Saqqara (que incluye escenas de carnicería) sugiere que el rey se preocupaba más por la comida que le servían que por cómo se gestionaban sus ministerios. De manera similar, los hermanos gemelos Nianjjnum y Jnumhotep, que compartían el cargo de «jefes de las manicuras de palacio», vieron recompensada su abnegada dedicación a las reales uñas con una tumba hermosamente decorada. El visir Jentika debía su ascenso no a su experiencia como competente administrador, sino a sus diversos papeles en el servicio personal del rey, entre los que se incluían el de «responsable del guardarropa», «supervisor de los ropajes», «administrador de todos los faldellines», «jefe de secretos del cuarto de baño» e incluso «supervisor del desayuno del rey». En una corte real decadente y entregada a una vida repleta de privilegios, la más suntuosa de todas las tumbas de la V Dinastía construidas en Saqqara fue obra no de un canciller o un «supervisor de los trabajos», sino del «jefe de los peluqueros de palacio». La magnífica construcción de Ty —que así se llamaba

— incluye un extenso atrio hipóstilo cuyas columnas forman un umbroso pórtico en cada uno de sus cuatro lados, un largo corredor que lleva a otras dos salas y una cámara independiente que alberga su estatua. El caso de Ty revela hasta qué punto el favor real seguía siendo todavía el principal pasaporte a la riqueza y el alto rango. Es cierto que la administración se había abierto a los plebeyos, pero las viejas costumbres se resistían a desaparecer.

Este ancestral método de ascenso queda muy bien ejemplificado en la trayectoria de Ptahshepses (*c*. 2400), dueño de la mayor tumba de la V Dinastía construida en todo Egipto. El principal punto de inflexión en su carrera fue su segundo matrimonio, cuando se desposó con la hija del propio rey. Convertirse en real yerno dio a Ptahshepses acceso a los círculos más íntimos de la corte. Su nuevo estatus propició una gran ampliación de su monumento funerario, que incluyó la adición de una grandiosa entrada hipóstila. Pero tan vertiginoso éxito tuvo también un precio. Al parecer, Ptahshepses se vio obligado a desheredar a su hijo mayor, nacido de un matrimonio anterior, en favor de los hijos de su segundo y regio matrimonio. La lealtad al monarca importaba más que la lealtad a la propia familia.

Las reformas de comienzos de la V Dinastía, encaminadas a distanciar a la familia real de los asuntos del gobierno, generaron involuntariamente una burocracia con demasiado personal, demasiado bien pagada y con demasiada autoridad. Hacia mediados de la dinastía, los cargos públicos —y los pomposos títulos que los acompañaban— se habían multiplicado hasta tal punto que hubo que introducir un sistema especial de jerarquías de títulos que ayudara a distinguir entre los distintos grados de privilegio. Sin embargo, la creciente influencia de los altos funcionarios había empezado a amenazar el monopolio del poder hasta entonces en manos del rey, y no podía permitirse que siguiera aumentando descontroladamente. Hacia el final de la dinastía (*c*. 2325), la monarquía llevó a cabo una importante reorganización de la administración a fin de reducir el número de burócratas y limitar sus poderes. Un aspecto central de dichas reformas fue la delegación de responsabilidades a funcionarios establecidos en las provincias. Aunque la intención era restringir la influencia de los ambiciosos cortesanos, la consecuencia involuntaria fue un debilitamiento del propio gobierno central que tendría consecuencias trascendentales y duraderas para la estabilidad del Estado egipcio. Una vez que había saboreado las mieles del poder, no iba a ser fácil acallar al funcionariado. Los burócratas cuyas carreras profesionales habían definido la última fase del Imperio Antiguo serían, en última instancia, los responsables de su desaparición.

TEMPLOS Y TEXTOS

Mientras la clase dirigente dejaba su impronta en una serie de tumbas suntuosamente decoradas, los reyes de la V Dinastía (2450-2325) se preocupaban de dejar su propio

legado arquitectónico: pirámides y templos solares. Los cinco primeros sucesores de Userkaf rindieron homenaje al dios solar Ra en sus propios nombres (Sahu-ra, Neferirka-ra, Shepseskara, Neferef-ra y Nyuser-ra) y erigieron sus pirámides en Abusir, en las proximidades del templo solar de Userkaf. Aunque no eran ni por asomo tan grandes ni estaban tan sólidamente construidas como las de la IV Dinastía, las pirámides de la V Dinastía fueron hermosa y profusamente decoradas de acuerdo con la moda de su tiempo. Se calcula que solo el complejo de la pirámide de Sahura contenía unos diez mil metros cuadrados de relieves. La decoración incluía varias novedades, tales como escenas de dioses ofreciéndole cautivos extranjeros al rey, o una diosa amamantando al monarca. Los sofisticados gustos de la corte resultan también evidentes en el uso deliberado y minucioso de tipos de piedra contrapuestos: el «templo del valle» de Sahura tenía un friso y columnas de granito rojo (estas últimas con forma de hojas de palma), un suelo de basalto negro y la parte superior de las paredes de fina caliza blanca, mientras que el techo se pintó de color azul oscuro con estrellas doradas para que se asemejara al cielo nocturno. La calzada cubierta que ascendía por la escarpadura estaba decorada con relieves en toda su longitud, y también las paredes del templo funerario, situado junto a la pirámide propiamente dicha, estaban decoradas en toda su extensión. El efecto conjunto debía de ser fascinante.

El templo funerario no era simplemente el sanctasanctórum de todo el complejo, sino que servía también para albergar la estatua del rey, que era el foco de la actividad de culto durante su reinado y habría de serlo también —según esperaba el monarca— por toda la eternidad (ni que decir tiene que todos los soberanos se verían frustrados en dicha esperanza, puesto que pocos cultos llegarían a mantenerse durante más de unas cuantas generaciones tras la muerte de sus fundadores). De manera extraordinaria, se han conservado archivos de documentos de papiro de dos templos funerarios de Abusir, los pertenecientes a las pirámides de Neferirkara y Neferefra, que nos proporcionan una información incomparable sobre el funcionamiento cotidiano de un culto funerario real en el Imperio Antiguo. Los textos revelan un sistema obsesionado por la contabilidad, pero también una mentalidad más preocupada por los procedimientos y protocolos que por las normas. El personal del templo de Neferirkara servía en turnos rotatorios de un mes, y al comienzo de cada período de treinta días se exigía que los miembros del personal que entraban de turno realizaran una minuciosa inspección del templo y de su contenido. Se examinaba el propio edificio en busca de posibles daños y se comprobaba cada mueble o pieza del menaje cotejándolo con un detallado inventario, ordenado sistemáticamente por materiales, formas y tamaños. Una hoja de papiro enumera artículos hechos de piedra y sílex. Bajo el apartado «piedra cristalina», subapartado «cuencos» y categoría «blancos», uno de los inspectores anota «diversas reparaciones en el borde y la base, y en los lados». Se deja constancia de que a un filo de sílex «le faltan trocitos, que se han caído», al tiempo que hay una pequeña mesa de ofrendas de plata que ha sido

encontrada en un estado no menos lamentable: «muy agrietada; junturas sueltas; corroída». El hecho de que estas inspecciones se realizaran justo cincuenta años después de la muerte de Neferirkara, revela con qué rapidez se podían dañar las piezas del templo. Por lo visto, realizar la inspección y el registro regularmente era más importante que cuidar de verdad los artículos en cuestión. La forma antes que el fondo, la impresión antes que la acción; fenómenos demasiado comunes en las sociedades anquilosadas por la burocracia.

Las entregas de productos alimentarios y de otros suministros eran asimismo meticulosamente registradas, pero también aquí había fallos sistemáticos que ni siquiera el sistema de registros más diligente podía ocultar. Entre las mercancías que debían salir todos los días del templo solar de Neferirkara había catorce entregas de pan especial. En un determinado año, el primer día del mes no llegó ninguna a su destino, ni tampoco el segundo, ni el tercero ni el cuarto, y solo el quinto día del mes se entregaron de golpe setenta lotes. Los seis días siguientes no hubo suministros en absoluto, y parece ser que se dieron por perdidos. En cambio, las entregas de los once días siguientes se recibieron a tiempo. Aparentemente, ni siquiera una sociedad tan estructurada y reglamentada como la del antiguo Egipto podía asegurar la entrega regular de los productos más básicos que se transportaban de una institución real a otra. Es esta una revelación sorprendente, opuesta a la apariencia externa de una civilización ordenada, confiada y eficiente. Quizá la maquinaria estatal del Imperio Antiguo no fuera tan robusta como les gustaba sugerir a sus monumentos, incluso en época de paz y plenitud, y no digamos ya en períodos de graves turbulencias políticas o económicas. Como seguramente pudieron apreciar quienes tuvieron el valor de mirar más allá de su propia retórica, las semillas del colapso no solo se habían sembrado, sino que estaban ya germinando.

No parece que a Unis, el último rey de la V Dinastía (2350-2325), le preocuparan tales problemas. Estaba demasiado ocupado reinventando tradiciones, añadiendo elementos nuevos e innovadores al ya sobrecargado edificio de la ideología real. Como Userkaf antes que él, eligió el emplazamiento para su pirámide en una esquina del recinto de la Pirámide Escalonada de Necherjet. Pero no fue solo el emplazamiento de la pirámide lo que señaló a Unis como el artífice de un nuevo renacimiento: la innovación más radical la reservó a las cámaras subterráneas del monumento. Evitando la extrema sencillez de los muros sin decoración de épocas anteriores, Unis encargó un lugar de descanso mucho más elaborado para su vida de ultratumba. Su ataúd fue pintado de negro para simbolizar la tierra, mientras que el techo de la cámara mortuoria tachonado de estrellas doradas sobre un fondo azul oscuro para imitar el cielo nocturno. En torno al sarcófago, las paredes de la cámara mortuoria fueron revestidas de alabastro, estriado y pintado de modo que se asemejara a un recinto hecho de armazón de madera y trenzado de caña, representando el tipo de santuario primitivo que los antiguos egipcios creían que

había existido en el alba de la creación. Todo el conjunto fue diseñado para ser nada menos que un microcosmos del universo.

La mayor novedad de todas fue la decoración de las paredes de la cámara y la antesala mortuorias con columnas y columnas de textos, pintados de azul para recordar al abismo acuático del inframundo. Los llamados «Textos de las Pirámides» constituyen el corpus de literatura religiosa más remoto que ha llegado hasta nosotros del antiguo Egipto, y el único gran corpus de inscripciones del Imperio Antiguo. Representan una variopinta colección de oraciones, conjuros e himnos, todos ellos destinados a ayudar al rey en su viaje de ultratumba al reino cósmico para unirse a las indestructibles estrellas circumpolares. El lenguaje y las imágenes de algunos de sus enunciados sugieren que se remontan a muchos siglos atrás, quizá a los mismos albores de la historia egipcia; otros seguramente son de nuevo cuño y corresponden al período final de la V Dinastía.

Los conjuros, encantamientos y oraciones debieron de desempeñar su papel en todos los funerales regios y en todos los reales cultos funerarios. Pero la idea de inscribirlos de forma permanente en las paredes de la tumba del rey, a fin de que sirvieran para toda la eternidad, fue una innovación del reinado de Unis. Y no es que estuvieran simplemente grabados de mala manera en cualquier superficie disponible; lejos de ello, la meticulosa disposición de los textos en distintas paredes estaba concebida para reforzar la «geografía simbólica» de la propia pirámide. Los textos explícitamente relacionados con el inframundo se concentraban en la cámara mortuoria, mientras que la antecámara se identificaba con el horizonte, el lugar de renacimiento desde donde el rey podía ascender a los cielos. De ese modo, los jeroglíficos y la arquitectura se complementaban y reforzaban mutuamente, incrementando el poder mágico destinado a garantizar la resurrección de Unis.

Pero había algo más en juego que la simple magia. El rey podía confiar en que le aguardaba un glorioso renacimiento porque imponía una obediencia absoluta, y no solo a los mortales, sino también a los dioses. Por lo que se refería a la relación del rey con los dioses, se consideraba que el monarca tenía la fuerza, además de la razón, de su lado. Esta chocante presunción se expresa en uno de los Textos de las Pirámides más escalofriantes, descubierto en la de Unis. Bautizado como el «Himno caníbal», sus imágenes gráficas le han acarreado una merecida (mala) fama. Un breve extracto nos dará una idea de su contenido:

> *Unis es el que se come a las personas, el que vive en los dioses…*
> *Unis es el que se come su magia, el que engulle sus espíritus:*
> *los grandes son para su comida de la mañana,*
> *los medianos para su comida de la tarde,*
> *los pequeños para su comida de la noche,*
> *los varones y hembras viejos para su holocausto.*[1]

Los teólogos y autores de los himnos del rey se habían superado a sí mismos a la hora de transmitir el más crudo de los mensajes: Unis era omnipotente porque, literalmente, había consumido y asimilado los poderes del reino divino en todas sus manifestaciones. Nada ni nadie podía interponerse en su camino para alcanzar la inmortalidad cósmica.

Tan tiránica actitud frente a los dioses no auguraba nada bueno para la relación del rey con sus súbditos mortales. El reinado de Unis apenas nos ha dejado evidencias de acontecimientos históricos —la escena de una batalla en la que se representa a los egipcios luchando contra los asiáticos constituye una rara excepción—, pero hay una serie de escenas concretas en la calzada de su pirámide que sugieren un sombrío episodio con espantosas consecuencias humanas. Las imágenes de hambre, representadas con horrible detalle, nos resultan hoy espantosamente familiares, acostumbrados como estamos a las escenas de miseria y degradación que nos llegan del continente africano. En la calzada de Unis, el retrato no resulta menos espeluznante: un hombre en el umbral de la muerte se apoya en su demacrada esposa, mientras un amigo le sujeta del brazo; una mujer desesperada por encontrar comida se come los piojos de su propia cabeza; un niño pequeño con el vientre hinchado por la inanición le pide comida a otra mujer. La angustia física y mental resulta bastante real, pero no hay inscripciones que identifiquen a las personas que están pasando hambre. Resulta poco concebible que se pretendiera representar a egipcios autóctonos, dado que la finalidad general del arte en un contexto funerario —y especialmente en el complejo de la pirámide del rey— era la de inmortalizar un estado de cosas ideal. La única conclusión lógica es que las víctimas de la hambruna eran tribus del desierto, los descendientes de los prehistóricos pastores de ganado vacuno de Egipto, que seguían llevando una existencia precaria en las áridas regiones situadas al este y al oeste del fértil valle del Nilo. Su lamentable estado se ilustraba aquí para contraponerlo a la buena fortuna de los egipcios: la miserable desdicha de quienes vivían fuera del gobierno de Unis servía a la vez de crudo recordatorio y de advertencia para sus propios súbditos. Pese a toda la aparente piedad de los reyes de la V Dinastía, el viejo modelo de monarquía despótica no había desaparecido por completo.

Grietas en el edificio

Toda la propaganda del arte y de la arquitectura, en forma de texto o de imagen, podía comprar la inmortalidad del rey, pero no sirvió para darle un heredero. Burlándose de su autoproclamación como fundador de una nueva era, el destino dictaminó que Unis muriera sin dejar un hijo que heredara su reinado. El trono pasó, en cambio, a un plebeyo, un hombre llamado Teti, que de inmediato se casó con la hija de su predecesor para asegurarse la legitimidad. Así se inició la VI Dinastía

(2325-2175), en una atmósfera de incertidumbre, intrigas cortesanas y crisis mal gestionadas que habría de acosarla hasta su mismo final.

Dada la fragilidad de sus derechos sobre el trono, Teti tuvo que rodearse de lugartenientes de confianza. Sus magníficas tumbas decoradas en Saqqara, arremolinadas en torno a la pirámide real, testimonian una vez más la crucial importancia del mecenazgo regio para ascender profesionalmente, pero también la claustrofóbica oligarquía que reinaba en la corte de Teti. El visir Kagemni ejerció una autoridad sin parangón por ser la mano derecha del rey. Su sucesor, Mereruka, disfrutó de gran riqueza y estatus, así como de lujos inimaginables para la mayoría de la población. Podía deleitar su paladar con «alta cocina» de lo más exótica; las escenas de cría de animales que aparecen en su tumba van más allá de las representaciones normales del ganado vacuno para incluir también antílopes semidomesticados comiendo en sus pesebres, grullas alimentadas a la fuerza (al parecer, el *foiegras* formaba parte del menú de la VI Dinastía), y también —lo más extraño de todo— hienas sometidas a engorde para su posterior consumo.

Tales refinados placeres eran la recompensa por unos servicios ultraleales al rey, y estaban destinados a asegurar que los más estrechos colaboradores de Teti fueran también sus más firmes partidarios. Sin embargo, el mayor peligro para su corona, y de hecho para su vida, no provendría de sus principales ministros, sino de los parientes reales descontentos, especialmente la descendencia masculina de sus esposas menores. Para ellos, un intento de golpe de Estado, por muy arriesgado que fuese, representaba la única alternativa a una vida de ociosa frustración. Si hemos de creer al historiador Manetón, Teti sufrió justamente ese destino, pues fue asesinado en un complot palaciego. También las evidencias contemporáneas apuntan a un paréntesis en la sucesión, con un rey efímero, Userkara, que gobernó durante el más breve de los períodos tras la muerte de Teti y al que ni siquiera se consideró digno de mención en las biografías de la época. Por ello, quizá no resulte sorprendente que cuando el heredero escogido por Teti, Pepy I, finalmente hizo valer su derecho de nacimiento y fue entronizado como rey, aplicara una política de extrema cautela, depositando un grado de confianza inusualmente elevado en un número muy reducido de altos funcionarios, especialmente su suegra —a la que nombró visir del Alto Egipto— y su cuñado Dyau. Pepy desplegó una vigorosa política destinada a reafirmar el prestigio real encargando capillas de culto consagradas a sí mismo en importantes emplazamientos de todo el país, desde Bast, en la parte central del delta, hasta Abedyu y Gebtu (la actual Qift), en el Alto Egipto (en cambio, los templos dedicados a los dioses locales seguían siendo prácticamente desconocidos en un país donde las obras públicas se centraban íntegramente en la realeza). Pero, por más que aquellas audaces afirmaciones arquitectónicas del poder del rey pudieran convencer a la plebe, resultaban menos efectivas a la hora de contener la disensión en su propio entorno.

La mejor información de la que disponemos sobre la política palaciega durante los cuarenta años del reinado de Pepy (2315-2275) proviene de la autobiografía de un cortesano de carrera llamado Ueni, tal como aparece en su tumba. Este ascendió desde un humilde puesto como vigilante de almacén hasta ocupar un cargo financiero en la administración de palacio. En su momento, la proximidad al rey le proporcionó la oportunidad de progresar, y Ueni fue ascendido a «supervisor del guardarropa» y a jefe de la guardia palaciega, un puesto clave de confianza del monarca. Como muestra de la fe que su soberano había depositado en él, a Ueni se le dio la responsabilidad de diversos asuntos judiciales delicados: «Yo vi un caso solo con el visir, en completa confianza. [Actué] en nombre del rey para el harén real…».[2] El harén real, formado por las familias de las parientes femeninas y las esposas menores del rey, era una importante institución por derecho propio. Poseía tierras, regentaba talleres (especialmente de manufactura textil) y constituía, así, una potencial base de poder para cualquier rival ambicioso del rey que en ese momento ocupara el trono. A lo largo de toda la historia del antiguo Egipto, las intrigas palaciegas y los intentos de golpe de Estado se originarían con frecuencia en el interior del harén. Resultaba, pues, de vital importancia para el rey tener a alguien dentro en quien confiar incondicionalmente, alguien que pudiera vigilar para luego informar a su real amo. Con Ueni, el rey supo elegir bien; gracias a su diligencia, se descubrió un complot contra Pepy I antes de que los sediciosos pudieran lograr sus objetivos. Para mantener bajo control la posibilidad de tan peligroso acto de traición, el asunto debía ser investigado y sus responsables, llevados ante la justicia de manera rápida y silenciosa. Ueni cumplió diligentemente:

> Cuando se iniciaron procedimientos secretos en el harén real contra la «Grande del Cetro» [es decir, la reina], Su Majestad [el rey] me mandó que juzgara por mí mismo. Allí no había ni juez ni visir ni funcionario, solo yo … Nunca antes alguien como yo había oído un secreto del harén real; pero Su Majestad me hizo juzgarlo, porque yo era excelente en el corazón de Su Majestad, más que ninguno de sus funcionarios, más que ninguno de sus nobles, más que ninguno de sus sirvientes.[3]

Las recompensas de Ueni fueron proporcionales a sus leales servicios: el ascenso al rango de «compañero único» y un sarcófago de piedra, este último un signo de estatus normalmente reservado a los miembros de la familia real. El gran monolito fue transportado «en una gran barcaza de la Residencia junto con su tapa, una falsa puerta, una mesa de ofrendas, dos jambas y una mesa de libaciones»,[4] por una compañía de marinos al mando de un portador del sello real. Esta muestra de favor regio debía de constituir un destacado honor; ser el responsable de la seguridad del rey tenía sus compensaciones.

Pero en el incierto mundo de la VI Dinastía, los peligros que debía afrontar un soberano egipcio no solo provenían de su propio palacio. También más allá de las fronteras del territorio egipcio, otros pueblos menos afortunados —los mismos nómadas tan despiadadamente caricaturizados en los relieves de Unis— empezaban a

mirar las riquezas del valle del Nilo con ojos cada vez más codiciosos. Aquellos «habitantes de la arena», como les llamaban despectivamente los egipcios, se rebelaron entonces contra siglos de dominación, provocando una respuesta tan inmediata como salvaje. El mando de la operación para sofocar la insurgencia le fue confiado a Ueni. Cambiando la dorada opulencia del real guardarropa por el polvoriento campo de batalla, dirigió un ejército de reclutas egipcios y mercenarios nubios que avanzó a través del delta para enfrentarse a los rebeldes en su desértica patria del sur de Palestina. En una clásica maniobra de tenaza, ordenó a la mitad de su ejército que avanzara por mar y desembarcara en la retaguardia enemiga, mientras la otra mitad marchaba por tierra para realizar un ataque frontal. Esta estrategia dio la victoria a los egipcios, pero los nómadas no cedieron fácilmente. En su autobiografía, Ueni se jactaría, de manera bastante superficial, de que «Su Majestad me envió a dirigir su ejército en cinco ocasiones, a aplastar la tierra de los habitantes de la arena cada vez que se rebelaban».[5]

Eclipse

El uso de mercenarios de Nubia para reforzar un ejército de reclutas mostraba un renovado interés por parte de los gobernantes de Egipto en las tierras situadas al sur de la primera catarata. Y, por una vez, el interés egipcio no se limitaba a la mera explotación de los recursos humanos y minerales de Nubia. A lo largo de la parte alta del Nilo estaban empezando a surgir nuevas potencias; potencias que, si no se les ponía freno, podían llegar a suponer un obstáculo en las rutas comerciales con el África subsahariana y amenazar los intereses económicos de Egipto. El gobierno egipcio respondió a este riesgo creciente con toda una serie de iniciativas. En el distante oasis de Dajla —un punto clave en la ruta del desierto entre Egipto y Nubia— se estableció un puesto fortificado de la administración central. A la ciudad de Ain Asil se la dotó de gruesas murallas defensivas y de una guarnición de soldados al mando del comandante del oasis. Como parte de esta misma infraestructura militar, todas las principales rutas de entrada y salida del oasis pasaron a estar vigiladas por una red de puestos de guardia. Situados en cerros, dotados de medios para enviarse señales a distancia unos a otros y abastecidos directamente por el valle del Nilo, los puestos de guardia permitían al personal de seguridad egipcio vigilar estrechamente todos los movimientos de personas y mercancías que se realizaban en la zona. Por tales medios, Egipto podía a la vez salvaguardar sus cruciales rutas comerciales y ayudar a prevenir las posibles infiltraciones de nubios hostiles.

Bajo el reinado del sucesor de Pepy I, Merenra, Ueni fue nombrado gobernador del Alto Egipto, siendo el primer plebeyo que accedía a este puesto, de gran importancia estratégica. Ueni se convirtió en los ojos y oídos del rey en el extremo meridional del país, la mejor zona para controlar los acontecimientos que se

producían al otro lado de la frontera de Nubia. Merenra incluso viajó personalmente a la frontera sur de Egipto para recibir a una delegación de jefes nubios. Con este gesto sin precedentes, sin duda confiaba en asegurarse la continuidad de su lealtad hacia su señor egipcio, o, en su defecto, al menos la promesa de que no llegaran a mostrar una hostilidad abierta. Sin embargo, una visita real aislada y los informes de segunda o tercera mano de un funcionario local difícilmente representaban una base lo bastante sólida de cara a tomar decisiones sobre asuntos de seguridad nacional. Lo que hacía falta era información de primera mano procedente de la propia Nubia. Este sería el tercer pilar de la nueva política del gobierno egipcio para con su inquieto vecino del sur.

La población fronteriza de Abu era la puerta de comunicación entre Egipto y Nubia. Sus habitantes conocían el Alto Nilo mejor que ninguno de sus compatriotas, y muchos de ellos tenían estrechos vínculos económicos o familiares con la población nubia situada justo al otro lado de la frontera. Desde el reinado de Teti, a comienzos de la VI Dinastía, el Estado egipcio había realizado esporádicamente diversas expediciones a Nubia. Ahora había llegado el momento de dotar a esas misiones de reconocimiento de un carácter más sistemático, y de entre toda la población de Abu nadie estaba más cualificado para acometer semejante misión que el «jefe de los exploradores». Al fin y al cabo, él era el funcionario público responsable de mantener la seguridad y de garantizar que las gentes de Nubia, y de los territorios situados más allá, continuaran proporcionando un constante suministro de productos exóticos al erario real. Siguiendo las órdenes de Merenra, el «jefe de los exploradores», un hombre llamado Harjuf, emprendió un viaje épico en compañía de su padre, Iri. Su destino último era la distante tierra de Yam, situada muy lejos Nilo arriba, más allá de los límites del territorio bajo control egipcio. El viaje de regreso, de más de mil quinientos kilómetros, les llevó siete meses, al final de los cuales Harjuf e Iri llegaron sanos y salvos a Egipto, cargados con productos exóticos para su soberano.

Igualmente valiosa debió de ser la información que aportaron sobre los acontecimientos políticos acaecidos en Nubia. Tan preocupantes eran los informes que Harjuf fue enviado a Yam por segunda vez. Renunciando a la excusa de la expedición comercial, el intrépido viajero reconoció el verdadero propósito de su misión, de ocho meses de duración: «Volví a recorrer la región del reino del gobernante de Satyu e Irtyet, tras haber abierto esos territorios extranjeros».[6] A su regreso, Harjuf informaría a su señor de un alarmante acontecimiento en la geografía política de la Baja Nubia: la población local, durante tanto tiempo sumisa a los egipcios, daba señales de querer reafirmar su autonomía. La convergencia de distritos como Satyu e Irtyet constituía una peligrosa señal de alarma que Egipto no podía permitirse el lujo de ignorar.

Teniendo en cuenta esas nuevas realidades políticas, en su tercera expedición a Yam, Harjuf evitó meticulosamente el valle del río, siguiendo en cambio la ruta de los oasis. A su llegada a Yam, Harjuf descubrió consternado que su gobernante se había

marchado para librar su propia batalla contra el pueblo tyemeh del sudeste de Libia. Las viejas certidumbres políticas se tambaleaban, y la inestabilidad se había apoderado de todos los territorios del nordeste de África. Lejos de arredrarse, Harjuf partió de inmediato en busca del jefe yamita, siguiéndolo hasta el territorio tyemeh. Se produjo el encuentro, y los dos hombres concluyeron sus negociaciones de forma satisfactoria para ambos. Harjuf inició entonces el regreso «con trescientos burros, cargados con incienso, ébano, aceites preciosos, grano, pieles de pantera, colmillos de elefante y bastones arrojadizos; todo ello un buen tributo».[7] Sin embargo, la situación en la Baja Nubia era por entonces más peligrosa que nunca para un enviado egipcio. Harjuf no tardó en descubrir que el jefe de Satyu e Irtyet había añadido toda el área de Uauat (la Baja Nubia al norte de la segunda catarata) a su creciente territorio. Un jefe tan poderoso no podía permitir que Harjuf y su considerable botín se fueran de rositas. Solo la presencia de una escolta armada proporcionada por los yamitas permitió a Harjuf continuar su viaje sin interferencias.

De repente, Egipto ya no era la única potencia importante del valle del Nilo. Ante sus mismas narices, unos arribistas jefes nubios habían pasado a tomar el control de la situación, amenazando un dominio que, como era el de Egipto, tenía siglos de antigüedad. Aquello representaba un drástico cambio de fortuna para la nación más próspera y estable del mundo antiguo. Solo mediante un liderazgo decisivo se podía confiar en restaurar la hegemonía egipcia. Sin embargo, poco después del retorno de Harjuf, Merenra murió, dejando el trono a un niño de seis años. El joven rey, Neferkara Pepy II, no estaba en situación de ofrecer ninguna clase de guía a su asediado país. Dentro del territorio egipcio, pasó a ejercer el gobierno un consejo de regencia dirigido por la madre y el tío del rey. Y, en cuanto a los asuntos exteriores, parece ser que sus inexpertos consejeros decidieron mantener una apariencia de continuidad enviando a Harjuf a su cuarto (y último) viaje a Yam. Sin embargo, al parecer esta vez había desaparecido el motivo de las anteriores misiones, recopilar información, y en su lugar iba a tratarse de una expedición comercial a la antigua usanza, con objeto de obtener tributos exóticos para el nuevo soberano. La misión serviría públicamente para proclamar la continuidad de la autoridad de Egipto sobre los territorios vecinos, por más que dicha autoridad estuviera menguando. Era el equivalente, en el antiguo Egipto, de dedicarse a tocar el arpa mientras Roma ardía.

Harjuf cumplió lealmente sus nuevas órdenes y encontró justo el trofeo que podía deleitar a su monarca de seis años, «un pigmeo de las danzas divinas de la tierra de los habitantes del horizonte».[8] Las noticias de su pigmeo danzante del otro rincón del mundo llegaron a oídos del joven rey. Pepy II se apresuró entonces a escribir una excitada carta a Harjuf, instándole a que se apresurara a volver a la residencia real con su preciosa chuchería humana:

> ¡Ven de inmediato hacia el norte, a la Residencia! Apresúrate y trae contigo a ese pigmeo … para deleitar el corazón del Doble Rey Neferkara que vive para siempre. Cuando vaya contigo en el barco, designa a personas destacadas para que se pongan alrededor de él en ambos lados del barco, ¡no vaya a caerse al agua!

Cuando se acueste por la noche, designa a personas destacadas para que se tumben alrededor de él en su hamaca. ¡Inspecciónale diez veces cada noche! ¡Mi Majestad desea ver a ese pigmeo más que el tributo del Sinaí y de Punt![9]

Recibir correspondencia personal del rey (aunque fuera un niño de seis años) representaba el máximo elogio para un funcionario egipcio, y Harjuf haría inscribir el texto completo de la real misiva en la fachada de su tumba, en un lugar destacado junto al relato de sus cuatro expediciones épicas. Había de representar un eterno testimonio del favor de su soberano.

Puede que el infantil entusiasmo de Pepy II conmoviera el corazón de un viejo sirviente, pero difícilmente podría resultar un remedio eficaz para un país acosado por los problemas, internos y externos. En Nubia, la coalición de estados sobre la que inicialmente había informado Harjuf en el reinado de Merenra se hacía cada vez más poderosa y resultaba cada vez más perturbadora para los intereses egipcios. Uno de los altos funcionarios de Pepy, el canciller Mehu, fue asesinado por elementos hostiles estando de expedición en Nubia, y su cuerpo tuvo que ser recuperado por su hijo en el curso de una difícil misión. Aunque la presencia egipcia seguía siendo fuerte en el oasis de Dajla, en la práctica Egipto había perdido el control de los acontecimientos que se producían en Nubia.

También en el propio territorio egipcio la autoridad se le escapaba de las manos al gobierno. El traspaso de poder político a los funcionarios provinciales, propiciado a finales de la V Dinastía, se había revelado una decisión tan imprudente como irrevocable. Los gerifaltes locales —algunos de los cuales se calificaban ahora a sí mismos de «gran señor» de su provincia— acumulaban una autoridad cada vez mayor, arrogándose una combinación de cargos civiles y religiosos. Cuando un simple magistrado local como Pepianj de Mair podía exhibir una larga lista de dignidades que cubría una pared entera de su tumba —miembro de la élite, alto funcionario, consejero, «guardián de Nejen», «jefe de Nejen», «juez principal y visir», «escriba principal de la real tablilla», «portador del sello real», «sirviente de Apis», «portavoz de todos los residentes de Pe», «supervisor de los dos graneros», «supervisor de las dos salas de purificación», «supervisor del almacén», «alto administrador», «escriba de la real tablilla de la corte», «portador del sello divino», «compañero único», «sacerdote lector», «supervisor del Alto Egipto en los nomos medios», «chambelán real», «báculo de plebeyos», «pilar de Kenmut», «sacerdote de Maat», «privado del secreto de todas las reales órdenes» y «favorito del rey en todos sus lugares»—, era evidente que el sistema se hallaba fuera de control. Los funcionarios estaban ahora tan ocupados haciendo su agosto y asegurándose la existencia eterna que descuidaban el futuro bienestar del Estado egipcio. También en los asuntos de tradicional patrocinio real, el gobierno central parecía haberse extraviado. A primera vista, la pirámide de Pepy II era el modelo ideal de monumento regio de la VI Dinastía, incluida su correspondiente dosis de «Textos de las Pirámides». Pero lo cierto es que una buena parte de la decoración del templo de la

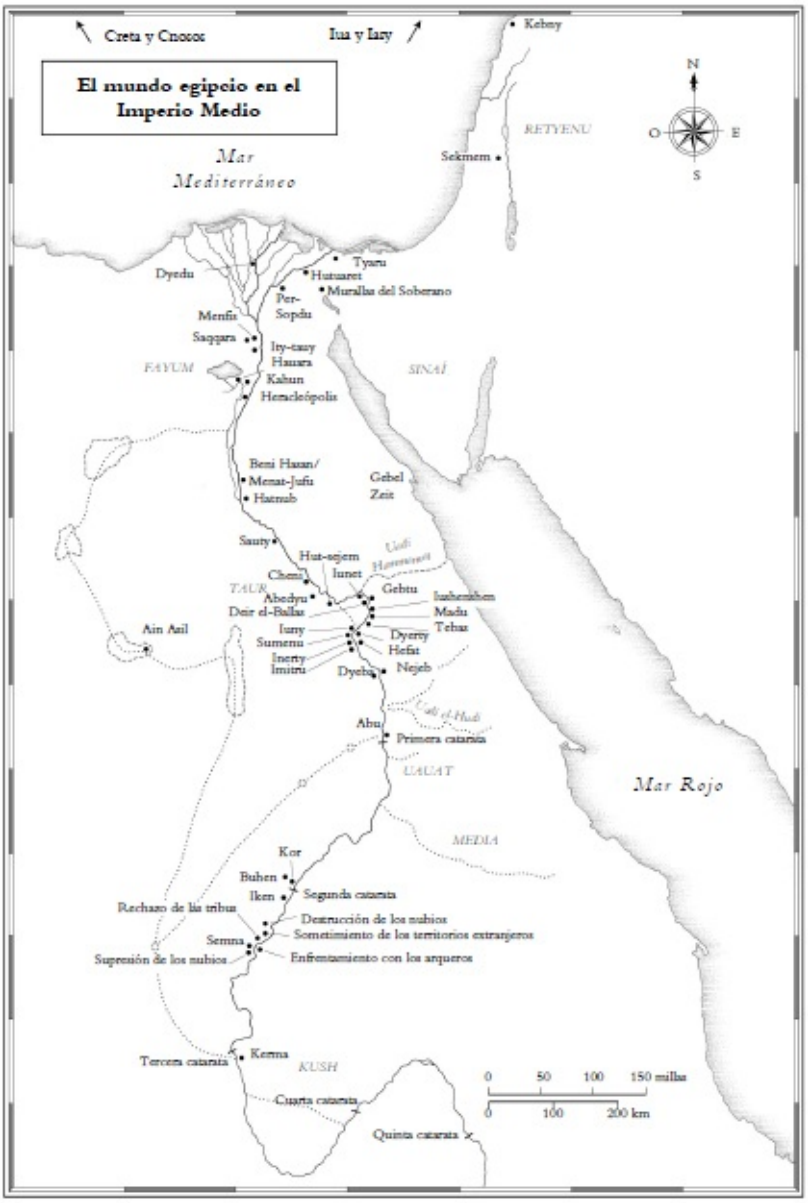
pirámide se copió servilmente del complejo de Sahura en Abusir. Con una creatividad artística estancada, mirar atrás con nostalgia a una pasada edad de oro se convirtió en un refugio fácil para una administración que había perdido el rumbo.

Para complicar aún más las dificultades causadas por una administración débil dirigida por un rey no menos débil, un prolongado período de bajas crecidas del Nilo causó estragos en la economía agraria del país. Tan acusada fue la sequía que el nivel del Birket Qarun descendió de manera alarmante, forzando el abandono de las cercanas canteras de basalto que habían abastecido a los proyectos de construcción del Estado durante todo el Imperio Antiguo. Sencillamente, ahora la orilla del lago se hallaba demasiado lejos de la cantera para que el transporte de los enormes bloques de granito resultara viable. La insuficiencia de las crecidas provocó una falta de cosechas generalizada y problemas económicos a escala nacional. En tiempos más felices, un gobierno eficaz podría haber tomado medidas para aliviar las penalidades, utilizando los excedentes de cereales de los silos estatales para alimentar a su población hambrienta. Pero parece que el régimen de Pepy II fue incapaz de responder adecuadamente y careció de iniciativa para emprender acción alguna. En períodos posteriores, este rey sería recordado en calumniosos relatos como un gobernante débil, inútil y afeminado, apartado de los asuntos de gobierno por una aventura clandestina con un general de su ejército.

Ciertamente, una gran parte del problema tuvo que ver en efecto con el rey; pero no con sus preferencias sexuales, sino pura y simplemente con su longevidad. Normalmente, un reinado largo era señal de una dinastía estable, pero las muchas décadas durante las que Pepy II permaneció en el trono (2260-2175) causaron importantes problemas de sucesión. El rey no solo vio pasar a diez visires, sino que sobrevivió a tantos de sus herederos que la familia real tuvo que esforzarse para encontrar a un solo candidato que pudiera obtener un apoyo generalizado. Egipto entró en una imparable pendiente hacia la fragmentación política. El joven monarca lleno de infantil entusiasmo se había convertido en un frágil anciano. En teoría era inmortal (y así debió de parecérselo cada vez más a sus súbditos), pero en la práctica simplemente estaba durando demasiado. Su muerte, cuando finalmente llegó, marcó tanto el final de una vida como el de una era. El Imperio Antiguo había completado su curso.

Segunda parte

El fin de la inocencia
(2175-1541 a.C.)



Nuestra visión del antiguo Egipto está profundamente configurada por los monumentos que han llegado hasta nosotros. El Imperio Antiguo, con sus pirámides, y el Imperio Nuevo, con sus templos y tumbas, dominan la imaginación popular, mientras que los siglos que los separan, largamente desprovistos de arquitectura monumental, apenas son conocidos y representan una era olvidada y oscura. Sin embargo, los acontecimientos sociales y políticos que tuvieron lugar durante este ignorado período tendrían un efecto profundo y duradero en el curso de la historia del antiguo Egipto. La debilidad de una monarquía hereditaria, la amenaza planteada por un cambio climático, los peligros de una inmigración descontrolada y las consecuencias imprevistas de unos vínculos más estrechos con el exterior: todo ello pasaron a experimentarlo los egipcios en duras lecciones que llevarían su civilización a un punto límite.

En medio de este caos, no obstante, Egipto presenció un segundo gran florecimiento cultural. El Imperio Medio fue la edad de oro de la literatura, cuando se compusieron muchos de sus grandes clásicos. Desde la heroica *Historia de Sinuhé* hasta el divertido relato de *El marinero náufrago*, pasando por la descarada propaganda de la *Profecía de Neferti* o la sutil retórica de *El campesino elocuente*, la metafísica *Disputa entre un hombre y su alma* o la burlesca *Sátira de los oficios*, la producción literaria del Imperio Medio revela la forma más compleja y sofisticada de la sociedad del antiguo Egipto. Mientras que las evidencias arqueológicas resultan prosaicas y desprovistas de sentimientos, los textos de los antiguos egipcios que han llegado hasta nosotros nos permiten entrar en su imaginación, ver el mundo tal como ellos lo vieron. Por esta razón, el Imperio Medio nos parece más inmediato, más tangible, que otros períodos de la historia egipcia. Por una vez, podemos captar su aroma.

Fue este también un tiempo caracterizado por una riqueza sin precedentes en los ámbitos de la joyería y la estatuaria, además de un período de comercio y conquista internacional. La ciudad de Tebas emergió de la oscuridad de provincias para alcanzar una posición de prominencia nacional. Gran parte de Nubia fue conquistada y anexionada. Egipto saltó a la palestra mundial, anunciando ya la que sería la posterior expansión de su imperio. El final de la Era de las Pirámides y el colapso de la autoridad central en el Primer Período Intermedio podrían haber presagiado el declive terminal del antiguo Egipto, pero en realidad dieron lugar a un renacimiento; aunque sería un renacimiento con aristas afiladas.

En esta segunda parte se examinan los extraordinarios altibajos de la civilización egipcia en los seis siglos transcurridos entre el final del Imperio Antiguo y el comienzo del Nuevo. Para el Estado faraónico, la cultura cortesana y las vidas de los egipcios normales y corrientes representaron una especie de montaña rusa: desde la fragmentación política y la guerra civil hasta la restauración del control centralizado y la renovación cultural, para pasar luego a la invasión extranjera y la amenaza de la extinción total. En una época tan turbulenta, las ilusiones de los egipcios con respecto

a su lugar en el mundo se vieron violentamente quebrantadas. Pero, lejos de socavar a la civilización faraónica, esta pérdida de confianza colectiva en las viejas certezas resultó ser un fértil caldo de cultivo para nuevas ideas.

También lo fueron el auge de las regiones y la influencia de las tradiciones locales. Las creencias sobre el más allá y las costumbres funerarias, en particular, experimentaron profundos cambios en este clima de innovación, y diversos conceptos hasta entonces reservados al rey fueron primero adoptados por la población en general, y luego adaptados, elaborados y sistematizados; en un mundo incierto, la promesa de una vida de ultratumba para todos ofrecía algo de consuelo. El resultado final fue una serie de principios y prácticas que perdurarían durante el resto de la historia del antiguo Egipto y que influirían en las religiones posteriores, incluido el cristianismo.

En la esfera política, la conmoción de la guerra civil y sus persistentes secuelas propiciaron un incremento de las restricciones por motivos de seguridad y la introducción de medidas represivas en todo el valle del Nilo. El gobierno despótico y autocrático fue el *zeitgeist* predominante del Imperio Medio; este período, más que ninguno otro de la historia faraónica, pone en entredicho nuestra idílica visión del antiguo Egipto.

6
Guerra civil

DESPUÉS DE MÍ EL DILUVIO

La muerte de Pepy II en 2175, tras un reinado de una duración récord, provocó una crisis dinástica más grave que ningún otro acontecimiento al que se hubiera enfrentado Egipto desde la fundación del Estado casi mil años antes. Durante el Imperio Antiguo habían estallado periódicamente disputas por la sucesión, pero, incluso después de los golpes palaciegos, las poderosas fuerzas del conservadurismo en el seno de la corte real habían logrado siempre volver a imponer el orden y restablecer el *statu quo*. Sin embargo, esta vez fue distinto. El sucesor designado por Pepy, su hijo Nemtyemsaf II, llegó de hecho a acceder al trono, pero su reinado fue breve. Para cuando su centenario padre falleció, él mismo debía de ser ya un hombre muy anciano. El siguiente soberano, Neithikerty Siptah, era de ascendencia incierta, y ni siquiera sabemos con certeza si fue hombre o mujer. El nombre sugiere que era un hombre, pero la tradición posterior le identifica como una reina; un hecho sintomático de la confusión que por entonces acosaba a la familia real, al gobierno y al conjunto de Egipto. Los proyectos de construcción del Estado se interrumpieron, y lo mismo ocurrió con las expediciones exteriores en busca de botín. Preocupado por los problemas de su propio territorio, el vacilante gobierno no tenía el menor interés en emprender aventuras en el extranjero. En la remota avanzadilla de Ain Asil, en el oasis de Dajla, durante generaciones un baluarte contra la infiltración extranjera, un incendio provocado arrasó el palacio del gobernador y destruyó parte de la torre norte. Después de eso los puestos en el desierto se abandonaron, y con ellos las defensas avanzadas de Egipto. La civilización de los constructores de pirámides había llegado a su punto más bajo.

Tras Neithikerty (que no dejó monumentos contemporáneos o siquiera inscripciones), el trono pasó de un gobernante débil a otro, en un período en el que casi cualquiera que tuviera una sola gota de sangre real en sus venas —y sin duda varios individuos que no tenían ninguna— hizo valer su derecho al trono. En un plazo de solo veinte años, menos de una generación después de la muerte de Pepy II, Egipto vio pasar a diecisiete reyes. Diez de tales reinados duraron apenas la minucia de seis años. Poco puede sorprendernos, pues, que los cronistas posteriores se vieran totalmente confundidos y acabaran inventando una «VII Dinastía» completamente espuria. Y no es que la octava —esos diecisiete «monarcas» efímeros que sucedieron a Nemtyemsaf II— fuera precisamente digna de tal título; cinco de sus reyes trataron en vano de atribuirse un aire de legitimidad adoptando el nombre de trono de Pepy II

(Neferkara) como suyo propio, y uno de ellos incluso se remontó a un rey anterior de la V Dinastía, pero todos sucumbieron enseguida ante las fuerzas de pretendientes rivales. La mayoría de las inscripciones reales de esta extraordinaria fase de la historia del antiguo Egipto que han llegado hasta nosotros están datadas en el primer año de reinado del rey en cuestión. Es como si, sabedor de que era poco probable que durara mucho más en su puesto, cada nuevo monarca se pusiera manos a la obra lo antes posible, ejerciendo la poca autoridad que todavía le quedaba antes de que se la arrebataran de nuevo. Así, vemos que un rey llamado Iti, por lo demás desconocido, patrocinó una expedición de canteros al Uadi Hammamat a fin de llevar piedra destinada a una pirámide que luego jamás llegaría a ser construida. Otro soberano, Iyemhotep, envió expediciones primero como príncipe heredero y luego como rey, pero, pese a ello, no dejó ningún monumento conmemorativo permanente.

El único rey de la VIII Dinastía que logró tanto sobrevivir más de un año en el cargo —dos años, un mes y un día, para ser exactos— como dejar una especie de monumento para la posteridad fue Ibi (a partir de la V Dinastía, los monarcas egipcios parecen tener una curiosa tendencia a escoger nombres propios que suenan infantiles a nuestros oídos, desde Izi o Iny hasta Teti o Pepy, pasando por Neby, Iti o Ibi;* quizá ello nos dé una pista acerca de la consentida atmósfera que reinaba en los reales aposentos). Podemos imaginar muy bien la febril actividad que se adueñó de la corte y que se mantuvo en los reales talleres cuando el rey recién entronizado anunció su intención de construir una pirámide en Saqqara, tradicional lugar de enterramiento de los monarcas desde la época de Necherjet. Las experiencias recientes mostraban que el tiempo era esencial. En respuesta a las nuevas realidades de la monarquía, los arquitectos de Ibi propusieron un monumento que pudiera ser completado antes de que la rueda de la fortuna diera una nueva vuelta, llevando a un nuevo gobernante al poder. El resultado difícilmente puede calificarse de «pirámide» en el sentido que cabría esperar del término. Aunque situada deliberadamente en un emplazamiento próximo a la pirámide de Pepy II, resultaba diminuta para los estándares del Imperio Antiguo. Con menos de treinta metros de lado (sesenta antiguos codos egipcios) en la base y una altura prevista de solo unos veinte metros, tenía el mismo tamaño que las pirámides de las reinas de Pepy II; algo muy poco digno de alguien que afirmaba ser el hijo de Ra. Para facilitar que la construcción fuera lo más rápida posible, la parte central se construyó con barro, piedras pequeñas y trozos de roca caliza, la receta menos adecuada para la estabilidad y la longevidad. En el pasillo descendente y la cámara mortuoria subterránea se grabó una selección de «Textos de las Pirámides», y, por fuera, apoyada en la cara norte de la pirámide, se construyó una capilla de adobe para que sirviera de templo funerario. Aun así, el revestimiento exterior ni siquiera llegó a iniciarse; a Ibi se le echó el tiempo encima. Sería el único de entre los sucesores directos de Pepy que intentaría siquiera construir una pirámide.

También en otros aspectos, y desafiando su propia impotencia, la administración se comportaba públicamente como si nada hubiera cambiado. Los documentos más

notables que se conservan de la VIII Dinastía son una colección de reales decretos del templo de Min en Gebtu (la actual Qift), en la orilla oriental del Nilo, en el Alto Egipto. Desde la época prehistórica, Gebtu había florecido como puerta de entrada al Desierto Oriental y a sus abundantes recursos minerales. El dios de la fertilidad local, Min, había sido adoptado como una divinidad nacional en los primeros tiempos de la historia egipcia, y su centro de culto era objeto del patrocinio real desde los mismos comienzos de la I Dinastía. Hacia el final del Imperio Antiguo, Pepy I y Pepy II añadieron nuevos edificios y dotaciones al templo. Sus sucesores de finales de la VIII Dinastía mantuvieron esa tradición, pero con fines muy distintos. El rey Neferkaura, por ejemplo, promulgó tres decretos para que fueran expuestos públicamente en el templo. Su propósito no era aumentar el número de propiedades anexas de este o salvaguardar a su personal del servicio al Estado, sino algo mucho más práctico y político: anunciar el ascenso de un lacayo real, Shemai, al cargo de gobernador del Alto Egipto —con responsabilidad sobre las veintidós provincias desde la primera catarata hasta las afueras de Menfis— y confirmar la sucesión de su hijo, Idy, como *nomarca* (gobernador provincial) de Gebtu. Los débiles gobernantes de la VIII Dinastía necesitaban de todos los amigos que pudieran reunir, y, por tanto, no hacían ascos a la posibilidad de utilizar los privilegios reales para honrar y recompensar a sus partidarios en las regiones.

Esta corrupción de la monarquía fue llevada aún más lejos por el sucesor de Neferkaura, Neferkauhor. En el transcurso de un solo día, probablemente el mismo de su ascenso al trono (*c*. 2155), el rey promulgó nada menos que ocho decretos para que fueran expuestos en el templo de Gebtu. Una vez más, los ocho tenían que ver con ascender y honrar a Shemai y a varios miembros de su familia. El propio Shemai era ascendido al cargo de visir, mientras que su hijo le sucedía como gobernador del Alto Egipto (aunque con unas competencias considerablemente reducidas); a otro hijo se le daba un cargo en la plantilla del templo, una decisión conmemorada en tres decretos distintos, cada uno de ellos dirigido a cada uno de los miembros varones de la familia. Otro edicto más asignaba sacerdotes mortuorios a Shemai y su esposa, un privilegio hasta entonces reservado solo a la realeza. De manera similar, sus monumentos funerarios —que serían redescubiertos en tiempos modernos— fueron construidos de granito rojo, un material con fuertes connotaciones solares y sometido al monopolio regio. La razón de todos esos honores quedaba patente en el primero de los decretos de Neferkauhor, en el que estipulaba los títulos y dignidades que había que otorgar a la esposa de Shemai, Nebet. Y ello porque esta no era otra que «la hija mayor del rey y la única favorita del rey». Evidentemente, en cuanto Neferkauhor accedió al trono decidió utilizar su breve período de poder para colmar de concesiones y favores reales a sus parientes más cercanos. Era el clásico comportamiento de un dictador de poca monta.

El último de los decretos de Gebtu, datado en el reinado del sucesor de Neferkauhor, Neferirkara, prohibía a cualquier persona causar daños a los

monumentos funerarios del hijo de Shemai y Nebet, Idy (ahora ascendido a visir), o reducir sus ofrendas. Aunque promulgados desde la capital nacional, los decretos representaban los últimos coletazos de la monarquía menfita. Su cobarde favoritismo señalaba «la dependencia casi abyecta por parte de los faraones de Menfis de la lealtad de la poderosa nobleza terrateniente del Alto Egipto».[1] Pese al aparente mantenimiento de la estabilidad económica y la asociada prosperidad de cultos locales como el de Min en Gebtu, el poder real se desvanecía con rapidez. En la persona de Neferirkara —así llamado en honor a un ilustre monarca de la V Dinastía, pero en realidad un rey de parches y chapuzas—, el sistema de gobierno regio que había servido a Egipto durante un milenio había llegado a un ignominioso final. Con todo, la élite política, y el país en general, no estaban preparados en absoluto para lo que iba a venir después.

GRANDES HOMBRES, GRANDES IDEAS

Con el colapso de la autoridad central, Egipto se fragmentó siguiendo pautas regionales y volviendo a la estructura que había existido antes de la fundación del Estado mil años antes. Como siempre, la geografía del valle del Nilo —en particular la distribución de las cuencas de irrigación— sería el factor determinante. Las tres provincias más meridionales formaban una unidad natural; las provincias cuatro y cinco, otra, y así sucesivamente, siguiendo río abajo. El engrandecimiento político y económico de los nomarcas —un proceso que se había iniciado siglos antes— alcanzó su conclusión lógica cuando varios potentados locales declararon de facto la independencia. Sin embargo, la monarquía como modelo de gobierno se hallaba tan arraigada en la psique egipcia que su sustitución por algo distinto resultaba filosófica y teológicamente imposible. Era inevitable, pues, que de entre aquella nueva hornada de gobernantes hubiera uno que, a pesar de que el alcance de su autoridad se viera estrictamente limitado, se atribuyera títulos reales y fuera reconocido, a regañadientes, como señor —o, mejor dicho, como primero entre iguales— por los demás líderes.

El hombre fuerte que logró obtener esta especie de reconocimiento era oriundo de la ciudad de Heracleópolis (la actual Ihnasya el-Medina), en el Egipto Medio. Se llamaba Jety,* y posteriormente el historiador egipcio Manetón diría de él que había sido más terrible que ningún otro rey anterior, lo que quizá refleja la situación de una futura dinastía que defendía por la fuerza sus aspiraciones al trono, sometiendo a cualquier posible oposición mediante la intimidación. La «Casa de Jety» reinaría durante un siglo y medio (2125-1975). Reinaría, pero no gobernaría; ni siquiera en su propio reino contaría la nueva dinastía con un reconocimiento o una aprobación universales. En el corazón del poder heracleopolitano, un potentado local con pretensiones regias, «el rey Jui», construyó una enorme tumba de adobe igual en

tamaño a muchas de las pirámides del Imperio Antiguo, y ese osado acto de «lesa majestad» se produjo solo a un tiro de piedra de Sauty (la actual Asiut), la ciudad más leal a la dinastía de Heracleópolis. En las cercanas canteras de alabastro de Hatnub, los nomarcas fechaban sus expediciones en función de los años que llevaban en el cargo, evitando toda referencia al reinado de ningún soberano. En sus autobiografías funerarias de Beni Hassan y otros lugares, los funcionarios raramente mencionaban al rey —si es que lo mencionaban en absoluto—, y era notorio su silencio con respecto a sus propias carreras profesionales, algo inaudito para un egipcio de la época y señal inequívoca de lealtades fluctuantes. Con tal grado de impopularidad en su propia tierra, Jety y sus descendientes se engañaban si imaginaban que se iba a tardar mucho en poner en tela de juicio su autoridad meramente nominal.

Pero lo que asestó el golpe mortal fue la incapacidad de la dinastía para cumplir con el deber más básico de la realeza: alimentar al pueblo. Durante el reinado de Pepy II, una serie de «Nilos bajos» habían venido a debilitar la economía del Estado. Ahora, sin un gobierno nacional efectivo, empezaban a dejarse sentir los efectos a largo plazo de las crecidas insuficientes. El hambre acechaba en todo el territorio, cuestionando la capacidad de los gobernadores provinciales para cuidar de sus propios ciudadanos. Sin duda, algunos exageraron la crisis para potenciar su carrera profesional; actuando como salvadores en época de dificultades, obtenían tanto el apoyo local como un mayor prestigio. Así, un hombre llamado Merer se jactaba de que «cuando ocurrió esa hambruna, yo enterraba a los muertos y alimentaba a los vivos por doquier».[2] Su contemporáneo Iti hizo saber que había alimentado a su aldea natal, Imitru, «en los años penosos», y que había «dado cebada del Alto Egipto a Iuny y a Hefat, [pero solo] después de haber alimentado a Imitru».[3]

Anjtifi, el gobernador de la tercera provincia del Alto Egipto —con capital en Hefat (la actual El-Moalla)—, iba aún más lejos, afirmando haber enviado provisiones de emergencia a las zonas afectadas, desde Abedyu en el norte hasta Abu en el sur. Se presentaba a sí mismo como el líder natural de las siete provincias más meridionales, la misma región que le había sido asignada al gobernador del Alto Egipto en los últimos días de la VIII Dinastía. Si había demostrado ser capaz de cuidar de la población cuando «todo el Alto Egipto se moría de hambre»,[4] entonces sin duda estaba cualificado para ser también políticamente su amo y señor. De hecho, las ambiciones de Anjtifi a largo plazo se extendían mucho más allá de su propia provincia. En su tumba de Hefat, tallada en la ladera de una colina natural en forma de pirámide (el único lugar de reposo adecuado para un auténtico gobernante egipcio), inscribió los detalles de su carrera profesional para que toda la posteridad pudiera recordar sus logros.

Anjtifi había mostrado muy pronto un gran talento para las maniobras calculadas. Aun antes de obtener su cargo, había invitado al Consejo del Supervisor del Alto Egipto, con sede en Cheni, a realizar una visita de inspección a su provincia. Sin duda, esto le dio la oportunidad de ganarse el favor del gobierno heracleopolitano y,

al mismo tiempo, de evaluar sus puntos fuertes y débiles. Tras haber sopesado la probable oposición, Anjtifi inició su ininterrumpido ascenso al poder tan pronto como fue nombrado nomarca. Para empezar, se anexionó la provincia vecina de Dyeba con la excusa de rescatarla de una mala gestión (desde siempre una justificación conveniente para invadir territorios). Según su propia versión de los acontecimientos, destituyó al gobernador anterior, Juu, de acuerdo con la divina providencia:

> Horus me llevó a la provincia de Dyeba para [darle] vida, prosperidad y salud, para ponerla en orden … Encontré la Casa de Juu … presa del tumulto, gobernada por un miserable. Mandé que un hombre diera un abrazo al asesino de su padre, al asesino de su hermano, a fin de poner en orden la provincia de Dyeba … se han erradicado todas las formas del mal que la gente odia.[5]

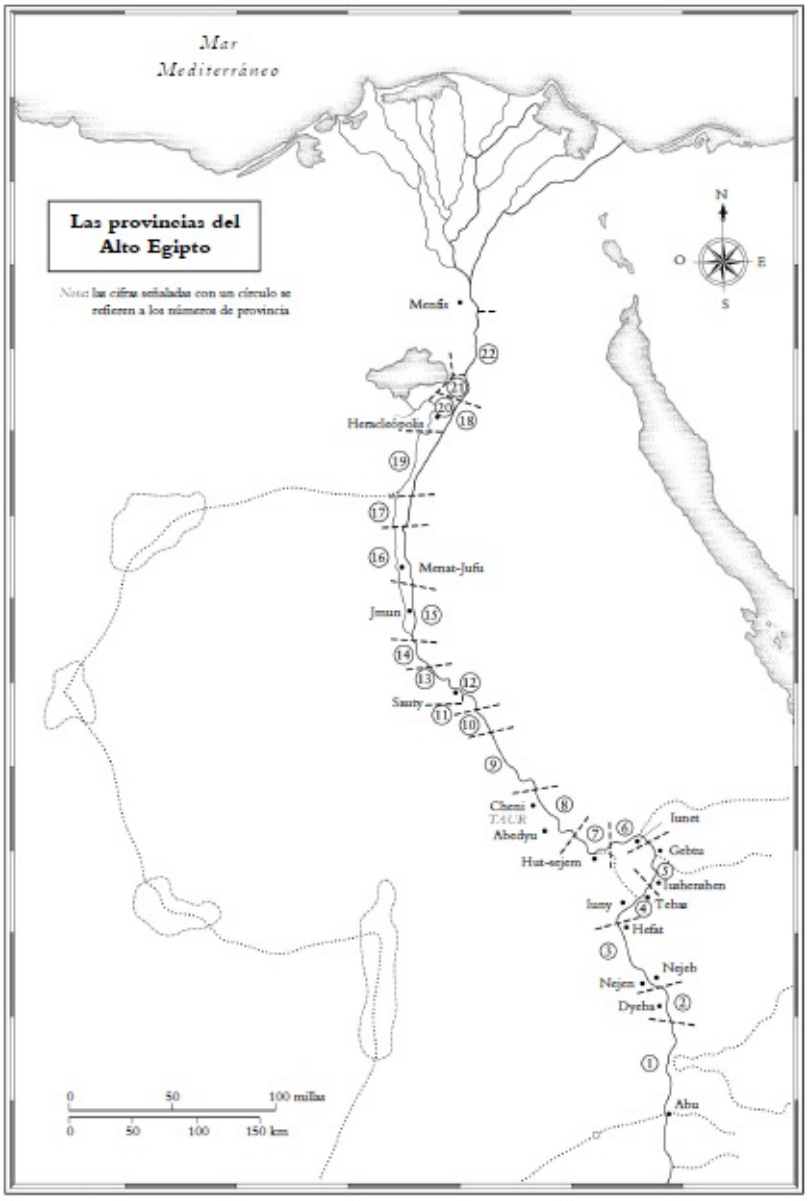
Luego pasó a formar una alianza estratégica (sin duda respaldada por la amenaza de la fuerza) con la provincia de Abu, lo que le dio el control efectivo sobre las tres provincias más meridionales. Juntas, estas formaban el trampolín perfecto para ampliar sus ambiciones territoriales, y mientras tanto Anjtifi mantenía públicamente su lealtad al rey en Heracleópolis.

Pero, mientras que Dyeba y Abu habían resultado relativamente fáciles de llevar al redil, la cuarta y quinta provincias, con capital respectivamente en Tebas y Gebtu, eran harina de otro costal, sobre todo porque ambas habían formado una alianza defensiva precisamente contra aquella clase de agresiones. Tras concentrar sus fuerzas en la frontera norte de Tebas, Anjtifi lanzó un ataque contra esta provincia. Su ejército destruyó la guarnición fortificada de Iuny y atravesó sin estorbo alguno todo el desierto del oeste de Tebas, que representaba la puerta trasera de entrada a la ciudad. Entonces los tebanos se negaron a salir a combatir al enemigo, esperando el momento más propicio. Anjtifi interpretó su reticencia como una señal de debilidad, pero no podía haber estado más equivocado. En el plazo de unos pocos años, las tres provincias de Anjtifi caerían bajo el dominio tebano. Finalmente sería Tebas, y no Hefat, el punto de partida para una campaña de reunificación nacional.

Dominio tebano

Aparentemente, también los gobernadores de la provincia tebana eran leales a sus señores de Heracleópolis. Intef el Grande, de Tebas, contemporáneo de Anjtifi, se declaraba públicamente el «bien amado del rey». Incluso aceptó que Tebas fuera representada en una gran conferencia de nomarcas convocada por las autoridades heracleopolitanas, quizá en respuesta a la agresión militar de Anjtifi. De manera harto significativa, el propio Intef no asistió a la cumbre, enviando en su lugar al supervisor de su ejército. Por el mero hecho de participar —por más que no fuera en persona—, Intef transmitía un mensaje cuidadosamente calculado a los demás nomarcas y al rey heracleopolitano: allí había un gobernante con un importante ejército privado que

tenía mejores y más apremiantes cosas que hacer con su tiempo que sentarse a una mesa con simples gobernadores provinciales. No costó mucho que hubiera protestas por falta de lealtad. Pero estas no cambiaron el hecho de que Intef estaba afanosamente entregado a sus maniobras estratégicas para fortalecer a Tebas y situarla a la cabeza de una gran alianza. Una señal evidente de las verdaderas intenciones de Intef fue su adopción del título de «gran señor del Alto Egipto», y no solo de Tebas. Al menos hubo una provincia, la de Iunet, que captó el mensaje y pasó a apoyar firmemente a Intef, reconociendo su autoridad como poder en la sombra a escala regional.



Aquella defección representó un duro golpe para el reino heracleopolitano. Ya desde el surgimiento de la Casa de Jety, la provincia de Iunet se había mantenido

resueltamente leal a la dinastía. Su gobernador había asegurado la lealtad constante no solo de su propia provincia, sino también de las dos provincias vecinas. Ahora, con el poder tebano en auge, los heracleopolitanos se enfrentaban a la secesión de todo el conjunto de sus dominios meridionales. Su respuesta fue marcadamente política a la vez que potencialmente incendiaria: la instauración de un gobernador leal en la provincia de Gebtu, atrapada entre Tebas, al sur, y Iunet, al norte. En realidad, había muy pocas opciones aparte de mantener una estrecha vigilancia sobre las ambiciones tebanas. El gobernador recién nombrado, User, era consciente de la importancia de su tarea, y trasladó su capital provincial desde la tradicional sede de Gebtu a la población de Iushenshen (la actual Jozam), justo en la frontera con la provincia tebana. Desde allí podía literalmente mirar a los ojos al enemigo.

La provincia de Gebtu revestía una gran importancia estratégica. No solo era la puerta de entrada al Desierto Oriental, sino que sus líderes también tenían jurisdicción sobre las rutas que atravesaban el Desierto Occidental. Estas últimas llevaban a los oasis saharianos, partiendo del valle del Nilo en un punto de su orilla occidental situado directamente enfrente de Iushenshen. User y sus reales señores sabían muy bien que Tebas contaba ya con cierta presencia militar en el Desierto Occidental, puesto que los tebanos habían contribuido con una guarnición en el desierto a la alianza defensiva contra Anjtifi. Pero era vital que no se les permitiera ampliar dicha presencia. Si Tebas llegaba alguna vez a hacerse con el control de las rutas del Desierto Occidental, sus gobernantes estarían en condiciones de esquivar cualquier posible oposición a lo largo de todo el valle del Nilo y obtener un acceso directo por tierra a la ciudad sagrada de Abedyu, joya de la corona heracleopolitana y sede del gobernador del Alto Egipto. Sin duda, un desastre así representaría el principio del fin para la Casa de Jety.

Reaccionando ante esta situación, como siempre, con un acto propagandístico meticulosamente calculado, Intef de Tebas anunció sus intenciones añadiendo un nuevo título a su creciente lista de epítetos (en este aspecto no era más que el típico egipcio antiguo). Al calificarse a sí mismo como «el confidente del rey en la estrecha puerta del desierto meridional»,[6] pasó a cuestionar directamente el papel de User como «supervisor de los desiertos Oriental y Occidental». La alianza entre Tebas y Gebtu, desde siempre un matrimonio de conveniencia, fue oficialmente disuelta. En lugar de ello, las dos provincias empezaron a competir abiertamente por el control de las importantísimas rutas del desierto. Al poco tiempo, la guerra de palabras pasó a convertirse en un conflicto en toda regla. Tebas realizó una incursión al otro lado de la frontera, destruyendo la población de Iushenshen. Gebtu opuso una firme resistencia, expulsando a los invasores y capturando a algunos de sus soldados. El sumo sacerdote de Gebtu ordenó la reconstrucción de Iushenshen, pero apenas quedaban dudas de que aquella había sido solo la primera andanada de lo que sería una prolongada campaña de agresión tebana. La población de Gebtu se preparó para la lucha que sabía que iba a producirse.

Entre los prisioneros capturados durante el ataque a Iushenshen destacaban las «gentes de Medya y Uauat», mercenarios nubios que servían en el ejército tebano. Ya desde las campañas de Egipto contra los «habitantes de la arena» a comienzos de la VI Dinastía, los reclutas nubios habían desempeñado un importante papel en la estrategia militar egipcia. Los arqueros nubios, en particular, eran famosos por su valor y su destreza. Muchos varones jóvenes nubios sabían que podían alcanzar una fama y una riqueza relativamente mucho mayores incorporándose a un ejército extranjero que permaneciendo en su empobrecido país (el papel de los gurkas nepalíes en el ejército británico sería un instructivo paralelismo moderno). Aunque es posible que en los conflictos del Primer Período Intermedio todas las facciones emplearan a mercenarios nubios en mayor o menor medida, solo los tebanos hicieron de ellos un elemento central de su capacidad ofensiva, y en Inerty, en el extremo sur de la provincia tebana, se asentó toda una colonia de soldados nubios. Aunque estos adoptaron las costumbres funerarias egipcias, conservaron no obstante un fuerte sentimiento de su propia identidad cultural, lo que representaba una excepción muy poco habitual en la pauta normal de asimilación completa. Evidentemente, su estatus en la sociedad como valientes guerreros se veía reforzado por el mero hecho de su etnicidad nubia. En tiempos de guerra, los viejos prejuicios se disipaban; la civilización egipcia se estaba transformando desde dentro de maneras inesperadas.

El sucesor de User sería precisamente el hombre que Gebtu necesitaba: el nuevo nomarca, un hombre llamado Tyauty, era el líder más decidido que podrían haber deseado sus reales señores. Las hazañas de Tyauty en la resistencia a la expansión tebana, grabadas en la pared de un remoto barranco del Desierto Occidental, no han salido a la luz hasta una fecha relativamente reciente. La inscripción nos habla de su heroica lucha por mantener las rutas del desierto abiertas a las fuerzas heracleopolitanas y de su implacable oposición a Tebas. Calificándose a sí mismo como «el confidente del rey en la estrecha puerta del desierto del Alto Egipto»[7] —un título deliberadamente opuesto a las pretensiones de Intef—, Tyauty planteó un desafío directo a su oponente tebano. Los dos bandos sabían que las rutas del Desierto Occidental a través de la gran «curva de Qina» constituían el objetivo clave; en manos tebanas, Abedyu y todo el Egipto Medio serían vulnerables a cualquier ataque, y en manos de Heracleópolis, los principales centros de población de Tebas oeste quedarían peligrosamente desprotegidos. Debió de representar un duro golpe para la moral de Gebtu que el sucesor de Intef el Grande como líder de Tebas, otro Intef (no cabe duda de que la popularidad del nombre en aquella época puede dar lugar a confusión), se hiciera con el control de una importante cima montañosa desde la que se dominaba la principal ruta del desierto, cerrándola de hecho al tráfico. La respuesta de Tyauty fue tan inmediata como inspirada: se limitó a abrir otra ruta paralela, situada más al norte a corta distancia, cuyo extremo oriental se asentaba en la seguridad del territorio de Gebtu. En sus propias palabras: «Lo hice para poder cruzar esa región montañosa que había cerrado el gobernador de otra provincia».[8]

Pero el éxito de Tyauty sería efímero. Irónicamente, su decisiva acción de construir una nueva y mejorada ruta por el desierto sería la causa de su caída. Justo a unos metros de su inscripción conmemorativa se halla otro texto, mucho más breve. Reza sencillamente: «El hijo de Ra, Intef», y señala la toma por parte de los tebanos de la nueva ruta de Tyauty, sin duda en una operación relámpago iniciada desde una de sus guarniciones en el desierto. Una vez eliminado el control de Gebtu sobre el Desierto Occidental, nada se interponía ya entre Tebas y Abedyu, la capital administrativa del Alto Egipto y el antiguo cementerio de los reyes. En este contexto, el nuevo título de Intef, «hijo de Ra», resulta sumamente significativo. A diferencia de sus predecesores, él no se contentaba simplemente con el estilo y la dignidad de un gobernador provincial, o siquiera regional. Ahora aspiraba a la realeza. Al atribuirse a sí mismo el antiguo apodo de los soberanos, el «rey» Intef planteaba un desafío directo a la Casa de Jety. El premio era nada menos que el trono de Horus.

EN PRIMERA LÍNEA

Puede que los tebanos se mostraran confiados, pero sus adversarios no estaban dispuestos a renunciar a la realeza sin luchar. La guerra civil egipcia, una vez declarada formalmente, duraría más de un siglo (2080-1970), marcando la vida de cuatro generaciones. El carácter marcial de la época queda notoriamente reflejado en los monumentos contemporáneos: en las tumbas abundan las escenas de soldados; en las estelas (lápidas conmemorativas), muchas personas se harían representar con arco y flechas en la mano, y entre los objetos funerarios a menudo se incluían armas de verdad. Nunca antes la sociedad egipcia había estado tan militarizada. Asimismo, y también de manera muy poco habitual, una serie de inscripciones conmemorativas de ambos bandos del conflicto nos permiten reconstruir los progresos de la guerra, con sus victorias y reveses tanto para los tebanos como para los heracleopolitanos.

Obtener el control de las rutas del desierto que pasaban por la «curva de Qina» parece haber sido el principal logro del rey Intef (I). En cualquier caso, su autoproclamado reinado duró poco más de una década, pero al menos supuso un decisivo avance estratégico, proporcionando la base para la futura expansión tebana. Su hijo y sucesor, Intef II, no tardó mucho en recoger el testigo y continuar la guerra con renovada energía. Su evidente carisma y sus cualidades de liderazgo inspiraron una lealtad fanática entre sus lugartenientes más próximos. Uno de ellos, Heny, se jactó de haber asistido a su señor «día y noche». Semejante devoción dio lugar a una fuerza de combate estrechamente unida, que pronto se vería coronada por el éxito.

Pero antes de que Tebas pudiera confiar en enfrentarse a la potencia de las fuerzas leales al norte de Abedyu, tenía que asegurar su flanco sur. Así pues, el primer objetivo era consolidar el control tebano sobre la otrora base de poder de Anjtifi. Ya fuera en los últimos años de la vida del nomarca, o bien poco después de su muerte,

el caso es que la población local vio lo que se le venía encima y decidió unirse a la suerte de Tebas. El hambre, que posiblemente todavía causaba estragos, y el empobrecimiento general sufrido por la población, fueron quizá factores que contribuyeron a ello. La gente sentía claramente que su futuro sería más seguro (o menos inseguro) como vasallos de Intef II. Al mismo tiempo, Tebas logró expandir su control hacia el norte para abarcar las tres provincias vecinas de Gebtu, Iunet y Hut-Sejem. En cumplimiento de la afirmación que hiciera su abuelo, Intef el Grande, Intef II pasó a ser realmente el «gran señor del Alto Egipto», y era reconocido como tal en todo el territorio de la «Cabeza del Sur», las siete provincias más meridionales desde Abu hasta las inmediaciones de Abedyu.

De ahí que, mediado el reinado de Intef II (*c*. 2045), la frontera norte del reino tebano se hallara cerca de Abedyu. Taur (la provincia de Cheni) se convirtió en el nuevo frente de la guerra civil, y las rutas del desierto que proporcionaban un acceso directo entre Tebas y Abedyu demostraron finalmente su utilidad. Un partidario tebano registra el dato de que una expedición militar avanzó «en medio del polvo» para atacar Taur,[9] mientras que otro relata la batalla que se produjo a continuación y la expulsión del leal gobernador de los heracleopolitanos: «Caí sobre Abedyu, que estaba bajo [el control de] un rebelde. Le obligué a marcharse a su reino desde el centro de la ciudad».[10] Resulta revelador que el lenguaje de los tebanos con respecto a la monarquía pasara de la rivalidad a la restauración: la argumentación a favor de la hegemonía tebana podía hacerse parecer mucho más convincente si se tildaba de «rebelde» a la dinastía heracleopolitana (que se consideraba la legítima sucesora de la monarquía del Imperio Antiguo). La expansión tebana podía presentarse entonces como la reparación de una afrenta al orden establecido. Representar el poder como un acto de piedad fue siempre uno de los trucos favoritos de los propagandistas del antiguo Egipto.

Para reforzar su victoria militar, los tebanos impusieron tributos a toda Taur y se llevaron los ingresos a Tebas. Alentado por este éxito, Intef II aprovechó su control sobre Abu para avanzar hacia el sur, penetrando en la Baja Nubia y restableciendo la autoridad egipcia en las tierras situadas más allá de la primera catarata por primera vez en más de un siglo. El avance tebano parecía imparable.

Sin embargo, los acontecimientos tienen la costumbre de volverse contra aquellos que se creen invencibles. En Sauty, en el Egipto Medio, una familia de nomarcas que mantenía unas relaciones especialmente estrechas con los gobernantes heracleopolitanos, alzó el estandarte de las fuerzas leales para luchar contra los arribistas tebanos. En los días anteriores a la guerra civil, Sauty había estado gobernada por un hombre llamado —en honor a su soberano— Jety. Había sido introducido en los círculos regios como «pupilo del rey», e incluso había recibido clases de natación junto con los reales infantes. Tras acceder a su alto cargo, Jety se había dedicado a mejorar las condiciones de la gente, encargando amplias obras de regadío en toda la provincia para aliviar los peores efectos de la hambruna: «Dejé ir

la inundación sobre los viejos montículos … Todo el que tenía sed tuvo la inundación que su corazón deseaba. Di agua a sus vecinos para que estuviera contento con ellos». **[11]**

El sucesor de Jety, Itibi, se encontró ante un reto todavía mayor, la agresión tebana, pero estaba igualmente decidido a triunfar sobre la adversidad; así pues, respondió a la incursión de Intef II en Abedyu con un fiero contraataque. Este logró su principal objetivo de recuperar el control de Taur, pero con un coste terrible: durante la lucha se profanó el lugar sagrado de Abedyu. Tal acto de sacrilegio representaba una penosa mancha en el manto de la realeza, una transgresión contra los dioses de la que el monarca heracleopolitano a la larga habría de arrepentirse. En épocas posteriores pasaría a considerarse el acontecimiento que finalmente inclinó la balanza del lado de Tebas, pero el resultado inmediato fue una victoria de las fuerzas de Itibi. Un intento de represalia por parte de los tebanos fue asimismo rechazado, y este segundo éxito le dio a Itibi la confianza necesaria para promulgar un comunicado dirigido a la «Cabeza del Sur», en el que amenazaba de nuevo con la fuerza si las provincias rebeldes no volvían al redil de los leales. Sin embargo, la propia autobiografía de Itibi nos narra la historia de lo que ocurrió a continuación: la parte que contenía su desafío escrito a los nomos del sur sería posteriormente cubierta de yeso para ocultarla a la vista y evitar así represalias tebanas contra los ciudadanos de Sauty por dar cobijo a tan decidido oponente. Tanto si esta alteración táctica de la historia se realizó por orden del propio Itibi como si fue obra de sus descendientes, el hecho sugiere que, no mucho después de sus famosas victorias, el péndulo osciló de nuevo en favor de Tebas.

El cambio de tornas se debió en no poca medida a las dotes de Intef II como estratega militar. Este no tardó en darse cuenta de que Taur representaba un potencial atolladero para su ejército; tratar de conquistar y conservar Abedyu podía fácilmente obligarle a mantener sus fuerzas inmovilizadas durante años, permitiendo fortalecerse y reagruparse a las fuerzas heracleopolitanas. Una maniobra de tenaza, por más audaz y peligrosa que pudiera resultar, constituía la única forma de poner fin al punto muerto. Una vez que Taur hubiera quedado aislada del resto del reino heracleopolitano, resultaría más fácil de pacificar. En la última década de su largo reinado de cincuenta años, Intef II puso en marcha su plan. Utilizando su control de las rutas del desierto para avanzar por Taur, estableció un nuevo puesto defensivo dos provincias más al norte. Una vez cortadas las vías de ayuda, Cheni y Abedyu resultaron ser objetivos mucho más fáciles, y no hizo falta mucho tiempo para conquistarlas. Para señalar sus victorias, Intef envió una carta a su rival en Heracleópolis, acusando al rey Jety de haber «desatado una tormenta» sobre Taur. El mensaje era evidente: al no haber sabido proteger los lugares sagrados de Abedyu, Jety había perdido su derecho a la realeza.

En cambio, Intef estaba decidido a demostrar que él era un rey justo además de un poderoso conquistador. Feroz en la batalla pero magnánimo en la victoria, mostró su

determinación de ganar la batalla de las mentes y los corazones de la población repartiendo alimentos en las diez provincias de su nuevo reino. De ese modo, uno de sus más estrechos colaboradores podría afirmar que fue «un gran sostén de la patria en un año de escasez».[12] Naturalmente, tales alardes contenían una buena dosis de guerra psicológica. Pero al parecer la piedad de Intef era auténtica. Su magnífica estela funeraria, erigida en su tumba rupestre en Tebas, resulta notable no por su lista de gestas bélicas (los acontecimientos de la guerra civil brillan por su ausencia), sino por su extraordinario himno al dios solar Ra y a Hathor, la diosa protectora que, según se creía, residía en las colinas tebanas. Los versos aluden a la fragilidad humana y al temor a la muerte que se ocultan tras el semblante de un gran líder guerrero:

Encomienda(me) a las horas del atardecer:
Que ellas me protejan;
Encomienda(me) a la madrugada:
Que ella deposite su protección en torno a mí;
Yo soy el niño de pecho de la madrugada,
Yo soy el niño de pecho de las horas del atardecer.[13]

La muerte de un rey representaba siempre un momento de gran inquietud. ¡Cuánto más preocupante no debía de resultar para los tebanos cuando el rey que dejaba el trono era un héroe de guerra de la talla de Intef II! Y, sin embargo, un raro relato del momento de la sucesión, redactado por el tesorero del rey, Tyety, hace pensar en una transición tranquila de un reinado al siguiente: «El Doble Rey, Hijo de Ra, Intef, que como Ra vive para siempre … partió en paz hacia su horizonte. Ahora que su hijo había pasado a ocupar su lugar … yo le seguí».[14] En realidad, el nuevo rey, Intef III, no iba a disfrutar más que de un breve reinado de ocho años (2018-2010). El dominio tebano de los desiertos se traducía en tributos que se cobraban a «los gobernantes de la Tierra Roja» (los caudillos del desierto), y la hambruna que había asolado al Alto Egipto durante más de cincuenta años parecía haber llegado a su fin. Pero, mientras que la economía prosperaba, el curso de la guerra se estancaba. Puede que se hubiera impuesto una precaria tregua en el campo de batalla; el dominio tebano en las ocho provincias más meridionales era absoluto, y el control heracleopolitano del Medio y el Bajo Egipto seguía siendo incuestionable. Y así podría haber continuado fácilmente de no haber sido por el hecho de que una nación dividida era una especie de anatema para la cosmovisión del antiguo Egipto. Cualquier rey digno de tal nombre tenía que ser «señor de las Dos Tierras», y no un mero potentado de provincias.

REUNIFICACIÓN Y REPRESIÓN

El enfrentamiento definitivo no tardaría en llegar. A Intef III le sucedió un gobernante joven y dinámico que había heredado las dotes tácticas y la determinación de su abuelo. De hecho, el nuevo rey, Mentuhotep, había recibido su nombre de el del dios de la guerra tebano, Montu, y estaba decidido a hacer honor a ello. Como nombre de Horus, eligió la expresión «Sanj-ib-tauy», «el que vivifica el corazón de las Dos Tierras», lo que señalaba claramente su primordial aspiración a reunificar Egipto.

Mentuhotep tuvo una enorme ayuda en el malestar que reinaba en territorio enemigo. El nuevo nomarca de Sauty, Jety II, estaba encontrando una fuerte oposición en su provincia. Solo una demostración de fuerza por parte de la corona y la asistencia personal del rey heracleopolitano Merikara permitirían que la toma de posesión del gobernador siguiera adelante. La población de Sauty estaba empezando a pensar en lo impensable, sopesando las ventajas de la defección al bando tebano. Su acosado nomarca partió hacia el sur al mando de una gran flota, en parte como demostración de fuerza ante los tebanos y, en parte, también para hacerse valer ante su propia e inquieta población.

Luego, en el decimocuarto año de reinado de Mentuhotep (*c*. 1996), Taur —aquella persistente espina clavada en el costado tebano— se rebeló de nuevo. Fue la provocación definitiva. El ejército tebano avanzó hacia el norte, aplastó Taur y siguió luego hasta penetrar en el territorio heracleopolitano. Sauty fue conquistada y su nomarca, depuesto. Ahora ya nada se interponía entre los tebanos y su objetivo último, la propia Heracleópolis. Cuando el ejército de Mentuhotep llegó a la capital de la Casa de Jety, dio rienda suelta a su ira, quemando y destruyendo tumbas en el cementerio de la ciudad. Para remachar el clavo, el rey tebano nombró de inmediato a uno de sus más fieles seguidores como su representante personal en Heracleópolis, poniéndole al mando del edificio más importante de la ciudad, la prisión. Aquel era el destino que aguardaba a cualquier «rebelde» que no hubiera tenido la fortuna de morir en la batalla.

El despiadado trato dado por Mentuhotep a sus adversarios no se detuvo a las puertas de Heracleópolis. En el corazón de la problemática Taur nombró a un «supervisor de la policía del agua y de la tierra»,[15] lo que sugiere que se tomaron una serie de medidas de orden público contra los habitantes de su provincia más rebelde. Otro de los secuaces de Mentuhotep se jactaba de cobrar tributos a «Taur, Cheni y [hasta] el último rincón de la décima provincia del Alto Egipto»[16] para su señor, lo que parece indicar la aplicación de sanciones económicas punitivas a un territorio hasta entonces hostil. A los heracleopolitanos leales que trataron de escapar a las represalias huyendo a los oasis, se les dio caza inexorablemente; se habían olvidado de que los tebanos controlaban las rutas del desierto. El propio rey se dirigió a sus tropas victoriosas, instándolas a perseguir a los «agitadores», y luego pasó a anexionarse los oasis de la Baja Nubia. Una guarnición apostada en la fortaleza de Abu proporcionó a Mentuhotep la plataforma que le permitiría lanzar las campañas contra Uauat, mientras que las expediciones en el Desierto Occidental resultaron

sumamente eficaces a la hora de romper las potenciales líneas de abastecimiento enemigas y de acabar con cualquier resistencia persistente.

Con las fronteras exteriores aseguradas, el rey podía pasar a centrar su atención en los asuntos de gobierno del interior. La ciudad de Tebas, situada en la orilla oriental del Nilo, en un punto donde convergían las rutas terrestres que atravesaban los desiertos Oriental y Occidental, había alcanzado un lugar prominente hacia el final del Imperio Antiguo. Dotada de unas vías de comunicación excelentes, constituía la capital natural de todo el Alto Egipto. El papel de su primera familia en la reciente guerra civil no había hecho sino fortalecer su derecho a un estatus preeminente. La ciudad en sí era todavía bastante pequeña y estaba rodeada de una gruesa muralla de adobe. Las abarrotadas calles, llenas de tiendas, graneros, oficinas y talleres, se apiñaban formando una cuadrícula en torno al pequeño templo de Amón-Ra en Ipetsut (la actual Karnak). Como cualquier capital de provincia, Tebas contaba con su propia administración local. El máximo responsable era el alcalde, ayudado por funcionarios que tenían la responsabilidad de tareas de gobierno tan esenciales como el registro de tierras, los planes de regadío y de protección frente a las inundaciones, y los impuestos. Dado que se trataba de un centro comercial de cierta importancia, los muelles de la orilla del río estaban atestados de barcos mercantes descargando sus productos, que eran adquiridos tanto por agentes del gobierno como por clientes privados. Ceramistas, carpinteros, tejedores y curtidores, carniceros, panaderos y cerveceros: las callejuelas de Tebas se llenaban con los colores, los sonidos y los olores propios de las actividades artesanales y alimentarias (de manera muy similar a las callejuelas de cualquier población egipcia actual). La mayoría de los habitantes eran campesinos que vivían en sencillas viviendas de adobe y que se pasaban el día cultivando los campos, como hicieran sus antepasados durante incontables generaciones. Pero la ciudad albergaba también a un número cada vez mayor de familias más acomodadas, una naciente clase media de comerciantes y burócratas de bajo rango que tenían casas más grandes en los barrios más elegantes. De haber sido Tebas otro centro comercial cualquiera, sus horizontes podrían haber seguido siendo bastante limitados; pero, con la ciudad catapultada a una posición destacada a escala nacional, proliferaban las oportunidades de progreso. Habían llegado las vacas gordas.

Bajo el reinado de Mentuhotep, la sede dinástica se convirtió formalmente en la nueva capital nacional, y se empezó a nombrar a tebanos prominentes para ocupar todos los altos cargos del Estado. A las reformas administrativas no tardaron en seguirles las teológicas. Para señalar el final de la guerra civil, el rey había cambiado su nombre de Horus a Necher-hedyet, «divino señor de la corona blanca», y se había embarcado en un programa radical de autopromoción y autodeificación, destinado a restablecer y reconstruir la ideología de la realeza divina que había quedado tan maltrecha en los años de luchas internas. Desde Abedyu y Iunet hasta Nejeb y Abu, Mentuhotep encargó una serie de recargados edificios de culto, casi siempre

consagrados a sí mismo como el elegido de los dioses. En Iunet, adoptó el epíteto sin precedentes de «el dios viviente, primero entre los reyes». La deificación del rey durante su vida y reinado marcó un nuevo punto de partida en la ideología de la realeza. Era evidente que Mentuhotep no era hombre de medias tintas.

El rey utilizó también esos monumentos para transmitir un crudo mensaje político a cualesquiera posibles rebeldes que pudieran quedar en las provincias del norte. En su capilla en Iunet se le retrataba en la secular postura de golpear a un enemigo, pero la simbólica víctima estaba representada por un par de tallos de papiro entrelazados, simbolizando el Bajo Egipto. La inscripción adjunta subrayaba este aspecto, añadiendo «las marismas» a la tradicional lista de enemigos de la nación egipcia. Un relieve del santuario de Mentuhotep en Inerty, en tierras tebanas, resultaba todavía más explícito. Mostraba una fila de cuatro cautivos de rodillas, aguardando lastimeramente su destino: ser apaleados por el rey hasta morir. El primero de la fila —delante del nubio, del asiático y del libio de rigor— era un egipcio, un representante de los «jefes de las Dos Tierras»; para el nuevo rey de Egipto, la seguridad nacional empezaba dentro de sus propias fronteras. Después de décadas de guerra y actividad paramilitar destinada a sofocar cualquier oposición, Mentuhotep se sentía lo bastante seguro como para dejar constancia de su indiscutible estatus de gobernante de un Egipto reunificado. Y lo hizo a la típica manera egipcia, adoptando un nuevo título, una tercera versión de su nombre de Horus: Seme-tauy, «el que unifica las Dos Tierras». La lucha entre facciones y las disensiones internas del «tiempo de aflicción» habían pasado a la historia. Egipto podía vanagloriarse de nuevo de ser una nación unificada y pacífica, gobernada por un rey-dios. Se iniciaba así el Imperio Medio.

El monumento a la perpetua memoria de Mentuhotep constituye un paradigma de su determinación de reafirmar el culto al soberano y de proyectar su imagen como el monarca que restauró la empañada reputación de la realeza. Mentuhotep ordenó que, en una entrada que formaban las colinas de Tebas oeste —las mismas colinas que dieran a sus antepasados su primera victoria militar—, se iniciaran los trabajos de construcción de un suntuoso monumento funerario. Como correspondía a un rey reunificador y al artífice de un renacimiento, en él se amalgamaban ideas viejas y nuevas. Su arquitectura combinaba inteligentemente elementos de las tumbas tebanas de sus ancestros y de las pirámides menfitas del Imperio Antiguo en un diseño tan radical como innovador. La decoración incluía escenas de batallas junto a otras imágenes más tradicionales de la realeza. Alrededor de la real tumba se dispusieron enterramientos para los más estrechos colaboradores y los lugartenientes más leales del rey. En un deliberado remedo del gran cementerio de la corte de la IV Dinastía en Giza, los cortesanos del rey habrían de rodear a su monarca en la muerte, tal como lo habían hecho en vida.

Pero el componente más estremecedor descubierto en todo el complejo funerario era un sencillo foso sin decoración tallado en la roca y visible desde el vasto edificio

del rey. En el foso, que fue uno de los primeros elementos del grandioso diseño de Mentuhotep que se completaron, se encontraron los cuerpos envueltos en lino de sesenta o más hombres, amontonados unos encima de otros. En vida, todos ellos habían sido altos y fuertes, con una estatura media de 1,76 metros, y sus edades oscilaban entre los treinta y los cuarenta años. Pese a su fortaleza, todos ellos habían sucumbido al mismo infortunio: las lesiones de sus cuerpos eran principalmente heridas de flecha y traumas causados por objetos pesados y contundentes lanzados desde gran altura. La razón era que aquellos hombres eran soldados, caídos en combate cuando asaltaban una ciudad fortificada. Las cicatrices revelaban que algunos de ellos eran veteranos ya curtidos en el combate. Pero en aquella su prueba final no se habían enfrentado a una lucha cuerpo a cuerpo, sino a una guerra de asedio. Las flechas y proyectiles que habían llovido sobre ellos desde las almenas habían matado a algunos de inmediato, ya que sus cabellos fuertemente rizados apenas les habían ofrecido protección alguna. Otros soldados, heridos pero todavía vivos, habían sido brutalmente aniquilados en el campo de batalla aplastando sus cráneos con garrotes. En el fragor de la batalla, sus cuerpos habían sido abandonados a merced de los buitres. Solo una vez ganado el combate y tomada la ciudad, los supervivientes pudieron recoger a sus muertos (algunos de ellos ya agarrotados por el *rigor mortis*), despojarlos de sus ropas empapadas de sangre y vendarlos con lino, preparándolos para ser enterrados. No se hizo el menor intento de momificar los cadáveres, y apenas se hicieron distinciones entre los diferentes rangos de los difuntos. Únicamente se vendó más a conciencia a los dos oficiales, a los que se colocó en sencillos ataúdes sin decoración. Por último, antes de proceder al entierro, los nombres de los muertos fueron escritos con tinta en sus envolturas de lino: puros nombres tebanos como Ameny, Mentuhotep o Intefiqer; patronímicos familiares como Senbebi («hermano de Bebi») o Saipu («hijo de Ipu»), y también otros nombres como Sobejotep, Sobeknajt y Sehetepibsobek, que sugieren un origen alejado de Tebas y cercano a los centros de culto del dios cocodrilo Sobek, en el norte. Dado que se les concedió el raro honor de una tumba de guerra ceremonial, parece probable que estos soldados caídos participaran en la batalla decisiva de la guerra civil, el asalto final a la propia Heracleópolis. Es posible que algunos de ellos fueran habitantes de la zona que, pese a serlo, apoyaran al ejército tebano frente a sus propios gobernantes, lo que les habría hecho dignos de especiales honores.

Para el rey Mentuhotep, conquistador de los heracleopolitanos y reunificador de Egipto, erigir un monumento a los caídos cerca de su propia tumba fue un acto propagandístico brillantemente calculado. Serviría como poderoso recordatorio a sus contemporáneos, y a la posteridad, de los sacrificios que había hecho Tebas en el conflicto. Haría que Mentuhotep fuera recordado para siempre como un gran líder guerrero. Y, en lo que sería un anticipo de la forma de gobierno de sus sucesores, cimentaría el mito del rey y de sus «hermanos de sangre» como los defensores de la nación.

Con todo, aquella tumba de guerra presagiaba también otra cosa: en el «mundo feliz» del Imperio Medio, una muerte gloriosa sería, para muchos, un sustituto de las alegrías de la vida.

7
El paraíso aplazado

ALGO EN LO QUE CONFIAR

La del antiguo Egipto parece haber sido una civilización obsesionada por la muerte. Desde las pirámides hasta las momias, la mayoría de los rasgos distintivos de la cultura egipcia están relacionados con costumbres funerarias. No obstante, si lo examinamos más de cerca, veremos que no era la muerte en sí la que constituía el núcleo de las preocupaciones de los egipcios, sino más bien los medios para vencerla. Las pirámides fueron diseñadas como «aparatos de resurrección» para los reyes egipcios. Las momias fueron creadas a fin de proporcionar sedes permanentes a los espíritus inmortales de los difuntos. Y si nuestra moderna visión del antiguo Egipto está dominada por las creencias mortuorias y los objetos funerarios, tal vez ello se deba únicamente al hecho de que los cementerios situados en las lindes del desierto se han conservado bastante mejor que los pueblos y aldeas de la llanura aluvial. Las tumbas han proporcionado a varias generaciones de arqueólogos una rica variedad de restos relativamente fáciles de hallar, mientras que la excavación de antiguos asentamientos resulta difícil, laboriosa y decididamente menos atractiva. Pese a ello, la importancia de las creencias y costumbres sobre el más allá para los antiguos egipcios no puede ser descartada como un mero accidente debido a la preservación arqueológica. La adecuada preparación para el otro mundo se consideraba una tarea esencial si la muerte no iba a suponer la aniquilación completa.

Aunque el origen de la esperanza en una vida de ultratumba, y de los preparativos necesarios para ella, puede situarse ya en las culturas prehistóricas más antiguas de Egipto, el poco más de un siglo de malestar político que siguió al desmoronamiento del Imperio Antiguo (2175-1970) marcó un punto de inflexión en el desarrollo a largo plazo de la religión funeraria egipcia. Muchos de sus rasgos, creencias y prácticas más característicos, que sobrevivirían hasta el mismo final de la civilización faraónica, se forjaron en el crisol del cambio social que acompañó a la guerra civil y el período posterior. El debilitamiento de la monarquía afectó a todos los sectores de la población en mayor o menor medida. Para la inmensa mayoría, el campesinado analfabeto, la presencia o ausencia de un gobierno fuerte apenas suponía cambios en la pauta de sus vidas. Sus largos días de trabajo arduo en los campos, sembrando, cavando, cuidando de los cultivos y cosechando, resultaban tan predecibles como el sol naciente. Sin embargo, una administración nacional ineficaz podía tener efectos devastadores a más largo plazo para las personas normales y sus familias. Cualquier ruptura de la autoridad central dejaba la puerta abierta a que unos funcionarios locales

sin escrúpulos impusieran niveles de tributación abusivos. Descuidar los sistemas de regadío y de protección frente a las inundaciones incrementaba la posibilidad de malas cosechas y de hambrunas. El hecho de que el Estado no fuera capaz de mantener reservas de cereales, eliminaba la que constituía la única póliza de seguros de los campesinos. Apenas sorprende que los testimonios de primera mano del período de más o menos un siglo posterior a la muerte de Pepy II hablen de un territorio asolado por el hambre. Para la reducida élite ilustrada que configuraba el vértice de la pirámide social, los efectos de la crisis política probablemente resultaron menos letales, pero más duraderos. Los burócratas de alto rango podían tener asegurada su próxima comida, pero no su próximo ascenso. Cuando la fuente de los honores se secó, las carreras profesionales basadas en los leales servicios al soberano dejaron repentinamente de tener salida. Las familias locales influyentes tuvieron que echar mano de sus propios recursos para mantener su estilo de vida acomodado. Privados del patrocinio y la autoridad reales, muchos de ellos simplemente decidieron obrar por su cuenta, seguir gobernando sus comunidades como antes y arrogarse toda una serie de prerrogativas regias.

Cuando las viejas certezas se desvanecieron, también lo hicieron las rígidas distinciones entre provisión real y privada que habían caracterizado a la Era de las Pirámides. A medida que la existencia cotidiana se fue haciendo más dura e incierta, la necesidad de mayores certidumbres de ultratumba se volvió más acuciante. Y si la necesidad es la madre de la invención, las sombrías realidades de la vida en el Egipto posterior a la VI Dinastía se revelaron un entorno particularmente fértil para la innovación tecnológica.

En tiempos más pacíficos y prósperos, al menos por lo que podemos juzgar a partir del testimonio mudo de las tumbas y los objetos funerarios, la clase dirigente se había contentado con confiar en un más allá que era básicamente una continuación de la existencia terrenal, aunque despojada de sus aspectos desagradables. Las capillas funerarias profusamente decoradas de la Era de las Pirámides reflejan una época de certidumbres con una visión abrumadoramente materialista de la vida después de la muerte. El propósito fundamental de la decoración de las tumbas, y de hecho de la tumba en sí misma, era el de atender todas las necesidades materiales de la vida de ultratumba del difunto. Las escenas de atareados panaderos y cerveceros, ceramistas, carpinteros o metalúrgicos; de pescadores desembarcando prodigiosas capturas; de portadores de ofrendas llevando piezas de carne, aves de corral, mobiliario fino y artículos de lujo: todo ello estaba destinado a asegurar una interminable reserva de alimento, bebida y otras provisiones para sustentar al propietario de la tumba en un más allá que resultaba demasiado terrenal. Mientras que el rey podía confiar en disfrutar de un más allá entre las estrellas, en armonía con las fuerzas del cosmos, ese destino les estaba vetado incluso a los más altos funcionarios. En la muerte, como en la vida, había una norma para el rey y otra distinta para sus súbditos.

Esas rígidas distinciones se debilitaron y, a la larga, desaparecieron en la medida en que la autoridad real fue disminuyendo durante el largo reinado de Pepy II y las luchas que lo siguieron. Las ideas de un más allá trascendente en compañía de los dioses se extendieron entre el conjunto de la población, transformando las prácticas funerarias y la cultura en general. El éxito terrenal y un «buen recuerdo» tras la muerte ya no bastaban. La esperanza de tener algo mejor en el otro mundo, de una transfiguración y transformación, pasó a tener una importancia capital. Los conceptos en torno a lo que había más allá de la muerte se elaboraron, sistematizaron y combinaron en fórmulas aún más imaginativas. Y, paralelamente, los antiguos egipcios idearon los conceptos clave del pecado original, un inframundo lleno de peligros y demonios, un juicio final ante el gran dios y la promesa de una resurrección gloriosa, que se repetirían en civilizaciones posteriores y, en última instancia, acabarían configurando la tradición judeocristiana.

UN MÁS ALLÁ PARA TODOS

En los días de los grandes constructores de pirámides, la resurrección en un sentido mínimamente significativo estaba reservada al rey, y alcanzar el estatus divino era algo que dependía de él; aun cuando, como en el caso de Unis, ello implicara literalmente consumir a los propios dioses. Solo el rey, como encarnación terrenal del dios celeste Horus y como hijo del sol, poseía suficiente influencia, conocimiento y rango para obtener acceso al reino celestial. Las primeras grietas en este imponente edificio de prerrogativas regias aparecieron en el reinado de Pepy II. Irónicamente, la erosión del privilegio exclusivo del monarca se inició en el seno de la propia familia real. La hermanastra de Pepy, Neit, hizo grabar en su propia y diminuta pirámide textos extraídos de la colección de conjuros hasta entonces reservada únicamente al soberano. Las consecuencias de aquella pequeña desviación de la tradición pronto se extendieron a un sector más amplio de la sociedad egipcia. En el remoto oasis de Dajla, lo bastante alejado de la corte como para que las rupturas del protocolo pasaran desapercibidas, el gobernador Medunefer fue enterrado rodeado de conjuros funerarios protectores sacados de los Textos de las Pirámides. Una generación más tarde, otro funcionario fue todavía más lejos, decorando las paredes de su cámara mortuoria con la misma antología utilizada en la pirámide de Unis. Antes de que transcurriera mucho tiempo, incluso funcionarios de provincias de menor rango mandaban grabar en sus ataúdes de madera extractos de los Textos de las Pirámides, así como nuevas composiciones.

Resulta difícil decir cómo respondieron exactamente los sucesores de Pepy II a este profundo cambio social y religioso; con la única excepción de la diminuta pirámide del rey Ibi en Saqqara, todavía no se han descubierto las tumbas de los soberanos de la VIII Dinastía y de los gobernantes heracleopolitanos. Con toda

probabilidad, esos monumentos incorporaban nuevas formas de distinguir a sus reales propietarios de las personas corrientes. Aun así, la adopción de textos e imágenes reales por ciudadanos particulares representó un cambio radical en la estructura subyacente a la civilización del antiguo Egipto. La severa división que había existido entre el rey y sus súbditos desde los albores de la historia, había desaparecido de una vez para siempre. Por entonces, cualquier egipcio podía confiar en alcanzar la divinidad en el más allá, en pasar la eternidad en compañía de los dioses. Al mismo tiempo, esta difuminación de la distinción entre realeza y ciudadanía sirvió, irónicamente, para subrayar la posición única del rey. Las representaciones de atributos reales pintadas en ataúdes de particulares daban a sus propietarios los medios para alcanzar el estatus divino y, por ende, la resurrección después de la muerte, pero solo por imitación del rey. En una época de fragmentación política y guerra civil, puede que resultara tranquilizador para la gente sentir que la realeza divina estaba vivita y coleando, y que era una fuerza beneficiosa en su destino último. La que se ha dado en llamar «democratización del más allá» era cualquier cosa menos democrática, y en ese sentido representaba la clase de transformación característica del antiguo Egipto.

Tan profundo como la apertura de la vida de ultratumba fue el cambio en el modo de concebirla. Muchos de los Textos de las Pirámides hacían especial hincapié en la ancestral creencia del viaje del rey a las estrellas y su destino entre los «indestructibles», pero algunos de los conjuros habían introducido también un concepto más novedoso, la asociación de la muerte del rey con Osiris. Este antiguo dios terrestre era a la vez reverenciado y temido como gobernante del inframundo, pero su victoria sobre la desintegración de la muerte ofrecía la promesa de la resurrección para el rey y, más tarde, también para las personas corrientes. La vida eterna podía buscarse en el alimento de la tierra tan bien como en el ritmo inmutable del universo. Osiris se convirtió en el paladín de los muertos y su reino del inframundo, en el destino preferido para estos. Su telúrico reino primero se unió, y a la larga desplazó, al entorno celestial para el viaje de ultratumba de los egipcios.

El deseo universal de identificarse con Osiris tras la muerte produciría cambios tan importantes como visibles en las costumbres funerarias. Desde sus mismos comienzos, el objetivo de la momificación había sido preservar el cuerpo del difunto en una forma lo más reconocible posible. Dado que se envolvía por separado cada miembro, incluidos los dedos de las manos y de los pies, y se moldeaban los rasgos del rostro con vendajes de lino, podía lograrse una apariencia más o menos semejante a la de una persona viva. Pero ahora que los muertos deseaban metamorfosearse en Osiris, la preservación de las características humanas ya no era necesaria. Lejos de ello, el cadáver era envuelto desde la cabeza hasta los dedos de los pies con una sola y larga venda, lo que le proporcionaba el clásico aspecto de momia que hoy conocemos. Dado que esta apariencia externa de transfiguración bastaba para conjurar las asociaciones apropiadas, incluso podía prescindirse del proceso de

momificación. Así, no era raro que se simplificaran procesos y se saltaran etapas, con el resultado de que hoy, bajo sus vendajes, muchas momias del Imperio Medio se hallan en muy mal estado de conservación. A veces se dejaba el cerebro dentro del cráneo o los órganos dentro del cuerpo, lo que provocaba la putrefacción. El hecho de no secar el cuerpo lo suficiente o de tratar de ahorrar en el uso de ungüentos caros, causaba un rápido deterioro de los tejidos blandos. Pero ahora que las preocupaciones religiosas habían reemplazado en gran medida a las necesidades materiales como núcleo esencial de las creencias funerarias, un cuerpo en condiciones resultaba de menor importancia que un pasaporte al inframundo. Y ser envuelto como Osiris era un buen comienzo.

EL TERRITORIO INEXPLORADO

Vencer a la muerte, alcanzar con éxito la resurrección y sortear los numerosos peligros que acechaban en el inframundo requería de una potente magia, y era ahí donde entraban en juego los textos y las imágenes. En las tumbas reales y privadas del Imperio Antiguo, los conjuros y representaciones gráficas necesarios se grababan o pintaban en las paredes de la cámara mortuoria y la capilla de la tumba. Pero en la medida en que, tras la muerte de Pepy II, las tradiciones artesanas se fueron marchitando poco a poco con el declive de los talleres reales, la decoración de las tumbas se fue volviendo cada vez más rara. Sencillamente, ya no podía disponerse de artistas experimentados. Las maquetas tridimensionales de madera vinieron a reemplazar a las escenas pintadas de artesanos trabajando. Para el estudioso actual, los modelos —en miniatura, pero no por ello menos complejos— de panaderías, cervecerías, mataderos y tejedurías representan una auténtica mina de oro de cara a reconstruir las antiguas tecnologías. Para los egipcios, eran simplemente el sustituto con el que los pobres reemplazaban las pinturas de calidad en una época de empobrecimiento cultural. En ausencia de tumbas decoradas, el propio ataúd se convirtió tanto en el foco de la decoración como en el lienzo sobre el que inscribir las fórmulas mágicas (que pasarían a denominarse, muy apropiadamente, «Textos de los Sarcófagos») destinadas a ayudar al difunto en el más allá.

Para facilitar la resurrección del propietario de la tumba, su cuerpo momificado era colocado de costado y mirando al este, hacia el sol naciente; el amanecer, único entre los fenómenos naturales, ofrecía la promesa diaria del renacimiento tras la oscuridad de la noche anterior. Un par de ojos mágicos, pintados en la cara este del ataúd y cuidadosamente alineados con el rostro de la momia, permitían al difunto «contemplar» el amanecer mirando hacia la tierra de los vivos. Esos ojos recordaban deliberadamente a las manchas de la cabeza de un halcón, lo que otorgaba al difunto el poder de Horus de verlo todo. Por medio de este simbolismo de entrelazamientos y

yuxtaposiciones, la persona fallecida era identificada con Osiris, dios del inframundo, y ayudada por Ra y Horus, las dos deidades celestes más poderosas.

Y así, segura dentro de su ataúd, renacida y vivificada por los rayos del sol, la momia transfigurada partía en su viaje de ultratumba. O más bien sus viajes. De una forma característicamente egipcia, se concebían dos vías distintas de acceso al paraíso. Ambas se describían en el *Libro de los dos caminos*, el primero de los «libros de ultratumba» del antiguo Egipto. Esta particular colección de Textos de los Sarcófagos expresa dos destinos contrapuestos, lo que revela dos líneas de creencias rivales que ya se habían articulado en los Textos de las Pirámides del Imperio Antiguo. Un más allá celestial con el dios solar seguía siendo una muy buena opción, que, además, por entonces resultaba accesible a todos. Para participar en esta versión del paraíso, el alma del difunto, que se imaginaba como un pájaro con cabeza humana, saldría volando del ataúd y se elevaría desde la tumba hasta los cielos. Todas las noches, cuando el sol se hundiera en el inframundo, regresaría de nuevo a la momia en busca de seguridad. Este concepto del alma (*o ba*) ilustra perfectamente la predisposición y el talento de los antiguos egipcios para la elaboración del discurso teológico. El *ba*, concebido como una personalidad individual, existía como una especie de álter ego durante la vida, pero solo manifestaba su presencia tras la muerte, permitiendo al difunto tomar parte en el ciclo solar. No obstante, para poder renacer todas las mañanas, tenía que reunificarse todas las noches con Osiris (en la forma del cuerpo momificado).

El equivalente del *ba* era el *ka*, el espíritu eterno que requería del sustento de la comida y la bebida para sobrevivir, y a través del cual el difunto podía seguir el camino alternativo, el viaje a través del inframundo hasta la morada de Osiris. Desde la Tierra de la Vida, el difunto iniciaba un viaje épico hacia su destino último, el Campo de la Ofrenda. Este territorio mítico, creían los egipcios, estaba situado cerca del horizonte oriental, el lugar por donde salía el sol; aunque formaba parte del inframundo, contenía no obstante la promesa del renacimiento. Como el *ka* viajaba de oeste a este, seguía el recorrido nocturno del sol a través del reino de las tinieblas y compartía su renovación diaria. Pero realizar el viaje sano y salvo no era tarea fácil. Según los Textos de los Sarcófagos, el camino estaba lleno de obstáculos y sembrado de peligros: puertas que cruzar, ríos que vadear, demonios que aplacar y conocimientos esotéricos que dominar. En un ejemplo concreto, el muerto debía aprenderse las diversas partes de un navío para ganarse un sitio en el barco del dios solar. Los conjuros proporcionaban los medios mágicos para superar tales obstáculos, y algunos ataúdes incluso se decoraban (por el interior, para comodidad del difunto) con mapas detallados del inframundo, cartografiando los diversos mares, islas, cursos de agua y poblados situados a lo largo del camino al Campo de la Ofrenda. Las escabrosas descripciones de lo que había entre la muerte y la salvación evocan una visión del infierno propia de Hieronymus Bosch, El Bosco, reflejando el horror universal a la muerte y el deseo desesperado de una vida eterna. Los temores de los

antiguos egipcios iban desde las demasiado familiares aflicciones de la sed y la inanición hasta el peculiar horror de un mundo al revés en el que tuvieran que andar con la cabeza, beber orina y comer excrementos. Los Textos de los Sarcófagos muestran la imaginación humana en su forma más febril.

El destino último, no obstante, compensaba de todas aquellas penas y tribulaciones. Los egipcios imaginaban los dominios de Osiris como los Campos Elíseos, un paisaje de exuberantes tierras de cultivo abundantemente regadas que proporcionaban cosechas excepcionales; de huertas y jardines que daban abundantes productos; de paz y plenitud por toda la eternidad. Llegado al final de su viaje, el difunto podía esperar un más allá lleno de satisfacciones:

Allí comeré y allí pasearé.
Allí labraré y allí cosecharé.
Allí tendré sexo y allí estaré contento.[1]

Era un más allá por el que valía la pena morir. Presidiendo todo este panorama bucólico se hallaba el dios Osiris, el arquetipo de la resurrección y la fuente más segura de vida eterna. Luchando contra los obstáculos para unirse a Osiris, el difunto aseguraba no solo su propio renacimiento, sino también la continua renovación del dios. En términos mitológicos, el difunto actuaba como Horus para su padre Osiris, y este último le recompensaba apropiadamente. No es casualidad que este concepto del más allá sea el reflejo de un mundo en el que la herencia y la sucesión tenían una importancia capital. Los Textos de los Sarcófagos fueron compuestos en un contexto de poderosos gobernadores regionales, y simplemente reflejaban las particulares preocupaciones de estos. Los antiguos egipcios, como todos los pueblos, proyectaban sus experiencias cotidianas en sus creencias religiosas.

OSIRIS TRIUNFANTE

El ascenso de Osiris desde sus oscuros orígenes a la posición de dios universal de los muertos constituía el núcleo del nuevo orden religioso. Cuando pasó a ser venerado en todos los rincones de Egipto, Osiris eclipsó a un montón de deidades funerarias más antiguas, asimilando sus atributos y usurpando sus templos. La población de Dyedu, en la parte central del delta, había rendido culto durante siglos a su dios local, Andyety, del que creía que había sido un gobernante terrenal milagrosamente resucitado tras su muerte. Cuando al culto a Osiris se propagó fuera de la residencia real, absorbió todas esas creencias complementarias, y a la larga Dyedu se convertiría en el principal centro del culto a Osiris en el Bajo Egipto. Andyety casi desaparecería como deidad independiente, convirtiéndose en un lejano recuerdo popular. Un proceso similar tuvo lugar en el sur del país, en Abedyu. Allí, la población local rendía culto a un dios funerario en forma de chacal, un animal al que a menudo se

veía merodear por los cementerios del desierto. Jentyamentiu, «el primero entre los occidentales», era el guardián de occidente, la tierra de los muertos, además de señor de la necrópolis. El culto a Osiris pronto pasaría a arrogarse también esos atributos. En la XI Dinastía (c. 2000), las inscripciones del templo de Abedyu hacían referencia ya a un dios híbrido, Osiris-Jentyamentiu. Unas pocas generaciones más tarde, lo de ser «primero entre los occidentales» se consideraría meramente un epíteto de Osiris; el triunfo de este dios sería total.

En el caso de Abedyu, la presencia adicional de tumbas reales anteriores dotaba al lugar de una santidad especial y de cierto aire de antigüedad. El hecho de que el arquetipo del soberano resucitado, Osiris, tuviera su principal centro de culto en el mismo lugar donde se había estado enterrando a reyes desde los albores de la historia, debía de parecer fruto de la predestinación. Así, desde el período de la guerra civil en adelante, Abedyu se convirtió en el principal centro del culto a Osiris y en uno de los emplazamientos sagrados más importantes de todo Egipto. La profanación de sus lugares sacros durante la encarnizada guerra entre las dinastías heracleopolitana y tebana fue motivo de deshonra para los reyes del norte, y su derrota última pasó a ser considerada un castigo divino por tan nefasto acto de sacrilegio. El vencedor en la guerra civil, el rey Mentuhotep, se apresuró a mostrar sus credenciales devotas embelleciendo el santuario de Osiris-Jentyamentiu. Bajo el reinado de los sucesores de Mentuhotep, el templo fue objeto asimismo de nuevas atenciones por parte de la realeza. Abedyu se transformó en un foco de peregrinación nacional y en un escenario de elaboradas ceremonias que celebraban la resurrección del dios.

Los «misterios de Osiris» tenían lugar anualmente en presencia de una gran multitud de espectadores procedentes de todo Egipto. El núcleo de los ritos era una representación de la realeza, la muerte y la resurrección del dios. Esas tres líneas del mito de Osiris se reflejaban en tres procesiones distintas. En primer lugar, aparecía la imagen de culto del dios para denotar su estatus de soberano viviente. Uno de los sacerdotes del templo —o, en ocasiones, un dignatario visitante que actuaba como representante personal del rey— adoptaba el papel del dios chacal Uepuauet, «el abridor de los caminos», que marchaba al frente de la procesión como heraldo de Osiris. El segundo y central elemento del drama recordaba la muerte y los funerales del dios. Un «Gran Séquito» escoltaba la imagen de culto, que, encerrada en un barco santuario especial, era trasladada a hombros de sacerdotes desde el templo hasta la necrópolis real de la I Dinastía. En el camino se organizaban ataques ritualizados al barco santuario para representar la lucha entre el bien y el mal. Los atacantes eran rechazados por otros participantes, que adoptaban el papel de defensores del dios. Pese a toda su imaginería sagrada, esta batalla ficticia podía a veces volverse desagradable y el fervor religioso desembocar en violencia, con el resultado de heridos graves; el celo piadoso y la pasión inflamada van de la mano desde tiempos antiguos. El tercero y último acto de los misterios era el renacimiento de Osiris y el retorno triunfante a su templo. Su imagen de culto era llevada de nuevo al santuario,

donde era purificada y ornamentada. Una vez terminada la ceremonia, la multitud se dispersaba y la normalidad volvía a Abedyu hasta el año siguiente.

Tan poderoso era el simbolismo de los misterios de Osiris que la participación en la ceremonia, ya fuera en persona o de manera indirecta, se convirtió en un objetivo vital para los antiguos egipcios, su equivalente a una peregrinación a Jerusalén o a La Meca. Para la mayoría de la población, realizar un viaje de larga distancia dentro del territorio egipcio constituía una imposibilidad práctica; aunque pudieran permitirse sufragar el viaje, si dejaban sus tierras sin trabajar durante una semana o más se arriesgaban a quedarse sin cosecha, lo que representaba un desastre. Los burócratas que trabajaban en la administración se hallaban en mejor situación en este aspecto, pero aun así necesitaban permiso oficial para dejar su puesto y viajar río arriba o río abajo hasta Abedyu. La mejor opción para la mayoría de la gente era asistir «por poderes». Si podían hacer que se erigiera un cenotafio o estela —cualquier cosa que llevara inscrito su nombre— a lo largo de la ruta del Gran Séquito, entonces también ellos podían beneficiarse del poder de resurrección del dios a su paso. Como resultado de ello, el sagrado camino que partía del templo de Osiris se convirtió en el emplazamiento favorito de monumentos conmemorativos grandes y pequeños. Quienes disponían de abundantes recursos podían encargar estatuas de sí mismos, que se introducían en capillas en miniatura. Los menos acomodados debían conformarse con una losa de piedra basta, o incluso con una simple mención de su nombre en el monumento de algún otro. Pero ricos o pobres, todos los devotos egipcios anhelaban su parte. En el plazo de unas cuantas generaciones, la «Terraza del Gran Dios» se llenó de monumentos conmemorativos, que se acumulaban hasta formar cinco o seis filas. Ocupaban todo el espacio disponible a ambos lados de la ruta, amenazando con invadir el propio camino sagrado.

Para quienes no podían permitirse siquiera la forma más humilde de presencia en Abedyu, siempre quedaban las festividades de Osiris que se celebraban en todas las provincias; no tan potentes, no tan prestigiosas, pero mejor eso que nada. Recordando y celebrando la resurrección del dios en su cementerio local, los sacerdotes y la población esperaban que algo de su magia se transmitiera a las pobres almas enterradas alrededor, otorgándoles también la promesa de la vida eterna. Desde tiempos prehistóricos, los pueblos y ciudades egipcios habían albergado una plétora de diferentes creencias, deidades y estilos de culto, reflejados en la diversidad de los santuarios locales y de los objetos votivos depositados en ellos. Ahora, quizá por primera vez en la historia, Egipto tenía algo que se aproximaba a una religión nacional.

Cuando el culto a Osiris alcanzó su cenit, en el apogeo del Imperio Medio, los Textos de los Sarcófagos pasaron rápidamente de moda. Fueron reemplazados por toda una serie de objetos esotéricos, mágicos, que evidentemente tenían la misma función: permitir a los difuntos ser resucitados como Osiris, alcanzar el Campo de la Ofrenda y viajar con Ra en su barco solar. Algunos de esos nuevos objetos se sacaban

directamente de la vida cotidiana, pero se les daba una función de ultratumba. En las casas egipcias se empleaban habitualmente varas de marfil que llevaban grabadas imágenes de demonios y deidades protectoras para crear una «zona protegida» en torno a las mujeres en el parto, a fin de ahuyentar a los espíritus malignos que podían dañar a la madre o al recién nacido. Para el modo de pensar de los egipcios, parecía completamente natural enterrar un objeto así en la tumba; el renacido era exactamente tan vulnerable como el recién nacido, y necesitaba la misma protección. De manera similar, las estatuillas de fertilidad, utilizadas en el entorno doméstico para propiciar un buen parto y una buena crianza de los hijos, encontraban un papel equivalente en el contexto funerario, ayudando al renacimiento y a la regeneración.

Sin embargo, había otros tipos de objetos mágicos que se fabricaban específicamente para la tumba. Dado que carecen de equivalentes conocidos en la vida cotidiana, a menudo desafían cualquier explicación fácil sobre su posible utilidad. Dos de los más característicos —y enigmáticos— son unas pequeñas figurillas de erizos e hipopótamos hechas de fayenza, un material cerámico de acabado exterior vítreo de color azul. Dado que carecen de inscripciones y de textos que las acompañen, resulta imposible deducir su simbolismo original, aunque pueden proponerse varias teorías distintas al respecto. Ello está en perfecta sintonía con la compleja naturaleza de la teología del antiguo Egipto, donde se creía que el hecho de dar múltiples explicaciones a un mismo fenómeno, por más que fueran aparentemente contradictorias, aumentaba el peso de la evidencia en su favor y le confería una grandiosidad añadida. Se sabía que los erizos construyen su madriguera bajo tierra, y, por lo tanto, es posible que se los considerara intermediarios entre la tierra de los vivos y el inframundo, es decir, compañeros ideales para el viaje de ultratumba. Asimismo, los erizos se encogen formando una bola cuando se ven amenazados, adoptando así la forma del disco solar. Es posible que se creyera que ofrecían al difunto una protección simbólica y una relación más estrecha con el dios solar. Quizá, como moradores de los márgenes semiáridos del desierto, los erizos y otras criaturas similares (también las figurillas de jerbos eran muy populares) simbolizaban el triunfo de la vida sobre la esterilidad de la muerte, una metáfora sumamente apropiada, pues, para la tumba. Los hipopótamos, por su parte, eran criaturas fluviales, habitantes del mundo acuático que llevaba al Campo de la Ofrenda. Se sabía que eran feroces y agresivos, expertos a la hora de ahuyentar a potenciales atacantes. Una diosa hipopótamo era también la deidad más estrechamente asociada a las mujeres embarazadas y al parto. La red de potenciales connotaciones es muy amplia, y refleja la riqueza y variedad del pensamiento religioso del antiguo Egipto. De hecho, tal complejidad, a menudo contradictoria para la mente lógica moderna, servía meramente, a ojos de los egipcios, para subrayar el misterio y la incognoscibilidad de lo divino.

Más o menos en la misma época en que los erizos y los hipopótamos hacían su aparición entre los objetos funerarios, entró en escena otro accesorio de ultratumba,

un curioso y pequeño objeto que resume muy bien el genio de los egipcios para la invención y su actitud marcadamente práctica a la hora de resolver los problemas. Gracias al rápido auge de su popularidad, el objeto en cuestión es hoy ubicuo en colecciones de museos de todo el mundo: la estatuilla funeraria. La palabra para designarla en egipcio antiguo era *shabti*, probablemente derivada de otro vocablo egipcio cuyo significado era «palo» («trozo de madera»), y que reflejaba la rudimentaria fabricación de los primeros ejemplares. Pero no era esta simplemente una vulgar figurilla en forma de palo. Tenía un propósito mágico, mucho más importante. Su origen se remonta al período de la guerra civil, y, como suele suceder con muchas ideas, esta fue asombrosamente simple. Sin los talleres reales llenos de artesanos cualificados, o de escultores y pintores que decoraran sus tumbas, los egipcios se enfrentaban a un serio dilema: si su cuerpo momificado era destruido, ¿cómo podría sustentarse el *ka* y adónde regresaría el *ba* todas las noches tras su deambular celestial? La respuesta estaba en un cuerpo sustitutivo, y la primera versión que este adoptó fue excepcionalmente tosca: una pequeña figura en forma de palo hecha de barro o de cera, quizá envuelta en algunos jirones de lino para representar los vendajes de una momia, y dotada de su propio ataúd en miniatura fabricado con trocitos de madera de desecho. Pero la calidad del producto terminado importaba bien poco. Una vez en la tumba, la magia corregiría cualesquiera deficiencias en su ejecución. Así se inició la tradición de las estatuillas funerarias, una medida de emergencia en una época de malestar e incertidumbre. Sin embargo, con la reunificación de Egipto bajo la égida del rey Mentuhotep y el consiguiente florecimiento de la cultura cortesana en el Imperio Medio, volvieron los talleres reales, y se empezó a poder disponer de nuevo de estatuas y pinturas funerarias finamente elaboradas, al menos para la élite. Pese a ello, la estatuilla funeraria no desapareció; se metamorfoseó en algo distinto, pero igualmente útil: un sirviente que asistiera al difunto durante toda la eternidad.

Fue con el predominio de la visión osiríaca del más allá cuando el *shabti* adquirió realmente su papel protagonista. Y ello porque pasar toda la eternidad en el Campo de la Ofrenda adolecía de un importante contratiempo: por más que este pudiera ser un idilio agrícola, con campos de cultivo abundantemente regados que producían cosechas generosas, cualquier egipcio sabía de sobra que la agricultura —aun en tan ideales condiciones— implicaba un duro trabajo físico. Resultaba especialmente ardua y agotadora la reparación anual de diques, zanjas y canales después de la inundación, esencial para restaurar la red de regadío a fin de que funcionara perfectamente. Toda persona en condiciones físicas buenas era obligada a participar en esta tarea, vital para la comunidad, cavando y transportando cestas de arena y sedimentos de un campo a otro, y todo ello en el ambiente caluroso, húmedo e infestado de mosquitos que seguía a la retirada de la crecida. ¿Sería también esta una inevitable faena rutinaria en el más allá? Seguramente debía de haber alguna forma de eludir algo tan desagradable durante toda la eternidad. La solución fue una idea

genial. La pequeña figura de palo que hasta entonces había sustituido al cuerpo del difunto siguió conservando su función básica de «doble», pero ahora, en lugar de proporcionar un hogar al *ka* y al *ba*, respondería a la llamada al trabajo en representación de su propietario. Así, las estatuillas sirvientes de finales del Imperio Medio incluso estarían debidamente equipadas con aperos de labranza en miniatura, tales como azadas y cestos; y, por si acaso se les olvidaba, un breve texto jeroglífico, grabado en su propio cuerpo, les recordaba cuál era su deber principal:

> ¡Oh, *shabti*, destinado a servir[me]! … Si se me convoca o si se me destina a hacer algún trabajo que haya que hacer en el más allá … tú te pondrás a mi servicio todas las veces, [ya sea] para mantener los campos, regar los bancales o transportar arena de este a oeste. «Mira, aquí estoy», me dirás.[2]

Así pues, en lo que a la vida de ultratumba se refería, un *shabti* representaba la póliza de seguros perfecta.

NO HAY MENTIRA QUE NO SALGA A LA LUZ

Un último y fundamental aspecto de la aventura del más allá hizo también su primera aparición en los años que siguieron al desmoronamiento del Imperio Antiguo. Como los Textos de los Sarcófagos, los objetos mágicos y las estatuillas sirvientes, el concepto de un juicio final reflejaba la mezcla de esperanza y temor que acosaba a los antiguos egipcios en sus cavilaciones sobre la vida de ultratumba. Quizá más que ningún otro rasgo de la religión egipcia, la idea de un inevitable y definitivo ajuste de cuentas ante un juez divino tendría un impacto tan profundo como duradero en el posterior desarrollo de las creencias faraónicas. A diferencia de los erizos, los hipopótamos y los *shabti*, la idea del juicio final sería incorporada también por otras tradiciones religiosas de Oriente Próximo, en especial el cristianismo.

La geografía imaginaria del *Libro de los dos caminos* se inicia con la Isla del Fuego, donde los malvados eran consumidos por las llamas, mientras que a los buenos se les proveía de refrescante agua para su arduo viaje a través del inframundo. El concepto de «prueba de fuego» es muy antiguo, pero esta noción relativamente simplista de juicio —en virtud de la cual se separaba a los muertos malos de los buenos por medio de una única y rápida prueba— habría de perfeccionarse en la forja del cambio social. Una vez más, la quiebra de las ilusiones que acompañó a la fragmentación del Estado egipcio resultó ser un terreno fértil para nuevas ideas. En aquellos tiempos difíciles, la muerte pasó a ser considerada no una mera transición a otra dimensión de creación, sino una discontinuidad, una ruptura que podía revelarse terminal. Que una persona alcanzara el renacimiento como ser divino o sufriera una segunda muerte dependía de las acciones que hubiera llevado a cabo durante su vida. El texto literario conocido como las *Enseñanzas para Merikara*, supuestamente redactado por un rey heracleopolitano, resumía así esta nueva creencia:

Cuando un hombre permanece tras la muerte,
sus acciones se ponen junto a él…
El que llega [al más allá] sin haber cometido faltas
existirá allí como un dios…[3]

En este orden de cosas, la virtud por sí sola ya no bastaba: tenía que venir acompañada de la ausencia de vicio. En las inscripciones del período, a la jactancia y la ampulosidad típicas de las autobiografías del Imperio Antiguo se les unen por primera vez ciertos tintes de duda y actitud defensiva. Un hombre podía enumerar sus numerosas cualidades y logros, pero también poner especial cuidado en declarar que «jamás dije una falsedad contra ninguna persona viva».[4] La «confesión negativa», una declaración en virtud de la cual se juraba no haber cometido ninguno de los actos injustos de una lista de acciones prescritas, se convirtió en un componente esencial del proceso de enjuiciamiento.

Pero la propia defensa ante el tribunal divino requería algo más que la mera negación de haber cometido faltas. Implicaba una evaluación fundamental del auténtico valor de una persona, una ponderación de sus buenas y malas obras a fin de llegar a un juicio equilibrado de su carácter. Solo a quienes superaban este «cálculo de las diferencias» se les consideraba aptos para unirse a Osiris y vivir para siempre. En su estela de Abedyu, un general de la XI Dinastía llamado Intef proclama confiado que «su voz es justa en el cálculo de las diferencias»; en otras palabras, que se le justifica y se le juzga digno de resurrección como espíritu transfigurado. Tras aquellos vacilantes comienzos, el concepto del juicio final pasaría a adquirir rápidamente un papel central en la religión funeraria egipcia, hasta el punto de que la expresión «justo de voz» se convertiría en el eufemismo más común para denotar «difunto». En una sociedad tan obsesionada con la burocracia y la contabilidad como la del antiguo Egipto, quizá no resulte sorprendente que los teólogos imaginaran que la ponderación del valor de una persona se realizaba en una gigantesca balanza de orfebre. La exactitud de la balanza expresaba perfectamente el juicio infalible del tribunal divino. Un conjuro de los Textos de los Sarcófagos la describe como «la balanza de Ra en la que se alza Maat»,[5] indicando así que el juicio está autorizado por el propio Ra, dios del sol y la creación, y que el peso de las obras de los difuntos debe contraponerse al de Maat, la diosa de la verdad. En esta evaluación definitiva no había lugar para el engaño. El resultado del proceso del juicio se visualizaba como una división de los difuntos entre los justificados y los injustos, «enumerando a los muertos y contando los espíritus benditos».[6] Los distintos destinos de los dos grupos estaban más claros que el agua.

Con la eterna supervivencia en juego en el juicio final, la febril imaginación egipcia se puso de nuevo en marcha. Concebir nuevos obstáculos, junto con los medios para superarlos, parece haber dado a los antiguos egipcios el coraje para enfrentarse a las incertidumbres de la muerte. En el caso del juicio ante el tribunal, el mayor peligro era que el propio corazón —sede del intelecto, fuente de las emociones

y almacén de los recuerdos— pudiera decidir dar un falso testimonio a fin de inclinar la balanza del lado de un veredicto favorable. Para contrarrestar este terrible riesgo hacía falta una potente magia. De algún modo había que evitar que el corazón dejara escapar falsedades (u ocultara verdades) que pudieran sellar el destino de su poseedor. La ingeniosa solución para ello fue una nueva clase de amuleto, que aparece por primera vez en las tumbas de finales del Imperio Medio. Este adoptó la forma familiar del escarabajo, un poderoso símbolo de renacimiento (dado que los huevos eclosionan y las crías salen de una bola de estiércol, emblema de la muerte y la descomposición). Pero, a diferencia de los habituales amuletos en forma de escarabajo (los denominados «escarabeos»), este tenía cabeza humana y llevaba grabado un conjuro protector, dirigido al corazón. Una vez que el cuerpo había sido sometido a la momificación, se colocaba el «escarabajo del corazón» sobre este órgano, con claras instrucciones acerca de cómo debía comportarse en el momento de la verdad:

No te levantes contra mí,
no testifiques contra mí,
no te me opongas en el tribunal,
no te decantes contra mí…[7]

En un momento dado, el propio corazón pasaba a representar al difunto y sus obras, y la representación pictórica del «peso del corazón» frente a la «pluma de la Verdad» se convertiría en una imagen esencial, destinada a ser incluida en los papiros funerarios como una especie de compendio del juicio final. Hoy sigue siendo una de las escenas más fácilmente reconocibles, características y evocadoras de todo el repertorio del antiguo arte egipcio.

Y el concepto de un «terrible día del juicio, en el que se revelarán los secretos de todos los corazones», sigue acompañándonos todavía, cuatro mil años después.

8
El rostro de la tiranía

UN MUNDO FELIZ

El rey Mentuhotep, vencedor de la guerra civil y reunificador de las Dos Tierras, sería celebrado por las generaciones posteriores de egipcios como una gran figura fundacional, equiparable al primer rey de la I Dinastía. No obstante, quiso la suerte que sus descendientes no disfrutaran durante mucho tiempo del botín que tanto le había costado conseguir. Tras los breves y deslucidos reinados de otros dos Mentuhotep, la línea real de la XI Dinastía tebana, la de Intef II y Mentuhotep II, se rompió. En su lugar accedió al poder una nueva familia, reclamando para sí el trono y el premio de la realeza.

La XII Dinastía (1938-1755) fue el linaje real más estable que gobernaría jamás el antiguo Egipto. Durante un período de ciento ochenta años, los destinos de las Dos Tierras estuvieron regidos por ocho monarcas que representaron a siete generaciones de una misma familia. Bajo su firme control, Egipto prosperó material y culturalmente. Fue la edad de oro de la literatura del antiguo Egipto, cuando se compusieron muchas de sus obras clásicas. La artesanía alcanzó nuevas cotas, creando la joyería más exquisita que se ha conservado del mundo antiguo. El alcance y la influencia de Egipto lograron una expansión mayor que en ningún otro momento anterior, y además lo hicieron en nuevas direcciones, llegando hasta el Egeo, Chipre y Anatolia, además de la costa del mar Rojo y Nubia. Pero, sobre todo, el valle y el delta del Nilo fueron reordenados formando un país unificado, bien regulado y eficiente, un Estado centralizado de nuevo para desterrar las recientes divisiones de la guerra civil.

Esta descripción de la XII Dinastía es exacta desde el punto de vista de los hechos, pero resulta engañosa en un aspecto crucial: fracasa estrepitosamente a la hora de captar la atmósfera predominante en ese período. Las obras literarias se centran en temas incómodos como el hastío (*Disputa entre un hombre y su alma*), la agitación nacional (*Admoniciones de Ipuur*) y el regicidio (*Enseñanzas de Amenemhat I*). El entusiasta panorama de la civilización del Imperio Medio que se ve favorecido en algunas historias del antiguo Egipto, se halla en franca discordancia tanto con los escritos contemporáneos como con las evidencias sobre la política interior y el gobierno. Desde sus mismos comienzos, la XII Dinastía se propuso cambiar el modo en que se gobernaba Egipto y el modo en que se organizaba la sociedad. La suya era una visión utópica —o distópica, según el punto de vista— de un orden absoluto basado en un rígido marco burocrático y en la represión de toda

disidencia. En las cuestiones de gobierno, los reyes de la XII Dinastía mostraron un talante despiadado, totalmente en sintonía con las políticas de sus antepasados del Imperio Antiguo. En su determinación de establecer una sólida seguridad interna incluso superaron a sus predecesores, desplegando una sofisticada maquinaria propagandística acompañada de fuerza bruta, una sutil persuasión respaldada por tácticas de terror. Bajo la apariencia exterior de una espléndida y elevada cultura se ocultaban las fuerzas más oscuras.

El que sería el tono predominante del gobierno de la XII Dinastía se estableció ya desde sus mismos comienzos. Dado que el fundador de la nueva línea real era plebeyo por nacimiento, apenas resulta sorprendente que los registros oficiales no documenten el modo en que accedió al poder; aun así, hay suficientes indicios que sugieren cuál pudo ser la secuencia de los acontecimientos. El último rey de la XI Dinastía, Mentuhotep IV (1948-1938), se llamaba igual que el gran reunificador de Egipto, pero parece que carecía por completo de sus cualidades de liderazgo. Había heredado la marcada perspectiva tebana de su antepasado, pero no la amplitud de sus ambiciones. Provinciano por naturaleza, además de serlo por su origen, no dejó monumentos importantes. El principal logro de su breve reinado fue enviar una expedición de canteros a las Montañas Negras del Uadi Hammamat con la misión de llevar a la corte un bloque de piedra para el sarcófago real. Los detalles de la expedición fueron registrados en cuatro inscripciones talladas en el frente de la cantera. Aunque en ellas se rinde el debido homenaje al rey como patrocinador de la misión y se le desean (cabe imaginar que de forma poco sincera) «millones de aniversarios», el hecho es que el éxito de la misión se atribuye a su auténtico jefe, el hombre responsable de las inscripciones: «El miembro de la élite, alto funcionario, supervisor de la ciudad, visir, supervisor de los funcionarios, señor del juicio … supervisor de todo en este territorio entero, el visir Amenemhat».[1] La siguiente vez que nos encontramos con un hombre llamado Amenemhat en un alto cargo, este es ya señor de las Dos Tierras e hijo de Ra; se trata del fundador de la XII Dinastía. Aunque no se da explícitamente testimonio de la transición del puesto de mano derecha del rey al de monarca, pocas dudas caben de que Amenemhat I supo aprovecharse plenamente de su posición sin parangón en la corte para hacerse con el trono cuando este quedó vacante, o cuando surgió la oportunidad.

Existen fuertes indicios de que la nueva dinastía llegó al poder en un período de anarquía, a través de un golpe de Estado, antes que por medio de una sucesión pacífica. Una notable serie de inscripciones halladas en otra cantera situada en Hatnub, en el Egipto Medio, proporcionan un vívido relato de las luchas que tuvieron lugar en el territorio egipcio durante el reinado de Amenemhat I (1938-1908). Escritos durante el mandato del gobernador local Nehri, los textos están inusualmente fechados en función de los años de este en el cargo, en lugar de los años de reinado del entonces monarca. Esta extraordinaria asunción de una prerrogativa real por parte de un mero funcionario provincial sugiere que el ancestral modelo de gobierno regio

tenía algún problema. Las propias inscripciones hablan de rebelión, hambre, saqueos, ejércitos invasores y conflictos civiles. Y el núcleo de ese malestar estaba en el propio palacio: «El día del combate salvé a mi ciudad del nauseabundo terror de la casa real».[2] No hay referencia más escalofriante a la monarquía tiránica en toda la historia egipcia. Amenemhat había sabido elegir bien su nombre de Horus; «el que pacifica el corazón de las Dos Tierras» tenía un matiz deliberadamente agresivo, y la larga mano de esa «pacificación» real llegó incluso más allá del valle del Nilo, alcanzando las vastas extensiones del Sahara. Un experimentado cazador del desierto y «supervisor del Desierto Occidental» llamado Kay fue requerido para que dirigiera una operación de contrainsurgencia consistente en localizar y capturar a los fugitivos del nuevo régimen: «Llegué al oasis occidental, investigué todas sus pistas y me llevé [de regreso] a todos los fugitivos que encontré allí».[3] Bajo el gobierno de la XII Dinastía, los rebeldes no tenían donde ocultarse.

Pero no era tan fácil aplastar a la oposición. Parece que el rey hubo de afrontar ataques procedentes de varios frentes, incluida la disensión interna a lo largo de las «Dos Orillas» de Egipto. Una estela funeraria de la época habla de una campaña naval a lo largo del Nilo y de una incursión realizada al amanecer contra un desembarcadero, al tiempo que la inscripción contemporánea del gobernador regional Jnumhotep I en su tumba de Beni Hassan alude a la misma misión: «Zarpé con Su Majestad hacia el sur en veinte barcos de cedro. Luego él volvió, besando la tierra [de alegría], puesto que le había expulsado de las Dos Orillas».[4] El nombre del enemigo se omite deliberadamente —inscribirlo en los jeroglíficos sagrados le habría brindado la posibilidad de la vida eterna—, pero se trataba claramente de un rebelde del país, e incluso es posible que fuera el último rey de la XI Dinastía o uno de sus partidarios. Asimismo, los relieves de la tumba de Jnumhotep (y de las de sus inmediatos sucesores) representan a egipcios atacando a otros egipcios en una guerra urbana a gran escala; unas escenas sin precedentes en una época profundamente agitada.

A la larga triunfaron las fuerzas del rey, y Amenemhat I se apresuró a dar puestos clave en la administración a sus leales lugartenientes. Jnumhotep fue nombrado alcalde de la capital regional de Menat-Jufu (la actual Menia), mientras que, en otras partes del Egipto Medio, los nomarcas cuyas familias habían servido bajo la XI Dinastía fueron sumariamente destituidos y reemplazados por personas leales y de confianza que se lo debían todo al régimen de aquel momento. El nuevo señor de Egipto afianzaba su control de los resortes del gobierno.

Artífice del renacimiento

Alentado por su éxito a la hora de reprimir la disensión interna, el rey se propuso restablecer el estatus de la monarquía. Desde tiempo inmemorial, los dos papeles más importantes del soberano habían sido mantener el orden y satisfacer a los dioses. Una

vez conseguido el primer objetivo, había llegado el momento de alcanzar el segundo. Así, Amenemhat I ordenó que se iniciara la construcción de un gran templo a su divino patrón, el dios tebano Amón. Al fin y al cabo, Amenemhat significaba «Amón es el primero», y, por lo tanto, ¡qué menos que dedicarle el templo más grandioso de la Tierra! Antes de la XII Dinastía, los templos egipcios habían sido bastante modestos: construcciones de adobe pequeñas y a menudo irregulares, con solo un uso limitado de la piedra en las puertas, los umbrales, etc. Los edificios más imponentes de Egipto no eran los templos consagrados a los dioses, sino las pirámides de los reyes. Pero Amenemhat cambió todo eso, inaugurando la tradición de los edificios monumentales dedicados a los grandes dioses y diosas. Poco queda del templo de Amón construido en Ipetsut (la actual Karnak) en el Imperio Medio —fue destruido sin ceremonia previa por otros constructores reales posteriores—, pero seguramente dominaba la ciudad adyacente, configurando una potente afirmación del poder regio. El complejo medía más de 100 metros de largo por 65 de ancho, y dos gruesas murallas cerraban todo el recinto. En el interior se alzaba el santuario, con una magnífica terraza de piedra en la parte delantera y rodeado por un laberinto de pasadizos y almacenes. En comparación con los insignificantes templos provinciales del Imperio Antiguo, la escala de este resultaba asombrosa. Y sería además un precursor de lo que iba a venir; Amenemhat I y sus sucesores mostrarían un apetito insaciable por las construcciones de planificación estatal, la manifestación arquitectónica del nuevo orden.

La predilección por las grandes afirmaciones arquitectónicas era un rasgo característicamente egipcio, pero Amenemhat lo llevó a nuevas cotas con un proyecto que dejaría pequeño incluso a su templo de Amón: hacia la mitad de su reinado, el rey ordenó iniciar la construcción nada menos que de una nueva capital. El hecho de centrarse demasiado en Tebas y su entorno más inmediato había representado un punto débil nefasto para la XI Dinastía, y Amenemhat no estaba dispuesto a cometer el mismo error. La única solución práctica para gobernar un reino tan vasto como Egipto consistía en situar la capital en su centro geográfico, y allí sería exactamente donde se construiría la nueva ciudad dinástica; su emplazamiento se hallaría en la misma intersección entre el Alto y el Bajo Egipto, en la «Balanza de las Dos Tierras». Pero, para demostrar su férrea voluntad, el rey eligió para la capital un nombre más rotundo: Amenemhat-ity-tauy, «Amenemhat conquista las Dos Tierras». Era una declaración manifiesta de su *modus operandi*, de los medios por los que había accedido al trono y de la manera en que pretendía gobernar.

Para señalar la inauguración de su nueva capital, el rey adoptó un nuevo nombre de Horus. Y, como siempre, la elección reflejaba la agenda personal del monarca. Desaparecía la referencia a «pacificar el corazón de las Dos Tierras»; eso ya se había conseguido en gran medida, e Ity-tauy era la prueba concreta de ello. En su lugar, el rey se proclamaba el artífice de un renacimiento generalizado. Bajo su reinado, Egipto renacería, su civilización se rejuvenecería y su monarquía se restablecería. Si

el propósito era volver a la grandeza de la Era de las Pirámides, una buena manera de empezar era construir una tumba real convenientemente impresionante. Así, por primera vez en dos siglos, desde el palacio real partió la orden a los arquitectos, albañiles y artesanos de Egipto: el rey necesitaba una pirámide. Además, esta debía tener la misma escala que las pirámides de finales del Imperio Antiguo. Copiando sus dimensiones de los monumentos reales de la VI Dinastía, la pirámide de Amenemhat I empezó a ser erigida en una meseta del desierto situado en las inmediaciones de su nueva capital. No se veía nada igual desde hacía trescientos años. Para dotarla de mayor fuerza y legitimidad, el rey ordenó que se cogieran algunos bloques del mayor de aquel tipo de monumentos, la Gran Pirámide de Jufu, que se transportaran a Ity-tauy y que se incorporaran a la parte central de su propia pirámide. Demoler y desguazar el monumento de un predecesor ilustre podría parecer un acto sacrílego, pero formaba parte esencial de su plan de renacimiento. Todos los monarcas de la XII Dinastía seguirían su ejemplo y construirían sus propias pirámides. Con razón podía jactarse Amenemhat: «¡La realeza se ha convertido de nuevo en lo que fue en el pasado!».[5]

Tras haber sofocado la rebelión interna, honrado a los dioses e iniciado la construcción de una pirámide, Amenemhat I podría haberse sentido tentado a pensar que el renacimiento de la civilización egipcia estaba ya asegurado. Sin embargo, las incursiones extranjeras desde Palestina y Nubia durante el Primer Período Intermedio habían enseñado a Egipto una dura lección: sus vecinos del norte y del sur miraban con ojos codiciosos los fértiles pastos del valle del Nilo. Mantener la prosperidad del país requería una defensa activa de su integridad territorial. Consciente de la amenaza, el rey dirigió su celo a la seguridad de las fronteras de la nación, y su política marcaría la pauta de sus sucesores durante el siglo y medio siguiente, convirtiendo a Egipto en una fortaleza. La frontera nororiental del país, a lo largo de los márgenes del delta, presentaba una especial dificultad. El terreno de las marismas, atravesado por brazos del río y por canales, hacía que fuera complicado, cuando no imposible, establecer una frontera precisa, o mantener un control estricto de la inmigración procedente de las empobrecidas tierras de más allá de Palestina. La respuesta de Amenemhat a esta situación fue ordenar la construcción de una serie de bases fortificadas, repartidas a lo largo de la zona fronteriza, y separadas por una distancia que permitía la transmisión de señales de unas a otras. Desde cada guarnición se enviaban regularmente patrullas para controlar el tráfico a través de la frontera. De ese modo, se podía confiar en que las «Murallas del Soberano» evitaran grandes incursiones y proporcionaran información acerca de cualesquiera movimientos inusuales. El énfasis en la vigilancia como medio de control sería una característica de la política de seguridad de la XII Dinastía.

El flanco meridional de Egipto, su frontera con Nubia, planteaba una amenaza distinta y requería, por ello, una solución diferente. Ya desde las expediciones de Harjuf, durante la VI Dinastía, resultaba evidente que los pueblos de Uauat (la Baja

Nubia), la zona más cercana a la frontera egipcia, estaban reafirmando su autonomía y formando sus propios estados, en un desafío directo a la hegemonía egipcia. Con Egipto desgajado por las luchas internas y la guerra civil tras el desmoronamiento del Imperio Antiguo, ese proceso no hizo sino acelerarse. Es posible que la dependencia de mercenarios nubios por parte del ejército tebano reforzara aún más el sentimiento nacional de Nubia. Hacia el final de la XI Dinastía, la situación difícilmente podría ser peor para el rey egipcio: no solo había perdido el control sobre la mayor parte de Uauat, sino que su propio prestigio se veía abiertamente cuestionado por algunos gobernantes nubios locales, que utilizaban títulos reales egipcios. Uno de ellos, que se calificaba a sí mismo como «el Horus Anjjnumra, el rey Uadykara, el hijo de Ra Segerseni», incluso se refería a los egipcios como «los enemigos», dando la vuelta a la retórica establecida. Otro, que tenía el atrevimiento de llamarse a sí mismo rey Intef en honor a los grandes líderes bélicos tebanos de comienzos de la XI Dinastía, se mostraba lo bastante confiado como para tener una serie de quince inscripciones talladas en las rocas en lugares destacados de todo su territorio. Tan descarados insultos al poderío egipcio no podían tolerarse.

Un gran número de inscripciones grabadas en la misma región por expediciones egipcias dan testimonio de una actividad frenética desde los primeros años del reinado de Amenemhat I. Pese a que estaba derrotando a sus adversarios dentro del propio territorio egipcio, parece que sus espías tenían que trabajar activamente en la Baja Nubia, maniobrando y recopilando información con vistas a un ataque a gran escala. Tras dos décadas de preparativos, durante las cuales hubieron de restablecer el orden en su propio país, las fuerzas egipcias recuperaron el control del asentamiento clave de Buhen, a los pies de la segunda catarata del Nilo, que empezaron a transformar en una base fortificada desde la que emprender campañas militares. Para cuando Amenemhat I cumplió su vigésimo noveno año en el trono, todo estaba ya preparado. Una fuerza expedicionaria dirigida por su fiel visir Intefiqer llegó de Egipto «para derrocar Uauat». En su determinación de extinguir cualquier vestigio de independencia nubia e imponer un control egipcio absoluto sobre la provincia rebelde, el sicario del rey no mostró la menor piedad con los habitantes locales, jactándose además de ello:

> Luego maté a los nubios de todo el resto de Uauat. Navegué victorioso río arriba, matando a los nubios en su territorio; y navegué río abajo, arrasando cosechas y cortando los árboles que quedaban. Prendí fuego a las casas, como se hace con las de quienes se rebelan contra el rey.[6]

La política de tierra quemada de Amenemhat no estaba destinada meramente a castigar Uauat, sino también a transmitir un claro mensaje a cualesquiera posibles insurgentes. En cuanto a los infortunados nubios que vieron desde la orilla del río cómo sus tierras eran devastadas y sus casas consumidas por las llamas, su destino estaba decidido. Antes de asolar Uauat, Intefiqer había dejado constancia de que estaba «atareado construyendo este recinto». El recinto en cuestión era un campo de

internamiento (los antiguos egipcios posiblemente habrían preferido el moderno eufemismo «centro de acogida») destinado a gente reclutada para trabajar para el Estado. A los habitantes de la conquistada Uauat les aguardaba una vida de esclavitud. Ellos y sus descendientes se deslomarían explotando los recursos de su patria en beneficio de sus nuevos amos egipcios.

MÁS PODEROSA QUE LA ESPADA

Se dice que la inquietud aflige a la testa que sobrelleva el peso de la corona; de ser así, mayor ha de ser la inquietud cuando esa corona ha sido obtenida por la fuerza en lugar de haber sido heredada por legítima sucesión. Amenemhat I, fundador de una nueva dinastía y autoproclamado artífice de un renacimiento, era perfectamente consciente de sus orígenes ajenos a la realeza y del persistente resentimiento hacia su gobierno que existía en varias partes de Egipto, y no digamos ya en la conquistada Nubia. Ansioso, sobre todo, por consolidar el poder de su familia y asegurar una sucesión tranquila, decidió dar el paso inusual —si no inaudito— de coronar rey a su hijo y heredero cuando él todavía reinaba. El príncipe Senusert se convirtió en «corregente» hacia el final de la segunda década de Amenemhat en el trono (*c*. 1918), y los dos reyes gobernarían juntos durante otra década más. Unos cuantos monumentos exhiben fechas conjuntas, aunque en su mayoría Amenemhat parece haberse contentado con que las inscripciones oficiales lleven las fechas del reinado de su hijo. La institución de la corregencia se convertiría en un rasgo peculiar de la sucesión en la XII Dinastía, sirviendo a su principal propósito de excluir a cualesquiera pretendientes rivales al trono hasta que, después de otro siglo y medio más, la propia dinastía se agotaría.

Pero ni siquiera esa drástica decisión pudo proteger a Amenemhat I de los numerosos enemigos de su régimen. Había vivido por la espada, y perecería del mismo modo. Un notable y peculiar texto redactado después de su muerte hacía que el difunto rey, como el padre de Hamlet, recordara a su hijo y sucesor las circunstancias de su asesinato:

> Era después de la cena, ya entrada la noche. Yo me había tomado una hora de descanso y reposaba en mi lecho, puesto que me sentía fatigado. Mi mente empezaba a adormilarse, cuando las armas [destinadas] para la defensa se volvieron contra mí. Yo era como una serpiente en el desierto. Me despertó la lucha … y me encontré con que la guardia estaba a punto de atacarme. De haber podido tomar las armas en el acto, habría conseguido que esos desgraciados se retiraran … Pero nadie es valiente de noche, nadie puede luchar solo.[7]

Así encontró su destino el primer tirano de la XII Dinastía. Pero, con un corregente ya instaurado en el trono, los desesperados asesinos habían cometido un terrible error de cálculo. En lugar del padre, fue el hijo el que asumió plenos poderes y se apresuró a continuar sus mismas políticas, aunque con un pequeño cambio: allí

donde la represión abierta había fracasado, se utilizarían otros métodos más sutiles para ganar la batalla de los corazones y las mentes.

Encargar una obra literaria sobre la muerte de su padre fue una decisión audaz por parte de Senusert I, ya que ello amenazaba la propia ideología de la realeza divina y quebrantaba un poderoso tabú que impedía airear públicamente las crisis. Pero Senusert y sus consejeros estaban jugando con gran inteligencia. Se dieron cuenta de que tenían más que ganar haciendo público el regicidio que tratando de silenciarlo. Allá en los días de la guerra civil, los líderes provinciales como Anjtifi habían utilizado los relatos sobre las crisis para subrayar sus buenas obras y legitimar su poder. Ahora, el pensamiento político del Primer Período Intermedio sentaba las bases de la que sería la ideología dominante de la XII Dinastía. Al presentar el asesinato de Amenemhat I en forma literaria a la élite de la corte real (las mismas personas que planteaban la mayor amenaza a la vida del rey), Senusert se proporcionaba a sí mismo la excusa perfecta para tomar medidas enérgicas. Su padre asumió el rango de mártir y él, el papel de discípulo devoto. Antes de la XII Dinastía, el valle del Nilo apenas había producido «literatura» digna de tal nombre. Con su sempiterno talante práctico, la sociedad egipcia había tenido poco tiempo y espacio para los artífices de la palabra. Pero Senusert era consciente de que los poetas y escritores podían resultar tan poderosos como los comandantes de su ejército.

El florecimiento de la literatura en la XII Dinastía se considera uno de los mayores logros culturales del Imperio Medio. Las obras escritas para la corte real, algunas de ellas sin duda a instancias del rey en persona, son clásicos que abordan temas complejos y emociones intensas, pero todas ellas están al servicio de la casa real. Amenemhat I había explorado las posibilidades de la literatura propagandística ya a comienzos de su reinado, presentándose a sí mismo en la *Profecía de Neferti* como el salvador de Egipto y el paladín del orden cósmico tras un período de miserias y calamidades:

> *Vendrá un rey del Sur*
> *de nombre Ameny, el justificado…*
> *Entonces volverá el Orden a su lugar,*
> *y el Caos será expulsado.*[8]

Los literatos de Senusert I perfeccionaron su arte con la redacción de una excepcional obra maestra de la literatura egipcia, la *Historia de Sinuhé*. Se trata de la historia ficticia de un cortesano que huye de Egipto al enterarse del asesinato de Amenemhat I. Sinuhé halla refugio en la corte de un gobernante palestino, y en el exilio alcanza fama y riqueza. Pero, cuando su vida se acerca al final, anhela volver a Egipto, abrazar todo lo que este representa y reconciliarse con el rey, su suprema encarnación:

Que el rey de Egipto esté satisfecho conmigo, que yo pueda vivir según su voluntad. Que pueda presentar mis respetos a la Señora de la Tierra que está en su palacio y atender las órdenes de sus hijos. Entonces mis miembros rejuvenecerán…[9]

La popularidad del *Sinuhé*, que sería leído y releído durante siglos desde que fuera escrito, se debe a su genio literario, su elegancia narrativa y su impacto emocional. Pero el tema subyacente de la lealtad al monarca se halla inextricablemente imbricado con ello, discurriendo como un hilo narrativo subliminal a lo largo de todo el relato. El *Sinuhé* resulta ejemplar no solo como obra narrativa, sino también propagandística.

Un ejemplo bastante más manifiesto de literatura política hacía de la lealtad al rey el principio rector de una vida recta, instando a los egipcios a lo siguiente:

Rendid culto al rey con vuestro cuerpo,
estad bien dispuestos hacia Su Majestad en vuestra mente.
Sed temerosos de él cada día,
sentíos jubilosos por él a cada instante.

Y por si acaso tales exhortaciones caían en saco roto, para respaldarlas se incluía un escalofriante recordatorio de la vigilancia del Estado:

Él ve lo que hay en los corazones;
sus ojos descubren a todo el mundo.[10]

Pero a pesar de esa avalancha de mandamientos textuales para respaldar a la monarquía, el malestar político que había desestabilizado a Egipto durante el reinado de Amenemhat I volvió a reproducirse. Así, hubo que enviar una nueva expedición al Desierto Occidental «para proteger el territorio de los habitantes de los oasis»,[11] mientras que, en el propio valle del Nilo, los templos de Dyerty (la actual Tod) y Abu, en el sur del país, eran saqueados y destruidos. De aquellos actos de profanación se culpó a los sospechosos habituales (asiáticos y nubios), pero probablemente fueron provocados o secundados por insurgentes egipcios. Las fuerzas del rey lograron restablecer la ley y el orden, y los rebeldes fueron capturados y quemados vivos como antorchas humanas. Luego Senusert I centró directamente su atención en la construcción de templos locales en todo el territorio de las siete provincias más meridionales de Egipto (la vieja «Cabeza del Sur», el que fuera el corazón de la XI Dinastía). Una de las nuevas construcciones más hermosas era un «pabellón del jubileo» anexo al templo de Amón en Ipetsut. Sus delicados relieves, de fina caliza blanca, representan al rey y al dios abrazados, una metáfora visual de la supuesta legitimidad del régimen. Sin embargo, junto con esta noble imaginería, el pabellón revela asimismo la obsesión del Imperio Medio por la burocracia. A lo largo de su base aparecen enumeradas las cuarenta y dos provincias de Egipto, cada una de ellas con su deidad representativa, junto con la extensión geográfica de cada provincia en

«unidades fluviales» (equivalentes a unos diez kilómetros). En manos egipcias, un esquema decorativo destinado a demostrar el carácter global del gobierno del rey no podía resistirse a la tentación de incluir alguna información puramente estadística del tipo que tanto les gustaba a los burócratas.

Las prácticas administrativas perfeccionadas en las capitales provinciales de todo el territorio egipcio resultaron útiles también para gobernar la Baja Nubia, ahora controlada por Egipto. La campaña para derrotar a Uauat, que se prolongó durante nueve años durante la corregencia de Amenemhat I y Senusert I (*c*. 1909), preparó el camino para la anexión oficial del territorio nubio hasta la segunda catarata. Egipto demostró su hegemonía de la manera característica, embarcándose en enormes proyectos de construcción pública, en este caso fortalezas para consolidar su sometimiento de la población local (los castillos que construiría Eduardo I de Inglaterra tras su conquista y anexión de Gales serían un ejemplo moderno de este mismo fenómeno). Las fortificaciones, repartidas a lo largo del río entre la primera y la segunda cataratas, fueron diseñadas para resistir tanto ataques por sorpresa como una prolongada guerra de asedio, probablemente resultado de las lecciones aprendidas durante la guerra civil medio siglo antes. Cada fortaleza contaba con una enorme muralla rectangular de adobe, reforzada además con torres externas a los lados y en las esquinas. La muralla orientada a tierra estaba protegida por un profundo foso, mientras que, por la parte interior, un parapeto bajo con bastiones semicirculares y troneras que apuntaban hacia el suelo para los arqueros, venían a proporcionar una segunda línea de defensa. En conjunto, los fuertes nubios eran maravillas de la arquitectura militar, y debieron de causar una fuerte impresión en los habitantes autóctonos que vivían al lado en sus chozas de barro. Con las guarniciones apostadas en bases inexpugnables que vigilaban puntos estratégicos a lo largo del río (y sobre todo la ruta principal a las minas de oro y cobre del Desierto Oriental), el control egipcio de Uauat a largo plazo estaba asegurado. Cuando, en el décimo octavo año de Senusert en el trono, su ejército inició una nueva campaña que llegó hasta la tercera catarata, el general al mando, Mentuhotep, pudo jactarse con relativa justificación de haber «pacificado a los sureños».

AVENTURAS EXTRANJERAS

Al final del largo reinado de Senusert I, que duró casi medio siglo (1918-1875), los problemas que rodearon al nacimiento de la dinastía habían pasado ya a la historia. Egipto y la Baja Nubia se hallaban bajo el firme control del gobierno central. El oro, el cobre y las piedras preciosas que llegaban a raudales a los reales talleres desde las minas de la conquistada Uauat proporcionaban a los artesanos los más finos materiales, permitiéndoles crear joyas, estatuas y objetos de arte para embellecer la

corte regia, incrementar el prestigio del rey y aumentar todavía más las arcas del Estado a través del comercio de larga distancia de artículos de lujo de elevado valor.

Pero las relaciones exteriores de Egipto no se limitaban solo al comercio; seguro en su propio territorio, el país mostraba una nueva predisposición a embarcarse en actividades militares en el extranjero para defender sus intereses económicos y obtener acceso a importantes fuentes de materias primas. Estas dos facetas de la política exterior quedaron ilustradas de manera espectacular durante el reinado del sucesor de Senusert I, un segundo Amenemhat. En el templo de Dyerty, cerca de Tebas, saqueado por rebeldes y restaurado durante el reinado de Senusert I, se descubrirían en tiempos modernos cuatro arcas de cobre ocultas en los cimientos. Todas ellas llevaban grabado el nombre de Amenemhat II, y en conjunto contenían un fabuloso tesoro: cuentas, sellos y piezas en bruto de lapislázuli; lingotes, cadenas, la figura de un león y tazas de plata, así como lingotes y figuras de barcos de oro puro. Dicho tesoro sigue siendo uno de los más ricos descubrimientos jamás realizados en el valle del Nilo. Pero no era solo su riqueza lo que llamaba la atención. Las redes comerciales cuya existencia delataba no resultaban menos impresionantes: el lapislázuli venía de Mesopotamia y de las distantes minas de la actual Badajshán, mientras que las tazas de plata eran de diseño minoico y debían de proceder de Creta o de alguna comunidad mercantil minoica de Siria.

Otro descubrimiento más reciente ha confirmado esta dimensión internacional de la política egipcia a mediados de la XII Dinastía. Un bloque de piedra de Menfis contiene extractos de los anales de Amenemhat II (1876-1842), un detallado diario de las actividades de la corte real durante los primeros años de reinado del monarca. Además de las esperadas festividades religiosas y de las consagraciones de nuevas estatuas de culto, las entradas más sorprendentes son las que registran expediciones de naturaleza militar en territorios distantes. Una de ellas reza: «Se envía una expedición junto con el supervisor de las tropas de infantería para atacar Asia», una incursión que reportó un rico botín de plata, oro, ganado y esclavos asiáticos. Otra campaña realizada en el Líbano vino a añadir un botín similar al erario real, junto con valiosas maderas de conífera y aceites aromáticos. Sin embargo, quizá resulte todavía más intrigante la entrada que registra el regreso de las tropas de infantería «tras haber atacado Iua y Iasy, territorios que pagaron un tributo en bronce y malaquita además de madera y esclavos. El nombre de Iua, por lo demás desconocido, podría ser una grafía egipcia de Ura, un lugar de la costa sudoriental de Turquía; de ser así, esta expedición de la XII Dinastía representaría la única ocasión conocida en la que un ejército egipcio realizó una incursión en Asia Menor. Lo de Iasy resulta aún más llamativo: el hecho de que proporcionara dos materiales basados en el cobre (bronce y malaquita), junto con la grafía del propio topónimo, parece llevar a la conclusión de que Iasy es probablemente Chipre. Evidentemente, pues, bajo el reinado de Amenemhat II Egipto fue un importante actor en la política de fuerza del

Mediterráneo oriental, nada menos que 350 años antes de que se estableciera oficialmente un imperio egipcio en Oriente Próximo.

Según los anales, el cargamento humano traído de vuelta de aquellas aventuras extranjeras ascendía a miles de esclavos. Su reasentamiento forzoso en el valle del Nilo, para trabajar en las propiedades de la corona y tomar parte en proyectos de construcción pública, vino a cambiar profundamente el equilibrio étnico de la población egipcia, con imprevisibles consecuencias a largo plazo. Una significativa proporción de los desplazados asiáticos acabaron construyendo y trabajando en la ciudad de Kahun, fundada por el sucesor de Amenemhat II para albergar al personal agregado a su cercana pirámide. Con su estricto diseño en forma de cuadrícula, su zonificación funcional y su demarcación de barrios residenciales en función de la clase social, Kahun representa el apogeo de la planificación centralizada y el paradigma de la visión estructurada de la sociedad tan caro a la XII Dinastía. Dentro de la enorme muralla exterior rectangular (diseñada, cabe sospechar, tanto para mantener a la gente en el interior como para protegerla de intrusos no deseados), la ciudad se hallaba dividida en dos sectores desiguales: en la zona más espaciosa vivían los altos burócratas en villas impresionantes, convenientemente situadas para tener un fácil acceso a las sedes administrativas de la ciudad; al otro lado de la división, y mucho más apiñadas, hileras e hileras de pequeñas viviendas semejantes a barracones, separadas por estrechas callejuelas, albergaban la mano de obra de la población. Era un crudo reflejo arquitectónico de la diferenciación entre «ellos y nosotros» tan característica del funcionariado del antiguo Egipto. Y en Kahun, como en la ocupada Uauat, un recinto donde se pudiera mantener encerrada a la gente representaba un elemento esencial en la infraestructura del control estatal.

Sin duda, el hecho de que los reyes de la XII Dinastía siguieran en gran medida la misma política en Egipto que en la conquistada Nubia dice mucho acerca de su cosmovisión: los recursos —tanto humanos como materiales, tanto autóctonos como extranjeros— estaban ahí para ser explotados en beneficio de la corona. La gente no era más que otra mercancía, que podía ser transportada de un lugar a otro en función de las necesidades. Al igual que procesos industriales como la elaboración de pan y de cerveza y la fabricación artesana podían acomodarse mejor en talleres perfectamente alineados a la manera de barracones, también podía alojarse a la mano de obra de modo similar. Allí donde se descubren asentamientos de la XII Dinastía, ya sea en el delta del Nilo o en el Alto Egipto, todos ellos exhiben el mismo diseño rígido. A menudo parecen haber sido fundados en zonas hasta entonces deshabitadas, y, en consecuencia, debieron de implicar el traslado forzoso de poblaciones enteras; y todo ello en función del capricho del Estado.

El «Gran Sesostris»

Este modelo despótico de monarquía, de orden impuesto con puño de hierro, culminaría en el reinado de Senusert III (1836-1818), el miembro de la dinastía sobre el que contamos con más testimonios. Bajo su autoritario gobierno, todos los elementos del control de la XII Dinastía se unieron en un programa concertado —literatura propagandística, rígida planificación estatal, centralización del poder en Egipto, conquista y ocupación militar en Nubia—, junto con un nuevo vehículo destinado a proyectar el poder regio: la escultura de retratos.

Empezando por la palabra escrita y hablada, los poetas y escritores de Senusert se superaron a sí mismos en la redacción de textos laudatorios ensalzando las virtudes del rey. El ejemplo más extremo es un Ciclo de Himnos al parecer concebidos para ser recitados con ocasión de una visita real, o quizá ante una estatua del rey:

¡Cómo se regocija Egipto con tu fuerte brazo,
pues has salvaguardado sus tradiciones!
¡Cómo se regocija el pueblo con tu consejo,
pues para él se ha incrementado tu poder!
¡Cómo se regocijan las Dos Orillas con el temor que inspiras,
pues has aumentado sus posesiones!
¡Cómo se regocijan tus jóvenes reclutas,
pues les has hecho florecer!
¡Cómo se regocijan tus venerables ancianos,
pues les has hecho rejuvenecer![12]

… y así sucesivamente una estrofa tras otra. Un enfoque algo más sutil adoptaban dos monumentales obras de «literatura pesimista», las *Lamentaciones de Jajeperraseneb* y las *Admoniciones de Ipuur*. Siguiendo los pasos de la anterior *Profecía de Neferti*, un elaborado y vívido retrato del caos y del malestar social más absolutos proporcionaba el trasfondo literario que permitía justificar como algo necesario, e incluso beneficioso, el firme gobierno del rey. Estas composiciones, extremadamente refinadas, explotaban la mentalidad egipcia, la cual, moldeada por el precario equilibrio de la existencia y las acusadas dicotomías de la naturaleza en el valle del Nilo (inundación y sequía, día y noche, tierra fértil y desierto árido), veía el mundo como una constante batalla entre el orden y el caos. Iban directamente dirigidas a la élite ilustrada que rodeaba al rey, y que al parecer se debilitó bajo aquel constante bombardeo de propaganda.

Tras haber sometido así a su círculo de personas más allegadas, Senusert III centró su atención en los poderosos gobernadores que desde los días de la guerra civil habían ejercido una autoridad considerable en las provincias del Egipto Medio. En teoría, obviamente, todos ellos ostentaban su cargo por voluntad del rey, y para Senusert habría sido perfectamente posible limitarse a destituir a los nomarcas que se negasen a designar un sucesor. Pero era demasiado astuto para realizar una exhibición de fuerza tan descarada frente a la que no dejaba de ser una influyente clase política. No tenía sentido correr el riesgo de reavivar la disidencia que había ensombrecido los

últimos años de la XII Dinastía, al menos no cuando existía otra posible vía de acción. El camino que eligió fue implacable, calculado y brillante: neutralizar a los nomarcas, y a sus herederos potenciales, bajo el pretexto de ascenderlos de categoría. Alejados de sus bases de poder regionales por el ofrecimiento de prestigiosos (y lucrativos) cargos en la corte, hombres como Jnumhotep III, de Beni Hassan, se trasladaron a la residencia real para disfrutar de las ventajas de un elevado cargo, dejando así que sus provincias fueran gobernadas desde el centro. En el plazo de una generación, los nomarcas habían desaparecido de la escena política egipcia. Y, una vez en la corte, a los funcionarios se les llevó de nuevo al redil; luego serían enterrados en tumbas proporcionadas por el rey, dispuestas en una ordenada hilera en el cementerio de la corte.

Esta obsesión dinástica por la planificación rígida encontró una nueva expresión en los dos proyectos de construcción más ambiciosos del reinado de Senusert III. El primero fue el asentamiento que construyó para su pirámide en el centro sagrado de Abedyu. Allí, como en Kahun, todo se diseñó con precisión matemática: las casas fueron construidas con ladrillos de adobe de tamaño uniforme y fueron organizadas en bloques de cien codos de ancho, separadas por calles de cinco codos de ancho. De nuevo, las residencias de la élite pasaron a ocupar el mejor sitio (más elevado, y más alejado de la humedad y los mosquitos de los campos de cultivo), mientras que el resto de la población debía conformarse con vivir apiñada en la otra parte de la ciudad. El asentamiento recibió el modesto nombre de Wah-sut-Jakaura-maa-jeru-em-Abedyu, «Duraderos son los lugares de Jakaura [nombre del trono de Senusert III], el justificado, en Abedyu»; aunque todo esto resultaría ser demasiado largo para los lugareños, que acabarían abreviando coloquialmente su nombre como Wah-sut.

Pero la expresión más impresionante del celo y la energía del rey se reservaba para Nubia. Tres eran sus motivos para ello: consolidar la hegemonía egipcia en Uauat y establecer una nueva frontera permanente; controlar el comercio entre la Alta Nubia y Egipto en beneficio del real erario, y alejar la amenaza del poderoso reino de Kush, que tenía su capital en Kerma, más allá de la tercera catarata. La medida que decidió aplicar no resultaba menos impresionante en cuanto a su alcance: la construcción de una línea de importantes fortalezas en toda la región de la segunda catarata. Destinados a operar como un sistema integrado, cada uno de estos fuertes tenía su propio papel que desempeñar. Kor, situado en una isla del Nilo, servía como palacio de campaña, un cuartel general para el rey durante las maniobras militares. Iken (la actual Mirgissa) era el principal puesto comercial, y estaba bastante adentrado en el territorio controlado por Egipto. Askut, al que se dio el escalofriante nombre de «El que destruye a los nubios», era el más seguro de los fuertes. Se trataba sobre todo de un granero fortificado, pero servía también como centro de trabajos forzados para toda la región de las minas de oro de la segunda catarata. Como correspondía a un arma de control estatal en territorio conquistado, el fuerte era abastecido de personal y provisiones de forma centralizada, desde el distante Egipto,

pese a la proximidad de florecientes asentamientos autóctonos. Shalfak, denominada «El que somete a los territorios extranjeros», era una base de patrullas paramilitares que recorrían el desierto circundante para controlar los movimientos de personas y mercancías. Uronarti, «El que repele a los miembros de las tribus», servía de centro de mando para las guarniciones regionales y ofrecía un nuevo palacio de campaña para uso del rey. Un rasgo común a todos los fuertes era su hábil uso de la topografía local para aumentar su capacidad defensiva. Así, sobre las crestas de roca discurrían muros de cerramiento, los empinados riscos estaban coronados por almenas imponentes, y había escaleras camufladas que conducían hasta el río a fin de asegurar el suministro de agua en caso de asedio.

Más allá de Uronarti se alzaba el más impresionante conjunto de fuertes, y núcleo principal de todo aquel despliegue, para vigilar la estrecha garganta de Semna, una frontera natural que resultaba relativamente fácil de defender. En la orilla este, dominando el principal brazo del río y evitando la infiltración desde el Desierto Oriental, estaba Kumma, «El que se enfrenta a los arqueros». Frente a ella, en el lado oeste de la garganta, se situaba la fortaleza principal de Semna, «Poderoso es Jakaura, el justificado». Dominada por grandes barracones, se alzaba dispuesta a cerrar el paso por la garganta y defender los intereses egipcios de un posible ataque desde Kush. Además de contar con una guarnición permanente de entre cuatrocientos y quinientos hombres, su comandante podía también pedir refuerzos rápidamente a Uronarti, Iken y Buhen, emplazadas río abajo, mediante un sistema de almenaras en puestos de transmisión situados al alcance de la vista unos de otros. En tiempos de paz, el principal cometido de la guarnición de Semna era el de controlar el tráfico a lo largo de este tramo del Nilo. Los barcos fondeaban en la zona de aguas bajas mientras sus cargamentos eran trasladados a barcos egipcios o a caravanas terrestres de burros para su posterior viaje a Iken. Otra base más avanzada en Semna del Sur, bautizada con el beligerante nombre de «El que reprime a los nubios», proporcionaba un área de estacionamiento para las caravanas autóctonas que aguardaban el permiso para proseguir su viaje, así como un observatorio para vigilar a las personas y los barcos que se acercaban a la garganta.

En conjunto, los fuertes de la segunda catarata constituían una impresionante exhibición del poderío militar y administrativo egipcio; eran una expresión arquitectónica del poder del rey, además de un apoyo logístico a los intereses egipcios en la región. Apenas resulta sorprendente que más tarde Senusert III fuera venerado como un dios en Uauat, o que los historiadores griegos le denominaran el «Gran Sesostris». Sin embargo, tan importante como los propios fuertes era el sistema de vigilancia en ellos sustentado. En una notable serie de documentos conocida como los «Despachos de Semna», las patrullas que partían regularmente desde Semna del Sur, Semna, Kumma, Uronarti y Shalfak informaban de sus hallazgos al comandante local. En una atmósfera de nerviosismo cercana a la paranoia, las patrullas adoptaban la inflexible política de parar e identificar a todo el mundo. Incluso los pequeños

grupos de nubios eran interceptados, por la fuerza si hacía falta, e interrogados. Quienes carecían de una razón legítima para estar en el territorio controlado por Egipto eran enviados de vuelta a la frontera. Un típico despacho reza: «La patrulla que salió a patrullar las lindes del desierto … ha venido a informarme, diciendo: “Hemos encontrado la pista de 32 hombres y 3 asnos”».[13] Todos los jefes de patrulla terminaban su informe con las mismas palabras: «Todos los asuntos del Dominio del Rey (¡vida, prosperidad y salud!) están a salvo». Puede detectarse aquí un ansia desesperada de demostrar que no había sucedido nada inusual.

La determinación de las autoridades egipcias de mantener un control absoluto se hallaba sin duda en sintonía con la obsesión de la XII Dinastía por la seguridad, nacida de la amarga experiencia. Lejos de ser una respuesta innecesariamente bravucona a un nivel de amenaza relativamente bajo, hoy parece que el temor a un ataque del reino de Kush estaba bien fundado. El rival de Egipto en el Alto Nilo era rico y poderoso, y además estaba celoso de su vecino del norte, lo que constituía una combinación peligrosa. Así, como incentivo añadido para que sus guarniciones «libraran un buen combate», Senusert III hizo erigir una estela monumental dentro de la fortaleza de Semna. Su inscripción instaba a los soldados a defender las conquistas del rey con las palabras: «Valeroso es el ataque, vil la retirada».[14] Senusert se jactaba de su propia crueldad para con los nubios: «Les he arrebatado a sus mujeres y me he llevado a sus sirvientes, he envenenado sus pozos, ahuyentado sus toros y destrozado e incendiado su cebada».[15] La guerra total era el ideal egipcio. Por último, el rey hizo instalar una estatua de sí mismo en un santuario especial en Semna, a fin de inspirar lealtad y valentía a sus hombres: «Mi Majestad ha hecho colocar una imagen de Mi Majestad en esta frontera … para que os mantengáis firmes por ella, para que luchéis por ella».[16] Era imposible resistirse a tan poderosa mezcla de propaganda y coerción, de aliento e intimidación.

De hecho, un vistazo a una típica estatua de Senusert III habría bastado para convencer a cualquier soldado de su deber. Nunca antes en la historia del antiguo Egipto había utilizado ningún rey la escultura de forma tan eficaz para proyectar una imagen tan terrible del poder real. Las estatuas de Senusert III —y hay muchas de ellas— ejercen un efecto profundamente perturbador. El torso es siempre tenso, musculoso y viril, representando el ideal de vigor juvenil tan caro a los reyes egipcios. Pero es el rostro el que atemoriza al observador: los ojos abultados bajo unos párpados caídos, las mejillas hundidas, la boca contraída en una mueca inquietante… Esta radical desviación de las convenciones de los retratos reales resulta a la vez fascinante y aterradora; es el auténtico rostro de la tiranía. Contribuyen asimismo a aumentar ese efecto las enormes orejas, con las que se pretende transmitir el mensaje de que Senusert es un monarca que todo lo oye; quienes hablaban inoportunamente probablemente habrían de lamentar su indiscreción.

El estado policial de la XII Dinastía siguió manteniéndose bajo la mano férrea del rey durante otro medio siglo después de Senusert III. Su sucesor, Amenemhat III (1818-1770), favoreció un estilo inferior de retrato junto con formas arcaicas de escultura, todo ello orientado a subrayar la antigüedad de la realeza. Los logros de su reinado fueron espectaculares: una recuperación masiva de tierras y obras de construcción en el Fayum; no una sino dos pirámides (ya que en la primera aparecieron grietas cuando ya casi se había completado), y un fuerte aumento de las expediciones mineras y de cantería destinadas a llevar piedras preciosas a los talleres reales (cuatro expediciones al Uadi Hammamat en busca de grauvaca, tres al Uadi el-Hudi en busca de amatista y nada menos que veintitrés al Sinaí en busca de turquesa). En términos culturales, su reino señala el apogeo de la XII Dinastía. Estimulado por el oro nubio, también el comercio con Oriente Próximo prosperó. El rey recompensó a sus leales aliados, los príncipes de Kebny, colmándolos de regalos; estos, por su parte, asimilaron cada vez más la cultura egipcia en un intento por emular a sus poderosos patrocinadores.

Los estrechos vínculos entre los egipcios y sus vecinos asiáticos se mantuvieron también en la península del Sinaí, donde los gobernantes palestinos proporcionaban apoyo logístico a las expediciones mineras egipcias. Una vez establecidas esas relaciones amistosas, la inmigración pacífica de asiáticos a Egipto, especialmente a la zona nororiental del delta, vino a reemplazar al traslado forzoso de esclavos asiáticos producido en anteriores etapas de la dinastía. Los asiáticos del Sinaí, semitas con experiencia en viajar a través del desierto, eran los reclutas ideales para las fuerzas paramilitares egipcias que patrullaban por el Desierto Occidental. En interacción con los escribas militares egipcios, desarrollaron un alfabeto híbrido para escribir su propia lengua que se convertiría en la escritura alfabética más antigua de la historia. Sin embargo, la constante acumulación de población asiática en el valle y el delta del Nilo no tardaría en hacerse sentir también de otras maneras, con consecuencias desastrosas para Egipto.

Al final del largo reinado de Amenemhat III, de casi cinco décadas de duración, ocurrió lo impensable: la dinastía se encontró sin un joven heredero que recogiera el testigo durante otra generación. Como medida de emergencia, el viejo rey hizo coronar corregente a un pariente también anciano. Sin embargo, ya fuera por falta de carisma personal, por falta de apoyo político o simplemente por su avanzada edad, el caso es que Amenemhat IV no dejó huella durante la década que permaneció en el trono. Le sucedió una hija de Amenemhat III, Sobekneferu (1760-1755). La accesión al trono de la primera «mujer rey» de Egipto —por entonces no existía en egipcio la palabra *reina*, cuya mera noción era una especie de anatema para la ideología del antiguo Egipto— era una señal inequívoca de que la XII Dinastía había perdido ímpetu. Desesperada por reforzar su legitimidad, trató de subrayar especialmente la relación con su padre (ignorando en la práctica a su ineficaz predecesor) y concentró sus actividades de construcción en Hauara, donde Amenemhat III había erigido el

recinto de su segunda pirámide. No obstante, tras un breve reinado de solo cinco años, también Sobekneferu se fue.

La dinastía que se iniciara con una marcha triunfal terminó saliendo discretamente por la puerta de atrás. Sin el vigor de un gobierno firme, las fuerzas del desorden, tanto dentro como fuera del país, vieron llegada su oportunidad.

9
Amarga cosecha

«EL MISERABLE ASIÁTICO»

Los antiguos egipcios tenían cierto complejo de superioridad natural. Les gustaba considerarse una civilización aparte y a su amado país, excepcionalmente bendecido y protegido de sus vecinos menos afortunados por sus fronteras naturales: el mar y el desierto. Esta imagen autocomplaciente no podría haber estado más lejos de la verdad. Situado en la encrucijada de África, Asia y el Mediterráneo, Egipto fue siempre un crisol de pueblos y de influencias culturales. Desde tiempo inmemorial, los fértiles campos del valle y del delta del Nilo fueron un imán para los inmigrantes de los territorios, más áridos, situados al oeste, al este y al sur. Por su parte, la industria, la tecnología y las costumbres de las sucesivas oleadas de inmigrantes vinieron a enriquecer y renovar la civilización egipcia. En ocasiones, no obstante, las gentes de los territorios vecinos fueron a Egipto con intenciones menos benévolas, y sus innovaciones culturales vinieron acompañadas de ideas de conquista. Tales invasiones eran raras, y en general se veían rechazadas o mantenidas a raya por un Estado fuerte y centralizado. Aun así, en los momentos de debilidad política Egipto resultaba más vulnerable, especialmente a lo largo de su porosa frontera nororiental. El agotamiento del Estado del Imperio Medio al final de la XII Dinastía ofreció precisamente una de esas oportunidades a los envidiosos y ambiciosos vecinos de Egipto. El resultado estuvo a punto de representar una catástrofe para la supervivencia de la cultura faraónica.

Obsesionada por la seguridad interna y las defensas fronterizas, durante la XII Dinastía se habían tomado considerables medidas para fortificar su frontera en toda la parte nororiental del delta. Cerrarla completamente, como se había hecho con la frontera nubia en Semna, resultaba imposible debido a la propia naturaleza del terreno. Pero las Murallas del Soberano, construidas por Amenemhat I y reforzadas por sus sucesores, constituían una línea de fortificaciones imponente y disuasoria frente a cualquier posible agresión extranjera. Además, los propios fuertes sustentaban sin duda un sistema regular de patrullas que controlaban, interceptaban y regulaban el movimiento de personas a través de la frontera. Tyaru (la actual Tell el-Hebua) representaba el eje de las defensas nororientales de Egipto, y era una fortaleza tan impresionante como cualquiera de las de la conquistada Uauat. Sin embargo, a pesar de este telón de acero, en el transcurso de la XII Dinastía la emigración hacia el delta de pueblos semitas de Oriente Próximo no solo continuó, sino que se aceleró. Es posible que algunos de los colonos fueran prisioneros de guerra, capturados y

llevados a Egipto en las campañas de Amenemhat II y Senusert III. Otros fueron sin duda inmigrantes legales, empleados por el gobierno egipcio para colaborar en las expediciones mineras al Sinaí financiadas por el Estado, para trabajar en los grandes proyectos de construcción del Fayum o para actuar como guías, rastreadores o policías en las franjas desérticas del país. Hacia el final de la XII Dinastía, «el miserable asiático» —en palabras de un texto contemporáneo— constituía un elemento significativo de la población, y los inmigrantes de Oriente Próximo empezaron a ascender en el escalafón de la sociedad egipcia, llegando a alcanzar incluso cargos en la administración. En la parte nororiental del delta, donde se habían establecido muchos de aquellos inmigrantes originarios, lo que empezara como una pequeña comunidad de trabajadores extranjeros no tardó en convertirse en un imán que atraería a oleadas mucho mayores de inmigrantes, ya que las gentes que huían de las duras condiciones climáticas y económicas de sus lugares de origen buscarían refugio, y oportunidades de mejora, entre sus parientes y compatriotas ya establecidos en Egipto.

Un lugar en particular fue el foco de esta constante afluencia. La ciudad de Hutuaret (la actual Tell el-Daba), situada en la orilla oriental de la denominada «boca pelusia» del Nilo, había sido creada como un pequeño asentamiento fronterizo por la dinastía heracleopolitana y refundada luego por Amenemhat I como parte de sus defensas fronterizas. Sin embargo, bajo el débil gobierno de sus descendientes Amenemhat IV y Sobekneferu, el sistema de vigilancia debió de desmoronarse, permitiendo que un constante flujo de inmigrantes cruzara la frontera. Una vez establecidos en Hutuaret, construyeron casas siguiendo su propia tradición y mantuvieron su estilo de vida. Sin embargo, dichos inmigrantes no ignoraban del todo las costumbres egipcias, sino más bien todo lo contrario. Muchos de ellos estaban ya bastante «egipcianizados» antes de establecerse en Hutuaret, lo que sugiere que debían de proceder de la ciudad portuaria libanesa de Kebny, que desde hacía largo tiempo mantenía vínculos culturales y políticos con Egipto, mientras que es posible, asimismo, que otros vinieran de Chipre. Entre aquellos inmigrantes de larga distancia había también miembros de las tribus beduinas del sur de Palestina, arrastrados por la gran oleada de emigración humana hacia el delta del Nilo. Era aquella, pues, una excitante mezcla de lenguas, pueblos y tradiciones, que pronto transformó Hutuaret en una ciudad multicultural, distinta de todo el resto de Egipto.

Dado que en otras partes del territorio egipcio había ya personas de origen asiático que habían alcanzado altos cargos, no resulta sorprendente que en Hutuaret las oportunidades de mejora fueran aún mayores. Un prominente dignatario decidió expresar su estatus social de una forma característicamente egipcia, por medio de una gran estatua de piedra instalada en su capilla sepulcral. Pero, a la vez, el estilo de su retrato manifestaba su origen no egipcio; su voluminoso peinado rojo en forma de seta le delataba como inmigrante de Kebny, mientras que el color amarillo de su piel se ajustaba a la convención tradicional utilizada por los egipcios para representar a

los asiáticos. El bastón arrojadizo que llevaba en la mano servía a la vez como símbolo de su cargo y como elemento de identificación étnica, dado que este peculiar objeto era también el mismo signo jeroglífico utilizado para escribir la palabra *asiático*. Era este, pues, un hombre orgulloso de su ascendencia extranjera y, al parecer, decidido a jactarse de ella desafiando la xenofobia egipcia.

Al cabo de poco más de una generación, la población asiática de Hutuaret se mostraba confiada en su peculiar cultura híbrida, había prosperado gracias al comercio mediterráneo y estaba cada vez más predispuesta a alardear de su peso político. Como residencia oficial del gobernador de la ciudad, se construyó una imponente mansión que no tenía nada que envidiar a las de Kahun o Wah-sut; de hecho, era un auténtico palacio con pretensiones de realeza. En sus cimientos se sepultaba a los funcionarios de alto rango en suntuosas tumbas, cada una de ellas señalada, según la costumbre asiática, con un par de burros enterrados en la entrada. Una de aquellas tumbas de alto rango pertenecía a un hombre que se calificaba a sí mismo de «supervisor de Retyenu», un título que normalmente ostentaba el funcionario egipcio responsable de las relaciones con el territorio de Siria-Palestina. Otra pertenecía a un «primer administrador y tesorero». Aunque esos títulos parecen demostrar la constante influencia del gobierno central, resulta discutible hasta qué punto la élite de Hutuaret seguía considerándose responsable ante el rey en Ity-tauy. En cualquier caso, la corte real tenía otros problemas en la cabeza.

MONARQUÍA SIN MAJESTAD

Después de dos siglos de dominio por parte de una misma familia, la maquinaria de gobierno se encontraba especialmente mal preparada para la crisis de sucesión que siguió al breve reinado de Sobekneferu. Es como si la élite simplemente hubiera olvidado cómo se las habían arreglado las generaciones anteriores cuando se habían visto enfrentadas a la extinción del linaje real. El resultado fue un rápido giro de la monarquía, que empezó a reproducir de nuevo el caos acaecido al final del Imperio Antiguo. Los reyes se sucedieron con una rapidez increíble, reinando durante períodos de solo meses o incluso días, mientras el trono pasaba de un pretendiente a otro. En el curso de ciento cincuenta años Egipto tuvo nada menos que cincuenta reyes (que formaron la denominada XIII Dinastía), frente a los ocho de los dos siglos anteriores. Lo más probable es que las familias más poderosas del territorio, incapaces de ponerse de acuerdo para apoyar a un único candidato, optaran por un mecanismo de sucesión rotatoria. Dado que los miembros de más edad de cada linaje rival eran los que tenían mayores posibilidades de imponer respeto en la corte, en la práctica Egipto pasó a convertirse en una gerontocracia, con un anciano rey tras otro tratando de dejar su huella. Pese a esta especie de parodia de la monarquía tradicional, la administración siguió funcionando como antes, con un sorprendente

grado de eficacia; algo que seguramente tiene que ver con el hecho de que la verdadera práctica del gobierno recaía en los visires y tesoreros antes que en sus reales patronos. En los documentos oficiales, los altos burócratas se mostraban falsamente encantados de defender la ancestral costumbre de la prerrogativa regia, pero la realidad era que ahora eran los funcionarios los que nombraban al rey, y no al revés.

En el país en su conjunto resultaba más difícil guardar las apariencias. Los ciudadanos particulares dejaron de invocar al rey o la residencia real en sus monumentos funerarios, pues ya no estaban convencidos de que ello les supusiera diferencia alguna en sus posibilidades de tener una vida de ultratumba. Por entonces, al parecer, bastante problema tenía ya el rey con preocuparse de la suya propia. La construcción de pirámides prácticamente se estancó, y muchos reyes se las apañaron con una fosa excavada en el recinto de la pirámide de alguno de sus antecesores de la XII Dinastía. Las expediciones al Sinaí cesaron por completo. Todos los símbolos externos de poder y majestad desaparecieron de aquella acosada monarquía. El ascenso al trono de Sebekhotep III (*c*. 1680), probablemente el vigésimo sexto rey de la XIII Dinastía, proporciona una clara ilustración de los cambios que había experimentado Egipto en solo medio siglo. En marcado contraste con muchos de sus predecesores, Sebekhotep alardeaba sin tapujos de sus orígenes ajenos a la realeza, haciendo una virtud del hecho de no tener sangre real en sus venas. Así, ensalzó a sus parientes no reales en una serie de inscripciones conmemorativas, divulgando confiadamente los nombres de su familia plebeya. Todo ello sugiere la existencia de un profundo malestar en el propio seno de la monarquía.

El pasado militar de Sebekhotep III, que durante un tiempo había servido en la guardia personal del rey, sin duda le proporcionó un conocimiento íntimo de la política cortesana. Luego, como rey, supo explotar este hecho en beneficio propio, incrementando el número de funcionarios clave en el gobierno y reactivando los reales proyectos de construcción a fin de recuperar cierto nivel de estabilidad en la administración. Pero todo eso no habría de durar. El corazón del gobierno regio empezaba a latir de forma irregular, y ni siquiera aquel singular arrebato de actividad podía enmascarar esa realidad.

La crisis se dejó sentir de forma especialmente intensa en las distantes avanzadillas egipcias, las fortalezas de la ocupada Uauat. La debilitada administración se vio incapaz de mantener el sistema de guarniciones rotatorias que habían abastecido de personal a los fuertes durante su apogeo en la XII Dinastía. Uno a uno, los fuertes nubios fueron abandonados por el gobierno egipcio, ahora incapaz de extender su dominio más allá de las tradicionales fronteras de las Dos Tierras. Los fuertes de la garganta de Semna fueron los últimos en ser abandonados, ya que la XIII Dinastía quiso hacer todo lo posible —que no fue mucho— por mantener la frontera de Senusert III. A la larga, incluso la propia Semna fue cedida a su pequeña población residente después de que los últimos representantes del gobierno hicieran

las maletas y se marcharan definitivamente. Abandonadas a sus propios recursos, y cada vez menos seguras de recibir apoyo logístico o provisiones de la capital, algunas de las comunidades residentes en las fortalezas empezaron a pensar en lo impensable y a mirar hacia el sur en busca de otro potencial protector. Puede que el reino de Kush fuera enemigo declarado de Egipto, pero al menos tenía el oro necesario para pagar a quienes empleaba a su servicio.

Similar destino aguardaba a las fortalezas del nordeste del delta. Con sus patrullas interrumpidas y sus guarniciones de vuelta a casa, el control central de la frontera más vulnerable de Egipto prácticamente desapareció. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que un líder ambicioso viniera a llenar el vacío de poder, un hombre llamado Nehesy, que no solo se hizo cargo de las fortalezas, sino que se apresuró a declararse rey de un Estado independiente en el delta con capital en Hutuaret, desafiando abiertamente al gobierno de Ity-tauy. Seguro de su base de poder, Nehesy sabía exactamente qué era lo que se esperaba de un legítimo rey de Egipto. Mantuvo el tradicional sistema de administración y se adscribió al patrocinio de su deidad local, Seth, señor de Hutuaret. Un templo egipcio fundado en la ciudad en aquella época posiblemente fuera la manifestación concreta de la piedad pública de Nehesy, aunque ese templo se vería empequeñecido por otro adyacente de estilo asiático, un indicio de la mezcla cultural que predominaba en Hutuaret. Con un atrio al que daba sombra un robledo y el exterior pintado de un vivo color azul, este templo asiático situado en suelo egipcio era uno de los mayores de todo Oriente Próximo, y su existencia demuestra ampliamente la confianza y prosperidad de la nueva realeza fundada por Nehesy.

Sin embargo, pese a su estabilidad inicial, la recién creada dinastía no estaba exenta de problemas. El deliberado vandalismo exhibido con las anteriores tumbas (la estatua con el peinado en forma de seta fue hecha pedazos tras extraerle sus ojos taraceados) apunta a la existencia de cierto malestar civil, y de hecho la sociedad estaba fuertemente militarizada. A los soldados se les enterraba con sus armas en ristre, y por toda la ciudad resonaban los ecos de los metalúrgicos fabricando nuevas armas.

En épocas anteriores, la secesión de una provincia se habría encontrado con una respuesta tan rápida como implacable por parte de la administración central. Pero el gobierno de Ity-tauy difícilmente se hallaba en condiciones de recuperar Hutuaret por la fuerza. De hecho, la declaración de independencia de Nehesy supuso un duro golpe para la XIII Dinastía, a la que despojó de los vínculos que todavía le quedaban con Oriente Próximo, privándola de los ingresos derivados del comercio. Renqueante, conservaba aún un vestigio de la parafernalia del poder estatal, aunque con escasa convicción. El final no tardaría mucho en llegar.

En el plazo de unas pocas décadas, el gobierno de Ity-tauy y la disidente dinastía del delta se vieron superados por una combinación de desastres naturales y humanos. En Hutuaret, el hambre y la peste diezmaron a la población. Familias enteras de

adultos y niños fueron enterradas juntas de cualquier manera, prescindiendo de los cuidadosos preparativos habituales. La existencia de una serie de reinados extremadamente breves al final de la XIII Dinastía sugiere que también más al sur hubo calamidades similares. Debilitado por la enfermedad, todo el territorio del Bajo Egipto pasó a convertirse en una presa fácil para cualquier agresor extranjero. Desde el otro lado de la frontera, una fuerza de invasores bien equipados y armados con la tecnología militar más avanzada —carros tirados por caballos— irrumpió en Egipto, tomando la acosada Hutuaret y prosiguiendo su avance hacia el sur para conquistar la antigua capital de Menfis. Habían llegado los hicsos.

GOBERNANTES DE TIERRAS EXTRANJERAS

Los hicsos representaron un fenómeno único en la historia del antiguo Egipto. Durante más de un siglo (1630-1520), una élite de lengua semítica procedente de la costa libanesa gobernó el norte de Egipto, y sus miembros fueron reconocidos como señores en el resto del país. Transformaron su capital, Hutuaret, en una ciudad de cultura plenamente asiática, rindieron culto a un dios extranjero (Baal) y, asimismo, se hicieron enterrar con ritos extranjeros. Sus propios nombres resultaban extraños, y para las generaciones posteriores —y quizá también para algunos egipcios de la época— su conquista representaría la destrucción del propio orden creado. Durante el siglo que duró su dominio, el corazón de su territorio, en el nordeste del delta, prosperó como nunca antes gracias a un intenso comercio con otras partes del Mediterráneo oriental y otras tierras más distantes. Hutuaret creció hasta alcanzar dos o tres veces su antiguo tamaño, y pasó a convertirse en el centro neurálgico de un «miniimperio» que llegó a abarcar algunas zonas del sur de Palestina y la costa libanesa.

La pérdida de Menfis a manos de aquellos invasores supuso un golpe funesto para la XIII Dinastía, tanto psicológico como práctico. La antigua capital de Egipto simbolizaba la propia idea de la unidad nacional, mientras que su emplazamiento en el punto de unión entre el valle y el delta del Nilo era clave para controlar los movimientos internos de bienes y personas. La conquista de tal objetivo estratégico por parte de los hicsos obligó a la corte real a abandonar Ity-tauy, forzándola a emprender una apresurada retirada hacia el sur. Al parecer, ni siquiera tuvo tiempo de recoger sus preciados archivos del templo y de la administración pública, con el resultado de que los sucesores de la XIII Dinastía tendrían que reinventar el canon de los textos religiosos sin referencia alguna al saber acumulado por las generaciones precedentes. En cuanto a la propia corte, esta restablecería muy pronto una especie de gobierno en Tebas, el corazón tradicional de la independencia egipcia. Pero su dominio se había desmoronado, y por entonces se extendía únicamente a los siete nomos más meridionales de Egipto, la antigua «Cabeza del Sur» que había dado

origen al Imperio Medio seis siglos antes. Durante un breve período, mientras el gobierno en el exilio asimilaba la nueva realidad política y consolidaba su autoridad estrictamente limitada, algunas partes del área central del valle del Nilo experimentaron un vacío de poder. En Abedyu, el centro del culto a Osiris, la ausencia de una realeza divina en la cúspide de la sociedad resultó especialmente desastrosa. De manera que la élite local abordó el problema por su cuenta y estableció su propia dinastía gobernante. Pero sin su habitual parafernalia de hábiles artesanos y burócratas cualificados, aquellos «reyes» de Abedyu representaban una pálida imagen de la monarquía, y sus monumentos, de tosca factura, apenas se avenían con sus regias pretensiones. Fue aquel un valeroso intento de preservar la institución más importante de Egipto en el centro de culto más importante del país. Pero no bastaban las buenas intenciones para desafiar a los hicsos, tan bien organizados como bien dotados de recursos. Al cabo de poco más de veinte años, la dinastía de Abedyu se extinguió casi sin dejar rastro.

Más al sur, en Tebas, a los refugiados de Ity-tauy les iba un poco mejor. Para muchos habitantes del Alto Egipto seguían siendo los únicos «señores de las Dos Tierras» legítimos, y seguían recibiendo los leales servicios de las mismas familias que habían ostentado cargos en el antiguo régimen. Pero esta aparente continuidad no era más que una ilusión; en realidad, la situación había cambiado por completo. En épocas más tranquilas, Tebas había sido una gran ciudad, favorecida por el patrocinio real y próspera gracias a sus vínculos comerciales con todo el conjunto de Egipto y Nubia. Ahora, aislada de Oriente Próximo por la presencia de los hicsos en el norte y de los territorios del sur por la pérdida de los oasis y los fuertes nubios, Tebas no era más que una sombra de sí misma, débil, empobrecida y vulnerable. También los dioses parecían haber abandonado a los egipcios cuando más los necesitaban, enviando desastres naturales para agravar aún más su desgracia. Menos de una década después de haber abandonado Ity-tauy, los egipcios autóctonos se enfrentaron a un duro golpe cuando la crecida del Nilo inundó el templo de Amón en Ipetsut, epicentro sagrado de su reino tebano. El rey decidió que lo único que podía hacer era predicar con el ejemplo, adentrándose en la amplia sala sumergida del templo para inspeccionar los daños, ante la abatida presencia de su empapado séquito.

El siguiente monarca egipcio lo tuvo aún peor, ya que hubo de afrontar una combinación de hambruna, inundaciones y ataques. Neferhotep III afirmaba haber alimentado a Tebas en el peor momento de la falta de comida y haber «protegido a su ciudad cuando se inundó»;[1] pero, cuando la debilitada población se vio atacada por los ejércitos hicsos, lo mejor que pudo hacer el rey fue hacer de tripas corazón y «armarse de valor ante los extranjeros».[2] Puede que realzar el papel del soberano como jefe militar fuera una forma de arengar a las tropas, pero la adopción por parte de Neferhotep de epítetos como «guía de la poderosa Tebas» suena más a deseo que a expectativa.

Desde el monarca hasta el más humilde de sus súbditos, existía el persistente temor de que Tebas, como Menfis antes que ella, cayera ante los invasores. La inscripción real más reveladora de la época es la estela conmemorativa erigida en Ipetsut por el rey Mentuhotepi (un nombre tranquilizadoramente obsoleto y tebano, por más que escrito de una forma curiosamente provinciana). De manera característicamente egipcia, el texto está lleno de alardes y bravatas, y Mentuhotepi llega a comparar a su ejército con los «cocodrilos en la crecida».[3] Sin embargo, cuando llega el momento de referirse a su propio poder, las palabras escogidas para ello delatan la incómoda verdad: «Soy rey en Tebas, esta es mi ciudad».[4] Tratando de subrayar su legitimidad, Mentuhotepi se denomina a sí mismo «uno que actúa como rey».[5] Ni siquiera el más efímero gobernante de la XIII Dinastía habría tenido que proclamar de forma tan cobarde sus credenciales regias. La monarquía egipcia se hallaba ciertamente en un estado lastimoso.

Nada vino a subrayar esta decadencia con tanta claridad como la suerte de las fortalezas nubias. Abandonadas por el gobierno central en los últimos días de la XIII Dinastía, los habitantes egipcios que allí quedaron habían buscado empleo en otra parte. Y el reino de Kush —la potencia dominante en el Alto Nilo, una próspera nación comerciante por derecho propio, enemiga declarada de Egipto y la razón de que en su momento se construyeran los fuertes— no se hizo de rogar. Ampliando su territorio hacia el norte, asimiló Uauat y tomó el control de los fuertes sin encontrar apenas resistencia. Durante el período del dominio hicso en el norte, los expatriados egipcios que vivían en Uauat, tanto personal civil como militar, se aprestaron a servir a sus nuevos señores nubios. En Buhen, un hombre llamado Ka alardeó de lo siguiente: «Yo fui un valeroso servidor del Soberano de Kush».[6] Su colega Soped-her, el comandante de la fortaleza, incluso ayudó a reconstruir el templo de Horus en Buhen «para satisfacción del Soberano de Kush».[7] En la dedicatoria de su inscripción conmemorativa, Soped-her cubría todas las posibilidades, invocando al dios funerario egipcio Ptah-Sokar-Osiris, a la deidad local Horus, señor de Buhen, e incluso al divinizado Senusert III; pero también a unos anónimos «dioses que están en Uauat». Era evidente que intentaba nadar y guardar la ropa, pero lo cierto es que Senusert III se habría removido en su tumba. Ahora las tornas se habían vuelto contra los egipcios: eran ellos, y no los nubios, los que debían pagar tributos por sus transacciones comerciales; y era a ellos, y no a los nubios, a quienes se les decía con qué, dónde y cuándo podían comerciar. Por entonces, el esplendor de la XII Dinastía no debía de parecer más que un remoto recuerdo.

El reino de los hicsos, en cambio, prosperaba. En la medida en que las redes de inmigrantes asiáticos preexistentes iban absorbiendo un mayor número de recién llegados, florecían los asentamientos, y los cementerios a ellos asociados, por toda la zona oriental del delta. Se fundó una gran ciudad fortificada en Tell el-Yahudiya, completando con ello las instalaciones defensivas tomadas por los hicsos en otras partes de la zona fronteriza. Seguros de su nueva patria, los gobernantes hicsos dieron

plena expresión a su peculiar identidad cultural. En Hutuaret, los altares rebosaban de ardientes ofrendas frente al templo principal, dedicado a Baal-Zefón, el dios sirio de las tormentas que había asimilado rápidamente el culto al propio dios de las tormentas egipcio, Seth. Los niños que morían a corta edad eran enterrados, según la costumbre asiática, en ánforas importadas de Palestina, a pesar de que las ánforas egipcias eran más resistentes y habrían ofrecido una mayor protección. También en materia de comercio los hicsos volvieron conscientemente la espalda a Egipto, renunciando a comerciar con Menfis, el Egipto Medio o el sur (aunque siguieron obteniendo oro de Kush a través de la ruta de los oasis) para tratar en cambio con Palestina y Chipre. Al bullicioso puerto de Hutuaret llegaba vino, aceite de oliva, madera y cobre, llenando las arcas de la urbe y convirtiéndola en una de las ciudades reales más importantes de todo Oriente Próximo. Para proclamar su poderío económico y político, los gobernantes hicsos construyeron una gran ciudadela a orillas del Nilo. Con una extensión de casi cincuenta mil metros cuadrados de tierras ganadas al río, estaba rodeada de una enorme muralla de casi ocho metros de grosor, reforzada con contrafuertes. Dentro del recinto, la residencia real era un lugar de lujo y opulencia. Jardines y viñedos proporcionaban productos frescos y ofrecían sombras para resguardarse del sol egipcio, mientras que un canal revestido de piedra y de cuidada construcción llevaba agua dulce del río directamente al corazón del palacio.

Rodeados de tal opulencia, los soberanos hicsos experimentaron un cambio. Los primeros reyes se habían contentado con calificarse a sí mismos de «gobernantes de tierras extranjeras» (en antiguo egipcio *heqa-jasut*, de donde se deriva el término *hicsos*), una denominación que se había utilizado en el Imperio Medio parta designar a los príncipes de las ciudades-Estado de Oriente Próximo. Sin embargo, el ascenso al trono del rey Jyan (*c*. 1610) trajo consigo una nueva perspectiva, al tiempo que marcó el apogeo del poder hicso. Decidido a que se le reconociera como un soberano egipcio con todas las de la ley, en consonancia con su elevado estatus económico, envió un obsequio diplomático al gobernante minoico de Creta en Cnosos, anunciando así su llegada a la escena mundial. Para el consumo interno, adoptó una titulatura real completa, encabezada por el nombre de Horus «El que abarca las Orillas [del Nilo]», lo cual, como siempre, representaba una declaración de intenciones políticas tanto como una ideología. El objetivo de Jyan era escapar de los límites del territorio hicso para llegar a dominar todo Egipto. Un avance militar a través del Egipto Medio sirvió para someter a los dos tercios más septentrionales del país. Incluso es posible que los ejércitos hicsos lograran conquistar Tebas durante un año o dos antes de regresar a su base en el delta, devastando ciudades y templos en su retirada. El sucesor de Jyan, el rey Apepi (1570-1530), dio un paso más en sus declaraciones públicas al tomar el nombre de Horus de «Pacificador de las Dos Tierras» (con reminiscencias de Amenemhat I, a comienzos de la XII Dinastía) y calificarse en uno de sus monumentos como «amado de Seth, Señor de Sumenu». Al atribuirse la divina sanción de un dios del propio corazón del territorio tebano

(Sumenu era una ciudad situada a solo unos kilómetros de Tebas), Apepi proclamaba su derecho a la corona de todo el país. Las cosas nunca habían estado más negras para la supervivencia de un reino egipcio independiente.

DERROTADOS, PERO NO VENCIDOS

Sin embargo, de algún modo, y pese a todos los contratiempos, la llama de la autodeterminación egipcia (o la ambición del antiguo régimen de verse restaurado en el poder) nunca llegó a extinguirse. La retirada de los hicsos del Alto Egipto y el regreso de sus fuerzas a su base de poder en el delta, ofreció un rayo de esperanza a los tebanos, una posibilidad de reconstrucción y reagrupamiento. El nuevo rey de Tebas, Rahotep (a quien se identifica como el primer gobernante de la XVII Dinastía), inició un programa de reconstrucción de los santuarios devastados por los ejércitos hicsos. En Gebtu, ordenó que se iniciaran las obras de restauración del templo de Min, señalando que «sus puertas y entradas están en ruinas».[8] Y en el centro sagrado de Abedyu se reavivó el culto a Osiris-Jentyamentiu. Ambos actos tenían un carácter simbólico que trascendía la mera preservación de monumentos; al embellecer los templos de los dioses y reinstaurar antiguas prácticas religiosas, Rahotep manifestaba claramente su intención de ser un legítimo soberano egipcio que cumpliera con los deberes más importantes de la realeza. Sus sucesores siguieron su ejemplo, reparando el templo de Abedyu e incrementando la estructura de este y del de Gebtu. Ambos lugares, actores clave durante la primera guerra civil de Egipto, habían pasado a ocupar de nuevo la vanguardia de la estrategia tebana, trascendiendo la actividad religiosa para abarcar también la política práctica; así, tanto en Gebtu como en Abedyu se establecieron guarniciones militares como cabezas de puente para ser utilizadas en caso de tener que combatir contra los hicsos. Se estaban sentando las bases de un futuro resurgimiento tebano.

Los sucesores del rey Rahotep se propusieron asimismo resucitar otra tradicional prerrogativa regia: la construcción de pirámides. Mientras que las tumbas de Neferhotep III y otros como él habían sido bastante tristes, poco más que pozos funerarios excavados en la roca, los gobernantes de la XVII Dinastía tenían la intención de recuperar los días gloriosos del Imperio Medio, de manera que fundaron una nueva necrópolis real en las empinadas laderas de Dra Abu el-Naga, en Tebas oeste. La tumba de Nubjeperra Intef, el cuarto rey de la dinastía, es la más conocida de las allí emplazadas. La cámara funeraria fue excavada en la pared del risco, y se entraba en ella a través de un pozo descendente. Pero esa era solo la parte privada de la tumba. Señalando su emplazamiento en la superficie para que todos la vieran, se alzaba una empinada pirámide, construida en la ladera y sustentada en un muro de contención de ladrillo de construcción bastante chapucera. También la propia pirámide estaba hecha de ladrillo de adobe; el renacimiento tebano era todavía

incipiente, y extraer grandes cantidades de piedra de una cantera era algo que aún se hallaba fuera del alcance de la naciente dinastía. Pero al menos se enyesó y encaló para darle la vaga apariencia de un monumento de piedra con un revestimiento liso. Con sus trece metros de altura, la pirámide difícilmente podía competir con los monumentos de la XII Dinastía; pero al menos la intención estaba ahí, ya que no los recursos. De manera similar, Intef hubo de apañárselas con una estatua de segunda mano, probablemente sustraída del cercano templo funerario de Mentuhotep II.

No obstante, por más que Nubjeperra Intef careciera de los medios necesarios para ser un gran rey, sin duda tenía la determinación de serlo. En los obeliscos erigidos ante su tumba realizó otro gesto público extremadamente significativo que manifestaba su decisión de reavivar la fortuna del país. En una serie de jeroglíficos cuidadosamente grabados, se vinculaba a algunas de las más importantes divinidades de Egipto: Osiris-Jentyamentiu, el dios de Abedyu, garante de una bienaventurada resurrección y una vida de ultratumba; Anubis, «señor de la necrópolis», el dios chacal de la momificación que presidía la sepultura; y asimismo —lo que quizá pueda parecer un tanto extraño en tan fúnebre compañía— Sopdu, «señor de las tierras extranjeras». Pero la inclusión de Sopdu no era un error, ya que esta deidad, más bien menor, tenía dos atributos cruciales: era el patrón de las tierras extranjeras, especialmente de la región montañosa del Sinaí y el sur de Palestina, y su centro de culto estaba situado en Per-Sopdu, en la zona oriental del delta, en pleno corazón del reino hicso. Era aquel, pues, un clásico ejemplo de «ojo por ojo» teológico. Si Jyan pudo adjudicarse el patrocinio de un dios tebano para reforzar sus pretensiones de hegemonía política, Intef bien podía hacer lo mismo y acogerse a la protección de un dios del delta con especial responsabilidad sobre los territorios extranjeros. Con la bendición de Sopdu, la XVII Dinastía tebana podía confiar en derrotar a los extranjeros con sus propias armas y recuperar el control de las tierras perdidas a manos de los invasores.

Pero una cosa era el apoyo divino, y otra muy distinta la política práctica. Antes de que el propio Nubjeperra Intef pudiera confiar en empezar a movilizar a sus partidarios en un contraataque contra los hicsos, primero tenía que consolidar el poder de su dinastía en su propio territorio. Juntos, los egipcios podían vencer; divididos, sucumbirían. En Gebtu se ha conservado un notable documento que da testimonio de esta reestructuración del poder. Es un real decreto de Nubjeperra Intef zanjando una disputa interna surgida en el seno de la poderosa burocracia que regentaba el templo de Min. No hay constancia de los detalles del lastimoso asunto, pero el veredicto del rey con respecto al responsable, Minhotep, era claro e inequívoco:

> Haced que sea expulsado del templo de mi padre Min, haced que sea excluido del oficio del templo de hijo a hijo y de generación en generación, y arrojado al suelo. Hay que arrebatarle sus provisiones … de modo que su nombre no se recuerde en este templo, como se hace con quien como él se rebela.[9]

Podemos sospechar que el comportamiento sedicioso de Minhotep no era un acto de sacrilegio contra el propio templo, sino una acción contra los leales partidarios de Intef, especialmente si tenemos en cuenta que el principal beneficiario de la excomunión de Minhotep era el alcalde de Gebtu, Minemhat, un devoto sirviente de la XVII Dinastía. Por tales medios, en los templos y ciudades de todo el Alto Egipto, los reyes tebanos fueron poco a poco concentrando el poder en manos de hombres en los que sabían que podían confiar.

El resultado final fue una administración extremadamente unificada, dispuesta a reaprender y restablecer los protocolos y modelos de gobierno tradicionales y deseosa de hacerlo. El sucesor de Nubjeperra Intef, Sobekemsaf II (*c*. 1560), demostró sus aptitudes a la hora de aplicar este programa de renovación al enviar una expedición de canteros al Uadi Hammamat, sin duda con el apoyo logístico de los nuevos amigos del régimen en Gebtu. Era la primera misión de aquella clase patrocinada por el Estado desde hacía 160 años. Es cierto que probablemente estaba integrada por solo unos 130 hombres, frente a los 19.000 que habían tomado parte en una expedición similar bajo el reinado de Senusert I, y que es posible que el personal fuera reclutado un poco al tuntún; pero al menos era un comienzo. Así, en las profundidades del Desierto Oriental, en las minas de Gebel Zeit, se reanudaron los trabajos, con la ayuda de mercenarios reclutados entre los medyay, habitantes del desierto. Aparte de conseguir los materiales necesarios para propiciar el renacimiento de los talleres reales, la administración tebana empezaba a desperezarse, tensando sus músculos y preparando sus reacciones de cara a una guerra. En el que quizá constituye el indicio más claro de que se estaban forjando planes de batalla, Sobekemsaf hizo una nueva donación de tierras al templo local de Madu (la actual Medamud), a solo unos kilómetros de Tebas. La elección del destinatario no era casual, ya que el dios de Madu no era otro que Montu, el dios de la guerra tebano que había inspirado la victoria de la XI Dinastía en la lucha por la reunificación seis siglos antes. Quizá Montu ayudara ahora a la nueva generación de guerreros tebanos en su propia batalla por la salvación nacional.

Pero, justo cuando todo parecía preparado, el destino asestó un golpe cruel a la XVII Dinastía. Desde los remotos confines de Nubia, y a través de las fortalezas que los egipcios construyeran en Uauat, un gran ejército reclutado por el soberano de Kush inició su avance hacia el norte, atacando los pueblos y ciudades del Alto Egipto, saqueando templos y tumbas, y arramblando con el botín. Para mayor inquietud de los egipcios, los kushitas no estaban solos, ya que habían reclutado a otros aliados para su causa: «Kush llegó … tras haber agitado a las tribus de Uauat, todos los [¿pueblos?] de la Alta Nubia, Punt y los medyay».[10] Se trataba de una coalición formidable que incluía a los habitantes de la Baja Nubia, que sin duda supieron apreciar la oportunidad de vengarse de sus opresores de antaño, pero también a las gentes de la remota tierra de Punt y a los medyay del Desierto Oriental, siempre prestos a ofrecer sus servicios al mejor postor. Los valerosos ciudadanos de

Nejeb, en el ojo del huracán, opusieron una firme resistencia bajo el valiente liderazgo de su gobernador, rechazando a los invasores y obligándoles a retroceder más allá de la primera catarata. Pese a ello, el propio gobernador perdió parte de sus posesiones a manos de las hordas de saqueadores, y el bando tebano sufrió un número de bajas que apenas podía permitirse. La invasión kushita supuso una terrible conmoción, pero a la vez enseñó una saludable lección a la XVII Dinastía: antes de poder iniciar de forma segura su campaña en favor de la reunificación nacional (en la que los leales soldados de Nejeb desempeñarían un destacado papel), debían asegurar primero el flanco meridional.

SE INICIA EL CONTRAATAQUE

En la capital de los hicsos, Hutuaret, el rey Apepi debió de adivinar el inminente estallido de las hostilidades, puesto que tomó la precaución de reforzar la muralla fortificada de la ciudadela real y de sellar una alianza militar estratégica con Kush. Utilizando la ruta de los oasis, que los hicsos controlaban desde los primeros días de su dominio, sus mensajeros podían comunicarse con el soberano de Kush sin tener que pasar por territorio tebano. Puede que tuviera que ofrecer a Kush una parte del botín, pero una partición de Egipto entre las dos potencias sería un compromiso aceptable si significaba el final definitivo de la independencia egipcia. Sin el menor asomo de ironía, Apepi empleó un ancestral ardid egipcio para instar a sus partidarios a la lucha. En un aluvión propagandístico, el rey asiático proclamó su poder con epítetos nuevos y más elaborados: «Tenaz en el día de la batalla, con un nombre mayor que el de ningún rey, protector de las tierras distantes que no le han visto nunca»;[11] y, para resumir, «¡no hay nadie como él en ninguna tierra!».[12]

El nuevo gobernante tebano, Seqenenra Taa, no se dejó impresionar en lo más mínimo por aquella belicosa verborrea. En lugar de entrar en una guerra de palabras, se dedicó a prepararse para el verdadero conflicto. Su primer paso fue crear un cuartel de campaña avanzado desde el que se pudiera planear y dirigir el ataque a Menfis y Hutuaret. El emplazamiento elegido para ello fue Deir el-Ballas, situado frente a Gebtu en la orilla occidental del Nilo. Allí construyó un palacio fortificado destinado a albergar a la familia real. El recinto llevaba aparejadas unas instalaciones para elaborar pan, y estaba rodeado por un asentamiento integrado por un considerable número de miembros del séquito real. Dominando todo el lugar, en lo alto de una colina, había un puesto de vigilancia con imponentes vistas al valle del Nilo. En conjunto, era el emplazamiento defensivo perfecto.

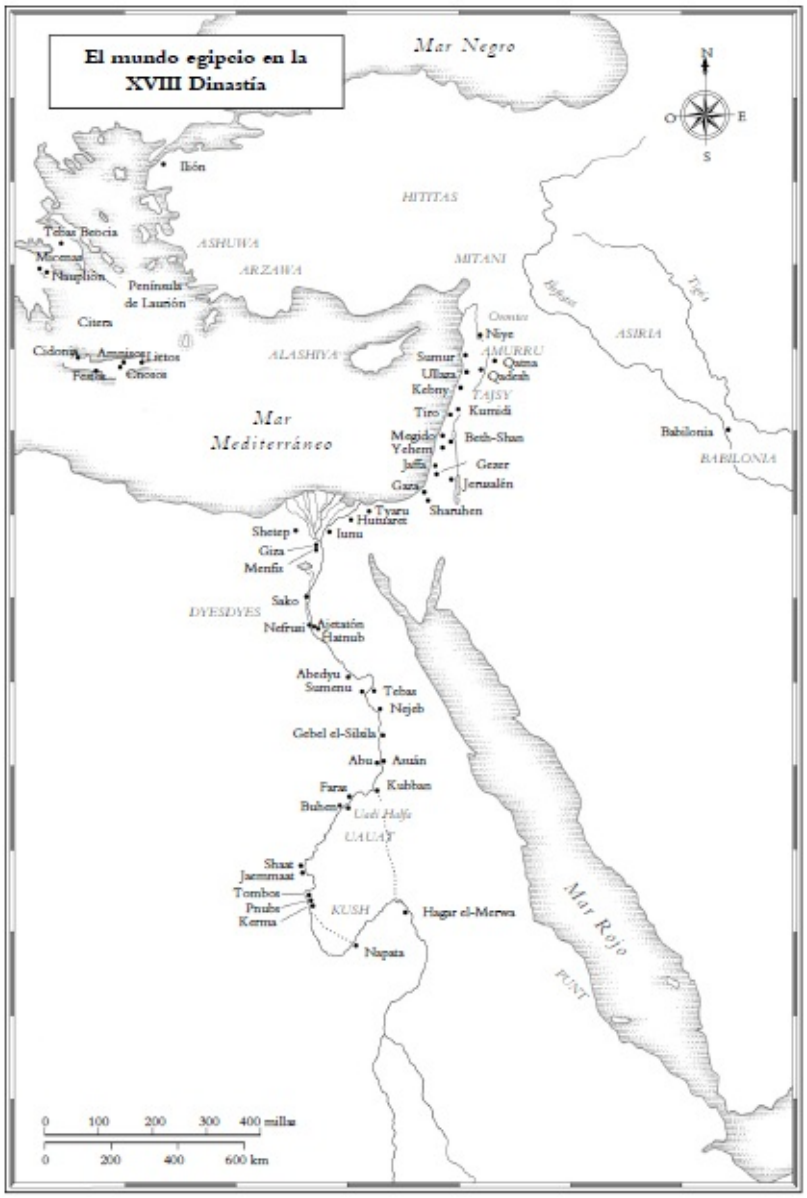
Con su centro de control y mando estratégico construido y en funcionamiento, Taa inició la primera oleada de ataques contra las fuerzas de los hicsos. Y no era precisamente un general de salón, ya que dirigía los ataques desde el frente, donde su cuerpo alto y musculoso, y su poderosa cabeza coronada por una espesa cabellera

negra y rizada, le daban todo el aspecto de un auténtico héroe de guerra. Sacando fuerzas de la percepción que tenía acerca de su destino, y animado por la determinación de su enérgica hermana-esposa Ahhotep, combatía al enemigo cuerpo a cuerpo. Pero entonces se produjo el desastre. En el fragor de la batalla, el rey fue derribado —quizá atacado por la espalda— cuando manejaba las riendas de su carro. En el suelo y sin protección, fue agredido por sus atacantes con dagas, hachas y lanzas. Un hacha asiática le penetró en el cráneo provocándole una grave herida en la cabeza, y Taa murió en el acto. En medio del caos y la confusión, fue imposible preparar adecuadamente el cadáver para su entierro. En lugar de ello, el rey fue embalsamado a toda prisa, sin enderezarle siquiera los miembros, y llevado de regreso a Tebas. Allí, ante su afligida familia y la aturdida plebe, fue enterrado «Taa el Valeroso» —como rezaba la inscripción de su ataúd—, con su sucesor Kamose encabezando el cortejo fúnebre.

El rey había muerto en la flor de la vida tras un reinado de apenas cuatro años (1545-1541). La responsabilidad del cargo, y las esperanzas de los egipcios, descansaban ahora sobre los hombros de Kamose. Falto de experiencia e inseguro acerca de cómo proceder, el nuevo monarca convocó a la plana mayor de su ejército. Con tono sincero y angustiado, se lamentó de su suerte y de la de su país: «¿Por qué sopesar mis fuerzas cuando hay un príncipe en Hutuaret y otro en Kush, y yo me siento [en el trono] junto con un asiático y un nubio, cada uno de los cuales tiene su parte de Egipto y comparte la tierra conmigo?».[13] En ningún momento, en los 1.400 años transcurridos desde la fundación del Estado, la suerte de Egipto había sido tan aciaga. En el pasado, el país había experimentado la desunión y la insurgencia, pero esta vez era distinto. Amenazado y ocupado por potencias extranjeras en el norte y en el sur, la propia existencia de un Egipto independiente, gobernado por egipcios, parecía precaria. Para que las Dos Tierras lograran sobrevivir, y no digamos ya prosperar de nuevo, haría falta más esfuerzo, sacrificio y derramamiento de sangre, además de una inquebrantable determinación de prevalecer.

Tercera parte

El poder y la gloria
(1541-1322 a.C.)



El Valle de los Reyes, el templo de Luxor, los colosos de Memnón y la máscara de oro de Tutankamón: los deslumbrantes logros culturales de la antigua Tebas evocan un mundo perdido de opulencia imponente y mecenazgo artístico a gran escala. Estos impresionantes monumentos y deslumbrantes tesoros, creados en el lapso de ocho generaciones, constituyen el legado de un solo linaje real egipcio, la XVIII Dinastía, que gobernó en el valle del Nilo durante casi dos siglos y medio. Su período en el poder representa el punto culminante de la civilización faraónica, cuando la confianza de Egipto y la percepción acerca de su propio destino parecían no tener límites.

Sacudiéndose el yugo de la dominación extranjera, el rey Ahmose y sus descendientes promulgaron el culto a la monarquía con renovado vigor. Y si la obra que se representaba versaba sobre la realeza divina, Tebas era el escenario. Con la riqueza derivada del comercio exterior y las guerras de conquista, esta modesta ciudad de provincias del Alto Egipto se transformó en la capital real y religiosa de un imperio, una ciudad «de las cien puertas» con obeliscos, templos y gigantescas estatuas que dominaban el horizonte en todas direcciones. Desde sus palacios y despachos, cortesanos y burócratas gobernaban los dominios del rey con implacable eficacia, controlando todos y cada uno de los aspectos de la vida y el sustento de la gente. Mientras el rey llevaba a cabo las grandes ceremonias de Estado, su pueblo, cuya suerte apenas había cambiado, seguía trabajando en los campos. En el enclaustrado mundo de la XVIII Dinastía, las únicas revoluciones serían las relacionadas con la propia institución de la realeza. Sin embargo, por más que sus reinados marcaran un notable alejamiento de las prácticas habituales, ni la reina Hatshepsut ni el faraón herético Ajenatón serían capaces de poner fin a unas tradiciones acumuladas durante siglos.

En esta tercera parte se abordan el auge y la decadencia, el triunfo y la tragedia, de la XVIII Dinastía, desde la renovación nacional hasta su declive y desintegración. Se describe cómo, con un liderazgo dinámico y decidido, y no sin una buena dosis de autoconfianza, un grupo de leales tebanos lograron, contra todo pronóstico, expulsar a los odiados invasores hicsos y reunificar el valle del Nilo. Sacudiéndose la ignominia de la dominación extranjera, Egipto amplió sus dominios para convertirse en una gran potencia imperial, controlando un territorio que se extendía a lo largo de más de dos mil kilómetros. Abandonando su antigua introspección, los faraones descubrieron su propio papel en la escena mundial. Emisarios extranjeros de territorios remotos llevaban exóticos tributos a la corte real, mientras el ejército egipcio arrasaba todo lo que se le ponía por delante en los llanos y colinas de Oriente Próximo. En el sur, la colonización y explotación sistemáticas de Nubia proporcionaron a Egipto una riqueza mineral equiparable a su poderío militar, y a los talleres reales, materias primas para fabricar suntuosas y sofisticadas obras de arte. Fue una auténtica edad de oro.

Pese a todo, el constante incremento de la autoridad regia a consecuencia de aquel poder y prosperidad resultaría desastroso. Cuando un gobernante con predilección por

la teología radical decidió llevar el estatus divino de la monarquía hasta sus últimas consecuencias, puso el país patas arriba, acabando con cultos y costumbres consagrados en una orgía de fervor autocrático y puritano. Solo la muerte del rey herético y las rápidas maniobras de los contrarrevolucionarios aseguraron el retorno a las antiguas maneras y a un régimen más estable. Pero en ese mismo proceso la XVIII Dinastía se marchitó y acabó muriendo debilitada y desacreditada. Su desaparición preparó el terreno para un nuevo orden imperial, basado no en el oro fino, sino en el frío bronce.

10
Se restablece el orden

LUCHA ARMADA

La liberación de Egipto del dominio hicso sería recordada por las generaciones posteriores como un momento de renovación nacional y de renacimiento cultural, como el alba de una nueva era. A los reyes que encabezaron la lucha por la independencia egipcia se les consideraría fundadores y unificadores equiparables al gran Mentuhotep, vencedor de la prolongada guerra civil del país. También los egiptólogos comparten esa visión de la lucha entre los egipcios autóctonos y sus dominadores asiáticos: la expulsión de los hicsos señala el comienzo del Imperio Nuevo, la más gloriosa de todas las épocas de la larga historia del antiguo Egipto.

Pero no era esa la percepción que por entonces se tenía. El lamento del rey Kamose sobre el estado de su país era absolutamente sincero. En 1541, cercado entre los hicsos por el norte y los kushitas por el sur, «Egipto» como territorio autónomo ocupaba apenas una tercera parte del área que habían controlado los grandes reyes de la XII Dinastía. Para muchos egipcios, incluso en el corazón del territorio tebano, el *statu quo* vigente no parecía una mala opción. Al fin y al cabo, la colaboración con el gobernante hicso de Hutuaret tenía sus ventajas: a los tebanos se les permitía cultivar los campos y apacentar sus rebaños en las tierras controladas por los hicsos, y recibir suministros de forraje de la misma región, a cambio de los tributos que pagaban a sus señores extranjeros. Parece ser que incluso los propios funcionarios de Kamose le decían que se sentían satisfechos de su relación. Aunque este podría ser el clásico ejemplo de propaganda real, destinada a describir al rey como un líder resuelto y decidido frente a unos funcionarios cobardes y acomodaticios, probablemente contiene su buena dosis de verdad. Los hicsos habían llevado a Egipto innovaciones tecnológicas (sobre todo el uso del carro y el caballo), habían abierto el país al comercio mediterráneo a gran escala y se habían mostrado tan adeptos a la buena administración como los egipcios autóctonos. Sin duda, la opción más fácil habría sido una política de coexistencia pacífica. Pero dicha opción resultaba muy poco atractiva para un hombre y una dinastía que ambicionaban emular las glorias del pasado. Para un tebano orgulloso de serlo, la ocupación extranjera de cualquier parte de «la amada tierra» era una especie de anatema, y Kamose expresó su determinación personal de la forma más clara posible: «Mi deseo —les dijo a sus lugartenientes más próximos— es rescatar Egipto».[1]

Sin embargo, para poder decir que Egipto había sido «rescatado», había que solucionar los pequeños problemas de la persistente ocupación de los hicsos y la

creciente amenaza kushita. El soberano de Kush había reunido un ejército formidable provisto de una notable caballería, y no perdería la oportunidad de ampliar sus dominios. Las incursiones sobre Nejen realizadas una generación antes habían enseñado a los tebanos una valiosa lección: asegurar su frontera sur era un requisito previo esencial para combatir al enemigo del norte; superados en número por los efectivos hicsos y dotados de una tecnología militar inferior, apenas podían permitirse luchar en dos frentes al mismo tiempo. De manera que en 1540, ya en su segundo año de reinado y tras varios meses de preparativos, Kamose condujo sus fuerzas hacia el sur. Su misión inmediata era recuperar Uauat y asegurarla frente a un posible ataque kushita, creando así una zona de seguridad en el flanco sur de los tebanos. Avanzando a través de la escasamente poblada franja del valle que se extendía al sur de Abu, parece ser que encontraron poca o ninguna resistencia. Cuando llegaron al pie de la segunda catarata, su objetivo apareció ante sus ojos: la fortaleza de Buhen. Después de haber sido uno de los principales centros neurálgicos de la ocupación militar egipcia durante una gran parte del Imperio Medio, en las décadas siguientes Buhen había pasado sin dificultad al control kushita. Los habitantes del fuerte egipcio se habían apresurado a cambiar de bando, sirviendo a sus señores nubios tan diligentemente como lo habían hecho con los grandes reyes de la XII Dinastía. Pero cuando vieron aparecer en el horizonte las pobladas filas de un nuevo ejército egipcio, parece ser que capitularon sin luchar, redescubriendo su antigua alianza con el señor de las Dos Tierras. Aclamado como un héroe conquistador, Kamose supervisó la restauración de las defensas de Buhen y su rearme como vital guarnición avanzada.

Como buen comandante estratégico, su visión se extendía más allá de las necesidades defensivas inmediatas. Con vistas al futuro y pensando en la ocupación de Nubia a largo plazo, el rey restableció también la administración egipcia en la región. Ningún soberano que se preciara podía depender de la vacilante lealtad de los comandantes de las fortalezas; había que buscar, pues, un mecanismo distinto que asegurara el control real directo de los territorios conquistados. La solución de Kamose fue una innovación administrativa que caracterizaría al control egipcio de Nubia durante los próximos siglos. Nombró a un funcionario de confianza, Teti, como primer «Hijo del Rey» de la conquistada Nubia, es decir, un virrey que actuaría en nombre del soberano y respondería directamente ante su real señor de todos los asuntos nubios. Con Teti firmemente instalado en el cuartel general del virreinato en Faras, Kamose y sus fuerzas regresaron a Egipto para preparar la batalla contra los hicsos, un cometido mucho más difícil y peligroso.

La estrategia de Kamose para su frente norte fue de índole tanto psicológica como militar. Su idea era que una política de brutalidad y de terror dirigida contra las ciudades del Egipto Medio que apoyaban a los hicsos tendría un profundo efecto en la moral de sus adversarios y les «ablandaría» de cara al ataque final. En sus propias palabras:

Navegué río abajo como vencedor para expulsar a los asiáticos de acuerdo con el mandato de Amón … con mi valeroso ejército ante mí como una lengua de fuego.[2]

Su primer objetivo era la ciudad de Nefrusi, situada en pleno territorio hicso, justo al norte del centro administrativo regional de Jmun (la clásica Hermópolis Magna, la actual El-Ashmunein). Nefrusi estaba gobernada por un egipcio llamado Teti, hijo de Pepy. Si las fuerzas de Kamose podían darle un castigo ejemplar, otros colaboradores captarían el mensaje y se pasarían al bando egipcio. Maniobrando hasta situarse en posición amparado en la oscuridad de la noche, el ejército tebano atacó Nefrusi con las primeras luces del alba: «Caí sobre él como un halcón … mis soldados eran como leones capturando su presa».[3] Sin mostrar clemencia alguna, Kamose se limitó a observar mientras la ciudad era saqueada, tras lo cual ordenó que se la redujera a escombros. Una suerte similar aguardaba a los asentamientos de Hardai y Pershak unos días más tarde. Con varios pueblos y ciudades en ruinas por todo el Egipto Medio, la hegemonía de los hicsos en la región había quedado destruida. El siguiente paso era Tebas.

Pero entonces un inesperado golpe de suerte proporcionó a Kamose una nueva arma propagandística. Aprovechando la larga experiencia y el dominio de las rutas del desierto por parte de los tebanos, perfeccionado en los días de la guerra civil, Kamose ordenó que una serie de misiones de vigilancia patrullaran regularmente las pistas que atravesaban el Desierto Occidental, manteniendo un discreto control de las idas y venidas que allí se producían e informando de cualquier movimiento inusual. Por su parte, los hicsos también dependían de las rutas del desierto para su comercio con el reino de Kush (puede que Tebas fuera un territorio sometido, pero enviar cargamentos de oro nubio por el río a través del propio corazón de la resistencia era sencillamente demasiado arriesgado). De ahí que la carretera que unía Sako (la actual El-Qes), en el Egipto Medio, con la capital kushita de Kerma a través de los oasis del Desierto Occidental, estuviera especialmente transitada por caravanas comerciales y emisarios diplomáticos que circulaban de norte a sur y viceversa. Uno de aquellos emisarios tuvo la mala fortuna de ser interceptado por una de las patrullas de Kamose, justo al sur del oasis de Dyesdyes (la actual Bahariya). Es fácil imaginar el deleite de los tebanos cuando descubrieron que el mensajero llevaba una carta del rey hicso al nuevo soberano de Kush. Y el contenido del comunicado resultaba bastante explosivo:

De la mano del soberano de Hutuaret. Aauserra, el hijo de Ra Apepi, saluda al hijo del Soberano de Kush. ¿Cómo has ascendido a soberano sin hacérmelo saber? ¿Has observado lo que me ha hecho Egipto? El soberano que hay allí, Kamose, … penetra en mi territorio aunque yo no le haya atacado como has hecho tú. Ha elegido estas dos tierras a fin de afligirlas, a mi tierra y a la tuya, y las ha devastado. Ven al norte, no te eches atrás. Mira, está aquí a mi alcance. En Egipto no hay nadie que pueda hacerte frente. Mira, no le dejaré pasar hasta que llegues. Luego nos repartiremos las ciudades de Egipto.[4]

Pese a su resentimiento por no haber sido informado de la sucesión al trono kushita, Apepi hacía una extraordinaria oferta a su aliado nubio: a cambio de su apoyo militar, estaría dispuesto a compartir Egipto en un ejemplo clásico del «divide y vencerás». Los peores temores de los tebanos estaban, pues, bien fundados. Si no actuaban, y pronto, Egipto se arriesgaba a la aniquilación total.

La respuesta de Kamose fue inmediata e intuitiva. En lugar de matar al infortunado mensajero, lo envió de regreso a Hutuaret con su propio mensaje para Apepi: «No te dejaré en paz; no te dejaré caminar sobre la tierra sin abatirme sobre ti».[5] Para remachar el clavo, se ordenó al mensajero que informara a Apepi de los recientes ataques de Kamose a los pueblos y ciudades del Egipto Medio. Las fuerzas tebanas no solo eran valientes y decididas, sino que estaban obteniendo victorias ante las mismas narices de los hicsos. Apepi había revelado fatalmente su debilidad al pedir apoyo a los kushitas. De repente, la perspectiva de un ataque tebano a la propia Hutuaret parecía más verosímil que nunca.

Si hemos de creernos el vívido relato personal que Kamose haría de la guerra, ciertamente supo aprovechar su ventaja y atacó el propio centro del dominio hicso. Una vez llegado a las afueras de Hutuaret, se jactaría de haber bebido vino de los viñedos de Apepi, de haber cortado sus árboles, de haber violado a sus mujeres y de haber saqueado sus barcos de carga llenos de productos de Oriente Próximo: «Oro, lapislázuli, plata, turquesa, incontables hachas de bronce … aceite de moringa, incienso, manteca, miel, sauce, madera de boj…».[6] Asimismo, afirmaría haber tenido al alcance de la vista la propia ciudadela regia —un edificio al que aludía desdeñosamente como «la Casa de las Valientes Palabras»—, donde las mujeres de los hicsos «se asomaban a las almenas … como ratoncillos en sus madrigueras».[7] Tras alinear sus fuerzas navales en formación de combate, Kamose lanzó un ataque frontal contra el reducto de los hicsos, aunque al parecer sin éxito. Poniendo al mal tiempo buena cara, pese a su fallida tentativa regresó triunfante a Tebas al frente de su ejército. Siguiendo una inveterada costumbre, ordenó que sus heroicas hazañas quedaran registradas para la posteridad en una serie de grandes estelas erigidas en el templo de Amón en Ipetsut. Pero las celebraciones tebanas resultarían efímeras, puesto que se verían interrumpidas por la inesperada muerte de Kamose unos meses después, en 1539. Se ignora la causa de su prematura desaparición, pero el caso es que, pese a toda su jactancia y valentía, el suyo no fue el funeral de un vencedor: habiendo dejado inacabada la obra de su vida, fue enterrado en un ataúd modesto, sin ninguna clase de dorados, con dos dagas junto a su cuerpo.

Como si la muerte de Kamose no resultara ya bastante devastadora para los egipcios, su sentimiento de pérdida, frustración e inquietud debió de verse incrementado por los caprichos de la sucesión real. Justo tres años antes, Kamose había sido elegido rey en lugar del heredero natural, muy probablemente porque tenía la edad adecuada para proseguir la lucha que le había arrebatado la vida a Seqenenra.

A la sazón, con Kamose también fallecido, no resultaba fácil volver a dejar de lado al heredero… por más que este fuera solo un niño.

Mientras Tebas aguardaba a que su nuevo rey, Ahmose, alcanzara la mayoría de edad, transcurrieron diez largos años en un punto muerto desde un punto de vista militar. Con Buhen en manos egipcias, se logró mantener a raya a Kush. Las desmoralizadas fuerzas de Apepi no estaban en situación de lanzar un ataque, pero los tebanos, faltos de un líder, tampoco lo estaban. Lo único que estos podían hacer era quedarse cruzados de brazos y dedicarse a realizar preparativos.

VICTORIA A TODA COSTA

Tras una década de inactividad forzosa, Egipto bullía de impaciencia cuando Ahmose llegó a la edad adulta, en 1529, y pasó a ocupar su lugar al frente del ejército. Por fin se podía dar comienzo al ataque final. El mejor relato sobre lo que sucedió entonces proviene de un hombre que no fue un mero testigo de los hechos, sino un participante activo en la batalla de Hutuaret. Ahmose, hijo de Abana, como su leal nombre sugiere, fue uno de los más entusiastas y devotos soldados de infantería del rey tebano. También su padre había servido antes que él en las fuerzas tebanas. Criado en la ciudad de Nejeb, leal aliada de Tebas, Ahmose, hijo de Abana, debió de mamar la lealtad a la causa tebana desde la más tierna infancia. Siguió la carrera militar, alistándose inicialmente en la infantería de marina, en el barco *Toro Salvaje*. Unos años después fue destinado a otro navío, el Nórdico, que formó parte de la flota del rey Ahmose en el primer asedio a la capital de los hicsos. Mientras el ejército tebano bloqueaba Hutuaret, evitando que los efectivos hicsos pudieran escapar, el rey dirigió su ejército en un avance cuidadosamente planificado a través del Egipto Medio, en dirección al vértice del delta. Su primer objetivo fue tanto estratégico como, a la vez, extremadamente simbólico: la ciudad de Menfis, capital tradicional de Egipto desde la fundación del Estado. Luego se atacó otro objetivo no menos significativo: Iunu, centro del culto al dios solar Ra. También esta cayó con aparente facilidad. Ahora los tebanos podían afirmar que eran un ejército nacional; un ejército que contaba con el respaldo del dios creador.

De nuevo en Hutuaret, Ahmose, hijo de Abana, fue destinado a un nuevo barco de guerra, llamado *El que se alza en Menfis* para celebrar la caída de la capital. Espoleados por el éxito de sus camaradas, los infantes de marina lanzaron un valeroso ataque por el principal brazo del Nilo que pasaba por la ciudadela de los hicsos, matando a varios soldados enemigos. La guerra de desgaste parecía decantarse del lado de Tebas. Ahmose, hijo de Abana, fue recompensado por su valentía con el «oro de honor», la más alta condecoración militar egipcia y la primera del total de siete que recibiría durante su larga y distinguida carrera.

Un segundo ataque de la infantería de marina hubo de ser aplazado cuando el rey reunió a sus fuerzas para que tomaran parte en la fiera batalla que se libraba al sur de Hutuaret; a medida que las fuerzas terrestres tebanas se acercaban a su objetivo final, estaban empezando a encontrarse con una resistencia más firme. La última fase de la estrategia del rey Ahmose, antes de que pudiera iniciarse el ataque frontal a Hutuaret, era la toma de Tyaru, la fortaleza fronteriza que tan vital se había revelado para la seguridad nacional durante la XII Dinastía. Tres meses después de haber conquistado Iunu, y tras un breve asedio, el ejército de Ahmose tomó el fuerte. Ahora las fuerzas tebanas se hallaban en situación de interceptar cualquier posible retirada de los hicsos de Hutuaret. Apepi y sus seguidores estaban atrapados.

Con aquella serie de movimientos cuidadosamente planificados y brillantemente ejecutados, no cabía duda de cuál iba a ser el resultado final: «Hutuaret fue saqueada».[8] El lacónico comentario de Ahmose, hijo de Abana, resumía en pocas palabras la victoria tebana. La mayoría de los habitantes asiáticos de Hutuaret no tardaron en encontrar la muerte. Para los que lograron escapar a la destrucción de su ciudad, las fuerzas egipcias aguardaban en la frontera. Puede que unos pocos lograran llegar a la seguridad relativa del territorio controlado por los hicsos en Palestina, pero el rey Ahmose también tenía planes para ellos. Decidido a que no hubiera escondite alguno para los hasta entonces opresores de Egipto (tal como él los veía), dirigió a su ejército a través del norte del Sinaí y sitió a Sharuhen (la actual Tell el-Ayyul), el principal centro del poder político y comercial hicso en Oriente Próximo. Durante tres años las fuerzas egipcias rodearon la ciudad, hasta que también esta se rindió. Se estableció entonces una guarnición leal, como en Buhen, para garantizar que el territorio circundante permaneciera fiel al rey egipcio. Y, para asegurarse del todo, se estacionó también una fuerza de respaldo en la cercana Gaza, que había sido rebautizada como «la Ciudad que tomó el Soberano» solo para restregarle su derrota. La victoria de Ahmose era total. Tras un breve recorrido por las costas de Palestina, donde arrasó unas cuantas ciudades para intimidar a la población autóctona, el rey volvió triunfalmente a Egipto. Los odiados asiáticos habían sido expulsados. Se había restablecido la unidad nacional.

Expulsar a los hicsos y proteger la frontera norte de Egipto con una zona de seguridad defensiva eran un buen comienzo, pero Ahmose sabía que la futura prosperidad del país dependería de algo más que de la mera seguridad. Por encima de todo, necesitaba un renovado acceso al oro, y ello implicaba la reconquista a gran escala y la reocupación de Nubia, especialmente la región aurífera al sur de la segunda catarata. Ese se convertiría en el principal objetivo estratégico de la última parte del reinado de Ahmose. Buhen estaba ya en manos egipcias, convertida en una útil base de operaciones de avanzada; pero lo que Egipto necesitaba sobre todo era un cuartel general fortificado situado en las proximidades de las minas de oro. Y ello requería superar al gran conquistador Senusert III y llevar la frontera aún más al sur de donde estaba Semna.

Por fortuna, se encontró el emplazamiento geográfico perfecto para tal fin. La isla de Shaat (la actual Sai) estaba a medio camino entre la segunda y la tercera cataratas, justo en el corazón de la región aurífera. Era una de las mayores islas del Nilo nubio, y resultaba ideal para el asentamiento y la fortificación. Así, en la que sería su única campaña nubia, Ahmose se dirigió directamente a Shaat, ocupó la isla y construyó allí un cuartel general militar rodeado por un enorme muro fortificado de casi cinco metros de espesor, reforzado con contrafuertes. Su emplazamiento se eligió muy bien: en lo alto de un afloramiento de arenisca desde el que se dominaba el brazo oriental del Nilo y una amplia franja de su orilla este. Asimismo, se abrió una cantera de arenisca en la misma Shaat a fin de suministrar material de construcción a la fortaleza y a otras instalaciones reales de la Baja Nubia. Y por último, para que actuara como foco del fervor patriótico e inspirara la leal defensa de su nuevo cuartel general del sur, Ahmose mandó erigir una estatua de sí mismo en el templo de Shaat, exactamente tal como Senusert III había hecho en Semna. Con la hegemonía egipcia firmemente afianzada desde las costas de Oriente Próximo hasta el Alto Nilo, bien podía jactarse Ahmose de que «su matanza está en la Alta Nubia y su grito de guerra, en las tierras de Fenicia».[9]

Egipto volvía a ser grande de nuevo y sus gentes volvían a estar libres de la ocupación y de la amenaza de invasión. Pero no todo el mundo compartía aquel talante de euforia nacional. Probablemente, había gente que recordaba que *libertad* significa cosas distintas para diversas personas. Para la monarquía, la restauración del orden entrañaba un retorno a los métodos del pasado, con el rey en la cúspide de la sociedad, sustentado y servido por una plebe sumisa. Para la plebe, el renacimiento de Egipto significaba simplemente el retorno al gobierno autocrático. Pero había unas cuantas personas que estaban dispuestas a arriesgar su vida oponiéndose a la monarquía tebana y su aparentemente imparable ascensión al poder absoluto. No mucho después de que Ahmose plantara la bandera egipcia en la isla de Shaat y zarpara rumbo al norte de Egipto, estalló una pequeña rebelión, dirigida por un insurgente nubio. Parece ser que aprovechó la oportunidad que le brindaba la ausencia temporal del rey para lanzar un ataque; pero estaba deplorablemente mal preparado y condenado al fracaso. Ahmose reunió a sus fuerzas, combatió al rebelde y le hizo prisionero. También apresó a sus desafortunados seguidores, a los que sin duda se envió a trabajar en las minas de oro de Nubia. Más tarde, quizá inspirándose en aquella valerosa —por más que imprudente— muestra de desafío, estalló un nuevo brote insurgente, aunque de mayor calado. En esa ocasión, su dirigente era un egipcio llamado Tetian, posiblemente un hijo o pariente del gobernador de Nefrusi que había sido objeto de las iras de Ahmose una generación antes. La causa de Tetian —la oposición al gobierno de Ahmose— había atraído a un gran número de partidarios, y aquellos «descontentos» planteaban claramente una amenaza real al gobierno y sus planes. La respuesta del rey fue tan inmediata como implacable: «Su Majestad lo mató; su banda fue aniquilada».[10] Los disidentes (o guerrilleros) habían tenido su

oportunidad, pero la habían desperdiciado. No volvería a haber otra rebelión abierta contra la monarquía egipcia hasta transcurridos quinientos años.

Junto con los retos políticos llegaron también los desastres naturales. Al norte de Egipto, la civilización minoica se había visto devastada recientemente por la erupción volcánica de Thera. La nube de ceniza había enterrado por completo la colonia minoica de Akrotiri, mientras que los cascotes ardientes que cayeron del cielo habían destruido cosechas y casas incluso en Creta, a 240 kilómetros de distancia. Debilitado por el hambre y la inestabilidad social resultantes, el mundo minoico, que había dominado el Egeo durante cinco siglos, de repente parecía vulnerable, un hecho que no pasó desapercibido a la pequeña pero ambiciosa ciudad de Micenas, en la península griega. Más o menos al mismo tiempo, aunque probablemente sin conexión alguna con el cataclismo de Thera, un desastre meteorológico asoló Egipto: una violenta tormenta azotó al país, provocando grandes daños materiales, incluida la residencia real. Decidido a rectificar aquella señal de disgusto divino tan vigorosamente como había sofocado la rebelión tebana, Ahmose ordenó la restauración de los edificios dañados por las inundaciones y la reposición del mobiliario del templo, de manera que Egipto fuera «devuelto a su anterior estado».[11] A la hora de dejar constancia de sus piadosas acciones para la posteridad, el rey se complacería en comparar los daños causados por la tempestad con los recientes estragos de los hicsos. El mensaje era evidente: cualquiera que fuera el origen del caos, Ahmose, el verdadero rey y defensor de la creación, impondría en su lugar el orden.

VALORES FAMILIARES

Las fronteras aseguradas, el acceso al comercio y el oro restablecido, y la oposición interna silenciada; los logros de Ahmose podían muy bien juzgarse suficientes para restablecer el poderío y la majestad de la monarquía egipcia. Pero su visión del país iba más allá de la economía y la política prácticas para abarcar también la ideología. Ya fuera por ciencia o por instinto, Ahmose y sus consejeros se dieron cuenta de que las ideas podían representar la fuerza más poderosa de cara a la unidad nacional si se las explotaba adecuadamente y se las adaptaba a la psique egipcia. La propia experiencia del rey le había enseñado la importancia de una familia muy unida, y sin duda lo mismo valía para los pueblos y ciudades de Egipto. Ahora que el país —o cuando menos sus gobernantes— disfrutaba una vez más de paz y plenitud, Ahmose se propuso hacer de su propia familia real el principal foco de devoción religiosa en todo el territorio. Aquel sería probablemente su mayor logro, y además uno que definiría por completo a su dinastía.

Personalmente, Ahmose tenía motivos particulares para otorgar cierto reconocimiento público a miembros clave de su familia. Dado que había accedido al

trono siendo todavía un niño, durante su minoría de edad el gobierno había recaído en manos de su abuela Tetisheri y de su madre, Ahhotep. De hecho, las impecables credenciales regias de esta última le proporcionaban una legitimidad sin parangón para desempeñar ese papel; al fin y al cabo, era hija de rey, hermana de rey, esposa de rey y, al final de su vida, también madre de rey. Las relaciones peculiarmente incestuosas favorecidas por la familia de Ahmose se traducían en el hecho de que su padre y su madre eran también hermanos carnales, ambos hijos de Tetisheri. Ahmose, por su parte, se casó también con su hermana carnal, Ahmose-Nefertari (las relaciones y la frecuencia del nombre de Ahmose, empleado tanto con hombres como con mujeres, debieron de hacer que la vida en la corte real fuera terriblemente complicada, o bien extremadamente sencilla, según se mire). Ya fuera porque el hecho de limitarse a la familia hasta ese punto estaba destinado a distinguir a la realeza de los simples mortales (al copiar la costumbre de los matrimonios entre hermanos de los dioses), ya fuera simplemente para acallar a potenciales pretendientes rivales al trono, el resultado fue un grupo excepcionalmente cerrado de parientes cuyos miembros femeninos desempeñaron un papel inusualmente destacado. El genio de Ahmose consistió en convertir ese «asunto familiar» en un culto nacional.

En Abedyu, antiguo cementerio de reyes y, por consiguiente, lugar clave para la veneración de los ancestros reales, Ahmose mandó erigir un templo en forma de pirámide consagrado a sí mismo, decorado con escenas de su victoria sobre los hicsos, y un santuario dedicado a su abuela Tetisheri. En el centro, una monumental estela dejaba constancia de que «Su Majestad hizo esto porque su amor por ella era mayor que ninguna otra cosa».[12] Quizá podemos detectar aquí el duradero vínculo entre un nieto y la abuela que lo había criado mientras su madre estaba ocupada con los asuntos de Estado. Para Ahhotep, el agradecimiento y los elogios de Ahmose fueron aún mayores. Mandó erigir una gran estela en Ipetsut, en el templo de Amón, que se estaba convirtiendo rápidamente en el santuario nacional de Egipto. Además de enumerar las piadosas donaciones del rey al templo (sobre todo enormes cantidades de oro de las minas de Nubia), la inscripción exhortaba al pueblo de Egipto a que recordara, entonces y en el futuro, los considerables logros de Ahhotep:

Load a la Dama de la Tierra,
La Señora de las Costas de Hau-nebut,
Cuya reputación se alza por encima de toda tierra extranjera,
Que gobierna a las masas,
Esposa del Rey, Hermana del Soberano (¡vida, prosperidad y salud!),
Hija del Rey, noble Madre del Rey,
La sabia,
Que cuida de Egipto.
Ella ha reunido a sus funcionarios
Y los ha protegido;
Ella ha acorralado a sus fugitivos
Y capturado a sus desertores;
Ella ha pacificado el Alto Egipto
Y sometido a sus rebeldes:
¡Larga vida a Ahhotep, la Esposa del Rey![13]

Se trata de un panegírico extraordinario para una mujer excepcional. Además de dejar constancia del papel de Ahhotep en el gobierno del país, los versos dejan más que entrever su participación a la hora de sofocar la rebelión de Tetian y restablecer la ley y el orden en todo el territorio. No es casualidad que entre los objetos funerarios depositados en su tumba por su agradecido hijo hubiera un collar de moscas de oro, concedido como premio al valor en la batalla (la mosca era un apropiado símbolo de perseverancia). Era evidente que Ahhotep representaba una fuerza con la que había que contar, y más avanzada la dinastía serviría de potente modelo que imitar para otras ambiciosas mujeres reales.

El curioso epíteto de Ahhotep de «Señora de las Costas de Hau-nebut» resulta especialmente seductor. Mucho después, en el período ptolemaico, la expresión «Hau-nebut» se emplearía para aludir a Grecia, lo que sugiere un vínculo entre la familia real de la XVIII Dinastía egipcia y la civilización minoica de Creta. Puede que no sea casualidad que, además de las moscas de oro, en el ajuar funerario de Ahhotep se incluyeran también dos objetos, una daga y un hacha, con una decoración característicamente minoica. Diversas excavaciones recientes realizadas en Hutuaret han reforzado la teoría de una alianza diplomática entre la familia de Ahmose y los minoicos (la principal potencial naval del Mediterráneo oriental), ya que las salas públicas del primer palacio real del Imperio Nuevo, construido sobre las ruinas de la antigua ciudadela de los hicsos, estaban decoradas con frescos de estilo minoico. Las escenas de acrobacia y tauromaquia presentan estrechos paralelismos con la isla de Thera y con el propio palacio de Cnosos, en Creta. Pero lo más sugerente de todo es un gran grifo, un motivo relacionado con las reinas cretenses. Su presencia en Hutuaret plantea la intrigante posibilidad de un matrimonio dinástico entre las cortes egipcia y minoica. Bien pudiera ser que aquella fuera la primera vez que Egipto buscaba la protección de una potencia extranjera frente a un tercer país agresor, pero desde luego no sería la última.

Tras haber honrado así a su madre y a su abuela, la política de Ahmose de elevar a las mujeres de la familia real al estatus de iconos nacionales pasó a centrarse en su

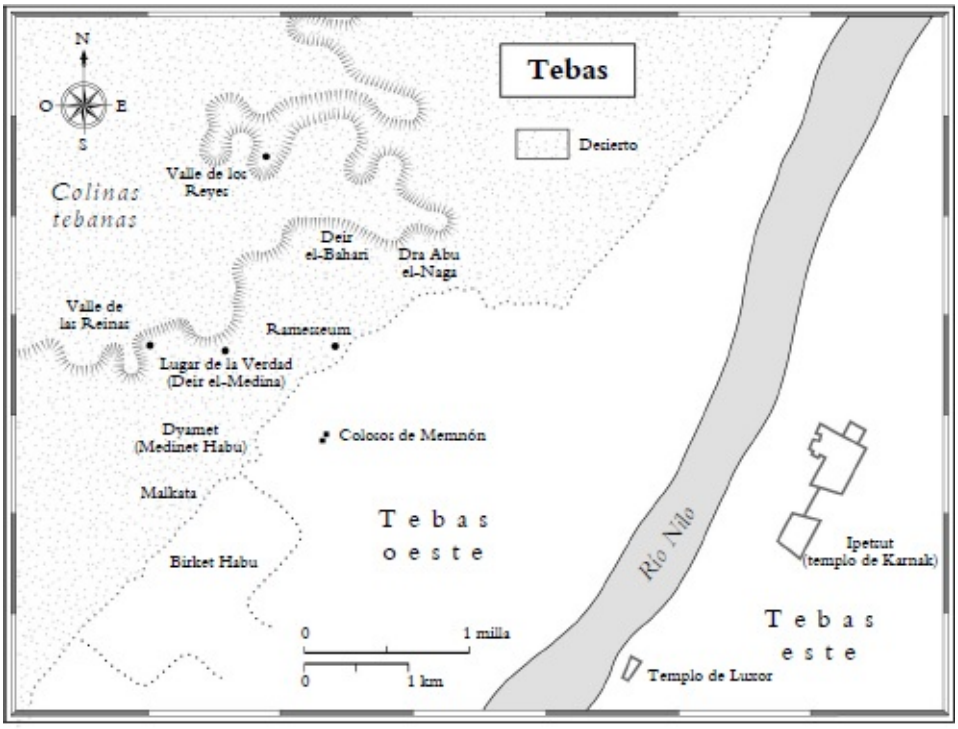
propia generación, concretamente en su hermana y esposa, Ahmose-Nefertari. Su ascenso a un papel prominente coincidió con un momento natural de transición en la vida de la familia real: la muerte de la reina madre Ahhotep y el nacimiento de un heredero natural. Con el futuro de la dinastía garantizado por ese nuevo nacimiento, Ahmose-Nefertari se convirtió, pues, en madre de rey, además de ser ya hija de rey, hermana de rey y esposa de rey, el mismo conjunto de títulos que ostentara su difunta madre. Pero su hermano y esposo tenía pensado otro título para ella, uno que no solo le otorgaría un alto rango, sino también una riqueza y una influencia política considerables. Ahmose-Nefertari había de convertirse en «esposa del dios Amón», la equivalente femenina del sumo sacerdote de Amón, lo que la elevaba de hecho a la dirección conjunta del sacerdocio consagrado a este dios. La creación de este nuevo cargo formaba parte de una amplia reorganización de la administración religiosa emprendida por Ahmose, y de hecho era un golpe maestro. Mataba dos pájaros de un tiro, dando a la dinastía el control de una institución política y económica importante (el templo de Amón, con sus vastas riquezas y sus extensas tierras en propiedad) y estableciendo un estrecho vínculo teológico entre el culto de Amón y la familia real. Para confirmar sus intenciones, Ahmose erigió otra estela monumental en Ipetsut, dejando constancia de la propiedad y autoridad conferidas a Ahmose-Nefertari como «esposa del dios». Por su parte, ella no le decepcionaría, y durante el resto de su vida utilizaría el título de «esposa del dios» por encima de todos los demás.

Monumentos dorados

Cuando el rey Ahmose murió unos años después, en 1514, sin haber llegado a cumplir los cuarenta, Egipto se había transformado. En el transcurso de un solo reinado, el país se había sacudido el yugo de la ocupación extranjera, se había consolidado como una nueva potencia en alza en Oriente Próximo, había recuperado el dominio de las minas de oro nubias y había sofocado las disensiones internas. La monarquía se había restablecido triunfalmente en la cúspide de la sociedad egipcia, dominando la escena política e ingeniando una brillante simbiosis con el culto nacional dominante. Se habían establecido los cimientos del poder y la gloria del Imperio Nuevo. Lo único que quedaba por hacer era construir sobre dichos cimientos; es decir, dar una expresión arquitectónica concreta al misterio y la majestad de la realeza de un modo que perdurara eternamente. Esa sería la labor del hijo y heredero de Ahmose, Amenhotep I (1514-1493).

O, mejor dicho, de la reina madre, ya que la muerte prematura de Ahmose dejó a Egipto, una vez más, con un monarca menor de edad. Sin embargo, esta vez el país estaba en paz, y la corte pudo centrar plenamente su atención en un programa de construcción como los que Egipto no veía desde hacía siglos. Ahmose había reabierto ya las canteras de piedra caliza de Ainu (la actual Tura) en la última etapa de su

reinado, jactándose de que los bloques de piedra eran arrastrados desde el frente de la cantera por «bueyes de las tierras de Fenicia».[14] Bajo el reinado del joven Amenhotep I se reanudó la extracción en todas las grandes canteras —Bosra y Hatnub para el alabastro, Gebel el-Silsila para la arenisca—, al tiempo que se reiniciaba la minería de la turquesa en el Sinaí por primera vez desde el reinado de Amenemhat III, doscientos cincuenta años antes. A lo largo y ancho de Egipto, se repitieron de nuevo los ecos del sonido de los canteros, albañiles y constructores. Parecía que la Era de las Pirámides hubiera vuelto de nuevo. Solo que esta vez se daría prioridad a los templos para los vivos, y no a las tumbas para los muertos.



Por segunda vez en la historia egipcia, el foco de la actividad de las construcciones reales fue la sede dinástica de Tebas. En los siglos transcurridos desde que había pasado a ocupar un lugar prominente, la ciudad se había expandido más allá de los confines de las murallas del Imperio Medio; pero, para la mayoría de sus habitantes, las condiciones de vida seguían siendo de miseria y hacinamiento. A falta de regulaciones urbanísticas, los barrios crecían descontroladamente, ocultando el patrón cuadriculado del asentamiento inicial. Con la producción agraria de la ciudad como primera prioridad, el terreno edificable era escaso, y los amasijos de casas se apelotonaban en un denso laberinto de callejuelas. El espacio, el agua y la sombra eran mercancías codiciadas en el antiguo Egipto, pero extremadamente difíciles de conseguir en un entorno urbano. Las familias que podían permitírselo construían en altura para ganar espacio adicional, escapando así al riesgo de inundación durante los Nilos altos y alejándose, además, de los desechos acumulados y los malos olores a pie de calle. Solo los tebanos más ricos podían permitirse el lujo de construir fuera de la ciudad, en la linde del desierto, donde la mayor abundancia de tierra posibilitaba la

edificación de lujosas villas con sus propios y placenteros jardines. Los residentes en la ciudad habían de apañárselas con la ocasional brisa que entraba por las ventanas enrejadas abiertas en la parte alta de los muros, y pintadas de color marrón rojizo para reducir el resplandor del sol. En conjunto, la vida en la Tebas del Imperio Nuevo era hacinada y ruidosa. Y para quienes vivían cerca del templo de Amón, estaba a punto de volverse más ruidosa todavía.

Bajo la XVIII Dinastía, el gran templo de Ipetsut («el más selecto de los lugares») sería el principal beneficiario de la generosidad real. Había sido fundado por la XI Dinastía tebana en los días oscuros de la guerra civil, y posteriormente había sido honrado por la XII Dinastía, también tebana. Ahora, con otra nueva dinastía de Tebas en el trono de Egipto, Ipetsut se convertía de nuevo en el foco natural de los proyectos reales. Aunque los edificios del Imperio Medio que se conservaban tenían una escala relativamente pequeña, la pureza de la arquitectura y la calidad de los relieves ejercieron un efecto profundo y evidente en los constructores de Amenhotep. Inspirados en particular por los hermosos monumentos de Senusert I, se propusieron crear copias de ellos para el nuevo gran proyecto del rey. Su réplica del pabellón del jubileo de Senusert era exacta hasta el último detalle; solo la sustitución del nombre de Senusert por el de Amenhotep permitía distinguir la copia del original. Directamente enfrente del templo de la XII Dinastía, se dio forma a un gran atrio, dominado por una gigantesca puerta de entrada cuya forma se asemejaba al signo jeroglífico que designaba la palabra *horizonte*, el lugar por donde el sol salía y se ponía. La Ipetsut de Amenhotep I sería nada más y nada menos que un microcosmos del acto de creación. Los muros del atrio fueron decorados con escenas de ofrenda del rey a Amón y de ofrenda de los sacerdotes al rey; la combinación perfecta de cultos divinos y reales en un único espacio. En el centro del atrio se erigió un magnífico santuario de alabastro como lugar de reposo de la barca sagrada de Amón cuando esta era llevada en procesión a través del templo. Su decoración subrayaba la unión mística entre el dios y el rey, y representaba el jubileo real (ya planificado, aunque todavía no celebrado). En los dos lados del atrio, pequeñas capillas secundarias cuyos muros estaban decorados con escenas de ofrendas perpetuas albergaban estatuas dedicadas al real culto. Para completar la estructura, se construyó un matadero sagrado junto al templo destinado a suministrar carne de vacuno para las festividades religiosas y, obviamente, para los cultos de Amenhotep I y su madre, Ahmose-Nefertari. Aparte de constituir una magnífica y nueva residencia para el dios Amón, las construcciones de Amenhotep en Ipetsut representaban a la vez un monumento a la realeza divina. El hecho de que ambas funciones no pudieran diferenciarse era completamente deliberado. Al situarse a sí mismo como heredero directo de los grandes constructores reales del Imperio Medio, Amenhotep estaba corriendo conscientemente un tupido velo sobre el caos intermedio. Su obra en Ipetsut parecía confirmar que la esencia sagrada de la realeza había pasado directamente de la XI

Dinastía a la familia de Ahmose. Como todos los grandes gobernantes egipcios, Amenhotep I tenía tendencia a reescribir la historia.

La ambición del rey, convertir Tebas en un gigantesco templo al aire libre consagrado a la realeza, no se detuvo en Ipetsut. En el sagrado escenario del valle del Nilo, la orilla occidental era tan importante como la oriental, dado que las dos juntas formaban una de aquellas dualidades simbólicas a través de las cuales los egipcios daban sentido al mundo que les rodeaba. En el caso concreto de Tebas, la orilla occidental era el principal cementerio de la ciudad, donde los gobernantes de la XVII Dinastía habían construido sus modestas pirámides-tumba; pero también tenía una profunda y antigua conexión con la realeza. Se creía que el acusado entrante que formaban los riscos en Deir el-Bahari era el lugar donde moraba Hathor, diosa madre y protectora de los monarcas. Por esa razón, el rey Mentuhotep, vencedor de la guerra civil, lo había elegido como emplazamiento de su templo funerario y como cementerio militar nacional. El simbolismo del lugar debió de resultar especialmente llamativo para Amenhotep I. No solo su propia dinastía tebana acababa de salir triunfante de otra guerra, sino que la relación teológica entre Hathor y el rey proporcionaba la pauta divina para su propia y estrecha asociación con su madre, Ahmose-Nefertari. Su gobierno conjunto era, además de voluntad divina, también de inspiración divina.

Para dar una expresión concreta a esas ideas, Amenhotep encargó dos capillas en Deir el-Bahari, una de ellas directamente frente al templo de Mentuhotep. También construyó un santuario para albergar la barca de Amón cuando esta navegaba por el Nilo desde Ipetsut en una gran procesión celebrada una vez al año y denominada la «Hermosa Festividad del Valle». En Deir el-Bahari, como en la propia Ipetsut, las inscripciones y la decoración subrayaban el culto real, haciendo especial hincapié en el papel de Ahmose-Nefertari y en el futuro jubileo del rey, que se esperaba con gran ilusión. Por último, Amenhotep erigió un templo consagrado a sí mismo y a su madre en la llanura de Tebas oeste, directamente frente a la necrópolis real de la XVII Dinastía donde estaban enterrados su padre y su abuela; ambos habrían estado orgullosos de él. El culto a la familia real se hallaba por entonces en el centro de la vida religiosa de la nación, en Tebas y en Abedyu, y sus monumentos se alzaban en el horizonte en todas direcciones.

Mucho después de que sus monumentos hubieran sido desmantelados y reutilizados por posteriores generaciones de gobernantes, Amenhotep I y Ahmose-Nefertari seguirían siendo recordados y reverenciados por los habitantes de Tebas oeste como divinidades patronas del distrito. Su memoria sería especialmente sagrada para una pequeña comunidad conocida como el Lugar de la Verdad (la actual Deir el-Medina). Su fundación resume el programa religioso y arquitectónico de la dinastía de Ahmose y su duradero impacto en la civilización del antiguo Egipto en su conjunto. Cuando Amenhotep I ascendió al trono, los reyes ya sabían por experiencia propia que una tumba monumental, especialmente una pirámide, era más una

maldición que una bendición. Al anunciar el emplazamiento de la real sepultura de modo que todos lo vieran, no se hacía sino atraer la atención de los saqueadores de tumbas, lo que casi venía a garantizar que el difunto no descansaría en paz por toda la eternidad. Si el rey había de disfrutar de un más allá de bienaventuranza, tal como se pretendía, había que modificar la propia naturaleza de la tumba real.

Como parte de este amplio programa de remodelación religiosa, Amenhotep I llevó a cabo este radical cambio de diseño. A partir de ese momento, el complejo funerario real se dividiría en dos elementos distintos: un templo funerario, situado en un lugar destacado de la llanura, actuaría como monumento conmemorativo permanente del monarca y como foco público del culto real; completamente separada de él, y oculta en los riscos de Tebas oeste, una tumba real profundamente excavada en la roca proporcionaría un lugar de descanso seguro por toda la eternidad, sin ninguna señal externa que pudiera atraer una atención no deseada. Para asegurar el absoluto secreto del emplazamiento de la tumba real, sería necesario no solo ocultar la propia sepultura, sino también aislar a sus constructores del resto de la población. La solución era crear un poblado de trabajadores, escondido en un remoto valle entre las colinas de Tebas, donde las personas empleadas en la construcción de la tumba, junto con sus mujeres y niños, pudieran vivir en perfecto aislamiento. Los secretos de su delicado trabajo estarían a salvo. Así fue como se fundó el Lugar de la Verdad, con Amenhotep I y Ahmose-Nefertari como sus reales patronos, que permanecería en uso, cumpliendo su propósito original, durante cinco siglos. Hoy constituye la fuente de evidencias más importante sobre la vida cotidiana en el Imperio Nuevo.

En cuanto a la propia tumba de Amenhotep I, su paradero sigue siendo un misterio a pesar de más de un siglo de investigación arqueológica. A diferencia de los sepulcros de sus sucesores, que se han convertido en modernos focos de atracción turística, la eterna morada de Amenhotep permanece inalterada. En esto, como en el resto de su programa de reforma de la monarquía egipcia, se cumpliría su voluntad.

11
Las fronteras se ensanchan

TORMENTA DE FUEGO SOBRE NUBIA

El renacimiento del Imperio Nuevo egipcio entrañaba una profunda paradoja: la artífice del restablecimiento de la antigua gloria del país había sido la institución de la monarquía hereditaria, pero, a la vez, ese mismo sistema adolecía de un punto débil fundamental. Durante dos generaciones sucesivas, el trono había pasado a manos de menores de edad. Aunque ello había dado a las mujeres de la familia real una oportunidad sin precedentes para ejercer el liderazgo, el hecho de que la sagrada dignidad real estuviera en manos de un niño, dependiente de otras personas para la dirección del Estado, no puede decirse que concordara exactamente con el ideal egipcio, ni tampoco era la mejor receta para un gobierno fuerte. Y, lo que era aún peor, la endogamia favorecida por los gobernantes tebanos de finales de la XVII Dinastía y comienzos de la XVIII había venido a reducir el acervo genético hasta un punto peligroso: Amenhotep I y su hermana-esposa eran a su vez hijos de otro matrimonio entre hermanos, como también lo fueran sus padres. Con solo dos bisabuelos entre ellos, quizá no resulta sorprendente que Amenhotep I y la reina no pudieran tener hijos. De hecho, lo extraordinario es que no se vieran afligidos por afecciones congénitas más graves.

La monarquía no es nada sin una sucesión asegurada, y la falta de un heredero planteaba el peligro de echar a perder los logros, ganados a costa de mucho esfuerzo, de Amenhotep y su dinastía. Pero lo que al rey le faltaba en cuanto a fertilidad lo compensaba con creces en capacidad estratégica. Reconociendo el imperativo de contar con un sucesor legítimo, en la última etapa de su reinado tomó la inusual decisión de adoptar a uno de sus lugartenientes de más confianza y mayor talento, un hombre llamado Thutmose, como heredero natural. Los orígenes de Thutmose permanecen envueltos en el misterio —el nuevo rey no desearía especialmente dar publicidad a su poco ortodoxo camino hacia el poder—, pero su selección resultaría acertada. Aunque era ya un hombre de mediana edad y era poco probable que disfrutara de un largo reinado, poseía una energía y una determinación aparentemente inagotables. Tenía una visión audaz del destino de Egipto; una visión que entrañaba no solo cimentar las victorias de Kamose y Ahmose, sino también ensanchar activamente las fronteras de la nación para forjar un «Imperio egipcio». Bajo la dinastía de Thutmose, Egipto se transformaría, dentro y fuera de su territorio, en la civilización más poderosa y brillante del mundo antiguo.

Thutmose I (1493-1481) era el primer rey en tres generaciones que accedía al trono siendo ya adulto. Se hallaba, pues, en situación de emprender de inmediato su programa de gobierno, aunque solo después de haber acallado cualquier voz que se alzara en contra de sus pretensiones regias. La constante presencia de la matriarca real, Ahmose-Nefertari, le dio a su reinado el necesario marchamo de legitimidad, pero Thutmose decidió tomar, además, algunas medidas de carácter público para recalcar su derecho al trono. Su primer acto como rey fue promulgar un decreto anunciando su coronación y su adopción formal de los títulos reales, dos ceremonias que servían para confirmar a un rey en el poder y conferirle autoridad divina. Envió el decreto a su virrey en Nubia, Turi, con instrucciones concretas de erigir copias monumentales en los principales centros de control egipcio, Asuán, Kubban y Uadi Halfa. El recuerdo de la rebelión contra el rey Ahmose todavía estaba vivo, y desde un primer momento Thutmose estuvo decidido a someter a sus súbditos nubios mediante la intimidación. Para las tierras al sur de la primera catarata, el decreto de coronación de Thutmose representaba tanto una advertencia como una promesa: en el plazo de doce meses, Nubia se vería sacudida por la campaña de conquista mejor coordinada y más devastadora jamás lanzada por Egipto.

«Enfurecido como una pantera», Thutmose declaró su propósito de «eliminar el malestar en todas las tierras extranjeras, someter a los rebeldes de la región del desierto».[1] La tormenta de fuego sobre Nubia duró la mayor parte de su segundo año en el trono (1492). Los soberanos del Imperio Medio se habían contentado con aplicar una estrategia defensiva, protegiendo los intereses egipcios en Uauat frente a la amenaza del reino de Kush mediante una combinación de compromiso económico y apaciguamiento político. Los desastrosos resultados de esta política se habían visto en Egipto cuando el país estaba en su momento de mayor debilidad. Pero Thutmose I no estaba dispuesto a cometer el mismo error. Para él, la única garantía a largo plazo de la seguridad egipcia era la aniquilación de la amenaza kushita.

Desde su base avanzada en la isla de Shaat, Thutmose ordenó que se remolcara por tierra una flotilla de barcos, evitando los peligrosos rápidos de la tercera catarata, a fin de lanzar un ataque frontal sobre Kerma, capital del reino kushita. El ataque fue implacable y de una ferocidad aterradora. Kerma fue saqueada e incendiada y su templo, profanado. El victorioso Thutmose avanzó por el territorio con un destacamento de su ejército y un nutrido séquito de funcionarios. En lugar de seguir el río, tomaron la ruta del desierto desde Kerma hasta los remotos confines del Nilo, más allá de la cuarta catarata. Esta decisión tenía una lógica práctica a la vez que un significado simbólico: permitía alcanzar el objetivo de llevar la autoridad egipcia más lejos que nunca sin que fuera necesario conquistar todo el territorio intermedio a lo largo del río, controlado por los kushitas.

El rey y sus seguidores hicieron un alto ante una gran roca de cuarzo (la actual Hagar el-Merwa, cerca de Kurgus) que emergía de la llanura desértica junto al Nilo. Además de constituir un prominente hito en el paisaje, visible desde varios

kilómetros a la redonda, la roca tenía también una gran importancia espiritual para la población local y estaba cubierta de inscripciones religiosas. Thutmose ordenó que se grabara una inscripción conmemorando su victoria sobre aquellos textos autóctonos, que cubrió con una escueta afirmación de poder faraónico proclamando las fronteras de su nuevo imperio. La inscripción registraba asimismo la presencia, en aquella que simbólicamente era la más significativa de las ocasiones, de la hija del rey, Hatshepsut. Para Thutmose, «ensanchar las fronteras de Egipto» no era solo una prioridad personal, sino el destino de su nueva dinastía. Era un mandato que la joven e impresionable princesa no olvidaría.

De vuelta en Kerma, el rey contempló la devastación que su ejército había causado y, siempre atento a guardar las formas, decidió recordar la aplastante victoria en una nueva inscripción monumental (el poder de la palabra escrita para hacer permanente un estado de cosas deseado desempeñaba un papel fundamental en las creencias y las prácticas egipcias). El texto, grabado en una cara de una imponente roca inclinada situada justo fuera de los límites de la ciudad, cerca de la actual Tombos, incluye un extenso comentario sobre la campaña nubia. Su tono espeluznante supera incluso a la acostumbrada retórica de los antiguos egipcios, describiendo un morboso panorama de la matanza infligida a los infortunados habitantes de Kerma:

No ha quedado ni uno solo de ellos.
Los arqueros nubios han sucumbido a la matanza,
y han sido abatidos en todas sus tierras.
Sus entrañas empapan sus valles;
la sangre derramada por sus bocas se vierte en los torrentes.
Los carroñeros se ciernen sobre ellos,
y los pájaros se llevan sus trofeos a otra parte.[2]

En la misma línea, la inscripción elogia la guerra (justa) y ensalza a Thutmose I como conquistador ávido de gloria dispuesto a recorrer la tierra conquistando todos sus rincones: «Poderoso y victorioso, caminó sin fin buscando el combate, pero no encontró a nadie dispuesto a hacerle frente».[3] El texto de Tombos, que califica a los extranjeros de «abominación del dios», exhibe un tono particularmente inflexible de crueldad exultante y militarismo desenfrenado.

Antes de dejar Nubia, el rey ordenó que se construyeran una serie de ciudades fortificadas, repartidas por todos los territorios conquistados, a fin de proporcionar a los egipcios un enclave permanente en Kush y disuadir a la población de futuras rebeliones. Uno de aquellos fuertes, con la rimbombancia habitual, recibió el nombre de «Nadie osa enfrentarse a él de entre todos los Nueve Arcos [los enemigos tradicionales de Egipto]». Para facilitar su administración, Nubia fue dividida en cinco distritos, cada uno de ellos controlado por un gobernador que juraba lealtad al rey egipcio. En una nueva medida encaminada a inculcar esa lealtad, los hijos de los jefes nubios fueron llevados a la fuerza a Egipto a fin de ser «educados» en la corte

junto con sus señores, con la esperanza de que, de ese modo, aprendieran las costumbres y la cosmovisión egipcias. Al mismo tiempo, servían como rehenes convenientes frente a una posible insurrección de sus parientes que habían quedado en Nubia.

Otra clase de «deportación» mucho más terrible aguardaba al derrotado gobernante de Kerma. Si hemos de creer a las fuentes documentales egipcias, este fue derribado en la batalla por el propio Thutmose I; de ser así, tuvo la suerte de tener una muerte rápida. En el triunfal viaje de regreso de los egipcios, el cadáver del enemigo fue atado a la proa del buque insignia de Thutmose, el *Halcón*. Allí permaneció colgado, putrefacto y lleno de moscas, como espantoso mascarón símbolo de la victoria del rey y horrenda advertencia a cualesquiera otros posibles enemigos. Una vez en Egipto, el conquistador dio las gracias a los dioses por su victoria dedicándoles una estela en el centro sagrado de Abedyu. Al final de las habituales fórmulas piadosas, el rey volvió a las andadas, deleitándose en su sometimiento de los pueblos extranjeros: «Hice de Egipto el amo, y de todas las tierras sus sirvientes».[4]

La tarea de construcción imperial de Thutmose había adquirido por entonces un celo religioso.

MÁS Y MÁS GRANDE

Una cosa era conquistar Nubia, que era una extensión natural del valle del Nilo egipcio y un territorio fácilmente accesible en barco, y otra muy distinta ampliar las fronteras del país hacia Asia, con multitud de ciudades-Estado y un territorio completamente desconocido. Sin embargo, no bien Thutmose hubo terminado de celebrar que había metido en cintura a Kush, empezó a hacer planes para realizar una incursión no menos ambiciosa en Oriente Próximo, «para lavar su corazón [es decir, aplacar su deseo] en todas las tierras extranjeras».[5] Esta vez, no obstante, parece que el principal objetivo del rey fue un golpe propagandístico a corto plazo, en lugar de la supremacía militar absoluta. Las guarniciones egipcias de Sharuhen y Gaza, establecidas por sus predecesores, parecían suficientes para evitar otra invasión como la de los hicsos por parte de asiáticos hostiles. Los intereses económicos egipcios siguieron centrándose en el «centro de distribución» de Kebny, desde donde la corte real podía obtener todos los productos exóticos que deseaba: madera, aceites aromáticos, estaño y plata. Pero eso no era suficiente para Thutmose, el azote de Nubia. Anhelaba el reconocimiento internacional de Egipto como gran potencia y en pie de igualdad con los demás imperios emergentes de Oriente Próximo. Y sabía que la forma más rápida de obtener tal estatus era una masiva exhibición de fuerza ante las propias narices de sus rivales.

Puede que hubiera también un motivo estratégico a largo plazo para realizar una incursión armada en Asia. Los predecesores de Thutmose de finales del Imperio Medio no habían sabido reconocer la amenaza planteada por los hicsos hasta que fue demasiado tarde, y él estaba decidido a no repetir ese error. Sus emisarios y espías le habrían informado de que en el norte de Mesopotamia, mucho más allá de las fronteras de Egipto, otra potencia que podría resultar hostil estaba adquiriendo cada vez mayor poder. El reino de Mitani había sido forjado, a partir de una serie de estados más pequeños, por una fuerza de guerreros de habla indoeuropea. Además de su extraña lengua (reflejada en los nombres de sus reyes y de algunos de sus dioses), desde las estepas de Asia Central también se habían traído consigo el carro militar tirado por caballos y una clase de aurigas de élite denominados *maryannu*. En la época de Ahmose, y gracias a la elevada eficacia de aquella nueva arma, Mitani se había hecho lo bastante fuerte como para invadir Anatolia e infligir una derrota aplastante al reino hitita, y durante el reinado de Amenhotep I había expulsado ya a los hititas del norte de Siria, alterando el delicado equilibrio político de Oriente Próximo. Mitani avanzaba imparable, arrasando todo lo que se le ponía por delante. Parecía solo cuestión de tiempo que llegara a penetrar en la esfera de los intereses egipcios. Frente a tal perspectiva, Thutmose decidió que la política más prudente consistía en un ataque preventivo; más valía prevenir que curar.

Así, en el cuarto año de su reinado partió hacia el reino de Mitani, conocido por los egipcios como Naharin, o «los dos ríos»; en otras palabras, Mesopotamia. Los detalles de la expedición que se han conservado son incompletos, pero parece probable que, a fin de evitar una campaña lenta y prolongada a través de Palestina, Thutmose optó por una operación anfibia, remontando con sus naves la costa del Mediterráneo oriental y desembarcando con sus fuerzas en el puerto aliado de Kebny. Desde allí debió de emprender una marcha por tierra mucho más breve hasta el norte de Siria y las orillas del Alto Éufrates. Al otro lado del grandioso río se hallaba el territorio de Mitani propiamente dicho.

Las fuentes de información locales confirmaron los peores temores de Thutmose: Mitani estaba planeando de hecho un ataque al territorio de Siria-Palestina, lo que amenazaba directamente los intereses económicos de Egipto. El rey se apresuró a entablar combate con el enemigo y «hacer una gran matanza entre ellos»,[6] apoderándose de algunos de sus preciados carros y caballos. Para restregarle por la cara a Mitani su derrota, Thutmose hizo lo que en aquel momento cabía esperar de él: mandó grabar una gran inscripción conmemorativa a orillas del Éufrates para señalar la última frontera de su nuevo imperio. Desde las fronteras de Mesopotamia, en el norte, hasta la cuarta catarata, en el sur, Egipto nunca había dejado sentir su poder en un territorio tan amplio.

Una vez satisfecho su honor, el ejército egipcio volvió a casa. En ningún momento se había planteado la conquista total de Mitani, puesto que Egipto no tenía ningún interés estratégico en controlar un territorio tan distante del suyo. Pero lo que

sí había logrado Thutmose era lanzar una advertencia a Mitani y neutralizar su amenaza inmediata. Y, al mismo tiempo, había mostrado el nuevo estatus de superpotencia de Egipto en la escena mundial, tanto a Mitani como a sus inquietos vecinos. Sin embargo, en lugar de volver directamente a Egipto con sus fuerzas victoriosas, Thutmose decidió entregarse a la clásica exhibición de soberbia triunfalista. Deteniendo su marcha de regreso en el territorio de Niye, en el valle del río Orontes (la actual Así), se dedicó a dar caza a los rebaños de elefantes sirios que deambulaban por la zona. Este extraordinario acto sin duda estaba minuciosamente calculado. En el plano simbólico, se inspiraba en la antigua ideología de la realeza, estableciendo un paralelismo explícito entre la derrota de los enemigos de Egipto y el sometimiento de la naturaleza indómita. Como líder militar, Thutmose se elevaba a sí mismo a la categoría de vengador cósmico. Por otra parte, en un nivel más práctico, ello debió de servir para dar pábulo a la noticia que por entonces se estaba difundiendo por todo Oriente Próximo: que en Egipto había surgido un gran rey que mostraba tanta bravuconería en sus objetivos en tiempos de paz como en el campo de batalla.

DIGNA HIJA DE SU PADRE

Cuando Thutmose I murió en 1481, tras un reinado de solo doce años, dejó como legado un Imperio egipcio cuyas fronteras se extendían desde Siria hasta el África subsahariana. Los «grandes reyes» de Oriente Próximo —los soberanos de Babilonia, Asiria y Mitani, junto con los hititas— reconocían a su homólogo egipcio como miembro de pleno derecho de su selecto club. Pero esta autoridad recién ganada resultaba tan superficial como endeble. En Kerma, la población local había reconstruido su ciudad y su templo, reafirmando sus tradiciones autóctonas en un desafío directo a sus señores egipcios. En cuanto la noticia de la muerte de Thutmose llegó a la Alta Nubia, los kushitas se rebelaron, confiando en recuperar parte de la autonomía que tan brutalmente habían aplastado sus enemigos. Entre los rebeldes, ocupaban un lugar destacado los hijos supervivientes del mismo rey de Kush al que Thutmose había dado muerte y había colgado tan atrozmente de la proa de su buque insignia. Su venganza resultó de hecho bastante dulce: las fuerzas kushitas atacaron las fortalezas construidas por Thutmose, aniquilaron a sus guarniciones egipcias, se llevaron su ganado y, durante un tiempo, incluso parecieron amenazar el dominio egipcio sobre Nubia. Sin embargo, no habían contado con la determinación del joven sucesor y homónimo de Thutmose, que demostró que no le iba en absoluto a la zaga. Organizando una respuesta militar inmediata a la revuelta, Thutmose II (1481-1479) ordenó pasar a cuchillo a todos los varones nubios, con la sola excepción de uno de los príncipes kushitas, que sería llevado de regreso a Egipto para ser «reeducado» a la manera clásica.

En su implacable determinación de defender los logros de su padre, Thutmose II contó sin duda con el respaldo de su hermanastra y consorte, Hatshepsut. Pero, haciendo honor a su nombre (que significaba «la primera de entre las nobles damas»), Hatshepsut no se limitó a ser la «gran esposa del rey». Como hija de Thutmose I y su principal esposa, Hatshepsut consideraba que tenía más derecho al trono que su marido, cuya madre había sido solo una esposa secundaria. Así, cuando el joven esposo de Hatshepsut sucumbió a la enfermedad después de solo tres años en el trono, aprovechó la oportunidad. No contenta ya con mantenerse al margen, puso firmemente sus miras en llegar a lo más alto. Como Ahmose antes que ella, la dignidad real sería el foco de su ambición y Tebas, su escenario. Al igual que su padre había ensanchado las fronteras de Egipto, también Hatshepsut llevaría las fronteras de la ideología regia más allá de donde habían llegado nunca.

Que una mujer llevara las riendas del poder en el antiguo Egipto no era un hecho sin precedentes; a finales de la XII Dinastía, una reina, Sobekneferu, había ocupado el trono durante un breve período. En épocas más recientes, durante las convulsiones y la reconstrucción de finales de la XVII y XVIII Dinastías, tres generaciones sucesivas de reales damas, Tetisheri, Ahhotep y Ahmose-Nefertari, habían ejercido una gran influencia en los asuntos del Estado. Teniendo esto en cuenta, Hatshepsut simplemente se limitaba a seguir esa tradición cuando pasó a ejercer de regente en nombre de Thutmose III, hijo de Thutmose II e hijastro suyo. Como deja clara una inscripción contemporánea, la autoridad de Hatshepsut tuvo un talante distinto desde el primer momento. Tras la muerte de su esposo…

> Su hijo se alzó en su lugar como rey de las Dos Tierras, habiendo asumido el dominio del trono de su progenitor; mientras que su hermana, la Esposa del Dios Hatshepsut, dirigía los asuntos de la tierra, y las Dos Tierras se sometían a sus consejos. A ella se sirve; Egipto inclina la cabeza.[7]

Su posición como «esposa del dios» le daba cierta autoridad, especialmente en la región tebana; pero Hatshepsut y sus cortesanos debían de ser plenamente conscientes de que ella no era la madre del rey, sino tan solo su tía y madrastra. Para ella, ejercer un control absoluto del gobierno requeriría de la adecuada coartada ideológica y de la pertinente justificación teológica. Su primera y audaz medida fue adoptar el equivalente de un nombre de trono real, que utilizaría junto con sus títulos de reina. Luego, en 1473, cuando llevaba siete años de regencia, Hatshepsut tomó la vital e irrevocable decisión de adoptar toda la parafernalia de la dignidad real: los atributos de coronas y cetros, los títulos y estilos consagrados de la monarquía egipcia. Aunque tenía que compartir el trono con su joven hijastro, no cabía duda de cuál de los dos corregentes ostentaba mayor poder. Se había iniciado el reinado de Hatshepsut propiamente dicho.

A raíz de tan heterodoxo ascenso al trono, la nueva reina y sus consejeros se embarcaron en un programa concertado de mitificación destinado a reforzar su legitimidad. Fomentaron el mito de su origen divino y reescribieron la historia para

dar a entender que su padre la había escogido en vida como su heredera natural. En monumentos e inscripciones, la reina hizo hincapié conscientemente en los logros de su padre, calificándose de «la primogénita del rey» e ignorando estudiadamente el breve reinado de su difunto esposo. Era como si Thutmose II no hubiera existido nunca y el trono hubiera pasado directamente de Thutmose I a Hatshepsut.

Puede que este juego de manos convenciera a algunos de sus detractores, pero seguía quedando la espinosa cuestión de su género. La ideología de la realeza requería, de hecho exigía, un soberano masculino. Pero Hatshepsut, como su propio nombre anunciaba, era una mujer. Su respuesta a este problema resultó ser profundamente esquizofrénica. En algunos monumentos, especialmente los que databan de la época anterior a su ascenso al trono, hizo que se volviera a grabar su imagen para darle el aspecto de un hombre. En otros, hizo que se aplicaran epítetos femeninos a monarcas varones del pasado en un aparente intento de «feminizar» a sus ancestros. Por su parte, aun cuando se la representaba como a un hombre, Hatshepsut solía utilizar epítetos gramaticalmente femeninos, calificándose a sí misma como la hija (y no hijo) de Ra, o señora (y no señor) de las Dos Tierras. La tensión entre un cargo supuestamente masculino y el género femenino de quien lo ostentaba, no llegaría a resolverse de manera satisfactoria. Así pues, apenas resulta sorprendente que a los consejeros de Hatshepsut se les ocurriera un nuevo circunloquio para la monarca: en adelante, el término con el que se designaba al palacio, *per-aa* (literalmente «casa grande»), se aplicaría también a su principal morador; así, *peraa* («faraón»), una palabra que carecía de flexión de género, pasaría a convertirse en el peculiar término con el que se designaría al soberano egipcio.

Mientras que Thutmose I había centrado sus esfuerzos en crear un imperio, el mayor deseo de su hija fue cubrir Egipto de edificios adecuados a su nuevo estatus. El reinado de Hatshepsut resulta notable, cuando menos, por el número y la audacia de sus monumentos, desde un santuario rupestre excavado en las montañas del Sinaí hasta un templo de piedra erigido en el interior de la fortaleza de Buhen, en Nubia. Pero fue Tebas la que más se benefició de sus planes. El paisaje sagrado de la ciudad, establecido en los mismos comienzos del Imperio Nuevo, ofrecía a Hatshepsut la oportunidad sin parangón de hacer que se la asociara aún más estrechamente con el dios estatal Amón-Ra, y, en consecuencia, de que se silenciara de una vez por todas a sus detractores y a quienes dudaban de ella. Durante generaciones, el principal templo de Amón-Ra en Ipetsut había gozado de una importancia teológica que sus proporciones más bien modestas parecían desmentir. Hatshepsut cambió esa situación. Se propuso transformarlo en un auténtico santuario nacional, añadiendo una «noble sala hipóstila»[8] entre las dos puertas monumentales que edificara su padre. En el corazón del templo reformó el santuario del Imperio Medio, mientras que, en el lado sur, sus arquitectos situaron una inmensa puerta nueva, la mayor hasta la fecha, precedida de seis colosales estatuas de la reina. Cerca de ella mandó erigir una capilla construida con bloques de arenisca roja y granito negro, cada uno de ellos

decorado con exquisitas escenas en las que se representaba a Hatshepsut realizando los rituales y deberes de la realeza. En la cara norte del templo ordenó construir una residencia real con el revelador nombre de «El palacio real “No estoy lejos de él” [de Amón-Ra]».

El remate de sus añadidos a Ipetsut fueron tres pares de obeliscos, destinados, bastante literalmente, a señalar el camino hacia lo divino. En la base de uno de los pares hizo que sus canteros grabaran un largo texto que dejara constancia de sus piadosos motivos para toda la eternidad. Todavía hoy se alza como la principal apología de Hatshepsut y la descripción más reveladora de su carácter y su ambición:

> He hecho esto con un corazón amante hacia mi padre Amón … Llamo la atención de las gentes que vivan en el futuro, para que consideren este monumento que he hecho para mi padre … Fue mientras estaba sentada en palacio cuando recordé a mi creador.
>
> Mi corazón me llevó a erigir para él dos obeliscos de electrum [una aleación natural de oro y plata], cuyos pináculos tocaran los cielos…
>
> Ahora mi mente va de aquí para allá, previendo las palabras de las gentes que verán mi monumento en los años futuros y hablarán de lo que yo he hecho … Él no afirmará que lo que he dicho sea una exageración. Lejos de ello, dirá: «¡Cuán leal es a su padre!» … Porque yo soy en verdad su hija, quien le glorifica y quien sabe lo que él ha ordenado…[9]

SANCTASANCTÓRUM

Fuera de Ipetsut, Hatshepsut recogió el testigo de Amenhotep I, añadiendo aún más elementos arquitectónicos al gran escenario de la realeza montado en Tebas. Desde su puerta en el lado sur de Ipetsut, trazó un nuevo eje que unía el templo de Amón-Ra con otro templo consagrado a la esposa del dios, Mut, y, más allá, con un nuevo santuario para la barca divina, en el denominado «santuario del sur» dedicado a Amón (la actual Luxor). Para hacer un adecuado uso simbólico de esta nueva vía procesional, los teólogos de Hatshepsut inauguraron una celebración anual, la «festividad de Opet», durante la cual la imagen de culto de Amón se trasladaba de Ipetsut a Luxor, marcando un período de descanso y relajación. Amón de Opet viajaría por el río para visitar la orilla occidental (así como un pequeño templo construido por Hatshepsut especialmente para recibirlo), abriendo así otro nuevo eje ritual. Dado que la «Hermosa Festividad del Valle» unía ya Ipetsut y Deir el-Bahari, ahora toda Tebas estaba demarcada por vías procesionales. La ciudad y todo lo que había en ella pertenecía incontrovertiblemente a Amón-Ra gracias al buen hacer de su amada hija.

De las numerosas construcciones de Hatshepsut en Egipto, ninguna fue objeto de tanto cuidado y atención como su templo en Deir el-Bahari. La estrecha asociación del lugar con Hathor, diosa madre y guardiana de la realeza, debía de tener un atractivo especial para la monarca. El hecho de que se hallara directamente enfrente de su nueva puerta sur en Ipetsut le añadía, además, una mayor potencia simbólica. Aquel emplazamiento demandaba, pues, un monumento de especial calidad. Lo que

Hatshepsut y sus arquitectos crearon en Deir el-Bahari a lo largo de trece años, sigue siendo uno de los edificios más notables del antiguo Egipto. La peculiaridad de su diseño resulta impresionante todavía hoy. Su escala y grandiosidad resultan abrumadoras, justamente lo que su patrocinadora pretendía. Aunque diseñado sobre todo como un gran palacio de reposo para la sagrada barca de Amón-Ra durante la Hermosa Festividad del Valle, el templo, bautizado por Hatshepsut como Dyeser-dyeseru, «el Sanctasanctórum», incorporaba también santuarios dedicados a Anubis, Hathor y Ra, además de una serie de capillas para la perpetua celebración de su culto funerario junto con el de su padre, Thutmose I. Un solo edificio aspiraba a incorporar todos y cada uno de los aspectos de la ideología regia, desde la relación del monarca con las antiguas deidades Hathor y Ra hasta la celebración de los reales ancestros y el destino eterno del rey.

Todo el complejo se estructuraba en una serie de enormes terrazas, con la propia pared del risco como impresionante telón de fondo natural. Se inspiraba en el vecino templo de Mentuhotep, pero superaba a su predecesor en todos los aspectos y situaba a Hatshepsut como la fundadora de una nueva era. Una calzada elevada unía el templo principal con un «templo del valle», situado casi un kilómetro al este. Los últimos 450 metros de esta vía procesional estaban flanqueados por más de un centenar de esfinges de Hatshepsut. Asimismo, el templo propiamente dicho estaba decorado con una magnífica estatuaria en la que se representaba a la monarca bajo diferentes aspectos, realizando ofrendas a los dioses o transfigurada en Osiris. Tras las fachadas hipóstilas de cada terraza, una serie de escenas delicadamente labradas y pintadas registraban episodios clave de la vida de Hatshepsut, reales o imaginarios: su origen divino, su elección como heredera natural, su coronación, el transporte de los obeliscos a Ipetsut y —quizá la más famosa— la expedición que envió en 1463 a la legendaria tierra de Punt a fin de recoger materiales exóticos para Amón-Ra. Los vívidos detalles del paisaje africano, las casas construidas sobre pilotes de los puntitas y su obesa reina, han hecho de esta representación una de las más conocidas de entre todas las de los templos egipcios. Ciertamente, parece captar de manera especialmente acertada la frescura, vitalidad e innovación que caracterizaron al reinado de Hatshepsut, la más eficaz y poderosa del puñado de mujeres que llegaron a gobernar el antiguo Egipto.

Pero hay también otro aspecto destacado, además de inusual, en el reinado de Hatshepsut: los inauditos favores que concedió al más devoto de sus partidarios, Senenmut, un hombre de origen humilde que llegó a alcanzar una posición prominente durante su regencia. Como tutor de la hija de Hatshepsut, disfrutaba de un acceso privilegiado al círculo íntimo de la familia real; como supervisor de la cámara de audiencias, en la práctica controlaba quién podía y quién no podía ver a la regente, y como administrador del patrimonio de la reina, ejercía una considerable influencia económica. Esta combinación de cargos le convirtió en el cortesano más influyente, con mucho, de Hatshepsut. Parece que tuvo asimismo cierta inclinación artística, a

juzgar por la cantidad, calidad y diversidad sin parangón de la estatuaria de Senenmut que se ha conservado, y sus dotes fueron reconocidas por la propia Hatshepsut, que le ascendió a los puestos de «supervisor de todas las obras del rey» y de arquitecto jefe. En calidad de tal, dirigió la elaboración y el transporte de los obeliscos de la reina, así como la construcción del «Sanctasanctórum». Su mayor recompensa, entre muchas otras, fue el permiso real para grabar sus propios relieves piadosos en Deir el-Bahari, en Ipetsut y «en [todos] los templos del Alto y el Bajo Egipto».[10] En Deir el-Bahari, incluso se hizo representar a sí mismo en el santuario superior, aunque cuidando de que su figura quedara oculta al abrirse las puertas. Que un plebeyo apareciera representado en la parte más sagrada del templo no solo era algo inusual, sino un hecho sin precedentes.

Asimismo, se le permitió encargar la construcción de un vasto complejo funerario, el mayor de su época, que incluía una capilla para el culto público y una cámara mortuoria más recoleta; esta última llegaba hasta debajo del recinto sagrado de Deir el-Bahari y estaba equipada con un sarcófago de piedra, lo que constituía otra prerrogativa regia. Apenas sorprende que los envidiosos contemporáneos de Senenmut albergaran sospechas acerca de la naturaleza exacta de su relación con Hatshepsut, ni que un osado obrero tebano ilustrara los más difamatorios de aquellos rumores en un grafito sexualmente explícito.

Irónicamente, la elevación de Hatshepsut al más alto rango de la realeza no llevó aparejado un ascenso proporcional para Senenmut. Este fue reemplazado como tutor de la princesa, y posteriormente desapareció de los registros oficiales. Se ignora aún hoy si cayó en desgracia, se jubiló o, simplemente, murió por causas naturales. Pero lo que sí se sabe es que no se casó ni dejó herederos; quizá ese fuera el precio que pagó por obtener y conservar el favor de su señora.

MÁS PODER TODAVÍA

Aunque es posible que Hatshepsut, en sus momentos de mayor ambición, confiara en ver a su hija seguir sus pasos, una sucesión madre-hija habría tensado demasiado la cuerda de la ideología regia del antiguo Egipto. El caso es que, al final, el trono pasó a su hijastro, sobrino y yerno, Thutmose III, quien, tras una década y media como joven corregente, finalmente accedió al trono en solitario en 1458. Fueran cuales fuesen sus sentimientos personales hacia su madrastra, sin duda compartía con ella su idealización de Thutmose I; y, con el mismo celo y la misma energía que su abuelo, se propuso consolidar su herencia imperial. Solo diez semanas después de tomar las riendas del poder, Thutmose III se puso a la cabeza de su ejército en su primera campaña militar en Oriente Próximo. Estaba decidido, sin duda, a demostrar que era un líder tan valeroso y resuelto como su antepasado. Pero había también un imperativo político de carácter más inmediato: mientras el régimen de Hatshepsut se

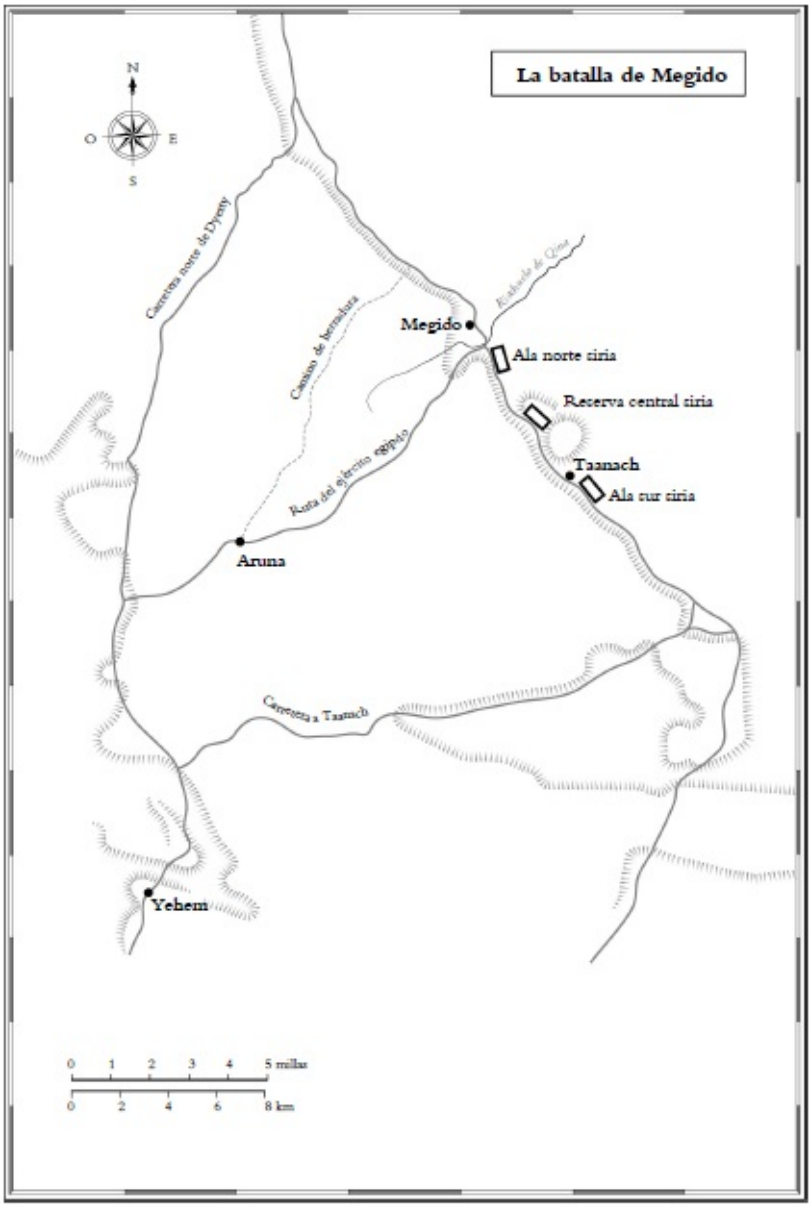
concentraba en los proyectos de construcción en el propio territorio egipcio, los rivales extranjeros de Egipto no habían permanecido ociosos. El reino de Mitani, temporalmente humillado por Thutmose I, se había rehecho, y a la sazón se dedicaba a fomentar la resistencia al dominio egipcio entre una coalición de príncipes asiáticos. El más importante de ellos era el príncipe de Qadesh (la actual Tell Nebi Mend), que se había refugiado, junto con sus aliados clave, en la ciudad fortificada de Megido (la Armagedón bíblica). Dado que Megido controlaba el valle de Jezreel, la principal ruta norte-sur que atravesaba el norte de Canaán, y que constituía asimismo la ruta más fácil entre el valle del Jordán y la costa mediterránea, para Egipto suponía un riesgo ignorar aquel inoportuno acontecimiento. Y el ataque era la mejor forma de defensa.

A finales del invierno de 1458, Thutmose III y su guardia real, integrada por diez mil hombres, pasaron junto a la fortaleza fronteriza de Tyaru en dirección a Megido. Tras una marcha de nueve días llegaron a Gaza, donde pasaron la noche en amistosa compañía. Pero no era aquel el momento de relajarse; al despuntar el alba se levantaron y se pusieron de nuevo en camino llenos de «valor, victoria, poder y vindicación».[11] Otros once días de marcha a través de un territorio desconocido y hostil llevaron al ejército hasta la ciudad de Yehem, donde el rey convocó a su plana mayor. Desde Yehem, tres rutas distintas partían hacia Megido: una por el norte, otra por el sur y una tercera, más directa, a través del estrecho paso de Aruna. Según el registro oficial de la campaña, el rey se decantó por la ruta en Aruna en contra del consejo de sus generales. Fuera cual fuese la verdad subyacente a tal decisión, el caso es que esta resultaría acertada, puesto que los soldados egipcios atravesaron el estrecho desfiladero, con Thutmose a la cabeza, sin encontrar resistencia alguna. El enemigo había estado aguardándoles en el norte y en el sur, sin contar en ningún momento con que se arriesgarían a tomar la ruta de Aruna. Una vez que la retaguardia egipcia había salido del paso sana y salva, el grueso de la fuerza siguió avanzando hacia Megido, y en las primeras horas de la tarde acampó a orillas del riachuelo de Qina. Como haría el Enrique V de Shakespeare en la víspera de la batalla de Agincourt, Thutmose arengó a sus soldados con vistas al combate de la mañana siguiente, indicando al cuerpo de guardia: «¡Sed firmes, sed firmes! ¡Estad atentos, estad atentos!».[12]

El 27 de abril al amanecer, el rey apareció en medio de su infantería montado en un carro de electrum y ataviado con una reluciente armadura; una cegadora visión destinada a alentar a sus tropas e intimidar al enemigo. Y parece ser que dio resultado, puesto que las fuerzas rivales «huyeron precipitadamente a Megido con cara de terror, abandonando sus caballos y sus carros de oro y plata, para ser izados [a través de las murallas] al interior de la ciudad tirando de sus ropas».[13] Pero entonces, para eterna vergüenza de los egipcios, la disciplina de sus tropas se rompió y, en lugar de sacar partido de su ventaja, se dedicaron a saquear las pertenencias que el enemigo había dejado en el campo de batalla. Al no ser capaces de tomar Megido

antes de que la ciudad pudiera organizar sus defensas, los egipcios se vieron obligados a prepararse para un largo asedio. Se envió un destacamento de soldados a que midieran las murallas de la ciudad, mientras que otros se dedicaban a talar los frutales circundantes. Después de un gran esfuerzo, Megido se vio rodeada por un muro de madera de dos metros de altura por uno de grosor, protegido además por un foso. Conforme iban pasando lentamente los días y las semanas, algunos de los acosados y hambrientos habitantes de la población la abandonaban para rendirse, y eran debidamente indultados. Para el príncipe de Qadesh y sus aliados, era solo cuestión de tiempo. A la larga, también ellos se rendirían a Thutmose, arrastrándose «sobre el vientre para besar el suelo ante el poderío de Su Majestad, y para implorar aliento para sus narices».[14]

Su sumisión pública fue solo el principio. El victorioso rey nombró a nuevos gobernantes en todas sus ciudades, se apoderó de su territorio y lo anexionó al erario real. Los productos de las ricas tierras cultivables de la llanura de Megido, junto con el tributo animal de toda el área de Oriente Próximo, proporcionaron a Egipto una influencia económica equiparable a su poderío político y militar. El botín de la batalla de Megido fue extraordinario: dos mil caballos y casi un millar de carros; casi dos mil cabezas de ganado vacuno, el mismo número de cabras y más de veinte mil ovejas; 1.796 esclavos y esclavas con sus hijos, y numerosos prisioneros de guerra, incluidas las esposas del gobernante de Qadesh. En conjunto, aquel representaría el acontecimiento militar más significativo de todo el reinado de Thutmose III, y aseguraría el control egipcio de Transjordania durante los cuatro siglos siguientes.



EL TERROR Y LA ENVIDIA DE TODOS

Más allá de la retórica oficial de los anales de la campaña, el botín de Megido tuvo también una dimensión humana. Los soldados egipcios volvieron de la batalla con esposas extranjeras además de bienes materiales. Los cautivos y las concubinas que hicieron el largo viaje hasta el valle del Nilo provocarían una transformación de la sociedad egipcia, integrándose en sus comunidades de acogida y convirtiendo el Egipto del Imperio Nuevo en un país auténticamente cosmopolita, una consecuencia del todo inesperada de las aventuras imperiales de Egipto. El valle del Nilo siempre había sido un crisol de pueblos y culturas, donde las influencias mediterráneas y africanas coexistían y se fecundaban mutuamente. Desde tiempos prehistóricos,

Egipto había acogido favorablemente a los inmigrantes de otras tierras, dado que estos se integraban por completo y adoptaban las costumbres egipcias. Incluso en el apogeo de la Era de las Pirámides, cuando el chovinismo y la confianza de Egipto en sí mismo no tenían límite, un ciudadano nacido en Menfis podía codearse con un carpintero de navíos de Kebny o un mercenario de Nubia, por más que estos hubieran adoptado nombres egipcios. Pero la llegada de extranjeros propiciada por las campañas de Thutmose III tuvo una envergadura completamente distinta. Los pueblos y ciudades egipcios pasaron a albergar poblaciones extranjeras de tamaño significativo, y los inmigrantes se apresuraron a aprovechar al máximo sus nuevas oportunidades. Un prisionero de guerra de especial talento, llamado Pas-Baal, llegó a ser arquitecto jefe del templo de Amón, un cargo que sus descendientes mantendrían durante al menos seis generaciones. Incluso el propio palacio real presenció un cambio de actitud con respecto a los extranjeros: entre el botín traído de Oriente Próximo por Thutmose III se contaban tres mujeres sirias por las que el joven rey parecía sentir especial adoración. Una de ellas tenía por nombre Manuwai, derivado de un vocablo amorita cuyo significado era «amar», mientras que sus compañeras se llamaban Manhata y Maruta (del hebreo *martha*, que significaba «señora»). Thutmose colmaba a las tres de regalos suntuosos: brazaletes, esclavas y ajorcas de oro, collares de cuentas, diademas incrustadas de piedras preciosas, vasijas de metales preciosos y vasos de raro cristal. Apenas un siglo después de la expulsión de los odiados hicsos, el rey egipcio tenía esposas asiáticas en su harén. Era un cambio notable.

Después de Megido, Thutmose III dirigió otras dieciséis operaciones militares en Oriente Próximo durante las dos décadas siguientes, con la vertiginosa frecuencia de casi una al año. La mayoría de ellas no fueron más que recorridos de inspección acompañados de un fuerte dispositivo militar, destinados a cimentar victorias previas y a recibir el tributo de los príncipes vasallos. Sin embargo, hubo unas cuantas incursiones en Siria-Palestina que sí tuvieron verdaderos propósitos militares. La ciudad-Estado de Tunip, en el norte de Siria, planteaba una especial amenaza, y debido a ello fue objeto de tres campañas consecutivas. Thutmose dirigió sus fuerzas contra los protectorados costeros de Tunip, conquistándolos, llevándose a sus gobernantes como rehenes y transformando sus puertos en centros de abastecimiento fortificados para el ejército egipcio. De manera lenta pero sin pausa, Egipto fue eliminando la oposición y anexionándose grandes franjas de Oriente Próximo. Allí donde Thutmose I se había contentado con una exhibición de fuerza, su nieto estaba decidido a conquistar y conservar territorios a largo plazo.

Y no es que Thutmose III fuera inmune a los atractivos de un buen golpe propagandístico. En su octava campaña, decidió rematar los logros de su abuelo siguiendo sus pasos hasta las mismas fronteras de Mitani. Tal como ocurriera dos generaciones antes, el ejército egipcio viajó por mar desde el delta hasta Kebny. Allí se taló madera y se construyeron barcos, que los hombres del faraón procedieron a

arrastrar por tierra hasta las orillas del Éufrates. Tras haber «cruzado el gran recodo de Naharin lleno de valor y victoria al frente de su ejército»,[15] Thutmose encontró a las fuerzas de Mitani mal preparadas para la batalla. El rey huyó, y la nobleza buscó refugio en unas cuevas cercanas a fin de escapar al ataque egipcio, que devastó los pueblos y ciudades circundantes. Thutmose tomó la retirada enemiga como una rendición, y dejó constancia de su triunfo en una estela que mandó erigir junto a la inscripción que conmemoraba la victoria de Thutmose I. La historia se repetía, justamente tal como pretendía el rey. Para completar el efecto teatral, el faraón prosiguió hasta llegar a Niye, donde mató a 120 elefantes emulando directamente a su abuelo. Luego se tomó un tiempo para visitar la industria local de fabricación de arcos en la cercana Qatna y participar en un torneo deportivo, antes de dedicarse a recaudar más tributos de los príncipes autóctonos y de regresar a Egipto. En total, la campaña duró un tiempo récord de cinco meses. Las felicitaciones por parte de otros enemigos de Mitani no tardaron en sucederse con rapidez. Babilonia envió obsequios de lapislázuli y los hititas, cargamentos de plata, gemas y madera. También los enviados asirios rindieron tributo, como lo hicieron, algo más tarde, sendas delegaciones de Ashuwa, en la costa jónica, y del territorio denominado Tanaya (quizá Micenas), que aportaron plata y una rara variedad de hierro. La reputación de Egipto estaba en su punto álgido, y Thutmose III, su faraón guerrero, era la estrella y la envidia de las capitales extranjeras desde el Egeo hasta el golfo Pérsico.

Solo quedaba un asunto pendiente: Nubia. Dado que la fuerza bruta no había logrado aplastar a la oposición kushita, una política más calculada quizá podría tener éxito. Kerma había sido reconstruida una y otra vez por sus leales ciudadanos, de manera que, en lugar de reducir la ciudad a escombros, Thutmose III optó por la alternativa, más sencilla, de fundar su propio asentamiento egipcio justo al lado. De forma paulatina pero irreversible, al verse privada de sus oportunidades de comercio y empleo, la población de Kerma fue poco a poco salvando la corta distancia que la separaba de la nueva ciudad de Pnubs. Despojada de su actividad comercial, la vieja ciudad, talismán del sentimiento nacional kushita, se marchitó y acabó muriendo. En lugar de matar a los gobernantes locales y colgarlos cabeza abajo de su bauprés, Thutmose III se los llevó junto con sus familias a Egipto para someterlos a un proceso de asimilación, antes de repatriarlos, completamente impregnados de la cultura egipcia, para que continuaran administrando sus territorios de origen, ahora en representación de la corona de Egipto. Aunque el control egipcio no sería nunca tan fuerte en Kush como en Uauat, la política de Thutmose sería un éxito, y ninguno de los faraones del Imperio Nuevo volvería a verse turbado por rebeliones serias.

Thutmose III fue justamente saludado en vida como el soberano «que lleva su frontera hasta la lejanía del Cuerno de la Tierra, las marismas de Naharin».[16] A los ojos de la posteridad, fue quizá el más grande de todos los faraones.

12
Rey y patria

TODOS LOS HOMBRES DEL REY

Las conquistas extranjeras de Thutmose III están siempre presentes en las descripciones contemporáneas de su reinado, y de hecho todavía dominan nuestra visión acerca de este treinta y cinco siglos después. Sin embargo, aunque el rey pasó largos períodos en campaña lejos de Egipto, especialmente durante las dos primeras décadas de su gobierno en solitario, no podía permitirse el lujo de descuidar las cuestiones internas. Egipto era un país geográficamente extenso y una nación de firmes tradiciones locales y regionales. Las fuerzas de la descentralización apenas pasaron nunca de ser superficiales. La amarga experiencia, en dos ocasiones en el transcurso de la historia de Egipto, había demostrado que, en ausencia de un gobierno central firme, el país podía fácilmente caer presa de la fragmentación política, los conflictos internos y la invasión extranjera.

Para los primeros reyes de la XVIII Dinastía, Ahmose y Amenhotep I, la principal prioridad había sido reconstruir su convulso reinado, y las aventuras extranjeras no representaban más que una distracción que no podían permitirse. Que Thutmose III fuera capaz de dedicar sus considerables reservas de energía a ensanchar las fronteras de Egipto, constituye un testimonio de sus dotes de liderazgo tanto como las reformas administrativas de sus antecesores lo fueron de las suyas. Y ello porque el sistema de gobierno que los primeros reyes del Imperio Nuevo pusieron en marcha vino a reforzar el poder absoluto del monarca al tiempo que lo liberaba de las exigencias cotidianas del gobierno del país. Puede que el rey representara la única fuente de poder, que fuera al mismo tiempo el jefe del Estado y del gobierno, el comandante en jefe de las fuerzas armadas, el sumo sacerdote de todo culto y representante de los dioses en la Tierra, y el árbitro de la política; pero, en la práctica, delegaba los asuntos de Estado en un puñado de funcionarios de confianza. Aprovechándose de su estatus y de su riqueza, aquellos hombres que gobernaron el país durante el Imperio Nuevo (y ciertamente fueron todos hombres; puede que Egipto se aviniera a tener una faraona, pero los resortes del poder seguían siendo un feudo masculino) se hicieron construir sepulturas hermosamente decoradas en las colinas tebanas. Las denominadas «Tumbas de los Nobles» constituyen hoy una importante atracción turística, pero también representan una reveladora ventana que nos permite echar un vistazo al círculo de allegados del rey. Basta observar más allá de las pinturas murales brillantemente coloreadas para que salte abruptamente a la vista la sombría realidad del poder.

A efectos prácticos, la administración de Egipto estaba dividida en departamentos independientes. El gobierno central combinaba el organismo de los reales proyectos de construcción, dirigido por un «supervisor de obras», con la importantísima Hacienda, bajo el control del canciller. El ejército tenía su propio supervisor, así como también las minas de oro nubias, tan vitales para la prosperidad de la economía egipcia. El gobierno provincial era responsabilidad de delegados regionales tales como el «hijo del rey y supervisor de los países del sur», que administraba la Nubia bajo control egipcio, mientras que cada ciudad concreta contaba con su propio alcalde. Tebas, la base del poder teológico de la monarquía, era tratada como un caso especial, con su propia administración autónoma confiada a los más leales. Cada templo del territorio contaba con su propio clero, con autoridad económica además de religiosa. *Primus inter pares* era el sumo sacerdote de Amón, que ejercía un control efectivo sobre las vastas extensiones de tierras y otros activos pertenecientes al templo de Ipetsut. Por último, estaba el departamento responsable de la casa real y de la propiedad que atendía sus necesidades materiales. Allí el que mandaba era el «administrador real», que controlaba el acceso a la persona del rey y que, por su parte, disfrutaba de un acceso privilegiado al monarca. En el vértice de la maquinaria de gobierno, desempeñando el papel de intermediario entre todos los departamentos y el propio rey, figuraba el cargo de visir (de hecho un primer ministro). En la XVIII Dinastía este cargo fue dividido en dos, con un visir del norte con sede en Menfis y uno del sur con sede en Tebas. En conjunto se trataba de un sistema altamente eficaz, que proporcionaba al rey, a través de sus adláteres, el control sobre todos los aspectos de los asuntos de la nación.

En la época de las pirámides, los principales cargos del Estado se reservaban para los miembros varones de la familia real; pero ese sistema proporcionaba a los hermanos pequeños y a los hijos del rey la oportunidad de crearse bases de poder rivales, algo que podía resultar desastroso. En los inicios de la V Dinastía, los cargos superiores de la administración se habían abierto a hombres ajenos a la familia real. Esto no solo mantenía a los potenciales rivales del rey lejos de los puestos de influencia, sino que además permitía que los asuntos de gobierno fueran llevados de una manera más profesional. A comienzos del Imperio Nuevo, cuando Egipto estaba volcado en las relaciones internacionales y en una aventura imperial de una envergadura sin precedentes, se podía enviar tranquilamente a los parientes varones del rey —con la excepción del príncipe heredero— a servir en el ejército (de manera muy parecida a como se haría con los hijos pequeños de los monarcas británicos en fecha más reciente). Allí podían encontrar una vía para canalizar su talento (y su frustración) al servicio del Estado. Mientras tanto, en el nivel más alto de la sociedad egipcia se había establecido toda una «clase dirigente» de familias de burócratas. Sus miembros monopolizaban los mejores empleos, que a menudo se transmitían de generación en generación. Dentro de esta pequeña y claustrofóbica camarilla,

ambiciosos hombres de talento luchaban por el poder, tratando de ganarse el favor del rey para progresar en sus carreras profesionales.

Un cuarteto de burócratas de alto rango que sirvieron a las órdenes de Thutmose III y de su sucesor, ilustra especialmente bien la naturaleza de la autoridad en el antiguo Egipto y la atmósfera de servilismo y recelo que impregnaba al círculo íntimo de allegados del rey. A través de ellos podemos hacernos una idea del funcionamiento interno del Estado egipcio en el apogeo de su poder y su prestigio.

IGLESIA Y ESTADO

Menjeperraseneb era sumo sacerdote de Amón, el máximo responsable del gran templo de Amón-Ra en Ipetsut, que constituía la institución religiosa más importante de Egipto. El rosario de títulos inscritos en su tumba subraya su rango como la persona que ocupaba el más alto cargo sacerdotal del país: «superintendente de los sacerdotes del Alto y el Bajo Egipto», «administrador de los dos tronos del dios», «superintendente de oficios avanzados», «superintendente de los dobles tesoros de oro y plata», «superintendente del templo de Thes-jau-Amón, establecido sobre los misterios de las dos diosas», etcétera. De manera harto característica para un miembro de la élite gobernante, la principal cualificación de Menjeperraseneb para ejercer el cargo era su vinculación personal con la familia real. Su propio nombre —«Menjeperra [el nombre de trono de Thutmose III] está lleno de salud»— expresaba su devoción al monarca, una lealtad nacida de estrechos vínculos familiares: la abuela de Menjeperraseneb había crecido en el palacio real como hermana de leche del joven Thutmose I, mientras que su madre había sido niñera real. Es bastante probable que el propio Menjeperraseneb creciera en el entorno de la casa real, y esas relaciones desempeñaron sin duda un papel importante en su rápido ascenso en las filas del clero tebano.

Para los ciudadanos normales y corrientes de Tebas, la XVIII Dinastía anunciaba una nueva era de espectáculo público religioso, algo completamente alejado de las enrarecidas y secretas actividades que habían caracterizado a los cultos estatales en períodos anteriores. La ciudad en su conjunto se había transformado en un gigantesco escenario al aire libre para la celebración de la realeza divina, y se había sacado a los propios dioses de detrás de los altos muros de los templos para que prodigaran su benevolencia entre la plebe. En la intimidad de sus humildes hogares, los campesinos del Alto Egipto continuaban rindiendo culto a sus tradicionales dioses familiares: Taueret, la diosa hipopótamo, protectora de las mujeres embarazadas; Bes, el enano con cara de león, guardián de madres e hijos, y la diosa vaca Hathor, que observaba a todos sus devotos con mirada maternal. Pero a esos familiares compañeros se les unieron por entonces otros miembros, mucho más exaltados, del panteón estatal, especialmente el dios lunar Jonsu, su madre Mut y el consorte de esta Amón-Ra, rey

de los dioses. Durante las grandes procesiones que constituirían un rasgo característico de la religión tebana en el Imperio Nuevo, esta tríada de deidades se haría directamente accesible a la gente corriente por primera vez. En los días señalados y en las fiestas —en especial la Hermosa Festividad del Valle y la Festividad anual de Opet—, las barcas-altar de Amón, Mut y Jonsu eran transportadas a hombros de los sacerdotes desde el gran templo de Ipetsut a través de las abarrotadas calles de Tebas. Ahora los campesinos y herreros podían disfrutar tanto como los escribas y sacerdotes del cálido resplandor de la divina presencia al pasar a su lado. Estos espectáculos no solo aportaban colorido y alegría a sus monótonas vidas, sino que permitían a la ciudadanía sentirse más estrechamente vinculada al dogma oficial del Estado. Como siempre, la religión faraónica tenía tanto de política como de piedad.

Desde su sede central en Ipetsut, el culto de Amón dominaba la sociedad tebana en todos los niveles. A juzgar por las escenas y los textos que aparecen en su tumba, las tareas laicas de Menjeperraseneb como sumo sacerdote eran más importantes que su papel sagrado. Así, este se había tomado un gran interés por los proyectos de Thutmose III en Ipetsut, y se jactaba de haber dirigido los trabajos de construcción de sus monumentos. Más importante aún era la administración de los bienes económicos del templo: sus extensos rebaños de ganado vacuno, las tierras que poseía por todo Egipto y sus intereses mineros en el Desierto Oriental y en Nubia. Menjeperraseneb pasaba buena parte del tiempo inspeccionando el ganado, supervisando la correcta entrega de los ingresos agrarios y mineros, y garantizando que los graneros del templo estuvieran siempre abastecidos; todo ello, obviamente, en nombre del soberano. Parte de la riqueza que afluía a Ipetsut se destinaba a los talleres del templo, que empleaban a los mejores artesanos del territorio. Su trabajo consistía en fabricar objetos costosos no solo para el propio templo, sino también para la casa real.

Templo y palacio: en el antiguo Egipto, las dos instituciones se hallaban inextricablemente unidas y se reforzaban mutuamente. Como sumo sacerdote, el principal deber de Menjeperraseneb consistía en reforzar a la monarquía ideológica y financieramente. Estos dos aspectos paralelos se aunaban de la forma más espectacular en la presentación oficial de los enviados extranjeros ante el rey. El desfile de los variopintos emisarios extranjeros con sus exóticos productos —minoicos con copas decoradas con cabezas de animales, sirios con osos domesticados, hititas y asiáticos con armas y lingotes de metal…— servía para subrayar la superioridad del soberano egipcio sobre los de todas las demás tierras, así como su fabulosa riqueza material.

Mientras Menjeperraseneb se encargaba de asegurar que el templo de Amón-Ra y su clero permanecieran leales al monarca, a su colega Rejmira se le había encomendado una responsabilidad aún mayor: el buen funcionamiento de la administración pública en todo el Alto Egipto. Como visir del sur, Rejmira ejercía

una mezcla de autoridad cortesana, judicial y administrativa, escuchando a los demandantes que presentaban quejas contra las autoridades, presidiendo como juez principal los casos importantes, y recibiendo informes diarios de otros ministros del gobierno. Según sus propias palabras, solo tenía «al rey por encima» de él.[1] También Rejmira debía su elevada posición más a las influencias que a sus dotes innatas, ya que procedía de un extenso linaje de visires. De acuerdo con el concepto egipcio de *maat* (verdad, justicia y rectitud), el visir juraba cumplir su deber con imparcialidad. En la toma de posesión de Rejmira, el propio rey pronunció las habituales palabras de admonición:

> Estas, pues, son las enseñanzas: tratarás exactamente igual a quien conozcas y a quien no conozcas, a quien esté próximo a ti y a quien esté alejado de ti.[2]

Por su parte, Rejmira afirmaría haber observado escrupulosamente esa norma. Pero hay algo bastante revelador en sus manifestaciones: estas sugieren que la norma era más bien lo contrario, y que la mayoría de los egipcios normales y corrientes recibían una justicia más bien severa por parte de las autoridades.

El balance de las actividades de Rejmira también resulta revelador. Aparte de sus recorridos de inspección y de su audiencia diaria cuando escuchaba a los querellantes en la Sala del Visir, flanqueado por el «maestro de la cámara privada» a su derecha y por el «perceptor de ingresos» a su izquierda, lo que predominaba en su agenda eran las sesiones informativas por parte de sus subordinados. Además de los informes sobre el erario y el patrimonio real, el jefe de la guardia de palacio, los comandantes de las guarniciones y el jefe del servicio de seguridad le proporcionaban todos los días una información de inteligencia fundamental. Parece ser que la seguridad personal del rey tenía tanto peso como la economía nacional, lo que subraya el carácter autocrático del régimen del antiguo Egipto. Además de primer ministro y responsable de Hacienda, el visir era también en la práctica jefe de la policía, responsable de las fuerzas armadas y ministro del Interior.

Rejmira también iba regularmente a Ipetsut, sin duda para asegurarse de que el sumo sacerdote estaba a la altura de lo que se esperaba de él; otra nueva evidencia de la estrecha conexión que existía entre los ámbitos religioso y laico. Tras haber recibido los informes de todos los departamentos del Estado, Rejmira transmitía la información al rey en una reunión que ambos mantenían diariamente. Por más que el visir pudiera coordinar la política de gobierno, no cabía duda alguna de dónde residía la autoridad última, ni tampoco de quién tenía el poder de contratar y despedir a los altos funcionarios. Pese a sus impecables relaciones, la familia de Rejmira no logró conservar aquel alto cargo transmitiéndolo a una nueva generación. Cuando Amenhotep II (1426-1400) sucedió a Thutmose III, se ignoró a los hijos del anciano visir, que posiblemente esperaban seguir los pasos de su eminente padre, en favor de otra familia completamente distinta. Un nuevo soberano, una deliberada ruptura con el pasado, propiciaba un cambio decisivo de familia en la cúspide de la burocracia del

Alto Egipto, al tiempo que recordaba a la élite gobernante lo precario del poder en una monarquía absoluta. Bien pudiera decirse: «El rey te lo da y el rey te lo quita; bendito sea el nombre del rey».

ORGULLO Y PREJUICIO

La principal beneficiaria del nuevo reinado fue una familia con contactos regios igualmente sólidos, pero esta vez con Amenhotep II, no con su predecesor. Cuando era todavía un joven príncipe, Amenhotep había recibido instrucción de un hombre llamado Ahmose-Humay que era «supervisor del palacio del harén», la institución que proporcionaba un hogar a las esposas y los hijos del rey. Los dos hijos de Ahmose-Humay crecieron, si no exactamente junto al príncipe, sí al menos en el mismo entorno. Cuando Amenhotep accedió al trono, se apresuró a ascender a altos cargos a sus compañeros de la infancia. El hermano mayor, Amenemopet, se convirtió en visir del sur, sucediendo en el puesto a Rejmira, mientras que el pequeño, Sennefer (literalmente, «buen hermano»), fue nombrado alcalde de Tebas. Entre los dos, Amenemopet y Sennefer controlaban prácticamente todos los aspectos de la administración del Alto Egipto. Asimismo, ambos hermanos reforzaron su pertenencia al círculo de allegados del nuevo rey casándose con mujeres del mismo entorno, Amenemopet con una mujer del palacio del Harén y Sennefer con una real nodriza.

Sennefer es uno de los pocos funcionarios del Imperio Nuevo cuyo verdadero carácter se entrevé al margen de los registros oficiales gracias a una serie de detalles biográficos, cuidadosamente escogidos, inscritos en su tumba. Aunque, al igual que a su hermano, se le concedió el privilegio, extremadamente raro, de tener una tumba en el Valle de los Reyes, es su segundo sepulcro tebano el que se ha hecho más famoso. Apodado «la tumba de las vides», es notable por su techo, modelado y pintado para que se asemejara a una fructífera vid, cargada de racimos de uva colgantes. Evoca una imagen de Sennefer como *bon vivant*, un alcalde «que pasa dichosamente su tiempo».[3] Esta idea se ve reforzada por una pintura de la tumba y por una estatua hermosamente labrada de Sennefer y su esposa, dos representaciones que comparten el mismo pequeño detalle: un colgante en forma de dos corazones unidos que Sennefer lleva en el cuello. Grabado con el nombre de trono de Amenhotep II, debió de ser un obsequio real, y es evidente que constituía la posesión más preciada de Sennefer, talismán y símbolo del favor de su rey. No en vano, Sennefer se calificaría a sí mismo como «aquel que satisface el corazón del rey»,[4] una alusión que tal vez fuera intencionada. De manera poco habitual, la estatua de Sennefer aparece firmada por los dos escultores que la hicieron: Amenmes y Dyedjunsu, «dibujantes de esbozos del templo de Amón». Parece que Sennefer utilizó sus contactos en Ipetsut a fin de procurarse los servicios de los hábiles artesanos para su proyecto personal.

Tales arreglos debían de ser bastante frecuentes, y reflejan la cara privada de los cargos públicos.

Otra evidencia que revela el carácter de Sennefer es un objeto aún más notable que ha llegado hasta nosotros: una carta sellada y sin abrir dirigida por él a un hombre llamado Baki, que era aparcero en la ciudad de Hut-sejem (la actual Hu), al norte de Tebas. La razón de la misiva era dar noticia de la inminente llegada de Sennefer a Hut-sejem, donde este tenía la intención de tomar posesión de ciertos bienes. En tono imperativo, Sennefer intimida a su subordinado, y le advierte de lo siguiente:

> No hagas que tenga que ponerte reparos en relación a tu puesto … Ahora presta atención, no seas negligente, puesto que sé que eres perezoso y aficionado a comer tumbado.[5]

Aunque es posible que Baki mereciera aquella reprimenda, resulta igualmente probable que ese fuera el modo en que Sennefer, orgulloso alcalde de Tebas, se dirigía habitualmente a sus subalternos. Pompa y circunstancia de la mano del orgullo y la arrogancia: la principal característica del funcionariado a lo largo de toda la historia.

Pero ningún miembro de la administración de la XVIII Dinastía muestra su autocomplaciente presunción de forma más descarada que el cuarto integrante de nuestro cuarteto de funcionarios de alto rango, el «administrador principal» de Amenhotep II, Qenamón. Como Sennefer y Amenemopet, Qenamón creció en el palacio del Harén, donde su madre fue nodriza del futuro rey. El funcionario se referiría a ella atrevidamente como «la gran niñera que crió al dios».[6] De hecho, Qenamón fue hermano de leche del príncipe, y aquel vínculo entre ambos, forjado en su infancia, perduraría, reportando más tarde pingües dividendos a Qenamón cuando su compañero de juegos accedió al trono.

Los primeros pasos de Qenamón en el ejército incluyeron un período de servicio activo luchando junto al rey en su campaña siria. No solo sus vínculos de amistad se vieron fortalecidos en el campo de batalla, sino que la lealtad y las aptitudes físicas de Qenamón debieron de llamar la atención de Amenhotep II como cualidades especialmente adecuadas para un futuro ascenso. Al regresar de la guerra, el rey nombró a Qenamón administrador de Perunefer, un puerto y base naval del norte de Egipto. Pronto siguió un nuevo ascenso, y los devotos servicios de Qenamón acabaron llevándole a uno de los puestos más apetecibles del país, el de «administrador principal», con plena responsabilidad sobre el patrimonio real. Era un cargo importante, que comportaba la supervisión de las tierras y otros activos con los que se financiaba la corte. En un nivel más concreto, Qenamón tenía la responsabilidad específica de cuidar de la residencia campestre de la familia real. Parece ser que este cometido encajaba perfectamente con su carácter, dado que el tedioso trabajo administrativo se entremezclaba más de lo habitual con abundantes

entretenimientos: grupos de bailarinas, músicos y obsequios de regalos exóticos al rey por Año Nuevo.

De manera bastante característica, la extravagante tumba tebana de Qenamón fue diseñada de modo que proporcionara el máximo espacio mural posible, el mejor lienzo para pregonar a bombo y platillo sus dignidades a la posteridad. En este eterno monumento a su ego, Qenamón pudo dar rienda suelta a su obsesiva predilección por los títulos. El resultado es una lista de más de ochenta epítetos, aunque, en realidad, pocos de ellos implican un verdadero cargo. La mayoría simplemente subrayan su posición privilegiada en la corte, como miembro del círculo de allegados del rey: «miembro de la élite y alto funcionario», «portador del sello real», «compañero de confidencias», «compañero dilecto», «caballero de los aposentos», «portador del abanico del señor de las Dos Tierras», «escriba real», «asistente del rey», «agregado del rey en todos los lugares», etcétera; la lista resulta casi interminable. Qenamón diseñó fórmulas aún más elaboradas para alardear de su posición: «principal compañero de los cortesanos; supervisor de supervisores; jefe de jefes; el más grande de entre los grandes; regente de toda la tierra; aquel que, si centra su atención en algo por la noche, por la mañana, al despuntar el alba, ya lo domina». El lenguaje se vuelve todavía más pomposo a la hora de subrayar la lealtad de Qenamón al rey, definiéndose a sí mismo como el que «obra bien por el señor de las Dos Tierras», «da satisfacción al soberano», «inspira al rey con perfecta confianza» y, quizá el más ridículo de todos, es «cordialmente apreciado por Horus».[7] Raras veces un funcionario egipcio se había embriagado hasta tal punto con la exuberancia de su propia verborrea.

Pero, detrás de esta ampulosidad y vanagloria, Qenamón llevaba en secreto una doble vida. Gracias a su acceso privilegiado al sanctasanctórum del poder, se hallaba en una situación ideal para enterarse de todos los chismorreos de la corte, y en particular de todas las murmuraciones contra el rey. Su papel de «administrador principal» le proporcionaba la cobertura perfecta para llevar a cabo una labor de vigilancia clandestina en calidad de «maestro de secretos», es decir, de jefe del aparato de seguridad interna del rey. El papel encubierto de Qenamón consistía en ser «los ojos del rey del Alto Egipto, los oídos del rey del Bajo Egipto».[8] Como ocurriría mucho más tarde en la Inglaterra isabelina, el Egipto de la XVIII Dinastía tenía una corte sofisticada sustentada en una red de espías y agentes que vigilaban el menor indicio de disensión entre quienes ocupaban puestos de autoridad, así como entre la población en general. La relación de Qenamón con Amenhotep II fue similar a la que tendría Francis Walsingham con Isabel I: la de un personaje profundamente leal, devoto de su monarca, confiado en su propia autoridad y sin temor alguno a crearse enemigos. Y no cabe duda de que los tuvo: una vez muerto y enterrado, los magníficos relieves de su tumba tebana fueron sistemáticamente destrozados; ni una sola de las imágenes que le representaban sobrevivió a los cinceles de los asaltantes. Esa misma denigración póstuma le fue impuesta a Rejmira, un visir ejemplar. Las

suyas son historias aleccionadoras, que sugieren que en el antiguo Egipto los altos cargos podían llevar aparejada una gran impopularidad. La imagen autocomplaciente del registro documental oficial enmascaraba una verdad desagradable.

Reglas escolares

Las carreras profesionales de Sennefer y Qenamón ilustran la importancia de las relaciones personales a la hora de ascender en una monarquía absoluta. Amenhotep II en particular se rodeó de funcionarios a los que conocía desde la infancia. En el antiguo Egipto, crecer junto al futuro rey representaba un pasaporte casi seguro hacia un alto cargo. Ser «hijo de la guardería» significaba codearse no solo con los vástagos reales, sino también con la progenie de la flor y nata de Egipto, en una atmósfera de privilegio y poder. A los futuros líderes del país se los preparaba desde la infancia para las responsabilidades que más tarde asumirían, recibiendo una educación de índole práctica y profesional antes que estrictamente académica. Había asimismo una clara dimensión política. En el Imperio Nuevo, entre los habitantes de la guardería —donde los niños vivían además de estudiar— se incluían también los hijos de vasallos extranjeros, llevados a la corte para adoctrinarlos en el modo de vida egipcio, con la esperanza de que, de ese modo, se les inculcaría una lealtad vitalicia al faraón. El futuro Amenhotep II y sus amigos habrían estado en contacto, pues, con príncipes asiáticos y nubios, lo que sin duda les daría una perspectiva mucho más cosmopolita que la de sus antecesores. Quizá ello explica por qué Egipto y Mitani, en guerra durante décadas, finalmente firmaron un tratado de paz precisamente durante el reinado de Amenhotep II. Mientras Egipto trataba de reeducar a sus vecinos, estos, a su vez, ejercerían una influencia no menos profunda en su país de acogida.

En la XVIII Dinastía, la más importante de las Reales Guarderías era la de Gurob, un frondoso emplazamiento situado en la fértil depresión del Fayum. Allí, desde los albores de la historia, los reyes habían edificado sus «palacios de placer». La abundancia de aves que atraía el Birket Qarun lo convertía en un lugar excelente para la caza, mientras que las reales mujeres que vivían en el adyacente palacio del Harén se dedicaban a manufacturar tejidos, cuyas materias primas provenían de los extensos campos de lino del Fayum. Gurob era, pues, un lugar de mujeres y niños, de relajación y risas. Las reales princesas y las hijas de la élite podían esperar aprender allí de sus madres las destrezas que se les demandaban: tejer, cantar, bailar y, quizá, algunas nociones de leer y escribir. Por el contrario, se aplicaba una rígida disciplina cuando se trataba de la educación de los príncipes y sus coetáneos varones. En ningún otro lugar se dejaba sentir este hecho más intensamente que en la escuela de escribas, puesto que, en el antiguo Egipto, saber leer y escribir constituía la clave del poder.

La enseñanza de la lectura y la escritura era un elemento central en el currículo de la guardería, y se realizaba bajo la dirección del «escriba de la casa de los reales

infantes». Mediante la copia repetida de ejemplos, enseñaba a sus alumnos a escribir en caracteres cursivos con pluma y tinta sobre papiro. Conforme iban progresando, los alumnos pasaban al estudio de textos clásicos más largos, como la *Historia de Sinuhé*, compuesta durante el Imperio Medio, y también —una lectura especialmente favorecida— la obra conocida como *Kemit*, «el Compendio». El *Kemit* era un modelo de dictado, utilizado como texto base para la formación de los escribas, y pretendía perfeccionar la moral de sus lectores además de su dominio de la escritura. Haciendo hincapié en las ventajas de saber leer y escribir, aspiraba a perpetuar el elevado estatus del que disfrutaba la élite:

> *Cualquier escriba, en cualquier puesto de la corte,*
> *no lo hará mal [su trabajo].*[9]

Un texto similar, la llamada *Sátira de los oficios*, desarrollaba ese mismo tema, denigrando todas las demás profesiones al tiempo que se elogiaba el trabajo del escriba:

> *Mira, no existe profesión sin responsable*
> *excepto la de escriba: él es el responsable.*
> *Así que, si sabes leer y escribir, será bueno para ti,*
> *a diferencia de esos [otros] oficios que te he mostrado…*
> *Más te beneficia un solo día en el aula.*[10]

La memorización de tales textos era una forma suave de lavado de cerebro. Pero esos idealizados sentimientos retrocedían espantados ante la dura realidad del entorno escolar. El antiguo Egipto, como la Inglaterra de Dickens, creía a pies juntillas en la máxima de «la letra con sangre entra». Como rezaba un proverbio egipcio de la época: «El oído de un niño está en su trasero: escucha cuando se le zurra».[11] La disciplina de la escuela de escribas estaba destinada a preparar a sus alumnos para los rigores del servicio al Estado. El estilo educativo duro e inflexible reflejaba con precisión el ejercicio del poder en el antiguo Egipto. La corte real, pese a sus lujos, no era lugar para intelectuales débiles. La ambición, la determinación, la resistencia y, sobre todo, el vigor; esas eran las cualidades más apreciadas por la maquinaria del gobierno, y la guardería trataba de inculcárselas por la fuerza a sus alumnos.

Una vez que los jóvenes príncipes y sus compañeros de clase llegaban a dominar la lengua egipcia, se les introducía en la escritura cuneiforme babilónica, la *lingua franca* diplomática de la época. Egipto ya no podía permitirse el lujo de entregarse a su propio sentimiento de superioridad: en una nueva era de relaciones internacionales, la política del poder exigía el conocimiento de las lenguas y culturas extranjeras. El currículo escolar incluía asimismo las matemáticas y la música, ya que cierta apreciación por el canto y la música instrumental, cuando no la capacidad de tocar un instrumento, iban de la mano de la pertenencia a la buena sociedad. No

menos importante para el futuro rey, por más que no lo fuera tanto para sus compañeros de clase, era un firme dominio de la estrategia militar. No cabe duda de que el futuro Amenhotep II estudió los relatos de batallas clásicas (incluida, quizá, la gran victoria de su padre en la de Megido) junto con los papiros literarios, matemáticos y musicales.

EN PLENA FORMA

En el mundo viril de la XVIII Dinastía, donde se esperaba que un rey dirigiera personalmente a sus tropas en la batalla y realizara valerosas hazañas frente al enemigo, entrenar el cuerpo era tan importante como educar la mente. Las prácticas físicas enérgicas desempeñaban un papel especialmente importante en la educación de los futuros líderes. Actividades como correr, saltar, nadar, remar y luchar formaban parte de la rutina semanal, y estaban destinadas a desarrollar la fuerza, el vigor y el espíritu de equipo. Aunque es posible que Sennefer y Qenamón prefirieran la actividad mental —las proezas físicas se hallaban claramente ausentes de las biografías de ambos hombres—, a su regio compañero de clase, el futuro Amenhotep II, le gustaba pasar el tiempo en el campo de entrenamiento. El futuro rey, que era más alto y más fuerte que la mayoría de sus contemporáneos, disfrutaba del deporte, y desarrolló una prodigiosa capacidad como remero y como corredor. Pero era el tiro con arco lo que le atraía especialmente. Mientras permaneció en el palacio real de Cheni, recibió lecciones del alcalde de la localidad, Min, que evidentemente no debía de ser mal tirador. Para Min, el momento de su vida del que más orgulloso se sentiría, y del que dejaría afectuosa constancia en su tumba, fue cuando sirvió de guía al joven príncipe, aconsejándole: «Tensad vuestro arco hasta las orejas».[12]

Para cuando llegó a la adolescencia, convertido ya en «un joven exquisito y espabilado»,[13] Amenhotep era ya un arquero tan hábil que, al parecer, era capaz de disparar una flecha que atravesara una sólida diana de cobre mientras montaba en su carro (tendríamos buenas razones para desconfiar de este fabuloso acto de fortaleza y habilidad reales de no ser por las abundantes evidencias de las singulares dotes de Amenhotep con el arco y la flecha). Entre sus posesiones más preciadas se contaba un arco de madera y cuerno ricamente decorado, el mejor de su clase. Asimismo, en los monumentos del reinado de Amenhotep, el tiro con arco se menciona o se representa con mayor frecuencia que ninguna otra actividad, lo que constituye un claro indicio de que dicha actividad tenía algo de obsesión regia. En una notable ocasión, ansioso por demostrar la superioridad de sus dotes, desafió a los miembros de su séquito a que lo derrotaran en una competición de tiro con arco afirmando: «Cualquiera que perfore esta diana tan profundamente como la flecha de Su Majestad tendrá estas cosas [el trofeo]».[14] Este caso único de torneo deportivo entre un rey supuestamente divino y sus mortales seguidores nos proporciona una vívida idea del carácter

competitivo de Amenhotep. Sus hazañas en este ámbito ayudaron a crear el motivo del «rey deportista» como un elemento central de la ideología real del Imperio Nuevo.

Otro de los pasatiempos favoritos de Amenhotep era la equitación. Los caballos, desconocidos en el valle del Nilo hasta la invasión de los hicsos, habían sido adoptados con rapidez por la clase dirigente egipcia a comienzos de la XVIII Dinastía. En una época de faraones guerreros, la capacidad de montar a caballo y de conducir un carro eran dotes vitales desde el punto de vista militar. En sintonía con su habilidad general para los deportes, Amenhotep mostró ya desde la infancia una especial afinidad por los caballos:

> Cuando todavía era un joven príncipe, amaba sus caballos y disfrutaba de ellos. Se mostraba resuelto para domarlos y entender su naturaleza, y hábil para controlarlos y aprender de ellos.[15]

Cuando se le pidió que cuidara de algunos de los caballos de los establos reales, los resultados hablaron por sí solos: «Crió caballos sin parangón».[16]

Al convertirse en rey, Amenhotep no solo quiso subrayar sus dotes físicas, sino también sus credenciales como dirigente militar. Estaba decidido a demostrar que era un digno heredero y sucesor de su padre, el gran faraón guerrero. Siguiendo los pasos de Thutmose III, dirigió dos grandes campañas en Oriente Próximo. El objetivo de la primera era ampliar y consolidar las posesiones imperiales egipcias, ganarse la lealtad de varios jefes todavía no alineados y sofocar una revuelta en Tajsy (en el norte de Siria). Los desafortunados rebeldes deberían haber aprendido de la historia reciente; Egipto no estaba dispuesto a dejarse humillar en una etapa tan importante de su historia. El ejército de Amenhotep no tardó en doblegar al enemigo y aplicar un castigo predeciblemente terrible a sus cabecillas. Los siete jefes de Tajsy derrotados fueron capturados y llevados a Egipto colgados cabeza abajo de los mástiles del buque insignia de la armada real. Al llegar a Tebas, en un último acto de humillación, seis de los rebeldes fueron colgados en las murallas de Ipetsut, como ofrenda a los dioses egipcios y advertencia a posibles insurgentes, mientras que el cuerpo del séptimo fue trasladado a Napata, en la Alta Nubia, la avanzadilla más meridional del Imperio egipcio, para ser expuesto del mismo modo. El cadáver, oscilante, hediondo y en descomposición bajo el sol del desierto, serviría como potente y sombrío recordatorio a la población local de cuál era el precio de la rebelión.

La primera campaña asiática de Amenhotep II no solo alcanzó sus objetivos políticos y propagandísticos, sino que resultó a la vez inmensamente fructífera en términos económicos, pues aumentó enormemente la riqueza de Egipto. El botín obtenido en Tajsy y en los territorios vecinos incluía casi tres cuartos de tonelada de oro, la asombrosa cantidad de 54 toneladas de plata, 210 caballos, 300 carros, 550 efectivos de la caballería enemiga y casi 90.000 prisioneros de guerra, incluyendo a más de 21.000 familias enteras. Apenas sorprende que el reino de Mitani, junto con

los hititas y los babilonios, pidiera la paz y estableciera relaciones diplomáticas con Egipto; la victoria contra un adversario tan resuelto era una imposibilidad práctica.

La segunda campaña de Amenhotep, emprendida dos años después, se llevó a cabo en un territorio más cercano, en Palestina, pero estaba dirigida igualmente contra un enemigo concreto, en este caso el líder rebelde de una ciudad próxima a Megido. De ningún modo podía permitir Amenhotep que una región tan duramente conquistada por su padre escapara al control egipcio en el plazo de una sola generación. El resultado, una vez más, estuvo claro desde el principio. El jefe rebelde, «cuyo nombre era Qaqa, fue capturado, del mismo modo que su esposa, sus hijos y todas las personas a su cargo».[17] No se dejó constancia de su destino último, pero cabe suponer sin temor a equivocarse que fue apropiadamente desagradable. Como último acto de venganza, Amenhotep ordenó que su ejército masacrara a toda la población de la ciudad antes de regresar triunfalmente a Egipto, una vez «saciado su deseo en todos los territorios montañosos, en todas las tierras bajo sus sandalias».[18]

No harían falta nuevas campañas militares durante el resto del reinado de Amenhotep. En lugar de ello, la paz y la prosperidad trajeron consigo la oportunidad de realizar proyectos de construcción en el propio territorio egipcio. Establecida ya su fama en todos los territorios extranjeros, había llegado el momento de que Amenhotep asegurara su inmortal recuerdo entre su propio pueblo.

HACIA LA SALIDA DEL SOL

La meseta de Giza, al oeste de Menfis, ocupaba un lugar destacado en las preferencias de Amenhotep II, puesto que era allí donde había practicado el tiro con arco y la equitación por primera vez. Había una zona de entrenamiento para montar el galope cerca de la Gran Esfinge, que por entonces tenía ya mil años, y la zona constituía un emplazamiento predilecto para las reales actividades deportivas. Cierto día, mientras Amenhotep trotaba por los alrededores de la gran necrópolis, se sintió maravillado ante las pirámides de Jufu y Jafra, sus distantes antecesores de la remota Antigüedad. Inspirado por el tamaño, el esplendor y los años de aquellos monumentos, el rey decidió dejar constancia de sus logros para la posteridad en una magnífica estela erigida entre las garras de la Gran Esfinge. La combinación que esta exhibe de los nobles sentimientos habituales con detalles concretos de las hazañas deportivas del rey, revela muchas cosas acerca de su carácter. En un nuevo gesto de homenaje al guardián de la necrópolis de Giza, Amenhotep construyó un templo cerca de la Esfinge, a la que rindió culto como dios solar Horemajet, «Horus del horizonte». Este no tardó en convertirse en uno de los emplazamientos predilectos de otros miembros de la familia real para sus actos piadosos, incluido el propio hijo y heredero de Amenhotep, Thutmose IV (1400-1390).

De hecho, Thutmose fue aún más lejos en su reverencia hacia la Esfinge, proclamando a Horemajet su protector personal y atribuyendo su propia posición a los favores del dios. Su gran estela, erigida junto a la de su padre, contaría como Horemajet le habló en un sueño cuando era todavía un príncipe, prometiéndole la corona si retiraba la arena que cubría el cuerpo de la esfinge. Una vez firmemente asentado en el trono de Horus, Thutmose cumplió su parte del trato, completando la excavación del monumento, semicubierto por la arena acumulada durante siglos, y construyendo un cercado de protección para evitar que las cambiantes dunas del desierto volvieran a enterrarlo. Resulta revelador que la inscripción de Thutmose no haga mención al dios estatal Amón-Ra (en marcado contraste con la estela de su padre) y se centre únicamente en Horemajet. Bajo aquel rey bendecido por la esfinge, la deidad solar del norte sería venerada como principal garante de la legitimidad real. Incluso en Ipetsut, sede de Amón-Ra, el rey se hizo representar como un halcón medio humano, medio celestial, subrayando así su estrecha identificación con el dios solar. Por medio de aquella imaginería cuidadosamente escogida, pretendía recalcar los aspectos divinos, solares, de su cargo, abandonando la imagen del soberano militar que tan bien había servido a sus predecesores.

Thutmose IV supo sacar partido de la paz con Mitani, dedicando su reinado a los asuntos internos en lugar de volcarse en campañas en el extranjero. Del mismo modo, la diplomacia vino a reemplazar a la acción militar como principal instrumento de la política exterior. La administración de Nubia fue reformada con el nombramiento del «hijo del rey de Kush» como virrey de todas las tierras controladas por Egipto. En cuanto a la parte norte de su imperio, Thutmose IV cimentó la alianza con Mitani al tomar como esposa a una princesa de dicho reino. Solo dos generaciones antes, su antecesor y homónimo Thutmose III había luchado contra Mitani por la supremacía en Oriente Próximo; ahora los enemigos de antaño se unían en matrimonio. Con la paz restablecida, el comercio pudo florecer de nuevo entre las grandes potencias, y numerosas caravanas con artículos de lujo se desplazaban por mar y por tierra a través del Mediterráneo oriental, Palestina, Siria y Mesopotamia. Con unas reservas de oro (la mercancía favorita de todo gobernante) casi inagotables, Egipto era el que más se beneficiaba de este marcado aumento del comercio, intercambiando su riqueza mineral por metales, madera, piedras preciosas y otros productos codiciados por la realeza. Otro de los «dividendos pacíficos» derivados de la alianza con Mitani fue un auge de nuevos proyectos de construcción a lo largo y ancho de Egipto y Nubia. En todos y cada uno de los monumentos se notaba la fascinación del rey por el simbolismo solar, presagiando un nuevo rumbo en la ideología real.

Un país seguro de sus fronteras y en paz con sus vecinos, y una monarquía esplendorosa como nunca antes; se habían sentado las bases para un engrandecimiento de la corona que superaría todo lo que Egipto había presenciado hasta entonces desde los días de la Gran Pirámide.

13
La edad de oro

PROCLAMAD SU NOMBRE

Todos los reyes egipcios tenían un talento especial para la autopropaganda; era algo que iba con el cargo. Pero al noveno gobernante de la XVIII Dinastía, Amenhotep III (1390-1353), debió de resultarle especialmente difícil frenar los pomposos impulsos de la monarquía. Descendiente de conquistadores y heredero de un trono bendecido por el dios solar, Amenhotep tuvo la buena suerte añadida de heredar de su padre, Thutmose IV, una nación con una riqueza sin precedentes y una estabilidad insólita. El dominio de Egipto sobre Oriente Próximo había llegado a su apogeo. Se habían establecido y cimentado relaciones pacíficas con las otras grandes potencias, Babilonia, Asiria y Mitani, e incluso los hititas, tristemente célebres por su beligerancia, estaban dispuestos a observar la *pax aegyptica*, al menos de momento. Durante su reinado, de casi cuatro décadas, Amenhotep III tendría el raro privilegio de ser el único soberano de toda su dinastía que no libraría una sola campaña militar en Asia occidental. Lejos de ello, su período de gobierno se caracterizó por el florecimiento de las artes propias de los tiempos de paz, y por la promulgación de un culto a la personalidad de una intensidad desconcertante.

Amenhotep empezó muy pronto. Tras acceder al trono siendo todavía un niño, su primera experiencia de celebridad regia tuvo lugar después de solo dos años de reinado, en 1389. En lo que probablemente fue una maniobra premeditada antes que un acto espontáneo de valentía, el rey tomó parte en una cacería de toros salvajes en Shetep (la actual Uadi Natrun), al oeste de Menfis. Para señalar la ocasión, la corte acuñó un gran escarabeo vidriado (el equivalente del antiguo Egipto a una moneda conmemorativa). Repartido por todo Egipto y sus territorios conquistados, sirvió para pregonar la hazaña del joven rey entre sus contemporáneos y dejar constancia de ella para la posteridad:

> Un prodigio que le aconteció a Su Majestad. Alguien se dirigió a Su Majestad y le dijo: «Hay toros salvajes en el desierto en la región de Shetep». Su Majestad zarpó río abajo … como hacía buen tiempo, llegó en paz a la región de Shetep por la mañana. Su Majestad apareció en su carro con todo su ejército tras él …
>
> Luego Su Majestad ordenó que se cavara una zanja para encerrar a aquellos toros salvajes, y Su Majestad fue en busca de todos aquellos toros salvajes. He aquí su número: 170 toros salvajes. [Y] El número de aquellos a los que el rey dio caza en su [primer] día: 56 toros salvajes.
>
> Su Majestad aguardó cuatro días para dar un descanso a sus caballos. Su Majestad apareció [de nuevo] en el carro. El número de toros salvajes a los que dio caza: 40 toros salvajes. [Y] El número total de toros salvajes [muertos]: 96.[1]

Esta repetitiva fraseología resulta a todas luces exagerada. Incluso para un joven rey en lo mejor de la adolescencia, seguramente no representaba una tarea difícil, con la ayuda de «todo su ejército», matar a un rebaño de toros salvajes acorralados en una zanja sin posibilidad de escapar. Pero el caso es que estableció la pauta para el resto de su reinado. Amenhotep estaba cumpliendo el principal y más antiguo deber de la realeza egipcia: mantener el orden derrotando al caos en todos sus aspectos. Otro escarabeo conmemorativo, acuñado en el décimo año de su reinado, registra el número total de leones muertos a manos del rey en su primera década en el trono (110, para ser exactos).

Sin embargo, tras su juvenil predilección por los deportes sanguinarios para demostrar su virilidad, parece que se produjo un cambio en la personalidad del rey cuando este llegó a la edad adulta. El siguiente escarabeo acuñado ex profeso, datado un año más tarde, celebra no una cacería, sino un proyecto de construcción, concretamente la excavación de un lago para la «gran esposa del rey», Tiye. No era este un mero estanque ornamental, sino un lago para pasear en barca de remos que medía más de un kilómetro y medio de largo por casi medio de ancho (esto es, 3.700 por 700 codos). Para señalar su inauguración oficial, el propio rey se hizo llevar arriba y abajo en su barca real, bautizada proféticamente como *La esfera deslumbrante*. Tanto en la propia naturaleza del proyecto como en las formas adoptadas para su inauguración, pareció que Amenhotep había encontrado su auténtica vocación. A partir de ese momento, y durante todo el resto de su reinado, por todo el país resonaría el eco de las cuadrillas de obreros cavando, martilleando, cincelando y edificando. Amenhotep III sería el mayor constructor real de Egipto desde la fundación del Imperio Antiguo mil quinientos años antes, realizando su fantasía de construir monumentos «como los que no habían existido hasta entonces, desde los primitivos tiempos de las Dos Tierras».[2] En otro ejemplo más de la fantasiosa satisfacción de los deseos del rey, esos mismos monumentos albergarían celebraciones espectaculares y un boato sin parangón, todo ello centrado en la persona del monarca.

Las inscripciones grabadas en dos de las mayores canteras de piedra caliza de Egipto muestran que la construcción se puso en marcha ya en los mismos comienzos del reinado de Amenhotep III; la reapertura de dichas canteras fue precisamente su primer acto del que se dejó constancia. El ritmo de la construcción se aceleró durante su segunda y tercera décadas en el trono, llegando más tarde al paroxismo. Desde el delta hasta Nubia, apenas habría un templo en todo el territorio donde Amenhotep no dejara su marca. En Saqqara, encargó la primera capilla sepulcral y el primer túmulo consagrados a Apis, un toro sagrado del que se creía que era la encarnación del dios creador Ptah, y en la isla de Abu supervisó la construcción de un nuevo santuario dedicado a otra deidad creadora, Jnum.

Pero el principal beneficiario de la magnanimidad real fue el creador por excelencia, el dios solar Ra. En lo que constituiría un programa brillantemente

calculado, Amenhotep y sus teólogos se dedicaron a reinterpretar sistemáticamente todos y cada uno de los cultos nacionales subrayando sus vínculos con las creencias solares. De ahí que Amenhotep añadiera al templo de Thot en Jnum unas colosales estatuas de babuinos, animales sagrados en el culto a Thot, pero también venerados como heraldos del dios solar debido a su costumbre de chillar al amanecer. En Sumenu (la actual El-Rizeiqat), cerca de Tebas, el dios cocodrilo local Sobek fue rebautizado como la deidad híbrida Sobek-Ra y honrado con un nuevo y flamante templo, decorado con esculturas monumentales. Allí donde construyera, Amenhotep se esforzó por asociarse a sí mismo con las divinidades solares, utilizando epítetos como «heredero de Ra» y «el elegido de Ra». Y ello porque el rey deseaba que se le viera como la encarnación de la energía del sol en todas sus manifestaciones. Él era el artífice y el sustentador de la vida, el dador de la fertilidad y la fecundidad, y el feroz «ojo de Ra» que, cuando se apaciguaba, dirigía su ferocidad contra los enemigos de Egipto, defendiendo el orden creado. Así, en torno a la realeza divina se estaba organizando una teología sofisticada como nunca antes.

Pero hubo un lugar, por encima de todos los demás, donde la energía del programa de construcción de Amenhotep se dejó sentir plenamente. Desde el mismo momento de su ascenso al trono, el rey adoptó el epíteto de «gobernante de Tebas» y no tardó en demostrar semejante afirmación con hechos además de palabras. Durante su reinado, la ciudad de Amón-Ra, que ya constituía el foco de los reales proyectos de construcción desde los inicios de la XVIII Dinastía, se transformó en la legendaria «Tebas de las cien puertas» que cantara Homero, con un paisaje salpicado por una multitud de enormes pórticos de templos a ambas orillas del río. En Ipetsut, el epicentro del culto a Amón, Amenhotep ordenó la construcción de una nueva entrada monumental a todo el recinto, añadiendo al mismo tiempo otra puerta en el eje sur que llevaba al templo de la diosa Mut. Allí, el rey embelleció y decoró los edificios con un vasto conjunto de finas esculturas de piedra, entre ellas más de setecientas estatuas de Sejmet (dos por cada día del año), una deidad leona asociada al feroz «ojo de Ra». En la parte norte del recinto de Ipetsut, Amenhotep dirigió la reconstrucción de un templo anterior consagrado a Montu, el hijo de Amón y Mut, y la construcción de un nuevo templo consagrado a Maat, diosa de la verdad y la justicia. Todos los edificios fueron realzados asimismo con prodigiosas cantidades de las más finas esculturas. De hecho, se conservan más estatuas de Amenhotep III que de ninguno de los anteriores reyes de Egipto, lo que constituye un testimonio de la febril actividad de los talleres reales durante todo su reinado.

Aun así, las construcciones de Amenhotep en Ipetsut casi pasan a un segundo plano cuando se las compara con su principal proyecto en Tebas: un templo funerario en la orilla occidental del Nilo. Iniciado a comienzos de su reinado y enormemente ampliado en posteriores fases de construcción, estaba destinado a convertirse en el mayor templo regio de toda la historia del antiguo Egipto. Hoy queda poco de él aparte de las bases de las columnas —un monumento tan inmenso resultaría

demasiado tentador como suministro de material de construcción para los reyes posteriores—, pero en su época dejaba pequeño incluso al gran templo de Amón-Ra en Ipetsut. Con una superficie de casi cuarenta hectáreas, el complejo tenía una envergadura y magnificencia sin precedentes, rebosando de esculturas colosales por todas partes. Varias estatuas de Amenhotep III representado como el dios Osiris, de casi ocho metros de altura, destacaban entre las columnas de uno de los atrios. Otra parte del templo estaba dominada por una estatua sedente del rey con su gran esposa Tiye, que, con sus siete metros de altura, era la mayor díada jamás esculpida en Egipto hasta entonces; y en las inmediaciones se han encontrado fragmentos de dos colosos aún mayores. La puerta norte del templo estaba flanqueada por un par de figuras talladas en granito que representaban al rey caminando, mientras que a los lados de las avenidas procesionales se alineaban enormes esfinges y chacales. Estos ejes ceremoniales vinculaban los tres grandes atrios del templo, cada uno de los cuales tenía su propia puerta monumental custodiada por estatuas sedentes del rey aún más colosales. Las dos estatuas más orientales se alzan todavía hoy con sus casi veinte metros de altura, flanqueadas por otras estatuas más diminutas de la madre, la esposa y la hija de Amenhotep, y resultan visibles desde varios kilómetros de distancia (hoy se las conoce como los «colosos de Memnón»). Su arrebatadora inmensidad, alzándose sobre cualquier hombre, mujer y niño de Tebas oeste, llevó a que se las considerara deidades por derecho propio, imágenes vivientes del rey como «soberano de soberanos». No cabe duda de que sabían transmitir la abrumadora autoridad de Amenhotep, y debían de suscitar una mezcla de reverencia y temor en cualquier observador.

Pero los enormes colosos de Amenhotep transmitían también otro mensaje más sutil: parcialmente sumergidos por la crecida del Nilo durante varios meses al año, resurgían de nuevo como símbolos del renacimiento, subrayando el principal propósito rejuvenecedor del templo funerario de Amenhotep, su «Mansión de Millones de Años». De manera similar, muchas de las estatuas de deidades erigidas en los atrios fueron talladas en granodiorita, una piedra de color negro símbolo del renacimiento. Por otra parte, las estatuas del rey solían tallarse con frecuencia en granito rojo o cuarcita dorada, colores solares que subrayaban la estrecha vinculación de Amenhotep con el dios del sol. Los temas paralelos de la creación y el renacimiento resonaban en cada rincón del vasto complejo, proclamando el papel del rey como eje esencial del cosmos.

Así pues, la trayectoria de Amenhotep como rey dio un considerable impulso a la institución de la corona y al estatus de su portador en cada momento. Pero en el futuro todavía iba a hacerse mucho más en ese sentido.

Relaciones diplomáticas

Mientras el «soberano de soberanos» estaba tan atareado en Tebas, elevando la monarquía —y elevándose a sí mismo— a nuevas cotas, sus emisarios se dedicaban a garantizar que su fama y su fortuna fueran reconocidas en todas partes. Recorriendo todo Oriente Próximo y el Mediterráneo oriental, los enviados de Amenhotep aseguraban la continua presencia de Egipto en los centros de decisiones, negociando tratados y obteniendo acuerdos comerciales favorables para mantener las aspiraciones imperiales de su señor. El aspecto más notable de la política exterior de Amenhotep lo sugieren una serie de nombres de lugares inscritos en los pedestales de algunas estatuas de su templo funerario. El sistema de escritura jeroglífica se las veía y se las deseaba para incorporar los términos extranjeros, y a primera vista las tortuosas combinaciones de signos parecen impenetrables: *i-am-ny-sha, ka-t-u-na-y, ka-in-yu-sh, m-u-k-i-n-u*, etcétera. Pero, tras un análisis más minucioso, los textos resultan ser una lista exhaustiva de los lugares más importantes del mundo griego en el siglo XIV a.C.: Amnisos, Cidonia, Cnosos y Micenas; también se enumera a Festos y Lictos, Nauplión y la Tebas beocia, la isla de Citera y quizá incluso Ilión, la Troya de Homero. El orden de los topónimos sugiere el itinerario de una misión diplomática enviada por Amenhotep III a las principales ciudades-Estado del mundo micénico. El rey debió de tener sus buenas razones para lanzar tal amistosa ofensiva: las redes comerciales micénicas abastecían a Egipto del precioso cobalto, utilizado como tinte azul oscuro en la industria vidriera, mientras que el plomo empleado para elaborar vidrio opaco y blanco procedía de la península de Laurión, en Grecia, situada dentro de la zona de influencia de Micenas. Pese a su xenofobia instintiva, Egipto no podía permitirse el lujo de ignorar a una fuerza económica emergente en el distante mar Egeo.

Más cerca de su territorio, la diplomacia representaba un instrumento esencial para mantener las conquistas imperiales egipcias en Oriente Próximo. Gracias a un descubrimiento extraordinario en el año 1887 de nuestra era, las relaciones entre Egipto, sus vasallos y las otras grandes potencias de la época han podido revelarse en toda su intrínseca complejidad. Las llamadas «cartas de Amarna» constituyen un archivo de correspondencia oficial encontrado entre las ruinas de la «Casa de la Correspondencia del Faraón» (la secretaría del Ministerio de Exteriores del antiguo Egipto). Los 380 documentos que se han conservado adoptan la forma de tablillas de barro cocido; están redactados en la escritura cuneiforme de Mesopotamia y en la lengua babilonia propia de la diplomacia de la Edad del Bronce. Muchos de ellos datan de los últimos años del reinado de Amenhotep III y fueron enviados por diversos príncipes vasallos al faraón egipcio, a quien se dirigían con la adecuada reverencia como «mi sol, mi señor». A diferencia de la conquistada Nubia, donde una serie de burócratas nombrados desde el gobierno central imponían la autoridad real según directrices egipcias, a los territorios vasallos de Egipto en Oriente Próximo se les permitía conservar sus propias estructuras administrativas y a sus propios gobernantes autóctonos, con tal de que estos juraran lealtad al faraón y entregaran a

tiempo su tributo anual. Sin embargo, es evidente que la indignidad de estar sometidos a una potencia extranjera les irritaba, y al parecer los vasallos pasaban la mayor parte del tiempo conspirando y maquinando a la vez que trataban de enfrentar a Egipto a las otras grandes potencias, sobre todo a Mitani y a los hititas.

Las cartas de Amarna revelan una situación bastante inestable, con amargas rivalidades y un conflicto a pequeña escala casi permanente entre las distintas ciudades-Estado. Entre los príncipes vasallos más problemáticos de Palestina se contaban Milkilu de Gezer, Biridiya de Megido y Abdi-Heba de Jerusalén. Por regla general, Egipto se contentaba con no verse implicado en tales disputas locales, excepto cuando se amenazaban sus intereses económicos. Más al norte, no obstante, los problemas revestían mucha mayor gravedad, dado que existía la posibilidad de que perturbaran el equilibrio de poder entre Egipto y los hititas. Una cuarta parte de todas las cartas de Amarna eran de un solo vasallo, Rib-Adda de Kebny, ciudad que había disfrutado de una relación especial con Egipto durante más de mil años. Rib-Adda se sentía cada vez más receloso del vecino Estado de Amurru, con su ambicioso gobernante Abdi-Ashirta. Sus temores no eran infundados. Sin que nadie lo detuviera, Amurru ocupó la guarnición egipcia y capital administrativa de Sumur (la actual Al-Hamidiyah), y prácticamente puso cerco a Kebny. Este hecho dio a los hititas la excusa que estaban esperando para intervenir, y Amurru escapó al control egipcio. Era una saludable lección acerca de cómo las disputas menores podían tomar rápidamente un caariz negativo para Egipto.

Allí donde Thutmose III o Amenhotep II no habrían dudado en intervenir militarmente, Amenhotep III optó por seguir una política muy distinta. Su principal objetivo era explotar económicamente y controlar políticamente sus posesiones extranjeras con la mínima implicación de las fuerzas egipcias. A tal fin, se establecieron guarniciones en los puertos más importantes de la costa —Gaza, Jaffa, Ullaza y Sumur—, así como en dos emplazamientos estratégicos del interior: Beth-Shan, en el extremo oriental del valle de Jezreel, y Kumidi, en el valle del Bekaa. Además, los almacenes de grano fortificados existentes a lo largo de la costa podían utilizarse como centros de abastecimiento en el caso de una acción militar. Por último, las sedes administrativas egipcias con gobernadores residentes de Gaza, Kumidi y Sumur venían a completar la red del gobierno colonial. En general, esta resultaba sumamente eficaz, y la lealtad de los príncipes vasallos se veía aún más cimentada por los regulares obsequios de baratijas salidas de los talleres reales de Egipto (la concesión de títulos imperiales a los príncipes indios por parte del rajá británico representa un ilustrativo paralelismo moderno).

No obstante, cuando se trataba de mantener relaciones amistosas con las otras grandes potencias se requería algo más que baratijas. Puede que a ojos de sus súbditos el faraón fuera el amo del universo, pero lo cierto es que en la vida real tenía que compartir la escena mundial con otros seis líderes de Oriente Próximo. En Mesopotamia estaban los reyes de Babilonia (sur de Irak), Asiria (alto valle del

Tigris) y Mitani (norte de Irak y norte de Siria); en Anatolia, los reyes de los hititas (Turquía central) y de Arzawa (sudoeste de Turquía), y en el Mediterráneo oriental, el soberano de Alashiya (Chipre). Los miembros de este club elitista se llamaban «hermanos» entre sí, y no eran reacios a manifestar resentimiento o malhumor cuando no lograban salirse con la suya. Entre las cartas de Amarna, hay aproximadamente tres docenas de misivas de las grandes potencias a Amenhotep III, que versan en gran medida sobre las habituales sutilezas diplomáticas: intercambio de saludos, corteses muestras de interés por la salud del rey y entregas de obsequios. El comienzo de una carta del rey Tushratta de Mitani da una idea del talante general:

> Para mí todo va bien. Que vaya todo bien para ti … Para tu casa, para tus esposas, para tus hijos, para tus nobles, para tus guerreros, para tus caballos, para tus carros, y que vaya todo bien en tu país.[3]

Pero hay también otro tema común, que refleja la reputación que tenía Egipto de atesorar fabulosas riquezas. De nuevo, Tushratta lo resume magníficamente:

> Que mi hermano me envíe oro sin trabajar en muy grandes cantidades … y mucho más oro que el que envió a mi padre. En el país de mi hermano, el oro abunda tanto como la tierra.[4]

El oro era la moneda preferida en el intercambio diplomático, y las abundantes reservas de las minas de Nubia proporcionaban a Egipto una capacidad de influencia única entre las grandes potencias. Apenas sorprende, pues, que una insurrección en la región minera aurífera de Nubia en el trigésimo año del reinado de Amenhotep III fuera brutalmente reprimida. Sin el oro, Egipto no era nada.

A cambio de los envíos regulares de oro, Amenhotep III trataba de obtener el bien más codiciado de los demás líderes, sus hijas, en calidad de matrimonios diplomáticos. Ya a comienzos de su reinado, el joven rey logró obtener la mano de una princesa de Mitani, y un escarabeo conmemorativo acuñado en 1381 deja constancia de la llegada de la princesa Giluhepa con un séquito de 317 asistentas, acertada y sucintamente calificadas de «maravillas».[5] Veinticinco años después, el faraón buscó a otra princesa de Mitani para su harén, tanto para cimentar su amistad con el nuevo soberano de aquel reino como también —cabe suponer— porque Giluhepa había perdido su flor virginal. Las negociaciones en torno a este segundo matrimonio diplomático fueron delicadas y detalladas, y requirieron la entrega recíproca de numerosos obsequios. Finalmente, el rey Tushratta envió a su hija Taduhepa con un apropiado séquito de 270 mujeres y 30 hombres, además de una enorme dote que incluía 20 kilogramos de oro, junto con otros 6 más como regalo personal para el propio Amenhotep.[6] Era como llevar leña al monte, podría pensarse; pero es evidente que el faraón quedó impresionado por el gesto, y la *entente cordiale* quedó también debidamente asegurada.

El trato con los babilonios resultó todavía más duro. Amenhotep se había llevado ya a una princesa babilonia como futura esposa en los comienzos de su reinado; pero

cuando probó el mismo truco con el nuevo rey de Babilonia, Kadashman-Enlil I, se encontró con una resistencia inesperada. El monarca babilonio se quejaba de que nadie había visto a su hermana desde que había entrado en el harén de Amenhotep hacía más de una década, y, por ello, se mostraba renuente a condenar a una de sus hijas a la misma suerte. Para empeorar aún más las cosas, no había sido invitado a la reciente «gran festividad» de Amenhotep. Además, dudaba de que a las esposas extranjeras se las tratara conforme a su origen regio:

> [Con respecto a aquellas de] mis hijas que se han casado con reyes vecinos, si mis mensajeros van allí hablan con ellas, y me envían un obsequio de recuerdo. Pero la que está contigo es pobre.[7]

Como ofensa final, la petición de Kadashman-Enlil de un acuerdo recíproco que le permitiera casarse con una princesa egipcia, fue rechazada de modo tajante. Amenhotep replicó altivamente que ninguna hija de un rey egipcio se había casado jamás con un extranjero, y que no tenía la menor intención de romper aquella tradición solo para complacer al rey de Babilonia. En conjunto, pues, los augurios de cara a un segundo matrimonio babilonio del rey egipcio no parecían demasiado buenos. Al final, parece ser que el oro egipcio ganó la partida y Amenhotep consiguió a su chica. Las cartas de Amarna contienen otra discusión sobre un posible matrimonio, esta vez entre el faraón y el rey esplendorosamente llamado Tarhundaradu de Arzawa; pero aquí los documentos guardan silencio con respecto al resultado final de las negociaciones. Cabe suponer, no obstante, que se vieron coronadas por el éxito. Amenhotep III no era hombre que aceptara un «no» por respuesta.

GLORIA AL REY RECIÉN NACIDO

Cuando el faraón se acercaba a su primer jubileo, después de treinta años en el trono, su programa de autobombo entró en una nueva fase. Desde los albores de la historia, la culminación de las celebraciones del jubileo de un rey había venido marcada por la denominada *Heb Sed*, o festividad *Sed*, un antiguo rito que simbolizaba el rejuvenecimiento del monarca y la renovación de su contrato con los dioses. En la mente de Amenhotep, este asunto del rejuvenecimiento estaba especialmente presente, de manera que decidió abordarlo de forma más exhaustiva que ninguno de sus predecesores. Él no se conformaría con una simple festividad excepcional, sino que, de acuerdo con su carácter, necesitaba también un edificio monumental y un programa de esculturas reales para garantizar su renacimiento por toda la eternidad. El emplazamiento que eligió para su último proyecto de construcción masiva estaba situado en la orilla oriental del Nilo, a casi cinco kilómetros al sur de Ipetsut, directamente enfrente de su templo funerario. Hoy se halla en el centro de la moderna ciudad de Luxor. A comienzos del reinado de Amenhotep, aquel era casi un terreno

virgen, honrado únicamente con un pequeño santuario de la época de Hatshepsut y Thutmose III, construido como una «residencia del sur» para el Amón-Ra de Ipetsut. Siguiendo las instrucciones del rey, los constructores de Amenhotep se apresuraron a reconstruir el pequeño monumento de sus predecesores, añadiendo un vasto atrio descubierto, rodeado por una doble hilera de columnas cuya forma recordaba a los manojos de papiros. Este «atrio solar» reflejaba el creciente énfasis del rey en el culto al sol —para el que un espacio abierto y sin techo resultaba mucho más apropiado que un santuario tradicional cerrado—, y este ordenó a sus arquitectos que añadieran una estructura similar a casi todos sus templos distribuidos por todo Egipto. Su construcción en Luxor figura como una de las más hermosas e impresionantes de entre todos los templos del antiguo Egipto. Y eso era exactamente lo que el rey pretendía:

> Sus muros son de electrum y su mobiliario, de plata, y todas sus puertas tienen los umbrales decorados. Su torre se alza hacia el cielo, sus mástiles tocan las estrellas. Cuando la gente lo vea, alabará a Su Majestad.[8]

Frente al atrio solar, un edificio todavía más impresionante empezaba a tomar forma, una gigantesca sala hipóstila cuyas columnas alcanzaban casi veinte metros de altura, decorada —como siempre— con seis estatuas colosales en las que se representaba al rey caminando. Tales maravillas arquitectónicas estaban concebidas por entero para impresionar, cosa que hacían magníficamente. Pero la verdadera trascendencia teológica de Luxor se ocultaba a la vista, en la parte posterior el templo.

Quizá la sala más importante de todo el complejo sea una reducida cámara, escondida detrás de una pequeña barca-altar, cerca de la sala de ofrendas. En la pared occidental, un delicado relieve muestra a dos diosas sustentando delicadamente las figuras de una mujer y un hombre. Se trata de los padres de Amenhotep III, Mutemuia y Thutmose IV; o, mejor dicho, Mutemuia y alguien disfrazado de Thutmose IV, y ese alguien es nada más y nada menos que el dios Amón-Ra, tal como manifiesta sin ambages el texto que lo acompaña. Tampoco la inscripción se abstiene de describir, en términos inesperadamente gráficos, el propósito del dios al deslizarse en el dormitorio de la reina ni su entusiasta respuesta ante las insinuaciones de Mutemuia:

> Ella se despertó debido al perfume del dios y gritó de placer ante Su Majestad … Se regocijó ante la visión de su belleza, y el amor por él bañó todo su cuerpo.[9]

Mutemuia, que para entonces se halla ya en un estado de éxtasis, cae desvanecida sobre el dios y exclama: «¡Qué grande es tu poder! … Tu dulce fragancia agarrota todos mis miembros».[10] La metáfora sexual es plenamente intencionada. Tras la fecundación viene la anunciación:

Amenhotep-soberano-de-Tebas es el nombre de este niño que he puesto en tu matriz … Ejercerá un poderoso reinado en todo este territorio … Gobernará las Dos Tierras como Ra para siempre.[11]

El propósito de esta elaborada escena, y de los hechos de ficción que relata, era, obviamente, perpetuar el mito del origen divino del rey, algo que los monarcas egipcios llevaban siglos proclamando en mayor o menor grado. Ya a comienzos de la XVIII Dinastía, en su Sanctasanctórum de Deir el-Bahari, Hatshepsut se había contentado con afirmar su origen divino, pero corriendo un discreto velo sobre los aspectos concretos. Amenhotep III (o sus teólogos) no mostraron tal reticencia, disfrutando sin recato de los detalles íntimos del encuentro de Amón-Ra con la reina. Quizá eso era precisamente lo que cabía esperar de un monarca con incontables «maravillas» extranjeras ocultas en su harén, y que contaba entre sus concubinas autóctonas con una mujer que tenía por apodo «aquella cuyas noches en la ciudad son numerosas».

Tras afirmar el origen divino del monarca, el templo de Luxor hizo asimismo otra contribución audaz a la ideología de la realeza. De hecho, su secreto más notable es precisamente su verdadero propósito. A diferencia de casi todos los demás templos de Egipto, este no tenía en absoluto como función principal la de ser centro de culto de una deidad concreta. Su papel como residencia meridional de Amón-Ra era secundario, una «tapadera» aceptable antes que la verdad profunda. La clave para entender el extraordinario papel del templo en la mitología de la realeza egipcia, reside en los relieves que decoran la monumental columnata de Amenhotep. Estos registran la celebración más importante que tiene lugar anualmente en Luxor, la Festividad de Opet. Todos los años, las imágenes de culto de Amón-Ra, Mut y Jonsu (y quizá también del rey) se llevaban en sus barcas-altar desde Ipetsut hasta Luxor en una gran procesión, ya fuera por tierra o por el río. Cuando las imágenes desfilaban por las calles a hombros de los sacerdotes, la población se arremolinaba a su alrededor para poder vislumbrar aquellos objetos sagrados y recibir su bendición. La Festividad de Opet era motivo de enorme júbilo y celebración, y representaba un bienvenido paréntesis en la dura rutina cotidiana. Pero, como todo lo demás en el antiguo Egipto, el destinatario no era el pueblo, sino el rey. Una vez ya seguras dentro del recinto del templo de Luxor, las imágenes de culto se bajaban de las barcas-altar y se depositaban en su nueva sede. Entonces el rey se adentraba en el santuario para entrar en comunión privada con la imagen de Amón-Ra.

Al cabo de un rato, aparecía de nuevo en la sala de comparecencias para recibir la aclamación de los sacerdotes y cortesanos congregados para la ocasión (unos jeroglíficos especiales en la base de las columnas dirigían a las «personas corrientes» hacia los lugares de observación permitidos). Su transformación era tan clara que todos la veían (y, obviamente, cabe suponer que nadie se atrevía a dudar del traje nuevo del emperador); por medio de su comunión con el rey de los dioses, el propio monarca se había rejuvenecido de manera visible y su divinidad se había «recargado». Se había convertido en el hijo viviente de Amón-Ra.

La clave de toda esta ceremonia era el *ka* real, la esencia divina que pasaba, invisible, al cuerpo mortal de cada sucesivo monarca y lo volvía divino. Era el elemento teológico más ingenioso que habían ideado jamás los antiguos egipcios, puesto que explicaba y reconciliaba la aparente contradicción de que un rey pudiera ser a la vez mortal y divino. La Festividad de Opet permitía, asimismo, al monarca unirse con el *ka* real para convertirse en «el primero de entre todos los *kas* vivientes», en un dios encarnado. El de Luxor, pues, era un templo consagrado al *ka* real, al misterio que constituía el núcleo de la realeza divina.

Fiel a las formas, Amenhotep encargó una magnífica obra escultórica para inmortalizar esa extraordinaria transformación obrada en la Festividad de Opet. La estatua del rejuvenecido Amenhotep III es una de las obras maestras de todo el arte del antiguo Egipto. Muestra al rey a tamaño natural caminando con resolución a grandes pasos, con un torso y unos miembros tensos y musculosos que representan el paradigma de la virilidad juvenil. Lo más destacable es el tratamiento de su rostro. Con unos inmensos ojos almendrados, labios prominentes, nariz pequeña y pómulos marcados, sus rasgos transmiten una deliberada impresión de juventud exagerada. La estatua muestra al rey rejuvenecido de una forma bastante literal, con su edad reducida a la infancia gracias a los poderes mágicos de los ritos de Opet. Pero el simbolismo de la estatua va todavía mucho más allá. El propio material transmite la estrecha relación del rey con el dios solar, puesto que está hecha de una cuarcita de un intenso color rojo púrpura, la piedra que los antiguos egipcios conocían como *biat* («maravillosa»). Se cree que originariamente se aplicó un tratamiento dorado al collar, los brazaletes, las sandalias y la corona, consiguiendo así que la estatua brillara como el sol a la luz del día en el atrio descubierto. Un examen minucioso de la parte trasera de la estatua revela la existencia de un patrón de plumas en las nalgas del rey, con lo que se pretende indicar que este se ha transformado parcialmente en un halcón celeste. Para reforzar aún más las asociaciones solares, el faldellín del monarca está decorado con cobras erguidas, cada una de las cuales lleva una esfera solar sobre la cabeza. El propio Amenhotep es portador de la doble corona, y además se alza sobre un trineo; ambos, motivos emblemáticos del dios creador solar, Atón. Mediante esta rica combinación de metáforas y referencias visuales, la estatua pone de manifiesto que Amenhotep III es un monarca renacido, inmortal, asimilado a Ra y Atón, un rey-dios por toda la eternidad. La inscripción de la parte trasera del pedestal va aún más allá, llamando al rey «el primero de entre todos los *kas* vivientes» y «deslumbrante esfera de todas las tierras».

El realce deliberado y sistemático del poder regio había llegado a su cenit. El rey, lejos de ser un mero «hijo de Ra», había pasado a ser consustancial con el sol, el dios creador que ilumina y da vida al mundo. Su transformación estaba completa.

La divinización de Amenhotep III en vida, íntimamente ligada a la celebración de su primer jubileo en 1361, abrió nuevos horizontes a la monarquía egipcia. Los reyes anteriores sin duda habían estado cerca de atribuirse la divinidad, haciéndose representar con atributos casi divinos, pero siempre se había mantenido una distinción (por más que sutil) entre el rey como encarnación terrenal de Horus, por una parte, y el propio Horus, por otra; entre el «elegido de Ra» y el propio Ra, autor de dicha «elección». Ningún rey hasta Amenhotep III se había atrevido a manifestar de forma tan abierta e inequívoca su absoluta transmutación en la deidad creadora. El último paso de este proceso cabe buscarlo en la distante Nubia, en los límites meridionales del poder de la XVIII Dinastía. Uno de los principales proyectos de construcción de Amenhotep entrañaba la fundación de un nuevo templo en el interior de la fortaleza de Jaemmaat (la actual Soleb), una estructura diseñada para proteger a la Nubia controlada por Egipto de los territorios hostiles situados más allá. En sintonía con las ambiciones solares del rey, el templo se construyó en la orilla oeste del Nilo, de cara al sol naciente. Aunque en principio era solo una pequeña barca-altar consagrada a su protector personal Amón, posteriormente fue ampliada con la adición de dos atrios solares y una sala hipóstila, llenos de esculturas. Al mismo tiempo, y coincidiendo con el trigésimo año de Amenhotep en el trono, se modificó la consagración del templo para que rindiera culto a «Amón-Ra de Ipetsut, que reside en la fortaleza de Jaemmaat», y a «Nebmaatra [el nombre de trono de Amenhotep III], señor de Nubia». El rey de los dioses y el rey-dios formaban, así, la pareja perfecta.

Los relieves del templo de Jaemmaat registran asimismo detalles del primer jubileo del rey. Los antiguos ritos de la festividad *Sed*, con su énfasis en la renovación y el rejuvenecimiento, ejercían un atractivo especial para Amenhotep, y parece ser que este inició los preparativos para sus propias ceremonias con varios años de antelación. Al parecer, la adición de atrios solares a todos sus principales templos en Egipto y Nubia se emprendió en previsión de su jubileo, presagiando la plena y definitiva asimilación del rey con el dios solar. En cuanto a la preparación para la propia festividad, no se dejó piedra sin remover para garantizar que superara a todas las celebraciones anteriores. Se puso a trabajar a los eruditos, que consultaron «las antiguas escrituras»,[12] para averiguar cómo se había organizado la festividad *Sed* en los siglos pasados. Uno de sus descubrimientos fue una paleta de 1.500 años de antigüedad que se remontaba a los mismos comienzos de la historia egipcia, y que estaba decorada con una escena abreviada de ritos jubilares. Aquella escasa pero sagrada información se incorporó a su bagaje de conocimientos.

Dado que Tebas representaba el foco del mundo simbólico de Amenhotep, el epicentro de sus experimentos teológicos, resultaba de lo más pertinente que la ciudad sagrada fuera también el escenario de sus ritos jubilares. El rey, que no era de los que hacían las cosas a medias, ordenó la construcción de una nueva ciudad ceremonial entera. El emplazamiento elegido fue la orilla oeste del Nilo, al sur de su templo funerario y frente al lugar de su renacimiento, el templo de Luxor. En su

primera fase (se ampliaría todavía más para el segundo y tercer jubileos del rey), el bautizado modestamente como «Palacio de la Deslumbrante Esfera y Casa de Regocijo» (la actual Malkata) se extendía a lo largo de más de un kilómetro y medio. Incluía un distrito administrativo, con espaciosas villas para los cortesanos; un palacio secundario, quizá para Tiye y su familia, y la principal residencia real. Sus salas de audiencia, de opulentos acabados, tenían los suelos cubiertos de tejidos con una rica variedad de colores, mientras que los techos estaban decorados con exóticos motivos minoicos. El dormitorio del rey tenía buitres volando pintados en el techo, entremezclados con los nombres y títulos reales de Amenhotep. Elegantes jarras de ungüentos y botellas de perfume, exquisitamente elaboradas con cristal multicolor, reposaban sobre mesas chapadas de ébano y recubiertas de oro. Las elaboradas vasijas de cristal eran tan apreciadas por el rey y su consorte que se creó una fábrica especializada junto al palacio para satisfacer el ritmo de la demanda. El mecenazgo que ejerció Amenhotep con la vidriería se ha comparado con el apoyo que, mucho más tarde, Luis XIV de Francia daría a la porcelana de Sèvres, lo cual no sería el único punto de semejanza entre ambos «reyes sol».

La ciudad ceremonial y el templo funerario se conectaron mediante una calzada elevada, que se prologaba hacia el sur durante otros dos kilómetros y medio, terminando en un punto solitario del desierto (la actual Kom el-Samak). Allí, de acuerdo con la antigua costumbre, el rey aparecía entronizado sobre un estrado elevado con dos escaleras paralelas, lo que simbolizaba su dominio sobre el Alto y el Bajo Egipto. Y aún más allá, adentrándose profundamente en las colinas tebanas, todavía pueden verse monumentos reales inacabados. Solo podemos hacer conjeturas con respecto a qué era lo que Amenhotep tenía en mente; parece que la imaginación del rey y sus consejeros no tenía límites.

La «deslumbrante esfera de todas las tierras» planeó un último efecto teatral para rematar su gran festividad regia. Una ciudad ceremonial y un palacio de ensueño en un paisaje sagrado no parecían suficientes para el jubileo definitivo. Amenhotep recordó entonces el lago que veinte años atrás le había regalado a su esposa Tiye, y en su mente se formó una idea. En un proyecto de construcción no igualado por nada de lo que se había intentado hasta entonces —y eso en sí ya decía mucho—, el rey ordenó la construcción de dos vastos puertos artificiales, uno en cada orilla del Nilo. Medían cerca de ochocientos metros de largo por cuatrocientos de ancho, y las enormes cantidades de tierra excavada del puerto occidental fueron extendidas sobre la llanura circundante a fin de formar una plataforma artificial para la construcción de la ciudad jubilar. Hoy, el puerto occidental (Birket Habu) sobrevive todavía como una gran depresión delineada por una serie de vertederos de escombros, y cuyas enormes dimensiones solo se aprecian desde el aire. Por su parte, el puerto oriental ha desaparecido por completo bajo el crecimiento incontrolado de la moderna ciudad de Luxor, pero todavía resultaba claramente discernible cuando Napoleón visitó Egipto;

y sin duda este habría aprobado su propósito inicial: la idea de Amenhotep era crear el escenario más espectacular imaginable para la ceremonia central de su jubileo.

La mañana de las principales celebraciones, se hizo entrar en palacio a los cortesanos, los altos funcionarios, las amistades del rey y otros dignatarios. Allí, el rey los colmó de regalos: collares de oro, ornamentos dorados en forma de patos y peces (ambos, potentes símbolos de fertilidad) y, como ornamento jubilar especial, cintas de lino verde. Luego compartieron un gran banquete de desayuno con su soberano, antes de ser conducidos fuera de palacio para visitar los puertos artificiales. A continuación, en un espectacular montaje concebido como exhibición de poder regio y realeza divina, Amenhotep III y Tiye aparecieron en la orilla del agua, engalanados de oro de la cabeza a los pies, y deslumbrantes como el propio sol. En el puerto oriental, embarcaron en una reproducción de la «Barca Matutina» del dios solar. Los cortesanos que aguardaban asieron los extremos de las sogas de proa y tiraron suavemente de la barca, representando el milagro diario por el que el dios solar era izado a los cielos al amanecer. Luego la escena se desplazó al puerto occidental, donde el rey y su consorte volvieron a aparecer, pero esta vez en una réplica de la «Barca Vespertina» del dios solar. Los dignatarios cogieron por segunda vez los extremos de las sogas de proa, y la escena se repitió de nuevo, simbolizando ahora el descenso del dios solar al inframundo al anochecer. Bien podría más tarde el maestro de ceremonias jactarse de que «varias generaciones de personas, desde el tiempo de los ancestros, no habían celebrado tales ritos jubilares».[13]

Amenhotep III llegó a celebrar un segundo y un tercer jubileos, cada uno de ellos acompañado de nuevas construcciones monumentales y aún más rituales. Luego, en 1353, el trigésimo octavo año de su notable reinado, y de manera bastante inesperada, murió por causas que se desconocen sin haber llegado a la cincuentena. La conmoción, para una población bombardeada por la propaganda real y una corte convencida de la inmortalidad del rey, debió de ser bastante profunda. Con todo, nadie podía ni siquiera soñar en la revolución que estaba a punto de sacudir al país bajo el reinado del heredero de Amenhotep.

El deslumbrante sol de Egipto se había puesto. Pero, cuando volviera a salir, reluciría con una luz implacable y abrasadora.

14
Revolución real

NUEVO AMANECER

En los anales del antiguo Egipto hay una figura que suscita un mayor número de comentarios y especulaciones que ninguna otra. Es objeto de admiración y de odio en igual medida. Desde novelistas románticos hasta compositores de ópera, pocos han podido resistirse a su atracción. En su vida relativamente breve cambió por completo el rumbo de Egipto, aunque sus drásticas reformas fueron apresuradamente revocadas después de su muerte. Llevó la institución de la monarquía divina a nuevas cotas, y sin embargo nunca había esperado llegar a gobernar. Es Ajenatón, el rey hereje (1353-1336), el más controvertido y enigmático de los faraones, el instigador de una revolución real. Sus diecisiete años de reinado y la tumultuosa década que le siguió, probablemente representaron el período más estimulante, incierto, dinámico y extraño de toda la historia egipcia. Y la clave de ello fue la radical visión del propio rey, la cual, de haber sobrevivido, habría cambiado no solo la historia del antiguo Egipto, sino tal vez el propio futuro de la humanidad.

Durante la mayor parte del glorioso reinado de Amenhotep III, su heredero aparente fue el príncipe Thutmose, el hijo mayor del rey, y cuyo nombre, siguiendo la tradición real, hacía honor al de su abuelo y al de su tatarabuelo. Del segundo hijo, el príncipe Amenhotep (como se llamaba entonces), poco se sabe hasta la prematura muerte de Thutmose, un hecho que catapultó a su hermano pequeño al puesto de príncipe heredero. Thutmose dejó tras de sí pocos monumentos aparte de un sarcófago de piedra amorosamente tallado para su gato doméstico. En cambio, la determinación de su hermano transformaría Egipto en menos de una generación.

El nuevo heredero al trono debió de presenciar de primera mano las espectaculares festividades *Sed* de su padre, y es evidente que ejercieron un profundo efecto en él. Parece que su deslumbrante imaginería solar, en particular, se grabó a fuego en la fértil imaginación del joven. Sin embargo, si en la mente de Amenhotep habían empezado a formarse ideas teológicas radicales, desde luego no hay evidencia alguna de ellas al comienzo de su reinado. Lejos de ello, tras acceder al trono como Amenhotep IV, hizo justo lo que se esperaba de un hijo piadoso y completó la decoración de la gran puerta de entrada a Ipetsut que iniciara su padre. Añadió sus propios relieves, con el conveniente estilo tradicional, en los que se le representaba golpeando a los enemigos de Egipto. En Nubia fundó una nueva ciudad, justo como había hecho su padre, con un templo consagrado a Amón-Ra, rey de los dioses. Desde la lejana Chipre, el soberano de Alashiya escribió a Amenhotep IV para

felicitarle por su ascenso al trono, y le envió una jarra de «aceite dulce» como regalo de coronación.[1] Todo parecía anunciar otro reinado glorioso siguiendo el patrón dinástico familiar. También las posesiones imperiales de Egipto rindieron el adecuado tributo. Del gobernante de Tiro, vasallo del monarca egipcio, llegó una carta especialmente obsequiosa, plagada de las habituales fórmulas adulatorias:

> Me postro a los pies del rey, mi señor, siete veces siete. Yo soy la tierra bajo las sandalias del rey, mi señor. Mi señor es el sol que sale sobre todas las tierras día a día…[2]

Es posible que tales sentimientos dieran ideas a Amenhotep IV. Sea como fuere, antes de que hubiera transcurrido un año desde que se convirtiera en rey, el monarca se mostró tal como era en realidad, con un programa de construcción que pretendía rivalizar con el de su padre. Las canteras de arenisca de Gebel el-Silsila se pusieron a trabajar a toda máquina, con unos niveles sin precedentes de mano de obra a la que el rey reclutó mediante una leva nacional. Obviamente, la existencia de edificios colosales llenos hasta reventar de estatuaria real no era nada nuevo, y Tebas se había acostumbrado bastante a la construcción de monumentos durante la última década del reinado de Amenhotep III. Pero Amenhotep IV tenía en mente algo distinto. Sus proyectos se centrarían en un solo emplazamiento, el templo de Ipetsut; pero no dentro del recinto sagrado, sino fuera de su muro este, en una marisma hasta entonces vacía. La elección del emplazamiento, fuera de los dominios de Amón-Ra y de cara al sol naciente, era completamente deliberada, y ello porque los ocho nuevos monumentos de Amenhotep en Ipetsut iban a consagrarse no a su destinatario habitual, sino a Atón, la esfera visible del sol, cuya imaginería había sido adoptada por su padre en la época de su primer jubileo. Como reflejo de este cambio teológico, el más grandioso de los proyectos era un templo llamado Gem-pa-Atón, «Atón ha sido encontrado», y era como mínimo tan ambicioso como todo lo que había presenciado Tebas en el reinado anterior. En su centro había un vasto atrio descubierto, flanqueado por una columnata. Contra los pilares se alzaban estatuas de siete metros de altura de Amenhotep IV y su esposa, Nefertiti, cada una de ellas tallada a partir de un solo bloque de arenisca. Sus distintivas coronas —la doble corona o un tocado con dos plumas para el rey, y una corona de extremo plano para su consorte— los identificaban como Atón, Shu y Tefnut, la tríada originaria de dioses creadores según el antiguo mito. Allí donde Amenhotep III había subrayado su papel semejante al del sol para sostener el universo, su hijo deseaba que se le asociara con el propio acto de la creación.

Esta teología fundamentalista encontró también una expresión asombrosa en la apariencia de la estatuaria de Amenhotep IV. Para subrayar su unidad con el creador, encarnando tanto los atributos masculinos como los femeninos, y recalcar al mismo tiempo su distanciamiento del resto de la humanidad, el rey ordenó a sus escultores que iniciaran un cambio radical en el modo de representación. Todos los aspectos del rostro y del cuerpo del rey fueron deliberadamente distorsionados: la cabeza fue

alargada de una forma antinatural con rasgos angulares y atenuados, incluyendo unos ojos rasgados, una nariz larga y un mentón prominente; un cuello largo y nervudo, y una clavícula prominente, dominaban un torso estrecho en su parte superior, que contrastaba con un vientre distendido y unas anchas caderas; por último, las piernas, rechonchas, terminaban en unas delgadas pantorrillas. El efecto general, especialmente cuando se multiplicaba una y otra vez a una escala colosal bajo la luz dura e inclinada del atrio descubierto, resultaba a la vez espantoso y surrealista. En una nueva vuelta de tuerca, las estatuas fueron decoradas en puntos estratégicos (cuello, brazos y antebrazos, cintura) con placas que llevaban un par de nombres reales; pero en lugar de identificar al rey, como cabría esperar, estas proclamaban la recién inventada titulatura de Atón, el dios favorito del monarca. Bajo el reinado de Amenhotep III, el rey se había convertido en la esfera solar; bajo el de su hijo, la esfera solar se había convertido en rey. Amenhotep IV estaba declarando nada más y nada menos que una corregencia, con él mismo y el dios solar como soberanos conjuntos. En los abundantes relieves que decoraron el Gempaatón, la familia del rey se mostraría invariablemente en presencia de Atón, no representado ya como el tradicional hombre con cabeza de halcón, sino de forma abstracta, como una esfera solar cuyos rayos terminaban en unas manos humanas, que acariciaban y daban vida a la familia real.

El objetivo último de todo el programa de construcción de Amenhotep IV en Gempaatón, como el de las construcciones de su padre en Malkata, era disponer de un grandioso escenario arquitectónico para la celebración de un jubileo real. Amenhotep IV celebró su propia festividad *Sed* en el tercer año de su reinado, manteniendo la frecuencia establecida por los jubileos de su padre. Al hacerlo así, estaba señalando claramente que el reinado de su progenitor, de hecho, no había terminado. Las inscripciones recalcaban que la festividad *Sed* era una celebración dedicada no tanto al rey como al propio Atón. Aquella era una evolución radical, pero completamente lógica, de la teología de Amenhotep III; el antiguo rey se había convertido en la esfera solar, y, como tal, seguiría reinando por toda la eternidad, repitiéndose constantemente los jubileos patrocinados por el Estado y organizados para él por su hijo, Amenhotep IV. La festividad *Sed* de Ipetsut marcó, pues, no la culminación de algo anterior, sino el comienzo de algo completamente novedoso: el dios solar y el rey reinarían juntos, re-creando de nuevo el mundo todos los días.

Las celebraciones jubilares señalaron asimismo el camino hacia un nuevo futuro para la vida religiosa egipcia en su conjunto. Atrás quedaron las tradicionales procesiones de los dioses. En su lugar, el rey y otros miembros de la familia real pasaron a ser el centro de atención y de reverencia al desplazarse todos los días con gran boato desde el palacio al templo y viceversa, saludados por la multitud y los dignatarios que flanqueaban su ruta. Un año después de la festividad *Sed* del Gempaatón, el rey remató su nueva teología cambiando su propio nombre, un acto de tremenda potencia simbólica. Aunque más de un soberano anterior había modificado

su nombre de trono para denotar un cambio de rumbo, resultaba extremadamente inusual, por no decir un hecho sin precedentes, que un rey se cambiara el nombre de pila. A través del poder del jubileo, Amenhotep IV creía que había renacido a una nueva vida en calidad de corregente con Atón. Por consiguiente, en lugar de Amenhotep, «Amón está satisfecho», en lo sucesivo pasaría a llamarse Ajenatón, «útil a Atón».

UN LUGAR EN EL SOL

Tan público rechazo al culto de Amón debía de resultar incompatible con el continuo patrocinio real de Tebas, la ciudad de Amón por excelencia. Lo cierto es que el Gempaatón y los otros templos de Atón se hallaban fuera del recinto sagrado de Ipetsut, pero el centro del culto a Amón seguía quedando más cerca de lo que resultaría cómodo. Los monumentos a Amón en ambas orillas del Nilo dominaban el horizonte, y constituían un constante recordatorio de su hegemonía sobre todos los demás cultos. Si de verdad había que magnificar a Atón por encima de todas las demás deidades, este tendría que contar con sus propios dominios, su propia ciudad, un lugar donde la esfera solar (y su hijo) pudieran gozar de un dominio absoluto. Había que buscar una nueva capital real.

El emplazamiento elegido por Ajenatón fue una verdadera inspiración (de hecho, este afirmaría que había sido Atón quien le había conducido hasta allí). En el Egipto Medio, aproximadamente a mitad de camino entre el gran centro religioso de Tebas y la tradicional capital administrativa de Menfis, había un lugar donde los altos riscos de piedra caliza que flanqueaban la orilla este del Nilo retrocedían formando una bahía desértica de unos once kilómetros de largo por cinco de ancho. Era un emplazamiento recoleto, fácilmente defendible y convenientemente abastecido por una amplia extensión de llanura aluvial en la orilla opuesta. Y, lo más importante de todo, era un territorio virgen, hasta entonces deshabitado y no relacionado con ningún otro culto. Incluso el paisaje parecía estar especialmente adaptado a las creencias del rey, ya que la forma de los riscos orientales se asemejaba a un término jeroglífico cuyo significado era «horizonte», el lugar por donde el sol salía todas las mañanas para dar nueva vida al mundo. De hecho era *Ajet-Atón*, el «horizonte de la esfera», y el emplazamiento perfecto para que Ajenatón llevara a cabo su visión utópica.

A finales de la primavera de su quinto año en el trono, 1349, el rey realizó su primera visita oficial al lugar (la actual Amarna). Tras aparecer ante sus cortesanos, allí congregados, en un carro revestido de electrum, reluciente como el propio sol, promulgó el decreto por el que fundaba su nueva ciudad. Tras realizar una espectacular ofrenda a Atón al aire libre, frente a los riscos, afirmó que Ajetatón pertenecería al dios para siempre, como monumento suyo, «con un nombre eterno y

perpetuo».[3] Ni siquiera Nefertiti podría quebrantar su determinación de cumplir su sueño:

> No me dirá la Gran Esposa del Rey: «Mira, hay un buen lugar para Ajetatón en otro sitio», ni yo la escucharé.[4]

El rey decretó, además, que su ciudad modelo contuviera un conjunto de edificios principales destinados al culto a Atón y la glorificación de la familia real. Y sería Ajetatón, y no Tebas, el lugar elegido para el eterno reposo del rey:

> Si muero en alguna ciudad del norte, el sur, el oeste o el este en estos millones de años, traedme de vuelta para que pueda ser enterrado en Ajetatón.[5]

Toda la ceremonia y los detalles del decreto del rey quedaron registrados para la posteridad en tres enormes escenas, talladas en los riscos en los límites norte y sur del emplazamiento, y ornadas con estatuas del rey y la reina.

Exactamente un año después, Ajenatón efectuó una segunda visita para inspeccionar los progresos de la obra. Tras pasar la noche en una tienda alfombrada (llamada «Atón está satisfecho»), al amanecer volvió a aparecer subido en un carro dorado, realizó otra gran ofrenda a su dios, y juró por Atón y por la vida de su esposa y de sus hijas que todo lo que hubiera en Ajetatón pertenecería para siempre a Atón y no a otro. Su segundo decreto, que establecía de manera más precisa los límites de la ciudad, fue debidamente grabado en un nuevo conjunto de trece mojones fronterizos situados a ambas orillas del Nilo. Por su parte, la propia construcción de la ciudad aceleró el ritmo, ayudada por inmensas cantidades de piedra que era transportada desde una enorme cantera excavada en los riscos septentrionales. El uso de «ladrillos» de piedra de un tamaño estandarizado (un codo por medio codo), lo bastante pequeños como para ser transportados por un solo obrero, permitió una construcción rápida. Tras dos años de febril actividad, la ciudad estaba lista para acoger a la familia real como su residencia permanente.

Tal como pretendía Ajenatón, «el horizonte de Atón» se diseñó meticulosamente para dar un lugar prioritario a los principales edificios públicos. Estos estaban conectados al Camino Real, que discurría en paralelo al Nilo y formaba el núcleo ceremonial de la capital. El recorrido diario del rey en carro desde la residencia regia hasta la sede del gobierno, y viceversa, reproducía de nuevo deliberadamente la trayectoria de Atón a través del cielo, señalando la estrecha relación entre los corregentes celestial y terrenal. Asimismo, proporcionaba a la ciudad y a sus habitantes un foco ritual regular, reemplazando a las antiguas festividades religiosas que la nueva teología del rey había relegado al olvido.

La principal residencia real se hallaba en el extremo septentrional de Ajetatón, encajonada entre los riscos y la orilla del río, un emplazamiento elegido tanto por una cuestión de seguridad como por su atractivo estético. Además del propio palacio,

construido dentro de un recinto fortificado dotado de amplios barracones para la guardia, había un gran edificio administrativo y un grupo de impresionantes mansiones para los consejeros más próximos al rey.

Cuando el monarca se dirigía hacia el sur todas las mañanas, rodeado de pelotones de soldados y policías que corrían junto a su carro —y, sin duda, de lacayos que se esforzaban por seguirle el paso—, su recorrido pasaba primero por el palacio del harén, un edificio independiente destinado a las mujeres de la familia real. Ricamente decorado con murales pintados y cantería dorada, constituía un refugio de lujo y tranquilidad. Su atrio central contaba con unos deliciosos jardines simétricos, alimentados por las aguas del río mediante un sofisticado sistema de riego, mientras que unos establos de ganado vacuno y de antílopes domésticos suministraban a diario las más finas carnes a palacio.

Más allá de este enclave real empezaba la ciudad propiamente dicha, y cabe imaginar que la cabalgata del rey debía de acelerar el paso al desfilar ante los hogares de los comunes mortales. Desde el Camino Real, se extendía hacia el norte uno de los dos principales barrios residenciales. Era evidente que la pauta de planificación simétrica de Ajetatón no se extendía más allá de los principales edificios públicos, puesto que las casas de sus súbditos estaban dispuestas de forma totalmente desordenada. Las grandes villas propiedad de mercaderes ricos estaban rodeadas por las casas, más pequeñas, de quienes dependían de ellos, en un laberinto de calles laterales y callejones que daba al conjunto una atmósfera aldeana. Los barrios eran ruidosos y animados, y estaban en construcción más o menos permanente.

Siguiendo hacia el sur a lo largo del Camino Real, la procesión que acompañaba al carro del rey entraba finalmente en el centro de la ciudad, el corazón religioso y administrativo de Ajetatón. Los mayores edificios eran la Casa de Atón, el principal lugar de culto del dios, con una fachada exterior de más de doscientos metros y casi un kilómetro de profundidad. Más allá de las dos enormes torres que flanqueaban su entrada se extendían enormes atrios descubiertos, llenos de altares de adobe. En las festividades, dichos altares rebosaban de frutas, hortalizas, carne y aves de corral, ofrendas que iban a ser consumidas por Atón al pasar por encima. Unas extensas instalaciones de producción de alimentos y un matadero exclusivo dentro del templo mantenían siempre los altares bien abastecidos.

Junto al templo estaba la Casa del Rey, que era la «oficina» de Ajenatón, donde se despachaban los asuntos del gobierno. Uno de sus rasgos más prominentes era un balcón para las apariciones públicas de la familia real. Un puente cubierto llevaba, por encima del Camino Real, al Gran Palacio, el mayor edificio residencial de toda la ciudad, con una superficie de más de una hectárea y media. El Gran Palacio, cuya función principal era la de ser el escenario de las grandes recepciones de Estado y de las ceremonias reales, incluía también oficinas y dependencias para los miembros de la casa real. En su centro se situaba un enorme atrio descubierto flanqueado por estatuas colosales de Ajenatón y Nefertiti, lo más adecuado para impresionar a los

embajadores de visita. El sentimiento de temor y asombro se veía reforzado aún más por la decoración del suelo. La principal ruta utilizada por el rey tenía un pavimento enyesado, pintado con imágenes de extranjeros. Ello permitía a Ajenatón pisotear a sus enemigos cada vez que iba a abordar los asuntos de Estado; «la proclamación espontánea de la brutalidad oficial».[6]

El último gran edificio del centro de la ciudad era la Mansión de Atón, un templo más pequeño destinado al culto diario de la familia real. Orientado hacia la hendidura en las colinas que conducía a la tumba real, es posible que también hiciera las veces de un templo funerario tradicional. Al igual que la Casa de Atón, su arquitectura estaba dominada por atrios descubiertos —para permitir el culto al sol visible— con una sucesión de rampas, escaleras y balaustradas en lugar de salas cerradas para dividir el espacio sagrado. La nueva religión de Ajenatón había engendrado un nuevo vocabulario arquitectónico.

Otro barrio residencial, dominado por casas de trabajadores normales y corrientes, y situado fuera de la zona normalmente frecuentada por el rey, marcaba el extremo sur de la principal área urbanizada. No obstante, en las afueras de la ciudad cinco grandes complejos rituales, cada uno de ellos dedicado a un destacado miembro femenino de la familia real, garantizaban una presencia regia permanente y sumamente visible en cualquier punto hacia el que miraran sus habitantes. En su nueva «ciudad del sol», Ajenatón resultaba tan omnipresente como omnipotente.

EL ÚNICO DIOS VERDADERO

En cierto sentido, la teología fundamentalista de Ajenatón había sido anunciada ya por la apoteosis de su padre; de la celebración del poder solar por parte de Amenhotep III a la exultación exclusiva del propio sol por parte de su hijo no había sino un breve y lógico paso. Incluso es posible que Ajenatón viera a Atón como su padre real, además de espiritual; Amenhotep III en forma divinizada. Sin embargo, en muchos aspectos importantes la doctrina de Ajenatón carecía por completo de precedentes, y resultaba radicalmente opuesta a los diecisiete siglos anteriores de tradición religiosa del antiguo Egipto. Mientras que los reyes del pasado habían subrayado su papel de cara a defender la *maat* (verdad, justicia y orden creado), Ajenatón pretendía «vivir en la *maat*», como los propios dioses. La verdad ya no tenía una existencia independiente de las acciones del rey; era, por definición, lo que este quisiera que fuese. Los rituales tradicionales de renovación real, especialmente la festividad *Sed* y la de Opet, habían subrayado el rejuvenecimiento provisional del rey, vigente hasta la siguiente vez en que se repitiera la celebración. Pero la festividad *Sed* de Ajenatón en Ipetsut (cuando todavía era Amenhotep IV) tuvo un propósito completamente distinto: señalaba el rejuvenecimiento permanente del rey y de todo el cosmos. Mediante la corregencia de Atón y el rey, el mundo había sido devuelto a su

estado prístino inmediatamente posterior al momento de la creación. El universo de Ajenatón disfrutaba (o sufría) de una re-creación diaria, reflejando el renacimiento diario del propio sol, bajo la benéfica guía de la divina tríada: Atón, el rey y su consorte.

Aunque el dogma resultara difuso, sus consecuencias fueron bastante claras. Para una deidad cuyo poder se transmitía a través de sus rayos, a través de la propia luz, un santuario cerrado y oculto —como los que se habían construido para los dioses y diosas desde los albores de la civilización— resultaba inútil. El culto a Atón exigía templos al aire libre, llenos de mesas repletas de ofrendas para el consumo directo del dios. De hecho, toda la ciudad de Ajetatón era un gran templo consagrado a Atón, dado que el sol visible podía ser observado y adorado en lo alto a cualquier hora del día. A ello aludiría de una forma bastante clara el «nombre real» dado a Atón en el momento de «su» jubileo (1351). Aunque escrito dentro del clásico cartucho (un anillo ovalado que en la escritura jeroglífica contenía nombres) utilizado por los reyes, el «nombre» era, más bien, una declaración bastante abreviada del nuevo credo:

> ¡Vive! Ra-Horus-de-los-Dos-Horizontes que se regocija en el horizonte en su nombre de Luz que es Atón.

Al igual que Ajenatón adoptaba el papel de la Luz (el dios Shu), también su nueva ciudad, Ajetatón, «el horizonte de Atón», era el lugar donde Atón se regocijaba: dios, rey y ciudad santa en perfecta armonía.

Aunque en teoría Atón no necesitaba ni templos ni clero, en la práctica Ajenatón no podía dedicarse al culto —por más que lo hubiese deseado— las veinticuatro horas todos los días del año. Al fin y al cabo, él era el jefe del Estado además del profeta de una nueva religión. Así pues, aceptando en este caso las prácticas anteriores, nombró a un sumo sacerdote de Atón poco después de establecer su residencia en Ajetatón. Meryra, «el amado de Ra», da la impresión de haber surgido de la nada, o, cuando menos, de haber hecho todo lo posible por asegurarse de que su trayectoria anterior y su pasado permanecieran ocultos. Como la mayoría de los integrantes del círculo de allegados de Ajenatón, probablemente se lo debía todo al rey, de modo que su lealtad estaba garantizada. Su nombramiento oficial como sumo sacerdote tuvo lugar en la Casa del Rey, en el centro de la ciudad. Ajenatón y Nefertiti, acompañados de su hija mayor, Meritatón, aparecieron en el balcón real, decorado para la ocasión con un cojín ricamente bordado. Ataviado con una larga túnica y una banda decorativa, y asistido por miembros de su familia, Meryra fue conducido ante la real presencia y se arrodilló ante el monarca, mientras los escribas oficiales registraban todos y cada uno de los aspectos de la ceremonia (ni siquiera bajo el reinado de Ajenatón había perdido Egipto su obsesión por dejar constancia escrita de todo). Detrás de los «chupatintas» estaban los «bastoneros», listos para entrar en acción al menor síntoma de problemas; los policías, como los escribas,

constituían un rasgo cotidiano de la vida en Ajetatón. Con una declaración oficial, el rey confirmó el nombramiento de Meryra, que fue unánimemente aclamado. Cuando cesó la algarabía, Meryra pronunció un breve discurso de aceptación: «Numerosas son las recompensas que Atón sabe dar, si a su corazón le place».[7] Fue un modelo de concisión y de piedad. Luego sus amigos lo levantaron a hombros y se lo llevaron de palacio.

El otro momento crucial de la trayectoria profesional de Meryra, unos años más tarde, fue su investidura con el «oro de honor», la máxima distinción para un servidor leal. Una vez que el rey hubo llenado el cuello del sumo sacerdote de collares de oro, todos los presentes tuvieron que escuchar, atentos y extasiados, mientras Ajenatón pronunciaba un largo, elocuente, afectado y legalista discurso. Con su ritualizado escenario y sus movimientos coreografiados, la toma de posesión de Meryra como sumo sacerdote nos presenta un estilo de audiencia regia que ha cambiado bien poco en los últimos 3.500 años. Y también su posterior investidura nos recuerda, de manera similar, que el mundo de los déspotas y sus serviles lacayos sigue todavía hoy una tradición que viene de tiempo inmemorial.

Aproximadamente en la misma época en que Meryra fue nombrado sumo sacerdote, el rey empezó a difundir una versión más elaborada de su fe, que pasaría a conocerse, de manera bastante insulsa, como la Enseñanza. Esta empleaba la lengua vernácula de la época en lugar de las formas clásicas del pasado, y probablemente fue redactada por el propio rey. El *Gran himno a Atón*, que era en realidad su nombre oficial, se ha calificado como «una de las obras poéticas más significativas y espléndidas que se conservan del mundo prehomérico».[8] Sin duda se trata de una obra maestra, cuyo tono extático y cuyas exultantes imágenes sobre el poder del creador ejercerían una profunda influencia en los posteriores autores religiosos, sobre todo en los salmistas judíos. La meticulosa reproducción de este texto en las tumbas de los altos funcionarios de Ajenatón, como gesto público de lealtad al régimen, sirvió para asegurar su supervivencia, y merece la pena citar aquí un extenso fragmento. Nada capta mejor la alegría desenfrenada (para Ajenatón al menos) de la nueva religión del rey:

¡Espléndido te alzas en el horizonte del cielo,
oh, Atón viviente, creador de vida!
Cuando amaneces en el horizonte oriental,
llenas todas las tierras con tu belleza.
Bello, grande, deslumbrante,
elevado sobre todas las tierras.
Tus rayos abrazan las tierras,
hasta el límite de todo lo que has creado…

La tierra brilla cuando amaneces en el horizonte,
y resplandeces como Atón durante el día.
Cuando disipas la oscuridad,
cuando ofreces tus rayos,
las Dos Tierras están en fiesta…
Todos los rebaños pacen en sus pastos,
los árboles y las hierbas florecen,
los pájaros echan a volar de sus nidos…
Los peces del río saltan en tu presencia,
tus rayos están en medio del mar…

¡Cuán grande es tu obra,
aunque escondida a la vista!
¡Oh, Dios Único, junto a quien nadie existe!
Tú creaste la Tierra según tu voluntad cuando estabas solo,
todos los hombres, todos los grandes y pequeños animales,
todas las cosas que hay sobre la Tierra que caminan sobre sus piernas,
todo lo que vuela por medio de sus alas…

Tus rayos alimentan todos los campos;
cuando brillas, ellos viven y prosperan para ti.
Tú creas las estaciones para desarrollar toda tu obra:
el invierno para refrescarlos, el calor para que te sientan.[9]

El énfasis que pone el *Himno* en la riqueza y abundancia de la creación halla su expresión visible en las magníficas pinturas que adornan las paredes, los techos y los suelos de los palacios reales. Pero todo eso tenía muy poco que ver con la experiencia cotidiana de las personas normales y corrientes, incluso en la nueva ciudad modelo de Ajenatón. Al lado mismo de los grandiosos palacios y templos, los ciudadanos pobres de Ajetatón tenían unas vidas tan breves como difíciles. Sus huesos nos hablan hoy de mala alimentación, grandes esfuerzos y duras penalidades físicas. Algunos sufrían daños irreparables en la columna vertebral por transportar pesadas cargas un día tras otro. Otros trabajaban encorvados o arrodillados todo el día en suelos cenagosos, o se dejaban la piel en crisoles de metal o vidrio fundido en los talleres de la ciudad. Mal alimentados durante la infancia y contemplando con frustración las montañas de comida dispuestas para Atón, los hombres y las mujeres estaban físicamente mermados y eran propensos a sufrir afecciones debilitantes como la anemia o la espina bífida. Más de la mitad de la población moría sin haber llegado siquiera a los veinte años de edad y solo unos pocos sobrevivían hasta alcanzar la cuarentena, mientras que la mayoría fallecía en torno a los treinta y cinco años. Enterrados en hoyos poco profundos excavados directamente en la arena, con solo un montón de

piedras honrando su memoria, se les sepultaba con unas cuantas vasijas baratas y quizá un par de joyas viejas. Era un mundo completamente ajeno al dogma oficial de vida, luz y belleza. Apenas sorprende, pues, que los súbditos más humildes de Ajenatón siguieran depositando su confianza en los dioses tradicionales, incluso ante las mismas narices de la policía política del rey. En la seguridad de las moradas más modestas, las deidades más queridas, como Hathor, Bes, Taueret e incluso Amón, seguían teniendo un sitio.

A pesar de esta persistente adhesión a los antiguos cultos —o quizá a causa de ella—, la doctrina de Ajenatón se fue volviendo cada vez más fundamentalista. En los primeros años de su reinado, cuando la corte todavía tenía su sede en Tebas, es evidente que aún resultaba aceptable que un mayordomo real incluyera oraciones a Osiris y a Anubis en su tumba. Pero, después del traslado a Ajetatón, Atón fue rápidamente elevado de la categoría de dios supremo a la de único dios; ya no se reconocía ni se toleraba a otros. La visión del rey fue impuesta al resto de la sociedad. Los sacerdotes fueron destituidos o recolocados al cerrarse sus templos, y todos los recursos se redirigieron al culto a Atón. El punto culminante del fervor puritano de Ajenatón se produjo en el undécimo año de su reinado, en 1343, cuando el nombre doctrinal de Atón fue oficialmente «depurado» para eliminar cualquier referencia a otros dioses; incluso a aquellos que, como Horus-de-los-dos-horizontes o Shu, eran ellos mismos deidades solares.

Esta purificación del culto a Atón vino acompañada de la proscripción activa de otras deidades, especialmente del ahora odiado Amón, a quien Atón había suplantado como supremo creador. Para borrar sus nombres de la historia, Ajenatón puso en marcha un programa sistemático de iconoclasia patrocinada por el Estado. Por todo el país, desde las marismas del delta hasta los distantes confines de Nubia, ejércitos de esbirros del rey forzaron las capillas sepulcrales e irrumpieron en los templos para borrar o mutilar los textos e imágenes sagrados. Armados de cinceles y de «listas guía», se encaramaron a los obeliscos para eliminar todas las figuras y nombres de Amón-Ra. También la emprendieron con todos los nombres de persona que incluían los elementos «Amón» o «Mut», por más que entre ellos se contaran los del propio padre de Ajenatón (Amenhotep III) y su propia abuela (Mutemuia). La profanación oficialmente sancionada se extendió incluso a la forma plural de la palabra dios. Aterrorizados por la revolución cultural del rey, los ciudadanos se apresuraron a protegerse, sometiendo sus preciadas posesiones personales a una especie de autocensura y cambiándose de nombre para escapar a las iras de los iconoclastas. Un escriba del ejército llamado Ptahmose se convirtió rápidamente en Ra-mose, y el sacerdote Mery-neit pasó a ser Mery-ra (y no se atrevió a recuperar su nombre original hasta después de la muerte de Ajenatón). Para una gran parte de la población, aquella orgía de vandalismo debió de parecer un asesinato ritual de sus más queridas esperanzas y creencias.

Pero el rey se mantuvo impertérrito y su Enseñanza, clara como el agua. No solo Atón era el único dios, sino que el único camino de salvación pasaba por Ajenatón y los miembros de su familia:

> *No hay nadie que te conozca,*
> *excepto tu hijo, Neferjeperura, el Único de Ra,*
> *a quien has mostrado tus sendas y tu poder…*
>
> *Todos los que han pasado desde que fundaste la Tierra,*
> *tú los alzaste para tu hijo, quien proviene de tu cuerpo,*
> *el Doble Rey que vive en la Verdad, el Señor de las Dos Tierras,*
> *Neferjeperura, el Único de Ra,*
> *el Hijo de Ra, que vive en la Verdad, Señor de las coronas,*
> *Ajenatón, cuya vida es larga;*
> *y la Gran Esposa del Rey a quien él ama, la Señora de las Dos Tierras,*
> *Neferneferuatón-Nefertiti, viva y joven por siempre y para siempre.*[10]

Jamás la institución de la monarquía se había visto elevada a una posición tan absoluta.

LA PRIMERA FAMILIA

Las últimas líneas del *Gran Himno a Atón* ilustran uno de los elementos más llamativos de toda la revolución de Ajenatón: la inaudita preeminencia que dio a su esposa. En cierto sentido, Nefertiti no hacía sino seguir los pasos de sus predecesoras de la XVIII Dinastía, desde Tetisheri, Ahhotep y Ahmose-Nefertari hasta Hatshepsut, reales damas acostumbradas a desempeñar un papel importante en los asuntos de Estado. Tiye había dado un paso más, manteniendo su propia correspondencia con gobernantes extranjeros y apareciendo junto a Amenhotep III como la equivalente femenina de su divinidad masculina. Pero Nefertiti rompió moldes desde el principio. En Ipetsut, se le había otorgado su propio templo, la Mansión del Benben, donde su esposo (por entonces todavía Amenhotep IV) ni siquiera aparecía representado. A ella se la mostraba realizando acciones rituales hasta entonces limitadas al rey, tales como golpear a un cautivo atado o inspeccionar a unos prisioneros. En las estelas fronterizas encargadas para señalar el primer aniversario de la visita de la real pareja a Ajetatón, Nefertiti aparece representada a la misma escala que el rey, lo que denota igualdad de rango. El panegírico adjunto de Ajenatón subraya aún más su elevado estatus:

> Grande en el palacio, hermosa de rostro, adornada con la doble pluma, señora de la alegría que recibe elogios; uno se regocija al oír su voz, la Gran Esposa del Rey a la que él ama, la Señora de las Dos Tierras.[11]

Todos los gestos públicos realizados por Ajenatón para señalar su devoción a Atón tenían su reflejo en Nefertiti. Cuando el rey cambió de nombre y dejó de

llamarse Amenhotep, añadió también un epíteto al de ella, Neferneferuatón, «hermosa es la belleza de Atón». Mientras que Ajenatón era la encarnación viviente de Shu, el hijo del creador, Nefertiti era Tefnut, su consorte. Esta adoptó el característico tocado de extremo plano de la diosa, y lo convirtió en el símbolo público de su autoridad. En la tumba del alto administrador de Nefertiti, se representa a los monarcas tan juntos que sus imágenes casi aparecen unidas. Para algunos al menos, Nefertiti y Ajenatón eran como un solo soberano, que gobernaba en la Tierra junto con Atón en el cielo.

La intimidad de su relación se convirtió en un principio fundamental de la nueva doctrina de Ajenatón, difundida en estatuas y en relieves por toda la ciudad. En una escena, la pareja se coge de la mano durante una ceremonia oficial; en otra, Nefertiti se sienta en el regazo de su esposo mientras le coloca un collar de cuentas alrededor del cuello. Un fragmento de relieve de un templo incluso muestra a Ajenatón y Nefertiti metiéndose juntos en el lecho. También las hijas de la pareja pasaron a formar parte de la iconografía oficial. Para cuando Ajenatón y Nefertiti llevaban ya dos años viviendo en Ajetatón, tenían seis hijas (Ajenatón tenía también al menos un hijo, nacido de una esposa secundaria, pero este fue excluido sin rodeos de los registros oficiales, lo que demuestra la extrema importancia del principio femenino). Una famosa estela muestra al rey y la reina descansando en casa junto a sus tres hijas mayores. Ajenatón acuna y besa a Meritatón; Meketatón está sentada en las rodillas de su madre, haciendo ademán de señalar a su padre, y la pequeña Anjesenpaatón tira del pendiente de Nefertiti. El mero hecho de reconocer, y no digamos ya pregonar, tales expresiones de afecto y emoción entre los miembros de la familia real, era algo sin precedentes.

La razón de esta radical desviación de la tradición era el nuevo papel de la familia del monarca en la religión egipcia, puesto que esta se había convertido ahora en una «sagrada familia», suplantando a los grupos de divinidades tradicionales. El recorrido del carro real hasta el centro de la ciudad había pasado a ocupar el lugar de las procesiones de los dioses. Las estatuas de Ajenatón y Nefertiti habían reemplazado a las imágenes de las deidades. Dado que el culto a Atón era una religión exclusiva, revelada solo a Ajenatón y su familia, los ciudadanos normales y corrientes que deseaban obtener las bendiciones de la esfera solar tenían que adorar a sus representantes en la Tierra como intermediarios. En las tumbas de los funcionarios favoritos, talladas en los riscos que rodeaban Ajetatón, el culto al rey sublimaba las personalidades individuales. La fórmula de las ofrendas ya no se dirigía a Osiris, dios de los muertos, sino al rey, y ocasionalmente también a Nefertiti. La única existencia eterna que ahora se ofrecía consistía en gozar de los rayos de Atón durante el día, recibiendo una parte de las ofrendas del templo, y regresar a la propia tumba por la noche, bajo la protección de Ajenatón. Una perspectiva desalentadora.

Los habitantes de Ajetatón incluso tenían estatuas e imágenes de la familia real en sus altares domésticos. El tamaño del altar —algunos semejaban templos en

miniatura— era un indicador público de la lealtad al régimen, y tan importante como símbolo de estatus como la posesión de un pozo, un granero o un jardín. Y para los ciudadanos humildes excluidos de los templos oficiales de Atón, había al menos un lugar público de culto en el centro de la ciudad: la denominada Capilla de la Estatua del Rey.

Pero no todo el mundo compartía esa devoción desenfrenada al rey y a todas sus obras. Una serie de sugerentes referencias del primer conjunto de estelas fronterizas indican que en los primeros años de reinado pudo haber habido brotes de disensión. Las políticas radicales de Ajenatón debieron de suscitar un enorme rechazo entre ciertos sectores de la población, y el temor a la insurgencia debió de acosar al régimen. Los funcionarios leales advertían a los potenciales disidentes de la determinación del rey de acabar con ellos: «En cuanto se alza, ejerce su poder contra quien ignora sus Enseñanzas».[12] Pero incluso en el interior de su nueva ciudad, la seguridad personal del rey constituía claramente un importante motivo de preocupación, y Ajenatón estaba rodeado de grandes medidas de seguridad. Además de la fuerza de policía, estaban los soldados y los «jefes del ejército que están en presencia de Su Majestad».[13] Una escolta armada, erizada de lanzas, acompañaba a Ajenatón en su recorrido diario en carro hasta la ciudad. Una manzana entera detrás de la Casa del Rey estaba ocupaba por barracones para fuerzas paramilitares, y además había puestos de avanzada por toda la ciudad. Una compleja red de pistas que atravesaban la llanura permitía una vigilancia sistemática del desierto más allá de Ajetatón. Visibles tanto de noche como de día, esas rutas para carros militares facilitaban una seguridad ininterrumpida durante las veinticuatro horas. Las áridas extensiones del Desierto Oriental proporcionaban un fácil escondrijo para los forajidos, y la policía era plenamente consciente de que había disidentes «que se unían a ellos en las colinas del desierto».[14]

Patrullas policiales móviles controlaban la residencia real desde el altiplano, al tiempo que los propios riscos que protegían el palacio resultaban virtualmente imposibles de escalar con facilidad. Como todos los déspotas a lo largo de la historia, Ajenatón dependía profundamente de la lealtad de su personal de seguridad, sobre todo del jefe de policía. Mahu, al igual que todos los altos funcionarios del rey, se lo debía todo al patrocinio real y se esforzaba constantemente en demostrar su devoción. Había hecho inscribir en las paredes de su tumba nada menos que cuatro copias del *Himno a Atón*, el credo oficial de la nueva religión de Ajenatón. Sus expresiones públicas de fidelidad en presencia del monarca eran modelos de adulación. Sin embargo, en tal atmósfera de paranoia, ni siquiera a un súbdito tan absolutamente leal se le entregaba por completo el control de la seguridad regia. El rey contaba también con su propia guardia personal de élite, que incluía a soldados extranjeros, menos propensos, sin duda, a albergar resentimiento hacia el faraón. También es probable que los altos cargos de la administración hubieran sido reclutados de familias

extranjeras. El visir, Aper-El, el principal médico del rey, Pentu, y el chambelán real, Tutu, probablemente eran todos ellos de ascendencia no egipcia.

Pese a ser dioses en la Tierra y el único camino de salvación, los miembros de la familia real tenían que ir muy lejos en busca de una lealtad incuestionable.

La última aparición pública de Ajenatón, Nefertiti y las seis princesas fue una espléndida recepción celebrada en 1342, en el duodécimo año de reinado del monarca. Sentados juntos bajo un toldo (ya que, de cara a un largo y caluroso espectáculo al aire libre, el confort importaba más que el dogma, cuando menos para la familia real), contemplaron cómo una larga hilera de dignatarios extranjeros desfilaban ante ellos con regalos exóticos, simbolizando el dominio del rey, similar al del sol, sobre todas las tierras. Tal como lo describe el registro oficial del acontecimiento:

> Aparición del doble rey Neferjeperura-el-único-de-Ra y la gran esposa del rey Neferneferuatón-Nefertiti sobre el gran palanquín de electrum para recibir el tributo de Siria y Kush, del Oeste y el Este, de todas las tierras extranjeras reunidas para la ocasión, incluso las islas en medio del mar, rindiendo tributo al rey.[15]

Y no es que todos los gobernantes extranjeros se sintieran impresionados por esta característica exhibición de superioridad egipcia. En una carta duramente redactada a Ajenatón, el rey Ashur-uballit de Asiria se quejaba: «¿Por qué había que obligar a [mis] mensajeros a permanecer constantemente bajo el sol y morir al sol?».[16] ¡Cuán ingrato era el embajador asirio por haberse quejado ante su rey de tan pródiga exposición a los vivificantes rayos de Atón!

Final de trayecto

Sin embargo, hasta el divino favor tenía sus límites. Apenas los delegados extranjeros habían dejado a Ajenatón cuando la tragedia se abatió sobre la familia real. La segunda hija del rey, Meketatón, murió a la tierna edad de siete años, seguida, no mucho después, por la amada madre del monarca, Tiye. Ambas fueron enterradas, tal como Ajenatón había decretado, en la tumba real, tallada en la ladera de una colina, en un solitario valle del desierto en el horizonte oriental, a unos trece kilómetros de la ciudad. Las vívidas escenas que representan el duelo captan perfectamente el sentimiento de sus apesadumbrados parientes.

Las lágrimas de una madre por su hija muerta representan la última escena que tenemos de Nefertiti en Ajetatón, ya que inmediatamente después desaparece de los registros oficiales. Quizá la misma calamidad que se había llevado a su suegra y a su hija acabó también con su vida. O acaso los indicios de mortalidad que por entonces se abatían sobre Ajenatón desencadenaron una reevaluación radical del estatus de su esposa. No puede ser casualidad que a la desaparición de Nefertiti le siguiera al poco tiempo el nombramiento de un corregente (humano), para que reinara junto con

Ajenatón. El nombre de este nuevo cogobernante no era otro que Neferneferuatón, el primer elemento de la titulatura de Nefertiti. Parece ser, pues, que la reina se había convertido en «rey». Al fin y al cabo, ¿quién mejor y más de fiar para llevar a cabo la revolución de Ajenatón que su coinstigadora y cobeneficiaria?

Ajenatón murió tras la vendimia del otoño de 1336, en el décimo séptimo año de su reinado. Fue enterrado en la tumba real, acompañado de una serie de reveladores objetos funerarios. Quizá no resulte sorprendente que la reliquia familiar que escogió fuera un cuenco de piedra de mil años de antigüedad grabado para Jafra, el constructor de la Gran Esfinge (madre de todos los monumentos solares). Menos predecibles, en cambio, eran las estatuillas *shabti* grabadas para el propio Ajenatón, destinadas a servirle en un más allá del que su religión abjuraba acérrimamente. Parece, pues, que hasta los fanáticos religiosos son propensos a albergar dudas en el lecho de muerte. El cuerpo de Ajenatón fue colocado en un sarcófago de piedra protegido en sus cuatro esquinas no por las cuatro diosas funerarias, sino por representaciones de su amada Nefertiti.

Sin duda su esposa protegería su cuerpo, pero no su legado; unos grafitos descubiertos en una tumba tebana, datados en el tercer año de reinado de Neferneferuatón, parecen sugerir una tentativa de acercamiento al antiguo clero de Amón, y quizá incluso la reapertura de un templo consagrado a Amón en el antiguo centro del culto a ese dios. Antes de que el cuerpo de Ajenatón se hubiera enfriado siquiera en su tumba, su exclusivo culto al deslumbrante Atón había empezado ya a desvanecerse.

La muerte de Ajenatón sumió a la corte y al país en un estado de confusión. Quienes se lo debían todo a su patrocinio —hombres como Meryra y Mahu— debían de desear fervientemente que su revolución, o cuando menos su régimen, prosiguiera. Otros —incluidos los miembros del poderoso clero de Amón—, que habían estado aguardando pacientemente su oportunidad mientras se mantenía aquel fanatismo, debieron de ver la posibilidad de un retorno a la antigua ortodoxia. Parece ser que también la familia real ser vio dividida por las dudas. Un efímero gobernante llamado Semenejkara —quizá un hijo de Ajenatón del que por lo demás no sabemos nada, pero muy probablemente la propia Nefertiti en su tercera «encarnación» como rey en solitario— ocupó el trono durante un breve período (1333-1332) con la ayuda de Meritatón, ahora elevada al papel de «gran esposa del rey». Pero el poder de las fuerzas reaccionarias iba en aumento, y estas buscaban un candidato adecuado en la nueva generación, alguien con la legitimidad de la sangre real pero lo bastante joven como para seguir las pautas que le marcaran. El hijo de nueve años que Ajenatón había tenido con una esposa secundaria, y que hasta ese momento había permanecido ajeno a la vida pública, parecía la elección ideal. Su matrimonio (¿apresuradamente concertado?) con la «heredera» de Nefertiti —su tercera hija, Anjesenpaatón— vino a fortalecer aún más su causa. Tanto los cortesanos como los sacerdotes y los

influyentes oficiales del ejército estaban de acuerdo: tenía que ser aquel muchacho. Su nombre era Tutanjatón, «la imagen viviente de Atón».

En el plazo de unos meses, los poderes que habían impulsado el ascenso al trono del nuevo faraón niño habían vuelto a situar a Egipto en la senda de la tradición. Bajo su cuidadosa tutela, el rey había aceptado incluso cambiar de nombre, renunciando así públicamente a Atón en favor de Amón. La historia había vuelto al punto de partida. Tutanjatón se convirtió así en Tutanjamón o Tutankamón, y su esposa Anjesenpaatón, en Anjesenamón («la que vive por Amón»). Luego se promulgó un gran «Decreto de Restauración» en nombre del rey —aunque todo su redactado evidencia las huellas de sus mentores— desde la capital tradicional de Menfis. En él se vilipendiaban las políticas de Ajenatón, aunque sin mencionar al denostado soberano por su nombre:

> Cuando Su Majestad se convirtió en rey, los templos de los dioses y diosas desde Abu hasta las marismas del delta … estaban en ruinas. Sus santuarios se habían deteriorado, convirtiéndose en montículos cubiertos de malas hierbas … La tierra estaba en peligro; los dioses habían abandonado esta tierra. Si se enviaban ejércitos a Oriente Próximo para ensanchar las fronteras de Egipto, estos no tenían éxito. Si se imploraba protección a un dios, este no aparecía en absoluto.[17]

El lenguaje del decreto hacía referencia directa a los «dioses» en plural, y las acciones del nuevo rey fueron consecuentes con esas palabras. Entre las medidas más inmediatas se incluyeron la restauración de los templos, prestando especial atención a los centros de culto de Amón-Ra, la reinstauración de su clero y la consagración de nuevas estatuas de culto (pagadas por el erario real), todo ello para que pudiera decirse que Tutankamón había «reconstruido lo que estaba en ruinas … y disipado el caos en toda la extensión de las Dos Tierras».[18] El abandono de Ajetatón por parte de la corte y el regreso de esta a Tebas vino a rematar el retorno al «antiguo régimen». Para señalar esta ruptura completa con la visión de su padre, el joven rey, como hicieran los reunificadores antes que él, adoptó el epíteto, extremadamente simbólico, de «repetidor de nacimientos»; es decir, que su reinado no sería una re-creación como el de Ajenatón, sino un renacimiento.

Pero tan temprana promesa se vería cruelmente cortada en seco. En 1322, antes de llegar siquiera a la veintena, Tutankamón siguió a su padre a la tumba. Quizá había albergado secretamente el deseo de restablecer la reputación de Ajenatón una vez que hubiera llegado a la mayoría de edad y pudiera gobernar por sí mismo. Acaso los poderes fácticos de Egipto se habían temido tal desenlace y habían tomado medidas desesperadas para evitarlo. O tal vez el joven rey, que físicamente nunca fue demasiado fuerte, simplemente sufrió el mismo destino que la mayoría de sus súbditos, una muerte prematura por causas naturales. Su joven esposa había tratado de perpetuar la línea sucesoria, pero su corta edad y el reducido acervo genético derivado de aquel matrimonio entre hermanos se tradujeron en un aborto espontáneo. Dos hijas que nacieron muertas fueron amorosamente momificadas y enterradas junto

al padre en su tumba, apresuradamente preparada, en el Valle de los Reyes, donde aguardarían a su redescubrimiento —junto con el resto del tesoro funerario de Tutankamón— nada menos que 3.244 años después.

La desconsolada viuda de Tutankamón conocía el terrible destino que los cortesanos le tenían reservado. Era la última descendiente viva de Ajenatón y Nefertiti, de Amenhotep III y sus ancestros. Guardaba las llaves del trono de Egipto para el hombre que se casara con ella. En un último acto desesperado, escribió una extraordinaria carta de súplica al rey de los hititas. Le imploraba que enviara a uno de sus hijos a Egipto para que se casara con ella y gobernaran juntos. «¡Jamás tomaré a uno de mis sirvientes para convertirlo en mi esposo!»[19] El rey hitita, asombrado, les dijo a sus cortesanos: «¡No me había ocurrido nada semejante en toda mi vida!».[20] Pero al final cedió y envió un príncipe al sur, rumbo a Menfis. Pero el príncipe, llamado Zannanza, jamás llegó a su destino, ya que murió —o fue asesinado— en el camino. Así pues, se cumplió la peor pesadilla de Anjesenamón, que hubo de resignarse a un matrimonio forzoso con un cortesano ya retirado, un hombre lo bastante mayor como para ser su abuelo y que tenía sus miras puestas en el trono. Una vez cumplido su deber, también desapareció de la escena, y se ignora qué fue de ella.

Así se desvaneció la línea sucesoria de Thutmose, una de las dinastías más gloriosas que jamás gobernaron Egipto, progenitora de grandes conquistadores y soberanos deslumbrantes. Los días de gloria de Amenhotep III no parecían sino un lejano recuerdo. Derrotado en el exterior y desmoralizado internamente, lo que Egipto necesitaba para recuperar su confianza y su antiguo lustre —por más que su sufridora plebe pudiera estar en desacuerdo— era un liderazgo decisivo. Y resultó que en el país había una institución, y un hombre al frente de esta, que podían responder precisamente a esa necesidad.

Cuarta parte

Poderío militar
(1322-1069 a.C.)

Inmortalizado en el poema «Osimandias» de Shelley, el coloso caído de Ramsés II en su templo funerario en la parte oeste de Tebas ha pasado a simbolizar la transitoriedad del poder. Probablemente, ningún otro monumento evoca mejor la grandeza y decadencia de una gran civilización. A la vez imponente y patético, representa el paradigma del poderío y la majestad del Egipto faraónico, pero también su impotencia ante las fuerzas históricas a largo plazo. Del mismo modo, el conjunto del denominado «período ramésida» (las dinastías XIX y XX) es un espejo de la civilización egipcia, que refleja tanto sus puntos fuertes como sus flaquezas intrínsecas.

Hay una institución que domina toda la historia del Egipto ramésida: el ejército. Durante un período de dos siglos, la influencia de los generales se dejó sentir, para bien y para mal, en todos los aspectos de la política interior y exterior. Puede que la eficacia militar hubiera proporcionado una solución efectiva a corto plazo en los momentos de confusión dinástica, pero en el curso de varias generaciones la militarización de la política no hizo sino consolidar el poder del ejército y debilitar a la sociedad civil, con consecuencias tan perjudiciales como imprevistas. El permanente estado de preparación para la guerra con Oriente Próximo en el que se sumió el país, propició el establecimiento de una nueva capital en el delta, y este énfasis en el Bajo Egipto daría a la región una importancia política que conservaría durante todo el resto de la historia faraónica. Al mismo tiempo, el progresivo distanciamiento del Alto Egipto con respecto al centro de decisión avivó la llama de un resentimiento que, a largo plazo, llegaría a suponer una amenaza para la propia cohesión del Estado. Pero, sobre todo, la guerra era costosa. Las interminables batallas del Egipto ramésida agotaron tanto la economía como la maquinaria del gobierno, y como los vencedores de las guerras mundiales del siglo XX, Egipto acabó pagando un alto precio.

En los comienzos del período ramésida, el país rebosaba confianza y ambiciones imperiales. Cuando terminó, la tierra de los faraones había entrado en una lenta pero inexorable decadencia. En esta cuarta parte se examina la evolución de este crucial punto de inflexión en la historia del antiguo Egipto. Tras la revolución fallida de Ajenatón, fue un oficial del ejército, Horemheb, el encargado de devolver el orden y la confianza a un reino por entonces convulso. El hecho de que eligiera como sucesor a un general sirvió para mantener la influencia del ejército, y lo cierto es que los primeros ramésidas no defraudaron, mostrando una voluntad inquebrantable de recuperar el Imperio egipcio. La confrontación entre Egipto y su rival por antonomasia, el Imperio hitita, culminó en la célebre batalla de Qadesh, un encuentro épico —por más que poco decisivo— que a la larga prepararía el terreno para el que sería el primer tratado de paz de amplio alcance de la historia mundial. Aun así, la seguridad de Egipto no tardó en verse amenazada por nuevos invasores. Ramsés III, a menudo calificado como «el último gran faraón», certificó su reputación venciendo a

los libios y a los Pueblos del Mar, pero más tarde cayó víctima de una conspiración palaciega. Un presagio de lo que estaba por llegar.

Al final, fueron factores internos, antes que externos, los que vinieron a socavar el Estado faraónico. La pérdida de prestigio real, la imparable subida de los precios de los alimentos, la inmigración descontrolada, la corrupción generalizada, el resquebrajamiento de la ley y el orden, etcétera; para cuando el undécimo Ramsés accedió al trono, Egipto estaba postrado. Acosado y aislado en su residencia del delta, el faraón hizo lo que habían hecho todos los ramésidas en momentos similares: pidió ayuda al ejército. El resultado fue de una eficacia brutal, pero no de la manera que Ramsés XI había esperado. El rey, impotente, fue marginado como un elemento irrelevante, al tiempo que el orden era restablecido por parte de sendas juntas militares independientes en el norte y el sur del país. El ideal tan preciado, y durante tanto tiempo acariciado, de un Estado unificado, gobernado por un solo rey divino, fue abruptamente descartado en nombre del control. El rescate del Egipto ramésida entrañaría también su desaparición.

15
Ley marcial

LA VIDA DE UN SOLDADO

El creciente intervencionismo de Egipto en los asuntos exteriores, desde la expulsión y persecución de los hicsos bajo el reinado de Ahmose hasta la creación de un auténtico imperio bajo el de Thutmose III, tuvo un profundo efecto en el país en general, y en el modo de gobernarlo en particular. La mayor exposición a unos pueblos y culturas hasta entonces extraños llevó a la adopción de ideas y costumbres exóticas en muchos aspectos de la vida, desde el arte y la arquitectura hasta la religión estatal y privada. En sintonía con el espíritu marcial de la época, la iconografía de la monarquía pasó a adquirir un carácter fuertemente militar, y el rey empezó a aparecer en los relieves de los templos como un grande y poderoso jefe guerrero, lo cual se vio reflejado asimismo en la militarización de la sociedad en su conjunto. El Imperio Nuevo fue la era de los soldados, y, desde sus humildes comienzos, el ejército egipcio no tardó en devenir uno de los grupos más influyentes de la sociedad.

Para las campañas de los imperios Antiguo y Medio, los gobernantes de Egipto habían dependido de un ejército de leva, reclutado en cada momento concreto entre la población en general y reforzado por mercenarios, a menudo de Nubia. Aunque ese sistema era adecuado para realizar incursiones esporádicas destinadas a defender los intereses egipcios o a abrir rutas comerciales, resultaba absolutamente incompatible con las exigencias del imperio. La conquista y anexión de grandes franjas de territorio extranjero requerían de guarniciones permanentes para imponer el control egipcio, respaldadas por la amenaza de emplear el grueso de las fuerzas en caso de insurrección. Solo un ejército permanente y profesional podía cumplir semejante objetivo. De ahí que, en los comienzos del Imperio Nuevo, la organización militar se profesionalizara y se creara un ejército permanente por primera vez en la historia egipcia. Durante el reinado de Ajenatón (1353-1336), la influencia del ejército ya se dejaba sentir en las altas esferas. Muchos de los hombres más próximos al rey combinaban cargos civiles y militares, y sin duda tales vínculos servían para mantener un poderoso bloque leal al soberano.

Una reorganización de las fuerzas armadas a finales de la XVIII Dinastía las dividió en dos cuerpos claramente diferenciados: infantería y carros. Egipto contaba también con una importante tradición naval (utilizada con grandes resultados en las batallas contra los hicsos), pero la interdependencia entre las tropas terrestres y las transportadas por vía fluvial se reflejaba en el elevado nivel de intercambio del

personal militar, ya que tanto los soldados como los oficiales alternaban sus destinos entre el «ejército» y la «marina». En el puerto de la capital, Menfis, había una importante base naval; otra, situada en la antigua capital de los hicsos, Hutuaret, recibió el apropiado nombre de Perunefer («buen viaje»). Asimismo, probablemente había guarniciones militares estacionadas en centros provinciales de todo el país de cara a un rápido despliegue en situaciones de emergencia, mientras que una gran guarnición de reservistas situada justo a las afueras de Menfis representaba sin duda un poderoso elemento disuasorio frente a posibles insurgentes entre la propia población egipcia.

La principal unidad táctica de la infantería era un pelotón de cincuenta hombres al mando de un comandante de pelotón, el rango inferior de entre los oficiales. Cada pelotón estaba dividido en cinco escuadras de diez hombres, cada una de ellas con su propio jefe de escuadra. Esta estructura fomentaba el trabajo en equipo y un marcado espíritu de grupo, esencial para el éxito de cualquier ejército. Cuatro o cinco pelotones formaban una compañía, que tenía su propio intendente y su propio ordenanza, y estaba a la órdenes de un abanderado. A efectos operativos, varias compañías podían combinarse para formar un batallón, cuyos efectivos exactos dependían de las necesidades de cada caso. Las grandes campañas militares supusieron la consolidación de los batallones en regimientos o divisiones, cada uno de ellos al mando de un general y bautizado con el nombre de uno de los dioses estatales egipcios. Del mismo modo, el cuerpo de carros estaba organizado en grupos de cincuenta unidades, con un claro predominio de los oficiales (tal como ocurriría en la caballería de los ejércitos de la Europa imperial de finales del siglo XIX).

La vida como soldado de infantería en el ejército del faraón podía proporcionar oportunidades de aventura y progreso profesional, pero no era precisamente un lecho de rosas. Incluso para quienes se incorporaban como voluntarios —en lugar de ser soldados de leva— el entrenamiento era duro, y se caracterizaba por las palizas indiscriminadas. Aunque había un cuadro especializado de «escribas militares» (empleados de oficina) responsables de llevar los registros y repartir las provisiones, en el campo de batalla las raciones eran muy escasas, y se esperaba que los soldados complementaran su asignación de pan y agua buscando o robando comida y bebida por su cuenta; así, apenas sorprende que en la batalla de Megido las fuerzas egipcias se preocuparan más de saquear las posesiones del enemigo que de tomar la ciudad. Puede que muchos soldados tuvieran que pasar semanas enteras sin poder ingerir una comida completa. Además, un soldado de infantería tampoco podía optar por abandonar aquella vida de privaciones, si no era mediante un ascenso o porque muriera en acto de servicio; cualquier desertor sabía que se podía encarcelar a sus parientes hasta que volviera a incorporarse a su unidad. Si el trato dado a los reclutas egipcios ya era malo, la suerte reservada a los prisioneros de guerra extranjeros reclutados a la fuerza en el ejército aún era peor. Estos podían contar con ser registrados y marcados, e incluso circuncidados para «egipcianizarlos». Solo si

sobrevivían a una vida de servicio activo podían aspirar a un retiro honroso, pasando a cultivar una parcela de tierra que el Estado les asignaba.

Cuando un ejército egipcio marchaba a la guerra —al ritmo de unos veinticinco kilómetros diarios—, el equipo básico del soldado se componía de un petate, ropa, sandalias y un bastón o garrote para su protección personal. El armamento más sofisticado se entregaba solo cuando el ejército estaba a punto de entablar combate con el enemigo (esta era todavía la época de las batallas ejecutadas como en un tablero). Pero cuando les daban las armas, les quitaban el calzado, ya que los soldados egipcios luchaban descalzos. Del mismo modo, los elementos de protección corporal eran prácticamente inexistentes, ya que impedían la libertad de movimientos en el campo de batalla. Aparte de un escudo y quizá un chaleco de cuero acolchado, el soldado de infantería dependía solo de su ingenio y su fortaleza para protegerse. Cuando se necesitaba potencia de disparo a largas distancias, las armas preferidas eran los arcos y flechas. Los arcos, de diseño sencillo, tenían distintos tamaños: pequeños, para ataques de corto alcance, y largos, para ser utilizados por unidades de arqueros integradas por numerosos efectivos que disparaban desde un punto fijo. Los arcos compuestos, una innovación tecnológica de comienzos del Imperio Nuevo, proporcionaban una capacidad de penetración mayor todavía, y eran los favoritos de los oficiales. También se elegían diferentes variedades de flecha en función del tipo de herida que el arquero deseara infligir: flechas puntiagudas o con púas para provocar heridas profundas en la carne, y flechas de punta plana para dejar inconsciente al enemigo. Otras armas de larga distancia incluían hondas, lanzas y jabalinas. Para la lucha cuerpo a cuerpo, los garrotes y bastones eran a la vez baratos de fabricar y brutalmente efectivos, permitiendo asestar golpes lo bastante fuertes como para derribar incluso a un adversario protegido con armadura. Las hachas de guerra permitían repartir tajos entre las fuerzas enemigas y las cimitarras, asestar mandobles. Como arma de último recurso, la daga de hoja corta resultaba de un valor inestimable, pero también servía a otro propósito más terrible. Tras cada combate, el ejército egipcio contaba el número de enemigos abatidos cortándole una mano (o, en el caso de los enemigos incircuncisos, el pene) a cada adversario muerto. En una escena reproducida a finales de la XVIII Dinastía, se representa a un grupo de soldados egipcios victoriosos abandonando el campo de batalla con tres manos enemigas colgadas de cada una de sus lanzas.

Si la infantería formaba la columna vertebral del ejército egipcio, el cuerpo de carros representaba la tropa de choque. La introducción del carro y del caballo —procedentes de Asia occidental— a comienzos del Imperio Nuevo revolucionó las artes militares en el mundo antiguo, y proporcionó a Egipto una fuerza que resultaba extremadamente eficaz cuando se utilizaba contra una infantería numerosa. Cada carro de guerra llevaba un equipo de dos hombres: un guerrero armado con un arco y un conductor que a la vez era el portador del escudo. La ligereza del carro y la posición retrasada de las ruedas le proporcionaban la máxima velocidad y

maniobrabilidad, perfectas para «debilitar» al enemigo antes de un ataque frontal o para hostigar a las fuerzas derrotadas haciéndolas huir a la desbandada. El carro, que constituía la última palabra en armamento de la época, representaba también el símbolo de estatus definitivo para la élite egipcia, y ello pese al hecho de que, como en muchas otras innovaciones, habían sido los extranjeros quienes lo habían llevado al valle del Nilo. Pero el caso es que los egipcios de la XVIII Dinastía volvieron aquel éxito tecnológico contra sus propios inventores, utilizando las unidades de carros para conquistar y doblegar una provincia tras otra en todo Oriente Próximo. Sin el carro, resulta dudoso que Egipto hubiera logrado siquiera forjar un imperio.

Los carros, como el uso de camas en campaña, eran prerrogativa de la clase de oficiales. Para que un soldado raso pudiera aspirar a tales lujos, primero tenía que pasar un tiempo en lo más bajo de la jerarquía e ir ascendiendo poco a poco de rango. No cabe duda de que el ejército ofrecía un pasaporte hacia el prestigio y el poder para los hombres decididos y ambiciosos. Nadie ilustra mejor este hecho que Horemheb. Oriundo de provincias, en el Egipto Medio, su brillante carrera militar le llevó no solo a lo más alto del ejército, sino a la auténtica cúspide del Estado egipcio. Nacido durante el reinado de Amenhotep III, los comienzos de la carrera de Horemheb bajo el reinado de Ajenatón permanecen rodeados por el misterio —ya que posteriormente no desearía que se le relacionara con el rey revolucionario—, pero existen interesantes indicios que apuntan a que su aptitud y sus dotes habían sido reconocidas ya por entonces con un ascenso a un alto rango. En las colinas de Ajetatón, se mandó grabar una tumba inacabada para un «escriba del rey» y general llamado Paatonemheb. Dado que bajo el régimen de Ajenatón muchos individuos ambiciosos se cambiaron el nombre a fin de eliminar cualquier referencia a los antiguos dioses, es bastante probable que Paatonemheb («Atón [está] de fiesta») y Horemheb («Horus [está] de fiesta») fueran la misma persona. Lo que está claro es que, para cuando Tutankamón accedió al trono, en 1332, Horemheb se había convertido en el prominente comandante en jefe, en un «general de generales», del joven ejército del rey.

La magnífica tumba privada de Horemheb en Saqqara está decorada con suntuosas imágenes donde se representan sus actividades como «gran supervisor del ejército». Las escenas de la vida en un campamento militar muestran a chicos mensajeros corriendo a paso ligero para llevar instrucciones de tienda en tienda. En otras, Horemheb escucha las súplicas de unos emisarios que le piden clemencia y se postran «siete veces sobre el vientre y siete veces sobre la espalda». Más inquietantes son las escenas de prisioneros de guerra de las campañas de Horemheb en Oriente Próximo y Nubia: filas y filas de cautivos haciendo cola ante el comandante en jefe a la espera de su destino. Con manillas de madera en las muñecas y sogas en el cuello, los prisioneros asiáticos desfilan entre burlas y empujones de los soldados egipcios. Como práctica habitual de la política militar, familias enteras de hombres, mujeres y niños eran trasladadas a Egipto como rehenes a fin de asegurar la buena conducta de

los compatriotas que quedaban en su tierra. Un trato aún más humillante era el reservado a los ciudadanos nubios del «abominable Kush», el chivo expiatorio favorito de Egipto. El jefe kushita fue obligado a postrarse ante Horemheb mientras unos soldados egipcios hostigaban y atacaban a sus hombres, golpeándolos con palos y propinándoles puñetazos en la mandíbula en un acto de humillación deliberada. Y mientras tanto, con la acostumbrada eficiencia militar, los escribas del ejército registraban todos los detalles.

Esta crueldad era bien aceptada fuera de las filas del ejército, ya que en el Egipto faraónico tales cualidades constituían también el trampolín perfecto para hacer carrera en la administración pública. Como muchos altos oficiales, Horemheb fue capaz de combinar funciones civiles y militares. Además de comandante de las fuerzas armadas de Tutankamón, actuaba también como protector del joven rey. En su calidad de «delegado del rey en todo el territorio» y como «aquel que repite las palabras del rey a su séquito», Horemheb ejercía una enorme influencia en la dirección de las políticas de gobierno, y desde su oficina en Menfis debió de ser uno de los principales artífices del retorno a la ortodoxia. De hecho, las inscripciones que aparecen en su tumba privada omiten visiblemente toda referencia a Tutankamón por su nombre, un reconocimiento no demasiado velado de que en realidad era el general, y no el joven rey, el que llevaba la voz cantante. Como poder en la sombra oculto tras el trono, el comandante en jefe estaba conduciendo ya a Egipto hacia un gobierno militar como forma de restablecer el orden. Tal como proclamaban sus títulos, Horemheb representaba, de hecho, «los dos ojos del rey a la hora de dirigir las Dos Tierras y de establecer las leyes de las Dos Orillas». No tendría que esperar mucho para poder llevar a cabo la transformación definitiva que le llevaría desde el cargo de «delegado del rey» a ocupar él mismo el más alto puesto.

DISCIPLINA MILITAR

En el momento de la prematura muerte de Tutankamón, en 1322, Horemheb estaba en el campo de batalla en la lejana Siria, dirigiendo a las tropas egipcias en una infructuosa campaña para reconquistar la ciudad rebelde de Qadesh y liberarla del control hitita. La naturaleza de su implicación en los turbios acontecimientos que siguieron —la súplica de Anjesenamón al rey hitita para que le enviara un esposo, el asesinato del príncipe Zannanza en ruta hacia Egipto y el ascenso al trono como faraón del viejo sirviente Ay— permanece rodeada de misterio. Quizá fuera esa la intención de Horemheb. Aunque sus esperanzas de ser elegido se vieran temporalmente frustradas por la intervención de Ay, él sabía que el nuevo rey era un anciano al que le quedaba ya poco tiempo de vida. Después de toda una trayectoria profesional dedicada a crearse su base de poder y a esperar su momento, sin duda Horemheb podía aguardar otros pocos años antes de reclamar su premio.

Es posible que su subida al trono del señor de las Dos Tierras, tras el breve reinado de cuatro años de Ay (1322-1319), se considerara algo inevitable. Al fin y al cabo, Horemheb había sido designado heredero de Tutankamón, y no hacía sino cumplir su destino. Ese, sin duda, sería el discurso de los propagandistas reales a favor de la elevación del general. Pero, en realidad, la apropiación del trono por parte de un plebeyo sin conexiones reales representaba una absoluta ruptura con la tradición, y amenazaba con socavar los propios fundamentos de una monarquía hereditaria. A todos los efectos prácticos, la entronización de Horemheb no fue más que un golpe militar. Era un táctico lo suficientemente hábil como para ser consciente de los peligros que ello entrañaba, y entendía claramente que iba a necesitar tanto legitimar sus propias pretensiones de realeza como remodelar el conjunto de las instituciones a fin de asegurarse el trono. Aun contando con el respaldo del ejército, la aplicación de un nuevo programa para Egipto requeriría de todas sus dotes estratégicas.

El primer paso, como siempre, era obtener la sanción divina de su régimen, lo que Horemheb logró por el expediente, tan brillante como sencillo, de hacer coincidir su coronación con la Festividad anual de Opet en Tebas. Cuando salió del santuario del templo de Luxor, a la vez recién coronado e imbuido de poderes divinos gracias a su comunión con Amón-Ra, ¿cómo podría nadie poner en duda o cuestionar su derecho a gobernar? Una vez firmemente asentado en el trono de Horus, el rey puso a trabajar a sus teólogos para que le elaboraran una biografía apócrifa que explicara el ascenso a la corona de un general del ejército. El resultado sería uno de los sofismas más ingeniosos que jamás salieron de la pluma de un escriba del antiguo Egipto. Explicaba cómo Horemheb había sido elegido desde la infancia por su dios local, Horus de Heracleópolis, que había actuado como su padre, protegiéndole hasta que llegara el momento:

> Pasaba una generación y otra [y su padre seguía manteniéndole a salvo], pues conocía el día en que se retiraría para entregarle su reinado.[1]

Según esta explicación, la larga carrera de Horemheb en el ejército y la administración pública formaba parte del plan divino. A la larga, cuando llegó el momento apropiado (de hecho, cuando surgió la oportunidad), Horus ascendió a su candidato electo y lo entregó a la custodia de Amón-Ra. De ese modo, un muchacho de provincias se convirtió en el señor de las Dos Tierras.

El hecho de que tanto la ocasión como el escenario de la coronación de Horemheb recordaran al glorioso reinado de Amenhotep III, era absolutamente deliberado. Parte del programa de legitimación de Horemheb implicaba borrar los reinados intermedios de la historia, de manera que pudiera presentarse como el primer faraón legítimo desde la «deslumbrante esfera de Egipto». A tal fin, los templos de Ajenatón en Gempaatón fueron sistemáticamente desmantelados y sus bloques de piedra, utilizados como material de relleno en las construcciones de

Horemheb. Siguiendo sus órdenes, equipos de hombres se abatieron sobre Ajetatón para borrar todo rastro del rey hereje. Las estatuas de Ajenatón y Nefertiti fueron derribadas, destrozadas y amontonadas en una pila frente al Gran Templo de Atón. También Tutankamón y Ay fueron objeto de la persecución oficial. Las inscripciones y monumentos del joven rey fueron grabados de nuevo con nombres y títulos de Horemheb, de modo que pudiera atribuírsele todo el mérito del retorno a la ortodoxia (del que, en cualquier caso, había sido responsable en gran medida). En cuanto a Ay, el viejo sirviente que había mantenido a Horemheb alejado del trono, su memoria fue tratada aún con más dureza. Su tumba en el Valle de los Reyes y sus monumentos públicos fueron profanados para destruir cualquier esperanza de inmortalidad. Al final de una rivalidad que había durado toda su vida, era Horemheb quien reía el último.

Restaurar los templos, restablecer las ofrendas y volver a dotarlos «de sacerdotes-legos y sacerdotes-lectores elegidos de entre los mejores de la infantería»[2] constituían tareas esenciales para volver a poner al país en la senda de la tradición. Pero la agenda contrarrevolucionaria de Horemheb iba más allá del ámbito religioso. Como todos los reyes desde los albores de la historia egipcia, había anunciado su programa en el nombre de Horus que había adoptado en el momento de su ascenso al trono: «Toro Poderoso, cuyos consejos son penetrantes». Su énfasis en la ley además de en el orden era plenamente intencionado. Basándose en su experiencia al «establecer las leyes de las Dos Orillas» bajo el reinado de Tutankamón, Horemheb promulgó una serie de grandes reformas legislativas, publicadas en forma de un edicto. Este, que representa uno de los ejemplos más extensos de legislación faraónica que se han conservado, estaba destinado tanto a contrarrestar los abusos de poder cometidos por los agentes del Estado como a reforzar la seguridad del propio régimen de Horemheb. Aunque el preámbulo está redactado en la habitual fraseología grandilocuente —«Su Majestad determinó … desterrar el caos y destruir la falsedad»—,[3] las detalladas medidas que siguen resultan plenamente pragmáticas. El panorama que describen es el de un gobernante imbuido de disciplina militar y decidido a gobernar Egipto con directrices similares. Cuatro de las diez cláusulas establecen nuevas penas para el abuso de autoridad por parte de los agentes de palacio. Cualquiera que fuera declarado culpable de requisar barcos o trabajadores destinados a proyectos del Estado, podía contar con que recibiría el más duro de los castigos: el exilio a la desolada fortaleza fronteriza de Tyaru y la mutilación facial. Los empleados públicos venales podían esperar una sanción ejemplar, y también sobre los empleados de palacio corruptos caería todo el peso de la ley. Ya no se toleraría aplicar impuestos incorrectos, recaudar demasiado forraje (empobreciendo con ello al conjunto de la población) o extraer cantidades prohibitivas de provisiones a los alcaldes durante los viajes reales. Tampoco los miembros de las fuerzas armadas estarían exentos de las mismas reglas. Cualquier soldado declarado culpable de robar una piel de animal —ni que fuera para complementar su equipo básico— sería

duramente castigado con un centenar de golpes y cinco heridas abiertas, además de la confiscación del artículo robado.

Tras abordar el tema de la corrupción del funcionariado, Horemheb pasaba a centrar su atención legislativa en los tribunales. Purgar a la judicatura siempre ha sido una táctica favorita de los déspotas (especialmente los de origen militar), y Horemheb no era una excepción. De modo que nombraba a un montón de nuevos jueces, hombres que estuvieran «atentos a las palabras de la corte y a las leyes de la sala de juicios».[4] Decretaba además que los funcionarios locales declarados culpables de desvirtuar el curso de la justicia serían condenados a muerte, y añadía: «Mi Majestad ha hecho esto para defender las leyes de Egipto»;[5] y obviamente, la palabra del rey era la ley. El último grupo de medidas del edicto de Horemheb son las que probablemente resultan más reveladoras, ya que tratan de su propia seguridad personal. Una de las cláusulas establecía nuevas restricciones a las actividades y movimientos de los empleados del harén real, siempre un foco de disensión y de posible sedición. La décima y última cláusula era aún más descarada, al decretar mayores gratificaciones para los miembros de la guardia personal del rey:

> Será como un día de fiesta para ellos: todos los hombres sentados con su parte de todas las cosas buenas … aplaudidos por todas [sus] buenas acciones … arrojándoles [gratificaciones] por la Ventana [de Apariciones Públicas] y llamando a cada hombre por su nombre.[6]

En adelante, la guardia real recibiría gratificaciones adicionales de las propiedades personales del rey, aunque siguieran obteniendo regularmente porciones del erario público. *El quid pro quo* era un nuevo protocolo de seguridad para los aposentos más íntimos de palacio destinado a garantizar que todo el mundo supiera cuál era su lugar y se mantuviera en él. Horemheb no estaba dispuesto a correr ningún riesgo en lo que a su propia seguridad se refería. Como correspondía a alguien que había vivido por la espada, no tenía la menor intención de morir por ella. Tal como el edicto dejaba meridianamente claro, él era «un soberano valeroso y vigilante».[7]

SE PASA EL TESTIGO

Mediante tales medidas, Horemheb logró establecer la autoridad y legitimidad de su reinado, e imponer la disciplina militar a un país debilitado por tres décadas de agitación e incertidumbre políticas. Solo quedaba una pega por resolver: la falta de heredero. Dado que no tenía hijos, Horemheb no podía arriesgarse a que las disputas sucesorias acabaran deshaciendo sus reformas, tan difícilmente impulsadas. La solución que encontró reflejaba su propio ascenso al poder. Buscando entre sus más cercanos partidarios, identificó a un sucesor ideal entre las filas del ejército. Paramesu era un militar de la cabeza a los pies. Hijo de un comandante de batallón,

había iniciado su carrera como simple soldado, obteniendo más tarde la promoción a oficial y el posterior ascenso a comandante de fortaleza, edecán del rey y, por último, general. Era un hombre hecho de la misma pasta que Horemheb, alguien que compartía su mismo origen y la misma actitud fundamental. Y, lo que era aún mejor, ya tenía un hijo y estaba a punto de tener un nieto, los ingredientes perfectos para una nueva dinastía militar. Horemheb procedió a conceder a Paramesu una serie de altos cargos civiles a fin de prepararle para la futura sucesión; le nombró «delegado del rey» y visir. Al mismo tiempo, Paramesu hubo de renunciar a sus títulos militares mientras Horemheb siguiera al mando, ya que resultaba imprudente entregar tan poderosa institución a un subordinado, por más confianza que le inspirara. Sin embargo, al conferir a Paramesu los títulos de «hijo del rey» y «príncipe heredero», el faraón estaba señalando claramente su determinación de entregarle la corona a su debido tiempo. Más tarde, cuando el reinado de Horemheb se acercaba a su fin, su heredero electo se cambió el nombre por el de Ramesu-el-amado-de-Amón, y empezó a escribirlo dentro de un cartucho real. Todo estaba dispuesto para el auge de los ramésidas.

Por más que Horemheb hubiera podido favorecer a la nueva dinastía, su primer miembro no albergó ninguna duda de que el verdadero fundador era él, no su patrocinador. Para señalar aquel comienzo, Ramesu —más conocido como Ramsés I (1292-1290)— eligió deliberadamente un nombre de trono que se hiciera eco del de Ahmose, fundador de la XVIII Dinastía. Mientras que Ahmose había sido Nebpehtyra, «Ra es señor de la fuerza», Ramsés se denominó Menpehtyra, «la fuerza de Ra es duradera». Pero la fuerza de Ramsés no iba a durar mucho. Dado que en el momento de su subida al trono era ya un anciano, confió una gran parte de las tareas cotidianas de gobierno a su hijo, Seti. Fue una sabia decisión: Ramsés murió a los dieciocho meses de ocupar el trono. El nuevo rey, Seti (1290-1279), era un hombre vigoroso y enérgico, alto y atlético, y de semblante distinguido, con los pómulos firmes y la nariz aquilina, que se convertiría en uno de los rasgos característicos de los varones ramésidas. El código legislativo de Horemheb había reforzado con éxito la autoridad real y había erradicado la corrupción, de modo que Seti podía dedicarse a restablecer la fortuna de Egipto, tanto dentro de su territorio como en el exterior.

La prosperidad y la seguridad se han demostrado siempre por medio de los proyectos de construcción pública, y durante la siguiente década resonaría por todo el país el sonido de los cinceles de los canteros y de las voces de los constructores, puesto que Seti encargó una asombrosa serie de nuevos monumentos en emplazamientos importantes de todo Egipto. Los arquitectos y artistas del Estado no habían estado tan ocupados desde los tiempos de Amenhotep III. El proyecto más grandioso de Seti fue un fabuloso y nuevo templo en Abedyu, antigua cuna de la realeza y centro del culto a Osiris. El templo fue diseñado a partir de unos nuevos y atrevidos planos, y no fue menos radical en su consagración. Detrás de una sala hipóstila a la que se accedía por dos grandes atrios, se construyó no un santuario, sino

siete. Cada una de las principales deidades egipcias tenía un lugar en este panteón nacional: la sagrada familia de Horus, Isis y Osiris; los dioses solares Amón-Ra y Ra-Horajty; Ptah, el dios de Menfis y de los artesanos, y por último, y como era de esperar, el propio Seti. Otro conjunto de salas laterales proporcionaba espacio para los cultos de los dioses funerarios menfitas Nefertum y Ptah-Sokar, no fuera a ser que se sintieran excluidos. Esta agrupación de las principales deidades del territorio bajo un mismo techo, a fin de que honraran a Seti con su presencia, formaba parte de un intento consciente de establecer las credenciales teológicas de la nueva dinastía ramésida.

La momia de Seti. (*G. Elliot Smith*, The Royal Mummies)

El tema de la legitimidad dinástica se veía reforzado por un largo pasillo que partía hacia el sur desde la sala hipóstila. Los exquisitos relieves de su decoración mostraban al hijo mayor de Seti, el príncipe Ramsés, leyendo un papiro en el que aparecían los nombres de sesenta y siete reales predecesores en una lista que se remontaba hasta «Menes» (Narmer), fundador del Estado egipcio. La lista de reyes de Abedyu se basaba en los antiguos archivos de los templos, pero su principal propósito era religioso antes que histórico. Destinada a reforzar la idea de una línea sucesoria ininterrumpida de monarcas legítimos desde los comienzos de la I Dinastía hasta los propios Seti I y su hijo, incluía a los efímeros reyes del Primer Período Intermedio, pero omitía visiblemente a los odiados hicsos, a la dudosa Hatshepsut, al herético Ajenatón y a sus tres impuros sucesores. En el contexto del culto a los reales ancestros, era mejor olvidarse de tan controvertidos predecesores.

Abedyu fue el centro teológico del régimen de Seti, y este se tomó un interés extraordinario en garantizar su correcto funcionamiento a perpetuidad. Para empezar, lo dotó de una cantidad sustancial de tierras y de recursos, muchos de ellos situados en las partes más remotas de la conquistada Nubia (donde nadie podía poner objeciones). Luego, Seti siguió el ejemplo de Horemheb y promulgó un decreto de amplio alcance destinado a proteger los bienes de cualquier posible apropiación indebida por parte de otras instituciones. Grabado en la ladera de una colina de arenisca cerca de la tercera catarata del Nilo, en las proximidades de una guarnición fortificada, el que pasaría a conocerse como Decreto de Nauri detallaba la pena por requisar o interrumpir el envío anual de productos agrarios de Kush a Abedyu:

> En lo que se refiere a cualquier supervisor de la fortaleza, escriba de la fortaleza o agente de la fortaleza que embarque en un barco perteneciente al Templo y se lleve … algo de Kush que haya de entregarse como ingreso para el Templo, hay que aplicarle la ley en la forma de cien golpes, y debe ser multado … en una proporción de ocho a uno.[8]

Tras haber asegurado de ese modo los envíos regulares de productos agrarios que habían de llenar las arcas de su templo, Seti se propuso garantizar también un suministro perpetuo de oro, la mercancía que constituía el símbolo de riqueza por encima de todas las demás. Para ello ordenó que se abrieran nuevas minas de oro en el lejano Desierto Oriental de Egipto, y se interesó especialmente por la producción y el transporte de su precioso mineral al valle del Nilo. Una inscripción grabada en un remoto templo del Uadi Barramiya hace referencia a la implicación personal del rey en el asunto:

> Su Majestad inspeccionó la accidentada región hasta las montañas, ya que su corazón deseaba ver las minas de las que se extrae el oro fino. Después de que Su Majestad caminara montaña arriba durante un largo trecho, se detuvo al borde del camino para reflexionar. [Y] afirmó: «¡Qué pesado es un camino sin agua! ¿Qué ha de hacer una expedición para aliviar sus resecas gargantas?».[9]

Su respuesta fue ordenar a los canteros que abandonaran momentáneamente su trabajo en las minas y, en su lugar, «excavaran un pozo en las montañas, para que pueda aliviar el cansancio y refrescar el espíritu del que se abrasa en verano».[10]

La predilección del rey por la innovación también se dejó sentir intensamente en la preparación del lugar de su último reposo, una gran tumba real en el Valle de los Reyes. No solo sería la más larga y profunda de todas las tumbas reales de Tebas, sino también la primera en ser decorada por entero; las paredes y los techos de todos los pasillos y cámaras están cubiertos de los más finos relieves y pinturas, estableciendo la pauta decorativa que se seguiría en todas las tumbas posteriores en el valle hasta el mismo final del Imperio Nuevo. En medio de tanto esplendor destaca justamente una obra maestra: el magnífico techo abovedado de la cámara mortuoria, pintado con escenas astronómicas para que se asemeje a la misma bóveda celeste. Puede que la dinastía ramésida tuviera menos de una década de historia, pero Seti ya no albergaba ninguna duda con respecto a su destino inmortal.

TAMBORES DE GUERRA

Devolver la magnificencia a los lugares sagrados y dotarlos de nuevos y deslumbrantes monumentos era una forma segura de recuperar el prestigio interior de Egipto, pero quedaba pendiente la cuestión de la reputación internacional del país. Por su trayectoria como oficial del ejército, Seti conocía bien la influencia derivada del poderío militar en la escena mundial. Sin embargo, desde los gloriosos días de Amenhotep II Egipto no había obtenido una victoria decisiva en Oriente Próximo. Bajo los reinados de Ajenatón y Tutankamón, todos los intentos de ampliar o aun defender las posesiones imperiales en Siria habían resultado completamente infructuosos. Horemheb había tratado de reafirmar la hegemonía egipcia, pero con resultados desiguales. La reputación de Egipto como gran potencia estaba seriamente comprometida; sus territorios extranjeros eran vulnerables a la secesión o a la conquista a manos de los hititas, y su dominio de las rutas comerciales se veía amenazado. Hacía falta una acción urgente si se pretendía que el legado heredado por los ramésidas no desapareciera ante sus propios ojos. Seti no había perdido el tiempo, ya que había realizado su primera campaña cuando todavía era príncipe heredero. Había combatido en la costa fenicia para reafirmar la tradicional esfera de influencia egipcia y garantizar la continuidad del acceso a los puertos del Mediterráneo, con sus guarniciones y muelles comerciales.

Al comienzo de su reinado en solitario, en 1290, dirigió nuevas campañas con objetivos estratégicos similares. Los primeros que sintieron la cólera de Egipto fueron los beduinos del norte del Sinaí. Las luchas entre sus divididas tribus no representaban en sí mismas un peligro para la seguridad egipcia, pero sí que amenazaban las principales líneas de suministro del país hacia sus posesiones

imperiales en Siria-Palestina. Seti sabía que el control de la ruta costera del norte del Sinaí constituía un requisito previo para poder emprender otras maniobras militares más ambiciosas. Tras restablecer la autoridad egipcia en las inmediaciones de su territorio, pasó luego a Canaán, donde recuperó el control de las ciudades fortificadas vitales de Beth-Shan y Yenoam. Luego remató la victoria egipcia obligando a los cabecillas del Líbano a cortar leña en su presencia, un acto público de sumisión al faraón que a la vez subrayaba los derechos de Egipto sobre los abundantes recursos naturales de la región. En otro tiempo, aquella clase de acciones locales a pequeña escala no habrían requerido la presencia personal del rey al mando de su ejército. Pero Seti era consciente de la necesidad de proyectar una renovada imagen del poder regio en el extranjero, y además tenía la fortuna de que no le faltaba ardor guerrero. Sin embargo, el mantenimiento de dicha política sumiría más profundamente a Egipto en el cenagal de la política internacional, con consecuencias trascendentales.

El mapa político de Oriente Próximo había cambiado de manera radical e irrevocable desde los tranquilos días de finales de la XVIII Dinastía. Bajo los reinados de Thutmose IV y Amenhotep III, Egipto había alcanzado una paz duradera con la gran potencia del norte de Mesopotamia, el reino de Mitani, con la que había afianzado la nueva relación mediante una serie de matrimonios diplomáticos. Las dos potencias habían respetado sus respectivas esferas de influencia y habían logrado coexistir amistosamente durante medio siglo. Luego, a comienzos del reinado de Ajenatón, la llegada al poder de un beligerante y ambicioso gobernante hitita vino a asestar un golpe mortal a aquel equilibrio tan cuidadosamente negociado. En una serie de campañas rápidas y devastadoras, el rey hitita Shubiluliuma abandonó los límites de su ámbito territorial en Anatolia para conquistar franjas significativas del territorio controlada por Mitani, llegando incluso a efectuar incursiones en la propia capital del reino. Egipto se mantuvo leal a su amistad con Mitani, pero por entonces el reino mesopotámico era prácticamente una sombra de lo que fue. Había entrado en escena una nueva superpotencia, y había encontrado a Egipto totalmente desprevenido.

La reacción inicial del gobierno faraónico fue la de no involucrarse. Sería un error nefasto. La combinación de la debilidad de Mitani con las vacilaciones de Egipto llevó a una serie de antiguos estados vasallos a explotar el vacío de poder y presionar en favor de una mayor autonomía. El principal de ellos fue Amurru, una vasta región de Siria central situada entre el río Orontes y el mar Mediterráneo. El gobernante de Amurru, Abdi-Ashirta, era un trapichero de mucho cuidado, siempre dispuesto a sacar partido de las rivalidades políticas y de la inestabilidad social en beneficio de su causa. Sus misivas a la corte egipcia constituyen una parte significativa del archivo de las cartas de Amarna. O bien los egipcios no tenían ni idea de qué hacer con él, o bien decidieron que la línea de acción más prudente era aplicar una política de no intervención. Pero este desinterés no hizo sino alentar a Abdi-Ashirta en sus ambiciones. Parece ser que, incluso cuando su hijo, Aziru, fue convocado por el

faraón para dar cuenta de sus acciones, no recibió más que una moderada reprimenda. Amurru siguió escapando al control egipcio.

El poder faraónico, antaño temido y respetado en todo Oriente Próximo, tampoco tuvo más éxito con el rebelde Estado de Qadesh. Sus gobernantes habían representado una espina clavada en el costado de Egipto ya desde el reinado de Thutmose III, y luego, haciendo honor a su tradición, se pasaron al bando enemigo en cuanto el ejército hitita fue a llamar a sus puertas. La frustrada misión de Ajenatón para reconquistar Qadesh no hizo sino recalcar la debilidad egipcia. Un segundo intento contra la misma ciudad durante el reinado de Tutankamón acabó en un fracaso similar, lo cual alentó a los satisfechos hititas a consolidar su dominio sobre el norte de Siria. Al ver de dónde soplaba el viento, Aziru de Amurru se unió a Qadesh en su comprometida alianza con los nuevos señores hititas de la región. La tentativa de la viuda de Tutankamón de concertar un matrimonio diplomático con un príncipe hitita a fin de escapar de las garras de Ay, podría haber traído una paz duradera entre las dos potencias rivales. Pero, en lugar de ello, la misteriosa muerte del príncipe Zannanza no hizo sino dar otra excusa más a la expansión hitita, y su padre descargó su ira contra los traicioneros egipcios atacando el territorio controlado por Egipto en el sur de Siria.

Pero al final los hititas no se salieron con la suya. En un amargo giro del destino, los prisioneros de guerra llevados a la capital hitita como resultado de aquellas incursiones de castigo trajeron consigo la peste. Esta se extendió por toda la ciudadela real de Hattusa y mató no solo al rey, sino también a su príncipe heredero; veinte años después todavía causaría estragos en el territorio hitita. Seguramente, a los hititas debió de parecerles que los dioses habían cambiado de bando. Para los egipcios, en cambio, aquellos extraños acontecimientos ocurridos lejos de Egipto debieron de reavivar la posibilidad de una victoria. Por lo pronto, se estableció una paz precaria en Siria, al tiempo que Egipto y los hititas entraban en un compás de espera.

Así estaban las cosas cuando Seti I accedió al trono. Dado que por sus venas corría sangre de soldado, se mostró inquebrantable en su determinación de restablecer el mancillado orgullo nacional egipcio. Después de medio siglo de deshonrosa retirada, había llegado el momento de que Amón-Ra se pusiera de nuevo en marcha. Tras haber reafirmado el control egipcio sobre Fenicia y Canaán, Seti puso sus miras en Amurru y Qadesh. Recuperarlas representaría un simbólico y potente golpe para las aspiraciones hititas, y ayudaría en gran medida a recuperar la reputación nacional de Egipto. Justo un año después de reconquistar Beth-Shan y Yenoam, el ejército de Seti penetró profundamente en Siria central. Qadesh fue conquistada, y Seti ordenó triunfante que se erigiera una magnífica inscripción de victoria en la ciudad (su júbilo, no obstante, sería efímero; apenas las tropas egipcias hubieron desaparecido en el horizonte, los pérfidos habitantes de Qadesh se apresuraron a volver al redil hitita). En cambio, las fuerzas del faraón tuvieron bastante más éxito con la provincia

de Amurru; una vez recuperada, esta permaneció leal a su nuevo señor egipcio. Al final de la campaña, una gran parte de Asia central había cambiado de bando. Seti había resarcido las humillaciones de las generaciones anteriores y había puesto de nuevo a Egipto en la senda de la grandeza imperial. O al menos eso era lo que él creía; en realidad, los hititas no estaban haciendo otra cosa que reagruparse, puesto que no tenían la menor intención de dejar las cosas como estaban. Tras reagrupar sus considerables fuerzas en lo alto de la meseta de Anatolia, se prepararon para una guerra total. Mientras el cielo se oscurecía sobre Oriente Próximo, el inminente enfrentamiento entre las dos superpotencias no podía tardar mucho en llegar.

Tras la aparente audacia y determinación de la política exterior de Seti I se oculta un enigma. Si Egipto y los hititas habían llegado realmente a una especie de acuerdo durante el reinado de Horemheb, tal como sugieren las fuentes posteriores, entonces las atrevidas campañas de Seti se lo saltaron a la torera. Es más, sus acciones desencadenaron una serie de choques cada vez más sangrientos que se tradujeron no en el restablecimiento de la supremacía egipcia, sino en pérdidas a largo plazo. Vistas retrospectivamente, las guerras asiáticas de Seti parecen tan precipitadas como imprudentes. Una posible explicación es que su decisión viniera dictada más por la conveniencia política que por un cálculo minucioso de los intereses estratégicos de Egipto. A lo largo de toda la historia, los gobernantes han recurrido habitualmente al ardid de avivar un conflicto externo para desviar la atención de los problemas internos de su país. Y, de hecho, hay sugerentes indicios ya en los comienzos del reinado de Seti que parecen indicar cierta inseguridad en el corazón de su régimen. En los relieves bélicos del rey grabados en Ipetsut aparece una enigmática figura, descrita solo como «Mehy, el organizador del grupo y portador del abanico», a la que se representa otorgándole una prominencia poco habitual, como si desempeñara un papel clave en las batallas y en el conjunto de la estrategia ofensiva de Seti.

Para haber obtenido tan elevado estatus en un monumento real, el tal Mehy (una abreviatura de otro nombre más largo que ignoramos) debió de ser una de las figuras más influyentes de la corte, quizá ocupando una posición similar a la de Horemheb durante el reinado de Tutankamón o a la de Paramesu durante el de Horemheb. Incluso se ha sugerido que el misterioso Mehy podría ser el heredero designado por Seti, y que el marcial monarca había decidido seguir el reciente precedente dejando el trono a un oficial del ejército como él.

De ser así, está claro que el hijo de Seti, el adolescente príncipe Ramsés, tenía otras ideas. A los pocos años de que fueran grabadas, todas las representaciones de Mehy serían sistemáticamente borradas de los relieves de Ipetsut, para ser reemplazadas por la propia imagen de Ramsés. La siguiente generación de la dinastía ramésida no tenía la intención de permitir que un simple plebeyo ejerciera tal influencia sobre los asuntos del reino. Ramsés, y solo él, sería reconocido por la posteridad como el verdadero heredero de su padre y su más firme partidario. Ramsés, y solo él, proseguiría la agresiva política exterior de Seti y cumpliría el

destino de Egipto como gran potencia imperial. Ramsés, y solo él, se enfrentaría directamente a los hititas en una lucha final por la supremacía internacional.

El ejército del faraón se preparaba mientras el país se encaminaba a la guerra.

16
Guerra y paz

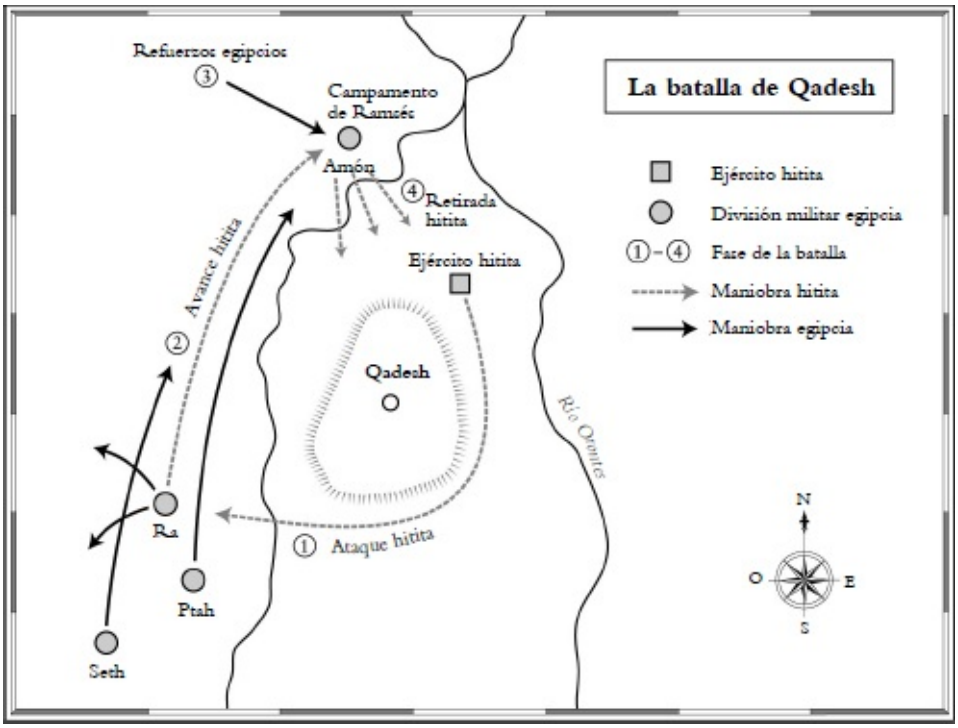
BATALLA REAL

Una clara mañana de mayo de 1274, poco después del alba, Ramsés II levantó el campo y se puso al frente de su ejército. Tras él, bajo el aire frío, avanzaba, lenta pero segura, una enorme fuerza expedicionaria de más de veinte mil hombres que se abría paso por el camino polvoriento, descendiendo desde la posición estratégica en lo alto del risco donde había pasado la noche hasta el valle que se extendía a sus pies. Después de un mes de marcha —desde la frontera egipcia con Gaza hasta Megido atravesando la región montañosa de Canaán, y luego por los valles del Litani y el Bekaa—, el destino final del ejército se hallaba solo a medio día de camino.

La gran ciudad de Qadesh había sido un elemento decisivo en la política de poder de Oriente Próximo durante siglos. Situada en el fértil valle del río Orontes, controlaba una de las pocas rutas que cruzaban la cordillera de la costa uniendo la Siria interior con el litoral Mediterráneo. Resultaba, pues, de vital importancia estratégica para el control de la región entera (veinticinco siglos después, los cruzados también sabrían reconocer ese mismo imperativo estratégico, y construyeron a solo unos kilómetros de allí el mayor de sus castillos, el Crac de los Caballeros).

Durante el reinado de Thutmose III, el príncipe de Qadesh había sido el líder de los rebeldes derrotados en Megido. En época más reciente, Qadesh había logrado enfrentar a los egipcios y los hititas, pasando a otorgar su lealtad a un bando y a otro. Asimismo, los astutos gobernantes de la ciudad habían tomado medidas impresionantes para defenderse. Aunque podían darse por satisfechos de actuar como agentes provocadores en la inminente confrontación entre las dos grandes potencias, no tenían la menor intención de ver sus hogares reducidos a escombros a causa de ello. Qadesh, emplazada en una bifurcación fluvial formada por el Orontes y uno de sus afluentes, contaba con la ventaja natural de estar protegida en tres de sus cuatro costados. Excavando un canal en la parte sur de la población, que unía los dos ríos, sus habitantes habían convertido la ciudad, ya extremadamente fortificada, en una isla a efectos prácticos, inexpugnable ante cualquier ataque. Sin embargo, Ramsés estaba decidido a conquistar Qadesh de una vez por todas a fin de restablecer la reputación imperial de Egipto en Siria. Tras una década de hostilidades a pequeña escala, las fuerzas egipcias e hititas habían elegido Qadesh como el emplazamiento para escenificar una gran batalla que decidiera finalmente la supremacía sobre el

importante territorio de Amurru. Así pues, el ejército del faraón avanzaba ahora con una mezcla de resolución y expectación.



La enorme fuerza reunida por Ramsés, que probablemente representaba las tres cuartas partes de los efectivos militares totales de Egipto, estaba formada por cuatro divisiones, cada una de ellas a las órdenes de un alto oficial real. El propio monarca estaba al mando de la división principal, bautizada con el nombre de Amón. Detrás le seguían las divisiones de Ra, Ptah y Seth. Una vez en marcha, las tropas formaban una hilera de armas que centelleaban bajo la luz del sol a lo largo de más de un kilómetro y medio, un espectáculo ciertamente imponente. Como hijo mayor y sucesor del rey guerrero Seti I, Ramsés había aprendido junto a su padre el arte del liderazgo militar, y sabía que su imagen triunfante encaramado a su carro dorado serviría a la vez para inspirar a sus propias tropas y para infundir temor en el corazón de su enemigo. De hecho, los primeros informes del campo de batalla sugerían que los hititas se habían asustado. Cuando la división de Amón avanzaba a través de los densos bosques de la orilla sur del Orontes, los exploradores egipcios interceptaron a dos miembros de unas tribus beduinas. El interrogatorio reveló una noticia tan sorprendente como bien acogida: el ejército hitita, intimidado por la determinación de Ramsés y su temible maquinaria bélica, había puesto tierra de por medio y en aquel momento se encontraba a casi doscientos kilómetros de allí, en el territorio de Alepo. Temiendo la posibilidad de que se les estuviera proporcionando deliberadamente una información falsa, los egipcios volvieron a interrogar a los nómadas, pero estos se mantuvieron en sus trece. Todo parecía favorecer a Ramsés. Alentado por aquel giro inesperado de los acontecimientos, el ejército prosiguió la marcha rumbo a Qadesh.

Una vez que dejó atrás los bosques, la división de Amón vadeó el Orontes en las inmediaciones de la aldea de Shabtuna (la actual Ribla) y, después de otras tres horas de marcha, llegó a su lugar de acampada frente a Qadesh. El emplazamiento había sido bien elegido, con un arroyo cercano que proporcionaba un bienvenido refresco tanto a los hombres como a los caballos. Mientras los animales apagaban su sed, los soldados empezaron a montar el campamento. Se estacionaron los carros, se levantaron las tiendas y se dispusieron los escudos de modo que formaran un círculo defensivo. Eran las tres en punto de la tarde. Medio difuminada en la distancia, la silueta de la fortificada Qadesh dominaba el horizonte sudoriental.

En cuanto Ramsés y su división de avanzada llegaron al campamento, el servicio de información envió exploradores a examinar la campiña circundante, siguiendo una práctica establecida, a fin de reconocer el terreno y proporcionar cualquier dato de interés sobre los movimientos del enemigo. Casi de inmediato, estos se tropezaron con dos espías hititas entregados a una actividad similar. Fue un extraordinario golpe de suerte, el primero de varios que se producirían aquella tarde. Los agentes enemigos fueron sometidos no a un interrogatorio moderado, sino a duras palizas. Y lo que revelaron bajo tortura cayó como una bomba. Lejos de encontrarse a doscientos kilómetros y de tratar de evitar el combate, el rey hitita, Muwatallis II, y sus fuerzas se hallaban en aquel preciso momento acampados detrás de Qadesh, y la colina sobre la que se asentaba la ciudad ocultaba su presencia a los egipcios. Asimismo, los comandantes hititas habían decidido lanzar un ataque preventivo contra el ejército egipcio, cosa que se disponían a hacer en cualquier momento.

Tras haber confesado la terrible noticia, los espías fueron llevados a rastras ante el estupefacto Ramsés, que estalló de ira. Tras arremeter contra sus altos oficiales por su incompetencia, tomó el mando en persona y ordenó que se adoptaran medidas urgentes. Los reales príncipes que viajaban con el rey fueron puestos inmediatamente a salvo, huyendo hacia el oeste, lejos de la inminente tormenta. El visir fue enviado a toda velocidad hacia el sur para que acelerara el avance de la división de Ptah, que en aquel momento todavía se disponía a vadear el Orontes. El mensaje de Ramsés era desesperado: «¡Su Majestad está completamente solo!».[1]

Minutos después se produjo el ataque. Un enorme destacamento de 2.500 carros hititas, con sus temibles guerreros protegidos con cotas de malla hasta los tobillos, atravesó el río y atacó a la división de Ra cuando esta marchaba hacia el norte, en dirección al campamento egipcio. A diferencia de los carros de guerra egipcios, que básicamente no eran más que plataformas de disparo móviles, los carros hititas eran unas robustas máquinas de guerra. Cada uno de ellos transportaba no a dos, sino a tres personas —un conductor y dos soldados— armadas con afiladas lanzas diseñadas para el combate a corta distancia. Utilizadas en masa en una carga organizada, las unidades de carros hititas resultaban de una eficacia devastadora a la hora de diezmar las filas de la infantería enemiga, tal como la división de Ra tuvo ocasión de comprobar pagando un alto precio.

Con sus camaradas muertos y moribundos desperdigados por el suelo, los soldados egipcios supervivientes fueron presa del pánico y huyeron precipitadamente hacia su campamento, perseguidos de cerca por los hititas. Al cabo de poco tenían al enemigo a las puertas. Los carros atravesaron la pared de escudos a medio construir para atacar a los generales egipcios en las tiendas que formaban su cuartel general. Se produjo un caos absoluto. Sin tiempo para pensar, Ramsés actuó por instinto; saltó sobre su carro y entró de inmediato en acción contra el enemigo hitita. El rey estaba flanqueado por su guardia de élite de mercenarios egeos, fieros combatientes procedentes de las costas e islas de los confines occidentales del Imperio hitita, cuyo valor y resistencia habían impresionado a las grandes potencias de Oriente Próximo en las últimas décadas. Ellos, y no los nubios de antaño, representaban ahora la mejor opción para cualquier ejército egipcio. Con ellos a su lado y moviéndose con rapidez entre sus atacantes, Ramsés demostró su dominio del arco, manteniéndose firme en medio del caos y la confusión. Aun así, hacía falta un milagro para sobrevivir durante mucho tiempo a aquella matanza hitita. Pero entonces, como si se tratara de una respuesta a las desesperadas plegarias de Ramsés, llegó la ayuda justo en el momento oportuno.

No fue un milagro, sino el resultado del genio táctico de los egipcios. Mientras que el grueso del ejército egipcio había marchado por tierra hacia Qadesh, se había enviado por mar a una fuerza de reserva de guerreros de élite remontando la costa fenicia. Sus instrucciones eran desembarcar en el puerto sirio de Sumur y penetrar hacia el interior a través del valle del Eleuteros (la actual Nahr el-Kebir) para unirse a Ramsés en Qadesh el mismo día de su llegada. Y habían seguido las órdenes al pie de la letra. Cuando los carros conducidos por tropas de élite aparecieron en el horizonte entre una nube de polvo, el faraón supo que había llegado la ayuda. Con su determinación fortalecida por la repentina llegada de refuerzos, los egipcios obligaron a los hititas a retirarse aprovechando su ventaja. Muwatallis, que observaba el giro de los acontecimientos desde una distancia prudencial, envió una segunda oleada de sus carros al campo de batalla. Pero también estos fueron rechazados, y un posterior contraataque egipcio logró hacer retroceder al enemigo hasta el mismo Orontes. Muchos de los carros hititas cayeron al río, y sus ocupantes se ahogaron o fueron arrastrados por la corriente; otros a duras penas lograron llegar a rastras a la orilla opuesta. El príncipe de Alepo, uno de los principales lugartenientes de Muwatallis, fue sacado medio muerto por sus hombres de las ensangrentadas aguas. El ataque por sorpresa de los hititas se había vuelto contra ellos. En cuestión de minutos, una victoria segura se había convertido en una ignominiosa retirada.

Al acercarse el ocaso, la división egipcia de Ptah apareció finalmente en escena, a tiempo para acorralar a los soldados hititas supervivientes, hacer la cuenta de los enemigos muertos y recoger el botín abandonado en el campo de batalla. Los supervivientes egipcios de la matanza se dirigieron renqueando hasta el campamento, seguidos, justo antes de que cayera la noche, por la cuarta y última división, la de

Seth. En ambos bandos, era el momento de hacer balance y calcular las pérdidas. Para los egipcios, las terribles bajas sufridas en el campo de batalla se habían visto parangonadas por una pérdida no menos abrumadora de reputación: su propia supervivencia había estado en peligro, y solo el carisma personal del rey, junto con la oportuna llegada de las fuerzas de reserva, había evitado la aniquilación total del ejército. Para los hititas el panorama no resultaba menos sombrío. El rey Muwatallis había perdido a dos de sus hermanos en el combate, junto con su secretario, el jefe de su guardia personal, cuatro destacados miembros de la unidad de carros y numerosos oficiales. Sin embargo, dado que ninguno de los dos bandos se había alzado con la victoria, la batalla de Qadesh no había terminado aún.

Al amanecer, tras una agitada noche atendiendo a los heridos y reparando los carros averiados, los dos ejércitos volvieron a enfrentarse de nuevo, esta vez en un combate preparado con antelación en la llanura situada frente a Qadesh. Pero la batalla del día anterior había debilitado fatalmente a los dos bandos. Los egipcios habían sufrido grandes pérdidas y no pudieron superar la potencia de la infantería hitita (que no había participado en el ataque anterior, y, en consecuencia, conservaba intactos su fuerza y su valor). Por su parte, los hititas, que habían perdido una cantidad considerable de sus carros, tampoco fueron capaces de infligir una derrota decisiva a los egipcios. Tras varias horas de sangriento combate sin ninguna perspectiva de avance importante, Ramsés retiró sus fuerzas del campo de batalla. Se dio cuenta de que jamás lograría su objetivo estratégico de tomar Qadesh, y menos aún de derrotar a los hititas. También Muwatallis quería la paz, y envió un emisario al campamento egipcio con los términos de un alto el fuego. A Ramsés apenas le quedaba otra opción que aceptarlos. Veinticuatro horas después de su llegada a Qadesh, los egipcios recogieron su material bélico y regresaron a casa. Tras dos meses fuera, a finales de junio el antaño poderoso ejército de Ramsés volvió a los verdes campos del delta del Nilo, exhausto y desmoralizado.

Sin embargo, parece que el rey sacó fuerzas de aquel doloroso encuentro y, sobre todo, de su papel a la hora de salvar la situación de los egipcios. Si bien no había obtenido la victoria, al menos había logrado escapar a las fauces de la derrota, y ahora se sentía aún más convencido de su destino. En sintonía con su carácter absolutamente seguro de sí mismo, por no decir megalómano, Ramsés procedió a darle la vuelta al episodio de Qadesh en beneficio propio. En un bombardeo propagandístico minuciosamente orquestado —que incluyó el arte y la literatura—, el monarca difundió por todo Egipto su versión de los acontecimientos. Hizo que los mejores escritores del país compusieran una detallada descripción en prosa de la batalla junto con un poema épico, ambos destinados a celebrar la «gran victoria» del rey sobre los hititas. Los textos fueron inscritos en los muros de los templos, y seguramente serían recitados a menudo con aire triunfal en la corte. Para complementar tales panegíricos literarios, Ramsés encargó a sus artistas que elaboraran una serie de escenas pictóricas que captaran los principales momentos de

la batalla. La principal de entre aquellas representaciones, por descontado, sería la figura exageradamente acrecentada del valeroso monarca, completamente solo en el bando egipcio, manteniendo a raya al enemigo sin ayuda de nadie. Tan encantado quedó el rey con el resultado que mandó tallar la misma serie de imágenes en las fachadas de al menos cinco grandes templos. Tanto los poemas como las imágenes permitían a Ramsés contrarrestar la incompetencia e indecisión de sus altos oficiales con su propia previsión y serenidad bajo el fuego enemigo. Para un rey cuyo derecho de nacimiento podría haberse visto amenazado por alguien de su propio ejército, esta debió de ser la más dulce de las venganzas.

Para los estudiosos modernos, esas imágenes y palabras proporcionan infinidad de detalles que hacen de la batalla de Qadesh el enfrentamiento bélico mejor conocido del mundo antiguo. Sin embargo, para los contemporáneos de Ramsés, aquellas descripciones no hacían sino anunciar un retorno a la realeza vanagloriosa y rimbombante de antaño. Tras la herejía de Ajenatón, los efímeros reinados de sus sucesores inmediatos, la junta militar de Horemheb y los primeros ramésidas, volvía de nuevo, y con más fuerza que nunca, una monarquía resplandeciente y triunfalista; aunque con ello la verdad tuviera que sufrir.

Rey de reyes

Aunque las tablas de Qadesh habían representado un singular obstáculo a la hora de propiciar los objetivos estratégicos de Ramsés II, el punto muerto al que se había llegado y el cese de las hostilidades como mínimo le habían permitido obtener dividendos gracias a la paz. Así, una serie de recursos que podrían haberse destinado a aventuras militares exteriores, ahora podían invertirse, en cambio, en proyectos dentro del territorio nacional.

En las dos primeras décadas de su reinado (1279-1259), Ramsés encargó la construcción de nuevos y grandes templos a lo largo y ancho de su reino, desde el puerto libanés de Kebny hasta Gebel Barkal, en el lejano Sudán. Al parecer, el rey se interesó especialmente en la Nubia controlada por Egipto, y ordenó la construcción de nuevos santuarios en siete lugares distintos. En el territorio egipcio propiamente dicho, los arquitectos y canteros realizaron impresionantes añadidos a los grandes templos nacionales de Iunu, Heracleópolis, Abedyu y Tebas. Hoy se conservan en pie más monumentos que llevan el nombre de Ramsés II que de ningún otro faraón. Mediante una combinación de construcción y apropiación (poniendo especial cuidado en hacer que su cartucho fuera grabado tan profundamente en la piedra que no pudiera ser eliminado), Ramsés se aseguró de que su nombre perdurara para siempre. Parece ser que le impulsaba un hondo deseo de superar a todos sus predecesores y un decidido sentido de su singularidad. Uno de los mitos favoritos del rey en torno a su figura explicaba que las «Siete Hathoras» (el equivalente de las Parcas en el antiguo

Egipto) habían protegido su cuna y diseñado para él un extraordinario destino cuando todavía era un niño de pecho. Que este hecho revele una auténtica monomanía o bien un complejo de inferioridad patológico es una cuestión discutible, pero lo que está claro es que los proyectos de construcción de Ramsés se caracterizaron más por su tamaño y su «fuerza bruta» que por el uso de una estética más o menos refinada. Solo en la exquisita decoración de la tumba tebana dispuesta para su amada esposa Nefertari permitió Ramsés a sus artesanos dar rienda suelta a sus sensibilidades artísticas.

Abastecer a tantos proyectos simultáneos de las necesarias cantidades de piedra era algo que estaba fuera del alcance de la prodigiosa producción de las canteras egipcias, de manera que Ramsés recurrió al viejo expediente de demoler los monumentos de sus antecesores y requisar la piedra para sus propios fines. Las principales víctimas de su saqueo a gran escala fueron los templos construidos por Ajenatón en Tebas y Ajetatón. Los pequeños y regulares bloques de piedra que habían permitido al rey hereje construir sus monumentos con tanta rapidez, facilitaron ahora una demolición igualmente rápida. Se extrajeron miles de bloques de los templos de Atón para facilitar la construcción de nuevos santuarios consagrados a los antiguos dioses. De ese modo, Ramsés podía matar dos pájaros de un tiro: limpiar el territorio de la herejía de Ajenatón y presentarse como el paladín de las deidades tradicionales egipcias.

Desde el reinado de Amenhotep III, noventa años antes, el mayor escenario para las ceremonias de la realeza divina había sido el templo de Luxor, dado que su gigantesca sala hipóstila y su hermoso atrio descubierto proporcionaban un espectacular telón de fondo a los misterios de la Festividad anual de Opet. La tentación de hacerlo aún más grandioso resultó irresistible para Ramsés, que añadió un atrio completamente nuevo y una colosal puerta de entrada al templo, decorada con enormes escenas de su «triunfo» en la batalla de Qadesh. Siempre dispuesto a mejorar los monumentos de sus predecesores, no dudó en modificar el eje principal del templo de Luxor para alinearlo mejor con Ipetsut y crear una vía procesional más coherente. Por último, para decorar la nueva fachada de Luxor, Ramsés mandó instalar lo que se convertiría en su marca distintiva: un par de colosales estatuas sedentes de sí mismo, en este caso complementadas con un par de obeliscos imponentes. Lo importante, al parecer, era el espectáculo.

Pero en ningún otro lugar se aprecia mejor el gusto de Ramsés por el teatro y el autobombo que en el denominado «templo de Ramsés-elamado-de-Amón» (la actual Abu Simbel), en la Baja Nubia. La desnuda pared rocosa de una montaña sagrada que dominaba el Nilo justo al norte de la segunda catarata, fue el entorno elegido para llevar a término el proyecto más notable y vanaglorioso del rey. El menor de los dos templos se consagraría oficialmente a la diosa madre y a la protectora real Hathor. En su interior, en la pared trasera del santuario, se representa a la vaca Hathor emergiendo de la primigenia marisma de papiro y protegiendo al rey con su abrazo.

Fuera, en cambio, se prescinde de cualquier pretensión de piedad, y la decoración se concentra en la «gran esposa» del rey, Nefertari, y en su amoroso esposo. A ambos lados de la puerta de entrada, una estatua pedestre de la reina aparece flanqueada por dos colosos de Ramsés, de casi diez metros de altura. El mayor de los dos templos lleva esta temática aún más allá, y las estatuas y relieves de Ramsés dominan tanto el interior como el exterior. La fachada está formada por cuatro inmensas estatuas sedentes del rey, cada una de las cuales mide alrededor de veinte metros de altura. En el pedestal se muestra el nombre del rey sobre varias filas de cautivos extranjeros, subrayando así su dominio sobre todos los pueblos. En el interior, diversas escenas representan a Ramsés matando a los enemigos de Egipto y ofreciéndoselos a los dioses, entre los que, lógicamente, se incluye su propia figura divinizada. De hecho, la apoteosis de Ramsés es el tema dominante en Abu Simbel. En la desolada y conquistada Nubia, lejos de la mirada vigilante de los dioses, el rey pudo dar rienda suelta a su megalomanía.

Pero la verdadera medida del autobombo del rey se pone de manifiesto en las partes más recónditas de Abu Simbel. Más allá de la sala hipóstila —cada una de cuyas columnas aparece decorada con una colosal estatua pedestre de Ramsés bajo la apariencia de Osiris— y las ubicuas representaciones de la batalla de Qadesh, se halla el santuario, profundamente excavado en la montaña. Este espacio íntimo está dominado por las estatuas de los cuatro principales dioses de Egipto, talladas en roca viva. Permanentemente en sombras, en un lado se halla Ptah, dios ctónico creador de Menfis. Junto a él están Amón, el dios creador de Tebas; Ra-Horajty, el dios solar, y el Ramsés divinizado. En su mente, como en sus monumentos, el rey se equiparaba a las deidades más antiguas y reverenciadas de Egipto. Asimismo, dos días al año, el 21 de febrero y el 21 de noviembre —uno de ellos presumiblemente el cumpleaños de Ramsés—, los primeros rayos del sol naciente penetraban por la entrada del templo e iluminaban las estatuas del santuario, dándoles vida, lo cual debía de constituir un efecto teatral asombroso. Pocos autócratas en toda la historia humana han concebido una expresión más dramática de su culto a la personalidad.

Después de Ipetsut, Luxor y Abu Simbel, el siguiente proyecto de Ramsés en importancia fue su templo funerario en la orilla occidental del Nilo, en Tebas. El «Ramsés unido a Tebas» (hoy conocido como Ramesseum o Rameseo), que era el monumento más ambicioso de su clase desde el reinado de Amenhotep III, abarcaba una extensión de casi cinco hectáreas. De manera bastante descarada, cada centímetro del templo fue cubierto con textos, relieves y estatuas celebrando al rey. Tras la primera gran puerta de entrada, decorada con escenas de la batalla de Qadesh, el primer atrio estaba dominado por una serie de enormes pilares en toda la cara norte, cada uno de ellos con una gigantesca estatua de Ramsés delante. Frente a ellos, en el lado sur, había un pórtico y una balconada, donde el rey podía aparecer ante sus leales seguidores los días y festividades señalados. Tras una segunda puerta, en la que aparecían más relieves bélicos, había un segundo atrio, también decorado con

estatuas colosales de Ramsés. Pero incluso estas resultaban empequeñecidas por un inmenso coloso de granito que antaño se alzaba junto a la segunda puerta, hasta que un terremoto lo derribó todavía en tiempos antiguos. Sus restos dispersos, en los que aparecía grabado el nombre de trono del rey, Usermaatra (que en griego derivaría en Osimandias), inspirarían el poema homónimo de Shelley, la más famosa crítica del poder absoluto en lengua inglesa.

El Ramesseum, quizá más que ningún otro monumento, era el paradigma del estatus único de su dueño, no solo en los asuntos espirituales, sino también en los temporales. Rodeando todas las paredes del templo, había inmensos almacenes y graneros donde se guardaba una parte importante de la riqueza de Egipto. Habrían hecho falta 350 barcadas (un cuarto de millón de sacos) de cereal para llenar completamente los graneros, cantidad suficiente para sustentar a los habitantes de una ciudad de tamaño medio (como Tebas) durante todo un año. De hecho, el Ramesseum actuaba como una especie de «banco de reserva» del Alto Egipto. Tanto a efectos prácticos como simbólicos, la riqueza del país se hallaba bajo el control real. Con tan vastos recursos a su disposición, Ramsés podía permitirse el lujo de entregarse a su obsesión por la monumentalidad, desde los inmensos colosos de Abu Simbel hasta los majestuosos atrios de Tebas. Bien podría haber pronunciado él mismo las inmortales palabras del poema de Shelley:

«Mi nombre es Osimandias, rey de reyes:
¡Contemplad mis obras, oh poderosos, y desesperad!»

LA CASA EN ORDEN

No contento con erigir templos y usurpar monumentos a lo largo y ancho de Egipto, Ramsés II creó una maravilla arquitectónica de una escala aún mayor, aunque hoy desaparecida por completo. Su padre, Seti I, había construido un pequeño palacio de verano junto a la antigua capital de los hicsos en Hutuaret, donde la familia real ramésida tenía sus orígenes. Seguramente, el joven Ramsés debió de pasar allí algún tiempo preparándose para la batalla, y, ya como rey, se propuso transformarlo en algo mucho más grandioso. En dos décadas de construcción ininterrumpida, crecieron en torno al palacio real una vasta serie de mansiones, estancias, oficinas y cuarteles, hasta que Ramsés hubo creado una ciudad totalmente nueva, una capital dinástica que igualaba en esplendor a Menfis o Tebas. Con su habitual falta de modestia, la llamó Per-Ramsés, «la casa de Ramsés».

No cabe duda de que se trataba de una residencia agradable, con amplios barrios y distritos administrativos llenos de palacios, templos y edificios públicos. La campiña circundante se contaba entre las más productivas de todo Egipto, y proporcionaba fruta, hortalizas y vino, además de pastos para grandes rebaños de ganado vacuno. Los escribas describen con admiración la existencia de canales llenos de peces,

marismas rebosantes de aves acuáticas, campos repletos de verdes pastos y graneros llenos hasta reventar de cebada y trigo. La residencia regia, que tenía una extensión de diez kilómetros cuadrados, estaba situada en un reducto natural a orillas del Nilo, protegida por canales y promontorios arenosos. Los poetas cortesanos escribían elogios al esplendor de los palacios de Ramsés, describiendo sus salas hipóstilas y la riqueza sin parangón de sus ornamentos. Paredes, suelos, columnas y puertas: todo estaba decorado con mosaicos polícromos en los que se representaban ríos y jardines, motivos heráldicos y cautivos extranjeros. Las escaleras que llevaban al estrado del trono estaban adornadas con imágenes de los enemigos del rey postrados, de manera que él pudiera pisotearlos cada vez que las subiera o las bajara.

Si la residencia real era deslumbrante, el barrio de la élite, en la zona residencial, apenas le iba a la zaga. El área preferida por los ciudadanos más ricos de Per-Ramsés parecía un idilio veneciano, con canales, grandes villas y jardines acuáticos. El centro de la ciudad estaba dominado por un inmenso templo consagrado a la divina trinidad: Amón, Ra-Horajty y Atón. Custodiado por cuatro colosales estatuas del rey, rivalizaba con Ipetsut en tamaño y esplendor. Los cuatro puntos cardinales de la ciudad se hallaban bajo la protección simbólica de otras tantas grandes deidades. En el sur se encontraba el templo de Seth, señor de Hutuaret, que se remontaba a la época de los hicsos; en el norte se construyó un santuario para honrar a la antigua diosa cobra del delta, Uadyet; en el oeste, otro templo celebraba a Amón de Tebas, y por último, en el este, y señalando la expansión del Imperio egipcio en Oriente Próximo, se consagró un santuario a Astarté, que no era en absoluto una deidad egipcia, sino la diosa siria del amor y la guerra, que había sido asimilada al panteón egipcio y a la que se había otorgado el papel especial de protectora de los caballos que tiraban del carro real.

Aun en comparación con lo que era habitual en el Egipto del Imperio Nuevo, Per-Ramsés era una ciudad cosmopolita. Además de tener un templo consagrado a una deidad asiática, contaba también con legaciones extranjeras y barrios enteros habitados por mercenarios de otros países. Los mercados y los muelles albergaban a comerciantes de todo el Mediterráneo oriental. Dada su proximidad geográfica a Palestina, Per-Ramsés debió de ser un polo de atracción para los inmigrantes que buscaban una vida mejor, lo que contrasta con el telón de fondo descrito en el relato bíblico del Éxodo. Se dice en él (1, 11) que el faraón puso a trabajar a los esclavos hebreos en dos grandes «ciudades de depósito», Pitom y Ramsés. «Pitom», o Per-Atón, ha sido identificada como la actual Tell el-Masjuta, en la parte oriental del delta, a solo unos días de viaje de Per-Ramsés, mientras que «Ramsés» no puede ser más que la nueva capital dinástica. Es posible que ciertamente se empleara a trabajadores de lengua semítica en la construcción de la ciudad, pero es más probable que fueran trabajadores inmigrantes que esclavos (por más que las condiciones de trabajo hagan que tal distinción resulte algo académica). En cuanto al posible éxodo de los hebreos, ya fuera durante el reinado de Ramsés o más tarde, las fuentes del

antiguo Egipto guardan silencio. Es posible, pues, que la historia fuera una refundición de varios acontecimientos históricos no relacionados entre sí. Por otra parte, y como ya hemos visto, Ramsés no era el único dispuesto a sacrificar la verdad en aras del control de la información.

Por más que los escribas y poetas de la corte loaran Per-Ramsés como una gran residencia real, llena de exuberancia y alegría, el más ambicioso de los proyectos regios tenía también otra parte más amenazadora. Uno de los mayores edificios era una gran fundición de bronce cuyos centenares de trabajadores se pasaban el día fabricando armas. Sus avanzados hornos de alta temperatura se calentaban por medio de toberas alimentadas por fuelles. Cuando salía el metal fundido, los sudorosos obreros lo vertían en moldes para fabricar escudos y espadas. En condiciones de trabajo caracterizadas por la suciedad, el calor y el riesgo, el pueblo del faraón fabricaba las armas para su ejército. Otra gran zona de la ciudad estaba dedicada a albergar establos, campos de entrenamiento y talleres de reparaciones para el cuerpo de carros del rey. Las reales caballerizas daban cabida a un mínimo de 460 caballos, junto con sus domadores y mozos de cuadra. A los animales se los ejercitaba en una amplia explanada hipóstila, mientras que los arreos eran fabricados y reparados en talleres cercanos.

En resumen, pues, Per-Ramsés no era tanto un lugar de recreo como un complejo industrial-militar. La propia fundación de la ciudad había sido propiciada por un aumento de la actividad militar en Oriente Próximo. Fue desde allí desde donde Ramsés partió hacia Qadesh, y fue allí también a donde regresó, ensangrentado pero imbatido. Pese a todos sus placeres y palacios, Per-Ramsés, con su población políglota, debió de representar un constante recordatorio de los asuntos inacabados del rey en Siria-Palestina. Pese a tener el mayor cuerpo de carros de toda la región, Ramsés siguió siendo incapaz de neutralizar la amenaza hitita. Pero, mientras permanecía en su palacio a orillas del río presa de la frustración, poco podía imaginar el monarca que ciertos acontecimientos ocurridos a cientos de kilómetros de allí estaban a punto de proporcionarle la mejor de las ayudas.

TIEMPOS DE PAZ

A la poco decisiva batalla de Qadesh le había seguido una década de «guerra fría», con los hititas y los egipcios enfrentados sin que ninguno de los dos bandos fuera capaz de alcanzar una clara hegemonía. Pero los dos viejos rivales ya no eran las dos únicas potencias de la región. Más allá del Éufrates, el reino de Asiria estaba en auge. Apenas un año después de Qadesh, y envalentonado por la incapacidad de los hititas para imponerse, un ejército asirio atacó a la crucial aliada hitita de Hanigalbat (lo que quedaba del antiguo reino de Mitani) convirtiéndola en un Estado vasallo. Era una señal de advertencia que ni los hititas ni, de hecho, los egipcios podían permitirse el

lujo de ignorar. Ramsés inició entonces una serie de campañas de baja intensidad en Oriente Próximo, decidido a apuntalar el control egipcio sobre sus provincias imperiales, aplastar cualesquiera rebeliones oportunistas que pudieran haber surgido a raíz de Qadesh y mostrar a los asirios que Egipto era todavía una fuerza con la que había que contar.

Tras haber vencido a los disidentes en las colinas de Galilea y reconquistado el importante puerto de Acre, Ramsés no pudo refrenar su bravuconería y avanzó hacia el que antaño fuera el territorio egipcio de Amurru, ahora dentro del redil hitita. Una tras otra, varias ciudades-Estado fueron cayendo ante el ejército del faraón, hasta que Ramsés hubo ocupado toda la zona media del valle del Orontes, lo que en la práctica equivalía a dividir en dos la más meridional de las provincias hititas. Parecía que aquella maniobra temeraria podía provocar otra guerra total, pero la repentina muerte del rey hitita, Muwatallis, sumió al enemigo de Egipto en una crisis sucesoria que tendría grandes repercusiones.

Muwatallis había dejado el trono a su hijo pequeño, el príncipe Urhi-Teshub, que llegado el momento accedió a la corona. Pero el tío del nuevo monarca, Hattusil, tenía otros planes. No pasó mucho tiempo antes de que surgieran dos cortes rivales y la élite dirigente se viera dividida por lealtades enfrentadas. Tras una encarnizada lucha intestina prevaleció Hattusil, y Urhi-Teshub huyó a Egipto, buscando refugio en la corte de Ramsés II. El faraón, que había estado observando todos aquellos acontecimientos desde la barrera, apenas podía dar crédito a su buena suerte. En su prolongada lucha por la supremacía con los hititas, el destino había puesto en sus manos, de manera totalmente inesperada, la última baza. No bien Urhi-Teshub hubo llegado a Egipto, Hattusil se apresuró a pedir su extradición inmediata. Ramsés se negó, y puso en estado de alerta a sus tropas en Siria en previsión de un posible ataque hitita. Pero sus informaciones diplomáticas sugerían que tal cosa resultaba improbable, puesto que en Asiria había accedido al poder un nuevo gobernante con sus propias ambiciones imperialistas. Ramsés calculaba, acertadamente, que los hititas estarían demasiado preocupados por esa amenaza para que su flanco oriental reanudara las hostilidades con Egipto. Cuando los asirios invadieron Hanigalbat por segunda vez y la arrasaron por completo, los hititas se encontraron de repente en una situación de riesgo extremo. Solo el río Éufrates separaba su reino de la ahora beligerante y expansionista Asiria. Había llegado el momento de anteponer la seguridad al orgullo nacional.

Una alianza con Asiria era algo impensable, de modo que Hattusil prefirió sondear discretamente al bando egipcio, explorando las posibilidades de una paz con Ramsés. Tras un año de tensas negociaciones acompañadas de numerosas idas y venidas diplomáticas, se negociaron los detalles de un tratado. Así, a principios de diciembre de 1259, una década y media después de la batalla de Qadesh, una delegación de alto nivel partió de la capital hitita, Hattusa, en lo alto de la meseta de Anatolia, rumbo a Per-Ramsés. Junto con los enviados hititas viajaba un

representante de Karkemish, la avanzadilla hitita en las orillas del Éufrates; un claro indicio de que el mantenimiento de unas relaciones cordiales con Egipto constituía ahora una prioridad en la política exterior y de seguridad hitita. Después de atravesar durante un mes las polvorientas rutas de Oriente Próximo, los enviados llegaron finalmente a la gran ciudad del delta y fueron conducidos a la sala de audiencias del rey. Prosternándose ante Ramsés, el principal representante hitita le obsequió con una gran tablilla de plata, grabada con textos en escritura cuneiforme. Era un regalo del propio Hattusil, una copia del exhaustivo tratado que desde aquel momento uniría a los egipcios y los hititas en un acuerdo de apoyo y amistad mutuos. Para no ser menos, Ramsés había hecho grabar la versión egipcia del tratado en las murallas de Ipetsut, como recuerdo perpetuo de su destreza diplomática.

Y lo cierto es que se trataba de un notable documento en ambas lenguas. Tras declarar el cese oficial de las hostilidades entre los dos reinos, el texto celebraba el establecimiento de unas relaciones amistosas:

> He aquí que Hattusil, el soberano de los hititas, se une mediante un tratado a Usermaatra el-elegido-de-Ra, el gran soberano de Egipto, a partir de hoy, de modo que puedan crearse para siempre entre nosotros una paz y una hermandad perfectas, estando él en hermandad y paz conmigo, y estando yo en hermandad y paz con él, para siempre.[2]

Los elementos de esta nueva relación resultaban tan amplios de miras como de largo alcance: un pacto de no agresión, una alianza defensiva, un acuerdo de extradición (junto con la promesa de dar un trato humano a las personas extraditadas), una amnistía para los refugiados y, por último —aunque no por ello menos importante—, una cláusula para salvaguardar la sucesión real y los derechos de la monarquía en ambos reinos. Dado que el depuesto Urhi-Teshub todavía andaba suelto por Egipto, esta última medida había sido una condición previa impuesta por Hattusil, que de ese modo garantizaba su reivindicación del trono hitita y los derechos de sus herederos. También favorecía las pretensiones dinásticas de Ramsés, reflejadas en su radical decisión de ascender a sus (numerosos) hijos a altos cargos, la primera vez que se adoptaba semejante política desde hacía mil años. Quedaba así satisfecho el honor tanto de los hititas como de los egipcios, y los dos bandos podían cantar victoria. Egipto renunciaba de mala gana a toda esperanza de recuperar Amurru, pero conservaba su otra provincia asiática, Upe, y veía confirmados sus derechos comerciales en los puertos libaneses y sirios que se extendían por el norte hasta la lejana Ugarit (la actual Ras Shamra). Con la firma del tratado, Oriente Próximo recuperaba una paz que no se veía desde los apasionantes tiempos de la alianza entre Egipto y Mitani, durante el reinado de Amenhotep III.

De enemigos irreconciliables a buenos amigos: Hattusil y Ramsés celebraron la transformación de su relación con un intercambio epistolar en el que se felicitaban mutuamente. También sus esposas se unieron al regocijo, y la principal consorte de Ramsés, Nefertari, envió costosas joyas y vestidos a su «hermana» de Hattusa. La

única nota amarga era la presencia de Urhi-Teshub en Egipto, pero Hattusil no podía permitirse el lujo de dejar que ello estropeara unas relaciones por lo demás amistosas. De hecho, las cosas iban tan bien entre los dos gobernantes que incluso se iniciaron negociaciones sobre la posibilidad de un matrimonio diplomático. Para Hattusil y su no menos enérgica esposa, Puduhepa, el matrimonio de su hija con el gran rey de Egipto serviría para fortalecer los vínculos entre las dos casas reales y para reforzar su propia posición. Ramsés, en cambio, completamente afianzado en el trono, estaba interesado sobre todo en la enorme dote que acompañaría a la princesa hi-tita. Dado que ya tenía a su amada esposa egipcia, mostró muy poco interés personal en su futura consorte; para él no era un matrimonio, sino una transacción.

Fueran cuales fuesen los recelos que ella pudiera albergar, el caso es que la princesa hitita no tenía ni voz ni voto en el asunto, y a finales del otoño de 1246 partió de la ciudadela fortificada de los reyes hititas. La acompañaba un gran séquito de funcionarios y un vasto cargamento de oro, plata, bronce, esclavos, caballos, vacas y cabras. La procesión avanzó lentamente a través de los pasos de los montes Tauro hasta descender a las tierras bajas de la costa sur de Anatolia, atravesando luego la cordillera de Amano hasta la llanura de Alepo, para continuar desde allí en dirección sur, siguiendo el valle del Orontes, dejando atrás Qadesh y llegando hasta los límites del territorio controlado por Egipto. En la frontera, la reina Puduhepa se despidió de su hermana por última vez. Se envió un mensajero a Per-Ramsés para avisar al faraón de que «han atravesado escarpadas montañas y pasos traicioneros para llegar a la frontera de Vuestra Majestad».[3] Ramsés envió de inmediato a varios funcionarios y miembros del ejército para reunirse con la caravana y escoltarla a través de Canaán. La última parada antes de llegar al territorio egipcio propiamente dicho era un palacio real especialmente construido junto a la ruta costera del Sinaí, donde la princesa y sus acompañantes pudieran descansar y recuperarse del largo viaje. Las pinturas de flores y guirnaldas de vivos colores, ornamentadas con pan de oro, ofrecían una muestra de lo que les esperaba en Egipto. En febrero de 1245, tres meses después de haber dejado Hattusa, la procesión entró en la deslumbrante ciudad de Per-Ramsés entre escenas de júbilo. Tras tomar posesión de la dote, Ramsés otorgó a su nueva esposa un nombre egipcio dotado de la adecuada grandilocuencia —Maathorneferura, «la que ve en Horus [es decir, en el rey] la belleza de Ra»—, y luego se apresuró a despacharla a uno de sus palacios del harén.

Unos años después, el hermano de la princesa, el príncipe heredero Hishmi-Sharruma, hizo una visita oficial a Egipto y pasó los meses de invierno en el clima relativamente suave del este del delta, lo que representaba todo un alivio en comparación con las ventosas extensiones de su tierra. A un hombre como él, acostumbrado a las austeras construcciones de Hattusa, la chillona decoración de Per-Ramsés debió de producirle una impresión duradera. De hecho, cuando a la larga se convirtió en rey, Hishmi-Sharruma decoró los santuarios de su reino con un arte religioso monumental de una escala mucho mayor que la de ninguno de sus

predecesores. Al parecer, hasta un hitita podía caer bajo el conjuro único de Egipto. Puede que la visita del príncipe heredero estuviera destinada a preparar el terreno para un encuentro al más alto nivel, una cumbre en toda regla entre Hattusil y Ramsés. Desde luego, hubo un aluvión de correspondencia entre las dos capitales, en la que se trataban los detalles prácticos de tal reunión y en que el rey egipcio expresaba su esperanza de que él y su homólogo pudieran «verse cara a cara». El vínculo de amistad entre los dos territorios era más fuerte que nunca, y perduraría hasta el mismo final del reino hitita.

NUEVOS ENEMIGOS

En el transcurso de su largo reinado de sesenta y siete años (1279-1213), Ramsés II dio una especial prioridad a asegurar las posesiones imperiales de Egipto en Oriente Próximo y neutralizar la amenaza hitita. Al mismo tiempo, su aparato de seguridad se mantenía alerta frente a otro peligro creciente, esta vez procedente no del norte, sino del oeste. Las tribus seminómadas del desierto libio y sus parientes sedentarios de la costa habían representado una molestia persistente desde los primeros días de la I Dinastía. Normalmente, siempre había bastado una incursión de castigo o dos para mantenerlas a raya y evitar una infiltración a gran escala en la zona occidental del delta. Pero las cosas habían cambiado. No se sabe casi nada de la historia y la arqueología de Libia antes de la llegada de los fenicios en el siglo VIII a.C., pero, por las referencias que contienen las fuentes egipcias, resulta evidente que en la época ramésida se había desarrollado en dicho territorio una civilización avanzada, al menos en el litoral norteafricano. Diversos objetos importados apuntan a la existencia de estrechos vínculos comerciales a través del Mediterráneo con los micénicos, que unos dos siglos antes habían desplazado a los minoicos como la principal potencia del Egeo. Los barcos que atracaban en los puertos de la costa libia llevaban grandes riquezas, potenciando la economía local y proporcionando a los jefes tribales unos recursos sin precedentes. Gracias a su largo servicio como mercenarios en el ejército egipcio, los libios habían aprendido asimismo algunas cosas sobre la guerra moderna, como hacer uso del carro y manejar el arco con una considerable destreza. Hacia la última parte del reinado de Ramsés II, los jefes tribales libios habían reunido tanto los medios financieros como la tecnología necesarios para enfrentarse a Egipto en igualdad de condiciones, y para el faraón eso representaba una perspectiva sumamente desagradable.

La respuesta instintiva de Ramsés fue fortificar toda la frontera libia. Su sistema defensivo comprendía una serie de fortalezas enormes, construidas a intervalos de unos ochenta kilómetros a lo largo de los límites occidentales del delta. Cada fuerte se hallaba a una distancia de un día de carro de la siguiente, y a solo un par de días a caballo de Per-Ramsés. Las fortalezas no solo vigilaban los accesos marítimos al

delta, sino que además albergaban en sus recintos los principales pozos de la zona, privando así de agua potable a cualquier potencial fuerza hostil. Uno de los mayores fuertes incluso contaba con un templo, destinado a inspirar a la guarnición para que realizara hazañas valerosas. En un gesto típicamente ramésida, el templo se consagró al culto del rey divinizado.

Aquella «muralla occidental» del faraón cumplió su cometido durante un tiempo, y mientras Ramsés ocupó el trono los libios fueron incapaces de atravesar la línea defensiva. Sin embargo, después de su muerte y de la inesperada sucesión por parte de su decimotercer hijo, Merenptah (sus doce hermanos mayores habían muerto todos antes que su octogenario padre), los impacientes jefes tribales vieron su oportunidad. En 1209, en el quinto año de reinado del nuevo monarca…

> Alguien vino a decirle a Su Majestad … que el infame jefe de los enemigos libios, Mery, hijo de Dedy, había bajado…[4]

Y el infame enemigo había hecho los deberes. Utilizando una amplia serie de alianzas estratégicas, había fraguado una revuelta simultánea en Nubia a fin de distraer a las guarniciones del sur de Egipto y había aumentado el número de efectivos de su propio ejército con un nutrido destacamento de mercenarios procedentes del Egeo y de otras zonas más remotas, «norteños que venían de todas las tierras». Aquellos «Pueblos del Mar» —piratas y corsarios en busca de un botín y de conquistas— llevaron consigo un tipo de guerra totalmente nueva, basada en una potente infantería equipada con armas de combate cuerpo a cuerpo, pequeños escudos redondos y arneses de protección corporal. Las pobladas filas de tales adversarios tan bien armados volvían ineficaces las unidades de carros de las que hasta entonces había dependido la supremacía militar de Egipto y de las otras grandes potencias de Oriente Próximo. Como los libaneses, algunos de los Pueblos del Mar habían servido anteriormente en el ejército egipcio —hay que recordar que la guardia personal de Ramsés II en la batalla de Qadesh estaba formada por mercenarios egeos—, y, por lo tanto, conocían bien los puntos fuertes y débiles de su enemigo.

La estrategia de combate de Mery se basaba en el sencillo expediente del «divide y vencerás». Si podía atacar a Egipto en varios frentes a la vez, provocando confusión y rompiendo las líneas de comunicación, sus fuerzas tenían posibilidades de prevalecer. Así, tras enviar un pequeño grupo de ataque a lo largo de la costa para mantener ocupadas a las guarniciones fronterizas, él y la fuerza de asalto principal partieron hacia Egipto a través de los oasis del Desierto Occidental (Siwa, Bahariya y Farafra). El último oasis daba acceso a una red de rutas del desierto que llegaban al valle del Nilo por diferentes puntos, de manera que, al establecer allí su ejército, Mery evitaba que los egipcios pudieran deducir cuál era su objetivo final. Cuando estuvo listo y seguro de que el ataque nubio estaba siendo llevado a cabo tal como se había planeado, el jefe libio marchó sobre Egipto en un movimiento de tenaza a fin de evitar un contraataque unificado. Dirigió la fuerza principal desde Farafra,

retrocedió hasta Bahariya y se dirigió luego al Fayum, para entrar finalmente en el valle del Nilo, cerca de las pirámides de Dahshur. Desde allí se dirigieron directamente al norte, hasta las lindes de la zona occidental del delta. Un segundo destacamento se separó del grueso del ejército en Bahariya para cruzar el Nilo en el Egipto Medio e infiltrarse en la parte oriental del delta, desviando la atención de las guarniciones egipcias de Per-Ramsés y de Menfis.

Justo un mes después de recibir las primeras noticias de la invasión libia, el faraón Merenptah llegó con su ejército a las inmediaciones de la ciudad de Perirer para entablar combate con el enemigo. Era mediados del verano de 1208. Así como Ramsés había librado la más dura de sus batallas en el quinto año de su reinado, también su hijo y sucesor se enfrentaba al mismo desafío. Solo que esta vez los egipcios no dejaron nada al azar. Si bien era cierto que los libios y los Pueblos del Mar conocían las tácticas de los egipcios, también lo era en el caso contrario. Merenptah sabía que sus unidades de arqueros y de carros no podían superar a las pobladas filas de la infantería enemiga en un choque frontal. En lugar de ello, atrajo inteligentemente a las fuerzas enemigas hacia las líneas egipcias, donde sus arqueros, posicionados en ambos flancos, lanzaron una descarga tras otra de tiro de enfilada sobre el avance de los soldados. Tras una matanza de seis horas, la coalición libia había sido vencida. Entonces se produjo la carga de los carros egipcios, que convirtieron la derrota en desbandada y persiguieron a los enemigos que huían hasta que todos ellos acabaron muertos o capturados. El botín fue considerable: miles de vasijas de metal, cabezas de ganado y piezas de armamento avanzado. Para rematar su victoria y enviar un claro mensaje a otros atacantes potenciales, Merenptah ordenó que se llevara a cabo un terrible acto de guerra psicológica. Los libios derrotados que habían sobrevivido a la batalla no tardaron en desear haber perecido en Perirer, ya que se les reunió a todos y luego fueron empalados vivos en estacas. Al acabar el día, sus cadáveres cubiertos de moscas, con las entrañas pegajosas y hediondas por el calor del verano, flanqueaban la principal ruta del desierto al sur de Menfis, bien a la vista de cualquier libio en retirada y de la población local.

Fue una advertencia macabra, pero ni siquiera tan bárbara exhibición podía mantener la seguridad de Egipto durante mucho tiempo. Merenptah sabía que los libios volverían a atacar (como en efecto hicieron tres años después). Sabía también que los cómplices de su conspiración, los Pueblos del Mar, podían aparecer en cualquier momento y casi desde cualquier dirección, de modo que aplicó su propia «gran estrategia»: reforzó Ugarit, envió cereales a los hititas para fortalecer las defensas septentrionales e incluso integró a la infantería hitita en el ejército egipcio (y proporcionó a los soldados su propio armamento distintivo, procedente de los hornos de bronce de Per-Ramsés). Las viejas enemistades de Qadesh no eran ya más que un lejano recuerdo. En el inquietante nuevo mundo del Mediterráneo oriental, Egipto necesitaba a todos los amigos que pudiera reunir.

La inscripción conmemorativa encargada por Merenptah para celebrar su segunda victoria sobre los libios, tres años después de Perirer, es hoy célebre, pero no por los detalles de la batalla ni por los otros elementos de su estrategia defensiva, sino por una única y fugaz referencia que aparece en la penúltima línea. Tras derrotar a los invasores occidentales, el ejército egipcio marchó directamente a través del delta hacia Palestina, reconquistando las ciudades clave de Ascalón, Gezer y Yenoam. Para completar la tarea y restablecer la seguridad en aquella importante zona de protección, las fuerzas de Merenptah procedieron a masacrar a una tribu rebelde hasta entonces desconocida del territorio montañoso de Canaán. La tribu se denominaba a sí misma «Israel». Es esta la única referencia a Israel que aparece en todas las inscripciones del antiguo Egipto, y refleja el auge de grupos bien armados que, pese a ser incapaces de derrotar a los egipcios en una batalla campal, sí podían plantear una seria amenaza a la estabilidad. Por lo tanto, Israel debería haber ocupado un titular, no una nota a pie de página.

De hecho, todo Oriente Próximo se hallaba en una situación de inestabilidad. Las viejas certezas se derrumbaban, nuevos pueblos y naciones estaban en auge, y nuevas formas de hacer la guerra estaban transformando el equilibrio de poder. Pese a su gloriosa historia militar y su dinastía de faraones guerreros, Egipto afrontaba un futuro muy incierto.

17
Triunfo y tragedia

EL REINO DESUNIDO

En una monarquía absoluta, un reinado largo podía tener sus pros y sus contras. Mientras que una sucesión de reyes demasiado rápida podía socavar las pretensiones de divinidad de la institución y debilitar a la administración, un período prolongado en el trono planteaba los riesgos, no menores, de la decadencia y la atrofia. El extraordinariamente largo reinado de Ramsés II, de sesenta y siete años de duración, sin duda tuvo sus efectos positivos y sus efectos negativos en el gobierno de Egipto. En el lado de los pros, la determinación y el carisma del rey le permitieron restablecer la reputación de Egipto como potencia imperial, mientras que la plétora de monumentos erigidos durante su reinado testimonia la renovada confianza y prosperidad del país. En el de los contras, la longevidad de Ramsés, combinada con su extraordinaria fecundidad —engendró al menos quince hijos y otras tantas hijas—, darían lugar a importantes problemas en la sucesión real en las siguientes décadas.

Aunque difícilmente cabía dudar del estatus de Merenptah como el mayor de los hijos supervivientes de Ramsés y, en consecuencia, su reinado (1213-1204) transcurrió en una relativa estabilidad, en cuanto murió aparecieron toda una serie de reales nietos reclamando el trono. Ramsés II se había mostrado decidido a restablecer un modelo de monarquía dinástico tras la azarosa sucesión de la época posterior a Ajenatón, y, por lo tanto, había roto con varios siglos de tradición al otorgar a sus numerosos hijos puestos de influencia en el gobierno. Apenas sorprende, pues, que estos pasaran a verse a sí mismos como mandamases, y que su descendencia considerara el trono un objetivo legítimo.

Tampoco fue una sorpresa en absoluto que estallara una importante disputa en las altas esferas de la familia real tras la muerte de Merenptah en 1204, con dos pretendientes rivales tratando de hacerse con el control. Por un lado, estaba el hijo mayor y heredero designado por Merenptah, Seti-Merenptah, y a este se le oponía otro de los numerosos nietos de Ramsés II, Amenmeses. Pese al ancestral principio de primogenitura, fue Amenmeses, y no Seti-Merenptah, quien inicialmente ganó la partida. Fue claramente capaz de contar con la ayuda de amigos que ocupaban altos cargos, y hasta es posible que le apoyara un sector significativo del ejército. Amenmeses logró gobernar durante cuatro años (1204-1200), mientras Seti-Merenptah languidecía en algún remoto palacio real, en un exilio interior en su propio reino. Sin embargo, el usurpador no se salió con la suya durante mucho tiempo. A la larga el equilibrio de poder se desplazó en favor del gobernante

«legítimo», y Seti-Merenptah pudo finalmente acceder al trono que por derecho le correspondía como el rey Seti II.

Enseguida se inició una purga. Una serie de destacados funcionarios que habían ejercido sus cargos a las órdenes de Amenmeses perdieron su empleo de inmediato. Entre ellos se incluían dos de los hombres de más alto rango del reino, el sumo sacerdote de Amón y el visir; habían respaldado al candidato equivocado, y ahora pagaban por ello. Las proscripciones y destituciones recorrieron todas las altas esferas, paralizando temporalmente la administración en la medida en que Seti prescindió de todos y cada uno de los que habían apoyado a su rival. Tampoco es que se mostrara mucho más cortés con el propio Amenmeses, pese al hecho de que los dos eran primos hermanos. Toda referencia al usurpador fue implacablemente suprimida. En las estatuas y relieves de los templos, el nombre de Amenmeses fue eliminado y sustituido por el de Seti. Dado que la perdurabilidad de un nombre garantizaba la inmortalidad, lo contrario entrañaba la aniquilación. Para un egipcio no podía haber peor suerte.

Como su padre, Merenptah, antes que él, Seti II era ya un hombre anciano cuando accedió al trono, y era plenamente consciente de que disponía de poco tiempo para dejar su huella. Así pues, los canteros, albañiles y arquitectos reales empezaron a trabajar a pleno rendimiento dado que el rey pretendía dejar su legado en el sagrado paisaje de Tebas. En la orilla oriental, en Ipetsut, los constructores empezaron a erigir una capilla con tres cámaras para las sagradas barcas-altar de Amón, Mut y Jonsu. Aquello podía parecer pequeño e insignificante comparado con la gran sala hipóstila de Seti I y Ramsés II, pero al fin y al cabo era una especie de monumento, y mejor eso que nada. En la orilla occidental, los trabajadores del Valle de los Reyes no habían desplegado nunca una actividad tan febril, ya que se pusieron a trabajar excavando y decorando no una, sino tres tumbas a la vez: una para Seti, otra para su esposa, Tausert, y una tercera para su canciller favorito, Bay. Dado que no se amplió la mano de obra, la presión era inmensa, y por todo el valle resonaban incesantemente el eco de los cinceles y las voces e improperios de los hombres. Apenas sorprende que el trabajo resultara claramente chapucero.

El tiempo no jugó en favor de Seti. Después de solo dos años de permanecer en el trono —tan arduamente alcanzado— sin que nadie lo cuestionara, siguió el camino de su padre y de su abuelo antes que él, uniéndose a sus reales ancestros en la gloriosa vida de ultratumba. Aquel a quien había elegido como heredero, un segundo Seti-Merenptah, o bien había muerto ya, o bien resultó incapaz de hacer valer su derecho sucesorio. En su lugar, y con el respaldo del canciller Bay (un amigo veleidoso donde los hubiera), la corona fue entregada a un adolescente enfermizo con la pierna izquierda atrofiada; no era precisamente el candidato más predispuesto a ser faraón, pero se mostraba maleable a las presiones y, desde luego, era de sangre real. El nuevo monarca de Egipto, Siptah, era nada más y nada menos que el hijo superviviente del usurpador Amenmeses.

Durante el breve reinado de Seti II, Bay había actuado con consumada habilidad como lugarteniente leal, logrando ascender de escriba real a canciller y obteniendo el raro honor de tener una tumba en la necrópolis regia. Era un logro notable para cualquier plebeyo, y no digamos ya para alguien de origen sirio. Sin embargo, antes de que la momia de Seti hubiera sido siquiera enterrada, Bay cambió de bando para pasar a apoyar a aquel joven marcado por la polio que era el hijo y heredero del archienemigo de Seti. Fue la más cruel de las traiciones. El influyente canciller se jactaría en público de haber «sentado al rey en el trono de su padre».[1] En realidad, lo único que interesaba a Bay era arrimar el ascua a su sardina. El nuevo rey era menor de edad, de manera que hubo que establecer un consejo de regencia; a efectos de legitimidad, se puso a cargo de este a la viuda de Seti II, Tausert, pero entre bastidores, y a no mucha distancia, era Bay quien manejaba los hilos.

En el quinto año de la regencia, en 1193, Tausert se cobró su venganza. Adoptando títulos reales de pleno derecho (como hiciera Hatshepsut doscientos años antes), movilizó a su grupo de partidarios en la corte y fue a por Bay. Este cayó en desgracia de manera tan rápida como absoluta; fue ejecutado por traición y su nombre quedó oficialmente proscrito, negándosele así la vida eterna. Los documentos oficiales pasarían a referirse a él, en cambio, como «el gran enemigo»[2] o, despectivamente, «el advenedizo de Siria».[3] Un año después, su protegido Siptah también moriría oportunamente. Con sus enemigos privados de su último punto de referencia, Tausert inició una persecución a gran escala de la memoria del rey títere. Los nombres de Siptah fueron borrados de su tumba real, así como de la de ella, para ser reemplazados por los de su difunto esposo, Seti II. El triunfo de los herederos de Merenptah era completo.

Pero aquella sería una victoria pírrica. Egipto se había visto sacudido por más de una década de luchas internas entre los descendientes de Ramsés II, y desestabilizado y socavado por golpes y contragolpes, purgas y contrapurgas. El gobierno estaba paralizado y era impotente. No había ningún heredero varón que continuara la línea sucesoria, y en lugar de ello, el trono estaba ocupado por una viuda vengativa, una mujer, una afrenta a la sagrada ideología de la monarquía egipcia. Menos de veinte años después de la gran victoria de Merenptah en Perirer, el país no podría haber caído más bajo. Y la culpa podía atribuirse directamente a la dinastía gobernante. Lo que Egipto necesitaba era una nueva escoba con la que barrer las telarañas del gobierno ramésida y revitalizar el sentimiento del país acerca de su rumbo y su destino.

Egipto ya había experimentado antes momentos similares. La crisis que había seguido a la muerte de Tutankamón, aunque ya no estaba viva en el recuerdo, ofrecía un paralelismo reciente de la situación por la que ahora atravesaba el país. Entonces la solución había sido acudir al ejército; ¿por qué no hacerlo también ahora? Por segunda vez en un siglo, los poderes en la sombra de Tebas y Menfis buscaron entre las filas militares a un hombre fuerte que fundara una nueva dinastía y devolviera el

equilibrio a Egipto. El candidato que eligieron encajaba plenamente con el perfil: un comandante del ejército, responsable de las tropas de una guarnición, y que tenía exactamente la formación y el historial adecuados para ser un buen faraón guerrero. Tenía ya un hijo (también en el ejército) y, por tanto, garantizaba la continuidad dinástica. Hasta su nombre, Sethnajt («Seth es victorioso»), parecía hecho a la medida.

Y lo cierto es que no decepcionó. Reuniendo a sus fuerzas en 1190, Sethnajt se dispuso a restablecer el orden y aplastar cualquier oposición. En cuestión de meses, el golpe militar fue completo: «No [quedaba] enemigo de Su Majestad en ninguna tierra».[4] Para rematar su triunfo, lanzó una campaña propagandística equiparable a su destreza marcial. En un monumento a la victoria erigido en Abu, la tradicional frontera sur de Egipto, Sethnajt evocaba el desolado panorama existente antes de su aparición en escena: «Esta tierra era presa de la desolación; Egipto se había apartado de su confianza en el dios».[5] Pero el texto iba aún más allá, aduciendo la existencia de una conspiración por parte de ciertas autoridades egipcias a las que no nombraba para apoderarse del país con ayuda asiática. Esta velada referencia a Bay jugaba con el prejuicio más arraigado y más antiguo de los egipcios, su odio y recelo hacia los extranjeros. Sethnajt podía así presentarse a sí mismo no como un matón militar, sino como un salvador de la patria, a quien la deidad suprema había elegido «entre millones, ignorando a cientos de miles por encima de él».[6] Como Horemheb antes que él, Sethnajt hizo desaparecer de la historia a sus inmediatos predecesores y que el discurso oficial le presentara como el legítimo sucesor de Seti II. Era un juego de manos, una meticulosa distorsión de la verdad digna de un gran faraón.

Aunque pasaba ya con mucho de la edad madura, Sethnajt no tenía que preocuparse por su legado; su hijo y heredero, nada menos que otro Ramsés, se encargaría de ello. Cuando Ramsés III le sucedió en el trono, en 1187, se propuso remedar conscientemente a su gran homónimo, adoptando todos los nombres y títulos reales del vencedor de Qadesh. Incluso dio a sus hijos los mismos nombres y puestos en la corte que Ramsés II diera a los suyos, y ordenó asimismo que se iniciaran los trabajos de construcción de un templo funerario en la zona oeste de Tebas, a imagen y semejanza del Ramesseum. Tanto a los funcionarios como a los egipcios normales y corrientes aquello debió de parecerles un nuevo amanecer, un retorno a los gloriosos días de Osimandias.

De hecho, la historia estaba a punto de repetirse; pero de un modo que Ramsés III ni deseaba ni esperaba.

LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA

En los primeros días de su reinado, los emisarios del faraón en Oriente Próximo empezaron a comunicar noticias inquietantes a Egipto. En todo el litoral oriental del

Mediterráneo se estaban saqueando e incendiando ciudades y puertos, y naciones enteras se estaban postrando. Aunque las comunidades costeras sufrían el asedio de los piratas desde hacia décadas, esta nueva agresión era de una envergadura totalmente distinta. Y lo más terrible de todo era que había surgido de repente, y la primera señal del ataque inminente había sido ya la propia visión de los barcos enemigos en el horizonte occidental. Para cuando los habitantes de los puertos mediterráneos pudieron preparar sus defensas, el enemigo ya se les había echado encima. Mientras Egipto observaba desde lejos, grandes ciudades y civilizaciones eran reducidas a escombros, y los logros culturales de muchos siglos se desvanecían en el aire.

La primera en caer fue la gran ciudad marítima de Ugarit. Su altruismo constituyó su ruina. El rey de Ugarit había enviado un considerable número de efectivos militares al sur de Anatolia en respuesta a las súplicas de ayuda urgente formuladas por territorios vecinos que ya eran objeto de ataque. Los soldados de Ugarit lucharon junto a los hititas, mientras que su flota patrullaba la costa de Licia. Pero su conducta de aliado ejemplar había puesto involuntariamente a la propia Ugarit en la línea de fuego. Desbordadas y faltas de efectivos, el resto de sus fuerzas resultaron irremisiblemente incapaces de defenderse cuando llegó el ataque. En un último intento por salvar todo su reino de la destrucción, el rey de Ugarit escribió una desesperada carta a su homólogo de Alasiya (Chipre). En ella resulta palpable su estado de pánico: «Los barcos enemigos ya están aquí, han prendido fuego a mis ciudades y han causado grandes daños en el campo».[7] Pero era demasiado tarde. La tablilla de arcilla que llevaba la carta del rey jamás llegó a ser enviada. Sería descubierta, todavía dentro del horno en la que se estaba cociendo, entre los escombros de la ciudad devastada, como un vívido relato de primera mano redactado la víspera de la destrucción. Ugarit fue arrasada, y jamás volvería a habitarse. Uno de los grandes puertos naturales del Mediterráneo había quedado reducido a un montón de humeantes ruinas.

El siguiente en sentir el calor del fuego fue un estrecho aliado de Egipto, el reino hitita. En un desesperado frenesí de correspondencia diplomática, el último gobernante hitita hablaba de la lucha contra un enemigo que había llegado por mar, pero no solo en alta mar, sino también en las playas, en las zonas de desembarco y en las colinas. Tan audaces como infatigables, los atacantes penetraron en el interior y pusieron rumbo al norte, dirigiéndose hacia la capital hitita, Hattusa. Ni siquiera la ayuda militar de Ugarit pudo detenerles. En un desesperado intento de parar su avance, el rey hitita invadió a su vecino, el territorio costero de Tarhuntassa; pero fue en vano. Primero Tarhuntassa y luego el reino hitita fueron derrotados y devastados. La propia Hattusa fue saqueada e incendiada; la real ciudadela fortificada no fue rival para los invasores.

En otras partes de Asia Menor, las deslumbrantes ciudades de Mileto y Troya sufrieron un destino similar. A medida que el enemigo avanzaba como una horda

asesina por el Mediterráneo oriental, Mersin y Tarso fueron asoladas, y la devastación llegó también al norte de Chipre. Luego, las fuerzas hostiles penetraron tierra adentro por el valle del Orontes, saqueando todas las ciudades importantes a lo largo de esta estratégica vía de comunicación: Alalah, Hama, Qatna e incluso Qadesh fueron borradas del mapa. Más al sur, los centros comerciales de Palestina no tardaron en sucumbir; lugares como Acre, Laquis, Asdod y Ascalón, todos ellos situados a caballo de la *via maris*, la gran ruta costera que llevaba tanto por el sur como por el este… a Egipto.

En todo Oriente Próximo flotaba en el aire una humareda negra allí donde antaño había habido núcleos de comercio y de cultura. Ricos palacios y ciudades famosas estaban en ruinas. Solo Asiria, segura en la otra orilla del imponente Éufrates, logró salir indemne. En 1179, el octavo año del reinado de Ramsés III, los invasores tenían al alcance de la vista a la última potencia marítima superviviente del Mediterráneo oriental:

> Los países eran a un tiempo eliminados y devastados. Ningún territorio podía oponer resistencia a sus armas, desde el reino hitita [hasta] Qode [Cilicia], Karkemish, Arzawa y Chipre; todos fueron arrasados, uno a uno … Y luego vinieron hacia Egipto.[8]

Para entonces, los consejeros del faraón conocían ya bien a su enemigo: «Los países extranjeros se aliaron en sus islas … La liga comprendía a los peleset, tyeker, shekelesh, denyen y weshesh».[9] Por más que los nombres pudieran sonar extraños, el fenómeno resultaba absolutamente familiar; los temidos Pueblos del Mar habían vuelto. Treinta años antes, una coalición distinta de pueblos egeos y anatolios había conspirado con los libios en un intento de invadir Egipto durante el reinado de Merenptah. Ahora, nuevos grupos se habían unido en una causa común, arrasando todo lo que se interponía en su camino. Obligados a abandonar sus tierras (desconocidas, pero posiblemente situadas en el Mediterráneo occidental o en Anatolia) a causa de la sequía, el hambre y el deseo de una vida mejor, y poseídos por una naturaleza feroz y belicosa, los Pueblos del Mar se habían revelado una fuerza imparable en su constante avance hacia el sur y hacia el este, a lo largo de las costas egeas y mediterráneas de Asia Menor, y por todo el litoral de Oriente Próximo hacia el Sinaí y el delta del Nilo. Junto con los batallones de soldados bien armados (y bien protegidos con arneses), viajaban las mujeres y los niños en carretas tiradas por bueyes, llevando consigo sus escasas pertenencias. Era la emigración masiva de un pueblo desesperado y decidido. Hasta entonces, ninguna ciudad ni Estado había sido capaz de resistir a su avance; Egipto sabía que se enfrentaba a una lucha por la supervivencia.

En aquel momento de peligro nacional, Ramsés III demostró ser un auténtico heredero de su gran predecesor. En cuanto supo de la inminente invasión terrestre que se dirigía hacia Egipto desde el sur de Palestina, ordenó a las fortalezas fronterizas de la zona oriental del delta que se mantuvieran firmes hasta que llegaran refuerzos. Se

movilizaron las tropas de todo el país, con órdenes de reagruparse en la frontera oriental y repeler a los invasores. Pero los jefes de los Pueblos del Mar sabían muy bien que Egipto iba a ser un adversario resuelto, y habían decidido ejercer la máxima presión sobre las fuerzas del faraón atacando en dos frentes: mientras la fuerza terrestre avanzaba sobre el delta desde el nordeste, una importante fuerza anfibia de barcos de transporte de tropas se dirigía a la desembocadura del principal brazo del Nilo, con la intención de desembarcar a un segundo ejército. Sus órdenes, sin duda, eran seguir río arriba, hacia el núcleo comercial y militar de Per-Ramsés. La conquista de la capital del delta oriental significaría en la práctica controlar todo el norte de Egipto, tal como ocurriera con los hicsos 450 años antes. Cuando Ramsés y sus generales sopesaron la situación, se dieron cuenta de que Egipto no se enfrentaba meramente a una invasión hostil, sino a la amenaza de una ocupación permanente.

La respuesta fue una leva nacional inmediata; en su hora de mayor necesidad, el país requería la solidaridad de todos los hombres aptos. Mientras el ejército profesional se dirigía hacia la frontera nororiental, los reclutas fueron enviados a la costa a fin de bloquear la desembocadura del Nilo frente a la flota enemiga. La descripción que hiciera el propio Ramsés III de los preparativos capta muy bien la tensión, el drama y la determinación del momento:

> Mandé preparar la desembocadura del Nilo como una fuerte muralla, con barcos de guerra, transportes de tropas y barcos mercantes. Todos estaban llenos, desde la proa hasta la popa, de valientes soldados, plenamente equipados. La infantería estaba formada por todos los reclutas egipcios. Eran como los leones rugiendo en las cumbres montañosas.[10]

En las fortalezas del este del delta, el ejército egipcio no podía hacer más que vigilar y esperar. Sus adversarios avanzaban lentamente, cubriendo un máximo de unos quince kilómetros diarios, pero lo que les faltaba en velocidad, los Pueblos del Mar lo compensaban con creces tanto en armamento como en número de efectivos. Su destreza en la lucha cuerpo a cuerpo había quedado demostrada ya, una y otra vez, contra las unidades de carros de los estados de Oriente Próximo. En poco más de una generación, los avances en tecnología militar habían cambiado por completo la naturaleza de la guerra, y las grandes potencias no habían sabido adaptarse a ello. Egipto sabía que tenía que hacerlo mejor, o correría la misma suerte. La victoria de Merenptah en la batalla de Perirer había mostrado que era posible combatir las tácticas de los Pueblos del Mar solo con que los egipcios mantuvieran una rígida disciplina y sacaran el máximo partido a sus fuerzas.

No tuvieron que esperar mucho para poner en práctica la teoría. Cuando la nube de polvo que se divisaba en el horizonte empezó a aumentar de intensidad, el enemigo apareció ante su vista: una auténtica muralla de gente, de centenares de personas de profundidad, avanzando inexorablemente hacia la frontera egipcia. Había llegado el momento de la verdad.

Las fuentes documentales mantienen un extraño silencio en torno a los detalles de la batalla terrestre, y registran solo el hecho aislado de que la invasión fue rechazada. Quizá las bajas egipcias simplemente fueron demasiado cuantiosas para reconocerlas públicamente, pero de lo que no cabe duda es de que el esfuerzo necesario para repeler a los invasores fue tremendo. En cambio, parece ser que la batalla naval frente a la costa mediterránea se inclinó del lado egipcio ya desde el principio, proporcionando así un tema mucho más adecuado para los anales bélicos oficiales. La flota de los Pueblos del Mar, integrada por transportes de tropas en lugar de barcos de guerra, carecía de armas de largo alcance que oponer a los arqueros egipcios apostados en la costa. Los generales del faraón sabían que aquella era su mejor baza. Si podían obligar al enemigo a acercarse a la orilla hasta ponerse a tiro evitando que desembarcara, la victoria podía resultar factible. Pero si un solo barco de transporte de tropas lograba abrirse paso y desembarcar a sus guerreros en suelo egipcio, podían cambiarse las tornas en muy poco tiempo.

La gran flotilla de naves extranjeras se vislumbraba ya desde la costa; grandes barcos veleros sin remos, con las proas y popas talladas de forma que semejaran las cabezas de pájaros monstruosos. A bordo, los guerreros enemigos parecían igualmente temibles con sus yelmos de junco y sus escudos redondos. Entre las pobladas filas de peleset, tyeker, denyen y weshesh, los egipcios divisaron también a otros adversarios más reconocibles: los ubicuos y traicioneros mercenarios egeos, los sherden, con sus distintivos cascos con cuernos. Los sherden, que habían protegido a Ramsés II en Qadesh, luchaban ahora contra las fuerzas de otro Ramsés.

Tal como habían planeado, las naves egipcias maniobraron para forzar al enemigo a acercarse a la costa, directamente hacia la desembocadura del Nilo. Si los invasores creían que la balanza se inclinaba en su favor, se equivocaban de medio a medio. En cuanto se encontraron a unos centenares de metros de la costa, los arqueros egipcios abrieron fuego y lanzaron una lluvia de flechas sobre las cabezas de los atacantes. Al ver que sus tropas a bordo caían como moscas, los comandantes de las naves de los Pueblos del Mar debieron de intentar volver a mar abierto, pero se encontraron cercados por la flota egipcia. Se desencadenó entonces una batalla naval en que las naves enemigas fueron sistemáticamente hundidas y cientos de invasores murieron ahogados. Al final del día los egipcios habían triunfado: sus adversarios habían muerto o se les había hecho prisioneros. Entre todas las grandes potencias de Oriente Próximo, Egipto había sido la única que había rechazado a los Pueblos del Mar y conservado su independencia.

Ramsés III había salvado al país del «peor desastre de la historia antigua»,[11] pero su victoria en la zona de desembarco del delta resultaría ser el canto del cisne del Imperio Nuevo. De repente el mundo se había llenado de incertidumbres, y las maneras habituales de hacer las cosas, las formas que tan bien habían servido a los egipcios durante siglos, ahora se revelarían deficientes.

Tras el doloroso encuentro con los Pueblos del Mar, la reacción inmediata del gobierno egipcio fue esconder la cabeza bajo el ala y seguir como si no hubiera cambiado nada. La tradición dictaba que una gran victoria militar exigía una conmemoración monumental, y eso fue exactamente lo que encargó el rey. Al igual que Ramsés II utilizó el Ramesseum para celebrar su (cuestionable) victoria en Qadesh, también Ramsés III convirtió su templo funerario —que imitaba bastante fielmente al de su predecesor— en un monumento a los caídos. En la «Mansión de Millones de Años del Rey Ramsés, Unido con la Eternidad en el Patrimonio de Amón» (hoy conocida como Medinet Habu), se talló en todo el muro norte una vasta escena representando las batallas terrestre y marítima contra los Pueblos del Mar. Así pues, el último gran monumento real de Egipto conmemoraba la última gran victoria militar del país.

Alborozado por la construcción de tan grandioso edificio, en 1172 Ramsés III ordenó la inspección de todos los templos de la nación que había planificado una década antes. Después de tres años defendiendo las fronteras de Egipto —no solo de los Pueblos del Mar, sino también frente a dos tentativas de invasión libias—, finalmente el faraón y su administración se sentían lo bastante confiados con respecto a la seguridad nacional como para poder desplazar su atención hacia el otro deber permanente de la corona: honrar a los dioses. La comisión de inspección, encabezada por el «archivero jefe del Erario Real» (un hombre con muy buen ojo para los detalles y un gran interés en los monumentos históricos), inició su recorrido en Abu, en la provincia más meridional de Egipto, y desde allí se dirigió hacia el norte lenta pero metódicamente. Todos y cada uno de los templos del territorio fueron examinados con toda la panoplia burocrática del antiguo Egipto. Se revisaron los graneros para evaluar la riqueza de los templos y el estado de las reservas nacionales de cereales; se inspeccionó el estado de los edificios para ver si necesitaban reparaciones; se examinaron los rituales para garantizar que se realizaban correctamente, y se sacaron a la luz y se erradicaron sistemáticamente las prácticas corruptas. Al final del ejercicio, el rey tenía a su disposición el que probablemente constituía el informe sobre la infraestructura religiosa del país más exhaustivo de toda su larga historia.

Basándose en los hallazgos de la comisión, Ramsés ordenó que se iniciara un amplio programa de reorganización, reconstrucción y restauración. El antiguo templo de Seth en Nubt fue remozado, y al lado se construyó un nuevo santuario consagrado a esta deidad. La barca-altar de Dyerty, construida en la XVIII Dinastía, también fue restaurada para devolverle su antiguo esplendor, y en el cercano templo de Luxor se llevaron a cabo otros trabajos de embellecimiento. En Ipetsut, el mayor complejo sagrado del país, el rey encargó un nuevo paso intermedio y un templo consagrado a la diosa Jonsu. En conjunto, todo ello representó un resurgimiento religioso, un renacimiento del patrocinio real destinado a emular los logros del reinado de Ramsés

II. Explícita o implícitamente, Ramsés III estaba tratando de dar marcha atrás al reloj y convencer a Egipto de que los días de gloria del Imperio Nuevo todavía seguían presentes.

Además de restaurar la estructura física de los templos, el rey también amplió sus dotaciones de tierras y de personal. Decidido a ser reconocido y recordado como un gran benefactor, ordenó que se enviaran tres expediciones a tierras distantes en un solo año (1167), con el fin específico de llevar regalos exóticos para la tesorería de los templos. La primera expedición fue a las minas de turquesa del Sinaí, y la segunda tenía como objetivo las minas de cobre de Edom. Estas se hallaban en el valle de Timna, a unos treinta kilómetros al norte de Eilat, en una hondonada desértica rodeada de colinas. Egipto explotaba el mineral de cobre de ese lugar desde el reinado de Ramsés II, pero en las décadas transcurridas el poder faraónico había ido menguando, y los edomitas habían recuperado el control. Así pues, antes de poder enviar allí a sus mineros, Ramsés III tuvo que llevar a cabo una campaña militar «para pacificar Edom». Una vez cumplida la misión se reanudó la extracción de cobre, y cuando concluyó la expedición los lingotes recién fundidos fueron presentados ante el rey en el balcón del palacio de Per-Ramsés. La tercera expedición exterior fue quizá la más ambiciosa de todas: un viaje de dos meses de ida y vuelta a Punt, a fin de obtener mirra e incienso para su empleo en los rituales de los templos. Era la primera gran misión comercial a Punt desde el reinado de Hatshepsut, tres siglos antes, y estuvo coronada por un éxito espectacular. Los egipcios regresaron con sus preciosas mercancías, y también con los ingredientes necesarios para producir mirra en su propio país: quince esquejes de árboles de mirra y un centenar de semillas.

En sus dos primeras décadas en el trono, Ramsés III había repelido invasiones, restaurado los templos de Egipto y restablecido el orgullo nacional. La corte tenía ahora sus miras puestas en el próximo jubileo de los treinta años del rey, decidida a organizar una celebración digna de tan glorioso monarca. No iba a haber limitaciones ni a repararse en gastos. Únicamente se iba a realizar la más suntuosa de las ceremonias.

Sería una decisión nefasta. Bajo toda aquella pompa y circunstancia, el Estado egipcio se había visto seriamente debilitado por sus esfuerzos. Las pérdidas militares de 1179 todavía se dejaban sentir profundamente. El comercio exterior con Oriente Próximo no había logrado recuperarse plenamente desde la orgía de destrucción de los Pueblos del Mar. Puede que las arcas de los templos estuvieran llenas de cobre y de mirra, pero sus suministros de cereales —el artículo básico de la economía egipcia— estaban gravemente menguados. Con este telón de fondo, los preparativos del jubileo acabarían provocando una seria merma de recursos.

Las grietas empezaron a aparecer en 1159, dos años antes del jubileo. De todos los empleados del Estado, los más importantes —y normalmente los más favorecidos— eran los hombres que trabajaban en la excavación y decoración de la tumba real.

Estos, que vivían junto con sus familias en la comunidad protegida del Lugar de la Verdad, se habían acostumbrado a disfrutar de unas condiciones de trabajo más ventajosas que la media, así como de una remuneración económica también superior a la media. De modo que, cuando el pago de sus salarios mensuales (que incluían también sus raciones alimentarias) se retrasó primero ocho días y luego veinte, resultó evidente que algo iba mal. Su escriba y «enlace sindical», Amennajt, se dirigió de inmediato al templo funerario de Horemheb para protestar ante los funcionarios locales. A la postre logró persuadirles de que le entregaran cuarenta y seis sacos de maíz para distribuirlo entre los trabajadores en calidad de raciones provisionales. Pero aquello era solo el principio.

Al año siguiente, mientras el aparato del gobierno se mostraba cada vez más preocupado por el inminente jubileo, el sistema de pagos a los trabajadores de la necrópolis se interrumpió por completo, dando lugar a las primeras huelgas documentadas de la historia. La crisis estalló solo tres meses antes de la fecha prevista para que se iniciara el jubileo. Tras haber estado esperando dieciocho días más después de la fecha de la paga, y sin que hubiera el menor rastro de sus salarios, los obreros decidieron abandonar el trabajo; tal vez así el Estado reaccionaría y les haría caso. Al grito de «¡Tenemos hambre!»,[12] marcharon en masa desde su poblado e invadieron temporalmente el recinto sagrado que rodeaba al templo funerario de Ramsés III. Luego se dirigieron al templo funerario de Thutmose III, justo detrás del Ramesseum, donde iniciaron una sentada. No se moverían de allí hasta que se escucharan sus quejas. Los agobiados funcionarios públicos enviados desde el Ramesseum para negociar con los huelguistas hubieron de prestar oídos a su letanía de protestas, pero no tenían suficiente autoridad para poner remedio a la situación. Solo al anochecer regresaron los trabajadores a su aldea. La protesta había durado un día entero. El único gesto hacia ellos por parte del Estado fue un irrisorio reparto de pasteles; si no tenían pan, que comieran tortas.

A la mañana siguiente, con la disputa sin resolver y sin que se vislumbrara el cobro de los salarios, los hombres intensificaron sus acciones instalándose ante la puerta sur del Ramesseum, donde estaba el principal almacén de grano de Tebas. Esta vez, al ponerse el sol se negaron a volver al poblado, y en lugar de ello pasaron la noche manifestándose ruidosamente. Al alba, unos cuantos hombres animosos penetraron en el propio templo, confiando en persuadir a las autoridades de que se les pagara lo que se les debía. La crisis se estaba descontrolando. Presa del pánico al ver allí dentro a los airados trabajadores, los administradores del templo llamaron al jefe de policía, Montumes, quien les ordenó que salieran de inmediato. Pero se negaron. Ya fuera porque no podía o porque no quería hacer valer su autoridad, el caso es que Montumes se vio obligado a retirarse con el rabo entre las piernas para pedir consejo a su jefe, el alcalde de Tebas. Cuando volvió, al cabo de unas horas, encontró a los trabajadores enfrascados en intensas negociaciones con los sacerdotes del

Ramesseum y el secretario del gobierno local de Tebas oeste. Las demandas de los hombres estaban claras:

> Hemos venido porque tenemos hambre y sed. Ya no queda ropa, no queda aceite, no queda pescado, no quedan hortalizas. ¡Avisad [de ello] al faraón, nuestro buen señor, y avisad [de ello] al visir, nuestro jefe![13]

La mención del visir y del faraón inquietó claramente a las autoridades tebanas. Si la situación se agravaba hasta desembocar en una crisis nacional, sabían que sus puestos —y sus cuellos— correrían peligro. Así pues, tras varias horas más de conversaciones, finalmente capitularon y pagaron a los huelguistas las raciones atrasadas del mes anterior. Ello ayudó a suavizar las tensiones del momento, pero el problema subyacente seguía sin ser abordado: estaban casi a mediados de otro mes sin que hubiera indicios de un nuevo pago de los salarios.

El cuarto día de la disputa, los trabajadores recibieron la noticia de que el alcalde de Tebas había cruzado a la orilla occidental con más provisiones. El jefe de policía les pidió que fueran con sus esposas e hijos al cercano templo funerario de Seti I, para esperar allí la llegada del alcalde. Pero no era tan fácil engatusar a los huelguistas; ya habían oído antes promesas parecidas, y habían aprendido a no fiarse de las engañosas palabras de los funcionarios. De hecho, hicieron falta otros cuatro días de protestas y de marchas —incluida una nocturna, con las llameantes antorchas de los hombres iluminando el cielo— para conseguir las tan atrasadas raciones.

Aun así, el aparato estatal fue incapaz de cumplir con sus deberes básicos. Dos semanas después de la primera serie de disputas, los trabajadores de la necrópolis fueron de nuevo a la huelga, esta vez llevando su protesta hasta el puesto de control de entrada al Valle de los Reyes. Las autoridades empezaban a estar seriamente inquietas por aquellas manifestaciones públicas de desobediencia, y presionaron a los líderes de la comunidad para que condujeran a los huelguistas de vuelta a su aldea. Al verse amenazado por una evacuación forzosa, uno de los trabajadores amenazó con causar daños a una de las tumbas reales fueran cuales fuesen las consecuencias. Los ánimos se caldeaban.

El enfrentamiento entre los trabajadores y las autoridades estatales culminó justo dos meses antes de que empezara el año jubilar. Declarándose en huelga por cuarta vez, los hombres iniciaron una nueva marcha desde su poblado, ignorando con decidida obstinación las súplicas de sus superiores: «No vamos a volver. ¡Decídselo a vuestros jefes!».[14] Esta vez dejaron claro que sus agravios no tenían que ver solo con las raciones atrasadas, sino con las deficiencias generalizadas de la administración:

> Hemos ido [a la huelga] no por hambre, sino [porque] tenemos una grave acusación que hacer: en este lugar del Faraón se han hecho mal las cosas.[15]

Para unas autoridades acostumbradas a una población servil, este discurso resultaba ciertamente peligroso. Aun así, en el seno del gobierno prevaleció la mentalidad «del avestruz». Unas semanas más tarde, el propio visir acudió a Tebas, pero no para aplacar a los trabajadores en huelga, sino para recoger estatuas de culto destinadas a la inminente celebración del jubileo. Realizó apenas una breve visita a la orilla occidental e indignó a los trabajadores con una pequeña limosna de su jefe de seguridad, que provocó nuevas manifestaciones.

Cuando llegó el jubileo, la indiferencia de las autoridades fue aparcada temporalmente en interés de la unidad nacional. El decoro y cierto egoísmo básico exigían que el gran año del rey transcurriera sin grandes incidentes, de manera que se pagó puntualmente a los trabajadores. Sin embargo, no bien hubo terminado el jubileo el sistema se desmoronó una vez más, propiciando nuevas y regulares acciones de huelga. El corazón del gobierno estaba podrido, y la relación entre el Estado y sus trabajadores no llegó a recuperarse del todo. Pese al espectáculo organizado de cara al exterior, la vitalidad económica y la estabilidad política de Egipto se hallaban en franca decadencia.

TRAICIÓN Y COMPLOT

En los aposentos privados situados sobre la puerta de entrada a su templo funerario, una serie de delicados relieves muestran a Ramsés III en escenas íntimas con varias mujeres anónimas en su residencia. El rey se relaja en un confortable sillón y juega a juegos de mesa con sus jóvenes compañeras. Estas le ofrecen fruta y le susurran ternezas a su regio oído: «¡Esto es para ti, Ses!».[16] El harén real era una venerable institución egipcia que suministraba no solo concubinas al rey, sino también instalaciones residenciales y un empleo remunerado a todas sus parientes femeninas. El palacio del harén tenía su propia dotación de tierras, sus propios talleres y su propia administración; era en la práctica una corte paralela, y una estructura así no carecía de sus peligros.

Ya desde los tiempos del Imperio Antiguo, el harén había sido un semillero de complots. Había algo en aquella claustrofóbica atmósfera que alimentaba los celos más intensos y rivalidades personales entre las numerosas esposas del rey. Con pocas cosas en las que ocupar sus mentes aparte de tejer y unos cuantos placeres ociosos, las concubinas más ambiciosas alimentaban resentimientos, se sentían airadas por el bajo estatus de su descendencia y se preguntaban cómo podían mejorar su fortuna y la de sus hijos. Cuando el faraón era un líder fuerte coronado por el éxito, esta clase de murmuraciones bajaban de tono; pero, cuando las cosas iban mal en el conjunto del país, el atractivo de la sedición resultaba más tentador.

En 1157, cuando la euforia transitoria del jubileo de Ramsés III se había desvanecido, las nubes que presagiaban la inminente tormenta resultaban ya visibles

para todo el mundo. La salud del rey era cada vez más precaria, y Egipto había entrado en una espiral descendente. Los tiempos desesperados parecían requerir medidas desesperadas. En el aislamiento del palacio del harén, una de las esposas secundarias del monarca, la señora Tiyi, decidió abordar el asunto por su cuenta y reveló su traicionero plan al director del harén y a su escriba. Su intención era eliminar al legítimo heredero, el príncipe Ramsés, e instalar en su lugar a su propio hijo, Pentaur, en el trono. Al poco tiempo la conspiración había atraído también a otros muchos empleados del palacio del harén. Incluso algunos de los miembros del círculo de allegados del rey se unieron a los conspiradores; con el responsable del erario y el real chambelán implicados, Ramsés III y su heredero corrían un grave peligro.

El plan era tan taimado como complejo. Mientras los cabecillas se encargaban del objetivo principal (el asesinato de Ramsés III y/o la «eliminación» del heredero designado por él), las otras mujeres del harén propagarían activamente la sedición entre sus parientes de fuera del palacio, a fin de «agitar a la gente e incitar al conflicto para fomentar la rebelión contra su Señor».[17] Una de las mujeres había escrito a su hermano, un comandante de las tropas nubias, para obtener su apoyo; un motín masivo en las filas del ejército, combinado con una revolución en el campo, sin duda distraerían y debilitarían a las autoridades. Por último, y para dar mayores probabilidades de éxito al complot, los conspiradores acudieron a medios más tenebrosos. Consiguieron la ayuda de magos profesionales, fabricaron efigies de cera de sus adversarios y elaboraron conjuros destinados a paralizar a los guardias del harén. Tras varias semanas de meticulosa planificación, todo estaba dispuesto. Se había preparado el terreno para el regicidio y la revolución.

Pero los conspiradores habían cometido un craso error. Con tanta gente implicada, era casi seguro que alguien se iría de la lengua. Antes de que los planes pudieran llevarse a cabo hasta su fatal conclusión, las autoridades fueron alertadas y los conspiradores, detenidos. Cuando se aclararon los detalles de la conspiración, también resultó evidente el nivel extremo de amenaza a la seguridad nacional existente. Temeroso de las repercusiones de un juicio abierto y público (en el que él mismo representaría la corte de apelación definitiva), el rey optó, en cambio, por un tribunal especial. Nombró a un grupo de doce funcionarios de confianza para que investigaran el caso, lo juzgaran e impusieran una pena apropiada. Agentes del Estado cuidadosamente elegidos —en representación de la corte, del ejército y de la administración pública— serían el juez, el jurado y el verdugo. La única participación de Ramsés III consistió en dar al tribunal carta blanca en cuanto al trato que se habría de dar a los conspiradores: «Que todo lo que han hecho caiga sobre sus cabezas».[18]

Con tales competencias, estaba claro cuál iba a ser el resultado. En una serie de tres procesos, treinta y ocho personas fueron juzgadas y declaradas culpables. A los cabecillas se les permitió quitarse la vida; algunos fueron obligados a suicidarse en la misma sala del tribunal, mientras que a otros, incluido el príncipe Pentaur, se les

concedió el cuestionable privilegio de hacerlo fuera. Todos los condenados por traición lo fueron también a una segunda muerte; sus nombres fueron eliminados de sus monumentos y cambiados en las actas de las diligencias procesales para negarles una buena memoria. De ahí que el comandante de las tropas nubias Jaemuaset («surgido en Tebas») se convirtiera en Binemuaset («malo en Tebas»), Meryra («amado de Ra») pasara a ser Mesedsura («odiado de Ra») y Paraheruenemef («Ra está en su mano derecha») se convirtiera en Parakamenef («Ra le deja ciego»). Los conspiradores secundarios escaparon a la pena de muerte, pero sufrieron mutilaciones terribles; les cortaron la nariz y las orejas a fin de que quedaran identificados para siempre como criminales convictos. Como advertencia al conjunto de la población, incluso quienes no habían estado directamente implicados en el complot, pero se habían limitado a guardar silencio sobre el asunto, fueron castigados; hacer oídos sordos a la sedición equivalía también a una traición.

Por último, y para eliminar cualquier evidencia de la conspiración y del tribunal creado para investigarla, se inició un proceso contra tres de los jueces y dos funcionarios de la corte. Bajo cargos inventados, fueron acusados de mantener una relación inadecuada con los conspiradores. Uno de los jueces fue declarado inocente y los otros dos fueron condenados a la mutilación, pero —convenientemente para el Estado— se suicidaron antes de que pudiera ejecutarse la sentencia. Una vez finalizado el informe del tribunal, las autoridades esperaban que todo aquel lamentable episodio pasara definitivamente a la historia.

Pero, obviamente, tal cosa era imposible. Aquello había revelado la existencia de serias divisiones entre la dinastía dirigente y los miembros del gobierno, entre las distintas facciones de la propia familia real, entre el alegre optimismo de quienes ostentaban el poder y el profundo malestar que reinaba en el país en general. El futuro del Egipto ramésida no podía presentarse más amenazador.

Ya fuera por las heridas infligidas por sus agresores o por causas naturales, el caso es que Ramsés III falleció en 1156, apenas unos meses después de que se descubriera el complot. Su muerte señaló no solo la desaparición del último gran faraón de Egipto, sino el final de la confianza del país en su propio destino. El contrato tácito entre gobernantes y gobernados, un acuerdo que había asegurado la civilización egipcia desde los albores de la historia, se deshilachaba. Y no pasaría mucho tiempo sin que sucediera lo mismo con el propio tejido del Estado.

18
Una espada de doble filo

SUDOR Y LÁGRIMAS

Para el habitante medio del antiguo Egipto, solo dos cosas en la vida eran seguras: la muerte y los impuestos. Desde el primer aliento de un bebé, los dos espectros gemelos de la muerte y la miseria acechaban cada minuto del día. La mortalidad infantil era terriblemente elevada, y de entre quienes lograban escapar a los peligros de la infancia pocos podían aspirar a vivir mucho más de treinta y cinco años. No era solo la combinación de la pobreza y una dieta escasa la que reducía la esperanza de vida. En las insalubres condiciones de las ciudades y pueblos egipcios, abundaban las enfermedades infecciosas y las transmitidas por el agua. La esquistosomiasis, la hepatitis, la dracunculiasis y la amebiasis eran realidades ineludibles de la vida cotidiana. Los que no morían a causa de aquellas desagradables afecciones, a menudo quedaban desfigurados o incapacitados. Las deficiencias visuales, causadas por enfermedades o por heridas, eran especialmente frecuentes: «La aldea estaba llena de personas con los ojos legañosos, tuertas o ciegas, con los párpados inflamados o infectados, de todas las edades».[1]

Como si las aflicciones de la enfermedad y de la muerte prematura no fueran ya lo bastante malas, las circunstancias económicas y la estructura del Estado egipcio se confabulaban para mantener a la mayoría de la gente normal y corriente en un estado de penuria permanente. Incluso en un buen año, la explotación agraria media proporcionaba poco más que unos ingresos de subsistencia. Si el campesino hubiera podido conservar la cosecha entera para su familia, podría haber llevado una vida tolerable. Sin embargo, dado que en teoría todo lo que había en Egipto pertenecía a la corona, las autoridades cobraban impuestos por el privilegio de cultivar las «tierras del faraón». Como todos los gobiernos de la historia, los gobernantes del antiguo Egipto se mostraban especialmente hábiles a la hora de recaudar dichos impuestos, empleando a toda una red de agentes locales para prevenir la evasión. Asimismo, dado que se trataba de una economía premonetaria, los impuestos se recaudaban en la forma de una parte de la producción agraria de cada granja, que debía ser entregada tanto si había abundancia como si se pasaba hambre. Los morosos podían acabar dando con los huesos en la cárcel, una perspectiva muy desagradable que la mayoría hacía todo lo posible por evitar. Como resultado de ello, «las familias campesinas oscilaban constantemente entre la pobreza abyecta y la miseria absoluta».[2] Como en la Inglaterra de Robin Hood, la única forma de escapar a los impuestos abusivos era abandonar los campos, huir y vivir como un forajido en los márgenes de la sociedad.

A medida que avanzaba el Imperio Nuevo, el número de personas que optaron por dar este paso desesperado fue cada vez mayor.

La dura vida del campesino está documentada con un grado de detalle poco habitual en un papiro de finales de la XX Dinastía. El texto cuenta la historia de un hombre llamado Uermai, que huyó de su aldea en el Alto Egipto para dirigirse al «Gran Oasis» del Desierto Occidental (la actual Dajla) en busca de una vida mejor. Pero, lejos de ello, se encontró en circunstancias aún peores que las que había dejado atrás, sometido a un alcalde poco compasivo y menos escrupuloso aún que tenía el poder de hacer que su población llevara una vida miserable. Las autoridades locales no solo recaudaban impuestos con la crueldad habitual, sino que además se sacaban un extra reduciendo deliberadamente las raciones distribuidas entre los ya agobiados campesinos. Como resultado de ello, el pueblo pasaba hambre mientras los burócratas locales prosperaban.

Despreciada por la élite literaria, la gran masa de trabajadores agrarios de Egipto era engañada y explotada, y ello a pesar de que su incansable y mal recompensada labor constituía la base de la prosperidad del país. En un sentido muy real, fue el sudor de su frente el que construyó la civilización faraónica, algo que los faraones y sus consejeros parecían no advertir, o ignorar conscientemente.

Quizá la más gravosa y odiada de todas las formas de tributación era el trabajo colectivo forzado, un impuesto que todos los hombres sanos del territorio pagaban en forma de trabajo, cuando así se requería (y que en Egipto no se aboliría oficialmente hasta el año 1889 de nuestra era). Los únicos trabajadores exentos de este servicio eran los empleados de los templos que habían obtenido inmunidad respecto a la convocatoria por real decreto. Desde los albores del Estado egipcio, era el trabajo colectivo forzado el que proporcionaba la mano de obra necesaria para los masivos proyectos de construcción estatales, desde la extracción de piedra hasta la construcción de las pirámides y los templos. El reclutamiento para este servicio se organizaba al estilo militar, y, al igual que otras formas de tributación, lo llevaban a cabo los funcionarios locales, y los ancianos de los pueblos y ciudades, que actuaban a las órdenes de sus superiores regionales y nacionales. Los sargentos encargados del reclutamiento normalmente llamaban a filas en aquellos momentos del año en que la economía agraria podía arreglárselas sin una proporción importante de la mano de obra: durante la crecida, cuando los campos estaban inundados o en la época de crecimiento de las cosechas, cuando la tierra necesitaba menos trabajadores.

La leva era indiscriminada y a menudo injusta. Muchos de los que no eran aptos para el servicio se veían obligados a desempeñarlo a pesar de sus protestas. No había derecho de apelación. Los padres se veían asignados a grupos de trabajo en sustitución de sus hijos indigentes. Cuando se llevaban a los campesinos de los campos y aldeas de todo el país, estos se encontraban presos en un sistema estatal del que había pocas posibilidades de escapar, si es que había alguna. A los desertores se les imponía un castigo colectivo, y las autoridades tomaban a sus familias como

rehenes hasta el regreso de aquellos. El castigo para los desertores que volvían o eran localizados consistía en una condena a perpetuidad en un grupo de trabajo.

En el servicio de trabajo colectivo forzado se llevaba una vida dura y sin descanso. Según la ley del antiguo Egipto, a los delincuentes graves se les podía condenar a trabajos forzados, o incluso podían ser desterrados a «la guarnición de Kush» para trabajar en las atroces condiciones de las minas de oro nubias. Para las personas normales y corrientes respetuosas con la ley, la perspectiva del trabajo forzado apenas resultaba menos terrible. Los trabajadores disponían de pocas libertades y ningún lujo, y las raciones que recibían correspondían a un nivel de mera subsistencia. Solo al final de su período de servicio podían los hombres volver a casa; eso en el supuesto de que hubieran sobrevivido a la enfermedad y a las lesiones. Por desgracia, en los proyectos del gobierno los estándares de sanidad y seguridad eran tremendamente pobres y el número de bajas, muy elevado.

Los peligros del trabajo colectivo forzado se revelaron de forma especialmente evidente en 1153, en los comienzos del reinado de Ramsés IV, en una expedición a las canteras del Uadi Hammamat. Justo cinco meses después de su ascenso al trono, Ramsés decidió reanudar la actividad de las canteras tras una pausa de cuarenta años. A fin de preparar el terreno, primero envió una misión de 408 efectivos para reconocer la zona y hacer los preparativos necesarios en la cantera para la reanudación de los trabajos a gran escala. Tras ulteriores visitas por parte de diversos burócratas durante los meses siguientes, finalmente se decidió que todo estaba listo. Así, en el tercer año del reinado de Ramsés partió de Tebas una gran expedición, de una envergadura que en Egipto no se veía desde hacía más de setecientos años. En lo que representa un indicio de su importancia nacional, la misión estaba dirigida por la figura más poderosa de Tebas, el sumo sacerdote de Amón, Ramsés-Najt. Le ayudaban varios funcionarios tanto civiles como militares —el visir, un supervisor del erario, el responsable de la tributación, el alcalde de Tebas y dos mayordomos reales, a los que acompañaba también un teniente general del ejército—, puesto que se trataba de una operación combinada. Bajo su mando conjunto marchaba una numerosa hueste de reclutas, integrada por dos mil trabajadores civiles, ochocientos mercenarios extranjeros y cinco mil soldados de las tropas regulares. El uso del ejército en proyectos civiles durante los meses de invierno era una medida pragmática: mantenía a los soldados ocupados y bajo la atenta vigilancia de los consejeros del rey en una época en que no resultaba conveniente hacer campañas (debido a la estación lluviosa en Oriente Próximo) y en que, de otro modo, habrían tenido que permanecer ociosos. Los faraones ramésidas sabían apreciar el poder coercitivo de un gran ejército permanente, pero a la vez eran lo bastante prudentes como para reconocer los peligros políticos de una fuerza militar con demasiado tiempo libre.

Extraer piedra era básicamente una ardua actividad manual, de manera que la expedición de Ramsés IV incluía solo un pequeño contingente de trabajadores

cualificados (solo cuatro escultores y dos delineantes) para supervisar los trabajos. En cambio, había cincuenta agentes y un subjefe de policía para mantener vigilados a los trabajadores y evitar las deserciones. Una vez en el frente de la cantera, los hombres sudaban y se deslomaban en un trabajo agotador durante largas e interminables jornadas. Sus escasas raciones, llevadas hasta allí en carros tirados por bueyes desde el valle del Nilo, consistían principalmente en productos básicos, pan y cerveza, amenizados ocasionalmente por un melindre o una porción de carne. Se diseñaron cisternas naturales acanaladas en la roca a fin de que retuvieran el agua de lluvia para beber, pero en el árido paisaje del Desierto Oriental la lluvia era algo que siempre escaseaba, incluso en invierno. En la época de Ramsés II era un hecho rutinario que las expediciones a las minas de oro perdieran la mitad de sus obreros y la mitad de los burros destinados al transporte a causa de la sed. Seti I había tomado medidas para reducir aquel alarmante número de bajas humanas y animales ordenando que se excavaran pozos en el Desierto Oriental, pero la cifra de muertes en el servicio de trabajo colectivo forzado seguía siendo obstinadamente elevada. De ahí que la gran inscripción conmemorativa grabada para dejar constancia de la expedición de Ramsés IV al Uadi Hammamat termine con una cruda estadística. Tras enumerar a los aproximadamente nueve mil integrantes que regresaron vivos, añade, casi como una apostilla, «y los que han muerto y se omiten en esta lista: novecientos hombres». La cifra resulta escalofriante: un trabajador medio incorporado a un servicio de trabajo colectivo forzoso para el Estado tenía una posibilidad entre diez de morir. Con todo, tales pérdidas no se consideraban catastróficas ni inusuales.

En el antiguo Egipto, la vida valía muy poco.

UNA ESPIRAL DESCENDENTE

Por desagradable que pudiera resultar, el trabajo forzado, en teoría, formaba parte del contrato entre el pueblo egipcio y sus gobernantes. A cambio del esfuerzo diario de sus súbditos, el rey garantizaba el orden eterno del cosmos, apaciguando a los dioses y asegurando la constante prosperidad de Egipto. Incluso en la mentalidad del agobiado y oprimido campesinado, casi podía llegar a defenderse como un intercambio que merecía la pena; salvo por el hecho de que, tras la muerte de Ramsés III, los gobernantes del país fueron notoriamente incapaces de cumplir con su parte del trato. Tras la confusión que rodeó a la muerte de su padre, Ramsés IV veía el futuro con optimismo: «[Desde que] Egipto ha entrado en su tiempo de vida, se ha iniciado un período de alegría [para el país]».[3] Como otra señal más de sus esperanzas de una gloria renovada, eligió sus títulos reales a imagen y semejanza de los de su ilustre antecesor, Ramsés II, e incluso planeaba superar en longevidad al poderoso Osimandias. En una estela consagrada en Abedyu en el cuarto año de su reinado, Ramsés IV daba las siguientes instrucciones a los dioses: «Dadme a mí el

doble de la prolongada existencia y el gran reinado del Rey Usermaatra-setepenra [Ramsés II], el gran dios».[4]

Además de una larga vida, el deseo de todo faraón era que sus herederos le sucediesen sin que se rompiera la línea sucesoria. En el caso de Ramsés IV, este anhelo era aún más intenso a causa de su amarga experiencia. Consciente del complot gestado en el harén que tan cerca había estado de despojarle de la corona, arremetía contra las principales deidades de Egipto, pidiéndoles —o, mejor dicho, ordenándoles — lo siguiente: «¡Otorgad mi gran cargo a mis herederos; mirad que los desafectos son la abominación de sus majestades!».[5] Si él, Ramsés, cumplía con su deber de embellecer los templos de los dioses e incrementar sus ofrendas, entonces ellos debían pagarle con la misma moneda y concederle sus peticiones.

Pero los dioses ya no escuchaban.

Para celebrar su ascenso al trono, Ramsés IV había autorizado una donación de plata a los trabajadores de la tumba real, a fin de ganarse su voluntad y garantizar que realizaran su tarea a conciencia. También había doblado la mano de obra de 60 a 120 trabajadores por si acaso. Sin embargo, al final su sepulcro resultaría ser bastante pequeño y estar bastante mal acabado. Pese a su deseo de gloria y su predilección por los proyectos ambiciosos, ninguno de los templos del rey llegaría a ser completado. La economía de Egipto se debilitaba al tiempo que su gobierno se anquilosaba. Al parecer, faltaban tanto los medios como la voluntad necesarios para mantener el nivel de gasto público que había caracterizado a la edad de oro del Imperio Nuevo. Y, por lo que respecta a un «largo reinado», Ramsés IV había pedido a los dioses 134 años en el trono; el destino le concedió solo seis (1156-1150).

Mientras que Ramsés IV se había esforzado en mantener las apariencias en cuanto a su autoridad regia, sus sucesores renunciaron a cualquier pretensión en ese sentido. Aunque todos ellos tomaron el nombre de Ramsés (tan grande era su prestigio), ninguno supo mostrar la misma determinación, firmeza o capacidad de liderazgo que sus dos famosos homónimos. Egipto tuvo la suerte de no tener que enfrentarse a otra invasión masiva de la envergadura del ataque de los Pueblos del Mar durante el reinado de Ramsés III, pero sus fronteras estaban lejos de resultar seguras frente a incursiones hostiles. Ya no había ninguna superpotencia en Oriente Próximo contra la que Egipto tuviera que defender sus intereses, como había sido el caso frente a los hititas bajo el reinado de Ramsés II. Pese a ello, sí que había amenazas a las posesiones imperiales de Egipto, pero ninguno de los sucesores de Ramsés IV pudo o quiso prestar la adecuada atención a los intereses exteriores o de seguridad del país, dado que la administración estaba preocupada sobre todo por el deterioro de la situación en el propio territorio egipcio.

El breve reinado de Ramsés V (1150-1145) reveló las verdaderas dimensiones de la decadencia en que se había sumido el país. Apenas habían finalizado las ceremonias de coronación cuando el gobierno descubrió un grave escándalo de corrupción. Se tuvo noticia de que, durante casi una década, un capitán de barco

llamado Jnumnajt se había dedicado a apropiarse en beneficio propio de sustanciales cantidades de cereal destinadas al templo de Jnum en Abu. Tras cargar el cereal de una de las haciendas del templo en el delta, el trabajo de Jnumnajt consistía en transportarlo varios cientos de kilómetros río arriba, hasta los graneros de los templos de la frontera sur de Egipto. Pero en realidad, en el transcurso del largo viaje, instigado y ayudado por varios agricultores, escribas e inspectores, y alentado por un sacerdote corrupto, desviaba una proporción significativa de cada entrega; para cuando se descubrió la trama, habían sido robados más de cinco mil sacos de cebada.

La investigación de los delitos de Jnumnajt pronto reveló el verdadero alcance de la corrupción imperante entre el clero de Abu. Uno de los sacerdotes no solo había sustraído equipamiento del erario del templo, sino que incluso había robado crías del toro sagrado de Meruer (Mnevis), del que se creía que era una encarnación del dios solar Ra. Aquello no era un simple latrocinio; era un sacrilegio. A cientos de kilómetros de la residencia real de Per-Ramsés, y lejos de la mirada de los funcionarios del gobierno, los empleados públicos de las partes más distantes del reino habían decidido echar mano de la caja, confiando en que sus fechorías pasarían desapercibidas; ojos que no ven, corazón que no siente. Era la condena definitiva de la administración faraónica, por entonces tan paralizada que ni siquiera sus propios funcionarios le tenían el menor respeto. El control central sobre todo el valle del Nilo, ayudado por una comunicación rápida y fiable, había sido una condición *sine qua non* de la propia existencia del Estado egipcio. Ahora que las comunidades locales en la práctica iban a la suya, las perspectivas de cohesión nacional parecían cada vez más sombrías.

Inquieto ante aquella grave ruptura del control político y económico, Ramsés V decidió restablecer ni que fuera mínimamente el orden. Tal como habían sabido ver otros faraones anteriores, disponer de un adecuado censo de la riqueza nacional era un requisito previo para un gobierno efectivo; así pues, Ramsés encargó una inspección de todas las propiedades agrarias en una franja de 150 kilómetros en el Egipto Medio, prestando especial atención a la producción de cereales y a la recaudación de impuestos. El resultado fue un papiro de unos diez metros de largo, un documento ciertamente impresionante. Sin embargo, la salud de su regio autor, como la de su administración, no era especialmente boyante, y el monarca murió de viruela antes de que pudiera tomarse ninguna medida derivada de la inspección. En lo que representa un nuevo indicio de la debilidad del gobierno, su momia picada por la viruela permaneció sin enterrar durante un año mientras se preparaba a toda prisa una modesta tumba para acogerla; el sepulcro teóricamente destinado a Ramsés V había sido usurpado sumariamente por su sucesor. En tiempos inciertos, cada hombre miraba por sí mismo.

Por entonces, la situación en Tebas se deterioraba con rapidez. La vertiginosa subida del precio de los cereales reflejaba la debilidad de la economía y el fracaso del gobierno a la hora de garantizar los salarios. Los relatos de la época hablan de

hambre, incluso de inanición, en tanto el campesinado era el sector más perjudicado por los malos tiempos. En las colinas tebanas se veían hienas que habían olido la muerte en los pueblos del valle. Dado que los ingresos tributarios disminuían y la corte se veía incapaz de pagar los nuevos monumentos reales, Ramsés VI (1145-1137) tomó medidas drásticas para ahorrar. En la orilla occidental redujo la mano de obra dedicada a la construcción de tumbas a la mitad, a sesenta hombres; en la oriental, en Ipetsut, lo que hizo fue sencillamente grabar de nuevo las inscripciones de los añadidos construidos por Ramsés IV, atribuyéndoselos a sí mismo.

Pero el malestar no era solo una cuestión de debilidad económica; había también otra dimensión relacionada con la seguridad. Ya desde el reinado de Ramsés III, Egipto se había enfrentado a repetidas incursiones de tribus libias que trataban de abandonar sus áridas tierras y establecerse en el fértil valle del Nilo: «Se pasaban todo el día merodeando por el territorio, luchando a diario para llenar el estómago; venían a la tierra de Egipto en busca de sustento para sus bocas».[6] En el plazo de seis años, el último gran faraón de Egipto había rechazado dos tentativas de invasión libias, pero no había sabido impedir los ataques contra la región tebana al final de su reinado. Ahora, con los organismos del Estado atrofiados y la maquinaria de gobierno incapaz de defender las fronteras de Egipto, las incursiones libias se volvieron más frecuentes. Durante el reinado de Ramsés V los trabajos en la tumba real se interrumpieron por completo durante un tiempo, mientras los trabajadores se quedaban en casa por temor «al enemigo»; un enemigo que había saqueado e incendiado ya al menos una aldea tebana.

Puede que, con su elección de los títulos reales y las escenas de triunfo militar para los muros de sus templos, Ramsés VI pretendiera ser el defensor de Egipto, pero nada quedaba ya del antiguo esplendor; las afirmaciones del rey eran alardes vacuos y no engañaban a nadie. Mientras se volvía a recurrir apresuradamente a las guarniciones para mantener la seguridad nacional, Egipto cesó su actividad en las minas de cobre de Timna, abandonó las «terrazas de turquesa» del Sinaí y perdió el control de sus últimas y preciadas posesiones en Oriente Próximo. Así terminó el Imperio egipcio, no con un final espectacular, sino con una discreta consunción. La tierra de los faraones había pasado de ser la mayor potencia del Mediterráneo oriental a convertirse en una nación débil y acosada en solo cuatro generaciones.

Un cruel giro del destino asestó el golpe definitivo al prestigio faraónico. En tiempos mejores podía tolerarse una rápida sucesión de monarcas, pero ahora daba la impresión de que una serie de reinados breves no hacían sino subrayar la ineficacia de los gobernantes egipcios. El concepto de la realeza divina parecía cada vez más abstracto; la evidente condición de mortales de Ramsés VI, VII y VIII —los tres fallecieron en el plazo de once años— simplemente evidenciaba su falta de méritos ante los dioses. La política aborrece el vacío, y al tiempo que la influencia de la corte real declinaba, crecía el número de grandes familias en las provincias. Particularmente en Tebas, los cargos más importantes se concentraban cada vez más

en manos de un pequeño número de dinastías «aristocráticas». Dichos cargos se transmitían de padres a hijos, en concordancia con el ideal egipcio, pero ignorando el ideal superior de la prerrogativa real. Así, el rey ejercía una influencia cada vez menor, y los cargos públicos se volvieron casi hereditarios.

Esta tendencia queda de manifiesto en la que fue la figura más rica y poderosa de Tebas durante casi toda la última etapa de la XX Dinastía: Ramsés-Najt, sumo sacerdote de Amón. Su «leal» nombre («Ramsés es victorioso») era solo para impresionar. En realidad, el sumo sacerdote y su familia eran los gobernantes de facto de Tebas y, junto con ella, de una gran parte del sur de Egipto. Ramsés-Najt vio pasar nada menos que a seis faraones (ejerció el cargo desde los últimos años de Ramsés III hasta el reinado de Ramsés IX). Era el sumo sacerdote, y no el rey, el nuevo hombre fuerte del gobierno tebano. Ramsés-Najt se encargó de que le sucedieran por turno dos de sus hijos, Nesamón y Amenhotep. Cuando este último se mandó representar en Ipetsut, lo hizo a la misma escala que su soberano; no podía haber un indicio más claro del ocaso del estatus real más allá de los muros del templo.

Crimen y encubrimiento

La santidad de la tumba real era un principio fundamental en las creencias del antiguo Egipto desde los mismos comienzos de la historia faraónica. Si la prosperidad de la tierra dependía de la voluntad divina y el bienestar de los dioses, de las atenciones del rey, entonces la eterna supervivencia y benevolencia eternas del monarca redundaban en interés de todos. La tumba real se diseñaba no meramente como el lugar de reposo definitivo para un gobernante egipcio, sino como su pasaporte al otro mundo y la garantía de su renacimiento. Como tal, representaba la estructura más importante del país. El ideal de su inviolabilidad había sido crudamente quebrantado durante los conflictos sociales del Primer Período Intermedio, cuando las pirámides del Imperio Antiguo habían sido objeto de robo y profanación con total impunidad. Un destino similar sufrieron al parecer las pirámides del Imperio Medio durante los oscuros días del dominio hicso. Así pues, la opción de pasar a construir tumbas ocultas, subterráneas y talladas en la roca por parte de los gobernantes del Imperio Nuevo había traído consigo la renovada esperanza de que se permitiera a las momias de los monarcas egipcios descansar en paz por toda la eternidad.

Sin embargo, al ser como es la naturaleza humana, la discordia e incertidumbre del final de la XVIII Dinastía habían propiciado diversas tentativas oportunistas de robar algunas de las tumbas del Valle de los Reyes. Pese a todos los esfuerzos de los monarcas por ocultar sus sepulcros tanto de las miradas curiosas como de las manos codiciosas, era evidente que la información sobre el emplazamiento de las tumbas había acabado filtrándose. Horemheb había tratado de contrarrestar esta amenaza reformando el poblado de los trabajadores en el Lugar de la Verdad. Se eliminó la

mano de obra irregular, o incluso ocasional, de anteriores reinados, y en su lugar se estableció una comunidad cerrada y férreamente controlada, con la muerte como única vía de salida. A cambio de su juramento de guardar silencio perpetuo, los trabajadores y sus familias podían confiar en que el Estado cuidaría de ellos, recibiendo un empleo garantizado y raciones mejores que las habituales. Los trabajadores más destacados incluso podían esperar alcanzar cierto grado de prosperidad y tener su propia tumba en la ladera que dominaba el poblado. Era un acuerdo formulado para apelar al propio interés de ambas partes.

Las huelgas de 1158 asestaron un duro revés a este viejo acuerdo entre el rey y los «trabajadores de la tumba». Si el Estado ya no se comprometía a pagar a tiempo a los hombres todo lo estipulado, ¿por qué estos habrían de proteger el secreto más celosamente guardado del Estado? Apenas sorprende, pues, que en medio del colapso económico y político de finales de la XX Dinastía, ni siquiera las tumbas del Valle de los Reyes fueran consideradas sacrosantas.

El primer incidente serio tuvo lugar a comienzos del reinado de Ramsés IX (1126-1108), cuando los ladrones irrumpieron en la tumba de Ramsés VI, sellada solo una década antes. A este acto de sacrilegio le siguieron, tan solo unos años después, los actos de vandalismo injustificado cometidos contra dos de los mayores monumentos de la orilla oeste de Tebas, los templos funerarios de Ramsés II y Ramsés III. Por fortuna para el gobierno, en estas ocasiones los ladrones y vándalos causaron relativamente pocos daños. Se inició una investigación oficial, dirigida por el sumo sacerdote de Amón, y sin duda se reforzó la seguridad. Pero fue en vano. Al poco tiempo los ladrones reaparecieron, y esta vez su «blanco fácil» fue la necrópolis real —menos vigilada— de la XVII Dinastía, en la ladera que dominaba el Ramesseum. Los cacos apenas tuvieron necesidad de estudiar primero el terreno; dado que eran habitantes del poblado de los trabajadores, se conocían como la palma de la mano cada centímetro de la necrópolis tebana. Así, una noche de 1114, un cantero llamado Amonpanefer se dispuso a cometer el delito del siglo junto con su banda de cómplices. Entraron en una de las tumbas reales y…

> Abrimos sus ataúdes y las envolturas de sus momias … Nos llevamos el oro que encontramos en la noble momia de este dios, junto con sus [ornamentos] pectorales y otras joyas que llevaba alrededor del cuello.[7]

Tras saquear a fondo la tumba de Sobekemsaf II en busca de todos los objetos de valor, los ladrones prendieron fuego sin contemplaciones a los ataúdes del rey y su consorte, reduciendo sus «cofres de vida» a humeantes cenizas. Fue un asombroso acto de profanación y blasfemia. Las acciones de los propios empleados del faraón estaban socavando activamente los fundamentos del Estado. Y no es que a los ladrones les preocuparan, ni remotamente, las implicaciones teológicas de sus actos; a ellos lo único que les importaba era el botín, unos quince kilos de oro para ser más exactos. Eso compensaba con creces las raciones que les debía el Estado.

Cuando el robo finalmente salió a la luz, cuatro años después, lo único que pudo hacer el gobierno fue castigar a los cabecillas y crear una comisión real para investigar qué había ocurrido (algo que todavía hoy representa un cómodo sustituto de una acción categórica). Pero una comisión real sin una autoridad real que la respaldara era un sinsentido, y sirvió simplemente para avivar la encarnizada rivalidad que existía entre los dos funcionarios civiles más importantes de Tebas. Presidía la comisión el alcalde de Tebas este, Paser, y entorpeciendo su labor por todos los medios de los que disponía, por las buenas o por las malas, estaba el alcalde de Tebas oeste, Paueraa, cuya jurisdicción incluía la necrópolis real. Cada uno de los dos hombres vio en aquella investigación una oportunidad de oro para aventajar al otro. Mientras que Paser estaba decidido a usarla para afirmar su autoridad y hacer descender a su rival un peldaño o dos, Paueraa estaba igualmente resuelto a eliminar a su contrincante de una vez por todas.

La lectura de los informes de la comisión debió de resultar deprimente allá en los despachos del gobierno de Per-Ramsés. De las diez tumbas reales inspeccionadas, solo una permanecía intacta. Algunas habían sido objeto de robos parciales, y otras habían sido saqueadas por completo. Ante semejante desastre, era el momento de buscar un chivo expiatorio. Pero, en cuanto la comisión involucró a Paueraa, este contraatacó. Luchando por defender tanto su vida política como su vida a secas (dado que la pena por saquear una tumba real era la muerte), Paueraa tocó todas las teclas que pudo y pidió todos los favores posibles. Con la ayuda del visir Jaemuaset, logró contrarrestar las conclusiones de la comisión y salir indemne. Al final de todo el proceso, tanto Paueraa como el visir habían desaparecido misteriosamente de la escena, al igual que los propios ladrones. No quedaban testigos.

Paueraa sobrevivió y prosperó. Los robos continuaron.

Tres décadas y varios robos importantes después, Ramsés XI (1099-1069) creó una segunda comisión real. Esta vez, para reducir la probabilidad de encubrimiento, la investigación fue dirigida por el propio visir, como representante personal del rey en el Alto Egipto, ayudado por el tesorero real y dos reales mayordomos. Aunque el gobierno estaba demostrando hasta qué punto se tomaba en serio el problema, lo cierto es que estaba poco preparado para la envergadura de la corrupción que revelaron sus investigaciones. Una vez más, la mayoría de las personas involucradas en los robos cometidos en las tumbas reales, procedían del poblado de los trabajadores. Pero esta vez no habían actuado solos. La comisión encontró evidencias de una negligencia y complicidad generalizadas entre los funcionarios del templo y del Estado. Algunos habían hecho la vista gorda ante una serie de delitos cometidos ante sus narices, y otros habían colaborado activamente en los robos y se habían quedado parte del botín. Uno de los sospechosos interrogados por el tribunal se había declarado inocente basándose en este argumento: «Yo vi la lección que se les dio a los ladrones en la época del visir Jaemuaset. ¿Es probable, pues, que me propusiera buscar una muerte tal?»;[8] aun así, la comisión llegó a la conclusión de que mentía.

Otro ladrón decidió confesar desde el primer momento, explicando cómo él y otros cuatro cómplices habían despojado una tumba de sus vasijas de plata y se habían repartido el botín. La comisión sospechó de aquella confesión espontánea, de modo que ordenó que se le «examinara con el palo, la vara de azotar y el tornillo». Pero él mantuvo su versión: «Yo no vi nada más; lo que vi es lo que he dicho». Tras una segunda paliza y la promesa de muchas más, se vino abajo: «¡Parad, hablaré…!».[9] Un poco de tortura obraba maravillas.

A medida que se ensanchaba la red, las autoridades empezaron a pescar unos cuantos peces gordos. Un ladrón del gran templo de Amón-Ra en Ipetsut, probablemente el lugar más sagrado de todo Egipto, se había revelado especialmente audaz, atacando el propio corazón de la base del poder teológico del régimen. Tras una nueva investigación, se descubrió que el guardián principal del templo estaba detrás del robo.

La conclusión era sombría: la corrupción se había convertido en un mal endémico en todos los niveles del clero y del gobierno. En Tebas en particular, las repetidas incursiones libias, combinadas con los períodos de escasez de alimentos y de inanición, habían llevado a una completa inobservancia de la ley y el orden. La gente ya no se sentía segura, ni personal ni económicamente; ya no confiaba en la capacidad del Estado para defenderla o para velar por ella, ni tampoco temía al poder del Estado para tenerla controlada o para evitar que se tomara la justicia por su mano. Tras un milenio y medio de estabilidad, el edificio del Estado se estaba resquebrajando y desmoronando con alarmante rapidez. Egipto estaba al borde de la anarquía.

Remedios desesperados

Durante el período ramésida, el gobierno de Egipto estaba dividido en cuatro grandes unidades funcionalmente distintas. Para respaldar las actividades de la corte estaba el dominio real, administrado por un canciller y un administrador jefe. La administración pública, dirigida por dos visires, uno para el Alto Egipto y otro para el Bajo Egipto, era la responsable de los impuestos, la agricultura y la justicia. El ejército, al mando de su comandante en jefe (a menudo un príncipe del linaje real), desempeñaba un papel relativamente secundario en el gobierno, a diferencia de su destacado papel como instrumento de la política exterior. Por último, aunque no menos importante, estaba el estamento religioso, dirigido por el «supervisor de los sacerdotes de todos los dioses del Alto y el Bajo Egipto». Con frecuencia, este elevado cargo lo ejercía el sumo sacerdote de Amón. Ya desde los últimos años del reinado de Ramsés III, el sumo sacerdote del culto más importante del país había sido la persona más poderosa del Alto Egipto, ejerciendo mayor influencia que el alcalde de Tebas o incluso que el visir del sur. El gran templo de Amón-Ra en Ipetsut era el

mayor terrateniente de la región, pues controlaba amplias extensiones de tierras con miles de aparceros. También contaba con grandes talleres que empleaban a cientos de artesanos, y sus graneros, anexos a los templos funerarios de Ramsés II y III, actuaban como el principal «banco de reserva» no solo de Tebas, sino de todo el Alto Egipto. El hombre que controlaba Ipetsut y su riqueza económica controlaba Tebas. Mientras que los reyes se sucedían unos a otros, esta prestigiosa sinecura estaba monopolizada por una misma familia, la de Ramsés-Najt. En tiempos difíciles, esta dinastía local proporcionaba cierto grado de continuidad y estabilidad, por más que no pudiera servir de mucha ayuda a las vidas cada vez más arruinadas de las personas normales y corrientes.

Pero entonces, en 1091, el malestar que azotaba a Tebas llegó a su punto culminante. Hambrientos, desesperados y frustrados por la intransigencia del sumo sacerdote Amenhotep, un grupo de tebanos se las arreglaron para destituirlo a la fuerza de su cargo y reemplazarlo por un hombre de su elección. Durante ocho meses, Amenhotep languideció en su casa, despojado de los atributos del poder, privado de su acostumbrada riqueza y políticamente aislado. Para un orgulloso vástago de la principal familia tebana, era toda una humillación. Y, lo que era aún peor, solo había una persona en Egipto que pudiera reinstaurar a un sumo sacerdote, y ese era el rey. No es que ir a arrastrarse ante el faraón resultara una perspectiva muy halagüeña para Amenhotep, pero era consciente de que ese era el único camino para recuperar el poder. De modo que, tragándose el orgullo, fue a pedirle a Ramsés XI, allá en su distante residencia real de Per-Ramsés, que le restituyera en su legítimo cargo.

Ramsés se vio atrapado entre la espada y la pared. Si no respondía a las súplicas de Amenhotep y dejaba que el usurpador ocupara su lugar en Ipetsut, aquello equivaldría a admitir su impotencia, lo que en la práctica marcaría el fin del dominio del rey en el Alto Egipto. Si, en cambio, tomaba medidas para restituir a Amenhotep como sumo sacerdote, no haría sino confirmar la supremacía de una familia que llevaba varias generaciones construyendo su propia base de poder a expensas de la dinastía ramésida. Ninguna de las dos opciones resultaba particularmente atractiva, pero la de restablecer el *statu quo* parecía ligeramente preferible. La única cuestión era cómo obtener el resultado deseado. Los informes de Tebas indicaban que el usurpador no se marcharía sin hacer ruido; haría falta una considerable fuerza para desalojarle del recinto fortificado de Dyamet (la actual Medinet Habu). Pero el rey estaba a cientos de kilómetros de distancia, en el delta, como la mayor parte de las tropas egipcias. Enviar estas al sur para derrocar a un sumo sacerdote comportaría dos riesgos inaceptables: que el rey se viera arrastrado a la encarnizada política interna de Tebas, y que la residencia real se dejara expuesta y vulnerable a un ataque. Solo había otra guarnición con tropas suficientes para llevar a cabo la operación, y estaba estacionada en Nubia, al mando del virrey de Kush. Así pues, Ramsés ordenó

al virrey, Panehesy, que marchara lo antes posible hacia el norte con sus tropas nubias para desalojar al intruso.

Fue un error de cálculo nefasto.

En unas semanas, Panehesy llegó a Tebas con sus fuerzas, y sus soldados nubios estaban a las puertas de Dyamet. Acto seguido, una multitud descontrolada asaltó el recinto del templo, echando al usurpador y destrozando los edificios. Otros soldados se desmandaron por toda la orilla occidental, causando daños en los monumentos sagrados. La operación fue un éxito militar, pero un desastre en cuanto a relaciones públicas. Una vez que se hubo restablecido el orden y Amenhotep fue restituido como sumo sacerdote, Panehesy pasó rápidamente a evaluar los daños, recuperar las propiedades robadas y castigar a los responsables. Algunos de los culpables fueron sumariamente ejecutados por orden del virrey, sin aguardar a las molestias que ocasionaba un juicio. En tales situaciones, dar ejemplo con unos cuantos individuos normalmente servía para mantener a raya a los demás. Los habitantes de Tebas recordaron de pronto la dureza de la justicia militar.

Tras haber impuesto la ley y el orden, Panehesy procedió a tomar el control de la economía tebana, haciéndose cargo de los graneros de los templos. Amenhotep difícilmente podía quejarse, puesto que debía su restitución al caudillo nubio. En 1087, Panehesy se calificó a sí mismo de «general y supervisor de los graneros del faraón». Él, y no el sumo sacerdote de Amón, era ahora el gobernante *de facto* del Alto Egipto. Durante un tiempo, el virrey gobernó Tebas lealmente, en nombre del monarca. Pero Ramsés XI se mostraba cada vez más preocupado por el creciente poder de su subordinado. Se daba cuenta de que Tebas y el sur se le escapaban de las manos, y estaba decidido a reafirmar la autoridad real a toda costa. El imperio de Egipto ya no existía, sus fronteras eran permeables y la población pasaba hambre. Un faraón que ya no fuera capaz de preservar siquiera la integridad territorial del país no era digno de tal nombre, ni podía considerarse un auténtico Ramsés.

Desde sus mismos orígenes, los ramésidas habían sido una dinastía militar, adicta al personal militar y a las soluciones militares para gobernar Egipto. Ahora, después de haber dado manga ancha a un general y de haber tenido que lamentarlo, Ramsés XI posiblemente se lo pensara dos veces antes de volver a hacer algo parecido. Sin embargo, al ver que sus opciones se reducían con rapidez, lo único que podía hacer era confiar en su instinto. Así pues, en 1082 el rey mandó llamar a uno de sus generales del norte, Pianj, y le ordenó marchar contra Panehesy y expulsar al advenedizo virrey de regreso a Nubia. El resultado fue una guerra civil.

Panehesy era demasiado buen estratega para quedarse sentado esperando el ataque en lugar de ir al encuentro del enemigo, de modo que reunió a las guarniciones tebanas y, con la ayuda de reclutas locales, marchó hacia el norte con su ejército para enfrentarse a las tropas de Pianj. Al principio, el avance del virrey tuvo un éxito considerable. Tras llegar a Hardai, en el Egipto Medio, arrasó y saqueó la ciudad. Por un momento pareció que el ejército del rey podía perder la guerra. Pero finalmente

prevaleció la superioridad numérica de los efectivos de Pianj, y en 1080 Panehesy había sido expulsado de Egipto. El derrocado virrey de Kush volvió de nuevo al lugar que le correspondía, la lejana Nubia.

Puede que el conflicto le permitiera a Ramsés XI salvar las apariencias, pero para Tebas fue un desastre. La merma de los efectivos de las guarniciones locales y el reclutamiento de hombres en edad de combatir produjeron un vacío de seguridad en toda la ciudad. Tuvo lugar entonces un saqueo generalizado de templos y tumbas que no pudo ser controlado durante varios meses. Por segunda vez, la tumba de Ramsés VI fue uno de los objetivos, especialmente sus sarcófagos. Y lo que fue aún peor: en su retirada, el ejército de Panehesy practicó una política de tierra quemada, causando estragos en diversos monumentos en una orgía de destrucción. Cuando finalmente las aguas volvieron a su cauce, el propio faraón viajó a Tebas —en una de sus raras salidas de su residencia en el delta— para comprobar por sí mismo el alcance de los daños. El panorama era profundamente deprimente; desde los oscuros tiempos de la primera guerra civil del país, mil años antes, los egipcios no se habían infligido unos a otros tal grado de devastación.

En un vano intento de dar marcha atrás y empezar de nuevo, Ramsés declaró el comienzo de una nueva era. El decimonoveno año de su reinado debía ser considerado, el primero del renacimiento, y los años posteriores seguirían la nueva nomenclatura. Pero eso no consiguió engañar a nadie, y menos a Pianj, ya que él, y no Ramsés, era el indudable vencedor en la lucha contra Panehesy. Para que quedara claro, Pianj se apropió de los títulos y dignidades del virrey, seguidos a continuación por los del sumo sacerdote. General, supervisor de los graneros y sumo sacerdote de Amón; la autoridad militar, económica y religiosa se concentraba en una misma persona. La «restauración» de la autoridad faraónica en Tebas se había convertido en otro golpe militar más, salvo por el hecho de que ahora Pianj había tomado buena nota de las lecciones de la historia: mientras que el antiguo virrey había disfrutado solo de un breve período de poder absoluto, el régimen de Pianj estaba destinado a superar la prueba del tiempo.

Pianj, que era un militar de la cabeza a los pies, brusco, decidido y de una eficiencia implacable, gobernó Tebas con mano de hierro. Se esforzó en crear una red de partidarios influyentes, rodeándose de hombres y mujeres de talento. Una de ellas fue su esposa, Nodymet, una mujer de considerable determinación y autoridad personales. La primera medida de Pianj, tras imponer la ley marcial en Tebas, fue dirigir su ejército hacia Nubia en persecución del renegado Panehesy. Solo asegurando el flanco sur frente a un nuevo ataque podía la nueva junta militar garantizar una seguridad duradera. Mientras Pianj estaba en campaña en Nubia, dejó el gobierno de Tebas en las capaces manos de su esposa. Ambos mantuvieron regularmente correspondencia para informarse de los principales acontecimientos. Hay un intercambio epistolar en concreto que pone especialmente de manifiesto el lado oscuro del gobierno militar. En ausencia de Pianj, en Tebas empezó a aumentar

el malestar con respecto al régimen, y Nodymet escribió a su esposo para avisarle de las sediciosas declaraciones que habían hecho dos policías. Hasta las fuerzas de la ley y el orden estaban empezando a murmurar contra la junta. La respuesta de Pianj fue tan inequívoca como escalofriante:

> Haz que lleven a esos dos policías a mi casa y descubre enseguida el alcance de sus palabras; luego haz que los maten y los arrojen al agua por la noche.[10]

Un interrogatorio seguido de «desaparición»; el clásico destino de los disidentes bajo un régimen militar.

Los asesinatos políticos no eran las únicas actividades turbias propiciadas por Pianj en su empeño de conservar el poder. En otra carta enviada desde el frente nubio, ordenaba a dos de sus secuaces tebanos, Butehamón y Kar, que realizaran cierta «tarea en la que no habéis participado nunca antes».[11] Los eufemísticos términos de la frase habían sido cuidadosamente elegidos, puesto que la tarea en cuestión no era otra que un robo de tumbas patrocinado por el Estado. La guerra contra Panehesy no mostraba visos de una resolución rápida, y Pianj necesitaba desesperadamente fondos para financiar sus operaciones militares y reforzar su régimen en la propia Tebas. Las colinas tebanas ofrecían un fácilmente accesible tesoro de oro y plata, enterrado en las tumbas de los reyes, reinas y altos funcionarios de Egipto, de modo que los hombres de Pianj iniciaron una política deliberada de robos con allanamiento, canalizando las ganancias derivadas de sus delitos a las arcas del Estado. Mientras deambulaban por la orilla occidental buscando entradas de tumbas, iban marcando las que encontraban para su futuro saqueo sistemático; solo Butehamón dejó más de 130 grafitos para identificar los depósitos de riquezas amasadas por generaciones de píos tebanos. Tras haber sobrevivido al ataque libio, a los robos oportunistas y a la guerra civil, las tumbas de los faraones del Imperio Nuevo que aún permanecían intactas serían implacablemente explotadas por los nuevos gobernantes. Se había quebrantado el último tabú.

Tras una década de gobierno, la junta se enfrentó a su prueba más dura cuando Pianj murió inesperadamente. Sus hijos eran demasiado jóvenes para sucederle, y la perspectiva de un interregno resultaba tremendamente desagradable para un régimen que todavía no había consolidado su control del poder. Así pues, posponiendo una solución dinástica en favor de una transitoria, los partidarios de Pianj actuaron rápidamente para estabilizar la situación eligiendo a otro general del ejército, Herihor, como gobernante provisional. Herihor, que era un líder maduro y capaz, de la misma pasta que Pianj, provenía también de la misma clase de oficiales. Tan vigoroso en su vida privada como en los asuntos militares, tenía nada menos que diecinueve hijos.

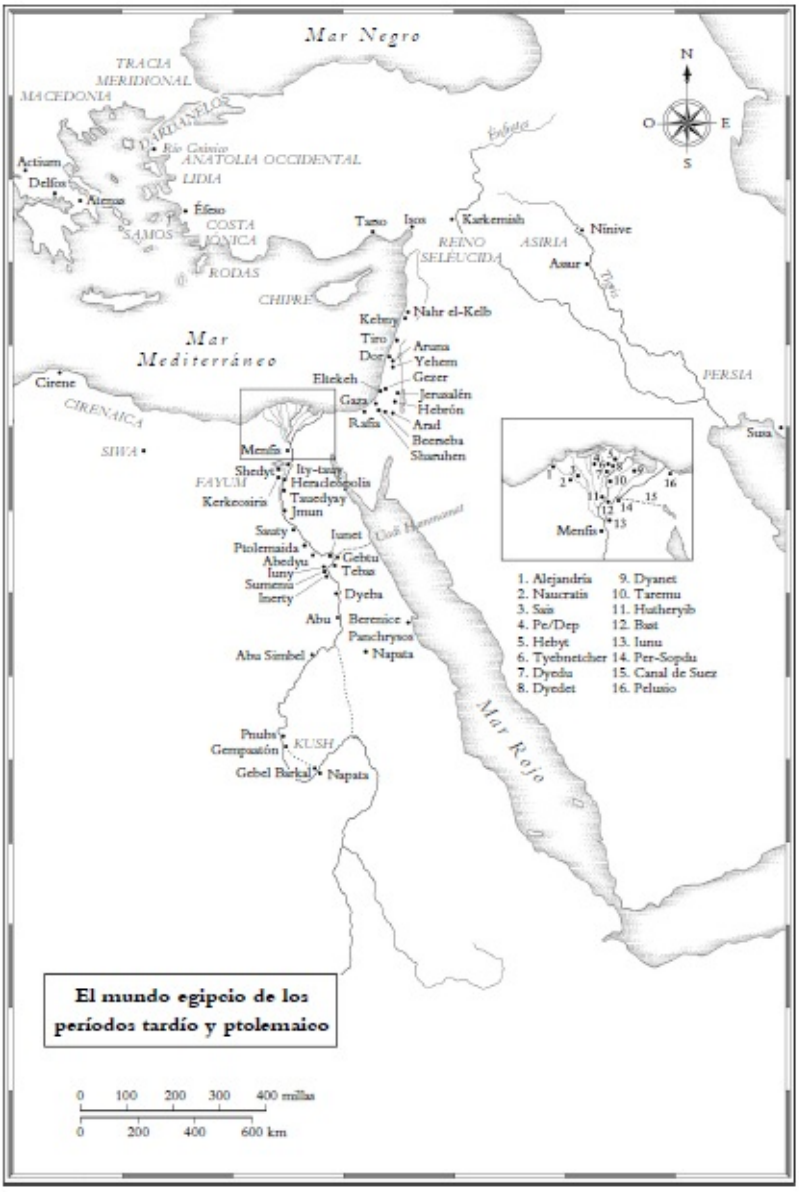
Pero ninguno de sus hijos habría de sucederle. La viuda de Pianj se encargó de ello. En una jugada brillantemente calculada, Nodymet tomó inmediatamente a Herihor como su nuevo esposo, reforzando la posición de este al tiempo que conservaba su influencia sobre la futura sucesión.

Dicha sucesión no dejaría sitio a la familia real ramésida. Mientras Herihor reforzaba el dominio de los generales en el Alto Egipto, otro militar, Nesbanebdyedet —que era yerno del rey—, tomaba el poder efectivo en el norte del país. Egipto era ahora una nación dividida en dos mitades, cada una de ellas gobernada por una élite militar. Aunque tanto Herihor como Nesbanebdyedet defendían de boquilla la continuidad del reinado de Ramsés XI, no podía negarse dónde residía el verdadero poder. Aislado y convertido en un virtual prisionero en su propia residencia real, el último de los ramésidas había visto cómo la autoridad faraónica se le escapaba de las manos a causa de una combinación de malas decisiones y una benigna negligencia. El mismo ejército que llevara al poder a las XIX y XX Dinastías, presidía ahora la división formal del país. El poderío militar había resultado ser, de hecho, una espada de doble filo.

En 1069, cuando Ramsés XI yacía en su lecho de muerte después de treinta años en el trono, el propio Nilo parecía señalar el final de una era. La «boca pelusia» del gran río, donde se había fundado Per-Ramsés dos siglos antes, llevaba cierto tiempo acumulando sedimentos. Al final del reinado de Ramsés XI, el brazo principal estaba tan obstruido que los barcos ya no podían utilizar los puertos de la ciudad. Era una adecuada metáfora de la propia esclerosis del régimen. Privados del comercio y de las vías de comunicación, los mercaderes, escribas y burócratas abandonaron Per-Ramsés en favor de un nuevo emplazamiento, Dyanet (la Tanis clásica, la actual San el-Hagar), a unos veinte kilómetros al norte. Cuando el cortejo fúnebre del anciano rey partió del palacio real de Per-Ramsés, seguido de un puñado de viejos sirvientes, la dinastía ramésida y la sede de su gobierno perecieron a la vez.

Quinta parte

Cambio y decadencia
(1069-30 a.C.)



Cuando el último de los ramésidas falleció en 1069, prácticamente sin pena ni gloria, Egipto entró en un período de profunda transformación. La muerte de Ramsés XI fue el suceso que llevó a dos caudillos, uno en el delta y otro en el Alto Egipto, a asumir títulos y atributos reales, y a dividir y repartirse el país. Tanto si la división formal de las Dos Tierras representaba un rechazo rotundo del ideal faraónico de unidad nacional como si se trataba simplemente de una vuelta a un estado de cosas más natural, el caso es que desembocó en una prolongada era de fragmentación política a una escala que no se veía desde hacía mil años.

Los egipcios no tardaron en descubrir que la descentralización y la autonomía regional podían tener sus pros y sus contras. Puede que en tiempos antiguos las consecuencias de un gobierno débil fueran meramente internas, pero en el primer milenio a.C. Egipto estaba rodeado de envidiosas potencias extranjeras, infinitamente más poderosas que en los siglos anteriores. Desde el siglo XI al IV, la debilidad estratégica de Egipto se tradujo en repetidas invasiones. Primero los libios, luego los asirios, kushitas, babilonios y persas, y, por último, los macedonios, lucharon por hacerse con la riqueza agrícola y mineral del valle del Nilo. Los inmigrantes extranjeros y los gobernantes no autóctonos introdujeron cambios significativos en la organización política, la sociedad y la cultura egipcias, transformando para siempre la civilización faraónica. Al mismo tiempo, la religión del antiguo Egipto, el último bastión de la cultura tradicional, se aisló herméticamente de las influencias externas y se encerró cada vez más en sí misma. Frente a otras civilizaciones más jóvenes y dinámicas, la introspección de Egipto acabaría llevando a la atrofia y la extinción.

En esta quinta parte se describe el último y tumultuoso milenio de la historia del antiguo Egipto, desde la invasión libia hasta la conquista romana. Los tres primeros siglos de gobierno posramésida fueron relativamente pacíficos, con el país regido por las ramas colaterales de una familia real libia que logró mantener un difícil equilibrio de poder. Sin embargo, el retorno en el 728 del viejo enemigo de Egipto, el reino de Kush, rompió el *statu quo*, y durante los cuatrocientos años siguientes el valle del Nilo se vio acosado por la división, el conflicto y la ocupación extranjera. Cuatro invasiones asirias sucesivas en el lapso de tres décadas culminaron en el saqueo de Tebas, asestando un duro golpe al orgullo nacional de Egipto. En medio del caos, una dinastía de Sais se las ingenió para acceder al poder, sacudiéndose el yugo asirio y rechazando diversas tentativas de invasión por parte de Babilonia, antes de sucumbir finalmente frente a los persas. Egipto perdió su corona ante una renacida Mesopotamia, y jamás volvería a recuperar su antigua supremacía en Oriente Próximo.

La omnipresente amenaza persa se cernió como una oscura nube sobre las últimas dinastías autóctonas, cuyos miembros se disputaron los restos de Egipto, comportándose como belicosos caudillos militares en lugar de hacerlo como poderosos faraones. La llegada de Alejandro Magno en el 332 pareció entrañar una liberación, y su breve estancia en el valle del Nilo tuvo un efecto tan profundo en

Egipto como en él mismo. Sus sucesores, los Ptolomeos, intentaron recuperar las glorias del pasado, aunque con una perspectiva claramente griega. Pero sus constantes disputas, sumadas a su abandono del Alto Egipto —el crisol de la civilización faraónica—, desembocarían en la inestabilidad política, una prolongada insurrección en el sur y una decadencia terminal. El último acto del gran drama de Egipto se desarrollaría en las calles de Alejandría con un elenco de actores famosos donde los haya: César, Marco Antonio y Cleopatra. Con la muerte de esta última, en el año 30, Egipto pasó a ser una posesión imperial romana, poniendo así punto final a sus tres mil años de tradición faraónica.

19
Escisiones internas

EL ENEMIGO INTERIOR

A veces la propaganda faraónica debía de sonar más bien huera, incluso para una población bombardeada de manera incesante e invariable con las verdades a medias del gobierno. Cuando murió Ramsés XI, en 1069, los reyes de Egipto llevaban casi un siglo y medio jactándose de sus famosas victorias contra los invasores libios. Allá por 1208, Merenptah había ordenado que se erigiera una gran inscripción conmemorativa en el templo de Amón-Ra, en Ipetsut, relatando su aplastante victoria sobre una de tales incursiones, encabezada por el jefe libio Mery. Aun así, solo tres años después los libios habían vuelto. A ello le había seguido otra victoria militar y la consiguiente inscripción conmemorativa, aunque los esfuerzos del faraón apenas aportarían a Egipto dos décadas de paz y seguridad. Pero lo que los propagandistas de Merenptah no mencionaban era que el gobierno se había visto obligado a establecer una guarnición defensiva en el oasis del sur para impedir la infiltración libia desde el desierto… y que los soldados encargados de dicha defensa eran precisamente mercenarios libios. ¡Ni más ni menos que convertir a los cazadores furtivos en guardabosques!

Bajo el reinado de Ramsés III, las batallas contra los libios de 1182 y 1176 no resultaron ni mucho menos tan concluyentes como sugería la propaganda oficial. En flagrante contradicción con ese triunfalismo, las autoridades habían creído necesario fortificar los templos de la orilla oeste del Nilo, incluida la propia «Mansión de Millones de Años» del rey, con sus valiosos tesoros y graneros. A pesar de todos los esfuerzos de los egipcios, los libios que habían sido rechazados en la zona occidental del delta simplemente se dirigieron hacia el sur para infiltrarse en el valle del Nilo en el Alto Egipto. Los frecuentes ataques a Tebas ocurridos a finales del período ramésida pusieron de manifiesto su determinación y perseverancia. También Ramsés III se había jactado de obligar a miles de prisioneros libios a «cruzar el río para traerlos a Egipto», donde se les instaló en campos fortificados («las fortalezas del rey victorioso»)[1] bautizados con el nombre del faraón, imponiéndoles a la fuerza la cultura egipcia: «Él hace desaparecer su habla y cambia sus lenguas, para que emprendan un camino que no han recorrido antes».[2] Sin embargo, a menudo dicha integración había sido únicamente superficial, y las importantes concentraciones de libios presentes en torno a la entrada del Fayum y en las lindes de la parte occidental del delta se habían aferrado resueltamente a su identidad étnica, formando comunidades claramente diferenciadas dentro de la población local egipcia. Durante

el reinado de Ramsés V, un censo del Egipto Medio sacó a la luz la existencia de una proporción sustancial de personas con nombres extranjeros. Por entonces los libios estaban ya bien aposentados. Una generación más tarde, una bulliciosa comunidad que se había establecido en la parte central del delta, cerca de la población de Per-Hebet (la actual Behbeit el-Hagar), causaba especial preocupación entre las autoridades egipcias. En el transcurso del período ramésida, Egipto se había convertido involuntariamente en un país con dos culturas, en el que una amplia minoría étnica hacía notar cada vez más su presencia.

De todas las instituciones del país, el ejército era el que más intensamente había sentido el impacto de la inmigración libia. El ejército egipcio tenía una larga y gloriosa tradición en el empleo de mercenarios extranjeros, y, en consecuencia, esta opción profesional se había convertido en algo natural, y popular, para muchos colonos libios. Ya fuera formando parte de remotas guarniciones en el desierto o luchando en campaña, los soldados libios habían servido con lealtad y distinción a su país de adopción durante toda la segunda mitad de la XX Dinastía. Además, algunos de los soldados libios más ambiciosos habían sido capaces de obtener puestos de considerable influencia en el corazón del gobierno egipcio. Dos de tales individuos fueron Pianj y Herihor, los caudillos que encabezaron la junta militar tebana en los últimos días del reinado de Ramsés XI.

En 1069, los libios que vivían en Egipto no solo habían accedido a los altos cargos, sino que estaban preparados para asumir el propio gobierno. Con la muerte de Ramsés XI, y tan solo dos siglos después de sufrir las primeras incursiones libias, el valle del Nilo pasó a estar bajo el control extranjero; no por una invasión o un conflicto armado, sino gracias a la disciplina y determinación de un enemigo interno. Por primera vez en la historia egipcia, los siervos se habían convertido en señores.

Durante los cuatrocientos años siguientes, Egipto estaría dominado por libios con una gran influencia política; un giro radical de los acontecimientos que tendría un profundo efecto en todos los aspectos de la sociedad. Aunque los primeros de tales gobernantes extranjeros, hombres como Herihor y su cuñado Nesbanebdyedet, llevaron tradicionales nombres piadosos egipcios (con sus referencias a Horus y al dios carnero de Dyedet), esa parafernalia externa de decoro faraónico no era más que una ilusión. Bajo una fina capa de tradición, afloraban los rasgos no egipcios. En las zonas predominantemente libias del delta, los dignatarios locales llevaban en sus cabellos tocados tradicionales libios de plumas como un orgulloso distintivo de su origen étnico, al tiempo que reaparecieron los títulos de autoridad libios. Una vez que los generales libios hubieron adquirido poder tras la muerte de Ramsés XI, sus parientes tuvieron aún menos motivos para integrarse en la población de acogida, y en el plazo de unas pocas generaciones muchas familias volvieron a poner a sus hijos nombres descaradamente libios; nombres que sonaban extraños, como Osorkon, Sheshonq, Iuput, Nimlot y Takelot. Con un sentido tan fuerte de su identidad, varias generaciones de habitantes de la parte occidental del delta pasaron a considerarse

libias, no egipcias; un fenómeno que perduraría lo suficiente como para ser mencionado por Herodoto cinco siglos después.

Junto con la aparición de nombres libios en las inscripciones oficiales, la lengua egipcia empezó a mostrar otros indicios de influencia extranjera. Ya desde el Imperio Medio, el egipcio escrito grabado en las paredes de los templos en forma de jeroglíficos finamente ejecutados había preservado la forma clásica del idioma. En cambio, el egipcio vernáculo, el que se hablaba, se había alejado bastante de esta forma «pura» escrita, hasta el punto de que las dos versiones se habían convertido prácticamente en dialectos distintos. Aunque ello no planteaba ningún problema a los escribas de origen egipcio, educados en la escritura clásica, sí que debió de representar un obstáculo considerable para los burócratas y sacerdotes libios que ahora controlaban el país. Para ellos, dominar una forma de egipcio ya era mucho. Como resultado de ello, las inscripciones oficiales del período libio muestran una marcada preferencia por las formas habladas, la gramática cotidiana y el vocabulario simple, en contraste con las formulaciones más refinadas de la clase dirigente.

Para la monarquía egipcia, la lengua y su empleo preciso siempre habían tenido una importancia especial, ya que la elección de nombres y epítetos regios expresaba la teología subyacente de la realeza y establecía la pauta de cada reinado. Pero a los jefes libios todo esto les era ajeno. Adoptaron la parafernalia de la realeza egipcia sin, quizá, entender correctamente los matices de su simbolismo. Los títulos reales simplemente fueron reciclados de un reinado a otro, repitiéndolos hasta la saciedad. La antigua designación del «Doble Rey» perdió su exclusividad sagrada y pasó a ser un epíteto más. Asimismo, en su elección de nombres reales, los monarcas de la XXI Dinastía parecieron pasarse de la raya, llevando nombres extravagantes y enrevesados como Pasebajaenniut, «la estrella aparece sobre la ciudad». Pero esas torpes tentativas de autenticidad no engañaban a nadie.

De hecho, la élite libia se mostró tal como era en realidad en su obsesión por los árboles genealógicos. La recitación de largas genealogías es una característica de la tradición oral en las sociedades iletradas y seminómadas, y los libios de finales del segundo milenio a.C. no eran una excepción. Ni siquiera después de haber asimilado la lengua escrita de sus anfitriones egipcios perdieron un ápice de su tendencia a celebrar sus largas sucesiones de ancestros. Así, por ejemplo, cierto sacerdote de Iunu tenía un monumento grabado con los nombres de trece generaciones de antepasados suyos que se remontaban a tres siglos atrás, pese al hecho de que la familia llevaba establecida en la misma ciudad egipcia y ostentando el mismo cargo solo durante once de dichas generaciones.

Otro vestigio del pasado nómada de los libios era su relativa falta de interés por la muerte y el más allá. Sus antepasados, que eran pastores, estaban acostumbrados a enterrar a sus muertos donde y cuando caían, sin apenas preparativos ni complicaciones. El antiguo Egipto, en cambio, siempre se había mostrado puntilloso respecto a las provisiones mortuorias. Pero los nuevos gobernantes libios del país se

mantuvieron fieles a sus propios instintos culturales y mostraron una despreocupación en su forma de encarar el más allá que a sus anfitriones egipcios debió de parecerles realmente escandalosa. Evitaron los entierros individuales, que consideraban un derroche de recursos, en favor de panteones familiares comunes sin apenas decoración. Incluso los faraones libios se contentaron con ser enterrados junto a sus parientes, en modestas tumbas de piedra construidas utilizando cualesquiera bloques que tuvieran a mano. A menudo, el ajuar funerario se sustraía de otras tumbas cercanas, como si equipar al difunto para la eternidad fuera una fastidiosa tarea que tuviera que llevarse a cabo de la forma más rápida y barata posible.

La construcción de espléndidos sepulcros reales en el Valle de los Reyes, y de templos mortuorios no menos magníficos en la llanura tebana, se interrumpió bruscamente para no volver a reanudarse jamás. Las tumbas perdieron su especial papel de lugar de encuentro entre los vivos y los muertos, entre lo mortal y lo divino. Pasaron a ser poco más que hoyos en el suelo donde enterrar los cadáveres.

Si la actitud de los libios ante la muerte influyó en la cultura faraónica, su forma preferida de gobierno tuvo un efecto igualmente marcado en el devenir de la historia egipcia. En su patria de la Cirenaica costera, los libios se habían organizado con criterios tribales, con estructuras de poder bastante imprecisas basadas en grupos familiares, reforzadas por vínculos matrimoniales y lealtades feudales; nada más lejos de la fuertemente centralizada monarquía absoluta del valle del Nilo. Ya antes del final del Imperio Nuevo, los generales libios de Ramsés XI habían mostrado su desdén por un Estado unificado, con Pianj y luego Herihor gobernando felizmente el sur del país mientras Nesbanebdyedet, el cuñado de Herihor, hacía lo propio en el norte.

La división administrativa de Egipto en dos mitades había sido un rasgo del gobierno faraónico desde los tiempos más antiguos, pero siempre con un solo rey que uniera «las Dos Tierras». Una vez desaparecido Ramsés XI, sus sucesores libios no vieron necesidad alguna de mantener esa tradición. Para ellos, tener a dos reyes gobernando simultáneamente sobre las diferentes partes del país no era un anatema, sino algo completamente normal, y no suponía la anarquía, sino una sensata descentralización. En cualquier caso, los matrimonios y las alianzas mantuvieron los vínculos de lealtad entre las dos ramas de la casa gobernante y sirvieron para evitar dinastías disidentes. Con todo, la posterior delegación de poderes a los hijos de los reyes —un hecho sin precedentes hasta entonces, que se tradujo en que muchos de ellos fueron puestos al mando de las principales ciudades— y otros aspectos del feudalismo libio vinieron a debilitar inevitablemente el poder del gobierno central y de la monarquía, con predecibles consecuencias a largo plazo.

Pero todo eso sería en el futuro. Por el momento, con el último de los faraones ramésidas enterrado sin mayores complicaciones en el Valle de los Reyes, sus sucesores libios podían darse por contentos. Uno de ellos era el amo incuestionable

del Alto Egipto, mientras que el otro era señor del delta. Egipto había entrado en una nueva era de dominación extranjera.

HISTORIA DE DOS CIUDADES

Aunque la historia del final de la XX Dinastía, de la parálisis y de la eventual extinción del Imperio Nuevo está escrita en los monumentos y las intrigas de Tebas, la principal sede del gobierno y la principal residencia real siguieron estando siempre en el norte del país. Menfis había sido la capital de Egipto desde los albores de la historia, y durante todo el período ramésida conservó su papel de sede central de la administración nacional. Puede que Tebas adquiriera el rango de capital religiosa de la nación, pero era en Menfis donde se promulgaban los reales decretos, se nombraba a los funcionarios y se coronaba a los reyes. Como residencia principal del faraón, Per-Ramsés había desempeñado ese papel ya desde su fundación bajo el reinado de Ramsés II. El principal socio político en la unión del Alto y el Bajo Egipto era el delta, no el valle del Nilo. De ahí que, cuando el control se lo repartieron oficialmente entre Herihor y Nesbanebdyedet tras la muerte de Ramsés XI, fue el gobernante del norte, Nesbanebdyedet (1069-1045), el que se llevó el primer premio, la corona, mientras que su cuñado tuvo que acepar el papel secundario de comandante del ejército y sumo sacerdote de Amón. De ese modo se mantuvo una cómoda ficción de unidad política, a pesar de que lo que había en realidad era una asociación de dos reinos casi independientes, unidos solo por vínculos matrimoniales.

La división de Egipto en dos estados paralelos sería el rasgo definitorio del gobierno libio. Cada mitad del país tenía su propio sistema de gobierno, su propia administración y su propia capital ceremonial. La idea de las Dos Tierras dejó de ser un simple concepto teológico para convertirse en una realidad práctica.

El delta había sido la parte que más había sufrido el impacto del asentamiento libio en los últimos días del Imperio Nuevo, y sería también allí donde más intensamente se dejaría sentir el nuevo orden político. Sus inaccesibles marismas y tortuosas vías fluviales habían favorecido siempre la fragmentación política, y en el apogeo de la dominación libia el delta no tardó en dividirse en un mosaico de centros rivales. Cada uno de ellos estaba gobernado por un jefe de los ma o un jefe de los libu (las dos principales tribus libias establecidas en Egipto), que teóricamente debían lealtad al principal linaje real, aunque en la práctica el «rey» era tan solo el *primus inter pares*. Aun así, los monarcas establecidos en Dyanet (la Tanis clásica) eran lo bastante conscientes de su teórica preeminencia como para emprender un grandioso proyecto digno de su estatus faraónico: la transformación de su residencia real en una capital ceremonial tan magnífica como Tebas.

Desde sus humildes orígenes como sustituta de Per-Ramsés, Dyanet creció rápidamente bajo el patrocinio de los reyes del norte hasta convertirse en la mayor

ciudad del delta. Estaba situada en uno de los principales brazos del Nilo, en una zona tan favorable para el comercio como para la pesca y la caza de aves. A fin de crear espacio para los barrios residenciales y los edificios públicos, la primera prioridad era elevar las orillas del brazo principal para ganar tierra en ambos lados. Solo entonces podía empezarse a construir en serio.

Si Dyanet había de ser la equivalente de Tebas en el norte, necesitaba un centro ceremonial igualmente magnífico, un grandioso templo consagrado al dios estatal Amón-Ra. Por desgracia, muchas de las principales canteras de Egipto estaban en el sur, bajo control tebano, y la capacidad económica de los reyes del norte se veía fuertemente restringida. Un real proyecto de construcción a gran escala como los que hubieran podido emprenderse en los días gloriosos del Imperio Nuevo ya no resultaba una propuesta práctica. En cambio, Nesbanebdyedet y sus dos sucesores, Amenemnesu (1045-1040) y Pasebajaenniut I (1040-985), optaron por algo mucho más simple: reciclar monumentos y materiales de construcción de la cercana Per-Ramsés y otros emplazamientos del delta. La antaño deslumbrante residencia ramésida fue sistemáticamente despojada de su piedra, y se desmontaron obeliscos, estatuas y bloques de construcción para ser arrastrados a lo largo de los veinte kilómetros que la separaban de Dyanet y ser montados allí de nuevo. A menudo, los reyes del norte ni siquiera se molestaron en inscribir de nuevo los monumentos saqueados; un indicio más de que solo respetaban de boquilla las ancestrales tradiciones de la monarquía egipcia.

En la cima de una gran colina arenosa, donde en el período ramésida se había creado un cementerio para los lugareños pobres, Pasebajaenniut erigió la obra central de su «Tebas del norte», una serie de templos consagrados a la tríada tebana de Amón-Ra, Mut y Jonsu. Para subrayar la santidad del complejo, lo mandó rodear de un gran muro de ladrillo (en egipcio antiguo, *sagrado y separado* eran la misma palabra) y destinó una zona del recinto del templo a la necrópolis real de su dinastía. Al igual que la combinación de templos divinos y tumbas reales había hecho sagrada a Tebas, lo mismo ocurriría con Dyanet. Según los estándares arquitectónicos del Imperio Nuevo, los reales sepulcros libios de Dyanet resultan bastante deslucidos: cámaras pequeñas e irregulares, construidas con bloques reutilizados y toscamente tallados, sin apenas ornamento o decoración. Pero lo que a la tumba de Pasebajaenniut le faltaba en cuanto a esplendor, lo compensaría con creces su riqueza. Dentro de un gran arcón de granito —robado, irónicamente, de la tumba tebana de Merenptah, el azote de los libios—, la momia del rey yacería sobre una capa de plata, dentro de un ataúd de plata, y con la cara cubierta con una máscara de oro batido. Alrededor del cuerpo se colocarían otros tesoros fastuosos: brazaletes y adornos pectorales taraceados, un grueso collar hecho con cuentas de lapislázuli, cuencos de plata y oro, y un cetro de oro. Hasta los dedos de las manos y de los pies del rey serían recubiertos uno a uno por láminas de oro.

Sin embargo, toda esa opulencia dorada no se utilizaba para diferenciar al rey de sus súbditos, como había sucedido en períodos anteriores; al hombre que compartiría el lugar del último reposo con Pasebajaenniut se le proporcionaría un ajuar igualmente suntuoso. En otro signo característico de los tiempos (y del feudalismo del gobierno libio), este no sería siquiera un príncipe de sangre real, sino simplemente uno de los principales cortesanos del rey. Uendyebaendyedet era un general y líder militar como muchos de su clase, y en Dyanet ostentó el cargo religioso de «alto administrador de Jonsu». Como tal, es posible que actuara como representante del rey en los ritos cotidianos del templo. Pero nada en su tumba da pie a pensar en él como el segundo de a bordo. La cantidad de oro colocado en torno a su cuerpo revelaba su elevado estatus: varias magníficas tazas de oro, incluida una en forma de flor en cuyos pétalos se alternan el oro y el electrum; un «escarabajo del corazón» ensartado en una cadena de oro; adornos pectorales de oro; estatuillas de oro de deidades; una impresionante figurilla del dios Ptah hecha de lapislázuli, que contenía un relicario de oro, y una serie de anillos de oro, uno de ellos robado de la tumba de Ramsés IX.

Este último objeto nos da una pista acerca del origen de tanta riqueza, ya que los reyes de Dyanet y sus leales lugartenientes —así como el resto de los habitantes de su ciudad— obtenían sus objetos funerarios no del comercio o la conquista, sino del reciclamiento y el robo descarado. Con todo, para entender hasta qué punto se había rebajado la monarquía egipcia, hemos de dirigir nuestra mirada hacia el sur, a Tebas.

A diferencia del delta, con sus concentraciones de colonos libios y su tendencia a la descentralización, el Alto Egipto presentaba un panorama muy distinto. Étnicamente mucho más homogéneo, con una abrumadora mayoría de la población formada por egipcios de nacimiento, también la geografía del valle del Nilo se prestaba a la cohesión política. Tebas seguía siendo la ciudad más grande e importante; quienquiera que gobernara Tebas, gobernaba el valle. Así pues, para el Alto Egipto en general, la desintegración del Estado del Imperio Nuevo supuso no la autonomía local, sino otra larga época de dominación tebana.

Pese a su carácter profundamente egipcio, Tebas también había sucumbido a la influencia libia durante «la era de renacimiento» del reinado de Ramsés XI, debido a la presencia de soldados libios en lo más alto del escalafón del ejército egipcio. Y había sido precisamente bajo la junta militar encabezada por Pianj cuando se había iniciado el robo de objetos valiosos de las tumbas reales con el patrocinio del Estado. Estando de campaña en Nubia, Pianj envió una carta a Tebas ordenando al escriba de la necrópolis, Butehamón, y a su ayudante, Kar, «descubrir una tumba entre las de los ancestros y preservar su sello hasta que yo vuelva».[3] Las instrucciones del general a sus cómplices marcaron el principio de una política deliberada consistente en despojar las reales tumbas de su oro para financiar la guerra contra Panehesy y otras ambiciones, más amplias, de Pianj. El hecho de que todo esto sucediera aún bajo el antiguo régimen muestra dónde residía realmente el poder. Una vez que Ramsés XI hubo fallecido, que la monarquía del Imperio Nuevo pasó a la historia y que los

gobernantes militares de Tebas se convirtieron *de facto* en los reyes del Alto Egipto, el desmantelamiento sistemático de la real necrópolis pudo llevarse a cabo abiertamente como parte de la política oficial del gobierno.

En un primer momento, los principales objetivos de los ladrones fueron las tumbas de la XVII Dinastía, los sepulcros de parientes reales del Valle de las Reinas y los templos funerarios de los reyes en las lindes de los terrenos de cultivo. Luego, bajo el pretexto de salvaguardar la integridad de todas las tumbas reales, las autoridades desplazaron su interés al propio Valle de los Reyes. En el cuarto año del gobierno de Herihor (1066), Butehamón recibió la orden de realizar un «trabajo» en la tumba de Horemheb. Era el principio del fin para la necrópolis real. A lo largo de la década siguiente, las tumbas de los faraones del Imperio Nuevo fueron vaciadas una a una. Hasta parece ser que los trabajadores que realizaron la tarea tenían un mapa del valle (seguramente proporcionado por las autoridades) para orientarse durante el saqueo. Su principal objetivo era expropiar las grandes cantidades de oro y otros objetos de valor enterrados en las colinas tebanas. Estos fueron incorporados rápidamente al erario estatal, dejando solo las momias —burdamente despojadas de sus vendajes en busca de joyas ocultas—, las cuales eran transportadas a la imponente oficina de Butehamón en Dyanet para ser «procesadas» y vendadas de nuevo. Apenas sorprende que Butehamón se refiriera a sí mismo, sin un ápice de ironía, como el «supervisor de los tesoros de los reyes». Tan extendido estaba en esa época el robo de tumbas en la necrópolis tebana que hasta los ciudadanos particulares diseñaban sus propios entierros poniendo un énfasis obsesivo en la inaccesibilidad, a fin de dificultar al máximo la tarea de los ladrones.

Aparte del pillaje, el trabajo exploratorio de Butehamón en el Valle de los Reyes tenía un segundo objetivo: identificar un depósito permanente para los cadáveres reales a los que tan burdamente se había sacado de su lugar de reposo. Finalmente, se identificó la tumba de Amenhotep II (situada junto a la de Horemheb) como el sitio ideal. Un fatídico día, en torno al año 1050, los restos sagrados de los divinos monarcas de Egipto fueron reunidos sin más ceremonia y arrojados de cualquier manera a una de las cámaras de la tumba. De ese modo, el gran Amenhotep III terminó en un ataúd grabado para Ramsés III, cubierto a su vez con una tapa que no encajaba, fabricada para Seti II. Merenptah acabó reposando en el ataúd de Sethnajt, mientras que su sarcófago fue enviado al norte, a Dyanet, para ser utilizado en la tumba del nuevo gobernante libio de Egipto (Pasebajaenniut I). En este impío revoltijo, el majestuoso Thutmose IV acabó yaciendo codo con codo con el rey niño Siptah, y los restos del aguerrido militar Sethnajt con la momia, picada por la viruela, de Ramsés V. Aquello representaba una profanación de todo lo que el antiguo Egipto había santificado. Un grupo aún más ilustre de ancestros reales—entre ellos los vencedores de los hicsos, Ahhotep y Ahmose; los fundadores del poblado de los trabajadores, Ahmose Nefertari y Amenhotep I, y los más grandes de todos los faraones guerreros, Thutmose III, Seti I, Ramsés II y Ramsés III— fueron

amontonados en un segundo escondrijo, en la tumba de una reina de la XVII Dinastía, a la espera de un lugar de reposo más seguro y permanente.

El resultado de todo este expolio, oficialmente presentado como «restauración», fue el de proporcionar a los comandantes del ejército y a los sumos sacerdotes de Amón que gobernaban Tebas unas riquezas que superaban con mucho sus anhelos más descabellados. Parte del botín se enviaba al norte, a sus promotores oficiales de Dyanet, para ser enterrado junto con Pasebajaenniut I y su leal lugarteniente Uendyebaendyedet (de hecho, es posible que el «cortesano principal» favorito que terminó rodeado de tanto oro fuera el agente del rey en Tebas, encargado de supervisar el pillaje de las tumbas reales en nombre de su amo). Sin embargo, por cada anillo o adorno pectoral de oro que era transportado río abajo a la capital del norte, se quedaban muchos más en Tebas para incrementar las fortunas económicas y políticas de los gobernantes del sur. Tanto Herihor (1069-1063) como su sucesor en el cargo de sumo sacerdote, Pinedyem I (1063-1033), se sintieron lo bastante seguros de su posición como para atribuirse títulos reales, en un claro desafío a sus señores de Dyanet. Aunque parece que Herihor era reacio a una confrontación directa y limitó sus pretensiones a las partes más recónditas del templo de Ipetsut, Pinedyem no mostró tales reticencias. Las inscripciones oficiales de la segunda y tercera décadas de su gobierno fueron datadas según sus años de «reinado» independiente, sin apenas mención a los reyes de Dyanet. Asimismo, para su tumba en las colinas de Tebas reutilizó ataúdes de la tumba de Thutmose I, añadiendo así en cierta medida el lustre de la XVIII Dinastía a sus pretensiones monárquicas.

Si la institución de la realeza logró sobrevivir al final del reinado ramésida, fue gracias a que lo hizo aprovechándose sin miramientos del pasado.

LA VOLUNTAD DIVINA

Apropiarse de la riqueza y los atributos de la monarquía podía resultar bastante sencillo, pero comprar la legitimidad no lo era tanto. Hasta el mismo final del Imperio Nuevo, los egipcios habían considerado a los libios y a todos los extranjeros con su habitual desdén. Para la población autóctona del valle del Nilo, a la que le resultaba muy fácil tenerse por superior, aquellos hombres hirsutos y ataviados con plumas de las tribus de más allá del Sahara eran en el mejor de los casos mercenarios, y en el peor bárbaros repugnantes. Transcurrida menos de una generación, los mismos libios difícilmente podían esperar ser aceptados como gobernantes legítimos de Egipto, por más que por aquel entonces todos los resortes del poder estuvieran en sus manos.

La solución a su dilema residía, como siempre, en una sutil aplicación de la teología. No fue casualidad que en Dyanet y Tebas se construyeran templos en el mismo centro simbólico del dominio libio. El gran templo de Amón-Ra en Ipetsut

había sido el epicentro religioso de la monarquía del Imperio Nuevo. Al construir una réplica en la capital del norte, Dyanet, Nesbanebdyedet y sus sucesores seguían un propósito absolutamente deliberado: el intento de obtener la aprobación divina para su régimen extranjero colocando al dios supremo en la cúspide de la sociedad. De manera harto conveniente, podrían presentar su política como una continuación del «renacimiento» de Ramsés XI, devolviendo Egipto a su estado prístino en los albores de los tiempos, cuando los dioses gobernaban la Tierra. Pero, en la práctica, esto vino a representar una ruptura decisiva con las formas de gobierno del Imperio Nuevo. La autoridad política suprema se otorgaba ahora explícitamente al propio Amón-Ra. En templos y papiros, el nombre del dios pasó a escribirse en un cartucho real. Cierto documento denominaba a Amón-Ra «el Doble Rey, rey de los dioses, señor del cielo, de la tierra, de las aguas y de las montañas».[4] En los relieves de los templos se representaba a veces a Amón en lugar de al soberano, realizando ofrendas a sí mismo o a otras deidades, y con frecuencia se aludía a él como el verdadero rey de Egipto. El efímero sucesor de Nesbanebdyedet, Amenemnesu, fue aún más lejos al anunciar en su propio nombre que «Amón es el rey». Esta constituía una afirmación extraordinaria.

Si el dios era el monarca, entonces el rey se veía reducido en la práctica al estatus de su «primer sirviente». En Dyanet, Pasebajaenniut adoptó el epíteto de «sumo sacerdote de Amón» como uno de sus títulos reales, incluso encerrándolo en un cartucho como una alternativa a su nombre de trono. En Tebas, su hermanastro Menjeperra (1033-990) fue de hecho sumo sacerdote de Amón, por más que su auténtico poder proviniera de la espada y no del incensario. Esta forma teocrática de gobierno resolvía eficazmente dos problemas al mismo tiempo: hacía teológicamente posible tener más de un «soberano» mortal en un momento dado, puesto que Amón era el único rey verdadero, y ayudaba a que el gobierno libio fuera más aceptable para la población autóctona, sobre todo en Tebas y el Alto Egipto, donde todavía predominaban los egipcios piadosos.

En realidad, la teocracia representaba un conveniente juego de manos, una hoja de parra con la que cubrir la embarazosa realidad de una monarquía fracturada. Pero era importante mantener la ficción, de manera que los oráculos se convirtieron en un instrumento regular de la política del gobierno. Tanto en Dyanet como en Tebas, el dios Amón celebraba «audiencias» y promulgaba decretos como cualquier monarca humano. En la capital del sur, esta tendencia culminó en la institución de una ceremonia regular, la Hermosa Festividad de la Divina Audiencia, en la que el oráculo de Amón se pronunciaba sobre diversos asuntos de Estado. Obviamente, quienes más se beneficiaron de este nuevo tipo de administración, aparte de los propios gobernantes libios, fueron los sacerdotes que oficiaban e interpretaban a los oráculos. Viviendo con un considerable lujo en el recinto sagrado de Ipetsut, miraban por sus propios intereses al tiempo que servían a su divino señor.

Su devoción tanto a la divinidad como al dinero salió a la luz de una forma especialmente llamativa durante el pontificado de Pinedyem II (985-960). En Ipetsut estalló una agria disputa entre las dos clases de sacerdotes —los «sirvientes del dios» y los «puros»— por el acceso a los ingresos del templo. Los sirvientes del dios, por constituir el más veterano de los dos grupos, guardaban celosamente su acceso especial al sanctasanctórum, velado a los demás mortales. Este privilegio comportaba a la vez el acceso a las ofrendas en forma de comida, bebida y otros productos que se depositaban ante la estatua de culto de Amón durante el oficio diario del templo. Una vez que Amón había «terminado» con ellas, dichas ofrendas se recogían y redistribuían regularmente entre los sirvientes del dios, lo que representaba para ellos una buena fuente de ingresos. En cambio, a los puros no se les permitía acceder al santuario, y en lugar de ello se les empleaba para realizar otras tareas auxiliares en las partes externas del templo. Una de dichas tareas consistía en transportar la barca-altar de Amón cuando esta abandonaba el santuario para participar en procesiones, tanto en el interior del recinto del templo como fuera de sus muros, por las calles de Tebas. En tiempos antiguos, este cometido de portadores había pasado inadvertido, pero ahora que los oráculos divinos habían pasado a desempeñar un papel primordial en los asuntos de Estado, los sutiles movimientos de la barca-altar de Amón a su paso por la ciudad revestían una trascendencia enorme. Una embestida repentina o una fugaz inclinación podían interpretarse como una señal de la voluntad del dios, con consecuencias para el clero, para el reino tebano y para todo Egipto. Los humildes portadores de la estatua se dieron cuenta de que el destino de toda la nación descansaba, bastante literalmente, sobre sus hombros, y no tardaron en aprovechar esa influencia en su propio beneficio económico. Su demanda de un trozo más grande del pastel les llevó a un conflicto directo con los sirvientes del dios; una nueva realidad política había venido a interferir en los antiguos privilegios.

Tan grande era la riqueza material del clero de Amón, sobre todo en Tebas, que la clase dirigente libia empleaba todos los medios de que disponía para obtener puestos lucrativos en sus templos. Las esposas e hijas desempeñaban un papel especialmente relevante, ayudando a conseguir poder económico y político para su clan al presentarse ellas mismas como candidatas a puestos prestigiosos en la jerarquía sacerdotal. En el plazo de unas generaciones, el cargo de «esposa del dios Amón» llegó a eclipsar incluso al de sumo sacerdote.

Por más que los gobernantes posramésidas de Tebas se calificaran a sí mismos de sumos sacerdotes de Amón y afirmaran recibir sus órdenes de la propia deidad suprema, la verdadera base de su autoridad política era la mera fuerza bruta. Era el poder del ejército, no la sanción divina, lo que sustentaba su régimen. Herihor y sus sucesores eran estrategas lo bastante experimentados como para darse cuenta de que el poder coercitivo era el instrumento más eficaz de gobierno. Así, ya desde un primer momento se propusieron reforzar su dictadura militar por medio de la arquitectura de la opresión: una cadena de instalaciones fortificadas repartidas por

todo el Alto Egipto. Los primeros eslabones de esa cadena eran cinco fuertes situados en la franja norte del valle del Nilo; unos fuertes que, irónicamente, habían sido construidos por los faraones ramésidas para mantener a los libios fuera de Egipto. Hacia el final del reinado de Ramsés XI, todos ellos habían caído en manos libias, y se usaron como trampolín para la conquista del país entero, lo cual permitió a los nuevos caudillos de Egipto controlar el tráfico del Nilo y aplastar rápida e implacablemente cualquier insurrección local. Apenas sorprende que el gobierno de los generales se estableciera sin apenas resistencia antes de que el cadáver del último Ramsés se hubiera enfriado en su tumba.

La principal de entre las fortalezas del norte era la de Tuedyoi (la actual El-Hiba), que dominaba la orilla oriental del Nilo justo al sur de la entrada al Fayum. Señalaba la frontera norte del reino tebano, y era la residencia principal de los «comandantes del ejército y sumos sacerdotes». Resulta revelador que, desde Pianj, los generales que gobernaron Tebas visitaran la gran ciudad solo en días señalados y durante las festividades, prefiriendo la seguridad de su búnker del norte a su palacio urbano rodeado de asentamientos autóctonos. Tal vez fueran conscientes de lo impopular que resultaba su gobierno para la mentalidad tradicional de la población del sur.

Las tensiones que bullían en el Alto Egipto estallaron muy pronto, en un momento de debilidad del régimen militar. Cuando Pinedyem I se convirtió en monarca, designó a su hijo mayor, Masaharta, para que le sucediera como sumo sacerdote de Amón. Que alguien con un nombre tan descaradamente libio estuviera al frente del clero de Amón debió de resultar una afrenta para muchos egipcios; pero tampoco tenían otra opción. Sin embargo, cuando Masaharta murió de repente en 1044, ocupando ya el cargo, la población tebana vio su oportunidad y se rebeló. El sucesor de Masaharta, su hermano pequeño Dyedjonsuiuefanj, fue obligado a dimitir tras el más breve de los mandatos (para las mentes escépticas, su rápida caída en desgracia demostraría sin duda la poca fiabilidad de los oráculos divinos; a pesar de llevar un nombre que significaba «Jonsu ha dicho que vivirá», la suerte de Dyedjonsuiuefanj la decidieron fuerzas más bien humanas).

Por un momento pareció que el Alto Egipto podría recuperar su independencia, pero unos comandantes militares no iban a rendirse sin luchar. Desde la seguridad de Tuedyoi, Pinedyem proclamó de inmediato sumo sacerdote a su tercer hijo, Menjeperra, y lo envió al sur «con valentía y fuerza para pacificar la tierra y someter a su enemigo».[5] Con el pleno apoyo del ejército, Menjeperra sofocó la revuelta y reafirmó la autoridad de su familia sobre Tebas. Los cabecillas de la rebelión fueron capturados y desterrados a los oasis del Desierto Occidental, conmutando sus penas de muerte por el exilio interior quizá para evitar alimentar un mayor resentimiento entre la población local. Solo después de un intervalo de algunos años, con las llamas de la resistencia ya plenamente sofocadas, se permitió volver a los exiliados (aunque Menjeperra se reservó el terrible derecho de ejecutar a cualesquiera futuros conspiradores que amenazaran su vida).

Para que quedara claro el mensaje, ordenó construir una nueva serie de fortalezas mucho más cerca de Tebas, en emplazamientos estratégicos tanto en la orilla oriental como en la occidental. Como sucedería con los castillos normandos en Inglaterra, las fortalezas libias dominaban todo el valle del Nilo, como un recordatorio cotidiano para la población autóctona de que ahora era un pueblo sometido en su propia tierra. También se fortificaron los asentamientos civiles a lo largo y ancho del país. Los egipcios se rodeaban de altas murallas para dejar fuera un mundo cada vez más terrible y desconocido.

UNA REPUTACIÓN EN RUINAS

En los últimos días del reinado de Ramsés XI, el general Pianj había planteado en una de sus cartas a casa una pregunta retórica cargada de intención: «¿Quién queda todavía por debajo del faraón?».[6] La respuesta estaba implícita en la propia pregunta. En aquel momento el poder real menguaba con rapidez, y el ancestral modelo de gobierno faraónico estaba a punto de transformarse radicalmente. La división formal de Egipto entre un linaje de reyes en Dyanet, por una parte, y, por otra, sus parientes cercanos, los comandantes del ejército y los sumos sacerdotes de Amón, en Tebas, no hacía sino deslucir todavía más la reputación de la monarquía egipcia.

Asimismo, la prolongada guerra de Pianj contra el virrey de Kush, Panehesy, había fracasado notoriamente a la hora de restablecer el control egipcio sobre Nubia. Sin contar ya con el acceso a las importantísimas minas de oro y a las rutas comerciales subsaharianas, la economía de Egipto se tambaleaba. La pérdida de las colonias en Oriente Próximo asestó otro duro golpe al prestigio faraónico, reduciendo los ingresos estatales procedentes del comercio mediterráneo. Por más que Herihor y Nesbanebdyedet hubieran sido capaces de movilizar la mano de obra y los recursos nacionales como en los viejos tiempos, las menguadas arcas del Estado simplemente no habrían podido sustentar proyectos de construcción ambiciosos. Todo lo que pudieron hacer los reyes del norte fue demoler los monumentos de Per-Ramsés y utilizar los bloques de piedra de segunda mano para construir su capital ceremonial. La mayoría de ellos ni siquiera se molestaron en dejar constancia de sus logros en Tebas, como hicieran todos sus precursores del Imperio Nuevo.

El régimen militar de Herihor podría haber intentado recuperar cierto prestigio internacional emprendiendo alguna campaña al tradicional estilo faraónico. Pero Nubia estaba demasiado lejos y era peligrosa, y Oriente Próximo estaba separado de Tebas por el reino del norte. Además, y sobre todo, tanto las autoridades militares como las guarniciones se centraban principalmente en garantizar la seguridad interna, lo que apenas les dejaba oportunidades o ganas de emprender aventuras en el extranjero.

Nada ilustra mejor el precipitado declive de la reputación internacional de Egipto que la *Historia de Unamón*, un texto escrito en los primeros años del gobierno de Herihor. Fuera realidad o ficción, el caso es que toma como su *leitmotiv* la abrupta caída del estatus de Egipto en la escena mundial, y a veces hasta parece deleitarse en la embarazosa situación del país en manos de sus antiguos vasallos. Según la *Historia*, Unamón, un sacerdote de Ipetsut, fue enviado por Herihor a Kebny en 1065, a recoger un cargamento de cedro para la barca-altar de Amón-Ra. Las colinas del Líbano habían sido la principal fuente de suministro de cedro para Egipto durante dos milenios, y el hecho de que se realizara una expedición a Kebny patrocinada por el Estado no suponía nada inusual. Tras hacer un alto en Dyanet para presentar sus respetos al rey Nesbanebdyedet y a la reina Tentamón, Unamón zarpó finalmente rumbo a Kebny bordeando la costa, tal como habían hecho incontables expediciones durante siglos. Pero no bien hubo echado el ancla en el puerto de Dor, en el sur de Palestina, cuando fue robado por su propia tripulación. Las súplicas de Unamón al gobernante de Dor para que le diera una indemnización cayeron en saco roto, y el desventurado enviado pasó nueve días en el puerto, abandonado a su suerte, antes de poder zarpar de nuevo. A su llegada a Tiro, Unamón decidió recurrir también él al robo, y se apoderó de un barco que pertenecía a los habitantes tyeker locales (los mismos tyeker que, junto con otros Pueblos del Mar, habían invadido Egipto un siglo antes, durante el reinado de Ramsés III). Tras escapar al amanecer para evitar ser visto, con las consiguientes represalias, Unamón llegó finalmente a su destino, Kebny, solo para ver cómo el gobernante local le denegaba la entrada en el puerto. En las nuevas circunstancias del siglo XI a.C., distintas de las de antaño, a un enviado egipcio sin documentos o regalos podían echarlo con cajas destempladas, exactamente igual que a cualquier otro visitante no deseado. Ello representaba una situación muy embarazosa, tanto para Unamón como para sus superiores egipcios. Hubo de aguardar casi un mes a que le enviaran el dinero desde Egipto, mientras soportaba constantemente las pullas del gobernante de Kebny. Al final, Unamón recibió el cargamento de madera, evitó por los pelos ser detenido por robo (ya que los tyeker le dieron alcance) y huyó de nuevo, esta vez a Chipre, donde los lugareños lo recibieron amenazando con matarlo. En ese punto se interrumpe la *Historia*, pero su tónica general resulta evidente.

En los lejanos días de la XII Dinastía, otro gran clásico literario, la *Historia de Sinuhé*, también había empleado como argumento las andanzas de un egipcio en el extranjero. El contraste entre la suerte de Sinuhé y la de Unamón no podría ser mayor. Mientras que el primero había irradiado el poder egipcio entre sus anfitriones palestinos, ahora se habían cambiado completamente las tornas. ¡Cuánto había caído el poderoso!

Una última humillación aguardaba a Egipto en sus relaciones con sus antiguas posesiones imperiales en Oriente Próximo. Si hemos de creer al pie de la letra lo que se dice en un fragmentario relieve del rey Siamón (970-950) de Dyanet, este

gobernante libio realizó una incursión en el sur de Palestina y tal vez tomó la importante población de Gezer. Pero, en lugar de anexionarla a Egipto o de entregar sus tesoros al templo de Amón, como habría hecho en los viejos tiempos cualquier faraón que se respetara, parece que Siamón utilizó el botín para ganarse los favores de la superpotencia local; según el libro bíblico de los Reyes, el botín de Gezer fue entregado, junto con la propia hija del faraón, al rey Salomón de Israel.[7]

En la práctica diplomática del Imperio Nuevo, el faraón solía tomar en matrimonio a las hijas de otros reyes para cimentar alianzas estratégicas, pero jamás habría aceptado que se utilizara del mismo modo a una princesa egipcia. Por entonces, en el siglo X, Egipto debía afrontar la incómoda verdad: desgarrado por sus divisiones internas, ya no representaba una fuerza con la que había que contar, sino que simplemente era otro actor secundario en el mundo febril de la política de poder en Oriente Próximo. La estrella de Egipto se había apagado, su reputación estaba hecha añicos, y parecía haber muy pocas perspectivas de un retorno al poderío y la majestad del Imperio Nuevo.

Pero había como mínimo un gobernante libio que pensaba de manera distinta.

20
Un trono deslucido

JERUSALÉN, LA DORADA

Puede que la separación de las Dos Tierras en sus partes constituyentes fuera la nueva realidad política, pero seguía siendo un anatema para la ideología tradicional egipcia, que acentuaba el papel unificador del rey y consideraba que la división era el triunfo del caos. Como habían mostrado los hicsos cinco siglos antes, el peso y la antigüedad de las creencias faraónicas otorgaban a estas cierta tendencia a acabar imponiéndose. Y en la medida en que la élite libia pasó a estar más firmemente arraigada y más segura en su ejercicio del poder, ocurrió algo curioso: en ciertos aspectos importantes empezó a adoptar las costumbres autóctonas.

Fue en Tebas, el corazón de la ortodoxia faraónica, donde se manifestaron los primeros síntomas de un retorno a las antiguas formas. Tras el «reinado» de Pinedyem I (1063-1033), los sumos sacerdotes posteriores evitaron los títulos reales y dataron sus monumentos, en cambio, según los reinados de los monarcas en Dyanet. No es que hombres como Menjeperra, Nesbanebdyedet II y Pinedyem II fueran en absoluto menos autoritarios o despiadados que sus precursores, pero sí estaban dispuestos a reconocer la autoridad suprema de un solo monarca. Este hecho suponía un cambio importante, por más que sutil, con respecto a la filosofía imperante, y reabría la posibilidad de una reunificación política en algún momento del futuro.

Ese momento llegó a mediados del siglo x. Hacia el final del reinado de Pasebajaenniut II (950-945), el control de Tebas había pasado a manos de un carismático y ambicioso cacique libio de Bast, un hombre llamado Sheshonq. Como «gran jefe de jefes», parece que fue la figura más poderosa de los círculos palaciegos. Además, mediante el matrimonio de su hijo con la hija mayor de Pasebajaenniut, Sheshonq reforzó sus vínculos con la familia real. No anduvo errado en sus cálculos; tras la muerte de Pasebajaenniut, Sheshonq se encontró en el lugar ideal para ocupar el trono. La coronación de este cacique marca no solo el principio de una nueva dinastía (identificada como la XXII), sino también el comienzo de una nueva era.

Desde un primer momento (945-925), y en su deseo de centralizar el poder, restableció la autoridad política del rey y restituyó Egipto a su forma de gobierno tradicional (el Imperio Nuevo). En lo que representaba una ruptura con la práctica más reciente, dejó de utilizarse a los oráculos como un instrumento regular de la política del gobierno. La palabra del rey siempre había sido la ley, y Sheshonq se veía perfectamente capaz de decidir por sí mismo sin la ayuda de Amón. Solo en la remota Nubia, en el gran templo de Amón-Ra en Napata, la institución del oráculo divino

sobrevivió en su forma más completa (lo que tendría consecuencias a largo plazo para la historia del valle del Nilo).

A pesar de su nombre y su origen manifiestamente libios, Sheshonq I seguía siendo el soberano incuestionable de todo Egipto. Además, utilizó un método práctico para imponer su voluntad sobre la mentalidad tradicional del sur y para refrenar la reciente tendencia hacia la independencia de Tebas; nombrando a su hijo sumo sacerdote de Amón y comandante del ejército, se aseguró la lealtad absoluta del Alto Egipto. Asimismo, otros miembros de la familia real y partidarios de la dinastía fueron designados para ocupar cargos importantes en todo el país, al tiempo que se alentaba a los gerifaltes locales a emparentarse por matrimonio con la casa real a fin de consolidar su lealtad. Cuando el «tercer profeta» de Amón se casó con la hija de Sheshonq, el rey supo que se había metido en el bolsillo al clero tebano. Era como en los viejos tiempos.

Para demostrar su recién descubierta supremacía, Sheshonq consultó los archivos y centró su atención en las actividades que tradicionalmente se esperaba que ejerciera un rey egipcio. Ordenó que se reabrieran las canteras y se sentó con sus arquitectos a planear ambiciosos proyectos de construcción. Aunque ordenó nuevos traslados de faraones del Imperio Nuevo desde sus tumbas en el Valle de los Reyes, se esforzó, no obstante, en definirse como un gobernante piadoso, y aprovechó activamente cualquier oportunidad para hacer donaciones a los grandes templos de Egipto. Por primera vez en más de un siglo, se tallaron finos relieves en las paredes de los templos para registrar los logros del monarca, por más que el rey en cuestión no disimulara en absoluto su linaje libio. Pero, pese a la piedad y la propaganda, el arte y la arquitectura, Sheshonq sabía que le faltaba todavía un elemento. En los viejos tiempos, ningún faraón digno de tal nombre se habría limitado a permanecer ocioso mientras el poder y la influencia de Egipto declinaban en la escena mundial. Todos los grandes soberanos del Imperio Nuevo habían sido reyes guerreros, listos para salir en cuanto hiciera falta a defender los intereses de Egipto y ensanchar sus fronteras. Había llegado el momento de volver a entrar en acción, de reactivar de nuevo la política exterior imperialista del país, durante tanto tiempo aletargada, de mostrar al resto de Oriente Próximo que Egipto seguía vivo.

En el 925, un incidente fronterizo proporcionó la excusa perfecta. Con un poderoso ejército de guerreros libios, complementado, a la manera clásica, por mercenarios nubios, Sheshonq partió de su capital en el delta para reafirmar la autoridad egipcia. Según las fuentes bíblicas,[1] estaba en juego una turbia política de poder: Egipto sembraba cizaña entre las potencias de Oriente Próximo y aprobaba, si es que no alentaba activamente, la división del que había sido el poderoso reino israelita de Salomón en dos territorios mutuamente hostiles. Fuera cual fuese el contexto exacto, el caso es que, después de aplastar a los miembros de las tribus semitas que se habían infiltrado en Egipto por la zona de los Lagos Amargos, las fuerzas de Sheshonq se dirigieron directamente a Gaza, el lugar desde donde

tradicionalmente se organizaban las campañas contra el territorio de Oriente Próximo en general. Tras tomar la ciudad, el rey dividió su ejército en cuatro partes (en un lejano eco de las cuatro divisiones que organizara Ramsés II en Qadesh). Envió una fuerza de asalto hacia el sudeste, al desierto del Négev, con la misión de tomar la fortaleza, estratégicamente importante, de Sharuhen. Otra columna puso rumbo al este, hacia los asentamientos de Beerseba y Arad, mientras que un tercer contingente se dirigió al nordeste, hacia Hebrón y las poblaciones montañosas fortificadas de Judá. El grueso del ejército, encabezado por el propio rey, continuó hacia el norte siguiendo la ruta de la costa, para luego dirigirse hacia el interior a fin de atacar Judá desde el norte.

Según los cronistas bíblicos, Sheshonq «tomó las ciudades fortificadas de Judá y llegó hasta Jerusalén».[2] Curiosamente, la capital de Judá no aparece en modo alguno en el relato de las conquistas que Sheshonq haría grabar en los muros de Ipetsut para conmemorar su campaña; pero quizá aceptara dinero a cambio de no asaltar sus murallas. Es posible que el lamento de la ciudad —«él se llevó los tesoros de la Casa del Señor y los tesoros de la casa del rey; él se lo llevó todo»—[3] sea un auténtico reflejo de los acontecimientos.

Con Judá completamente subyugada, el ejército egipcio prosiguió su devastador avance por Oriente Próximo. Su siguiente objetivo era lo que quedaba del reino de Israel, con su nueva capital en Shechem, el escenario de una célebre victoria de Senusert III casi un milenio antes. También en otras localidades resonaría el eco de los siglos, ya que los egipcios tomaron Beth-Shan (una de las bases estratégicas de Ramsés II), Taanach y finalmente Megido, escenario de la gran victoria de Thutmose III en 1458. Decidido a asegurarse un lugar en la historia y a demostrar que no tenía nada que envidiar al gran faraón guerrero de la XVIII Dinastía, Sheshonq ordenó erigir una inscripción conmemorativa dentro de la fortaleza de Megido. Habiendo obtenido, pues, una victoria aplastante, dirigió a su ejército de nuevo hacia el sur, a través de Aruna y Yehem, hasta Gaza, cruzando la frontera en Rafia (la actual Rafah) y regresando desde allí a territorio egipcio por el denominado «camino de Horus». Una vez de vuelta sano y salvo en Egipto, Sheshonq cumplió con la tradición encargando una nueva e importante ampliación del templo de Ipetsut y decorando su monumental puerta de entrada con las escenas de su triunfo militar. En ellas se representa al rey golpeando a sus enemigos asiáticos mientras el dios supremo Amón y la personificación de la «victoriosa Tebas» observan con aprobación.

Sin embargo, si se suponía que todo este blandir de espadas y ondear de banderas era el anuncio de una nueva era de poder faraónico, Egipto debió de quedar profundamente decepcionado. Antes de que pudieran siquiera completarse los trabajos de Ipetsut, Sheshonq I murió repentinamente. Sin su real patrocinador, el proyecto fue abandonado y los cinceles de los trabajadores enmudecieron. Y lo que sería aún peor: los sucesores de Sheshonq mostrarían una lamentable falta de ambición, pues volverían con excesiva facilidad al anterior modelo de gobierno del

laissez-faire y se contentarían con unos limitados horizontes políticos y geográficos. El transitorio renacimiento de Egipto en la escena mundial había sido un espejismo. La renovada autoridad del país en Oriente Próximo se desvanecería tan rápidamente como se había establecido. Y, lejos de dejarse intimidar por la breve demostración de autoridad real de Sheshonq I, Tebas se mostraría cada vez más frustrada por el gobierno del delta.

El fantasma de la desunión volvería a acechar en las calles de la ciudad.

PROBLEMAS Y CONFLICTOS

La política de Sheshonq I de poner a su hijo al mando de Tebas había tenido éxito en su objetivo de situar el sur bajo el control del gobierno central. Este logro, así como el empuje y la determinación de Sheshonq, habían hecho posible su campaña palestina, lo cual, a su vez, le dio al rey la posibilidad de movilizar tropas y obtener suministros de todo Egipto, además de reclutar mercenarios de Nubia. Pero las tensiones étnicas entre la población del Alto Egipto, mayoritariamente egipcia, y los gobernantes libios del país estaban constantemente a flor de piel, y la capital Dyanet se hallaba a una distancia enorme de Tebas, tanto cultural como geográficamente. Era solo cuestión de tiempo que el resentimiento del sur se desbordara.

El rey que tentó demasiado a la suerte fue el bisnieto de Sheshonq I, Osorkon II (874-835). Durante su largo reinado prodigó una atención especial al hogar de sus ancestros, Bast, y en particular a su templo principal, consagrado a la diosa gato Bastet. La más impresionante de todas las obras que encargó fue una «sala de festividades» para celebrar sus primeros treinta años en el trono. La sala, situada en la entrada del templo, estaba decorada con escenas de las ceremonias de jubileo, muchas de las cuales se remontaban a los albores de la historia egipcia. En su concepción, era un monumento faraónico tradicional hasta el último detalle, y también en su ejecución resistía perfectamente la comparación con los grandiosos edificios del Imperio Nuevo. Pero su emplazamiento —la remota zona central del delta en lugar de la capital religiosa, Tebas— delataba los orígenes provincianos de su patrocinador. Osorkon II subrayó todavía más su lealtad hacia su ciudad natal construyendo un nuevo templo en Bast, consagrado al hijo de Bastet, el dios león Mahes. Pese a ello, lejos de admirar a su «leonino» soberano por tales obras piadosas, los tebanos lo miraban con repugnancia.

A la larga, la frustración del Alto Egipto excedió todos los límites. Los habitantes de Tebas querían desesperadamente la autonomía, de modo que buscaron a un cabecilla que liderara el cambio. La elección, no demasiado injustificadamente, recayó en el sumo sacerdote de Amón, Horsiese. El hecho de que fuera primo segundo de Osorkon II importaba menos que la potencia simbólica de su cargo. Como jefe del clero de Amón, Horsiese representaba la fuerza económica y política

de Ipetsut, y del Alto Egipto en general. De manera que, en mitad del reinado de Osorkon II, Horsiese se plegó a la opinión local y se proclamó diligentemente rey de Tebas. Dos siglos antes, y de forma parecida, los sumos sacerdotes se habían atribuido títulos reales y habían gobernado en el sur como una «contradinastía», separada del principal linaje real del delta, pero unida a él por lazos familiares. Era evidente que tanto Horsiese como sus partidarios habían estudiado su propia historia.

La declaración de independencia de Tebas marcó el final del reino unificado de Sheshonq I, el final de su sueño de crear una superpotencia y el retorno al Estado fracturado de la era posramésida. Pero al entonces soberano, Osorkon II, eso no parecía importarle. Para él, el traspaso de poder a las provincias era una honorable tradición, que sin duda se acomodaba sin mayores problemas en el sistema tribal de alianzas que había heredado de sus antepasados nómadas. Podía tolerar a gobernantes disidentes, con tal de que fueran parientes suyos; el sistema libio consistía en que todo quedara en familia.

En realidad, el «reinado» independiente de Horsiese fue efímero. Las relaciones con el delta siguieron en gran medida como antes, y cualquier idea de una verdadera independencia tebana se quedó en una mera ilusión. Pero el clero de Amón, que ahora había paladeado el dulce sabor de la autodeterminación, no tenía el menor interés en volver a un control centralizado. Se había restablecido el principio de autonomía del sur, aparentemente con la aprobación tácita del linaje real principal. Se había abierto la caja de los truenos. En lo sucesivo, el templo y la corona marcharían por caminos separados, lo que tendría profundas consecuencias para la civilización egipcia.

En el año 838, el nuevo sumo sacerdote de Amón, Takelot, nieto del propio Osorkon II, recogió el testigo donde su predecesor lo había dejado, proclamándose rey (con el nombre de Takelot II) y estableciendo una «contradinastía» oficial en Tebas. Osorkon murió justo tres años después, reconciliado, al parecer, con la división explícita de su reino y la reducción de su estatus real. En sus objetos funerarios, se había hecho representar sometiéndose al «peso del corazón» para decidir si había sido lo bastante bueno como para obtener la resurrección con Osiris en el inframundo. En el pasado, los reyes habían disfrutado (o supuesto que disfrutaban) de un pasaporte automático al más allá; solo los mortales debían afrontar el juicio final. Pero Osorkon no estaba tan seguro con respecto a en qué lado de la línea estaba. En un gesto de despedida, el fiel comandante del ejército del difunto rey grabó un lamento en la entrada de la tumba real; pero este era un canto fúnebre para un compañero, no una elegía para un monarca divino. A los seis años de la muerte de Osorkon II, en Tebas había desaparecido incluso el reconocimiento esporádico de la dinastía del norte, y todos los monumentos y documentos oficiales se fechaban ya en función de los años del reinado independiente de Takelot II (838-812). Todo el Alto Egipto, desde la fortaleza de Tuedyoi hasta la primera catarata, reconocía al rey

tebano como su monarca. El futuro del sur estaba ahora en manos de Takelot y sus herederos.

Pero no todos en Tebas se alegraron de ese giro de los acontecimientos. Takelot y su familia tenían sus detractores, y su monopolio *de facto* de las grandes riquezas del clero de Amón provocaba un fuerte resentimiento, sobre todo entre algunos parientes celosos que albergaban sus propias ambiciones. Si bien el sistema feudal libio permitía la autonomía regional, también alentaba encarnizadas disputas entre las diferentes ramas del extenso clan real. Cuando había transcurrido solo una década del reinado de Takelot II, uno de sus parientes lejanos, un hombre llamado Padibastet (quizá un hijo de Horsiese) decidió probar suerte. En el 827, con el apoyo tácito del rey del norte, se proclamó soberano de Tebas y se opuso directamente a Takelot. Ahora había dos pretendientes rivales para la corona del sur. Para un libio de pura cepa como Takelot, solo había una solución a la crisis: la acción militar. Desde la seguridad de su cuartel general fortificado en Tuedyoi —bautizado, con la falta de modestia característica, como «el Peñasco de Amón, el del Gran Rugido»—, envió a Tebas a su hijo y heredero, el príncipe Osorkon, que zarpó hacia el sur con una escolta armada para expulsar al pretendiente y reivindicar su legítimo derecho.

Finalmente se impuso la fuerza, y «lo que había sido destruido en cada ciudad del Alto Egipto fue restablecido. Se liquidó a los enemigos … de esta tierra, que se había sumido en la confusión».[4] A su llegada a Tebas, el príncipe Osorkon participó en una procesión religiosa para confirmar sus credenciales piadosas, antes de recibir el homenaje de todo el clero de Amón y de todos los gobernadores de distrito. Atemorizados, todos ellos efectuaron una declaración pública jurando que el príncipe era «el valeroso protector de todos los dioses», el elegido de Amón «entre cientos de miles para llevar a cabo los deseos de su corazón».[5] Y sin duda hicieron bien, sabiendo como sabían cuál era la alternativa. Una vez recuperado el control, el príncipe Osorkon no tuvo piedad con los rebeldes (algunos de los cuales eran sus propios funcionarios). En su inscripción conmemorativa de la victoria, describe cruelmente cómo los encadenaron con grilletes, los hicieron desfilar ante él y luego los mataron «como cabras la noche del banquete del Sacrificio Vespertino».[6] Como una brutal advertencia para otros, «todos fueron pasto de las llamas en el lugar del crimen».[7]

Con sus enemigos reducidos a cenizas en todos los sentidos, el príncipe Osorkon empezó a poner orden en los asuntos tebanos. Comprobó los ingresos del templo, atendió demandas, presidió el nombramiento de funcionarios menores y promulgó una serie de nuevos decretos; una actividad administrativa que vino acompañada de una advertencia:

> Con respecto a aquel que contravenga esta orden que he promulgado, será sometido a la ferocidad de Amón-Ra, la llama de Mut lo doblegará con su ira y su hijo no le sucederá.[8]

A lo que añadía, modestamente, «mientras que mi nombre se mantendrá firme y perdurará por toda la eternidad».[9] Las piedras de Ipetsut debieron de hacerse eco de sus palabras en señal de aprobación; después de todas las vicisitudes de la historia reciente, volvía a haber un príncipe a la antigua usanza.

Al año siguiente, el príncipe Osorkon viajó a Tebas nada menos que en tres ocasiones, para participar en importantes festividades y presentar ofrendas a los dioses. Obviamente, había calculado que incrementando sus apariciones públicas podría ganarse a los indecisos y evitar nuevos problemas. Pero estaba totalmente equivocado. Lejos de intimidar a los disidentes, el cruel trato que había infligido a los rebeldes no había hecho sino alimentar el resentimiento y el odio entre el clero, y en el 823 estalló una segunda rebelión a gran escala, de nuevo con Padibastet como cabeza visible. La «gran convulsión» desembocó en una guerra civil abierta, con familias y colegas divididos entre las dos facciones. Sin embargo, esta vez se cambiaron las tornas y Padibastet fue el vencedor, gracias al apoyo de algunos altos funcionarios tebanos. El nuevo gobernante se apresuró a consolidar su posición situando a sus hombres en diversos altos cargos. Así perdieron Tebas el príncipe Osorkon y su padre, Takelot II, que se retiraron a su fortaleza del norte para lamerse las heridas y lamentarse de su suerte, de los «años transcurridos en que uno hacía presa en su prójimo sin impedimentos».[10]

Pero si algo habían mostrado los recientes acontecimientos, era que los sacerdotes de Tebas eran amigos volubles. Tan solo una década después, el príncipe Osorkon estaba de nuevo en Tebas, restituido como sumo sacerdote de Amón ante la servil aclamación de sus seguidores: «Seremos felices gracias a ti pues no tienes ningún enemigo, ya que estos son inexistentes».[11] Por supuesto, todo era mera palabrería. Padibastet no se había marchado, y la muerte poco tiempo después del padre del príncipe Osorkon, Takelot II, no hizo sino fortalecer a la facción rival. En una tercera rebelión, ocurrida en el 810, Padibastet se hizo con el control de Tebas una vez más; pero en el 806 el príncipe Osorkon estaba de nuevo en la ciudad realizando generosas ofrendas a los dioses. Un año después, Padibastet ganaba otra vez la mano. La facción del príncipe no pudo superar tan fácilmente este último revés, y Osorkon se retiró de nuevo al «peñasco de Amón» para meditar sobre su siguiente paso.

Finalmente, la muerte de Padibastet en el 802 trastocó de nuevo las cosas, ya que su sucesor no mostró ni de lejos la misma determinación. Así pues, en el 796, casi una década después de su última expulsión, el príncipe Osorkon zarpó de nuevo rumbo a Tebas. Esta vez no quiso correr riesgos. Su hermano, el general Bakenptah, era el comandante de la fortaleza de Heracleópolis, y, por tanto, estaba en condiciones de reunir un importante contingente militar. Juntos, los dos hermanos asaltaron la ciudad de Amón y «derrocaron a todos los que habían luchado contra ellos».[12]

Después de una lucha por el poder que duró tres décadas, el príncipe Osorkon pudo finalmente reclamar de manera incontestable la corona de Tebas. Durante los

ochenta años siguientes, bajo su gobierno y el de sus sucesores, el destino de Tebas y del Alto Egipto estaría ligado de hecho al de los descendientes de Takelot II, tal como había esperado el viejo rey. La devoción pública de la familia a Amón de Ipetsut había dado sus frutos. Sin embargo, lejos de allí, al sur de Egipto, en la distante Alta Nubia, otra familia de gobernantes, aún más devotos en su adhesión al culto de Amón, había estado observando con creciente alarma la confusión que reinaba en Tebas. A su juicio, unos creyentes auténticos jamás soportarían tal discordia en la ciudad sagrada del dios supremo. Así que llegaron a una cruda conclusión: solo una acción decidida podía limpiar a Egipto de su impiedad; había llegado el momento de librar una guerra santa.

EL CRUZADO NEGRO

Durante el apogeo de la XVIII Dinastía, las aplastantes victorias de Thutmose I y Thutmose III en Nubia habían impuesto el dominio egipcio en el sur hasta la cuarta catarata y habían despedazado el reino de Kush. Pero despedazado no significaba eliminado. Una y otra vez en la historia, el pueblo nubio había demostrado una resistencia asombrosa, y una extraña capacidad para agazaparse, esperar el momento y levantarse de nuevo en cuanto los egipcios se habían dado la vuelta. Tras el colapso del Imperio Nuevo habían hecho exactamente eso, volviendo al punto de partida. Kush renació como la potencia dominante, y sus gobernantes, de nuevo señores de su propia tierra, se enriquecieron gracias al comercio con el África subsahariana. A mediados del siglo IX a.C. —justo cuando Tebas rompía con el gobierno del delta—, se construían tumbas suntuosas con su estilo autóctono, infinitamente más impresionantes que los patéticos sepulcros de sus contemporáneos libios en Egipto.

Asimismo, los gobernantes de Kush se consideraban superiores en otro aspecto importante: creían seriamente que eran los verdaderos custodios de la realeza egipcia. Esta asombrosa convicción era un legado del imperialismo del Imperio Nuevo. Cuando Thutmose I invadió Kush, se llevó consigo no solo batallones de soldados egipcios, sino también al sumo sacerdote de Amón. Su objetivo no había sido simplemente subyugar al «abominable Kush», sino también convertir a la «verdadera» religión a sus paganos habitantes. Con ese mismo fin, Thutmose III había construido un gran templo a Amón al pie de la montaña más sagrada de la Alta Nubia, Gebel Barkal. Los propagandistas egipcios habían afirmado que la montaña era la residencia meridional de Amón y un equivalente nubio de Ipetsut. Además, habían llamado la atención sobre una elevada cima rocosa situada en un extremo de la montaña cuya forma se parecía mucho a la de una cobra erguida (la protectora de los reyes egipcios) que portara la corona blanca del Alto Egipto. La presencia de tan poderosos símbolos de la monarquía permitió a los egipcios afirmar que Gebel Barkal era el lugar de nacimiento originario de la monarquía egipcia y, sobre todo, que

Nubia, por estar tan al sur como la montaña sagrada, no era más que una extensión del Alto Egipto. No era la primera vez que la teología proporcionaba al gobierno egipcio una legitimidad irrefutable. Sin embargo, poco se imaginaban los egipcios que, una vez que abandonaran Nubia, su propia propaganda iba a volverse contra ellos.

El culto a Amón y la creencia de que Gebel Barkal era el origen y la fuente de la autoridad faraónica se inculcaron de tal modo a la élite nubia que ambos sobrevivieron como dogmas de fe hasta mucho después de la retirada egipcia. En el siglo X, una reina nubia incluso pudo emprender su propia «cruzada», luchando por extender el dominio de Amón a los territorios paganos. Del mismo modo, los primeros gobernantes kushitas del siglo VIII también eran fervientes devotos de Amón. En torno al año 780, el caudillo kushita Alara, que se calificaba a sí mismo de «hijo de Amón», restauró y reconstruyó las ruinas del templo de Amón en Gebel Barkal. Su sucesor, Kashta (literalmente, «el kushita»), fue aún más lejos y se proclamó legítimo rey de las Dos Tierras. Ampliando su zona de autoridad hacia el norte hasta llegar al Alto Egipto, se dispuso a convertir en realidad sus pretensiones.

La decadencia del poder de Tebas bajo los desventurados sucesores del príncipe Osorkon proporcionó a los kushitas la excusa y el acicate que necesitaban. Durante el reinado del hijo de Osorkon, el rey Rudamón (754-735), el caudillo de Kush, Pianjy, intensificó las pretensiones kushitas sobre el Alto Egipto. Viéndose enfrentados al legendario poder del ejército nubio, los tebanos capitularon. Casi sin luchar, Pianjy reunificó las dos Ipetsut y restableció los dominios del Imperio Nuevo, pero bajo el gobierno nubio. En una nueva y exquisita vuelta de tuerca, Pianjy adoptó el nombre de trono de Thutmose III, identificándose así como la encarnación del mismo faraón que conquistara Kush y creara originariamente Gebel Barkal. A cambio de reconocer la soberanía kushita, se permitió a Rudamón y sus herederos conservar la dignidad real, pero tuvieron que acceder a retirarse a su fortaleza del norte en Heracleópolis, para gobernar allí sobre un territorio bastante reducido. Tebas, mientras tanto, fue entregada a sus conquistadores nubios.

Quizá de manera inesperada, Pianjy se mostró como el soberano piadoso y justo que afirmaba ser, al permitir generosamente a los parientes de Rudamón conservar sus influyentes puestos en la jerarquía tebana. La más prominente de todos ellos era Shepenupet, hermanastra del propio Rudamón. Como «esposa del dios Amón», era el miembro femenino de mayor rango del clero de Amón e igual al sumo sacerdote en orden de precedencia. De hecho, gracias a ella su padre, el príncipe Osorkon, había seguido controlando al clero tras acceder al trono. Que Pianjy la mantuviera en su puesto demostraba un notable grado de tolerancia por su parte frente al viejo orden. O quizá no se tratara más que de una mera maniobra política. Si miraba más allá de Tebas, el soberano kushita podía ver perfectamente que se avecinaban problemas en el norte del valle del Nilo, y lo último que necesitaba era una rebelión en su nuevo

núcleo territorial egipcio. Era mucho mejor mantener el equilibrio de poder para las batallas, más problemáticas, que le aguardaban.

Estas no tardaron mucho en tener lugar. En los setenta años transcurridos desde la victoria definitiva del príncipe Osorkon sobre Tebas, el modelo libio de dinastías colaterales se había descontrolado. Egipto se caracterizaba en esos momentos por un grado de fragmentación política sin precedentes en toda su larga historia. En el Alto Egipto, además del propio Pianjy, había otros dos reyes más: uno en Heracleópolis (el último representante de la antigua dinastía tebana) y otro en Jmun. Ambos habían negociado una especie de solución de compromiso con Pianjy para conservar sus tronos, por más deslustrados que hubieran quedado. En el Bajo Egipto, la situación era aún más extrema. Los descendientes lineales del gran Sheshonq I habían quedado confinados a la sede familiar de Bast. En otras partes del delta, Taremu (la Leontópolis clásica, la actual Tell el-Muqdam) tenía su propio rey, Iuput II, mientras que otras ciudades estaban gobernadas por una desconcertante serie de grandes jefes de los ma, príncipes hereditarios y alcaldes. Pianjy se refería a todos ellos, no sin cierto desprecio, como «los jefes del Bajo Egipto que llevan plumas».[13] Asimismo, era consciente de lo absurdo que resultaba que tantos individuos diferentes se denominaran a sí mismos «el Doble Rey», así que se refería a sus rivales simplemente como «reyes» y se reservaba el título oficial, y de pleno derecho, solo para sí mismo.

Sin embargo, había un pequeño gobernante al que le preocupaba más la verdadera autoridad que su demostración externa. Tefnajt, gobernador de la ciudad de Sais, en la parte occidental del delta, no se atribuía estatus real alguno. Pero tampoco lo necesitaba. Como «gran jefe del oeste», había extendido ya su territorio hasta incluir grandes zonas del Bajo Egipto, tomando el control de la cercana Per-Uadyet en el 740 y anexionando las provincias adyacentes del delta a su creciente reino durante la siguiente década. Era él, y no todos aquellos presuntuosos «reyes», quien representaba la verdadera amenaza para el control kushita.

A finales del 729, mientras Pianjy permanecía en su palacio de Napata, a la sombra de Gebel Barkal, estalló la tormenta. Tras ser conducido a través de pasillos flanqueados de columnas y superar el cuerpo de guardia en la sala de espera para llegar finalmente a la real cámara de audiencias, un mensajero le comunicó al rey la noticia que este había estado temiendo: «Tefnajt … se ha apoderado de todo el Oeste, llegando por el sur hasta Ity-tauy».[14] Y lo que era aún peor: el líder saíta seguía avanzando hacia el sur con un gran ejército; los pueblos y ciudades de ambas orillas del Nilo le abrían sus puertas; las fuerzas enemigas habían puesto sitio a Heracleópolis, la puerta de entrada a Tebas, y los funcionarios egipcios corrían a su lado «como perros falderos».[15] Tefnajt parecía imparable. Para empeorar todavía más las cosas, Nimlot, el gobernador libio de Jmun, había roto su pacto de amistad con los kushitas y había unido su suerte a la de los rebeldes. Había llegado el

momento de que Pianjy entrara en acción, protegiendo Tebas y sus sagrados lugares de los agresores paganos.

Pianjy, que era tan beligerante como piadoso, dio una respuesta inmediata y decisiva. Las tropas kushitas desplegadas en Egipto recibieron la orden de avanzar, entablar combate con el enemigo, rodearlo y capturarlo. El traidor Nimlot debía ser objeto de una especial ferocidad, sitiando y atacando a diario su circunscripción. Luego Pianjy movilizó al grueso del ejército, estacionado en Nubia, y lo envió al combate con el celo propio de un cruzado: «¡Sabed que nos manda Amón, el dios!».[16] La suya era una misión divina, y Pianjy les dio instrucciones acerca de lo que debían hacer en su marcha hacia el norte: «Cuando lleguéis al corazón de Tebas, frente a Ipetsut, entrad en el agua, purificaos en el río y poneos ropa limpia».[17] Solo entonces podrían realizar ofrendas a Amón y besar la tierra delante de su templo, solicitando su guía: «¡Muéstranos el camino, de manera que podamos luchar en el aura de tu fuerza!».[18]

Las tropas nubias hicieron exactamente lo que el soberano había ordenado antes de proseguir su camino hacia el norte para entablar combate con el enemigo. En una feroz batalla naval librada al sur de Jmun y en otra terrestre cerca de Heracleópolis, los kushitas se alzaron con la victoria. Entonces Pianjy recibió la noticia de que Nimlot había escapado. Enfurecido, el soberano kushita decidió ir a Egipto para tomar personalmente el mando de la operación, aunque solo después de haber celebrado la festividad de Año Nuevo, que consagró a su patrón, Amón. Mientras tanto, sus fuerzas establecieron un cordón de seguridad alrededor de toda la provincia de Jmun. No permitirían que Nimlot escapara por segunda vez.

Tras hacer un alto en Tebas para dar lustre a sus credenciales fundamentalistas, Pianjy llegó a las afueras de Jmun a comienzos del 728. Como Ramsés II en vísperas de la batalla de Qadesh, apareció en su carro real para arengar a sus tropas antes de iniciar el ataque. Siguiendo sus órdenes, una lluvia de proyectiles empezó a caer sobre la ciudad, día tras día, haciendo que el cerco se estrechara cada vez más. A la larga, «de Jmun empezó a emanar un olor pestilente».[19] Era el hedor de la muerte. Poco después la ciudad capituló y sus tesoros le fueron entregados a Pianjy; hasta la corona real de Nimlot le fue ofrecida como trofeo. En un patético gesto de sumisión, las parientas del líder derrotado fueron a pedir misericordia a las esposas, hijas y hermanas de Pianjy; una petición de clemencia de mujer a mujer. En cuanto a Nimlot, su acto de sumisión fue presentarse ante su victorioso contrincante con dos regalos cuidadosamente elegidos: un sistro de oro y lapislázuli, utilizado en los rituales del templo para apaciguar a alguna deidad, y un caballo (como buen gobernante kushita, Pianjy era un amante de todo lo equino). A Pianjy le agradaron tanto los regalos, y el propio gesto, que los haría inmortalizar en piedra en lo alto de su monumento de la victoria, erigido a su regreso en el templo de Amón en Gebel Barkal.

La afición de Pianjy a los caballos se mostró de nuevo en un extraordinario episodio acontecido unas horas más tarde, cuando fue a inspeccionar el palacio de

Nimlot. Dos espacios en particular atrajeron su atención, la sala del tesoro y los establos. Lo que sucedió a continuación resulta especialmente elocuente acerca de las prioridades de Pianjy:

> Las mujeres y las hijas del rey acudieron a él y le honraron como hacen las mujeres. Pero Su Majestad no les prestó ninguna atención. [En lugar de ello], se dirigió a los establos, donde vio que los caballos tenían hambre. [Entonces] dijo …: «¡Es más doloroso para mí que mis caballos tengan hambre que todas las malas obras que habéis hecho!».[20]

El faraón nubio no sería ni mucho menos el último monarca de la historia que preferiría los caballos a las personas.

El siguiente gobernante sometido fue un antiguo aliado de los kushitas, el rey Peftyauauibast de Heracleópolis, con lo que se confirmó la rendición total del Alto Egipto. En cambio, la conquista del Bajo Egipto resultaría una empresa mucho más difícil. El primer objetivo de aquella nueva fase de la campaña era un grupo de rebeldes —entre ellos uno de los hijos de Tefnajt— que se habían atrincherado en una fortaleza en la linde del Fayum. Al llegar frente a las murallas de la ciudad, Pianjy clamó contra ellos, llamándolos «muertos vivientes»[21] y amenazándolos con la aniquilación si no se rendían en el plazo de una hora. Parece evidente que su belicoso lenguaje tuvo el efecto deseado, puesto que los rebeldes se rindieron. Deseoso de demostrar su magnanimidad, Pianjy ordenó a sus fuerzas que no mataran a ninguno de los habitantes del fuerte. Aun así, sus graneros, como los de Jmun, vinieron a sumarse a las riquezas del templo de Amón en Ipetsut. Era hora de recompensar al divino patrón de Pianjy.

Se produjeron nuevas capitulaciones, mientras las fuerzas kushitas arrasaban todo lo que se les ponía por delante. La siguiente en deponer las armas fue la antigua capital del Imperio Medio, Ity-tauy, que todavía era una de las ciudades importantes de la zona más septentrional del valle del Nilo. Luego, tras varias semanas de campaña, Pianjy alcanzó el objetivo final de su guerra santa: la propia capital, Menfis. De nuevo instó a sus habitantes a no atrancar las puertas ni luchar, prometiéndoles que, si se rendían, él no haría otra cosa que honrar al dios local, Ptah, y luego «proseguir en paz hacia el norte».[22] Aludió entonces a su ejemplar historial de clemencia: «Observad los distritos del sur: allí no se ha dado muerte ni a una sola persona, excepto a los enemigos que blasfemaban contra el dios».[23] Pero Menfis ignoró sus requerimientos y cerró las puertas de todos modos. Aquella noche, amparándose en la oscuridad, el líder rebelde Tefnajt entró en secreto en la ciudad a fin de reforzar la determinación de sus habitantes. Sabía muy bien que, sin Menfis, su causa estaba perdida. Tras abandonarla de nuevo antes del alba, se escabulló ante las mismas narices del ejército kushita antes de que este se enterara de lo ocurrido. Cuando la noticia de la visita clandestina llegó a oídos de Pianjy, este montó en cólera. Ignorando las sugerencias de sus comandantes, dirigió personalmente el ataque, empleando todas sus fuerzas en la toma de la capital. Tras la victoria cumplió

su palabra, y lo primero que hizo en cuanto pudo fue honrar al principal dios de la ciudad, Ptah. En Menfis, como en todos los demás lugares donde estuvo, Pianjy puso especial cuidado en presentarse como un líder justo; aquella no era una mera campaña de conquista, sino una cruzada para purificar Egipto y restablecer su verdadera religión.

Una vez que la capital hubo caído y todas las ciudadelas de la provincia circundante se hubieron rendido, toda una serie de gobernantes del delta se apresuraron a someterse. El rey Iuput II, de Taremu, el jefe de los ma Akanosh, de Tyebnetcher (la actual Samannud), y el príncipe Padiese, de Hutheryib, rindieron oficialmente homenaje a Pianjy. Cuando este acudió a Iunu para realizar sacrificios en el templo de Ra, el rey Osorkon IV de Bast fue hasta allí «para contemplar el esplendor de Su Majestad».[24] El último y debilitado representante de la antaño poderosa dinastía libia tenía que ver por sí mismo el fenómeno que de manera tan enérgica había restablecido la majestad de la monarquía. Siguiendo su ejemplo, los gobernantes del Bajo Egipto se unieron para ofrecer su lealtad y una parte importante de sus riquezas a su nuevo señor: «Envíanos de regreso a nuestras ciudades para abrir nuestros tesoros, elegir según los deseos de tu corazón y traerte los más selectos de nuestros sementales y los mejores de nuestros caballos».[25] Era evidente que conocían la predilección del nubio por los purasangres, y estaban desesperados por ganarse su favor. Pianjy no puso reparos.

Cuando una última y tibia rebelión contra el gobierno kushita fue sofocada con rapidez, Tefnajt, el último de los líderes rebeldes, supo que la partida había terminado. Envió entonces una embajada a Pianjy para negociar los términos no de una rendición, sino de un alto el fuego. Pese a sus manifestaciones de sometimiento —«¡No puedo mirarte a la cara en estos momentos de ira, ni permanecer ante tus llamas!»—,[26] Tefnajt era consciente de que negociaba desde una posición de fuerza. Toda la parte occidental del delta seguía estando en sus manos, y sus tropas podían mantener empantanados a los kushitas durante meses si así lo deseaba. Para subrayar su confianza en sí mismo, declinó someterse en persona a Pianjy, y en lugar de ello pidió descaradamente que una delegación kushita fuera a verle a él en su capital, Sais. Aquel no era precisamente el resultado que Pianjy había planeado, pero si pretendía evitar una larga guerra de desgaste tenía que acceder a ello. Así pues, en el templo de Neit en Sais, y sin duda apretando los dientes, Tefnajt finalmente hizo un juramento de lealtad al nuevo e indudable amo de Egipto. Al día siguiente, Pianjy fue objeto de un último y simbólico acto de reverencia. Los cuatro monarcas reinantes, portando todos ellos el *uraeus* real, fueron conducidos ante su presencia y, postrándose, besaron el suelo ante él. Por más que Egipto pudiera tener cinco reyes, solo uno era soberano. La ironía de la ocasión no les pasó desapercibida a los espectadores allí reunidos: había sido un nubio quien había restablecido la dignidad, si no la unidad, de la realeza.

Antes de zarpar rumbo a Tebas y regresar a palacio, con sus barcos cargados con el botín de la victoria, Pianjy hizo un último gesto para subrayar su celo religioso. De los cuatro reyes reunidos para rendirle homenaje, a todos, excepto a Nimlot, se les prohibió entrar en el recinto real, y no por su debilidad o su oposición activa, sino porque eran incircuncisos y habían comido pescado; ambas eran serias afrentas a la estricta interpretación que hacía Pianjy de las leyes de la pureza religiosa.

Bajo el gobierno kushita, la fuerza militar iría de la mano del absolutismo moral. Dicha mezcla de poder y fanatismo se revelaría una combinación peligrosa.

21
La voluble rueda de la fortuna

UNA EMPRESA INACABADA

Tras haber derrotado a todos sus oponentes e impuesto la hegemonía kushita en todo Egipto, Pianjy podría haberse quedado a disfrutar de su nuevo estatus y de los considerables privilegios de la corona faraónica. Sin embargo, como su amor por los caballos había demostrado ya, él era un nubio de la cabeza a los pies, y en ningún sitio se estaba como en la propia casa. Así, tras su expedición de conquista y su victoria en el 728, se apresuró a volver al sur, deteniéndose solo en Tebas para instaurar a su hija como futura sucesora de la «esposa del dios Amón», con lo que aseguró la continuidad de la influencia kushita en la ciudad sagrada del dios. Tras haber honrado el culto de Amón, el rey kushita y su séquito prosiguieron su camino; cuatro días de navegación les llevaron hasta la frontera nubia en Abu, y un mes después estaban de regreso en el familiar entorno de Napata, su capital, situada a la sombra del promontorio de Gebel Barkal. Sano y salvo en su espacioso palacio real, Pianjy reinaría otros doce años, que serían de abundancia y prosperidad para Kush. Pero jamás volvería a poner los pies en suelo egipcio.

Su actitud con respecto a Egipto reflejaba el hecho de que su principal interés había sido librar una guerra. Si la campaña hubiera tenido motivaciones políticas, seguramente habría tomado medidas para consolidar el poder kushita, designando a fieles gobernadores locales para que ejecutaran sus órdenes. Sin embargo, su objetivo primordial había sido de índole religiosa: proteger los lugares sagrados de Amón de cualquier injerencia extranjera (es decir, libia). En ese aspecto había tenido éxito. Lo que pasara después en términos de política interior egipcia era de poca o nula importancia para él, y las dinastías libias no tardaron mucho tiempo en darse cuenta de ello.

En cuanto Pianjy se desentendió de ellos, sus taimados rivales del Bajo Egipto volvieron a las andadas. Osorkon IV de Bast siguió actuando como el monarca legítimo, y envió un lujoso regalo diplomático al gobernante de Asiria cuando este apareció de improviso en la frontera nordeste de Egipto con un gran ejército a sus espaldas. En otras partes del delta, Akanosh de Tyebnetcher recuperó su orgullo y siguió gobernando como antes, mientras que el archienemigo de Pianjy, Tefnajt, se calificaba a sí mismo de rey. Era como si la conquista kushita nunca hubiera ocurrido. De hecho, la negativa de Tefnajt a rendirse en persona ante Pianjy había sido un presagio de lo que estaba por venir: el Reino del Oeste seguía siendo el principal actor en la cambiante política del delta, mientras Tefnajt trataba de ampliar su

influencia en todo el Bajo Egipto. Los kushitas tendrían que haber aprendido la lección la primera vez.

Tefnajt murió en el 720, pero sus ambiciones no murieron con él. Su hijo y sucesor, Bakenrenef (720-715), resultó ser igual de decidido y estar igualmente hambriento de poder, además de oponerse con la misma energía a las pretensiones kushitas sobre Egipto. Para resumir sus sentimientos, encargó una extraordinaria copa grabada de fayenza de color azul claro. Una franja decorativa en la parte superior mostraba a Bakenrenef al ser presentado con el signo de la vida por su diosa patrona, Neit de Sais, y cogido de la mano con los dioses de la realeza y la sabiduría, Horus y Thot, bajo la protección de unos buitres celestiales que sujetaban en sus garras símbolos de «eternidad» (una mera manifestación de buenos deseos, quizá, pero también una característica demostración de autoconfianza saíta). En una franja en la parte inferior, cautivos kushitas —con las manos atadas a la espalda o sobre la cabeza — alternan con monos que roban dátiles de unas palmeras. Era un burdo insulto racial y una obra propagandística en la mejor tradición faraónica.

El nuevo rey de Kush, Shabako (716-702), que acababa de suceder a Pianjy en el trono, difícilmente podía dejar pasar tal insulto. A diferencia de su precursor, Shabako decidió terminar el trabajo y pedir cuentas a su adversario de una vez por todas. Inició una segunda invasión kushita de Egipto y no paró hasta capturar a Bakenrenef y neutralizarlo como foco de insurrección. Según versiones posteriores, parece ser que el victorioso Shabako hizo quemar vivo a su oponente como víctima de un sacrificio. Desde luego, el nubio no mostró la menor vacilación a la hora de imponer por la fuerza su dominio en todo el país. En Menfis, intervino en la tumba de un toro sagrado Apis y modificó la fecha grabada en la entrada, que del «Año 6 de Bakenrenef» pasó a ser el «Año 2 de Shabako». En el plazo de unos meses, el faraón kushita fue reconocido tanto en la parte oriental como en la occidental del delta, y acuñó un escarabeo conmemorativo para celebrar su conquista. En un tono característicamente morboso, este describía cómo «dio muerte a quienes se rebelaron contra él en el Alto y el Bajo Egipto, y en todas las tierras extranjeras».[1]

Con el norte de nuevo en el redil, Shabako pudo centrar su atención en el sur del país. Tebas y su entorno siempre se habían mostrado más prokushitas (o antilibios; ambas cosas venían a ser lo mismo). Pero Shabako no tenía la intención de dejar nada al azar. Aunque el cargo de «esposa del dios Amón» estuviera seguro en manos kushitas, con una parienta real ocupando ya el puesto (la hija de Kashta, Amenirdis I) y otra (la hija de Pianjy, Shepenupet II) preparada para sucederla, había además otros puestos influyentes en el clero de Amón. Shabako decidió que tenía que controlar también estos para asegurarse la lealtad tebana. En primer lugar, instauró a su propio hijo como sumo sacerdote de Amón, tras haber despojado el cargo de cualquier poder político y militar, y luego nombró a varios de sus sirvientes favoritos para otros puestos clave. En años posteriores, un príncipe real sería nombrado «segundo

profeta» de Amón, y una princesa real se casaría con el alcalde de Tebas para garantizar su lealtad. Los kushitas tenían bien sujeta a Tebas; o eso parecía.

Lo que había en realidad era más de lo mismo: el deseo de autodeterminación tebano estaba profundamente arraigado, y los alcaldes de Tebas, por más que expresaran una devoción eterna a sus monarcas nubios, en la práctica gobernaban la ciudad y la región circundante como un feudo personal. Maniobraban para situar a sus parientes en puestos de influencia tanto en la administración civil como en la religiosa, mientras su riqueza y su estatus aumentaban. Un buen ejemplo de ello fue Harua. Nacido en una familia de sacerdotes durante el reinado de Pianjy, ascendió hasta convertirse en jefe de la casa de Amenirdis I. Tras la muerte de esta, siguió sirviendo a su sucesora, Shepenupet II. Dándoselas de hombre de letras, en una de sus estatuas se describe a sí mismo como «un refugio para los miserables, una boya para los que se ahogan, una escalera para quien se halla en el abismo».[2] Su tumba no resultaba menos presuntuosa, y era uno de los monumentos funerarios privados más grandes de Egipto. Asimismo, en la intimidad de su última morada Harua pudo dar rienda suelta a sentimientos que podrían haberle costado la vida en caso de haberlos expresado en público; uno de sus *shabti* llevaba el cayado y el mayal, los atributos más antiguos de la realeza egipcia. Era evidente que Harua se veía a sí mismo como un moderno rey de Tebas, y pocos de sus contemporáneos habrían discrepado de él.

La existencia de una dinastía *de facto* rigiendo los destinos del Alto Egipto bajo la jefatura suprema de Shabako no hacía sino reflejar la incómoda realidad del gobierno kushita. En la práctica, era casi imposible que un solo monarca y una sola administración controlaran un reino que se extendía a lo largo de más de dos mil kilómetros de río, desde los remotos confines de Nubia, más allá de la quinta catarata, hasta las orillas del Mediterráneo. Aunque probablemente eso le resultara muy incómodo a Shabako, este apenas tenía otra opción que dejar en pie las viejas estructuras políticas por más que afirmara en voz alta haberlas derrocado. En el delta, los gobernantes locales se recuperaron tras su última y humillante rendición. Hombres que se calificaban abiertamente de reyes seguían gobernando en Bast y Dyanet, los dos centros del poder libio; el control de Hutheryib seguía estando en manos de príncipes hereditarios, y otras dinastías locales volvían a gobernar las prósperas ciudades de Dyedu, Dyedet, Tyebnetcher y Per-Sopdu. Incluso en Sais, semillero y centro de la resistencia antikushita, el espantoso final de Bakenrenef no logró extinguir las ambiciones locales. Un nuevo caudillo llamado Necao surgió para llenar el vacío de poder, y también él se apresuró a adoptar títulos casi reales.

Tras la fachada de una monarquía unida, persistía el mismo mapa político de Egipto que se había encontrado Pianjy en el 728. No solo se repetía la historia, sino que el tiempo parecía haberse detenido.

REGRESO AL FUTURO

También en otro aspecto importante la monarquía kushita representaba una vuelta al pasado. Con el piadoso culto a Amón como principio central de sus pretensiones de legitimidad, Pianjy y sus sucesores aspiraban a defender otras tradiciones autóctonas egipcias que habían sido descuidadas o derogadas por los recientes gobernantes libios del país. Los kushitas consideraron que su misión sagrada era restablecer la pureza cultural de Egipto, tal como habían salvado el culto a Amón de la contaminación extranjera. Así pues, alentados activamente por la realeza, los sacerdotes y artistas buscaron su inspiración en períodos anteriores, reviviendo y reinventando modelos de los períodos clásicos de la historia faraónica. La obsesión por el pasado pronto acabó influyendo en todos los ámbitos de la cultura.

Shabako fue el primero en dar ejemplo al adoptar el nombre de trono de Pepy II para recordar el esplendor de la Era de las Pirámides. Su sucesor lo hizo aún mejor, pues desempolvó la titulatura que utilizara por última vez el rey de la V Dinastía Isesi más de dieciséis siglos antes. Luego siguieron los funcionarios de alto rango, que adoptaron títulos desde hacía largo tiempo obsoletos y a menudo carentes de significado, solo por mor de su antigüedad. La lengua escrita fue deliberadamente «purificada», volviendo a la forma arcaica del Imperio Antiguo, y empezó a formarse a los escribas para que redactaran textos nuevos en un idioma anticuado. Un buen ejemplo de ello fue la «Teología menfita», un tratado teológico sobre el papel del dios menfita Ptah. Encargado por el propio Shabako, en el propio texto se afirmaba que había sido copiado de un papiro antiguo y carcomido, conservado durante milenios en los archivos del templo. Su lenguaje, fielmente arcaico, sin duda consiguió engañar a la mayoría de los estudiosos modernos. Pero, como la mayoría de los exponentes del «renacimiento» kushita, la «Teología menfita» era un producto del siglo VII, astutamente redactada para que pareciera una reliquia del pasado; un pasado imaginario de pureza cultural que no existió sino en la mente de los fanáticos kushitas.

La renovada importancia otorgada a Ptah, junto con Amón, señaló el restablecimiento de Menfis como la principal capital real, un papel que había cumplido hasta la división de Egipto tras la muerte del último Ramsés. Menfis no solo estaba inmejorablemente situada para gobernar tanto el delta como el valle del Nilo (la razón originaria para emplazar la capital en la «Balanza de las Dos Tierras»), sino que, además, los reyes kushitas se sentían particularmente fascinados por los monarcas del Imperio Antiguo cuyos monumentos salpicaban el horizonte menfita. En su campaña del norte del 728, Pianjy había visto las pirámides, y era evidente que le causaron una fuerte impresión. Una vez de regreso en Nubia, también encargó una, y con ello cambió para siempre la forma de las tumbas reales nubias. Para complementar la pirámide de Pianjy, su tumba incluyó otros elementos de los enterramientos tradicionales egipcios, como estatuillas *shabti* al estilo del Imperio Nuevo y copias del *Libro para salir al día* (hoy conocido como el *Libro de los muertos*), y también, por si todo ello no fuera suficiente, extractos de los Textos de

las Pirámides. Con todo, su «egipcianización» no fue absoluta; Pianjy todavía encontró espacio en su tumba para un tiro de caballos.

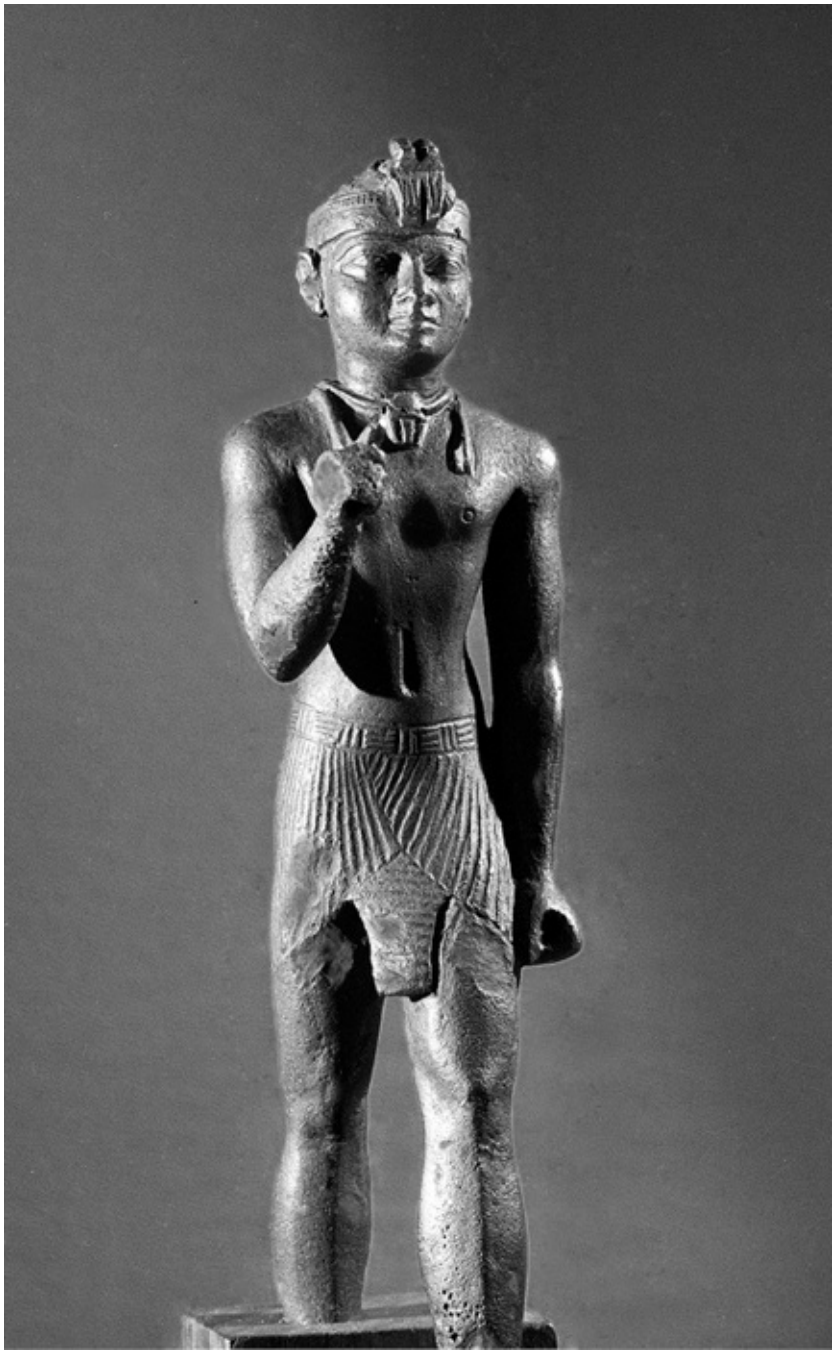
Esa misma mezcla de rasgos egipcios y kushitas proporcionó a los artistas del período un estilo nuevo y vibrante en el que trabajar, revitalizando la producción de los talleres reales. En la estatuaria hubo una vuelta deliberada a las proporciones del Imperio Antiguo, con una representación achaparrada y musculosa del cuerpo masculino en perfecta sintonía con la imagen que los gobernantes kushitas tenían de sí mismos. Asimismo, parece ser que la ajustada corona de casquillo favorecida por los reyes kushitas también fue escogida debido a su gran antigüedad. Pero ciertas características de los retratos reales eran innegablemente nubias: rasgos faciales africanos, cuello ancho, grandes pendientes y colgantes en forma de cabeza de carnero. Espléndida a la vez que esquizofrénica, la estatuaria real elaborada para Shabako y sus sucesores reflejaba la contradicción que yacía en el corazón del gobierno kushita. Aquellos reyes de la Alta Nubia estaban decididos a presentarse a sí mismos como más egipcios que los propios egipcios y respetuosos de las antiguas tradiciones. Pero más allá de las apariencias externas seguían siendo extranjeros, nacidos y criados en una cultura fundamentalmente distinta, una cultura africana. Y no siempre era una mezcla cómoda.

El gobierno kushita alcanzó su incómodo apogeo durante el reinado del hijo de Pianjy, Taharqo (690-664), que prosiguió con el arcaizante eclecticismo de los reinados anteriores, copiando modelos del Imperio Antiguo para su pirámide nubia, pero —como su «leal sirviente» Harua— tomando como fuente de inspiración para sus cámaras subterráneas una tumba del Imperio Nuevo, la de Osiris en Abedyu. Para recobrar el esplendor del pasado de Egipto, ordenó efectuar extensas restauraciones y renovaciones de templos en todo el país, desde Meroe, en el extremo sur de Nubia, hasta Dyanet, en la parte nordeste del delta. De todos esos proyectos, el que al parecer más suscitó su interés fue el templo de Gempaatón (la actual Kawa), situado en la orilla este del Nilo, al final de una gran pista terrestre que partía de Napata. Iniciado por Amenhotep III y ampliado por Tutankamón, el Gempaatón recordaba la edad de oro de Egipto y representaba, por tanto, el paradigma de todo lo que los kushitas deseaban restablecer. Además de renovar la dotación del templo, Taharqo trajo a los mejores artistas y artesanos de Menfis para remodelarlo y embellecerlo. La familiaridad de estos con los grandes monumentos funerarios del Imperio Antiguo influyó fuertemente en su trabajo, y esa era sin duda la intención del rey. Así, por ejemplo, una escena de Taharqo representado como una esfinge que pisoteaba a sus enemigos libios, se basada claramente en una escena similar del templo de la pirámide de Pepy II, que por entonces tenía ya mil seiscientos años de antigüedad. Esta, a su vez, había sido copiada del templo de la pirámide de Sahura, trescientos años más antiguo aún. El reciclamiento del pasado era una vieja tradición.

Si la intención de Taharqo era honrar a los antiguos dioses de Egipto y ganarse así el favor divino para su reino y su dinastía, parece que sus súplicas fueron escuchadas

muy pronto. En el sexto año de su reinado, cuando el rey rezaba por una buena crecida, «el cielo incluso llovió en Nubia de modo que todas las colinas resplandecían»,[3] y las aguas «crecieron deprisa, día a día».[4] En Ipetsut, el Nilo alcanzó una altura extraordinaria de veintiún codos (once metros). Más milagrosos todavía fueron los efectos secundarios de tan gran inundación: «Mejoró todos los campos; mató a las alimañas y serpientes; detuvo los estragos de las langostas, e impidió que los vientos del sur robaran [la cosecha]».[5] Tan impresionado quedó Taharqo con aquellas «cuatro perfectas maravillas» que encargó una inscripción conmemorativa a fin de dejar constancia de ellas para la posteridad, con copias erigidas en Gempaatón y Dyanet. Para rematar las celebraciones de este milagro natural, la madre de Taharqo hizo el largo viaje desde Napata para ir a verle a Egipto por primera vez desde su ascenso al trono. Para el rey fue un momento de gran emoción: «Yo la había dejado como una joven de veinte años cuando me vine con Su Majestad [el rey Shabako] al Bajo Egipto. ¡Y ahora ha venido a verme, navegando río abajo, después de tantos años!».[6] El profundo vínculo existente entre madre y hijo eclipsó momentáneamente la habitual reserva real.

Habiendo heredado los instintos marciales de sus ancestros kushitas, Taharqo lamentaba la mengua del estatus de Egipto en la escena mundial, en particular el hecho de que Siria-Palestina hubiera dejado de enviar su tributo al templo de Amón-Ra en Ipetsut. Para enmendar semejante situación, lo que necesitaba sobre todo era una fuerza de combate bien entrenada y disciplinada que pudiera proyectar el poderío de Egipto más allá de sus fronteras, como en los viejos tiempos. El rey y su ejército hicieron grandes esfuerzos por lograr ese objetivo, y utilizaron la carrera de fondo como el método favorito para ponerse en forma. En cierta ocasión memorable…



Estatuilla de bronce de un rey kushita. (*Werner Forman Archive*)

> El propio rey cabalgó para ver correr a su ejército cuando se entrenaba con ellos en el desierto detrás de Menfis, en la novena hora de la noche. Llegaron al Gran Lago [Birket Qarun] a la hora del amanecer, y volvieron a la residencia en la tercera hora del día.[7]

En aquel maratón nocturno de seis horas, los reclutas cubrieron una distancia de casi cien kilómetros, un logro impresionante desde cualquier punto de vista. Tales niveles de resistencia pronto dieron resultado. Un ataque contra Libia —la primera de aquella clase de campañas desde hacía cuatro siglos— reportó un considerable botín para Ipetsut. A ello le siguieron una serie de expediciones militares contra Palestina y Líbano, en las que Taharqo logró ampliar la esfera de influencia de Egipto a lo largo de la costa mediterránea, llegando hasta Kebny. Aunque no podía compararse con las

conquistas de los grandes faraones guerreros del Imperio Nuevo, al menos era un comienzo.

Sin embargo, un restablecimiento pleno del dominio imperial egipcio se revelaría un sueño imposible. Lamentablemente para Taharqo, otro gran rey de la región tenía también sus propias ambiciones territoriales; unas ambiciones que no dejaban lugar a un Egipto renaciente.

COMO ZORRO EN EL GALLINERO

Desde el corazón de su territorio a orillas del río Tigris, el reino de Asiria había sido consciente por primera vez de la existencia de su rival nilótico a comienzos del siglo XV. A partir de los esfuerzos de Thutmose I por establecer un imperio egipcio en Oriente Próximo, se había desarrollado una amistad recelosa entre ambas potencias; luego los asirios habían enviado tributos a Thutmose III a raíz de la batalla de Megido, y habían mantenido relaciones diplomáticas, aunque tensas, con la corte de Ajenatón. Pero en Asiria, como en Egipto, una sucesión de gobernantes débiles habían llevado a una seria decadencia. En el año 1000, el reino asirio se reducía de nuevo al núcleo de su territorio tradicional, en torno a las ciudades de Assur y Nínive. Los altibajos de los dos grandes reinos volvieron a correr en paralelo en el período comprendido entre los siglos X y VIII, de modo que hacia el 740, justo cuando los kushitas empezaban a consolidar su dominio sobre todo el valle del Nilo, el Imperio asirio estaba siendo reconstruido por su resuelto gobernante (Tiglath-Pileser III). Sus tácticas eran despiadadas e inflexibles. Los territorios conquistados eran administrados directamente por gobernadores designados por el gobierno central, que a su vez estaban sujetos a inspecciones aleatorias por parte de inspectores reales. Para minar la lealtad y las identidades autóctonas, casi un cuarto de millón de personas fueron reubicadas por la fuerza en todo el imperio, en una campaña concertada de limpieza étnica. En la época en que Shabako se convirtió en rey de Kush y de Egipto, la mayor parte de Oriente Próximo parecía sufrir bajo el yugo asirio.

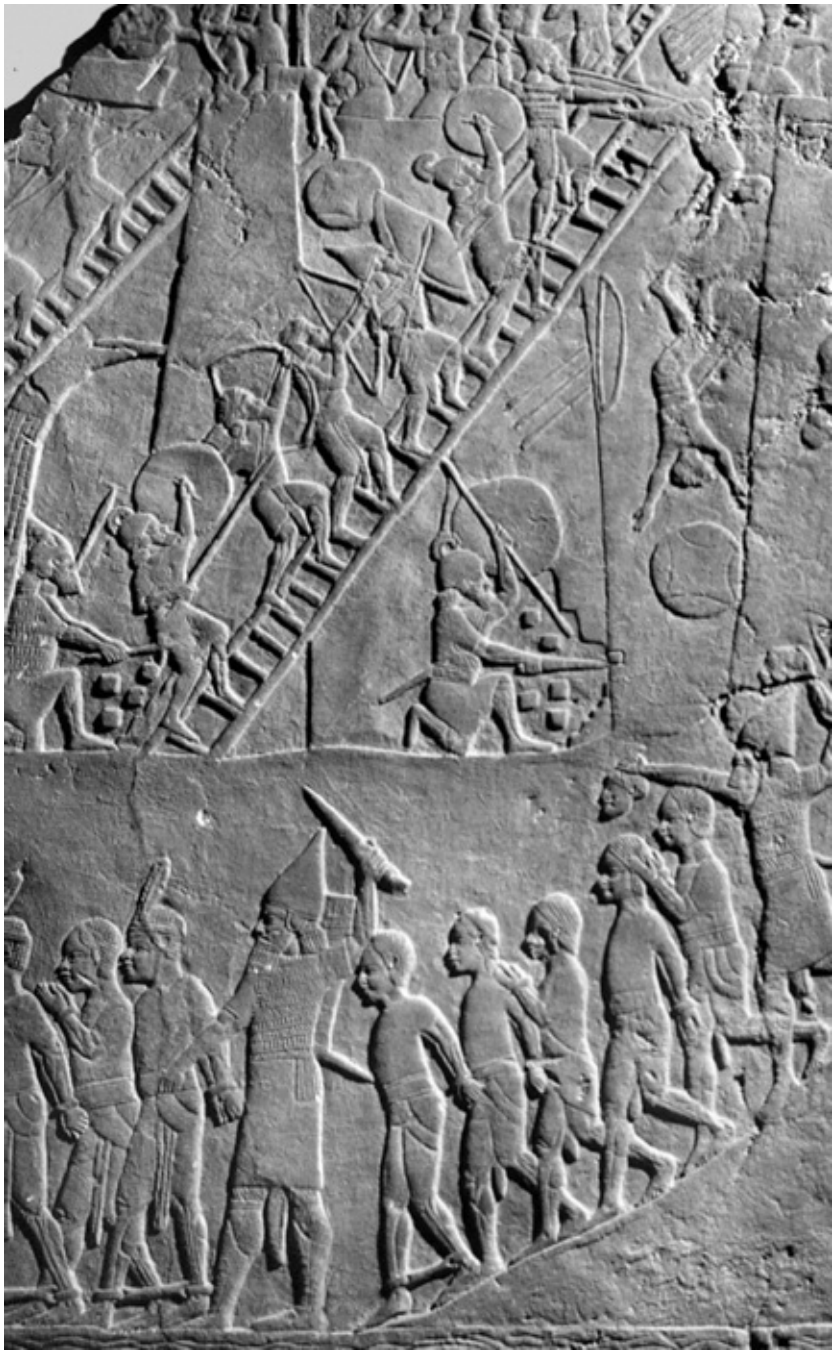
Frente a tan formidable adversario, al principio Shabako se conformó con una política de diplomacia cautelosa. La primera prueba para él llegó cuando uno de los vasallos más rebeldes de los asirios, el rey de Ashdod, huyó a Egipto en busca de asilo político; Shabako le envió enseguida de vuelta para que se enfrentara a sus perseguidores. Pero aquella entente con los asirios no duró mucho tiempo. Cuando el gobernante asirio Senaquerib inició una consolidación sistemática de sus territorios occidentales, Egipto decidió que la incentivación encubierta de sublevaciones en la zona serviría mejor a sus intereses, y empezó a avivar el descontento entre los gobernantes más díscolos de las ciudades-Estado de Oriente Próximo. Pero el tiro le salió por la culata, con consecuencias desastrosas. Senaquerib invadió Palestina para sofocar una rebelión, tras lo cual uno de los cabecillas, Ezequías de Judá, solicitó

apoyo militar a Egipto. Era una petición que Shabako difícilmente podía rechazar, de modo que le pidió a su sobrino Taharqo (que por entonces era solo un príncipe de veinte años) que se encaminara al norte desde Nubia para dirigir la campaña; los dos ejércitos se encontraron en Eltekeh, a unos quince kilómetros de Ashdod, en el 701. Las fuerzas de Taharqo fueron sitiadas y luego sufrieron una dura derrota. Tras retirarse a una distancia prudencial, planeó atacar a los asirios por la retaguardia una vez que prosiguieran su avance hacia Jerusalén para exigir la rendición de Ezequías. Pero Senaquerib era un comandante demasiado veterano para caer víctima de tal estratagema, así que se apresuró a hacer regresar a sus tropas de las colinas de Judá, se enfrentó al ataque egipcio y obligó a Taharqo a retirarse de nuevo a Egipto con lo que quedaba de su derrotado y desmoralizado ejército. La destreza militar kushita había encontrado finalmente un digno rival. Egipto estaba avisado.

La entronización de Asarhaddón como rey de Asiria en el 680 anunció el principio del fin del dominio kushita. Asarhaddón era tan ambicioso y despiadado como su predecesor, y estaba decidido a incorporar el valle del Nilo a su creciente imperio. Lanzó un primer ataque en el 674. Taharqo, recuperado de sus fatigas militares, rechazó a los invasores y se alzó con la victoria. No obstante, sabía que los asirios no se rendirían tan fácilmente, y dio rienda suelta a su inquietud quejándose públicamente a los dioses por haberle abandonado en aquel momento de necesidad. Tenía razones para preocuparse: tres años después, una segunda fuerza invasora, esta vez conducida por el propio Asarhaddón, avanzó rápidamente por Oriente Próximo rumbo al delta. Tras arrasar la ciudad de Tiro, el aliado más fuerte de Egipto en la región, supo aprovechar su ventaja y no tardó en hallarse ante las puertas de Menfis. La única opción de Taharqo era escapar ante el avance del ejército enemigo, dejando a su esposa y su familia a merced de los asirios. Después de solo medio día de combate, la ciudadela real fue asaltada y despojada de sus tesoros, entre los que había cientos de coronas de oro «en las que se habían encastrado víboras y serpientes de oro», ocho mil talentos de plata y cincuenta mil caballos. El rey asirio no pudo resistir la tentación de recrearse en la total y absoluta humillación de Taharqo: «Su reina, las mujeres de su palacio, su heredero Ushanahuru [Nesuanhur], sus otros hijos, sus posesiones, sus caballos, innumerables cabezas de ganado vacuno y ovino, todo ello me lo llevé como botín a Asiria».[8] Para hurgar aún más en la herida, Asarhaddón hizo grabar una inscripción para celebrar su victoria; en ella se representaba al príncipe heredero kushita con una cuerda alrededor del cuello, arrodillado patéticamente a los pies de su nuevo amo. Otras dos inscripciones de roca fueron talladas en sendos puntos clave del viaje de regreso a Asiria; una de ellas, la de Nahr el-Kelb, en el Líbano, justo al lado de una inscripción que conmemoraba una victoria de Ramsés II. La ironía no pasó desapercibida a ninguno de los dos bandos.

El propio Egipto se vio transformado por la invasión asiria. Las ciudades del delta fueron rebautizadas con nombres asirios, y Asarhaddón nombró a «nuevos reyes, gobernadores, oficiales, supervisores de puertos, funcionarios y miembros del

personal administrativo».[9] Entre ellos se incluía el taimado Necao de Sais, quien en el plazo de un año logró hacerse reconocer como «rey» por al menos un príncipe menor vecino del delta. Así, cuando Taharqo volvió a Menfis en el 670, hubo de enfrentarse a rivales que estaban tanto dentro como fuera de su estragado reino. Una tercera invasión asiria, en el otoño del 669, solo se suspendió en el último momento debido a la prematura muerte de Asarhaddón de camino a Egipto. Para los agobiados kushitas, aquello supuso un respiro; pero nada más.



El ejército asirio ataca una ciudad egipcia. (*Werner Forman Archive*)

En efecto, la tercera invasión llegó solo dos años más tarde, encabezada por el que sería el último y más despiadado de los grandes reyes de Asiria, Asurbanipal. Aquel era casi su primer acto como rey, y no tenía la menor intención de fracasar.

Egipto se vio desbordado. Taharqo «se enteró en Menfis de la derrota de su ejército … pareció enloquecer … abandonó Menfis y huyó, para salvar su vida, a la ciudad de Tebas».[10] Desde allí tuvo que dedicarse a sofocar una rebelión oportunista que había estallado en las provincias del sur. Mientras tanto, Asurbanipal impuso su dominio formal sobre todo el país, exigiendo juramentos de lealtad a los gobernantes locales del valle del Nilo y del delta, y designando gobernadores asirios. Egipto se convirtió en una mera provincia de la Gran Asiria.

Pero, paradójicamente, la política interna que tanto había minado los esfuerzos kushitas por unificar Egipto vino a ofrecerles su único rayo de esperanza. En cuanto Asurbanipal hubo abandonado el país, muchas de las dinastías empezaron a conspirar e intrigar con Taharqo para recuperar la independencia egipcia, y para hacerlo, además, con sus propias condiciones. Podrían haber tenido éxito de no haber sido por la eficacia del aparato de seguridad interno de los asirios. Una vez que los gobernadores de Asurbanipal se enteraron del complot…

> Detuvieron a aquellos reyes y pusieron esposas y grilletes en sus manos y pies … Y pasaron por la espada a los habitantes, viejos y jóvenes, de Sais, Pindidi, Dyanet y de todas las demás ciudades que se habían asociado con ellos. Colgaron sus cuerpos de estacas, les arrancaron la piel y con ella cubrieron las murallas de las ciudades…[11]

Se realizaron ejecuciones públicas en todo el delta a modo de sombría advertencia, y los cabecillas de la insurrección fueron deportados a la capital asiria, Nínive, para ser eliminados a voluntad de Asurbanipal. El único líder que escapó con vida fue Necao de Sais, quien hizo una profusa demostración de lealtad que le valió para ser enviado de vuelta a Egipto a gobernar su antiguo feudo. En señal de la confianza que Asurbanipal había depositado en él, al hijo y heredero de Necao, Psamético, se le dio un nuevo nombre asirio y se le nombró gobernador de la ciudad de Hutheryib, en el delta, cuyo antiguo príncipe había sido ejecutado junto con los demás conspiradores. No era la primera vez que los astutos gobernantes de Sais salían indemnes de una tormenta política; indemnes y envalentonados. Al igual que Tefnajt había sido el principal adversario de Pianjy y que Bakenrenef lo había sido de Shabako, en lo sucesivo una tercera y una cuarta generaciones de saítas se enfrentarían a sus oponentes kushitas por el dominio de Egipto.

Taharqo murió en el 664, derrotado y abatido. Contra todo pronóstico, su sucesor, Tanutamani (664-657), hizo un último intento de recuperar el valle del Nilo de manos de sus opresores asirios. Invocando la protección de Amón, Tanutamani convirtió su avance militar en una exhibición pública de piedad, ordenando la restauración de templos en ruinas, haciendo ofrendas divinas y restituyendo a los sacerdotes expulsados por los asirios. El mensaje estaba claro: una vez más, como en una especie de «cruzada», el celo religioso liberaría al país de los infieles. Sin embargo, esta vez el adversario no era una variopinta colección de gobernantes menores, sino una fuerza de ocupación bien dotada de recursos, bien equipada y bien entrenada.

Tras marchar sobre Menfis, Tanutamani llevó a cabo su primer acto propagandístico. «Se descubrió a los hijos de la rebelión. Su Majestad hizo una gran matanza entre ellos, cuyo número se ignora.»[12] El colaboracionista Necao fue capturado y ejecutado; los demás gobernantes del delta simplemente se negaron a luchar y se replegaron a sus ciudades amuralladas «como ratas en sus madrigueras».[13] Así pues, Tanutamani volvió a Menfis para esperar allí la rendición de sus oponentes. Al cabo de unos días, el alcalde de Per-Sopdu, recién designado portavoz de los rebeldes, se presentó ante el rey para suplicar por su vida. Cuando esto ocurrió, Tanutamani no tuvo ganas de represalias, y en un arrebato de pragmatismo prefirió liberar a todos sus rivales para que siguieran gobernando sus respectivas ciudades. De ahí que, a su regreso a Napata, pudiera afirmar que había restablecido la fortuna de Egipto:

> Ahora los del sur viajan río abajo y los del norte, río arriba hasta el lugar donde está Su Majestad, llevando todas las cosas buenas del Alto Egipto y todas las provisiones del Bajo Egipto para agradar a Su Majestad.[14]

Aquel sería el último de tales alardes en boca de un kushita.

Dulce venganza

El idilio egipcio de Tanutamani resultaría extremadamente breve. Al cabo de unos meses, hacia finales del 664, Asurbanipal respondió a la conquista kushita y a la ejecución de su leal lugarteniente Necao invadiendo Egipto por segunda vez. Menfis cayó fácilmente, ayudada por las persistentes tendencias antikushitas y la doblez egoísta de los vasallos del delta. Pero esta vez no era ese su principal objetivo. Lejos de ello, Asurbanipal tenía puestas sus miras en Tebas, la capital religiosa, partidaria desde hacía largo tiempo de la causa kushita. Tras una marcha de solo cuarenta días, el ejército asirio llegó a las puertas de la gran ciudad. Tanutamani apenas tuvo tiempo de huir antes de que los temibles mesopotámicos invadieran las calles de la urbe, saqueando los templos y llevándose los tesoros acumulados durante catorce siglos: «Plata, oro, piedras preciosas … ropas de lino con adornos multicolores … y dos obeliscos de electrum sólidamente forjados, que se alzaban en la puerta del templo».[15] Los ecos del saqueo de Tebas resonarían por todo el mundo antiguo como un desastre cultural de proporciones épicas. Asurbanipal lo resumiría sucintamente al jactarse de hacer que «Egipto y Nubia sintieran terriblemente mis armas».[16]

Los kushitas habían sido expulsados de regreso a Kush, para no volver más. Todo Egipto, desde Abu hasta las orillas del Mediterráneo, reconocía ahora a los asirios como sus amos y señores. Pero si Asurbanipal creía que aquello era el anuncio de un largo período de control asirio en el valle del Nilo, no había contado con los más intrigantes y mejor dotados de todos los supervivientes políticos: los gobernantes de Sais. Las lindes occidentales del delta, con su escasa población y su baja

productividad agrícola, siempre habían tenido una importancia relativamente menor para el Estado egipcio, y ello a pesar de que, como demostrara Tefnajt en la década del 720, podían proporcionar una base de poder para ambiciones de cierta envergadura. Una cuarta generación saíta, la del hijo de Necao, Psamético, vio la posibilidad de cumplir el destino de la familia y unificar bajo su dominio, no solo el delta, sino todo Egipto. Psamético, a quien los asirios habían puesto al mando de Hutheryib y de Iunu en el 671, había heredado también el control de Menfis y de Sais de su padre siete años más tarde. Estos cuatro dominios clave le daban jurisdicción sobre una vasta franja de territorio contigua, y hacían de él el líder incuestionable entre los vasallos de Asiria en el delta. Además, durante su breve estancia en Nínive como prisionero de Asurbanipal, Psamético había aprendido las artes de la diplomacia y la despiadada ambición propias de todo amo y señor que se preciara de serlo. Después supo aprovechar muy bien la lección.

La amarga experiencia —sobre todo la terrible ejecución de su padre— había enseñado a Psamético que la determinación política no era nada sin la supremacía militar. Aunque teóricamente seguía siendo vasallo de Asiria, decidió reunir sus propias fuerzas. Formar un ejército en Egipto, ante las mismas narices de los asirios, no era una opción viable, y, por otra parte, las recientes derrotas de los egipcios habían demostrado lo atrasados que estaban en cuanto a tácticas y equipamiento militares. Psamético necesitaba lo mejor, y sabía dónde encontrarlo. Utilizando sus contactos con el mundo mediterráneo, reclutó en su ejército a mercenarios jónicos y carios procedentes de las comunidades de la costa egea de Asia Menor, poniéndolos al mando de diversas guarniciones situadas en puntos clave a lo largo de la frontera del delta. Asimismo, las alianzas con el rey de Lidia y con el gobernante autócrata de la isla griega de Samos permitieron a Psamético aumentar el tamaño y la fuerza de la armada egipcia. La presencia de griegos en los rangos superiores de las fuerzas armadas no fue bien recibida entre la clase guerrera tradicional egipcia (de ascendencia libia), pero de momento no había nada que esta pudiera hacer al respecto; Psamético tenía una misión que cumplir.

Los resultados hablaron por sí mismos. En el plazo de unos meses, dos de los cuatro cacicazgos que lindaban con el Reino del Oeste se habían rendido a Psamético, y los otros dos cayeron al poco tiempo, poniendo así en sus manos la mayor parte de la zona central y meridional del delta. Los siguientes en ceder fueron Dyedet y Per-Sopdu. Solo el rey de Dyanet, el sucesor directo de Sheshonq I, opuso resistencia a la hegemonía saíta, sin duda considerándose absolutamente igual de legítimo que su presuntuoso rival de las atrasadas provincias occidentales. Aun así, en el 656 hasta él tuvo que reconocer lo inevitable. Tras ocho años de constante presión diplomática y coactiva, Psamético se había alzado como soberano indiscutible del Bajo Egipto.

Pero todavía faltaba meter en cintura el Alto Egipto.

Al marcharse de Tebas después del saqueo de la ciudad, el ejército asirio había dejado el control del sur en manos del alcalde, Montuemhat. Este, que era pariente

cercano de Harua y tenía una presencia igualmente dominante, había sido un leal servidor de la dinastía kushita y hasta se había casado con una princesa kushita. En el apogeo del reinado de Taharqo, nada de esto había supuesto el menor perjuicio para su carrera profesional, pero luego se había convertido en algo más bien embarazoso. Sin embargo, Montuemhat era un maestro en el arte de cambiar de dirección según dónde soplaran los vientos políticos. Para reforzar su ya considerable apoyo local, se dedicó a reparar los estragos del ejército asirio, restaurando templos y realizando importantes trabajos de construcción para devolver su antiguo esplendor a los monumentos de la ciudad. Uno de los principales fue su propia tumba, que tenía el tamaño de un templo medio. Cuando llegó a las últimas fases de su decoración, Montuemhat decidió, diplomáticamente, representar a su esposa kushita, no como una princesa nubia, sino como el paradigma de la feminidad autóctona egipcia, por si a sus nuevos amos políticos les daba por recelar de su lealtad. Gracias a tales maniobras, siguió siendo el gobernante efectivo del Alto Egipto, desde Jmun hasta Abu, bajo tres regímenes distintos, el kushita, el asirio y, por último, el saíta.

En sintonía con tan magistral habilidad política, los documentos oficiales tebanos siguieron reconociendo a la moribunda dinastía kushita durante los ocho primeros años de gobierno de Psamético. Las hijas de los dos principales reyes nubios, Pianjy y Taharqo, todavía ocupaban dos de los más altos cargos en la jerarquía religiosa de la ciudad, los de «esposa del dios Amón» y «divina adoratriz de Amón», respectivamente. Difícilmente podía un príncipe menor libio de la parte occidental del delta competir con semejante esplendor y tradición. Psamético sabía que el dominio efectivo del sur dependía del control del clero de Amón. Pero también a eso tenía una respuesta.

El 2 de marzo del 656, una magnífica flotilla zarpó de los muelles de Menfis rumbo a Tebas. Había gabarras, barcos de abastecimiento y, en el centro de la flota, una barca real, cuyo pan de oro relucía bajo la brillante luz del sol de primavera. Al mando de la expedición, que debía recorrer casi mil kilómetros, estaba el príncipe de Heracleópolis y principal capitán de puerto de Egipto, Sematauytefnajt, hombre de confianza de Psamético y pariente suyo por matrimonio. Se le había confiado la responsabilidad de planificar el viaje y requisar provisiones de todos los gobernadores provinciales por cuyos dominios navegara la flotilla. Como el «Seguimiento de Horus» en los albores de la historia egipcia, esto obedecía al doble propósito de ahorrar al real erario la carga de una empresa tan costosa, al tiempo que daba a los subordinados locales de Psamético la oportunidad de rivalizar por demostrar su lealtad. Entre las numerosas provisiones exóticas a cargo de Sematauytefnajt, había un cargamento especialmente precioso: la princesa Nitiqret, hija menor de Psamético, que abandonaba la residencia real para seguir un destino trazado para ella por su padre: estaba a punto de ser adoptada formalmente como heredera de la «esposa del dios Amón».

Tras dieciséis días de navegación, la flotilla llegó a su destino y amarró en Tebas. A la orilla del río se congregó una multitud para ver desembarcar a la princesa. Antes de que tuviera la oportunidad de familiarizarse con su entorno, tan nuevo y extraño, fue conducida por los funcionarios que la esperaban al gran templo de Amón-Ra en Ipetsut, para ser recibida por el oráculo del dios. Una vez completadas las formalidades, Nitiqret fue presentada a Shepenupet II y Amenirdis II. ¡Qué extrañas debieron de parecerle aquellas dos mujeres africanas de piel oscura a la princesa del delta!; y, sin embargo, estaban a punto de convertirse en sus tutoras. Psamético había adoptado una perspectiva a largo plazo. En lugar de destituir por la fuerza a la vigente esposa del dios y a la posible heredera por ella designada, a riesgo de ofender a Tebas, había negociado la adopción de su propia hija como su futura sucesora. Ello venía a sellar su reunificación de Egipto y a garantizar que un saíta accediera a la larga al puesto religioso más importante del sur. Era un golpe maestro desde el punto de vista diplomático.

Y también un triunfo económico. En el núcleo del acuerdo legal, preparado por escrito, para asegurar que las autoridades tebanas no pudieran volverse atrás, era evidente la influencia de los intereses financieros. El contrato asignaba a Nitiqret (es decir, a su padre) todas las propiedades de la esposa del dios «en el campo y la ciudad». Ella recibiría diaria y mensualmente suministros de los más poderosos funcionarios tebanos, una obligación que estos no podrían eludir. Encabezando la lista de donantes estaba Montuemhat, que prometió proporcionar pan, leche, tortas y plantas medicinales todos los días, junto con tres bueyes y cinco gansos al mes; en conjunto, un compromiso considerable. Le acompañaban como donantes su esposa (kushita) y su hijo mayor, con lo que se afirmaba su lealtad a la nueva dinastía. El histórico encuentro del año 656 en Ipetsut congregó a representantes de todas las principales potencias del pasado reciente de Egipto: Montuemhat era la última gran figura de la vieja jerarquía tebana; Shepenupet y Amenirdis, junto con el sumo sacerdote de Amón Harjebi (nieto de Shabako), representaban a la antigua dinastía kushita; Sematauytefnajt, por su parte, encarnaba la renovada administración del norte, y la joven situada en el centro de todo esto, la princesa Nitiqret, representaba a los nuevos amos saítas de Egipto. La ceremonia era nada más y nada menos que un cambio de guardia.

Para reforzar su reciente autoridad en el Alto Egipto, Psamético envió uno de sus mejores generales a Tebas. Su misión era mantener bajo control cualquier posible disensión, establecer una nueva guarnición en Abu y vigilar estrechamente los acontecimientos de Nubia. La diplomacia respaldada por la fuerza era un rasgo peculiar del estilo saíta, y la nueva dinastía no tenía intención alguna de permitir que Tanutamani, sus herederos o sus partidarios provocaran nuevos problemas en el sur.

Pero no era tan fácil amansar a los orgullosos kushitas. Tras la muerte de Tanutamani en el 657, las nuevas generaciones de gobernantes nubios volvieron a mirar al norte con ojos codiciosos. Tras reconstruir sus fuerzas y perfeccionar su

estrategia, aguardaron el momento de recuperar su perdido reino septentrional. Tras un largo y paciente intervalo, finalmente se presentó la oportunidad en el 593. El nieto y homónimo de Psamético, Psamético II (595-589), acababa de subir al trono egipcio y parecía preocupado por los acontecimientos políticos de Oriente Próximo. Los kushitas reunieron a todo su ejército en la Baja Nubia y se dispusieron a atacar. Fue un grave error de cálculo. Psamético II se diferenciaba de su abuelo en un aspecto crucial: él no tenía la necesidad ni el deseo de consentir las pretensiones kushitas. El Alto Egipto llevaba medio siglo firmemente situado dentro de la esfera saíta. Nitiqret había accedido por fin al cargo de esposa del dios, y en todos los demás puestos importantes de la administración tebana se había situado a personas leales del Bajo Egipto. El valle del Nilo estaba sólidamente unificado bajo un control central por primera vez en casi quinientos años. Ningún ejército kushita iba a cambiar eso.

Advertido de la inminente invasión, Psamético II no vaciló; envió a sus propias fuerzas expedicionarias hacia el sur rumbo a Nubia y las acompañó él mismo hasta Abu. Los mercenarios jonios, carios y judeos encabezaban la marcha, haciendo un alto únicamente en el templo de Abu Simbel para grabar sus nombres en las piernas de los colosos de Ramsés II. Luego siguieron su avance, arrasando la ciudad de Pnubs (fundada en el emplazamiento de la antigua capital kushita, Kerma) en una orgía de salvajismo digna de la XVIII Dinastía. Caminando entre los muertos nubios, se dice que las tropas de Psamético tenían que «vadear su sangre como si fuera agua».[17] El ejército no se detuvo hasta que hubo llegado a Napata, donde saqueó y quemó el palacio real, y rompió las estatuas de los reyes en un simbólico acto de venganza contra la dinastía kushita. De regreso a Egipto, Psamético II ordenó que los nombres de los faraones nubios —Pianjy, Shabako y sus sucesores hasta Tanutamani — fueran eliminados de todos los monumentos, incluso de las estatuas privadas. El objetivo era, a través de la fuerza y de la magia, borrar a los kushitas de las páginas de la historia egipcia. Después de 135 años de hostilidad mutua entre las dinastías saíta y kushita, con los nubios dominando durante más de la mitad de aquel tiempo, la venganza resultó especialmente dulce.

UNA RED ENMARAÑADA

No era propio del carácter asirio dejar escindirse sin más a una provincia ganada con tanto esfuerzo. Tras haber realizado dos invasiones para asegurarse el dominio de Egipto, Asurbanipal debió de sentirse irritado por la expansión saíta. Y, sin embargo, Psamético I se había liberado del control asirio con apenas un pequeño movimiento desde Nínive. La razón de ello estribaba en la existencia de un motivo de preocupación más cercano. En el sur de Mesopotamia, bajo las mismas narices de los asirios, su antiguo rival Babilonia estaba de nuevo en auge. A los pocos meses de la muerte de Asurbanipal, un vigoroso y nuevo rey subió al trono babilonio y empezó a

reconquistar las tierras perdidas a manos de Asiria dos generaciones antes. Asiria decidió tragarse su orgullo imperial y hacer causa común con su antiguo vasallo, el Egipto saíta, en un frente unido contra la nueva amenaza.

Al principio, aquella política tuvo un éxito espectacular. Psamético I acudió en apoyo de Asiria en Oriente Próximo, realizando una campaña contra la expansión babilonia en la que llegó hasta Karkemish, a orillas del Éufrates (era la primera vez que un ejército egipcio llegaba tan lejos desde los días de Ramsés II). Parecía que a Babilonia le habían parado los pies. Pero esta vez los vientos de la historia eran contrarios a un imperio asirio que ya no daba más de sí. Pese a la ayuda egipcia, este sufrió una derrota aplastante a manos de los babilonios en el 609, y un año después fue absorbido a la fuerza por la Gran Babilonia. El ejército egipcio, que ahora luchaba para defenderse, volvió a Karkemish en el 605 e inició un enérgico ataque contra las fuerzas babilonias, pero de nuevo sufrió una derrota sin paliativos. Egipto perdió las posiciones que todavía le quedaban en Oriente Próximo y vio caer a sus aliados ante la espada de Babilonia. Primero Tiro, y luego Jerusalén, uno a uno los amigos del faraón fueron barridos por la fuerza de la maquinaria militar babilonia. En el 586, y a pesar de una serie de valientes rebeliones, los estados independientes de Siria, Líbano y Palestina habían sido borrados del mapa. Judá fue esclavizada y los judíos, deportados a Babilonia, donde habrían de llorar su exilio.

Egipto estaba ahora en primera línea. El hijo y sucesor de Psamético II, Uahibra (589-570), logró rechazar una tentativa de invasión babilonia en el 582, pero sabía muy bien que necesitaría aliados para salvaguardar la independencia egipcia. Siguiendo el ejemplo de su padre, recurrió al mundo griego y situó a mercenarios jonios y carios en puestos prominentes del ejército egipcio. Estos se habían distinguido en el servicio bajo Psamético I y II, y podían volver a hacerlo en la causa de la libertad. Era una estrategia necesaria dadas las circunstancias, pero resultó ser profundamente impopular entre los militares autóctonos egipcios, que se sentían cada vez más marginados por los extranjeros de alto rango que había entre sus filas. Para los generales, la gota que colmó el vaso tuvo lugar en enero del 570, cuando una desastrosa campaña realizada en Libia desencadenó un motín a gran escala entre los egipcios supervivientes. Uahibra envió a uno de sus comandantes más experimentados, Ahmose, para que sofocara la revuelta. Pero, lejos de restablecer el orden, Ahmose se apresuró a tomar el poder y fue proclamado rey por los rebeldes. Volviendo entonces a Egipto, él y el ejército renegado marcharon sobre la sede dinástica de Sais, la tomaron y obligaron a Uahibra a retirarse a su palacio fortificado en Menfis. En agosto, el general había sido reconocido como faraón (un segundo Ahmose) en toda la parte occidental del delta. En octubre, tras un largo compás de espera durante los calurosos meses del verano, Uahibra intentó recuperar el trono marchando sobre Sais. El ejército de Ahmose le plantó cara y derrotó con rotundidad a las fuerzas leales. Uahibra escapó con vida y huyó al extranjero… a la corte de Babilonia. El rey babilonio, Nabucodonosor, apenas podía dar crédito a su buena

suerte. Se le presentaba una oportunidad inmejorable de entrometerse en los asuntos internos de Egipto y situar a un gobernante títere babilonio en el Trono de Horus.

Consciente del inminente peligro, Ahmose II (570-526) tomó de inmediato medidas para protegerse de una posible invasión. Forjó una alianza con los griegos de Cirene, en la costa norteafricana de Libia (fundada por colonos en el siglo VII), al tiempo que eliminaba una guarnición griega de la parte oriental del delta de la que se creía que albergaba simpatías hacia Uahibra. Era, pues, el pragmatismo, y no la ideología, lo que estaba a la orden del día. En el 567, una fuerza babilonia dirigida por el rey depuesto intentó invadir Egipto por tierra y por mar, pero sufrió una derrota aplastante. Esta vez no hubo escapatoria para Uahibra, que fue capturado y ejecutado. Pese a la ignominia de sus últimos años, el victorioso Ahmose lo mandó enterrar con todos los honores reales. El nuevo faraón sabía tomar muy bien el pulso a la opinión popular, y, por más que pudiera satisfacerle que en los textos satíricos se le describiera como «uno de los muchachos» (sin duda para conservar el apoyo de los militares autóctonos), en público hizo grandes esfuerzos por presentarse como un gobernante piadoso y legítimo.

Si los militares rebeldes que habían situado a Ahmose II en el trono habían estado esperando una inversión de las recientes tendencias filohelénicas de Egipto, sin duda se sintieron frustrados. Como parte de su política exterior firmemente antibabilonia, Ahmose procuró ganarse el favor de las ciudades-Estado griegas. Tras los estragos causados por los Pueblos del Mar, durante el siglo IX Grecia se había repoblado, y ahora estaba dominada por una serie de ciudades independientes que extendían activamente su influencia estableciendo colonias en las costas del Mediterráneo y del mar Negro. La riqueza griega dependía sobre todo del libre comercio, y las ciudades-Estado no sentían precisamente admiración por un reino babilonio cuyas ambiciones expansionistas amenazaban su prosperidad. Además de esta alianza política, Egipto tenía también un interés militar en el mundo griego, ya que los mercenarios egeos eran famosos y apreciados en igual medida en todo Oriente Próximo. El faraón hizo generosas donaciones a santuarios griegos (pagó generosamente la reconstrucción de Delfos después de que este quedara destruido por el fuego) y hasta se casó con una princesa griega. Pero su principal iniciativa fue la relacionada con los comerciantes griegos en Egipto. Ya desde el reinado de Psamético I, grupos de colonos de la costa jónica se habían establecido en el delta. Los mercenarios se habían convertido en empresarios, y muchos se habían enriquecido con el negocio de la importación y exportación, trayendo aceite de oliva, vino y, sobre todo, plata del mundo griego, y exportando cereales de Egipto. Era un negocio demasiado lucrativo para que el gobierno egipcio no se interesara en él, y Ahmose II quería una parte de los beneficios. So pretexto de «conceder» a los griegos una zona de libre comercio, aprobó una ley que limitaba sus operaciones mercantiles a la ciudad de Naucratis, convenientemente situada a solo unos quince kilómetros de la residencia real de

Ahmose en Sais. Ello le permitía regular el comercio internacional y sacar provecho de él, al tiempo que pasaba por ser su ilustrado protector.

Con el patrocinio real y su estatus especial, Naucratis se convirtió muy pronto en el puerto más activo de Egipto. También se desarrolló en torno a él una ciudad extraordinariamente cosmopolita, donde chipriotas y fenicios se codeaban con ciudadanos procedentes de Mileto, Samos y Quíos. Varias comunidades griegas tenían sus propios templos —los de Quíos adoraban a Afrodita, mientras que los de Samos preferían a Hera—, e incluso había un «Hellenion» ecuménico donde las distintas comunidades podían reunirse para adorar a «los dioses de los griegos». Pero junto con toda esta piedad existía también un aspecto más sórdido. Naucratis adquirió reputación en todo el mundo griego por el atractivo y la disipación de sus mujeres. Como señalaría Herodoto, era «un buen lugar para las prostitutas hermosas». Una cortesana particularmente célebre logró que el hermano de la poetisa Safo comprara su libertad; sin duda este tendría sentimientos encontrados con respecto a su emancipación.

A mediados del siglo VI, Egipto, bajo el prudente y astuto gobierno de Ahmose, experimentaba un pequeño renacimiento. Próspero y estable internamente, y respetado y valorado en el extranjero, podía considerarse de nuevo una potencia importante. En el plazo de un siglo se había librado primero de los asirios y luego de los babilonios, y se había ganado un lugar como actor clave en la enmarañada red de las relaciones internacionales. Era asimismo un país transformado, más multiétnico y multicultural que en el pasado. Pero el valle del Nilo siempre había sido un crisol y un polo de atracción para los inmigrantes, y a todos ellos los había asimilado satisfactoriamente. Al final, la civilización faraónica siempre había resurgido triunfante y más fuerte que antes; y ello porque los dioses lo habían ordenado de ese modo, y así sería siempre. O eso era al menos lo que creían ingenuamente los egipcios.

22
Invasión e introspección

SEGUIR ADELANTE

Los gobernantes de la ciudad de Sais, en la parte occidental del delta, eran los grandes supervivientes de la historia del antiguo Egipto. En el curso de dos siglos, conspiraron, intrigaron y lucharon para lograr una posición de predominio, no solo en su territorio originario del Bajo Egipto, sino en todo el valle del Nilo. Empezando por el príncipe del Oeste, Tefnajt, en el 728, los astutos saítas se habían negado a doblegarse ante una dinastía rival de Nubia, y durante setenta años habían representado una espina clavada en el costado de los kushitas. Luego habían utilizado la protección asiria para ampliar su base de poder en el delta, despojándose finalmente de su condición de vasallos y reclamando el premio de una monarquía unificada. Como dinastía reinante de Egipto, habían demostrado no ser menos astutos, aliándose con los asirios para contrarrestar la amenaza que constituía Babilonia. Honrando a los dioses autóctonos mientras compraba el apoyo de los mercenarios griegos, la casa de Psamético lograría mantener el estatus y la independencia de Egipto en un mundo cada vez más incierto.

Pero ni siquiera los saítas eran invencibles. Tras una década rechazando cualquier potencial invasión babilonia, de pronto se encontraron con que debían enfrentarse a un enemigo aún más decidido e implacable; un enemigo que pareció surgir de la nada.

En el 559, un vigoroso joven llamado Kurosh (Ciro) ascendió al trono de una tierra oscura, remota e insignificante llamada Persia, que por entonces era un territorio vasallo del poderoso Imperio medo. Ciro, sin embargo, tenía ambiciones, y pronto se rebeló contra su amo y señor, lo destronó y reclamó Media para sí. El faraón egipcio apenas mostró interés en todo aquello; era una disputa en un país lejano entre gentes de las que él no sabía nada. Pero Egipto habría de lamentar su autocomplacencia. Dos décadas después de acceder al poder, Ciro había conquistado primero el reino anatolio de Lidia y luego Babilonia, convirtiéndose en el gobernante indiscutible de un imperio que se extendía desde las orillas del Egeo hasta las montañas del Hindu Kush. De repente, y como llovida del cielo, en la región había una nueva y terrible superpotencia con un hambre de conquista aparentemente insaciable.

Lo único que Ahmose II pudo hacer fue reclutar a más mercenarios griegos, incrementar sus fuerzas navales y confiar en que las cosas no fueran a peor. La muerte de Ciro en el 530 mientras luchaba contra los feroces nómadas escitas de Asia

Central, pareció ofrecer un tenue rayo de esperanza. Sin embargo, cualquier posibilidad de alivio se vio rápidamente truncada por los acontecimientos ocurridos en el propio Egipto. El rey Ahmose, con su experiencia militar y su capacidad estratégica, había mantenido satisfactoriamente el control durante cuatro décadas, así que su fallecimiento en el 526 y la entronización de un nuevo faraón de dudosas cualidades, Psamético III (526-525), supusieron un duro golpe para el país. La muerte de un monarca siempre comportaba un período de vulnerabilidad, pero con un agresor a las puertas aquello era un auténtico desastre para Egipto.

El nuevo «gran rey» de Persia, Cambises, vio la oportunidad y la aprovechó. A las pocas semanas de recibir la noticia de la muerte de Ahmose, marchó rumbo al delta. En el 525, sus fuerzas invadieron Egipto, tomaron Menfis, ejecutaron a Psamético III y anexionaron por la fuerza las Dos Tierras al creciente reino persa.

Cambises no tardó en imponer un gobierno al estilo persa en su último dominio. Abolió el cargo de «esposa del dios Amón», negó a la hija de Ahmose el derecho a ocuparlo en el futuro y destituyó a quien en ese momento lo ejercía, Anjnesneferibra, que llevaba nada menos que sesenta años en el puesto. Ya no habría más «esposas del dios» que pudieran actuar como aglutinadoras del sentimiento nacional egipcio en el Alto Egipto. Tampoco es que todos los funcionarios egipcios vieran la conquista persa como una calamidad; a algunos de ellos les resultó bien fácil cambiar de chaqueta en cuanto hubieron de afrontar la nueva realidad. Uno de ellos era el «supervisor de trabajos», Jnemibra. Procedente de una larga estirpe de arquitectos cuyos orígenes se remontaban a setecientos cincuenta años atrás, en el reinado de Ramsés II, Jnemibra, como su padre, su abuelo y su bisabuelo antes que él, llevaba un nombre manifiestamente legitimista (en su caso, el nombre de trono de Ahmose II), y había servido fielmente a su faraón en las canteras del Uadi Hammamat. Pero, pese a toda su declarada lealtad a la dinastía saíta, no mostró la menor vacilación a la hora de adaptarse a la invasión persa. No solo sobrevivió al cambio de régimen sino que prosperó; siguió sirviendo a sus nuevos amos, los persas, y fue recompensado por sus desvelos con un puñado de lucrativos cargos sacerdotales. Para muchas personas como Jnemibra, la ambición personal siempre triunfaba sobre el patriotismo.

Otros quizá tuvieron motivos ligeramente más altruistas para colaborar con los persas. Para la élite egipcia, nada encarnaba mejor su preciada cultura y sus preciadas tradiciones que su religión. De hecho, todos los miembros prominentes de la sociedad se esforzaban en demostrar su piedad a su culto urbano, y el patrocinio activo del templo local era un requisito previo para ganarse el respeto de la comunidad. Al verse frente a conquistadores extranjeros que adoraban a dioses extraños, algunos egipcios decidieron no luchar y, en lugar de ello, intentar ganarse a los persas para la «causa» del modo de vida egipcio.

Un personaje oriundo de Sais, la más orgullosa de las ciudades del delta, consiguió hacer justamente eso. Udyahorresne tenía las credenciales adecuadas. Su padre había sido sacerdote del templo local y él se educó en una profunda devoción a

la diosa Neit. Como muchos otros saítas antes que él, Udyahorresne hizo carrera en el ejército, ascendiendo al rango de almirante bajo el reinado de Ahmose II. Sus actividades en la flota debieron de incluir batallas navales contra los invasores persas, que él describiría como «un gran desastre … como nunca [antes] había ocurrido en esta tierra».[1] Sin embargo, a los pocos meses de la victoria de Cambises, Udyahorresne se había congraciado con su nuevo amo, se había ganado su confianza como uno de sus cortesanos de mayor rango y había sido nombrado médico principal del monarca, con acceso íntimo a su real presencia. En público, la conversión de Udyahorresne fue tan absoluta como rápida, y no mostró la menor señal de embarazo a la hora de alabar la invasión persa en los términos más entusiastas:

> El gran jefe de todas las tierras extranjeras, Cambises, vino a Egipto, [y] los extranjeros de todas las tierras extranjeras con él. Cuando hubo asumido el gobierno de esta tierra en toda su extensión, ellos se establecieron allí y él se convirtió en el gran gobernante de Egipto, el gran gobernante de todas las tierras extranjeras.[2]

Pero había algo más que una simple colaboración detrás de aquel asombroso y repentino cambio de opinión. Con su conocimiento de las costumbres egipcias, Udyahorresne se hallaba en una posición única para guiar a los nuevos señores del país e iniciar el proceso de «egipcianización» que les convertiría en faraones respetables e incluso legítimos. Un importante paso en este proceso fue la creación de una titulatura real para Cambises, que Udyahorresne ideó y sin duda alentó encarecidamente. Poco a poco, a paso lento pero seguro, los persas fueron aculturados, siguiendo así los pasos de las anteriores dinastías extranjeras, las de los hicsos, los libios y los kushitas.

Al parecer, Cambises estuvo de acuerdo con este proceso. Con su vasto y políglota imperio, mal podía permitirse adoptar una perspectiva culturalmente purista. Lejos de ello, mostró una gran tolerancia hacia las diferentes culturas y tradiciones de su reino. Su precursor, Ciro, había liberado a los judíos de su exilio en Babilonia, y Cambises siguió su ejemplo protegiendo a la gran comunidad judía de Egipto que habitaba en la isla de Abu. En otras partes del valle del Nilo, se mostró absolutamente dispuesto a seguir utilizando los servicios de funcionarios egipcios, y para muchas personas, sobre todo en las provincias, la vida siguió siendo en buena medida como antes. Solo en el ejército se reemplazó a los oficiales egipcios y se redirigieron sus dotes de mando a otros menesteres, tal como le ocurrió a Udyahorresne.

Al haberse visto obligado a abandonar su mando naval, el antiguo almirante pasó a dedicar su talento a salvaguardar y honrar el templo de su localidad. Su puesto en la corte le otorgaba una especial influencia, que empezó a utilizar para potenciar el culto de Neit en Sais. Primero se quejó a Cambises de los «extranjeros» que habían profanado el templo instalándose dentro de su sagrado recinto, y persuadió a su jefe para que dictara una orden de desahucio. Tras ejercer nuevas presiones, Cambises ordenó que el templo fuera purificado y su clero y sus ofrendas, restituidos tal como eran antes de la invasión persa. Como explicaría el propio Udyahorresne: «Su

Majestad hizo estas cosas porque yo hice entender a Su Majestad la importancia de Sais».[3] Para rematar esa «conversión», Cambises acudió al templo en persona y besó el suelo ante la estatua de Neit, «tal como hacen todos los reyes».[4] El conquistador persa estaba en vías de convertirse en un faraón propiamente dicho.

En otros lugares de todo Egipto se siguió la misma pauta. En la ciudad de Taremu, en el delta, el cacique local, Nesmahes, utilizó su influencia —era el «supervisor del harén real»— para enriquecer su comunidad y su culto. Puede que ayudara a ello el hecho de que los reyes persas lo identificaran fácilmente con el poder del dios león local, Mahes; pero allí, como en otras partes, la determinación de los funcionarios egipcios de convertir a sus nuevos amos fue uno de los factores clave que explican los acontecimientos del primer período persa. En Menfis, los entierros de los toros sagrados Apis prosiguieron sin interrupción, y el egipcio responsable de su culto hasta pudo jactarse de hacer proselitismo entre los nuevos gobernantes del país: «Puse el temor a ti [Apis] en los corazones de todas las gentes y de los extranjeros de todas las tierras extranjeras que estaban en Egipto».[5]

Puede que los egipcios hubieran perdido su independencia política, pero estaban decididos a mantener sus preciadas tradiciones culturales.

LA ERA DE LA INVENCIÓN

En realidad, la conquista persa de Egipto estuvo lejos de ser un «gran desastre». Por el contrario, los nuevos gobernantes del país introdujeron un dinamismo y una energía muy necesarios para el gobierno del valle del Nilo, revitalizando sus instituciones y su infraestructura. El punto culminante de este renacimiento fue el reinado del sucesor de Cambises, Darío I (522-486). Este se tomó un interés particular en las depositarias del saber egipcio, las denominadas «Casas de la Vida» anexas a los grandes templos. Desde su palacio real en Susa (construido por artesanos egipcios con ébano y marfil de Nubia), ordenó a Udyahorresne, convertido ahora en un viejo y leal sirviente que vivía en la corte persa, que volviera a Sais y restaurara la Casa de la Vida, que por entonces estaba en ruinas.

Quizá inspirándose en los registros de los templos, se dice que Darío codificó las leyes de Egipto a fin de establecer una base firme para su gobierno. Era consciente de que aquel territorio no era solo otra satrapía más de su imperio. La gran riqueza y la antigua cultura de Egipto le otorgaban una importancia especial, y era una posesión demasiado importante para arriesgarse a perderla. De ahí que no permitiera que el sátrapa (el gobernador persa) establecido en Menfis ejerciera ningún control sobre los asuntos económicos. En lugar de ello, dichos asuntos eran responsabilidad de un canciller independiente, que también se encargaba de vigilar al sátrapa, evitando que se «acriollara». Por otra parte, era frecuente que se mandara llamar a los sátrapas a Persia para dar cuenta personalmente de sus actividades ante el «gran rey».

En general, Darío gobernó Egipto con bastante delicadeza. Los egipcios autóctonos siguieron ostentando altos cargos, los tributos que se les impusieron no eran excesivos, y los documentos de la época sugieren cierto grado de prosperidad incluso en las provincias. La clave del control persa estaba en una excelente comunicación con el resto del imperio, una buena red de fuentes de información y unas guarniciones estratégicamente situadas. Desde la isla de Dorginarti, en la Baja Nubia, hasta el desierto del Sinaí, una serie de fortalezas imponentes rodeaban el perímetro de Egipto, proporcionando a los persas un medio para sofocar cualquier atisbo de insurrección de manera tan rápida como decisiva.

En lo que se refiere a la explotación del vasto potencial económico de Egipto, la prioridad de Darío fue alentar el comercio marítimo entre el valle del Nilo y el golfo de Persia. En el Alto Egipto se reabrió la pista terrestre que pasaba por el Uadi Hammamat y llegaba hasta la costa del mar Rojo, utilizada con regularidad por las expediciones persas. En el Bajo Egipto, sin embargo, no existía ninguna ruta parecida, de modo que hubo que buscar una solución distinta. La respuesta fue uno de los mayores proyectos de ingeniería de toda la historia del antiguo Egipto, tan ambicioso como las pirámides de Giza. Allá en los días de apogeo del control saíta, Necao II (610-595) había iniciado un plan para construir un canal entre el Nilo y el mar Rojo. Cien años después, su idea fue finalmente llevada a la práctica. Mientras que los saítas se habían limitado a soñar, los persas hicieron realidad su sueño. El resultado fue un canal de casi cincuenta metros de ancho que se extendía a lo largo de unos sesenta y cinco kilómetros desde el brazo más oriental del Nilo, siguiendo el Uadi Tumilat, hasta los Lagos Amargos, y desde allí hacia el sur, hasta el golfo de Suez.

En su viaje de cuatro días de duración navegando de un extremo a otro, los barcos pasaban junto a enormes estelas de granito rosa, erigidas en puntos estratégicos a lo largo del canal. En cada una de aquellas gigantescas losas, de tres metros de alto por dos de ancho, diversas escenas y textos cuidadosamente escogidos subrayaban el dominio de Darío sobre su vasto imperio: un lado representaba al «gran rey» bajo la protección de su dios persa Ahura Mazda (Ormuz), con un texto de acompañamiento en escritura cuneiforme; el otro lado mostraba el emblema de la unificación egipcia bajo un disco solar alado, con una inscripción laudatoria en jeroglíficos. Siguiendo la ancestral costumbre faraónica, la versión egipcia incluía también un friso con veinticuatro figuras arrodilladas, cada una de ellas posada en un anillo oval que contenía el nombre de una provincia imperial. Tales escenas debían de resultarle familiares a cualquier egipcio que conociera los grandes templos del territorio; salvo por el hecho de que, en los monumentos de Darío, uno de los territorios sometidos era el propio Egipto. Poco consolador resultaba que este apareciera enumerado junto a tierras tan exóticas y fabulosas como Persia, Media, Babilonia, Asiria y hasta la India. Darío remataba el mensaje en el otro lado de la estela, donde se jactaba de lo siguiente: «Yo, un persa, con los persas conquisté Egipto. Ordené excavar un canal

desde el río que está en Egipto —el Nilo es su nombre— hasta el río amargo [esto es, el mar Rojo] que fluye desde Persia».[6] Para celebrar la inauguración oficial de su proyecto en el 497, el rey visitó en persona el canal y contempló con orgullo como una flota de veinticuatro barcos cargados con tributos egipcios navegaban lentamente hacia el este, rumbo a Persia.

Si el antiguo canal de Suez nació de un interés por las rutas comerciales marítimas, el deseo de los persas de controlar las rutas del desierto que cruzaban el Sahara, en el otro extremo de Egipto, dio lugar a una hazaña de ingeniería igualmente impresionante. Jarga, el más meridional de los cuatro grandes oasis egipcios, representaba desde hacía largo tiempo un nexo clave en las comunicaciones a través del desierto, donde convergía una red de pistas que unían el valle del Nilo con Nubia, en el sur, y con los territorios de más allá del Sahara, en el oeste. Desde finales del Imperio Antiguo, el oasis de Jarga no estaba poblado de forma permanente. El clima simplemente se había vuelto demasiado árido, y las precipitaciones anuales eran insuficientes para sustentar siquiera a una pequeña población. Con su acostumbrado ingenio, los persas dieron dos respuestas al problema. En primer lugar, introdujeron el camello en Egipto. Traído de sus provincias bactrianas y árabes, este revolucionó los viajes por el desierto, permitiendo que las caravanas recorrieran distancias mucho mayores sin necesidad de tener que encontrar agua. En segundo lugar, los persas idearon una técnica extraordinaria para sacar a la superficie el agua almacenada en los acuíferos subterráneos de arenisca. Por todo el oasis de Jarga excavaron profundas galerías en la roca, que discurrían bajo tierra a lo largo de kilómetros a través del árido paisaje. Eran, de hecho, acueductos subterráneos, que permitían regar los jardines y campos de la superficie con el agua dulce y fresca de los pozos artesianos. Gracias a esta avanzada tecnología, pudieron dedicarse por primera vez enormes extensiones de tierra a la producción agrícola, generando abundantes cosechas de cereales, frutas y hortalizas, así como de algodón (otro elemento introducido por los persas). En torno a los acueductos surgieron nuevos pueblos y ciudades, con sus propios edificios administrativos y templos. Debido a la distancia de estos asentamientos del valle del Nilo, el papiro resultaba raro y costoso, de manera que, en lugar de ello, los habitantes locales usaban fragmentos de cerámica como medio de escritura para su correspondencia. Como resultado de ello, se ha conservado un extraordinario archivo que nos ilustra sobre la vida cotidiana en aquella remota avanzadilla del imperialismo persa. Como era de esperar, tanto los individuos como las instituciones tuvieron buen cuidado de preservar los documentos de particular valor. Además de recibos, cuentas domésticas y anotaciones diarias, predominan sobre todo los contratos jurídicos. Estos revelan que la base de la riqueza de los habitantes locales no era la tierra, sino el agua. El abastecimiento de agua de cada acueducto excavado en la roca se dividía minuciosamente en días y en fracciones de día, y estos podían comprarse y venderse, alquilarse o utilizarse para garantizar préstamos. En ese oasis del desierto, el agua era dinero.

También hubo acuñación de moneda; en el 410 se introdujo la moneda ateniense (estátera o tetradracma) como patrón monetario, lo que revela la creciente influencia del mundo griego en el comercio egipcio. Este era otro indicio más del carácter cosmopolita del Egipto persa, una tierra donde los matrimonios se saltaban las barreras religiosas y culturales, donde los relieves de los templos podían representar extrañas criaturas aladas de la mitología zoroástrica, y donde los inmigrantes persas de segunda generación podían adoptar apodos egipcios.

En general, bajo el reinado de Darío I Egipto fue un dinámico crisol de pueblos y tradiciones, un lugar de innovación cultural, una nación de próspero comercio y una comunidad tolerante y multiétnica. Pero todo eso no estaba destinado a durar.

LA SUPERVIVENCIA DE LOS MÁS APTOS

Los sucesores de Darío mostraron bastante menos interés en su satrapía egipcia. Hasta dejaron de seguir, ni que fuera de boquilla, las tradiciones de la realeza y la religión egipcias. La actividad comercial empezó a disminuir, y el control político se redujo en la medida en que los persas centraron cada vez más su atención en sus problemáticas provincias occidentales y en los estados de Atenas y Esparta. Con este telón de fondo de debilidad política y malestar económico, la relación de los egipcios con sus amos extranjeros empezó a agriarse. Un año antes de la muerte de Darío I estalló la primera rebelión en el delta. El siguiente «gran rey», Jerjes I (486-465), necesitaría dos años para sofocar el levantamiento. Para evitar que el hecho se repitiera, purgó a los egipcios de las posiciones de autoridad, pero eso no bastaba para cortar el problema de raíz. Mientras Jerjes y sus funcionarios se preocupaban de combatir a los griegos en las épicas batallas de las Termópilas y de Salamina, los miembros de las antiguas familias provinciales de todo el Bajo Egipto comenzaron a soñar en recuperar el poder; algunos de ellos hasta llegaron a atribuirse títulos reales. Después de menos de medio siglo, el gobierno persa empezaba a descomponerse.

El asesinato de Jerjes I en el verano del 465 proporcionó la oportunidad y el estímulo para una segunda revuelta egipcia. Esta vez la rebelión estaba encabezada por Irethoreru, un carismático príncipe de Sais que seguía la tradición familiar, y no sería sofocada tan fácilmente. En el plazo de un año contaba con partidarios en todo el delta y también más allá de este; hasta los escribas del gobierno que trabajaban en el oasis de Jarga fechaban los contratos jurídicos en «el año 2 de Irethoreru, príncipe de los rebeldes». Solo en el extremo sudeste del país, en las canteras del Uadi Hammamat, los funcionarios locales seguían reconociendo la autoridad del gobernante persa. Consciente de la popularidad de su causa, Irethoreru acudió al gran enemigo de los persas, Atenas, para que le prestara apoyo militar. Los atenienses, todavía dolidos por la despiadada destrucción de sus lugares sagrados llevada a cabo dos décadas antes por el ejército de Jerjes, se mostraron encantados de ayudar. Así

pues, enviaron una flota de combate a la costa egipcia, y las fuerzas conjuntas greco-egipcias lograron arrinconar al ejército persa en sus cuarteles de Menfis y mantenerlo inmovilizado allí durante muchos meses. Pero los persas no iban a renunciar tan fácilmente a su provincia más rica. A la larga, gracias a su mera superioridad numérica, rompieron el cerco de Menfis y empezaron a recuperar el territorio región a región. Tras una lucha que duró casi una década, finalmente Irethoreru sería capturado y crucificado a modo de cruda advertencia dirigida a otros posibles insurrectos.

Los egipcios, sin embargo, habían tenido ocasión de saborear brevemente la libertad, y no pasó mucho tiempo antes de que estallara otra rebelión, una vez más bajo el mando de un saíta, y de nuevo con el apoyo ateniense. Solo el tratado de paz firmado en el 449 entre Persia y Atenas comportó una interrupción temporal de la participación griega en los asuntos internos de Egipto, y permitió la reanudación del libre comercio y el libre derecho a viajar entre las dos potencias mediterráneas (uno de los beneficiarios de la nueva situación sería Herodoto, que visitó Egipto en algún momento de la década del 440). Aun así, el descontento egipcio no se desvaneció, y la perspectiva de otro levantamiento importante parecía segura.

En el 410 estallaron disturbios civiles en todo el país, que en el extremo sur degeneraron prácticamente en un estado de anarquía y de violencia intercomunitaria. Instigados por los sacerdotes egipcios de Jnum, en la isla de Abu, los alborotadores atacaron el vecino templo judío de Yahvé. Los autores fueron detenidos y encarcelados, pero, aun así, aquello era una señal de que la sociedad egipcia era una sociedad convulsa. En el delta, una nueva generación de príncipes izó la bandera de la independencia, encabezada por el nieto del que había sido líder rebelde cuarenta años antes. Psamético-Amenirdis de Sais fue llamado así en honor a su abuelo, pero también llevaba el orgulloso nombre del fundador de la dinastía saíta, y estaba decidido a restablecer la fortuna de la familia. Psamético-Amenirdis inició en el delta una guerra de guerrillas de baja intensidad contra los amos y señores persas de Egipto, utilizando sus detallados conocimientos sobre la zona para desgastar a sus adversarios. Durante seis años la rebelión siguió sin amainar, y los persas tuvieron ocasión de descubrir la indefensión de una superpotencia a la hora de luchar contra un levantamiento decidido y respaldado por la población local.

Finalmente se produjo el punto de inflexión. En el 525, Cambises había aprovechado la muerte del faraón para iniciar su conquista de Egipto, y ahora los egipcios pagaron a los persas con la misma moneda. Cuando a comienzos del 404 llegó al delta la noticia de que el «gran rey» Darío II había muerto, Amenirdis se apresuró a autoproclamarse monarca. Fue solo un gesto, pero tuvo el efecto deseado de obtener el apoyo de todo Egipto. Hacia finales del 402, su reinado era reconocido como un hecho desde las costas del Mediterráneo hasta la primera catarata. Unos cuantos indecisos de las provincias siguieron fechando los documentos oficiales en función del reinado del «gran rey» Artajerjes II —diversificando así sus apuestas—,

pero los persas tenían sus propios problemas. Un ejército de reconquista, reunido en Fenicia para invadir Egipto y restablecer el orden en la satrapía rebelde, tuvo que ser desviado en el último momento para hacer frente a otra secesión en Chipre. Habiendo escapado de tal modo a un ataque persa, cabía esperar que Amenirdis diera la bienvenida al renegado almirante chipriota cuando este buscó refugio en Egipto. Pero, en lugar de extender la alfombra roja para un compañero guerrillero, Amenirdis se apresuró a mandar asesinar al almirante. Era una característica demostración de la duplicidad de los saítas.

Pese a su crueldad, Amenirdis no disfrutó mucho tiempo de su recién ganado trono. Al tomar el poder por medio de la astucia y la fuerza bruta, había despojado al rango de faraón de cualquier aureola de misterio que aún le quedara, poniendo de manifiesto aquello en lo que la corona se había convertido realmente (o lo que siempre había sido tras el tupido velo del decoro y la propaganda): el supremo trofeo político. Los vástagos de otras poderosas familias del delta pronto tomaron buena nota de ello. En octubre del 399, un caudillo rival de la ciudad de Dyedet montó su propio golpe de Estado, expulsando a Amenirdis y proclamando una nueva dinastía.

Para marcar aquel nuevo comienzo, Nayfaarudye de Dyedet adoptó deliberadamente el nombre de Horus de Psamético I, el más reciente fundador de una dinastía que había liberado a Egipto del dominio extranjero. Pero ahí terminaba la comparación. Siempre receloso de las posibles represalias persas, el breve reinado de Nayfaarudye (399-393) estuvo marcado por una febril actividad defensiva. Su política exterior más significativa fue la de cimentar una alianza con Esparta, enviando cereales y madera para ayudar al rey espartano Agesilao en su expedición a Persia.

En el 393, cuando el heredero de Nayfaarudye, Hakor, se convirtió en rey, era la primera vez en cinco generaciones que un hijo autóctono sucedía a su padre en el trono de Egipto. A pesar de tener un nombre que significaba «el árabe», Hakor estaba orgulloso de su identidad egipcia y decidido a cumplir con las tradicionales obligaciones de la monarquía; uno de sus epítetos favoritos al comienzo de su reinado fue «el que satisface a los dioses». Pero la piedad por sí sola no bastaba para garantizar la seguridad. Tras apenas un año de gobierno, la rivalidad interna entre las principales familias de Egipto golpeó de nuevo. Esta vez le tocó a Hakor ser depuesto cuando un competidor usurpó tanto el trono como los monumentos de la joven dinastía.

El carrusel de la política faraónica siguió dando vueltas, y solo pasaron otros doce meses antes de que Hakor reconquistara su trono, proclamando con orgullo que estaba «repitiendo [su] aparición» como rey. Pero aquello no era más que jactancia huera; la monarquía había tocado fondo. Desprovista de respeto y despojada de misterio, tan solo era una pálida imitación del esplendor del pasado faraónico. Hakor logró aferrarse al poder durante otra década, pero su débil hijo y sucesor (un segundo Nayfaarudye) duró apenas dieciséis semanas. En octubre del 380, un general del

ejército de Tyebnetcher se apoderó del trono. Representaba a la tercera familia del delta que gobernaba Egipto en solo dos décadas.

Sin embargo, Najtnebef (380-362) era un hombre de una pasta distinta de la de sus inmediatos predecesores. Había presenciado de primera mano la reciente y encarnizada lucha entre distintos caudillos rivales, incluido «el desastre del rey que vino antes»,[7] y supo entender mejor que nadie la vulnerabilidad del trono. Como hombre del ejército, sabía que el poderío militar podía representar un requisito previo para el poder político; su prioridad número uno, con el país viviendo bajo la constante amenaza de una invasión persa, era la de ser «un rey poderoso que guarde a Egipto, una muralla de cobre que proteja a Egipto».[8] Pero también era consciente de que no bastaba solo con la fuerza. La corona egipcia siempre había funcionado mejor en un nivel psicológico; por algo Najtnebef se describía a sí mismo como un gobernante «que extirpa los corazones de quienes albergan un corazón traicionero».[9] Si se pretendía restablecer el prestigio de la monarquía, esta tenía que proyectar una imagen tradicional e inflexible ante el país en general. Así, junto con las habituales maniobras políticas (como la asignación de todos los puestos más influyentes del gobierno a sus parientes y a sus partidarios más fieles), Najtnebef emprendió el más ambicioso programa de construcción de templos que el país había visto desde hacía ochocientos años. Quería demostrar sin lugar a dudas que era un faraón a la manera tradicional. En la misma línea, uno de sus primeros actos como rey fue asignar una décima parte de los reales ingresos recaudados en Naucratis —procedentes de aranceles aduaneros sobre importaciones fluviales y de impuestos sobre productos de fabricación local— al templo de Neit en Sais. Con ello lograba el doble objetivo de aplacar a sus rivales saítas al tiempo que reforzaba sus propias credenciales de rey piadoso. Luego siguieron otras dotaciones, sobre todo al templo de Horus en Dyeba (la actual Edfú). Nada podría resultar más apropiado para la encarnación terrenal del dios que hacer generosas donaciones al principal centro de culto de su patrón.

Pero a Najtnebef no le interesaba únicamente obtener crédito celestial. También era consciente de que los templos controlaban una gran parte de la riqueza temporal del país (tierras de cultivo, derechos mineros, talleres artesanos y acuerdos comerciales) y de que invertir en ellos era el modo más seguro de estimular la economía nacional. Y ello, a su vez, representaba el método más rápido y eficaz de generar un excedente de ingresos con el que reforzar la capacidad defensiva de Egipto, en particular contratando a mercenarios griegos. Así pues, apaciguar a los dioses e incrementar el número de efectivos del ejército eran dos caras de la misma moneda, lo cual no significa que no se tratara de un equilibrio difícil; si se exprimía en exceso a los templos, estos podrían llegar a resentirse a causa de ello.

Como buen conocedor de la historia de su país, Najtnebef procuró evitar la lucha dinástica de las últimas décadas resucitando la antigua práctica de la corregencia y designando a su heredero, Dyedhor (365-360), soberano adjunto, a fin de asegurar una transición tranquila del poder. Sin embargo, la mayor amenaza al trono de

Dyedhor no provenía de sus rivales internos, sino de su arrogante política interior y exterior. No compartía para nada la cautela de su padre, y empezó su reinado en solitario tratando de arrebatar Palestina y Fenicia de manos de los persas. Quizá deseaba recuperar el esplendor del pasado imperial de Egipto, o tal vez sintiera la necesidad de hacer la guerra al enemigo para justificar la continuidad de su dinastía en el poder. Fuera como fuese, se trató de una decisión tan precipitada como imprudente. Aunque Persia estuviera ocupada en sofocar una rebelión de los sátrapas en Asia Menor, difícilmente cabía esperar que considerara la pérdida de sus posesiones en Oriente Próximo con ecuanimidad. Además, se corría el riesgo de que los enormes recursos que necesitaba Egipto para emprender una gran campaña militar representaran una tensión insoportable para la todavía frágil economía del país. Dyedhor necesitaba desesperadamente oro para contratar a mercenarios griegos, y estaba convencido de que inventarse un nuevo impuesto sobre los templos era el modo más fácil de llenar las arcas del Estado. De ahí que, además de un impuesto sobre los edificios, un impuesto de capitación, un impuesto sobre la venta de mercancías y la exacción de derechos adicionales de transporte, Dyedhor ordenara embargar propiedades de los templos. Habría sido difícil concebir una serie de medidas más impopulares. Para empeorar aún más las cosas, los mercenarios espartanos contratados gracias a todos estos ingresos fiscales —un millar de soldados hoplitas y treinta asesores militares— llegaron con su propio oficial, el antiguo aliado de Egipto Agesilao. A sus ochenta y cuatro años de edad, era un veterano en todos los sentidos de la palabra, y no iban a quitárselo de encima poniéndolo al frente de un cuerpo de mercenarios; solo estar al mando de todo el ejército le satisfaría. Pero, para Dyedhor, ello equivaldría a relegar a otro aliado griego, el ateniense Cabrias, que inicialmente había sido contratado por Hakor en la década del 380 para supervisar la política de defensa egipcia. Con Cabrias al mando de la armada, a Agesilao se le dio el control de las fuerzas terrestres. Pero la presencia de tres hombres con un ego tan enorme en lo más alto de la cadena de mando amenazaba con desestabilizar toda la operación. Con el conjunto del país resentido por los abusivos impuestos, la expedición estuvo impregnada desde el primer momento por una atmósfera de sospecha y paranoia.

El relato más vívido de los acontecimientos que rodearon a la funesta campaña de Dyedhor en el año 360 nos lo proporciona un testigo ocular, un médico llamado Unnefer oriundo de la parte central del delta. Nacido a unos quince kilómetros de la capital dinástica de Tyebnetcher, Unnefer era exactamente el tipo de fiel seguidor favorecido por Najtnebef y su régimen. Tras su inicial educación en el templo local, Unnefer se especializó en medicina y magia, y fue en ese contexto en el que atrajo la atención de Dyedhor. Cuando el rey decidió iniciar su campaña contra Persia, a Unnefer se le confió la redacción del diario oficial de guerra. En el antiguo Egipto las palabras tenían una gran potencia mágica, de modo que se trataba de un papel extremadamente delicado para el que un mago bien dotado y archileal era la opción

obvia. Pero no bien hubo partido Unnefer con el rey y con el ejército en su avance hacia Asia cuando al regente en Menfis le fue entregada una carta que involucraba a aquel en un complot. Así pues, Unnefer fue detenido, atado con cadenas de cobre y conducido de vuelta a Egipto para ser interrogado en presencia del regente. Como cualquier funcionario de éxito en el Egipto del siglo IV, Unnefer era experto en salir airoso de situaciones comprometidas. Gracias a unas cuantas maniobras astutas, surgió de aquella experiencia terrible como un confidente leal del regente; le dieron protección oficial y lo colmaron de regalos.

Mientras tanto, y antes de que se hubiera disparado una sola flecha, la mayor parte del ejército había empezado a abandonar a Dyedhor en favor de uno de sus jóvenes oficiales: nada menos que un personaje como el príncipe Najthorhabet, sobrino del propio rey e hijo del regente. Agesilao, el espartano, desempeñó a fondo su papel de persona de enorme influencia: se unió a la suerte del príncipe, lo acompañó en su regreso triunfal a Egipto, rechazó a un contrincante y, finalmente, presenció su entronización como faraón. Por sus esfuerzos recibió la principesca suma de 230 talentos de plata —lo bastante para financiar a cinco mil mercenarios durante un año— y regresó a su hogar, a Esparta.

Por su parte, Dyedhor, deshonrado, abandonado y depuesto, escogió la única opción posible y huyó para echarse en brazos de los persas, el mismo enemigo al que había estado preparándose para combatir. Unnefer fue puntualmente enviado al mando de un destacamento de fuerzas navales para peinar Asia y buscar al traidor. Finalmente Dyedhor fue localizado en Susa, y los persas se mostraron más que encantados de librarse de tan incómodo huésped. Unnefer lo llevó de vuelta a Egipto encadenado, y el rey, agradecido, le colmó de regalos. En una época de inestabilidad política salía a cuenta estar en el bando de los vencedores.

MAGIA ANIMAL

El juego del gato y el ratón que mantuvo Egipto con el poderoso Imperio persa en el siglo IV determinó no solo su política interior y exterior, sino también su psicología nacional. La omnipresente amenaza de reconquista y la constante necesidad de vigilancia defensiva hicieron que Egipto se replegara sobre sí mismo mientras luchaba por encontrar la base de una renovada sensación de seguridad. En un mundo de fuerzas globales, cambio e incertidumbre, los egipcios se refugiaron cada vez más en aquellas tradiciones y valores que los definían y diferenciaban de otras culturas. El rasgo más duradero y distintivo de la civilización faraónica era su religión. Contemplada con arrogante desdén por los griegos y con confuso desapego por los persas, la plétora de deidades animales de Egipto encarnaba los valores autóctonos egipcios por excelencia. Además, los dioses representaban fuerzas ancestrales e inmutables que prometían la salvación última, fueran cuales fuesen las vicisitudes de

la vida real: «A mi alrededor solo veo cambio y decadencia total. ¡Oh, tú que no cambias, permanece conmigo!».[10]

Los cultos a animales sagrados tenían una larga historia en el valle del Nilo —en los inicios del período predinástico se enterraba a los animales en recintos funerarios, y en Menfis se había rendido culto al toro Apis ya desde la fundación del Estado egipcio—, pero su rápido incremento de popularidad fue un fenómeno característico del breve período en que Egipto no estuvo bajo el dominio persa. Y condujo a algunas de las prácticas más extrañas jamás presenciadas en la tierra de los faraones.

A mediados del siglo IV, los cultos a animales eran ubicuos. Había gatos sagrados en Bast, perros y gacelas sagrados en Tebas, toros sagrados en Iunyt, cocodrilos sagrados en Shedyt, y hasta peces sagrados en Dyedet. Cada culto tenía su propio templo y su propio clero, y debido al sistema rotatorio utilizado para designar a los empleados de los templos, ello significaba que una gran proporción de la población compartía la riqueza de un fenómeno a escala nacional. Una de las mayores concentraciones de cultos a animales se daba en Saqqara, cementerio de reyes y nobles desde los albores de la historia. Durante el reinado de Najthorhabet (360-343), la élite de los difuntos egipcios se encontró con que, en su mundo subterráneo, se les había unido un verdadero zoo de bestias grandes y pequeñas.

Uno de los lugares más sagrados de la meseta de Saqqara era el Serapeum (o Serapeo), donde los templos y talleres de la superficie cubrían una vasta catacumba subterránea para los toros Apis. Cerca se alzaba otro complejo de templos, hipogeos y edificios administrativos que servían al culto de la «Madre de Apis», una vaca sagrada adorada como la encarnación de la diosa Isis. Después de morir, cada vaca sucesiva era purificada, embalsamada, recubierta con vendas de lino y adornada con amuletos antes de ser enterrada en una bóveda subterránea que se había tardado dos años en excavar en la roca viva. El enorme sarcófago de piedra tallado para cada una de las Madres de Apis era tan pesado que el equipo de treinta hombres necesario para arrastrarlo hasta su lugar podía llegar a cobrar hasta el salario de un mes por diez días de trabajo agotador.

Más allá de las catacumbas para los toros sagrados y sus madres, había una enorme red de galerías subterráneas para babuinos momificados. Traídos por el río o por mar de toda el África subsahariana (solo unos pocos se criaban satisfactoriamente en cautividad), se mantenía a los monos en un recinto especial del templo de Ptah, en Menfis. Allí se los adoraba como manifestaciones de Thot, el dios de la sabiduría, y como encarnaciones del «oído que escucha», que actuaba como intermediario entre las personas y los dioses. Los animales venían a ser, pues, los «santos» de la religión del antiguo Egipto. Tras su muerte, cada babuino era deificado como Osiris y enterrado en una caja rectangular de madera, que a su vez se colocaba en un nicho excavado en las paredes rocosas de la bóveda subterránea. Luego el nicho era sellado con una losa de piedra caliza que llevaba el nombre del babuino, su lugar de origen y una oración. Una inscripción típica rezaba así:

¡Que seas elogiado ante Osiris, oh, tú, Osiris Marres, el babuino! El que fue traído del Sur. Su salvación [es decir, la muerte] tuvo lugar, y él fue colocado en su ataúd en el templo de Ptah.[11]

De todas partes acudían a Saqqara peregrinos en busca de consejo, pronósticos de futuro, curas para enfermedades y hasta el éxito en casos judiciales, todo ello con la esperanza de que Osiris, el babuino, llevara su súplica a los dioses a cambio de una ofrenda votiva o por el acto piadoso de momificar y enterrar a uno de los animales sagrados. La zona estaba abarrotada de adivinadores del porvenir, intérpretes de sueños, astrólogos, adivinos y vendedores de amuletos mágicos, gestionando sus dudosos negocios entre los incontables devotos. En cuanto a la miríada de sacerdotes y embalsamadores, también ellos hacían su agosto con los peregrinos, sobre todo porque a menudo sustituían a los raros y costosos babuinos por otros monos más baratos y pequeños; ocultos bajo sus envolturas de momia, el comprador no podía apreciar la diferencia.

Quizá el más extenso de todos los cementerios de animales de Saqqara era el formado por las galerías de los ibis. Estos, como los babuinos, estaban consagrados al dios Thot, y su desesperada búsqueda de sabiduría llevó a los egipcios a momificar y enterrar hasta dos millones de pájaros solamente en Saqqara. Cada galería de ibis medía diez metros por otros diez en sección transversal, y estaba llena desde el suelo hasta el techo de ordenados montones de vasijas de cerámica, cada una de las cuales contenía una parte momificada o el cuerpo entero de un ibis sagrado. Para satisfacer la demanda, los ibis eran criados a escala industrial a orillas del cercano lago Abusir y en otras granjas de todo Egipto. En Jmun, el principal centro del culto a Thot, había una enorme área dedicada a alimentar a bandadas de pájaros. Cuando estos morían, hasta sus partes más diminutas —plumas sueltas, restos de nidos, fragmentos de cáscara de huevo…— se recogían cuidadosamente para ser vendidas y enterradas. De hecho, los sacerdotes de los ibis enterraban a menudo los cadáveres de los pájaros en la tierra para acelerar su descomposición, haciendo así más fácil separar luego los huesos uno a uno y obtener un beneficio rápido. El empleo de la trementina, importada de Tiro, aceleraba el proceso todavía más, si bien tenía el desafortunado efecto de quemar los huesos dentro de la envoltura de la momia; pero para entonces el peregrino ya había pagado los honorarios y se había ido a casa.

La última catacumba de Saqqara estaba dedicada a los halcones, consagrados al dios Horus. Aquí el ingenio egipcio iba aún más lejos. Además de dedicarle halcones momificados, los visitantes también podían comprar y donar estatuillas de Horus. La base hueca de la estatuilla, a la que se accedía por medio de una tapa deslizante, podía albergar, o bien un «incentivo» —por ejemplo, un trozo momificado de musaraña, a manera de aperitivo para el dios halcón—, o bien una oración, escrita en un rollo de papiro. Al unir la plegaria y la ofrenda, el peregrino se aseguraba de entregar al mismo tiempo la petición y el pago para una mayor eficacia.

Como deidad solar, Horus disfrutaba de una especial afinidad con Thot (asociado a la luna), y por eso los ibis y los halcones formaban una pareja natural. Pero había

otra razón, menos sutil, para la popularidad del culto a los halcones en Saqqara: dicho culto estaba activamente fomentado y patrocinado por el Estado. No es que el gobierno estuviera demasiado interesado en la religión popular, pero ansiaba fomentar el culto al rey. Además, según las antiguas creencias, el monarca era la encarnación terrenal de Horus. Más que eso: el propio nombre de Najthorhabet aludía al culto de Horus («Horus de Hebyt es victorioso»), de manera que rey y halcón se identificaban aún más estrechamente que de costumbre. El culto de «Najthorhabet, el halcón» fue fomentado junto con el culto al sagrado animal a fin de que ambos se volvieran prácticamente indistinguibles. Todo ello formaba parte de una política cuidadosamente calculada para utilizar la religión popular al servicio de la monarquía.

Desde los mismos comienzos de su reinado, Najthorhabet fue consciente del poder de las creencias y de los símbolos de cara a consolidar el respaldo a sí mismo y a su dinastía. Una de sus primeras órdenes a su leal sirviente Unnefer fue la de restablecer los cultos mortuorios —de dos mil años de antigüedad— de Seneferu y Dyedefra, dos reyes del apogeo de la Era de las Pirámides. El valor propagandístico de reactivar esas instituciones era considerable, dado que asociaba públicamente al nuevo gobernante de Egipto con dos de sus predecesores más ilustres. Asimismo, aparte de Menfis, Najthorhabet se entregó a un frenesí constructivo que no se veía desde el reinado de Ramsés II. Casi ningún templo del país escapó a una u otra forma de real embellecimiento. Najthorhabet quiso que sus contemporáneos, así como la posteridad, le vieran como un auténtico faraón, y no simplemente como el último de una larga lista de caudillos militares efímeros. Pero en aquella orgía constructora había también un punto de pánico. Centró la mayor parte de sus esfuerzos en las puertas y las murallas —las partes más vulnerables de los templos—, y al parecer sintió una abrumadora necesidad de proteger los edificios sagrados de Egipto de fuerzas malignas. En ese sentido, su política religiosa era perfectamente coherente con su agenda internacional; ambas se centraban en salvaguardar Egipto del enemigo.

En cuanto a los persas, nunca aceptaron la secesión de su provincia más rica. Ni la construcción de templos, ni la momificación de animales sagrados, ni las poses faraónicas les desviarían de su objetivo de reconquistar el valle del Nilo. En el 373, Najtnebef había rechazado con éxito un intento de invasión persa dirigido contra el delta. Pero, treinta años después, su nieto Najthorhabet no tuvo la misma suerte. Las fuerzas del «gran rey» Artajerjes III tomaron Pelusio, en la costa mediterránea, con relativa facilidad, y luego marcharon hacia el sur, a Menfis. A finales del verano del 343 la capital egipcia había caído, la resistencia se había desmoronado y la independencia había llegado a su fin. Najthorhabet, el último egipcio autóctono que gobernaría su tierra de manera indiscutible hasta la era moderna, huyó al extranjero. Al final, su piedad y su politiqueo no habían bastado para contener el ímpetu del ejército de Artajerjes. El reloj había retrocedido siete décadas, y Egipto volvía a ser una satrapía del poderoso Imperio persa.

Si cualquiera que viviera durante la invasión persa del 343 hubiera podido recordar la conquista de Cambises ciento ochenta años antes, sin duda habría experimentado una abrumadora sensación de *déjà vu*. Pero para la mayoría, acostumbrada a una independencia precaria, la reabsorción forzosa del país en un reino extranjero debió de parecer un auténtico desastre. Muchos egipcios, sobre todo en las provincias, decidieron adoptar la postura del avestruz ante aquel último revés del destino. Agacharon la cabeza y continuaron con su vida normal en la medida de lo posible, manteniendo silenciosamente sus tradiciones autóctonas hasta donde pudieron, en un discreto desafío a sus amos extranjeros. Un claro ejemplo de esta tendencia fue Petosiris, un piadoso devoto de Thot que vivía en Jmun, el principal centro del culto al dios. Día tras día, como los miles de ibis sagrados que graznaban y chillaban en los cercanos campos de alimentación, Petosiris cumplía con diligencia ejemplar con sus deberes en el templo; mientras, más allá de su limitado horizonte, el país bullía sumido en el malestar:

> Pasé siete años como responsable de este dios, administrando su dotación sin que se hallara falta alguna, mientras el gobernante de tierras extranjeras era protector de Egipto y nada estaba en su antiguo lugar, dado que había estallado la lucha en Egipto, en el Sur reinaba la confusión y en el Norte, la revuelta … todos los templos sin sus sirvientes; los sacerdotes huían sin saber qué pasaba.[12]

La inquebrantable confianza de Egipto en sus propias tradiciones representó tanto su genio como su ruina. Lo que había constituido la mayor fuerza del país en tiempos más felices y tranquilos, se convirtió en su punto débil al enfrentarse a fuerzas desconocidas. Las costumbres y soluciones que habían mantenido a la civilización egipcia en el tercer y el segundo milenios habían dejado de cumplir esa tarea. Egipto había perdido su preeminencia, y ahora solo era un país más —aunque uno rico— que otros imperios más jóvenes y ágiles se disputaban. La consciente resignación de Petosiris era, pues, síntoma de un malestar más amplio. Asustados y desconcertados por una situación global que cambiaba con rapidez, la mayor parte de los egipcios prefirieron mirar hacia otro lado, depositar su confianza en sus antiguos dioses y continuar de todas formas.

El último y débil aliento del antaño orgulloso espíritu de independencia de Egipto se produjo a finales del 338. El estímulo fue la muerte de otro «gran rey» persa. Mientras la corte de Persépolis lloraba el fallecimiento de Artajerjes III y se preparaba para coronar a su sucesor, el último de una larga estirpe de libertadores egipcios se disponía a liberar a su país. Poco de cierto se sabe sobre el misterioso Jababash, cuya oscuridad refleja la propia desesperación de su causa. Parece ser que era natural de Menfis, o al menos que mantenía una estrecha relación con la capital, y de hecho esta ciudad fue uno de los primeros lugares de Egipto en reconocer su «realeza». Pero la popularidad de Jababash no se limitaba al Bajo Egipto. También

Tebas apoyó incondicionalmente su tentativa de apoderarse del trono. Desde los confines superiores del valle del Nilo hasta las orillas del delta, el país entero estaba deseoso de liberarse del yugo persa. Y Jababash representaba la mejor apuesta; de hecho, la única. Adivinando que la represalia persa probablemente se produciría en forma de una invasión marítima, se dirigió directamente a la ciudad portuaria de Per-Uadyet, de gran importancia estratégica, «cruzando las marismas que había en todos sus distritos, penetrando en la ciénaga del Bajo Egipto e inspeccionando todos los estuarios que conducen al Gran Verde [es decir, al mar Mediterráneo] para expulsar a la flota asiática de Egipto».[13] Era una estrategia bastante sensata; pero un líder rebelde, incluso uno con todas las esperanzas y aspiraciones de Egipto sobre sus hombros, no era rival para el más poderoso y decidido de los ejércitos persas. La insurrección de Jababash duró apenas dieciocho meses. Su destino, como casi todo lo que le rodea, sigue siendo un misterio. El resultado final fue un renovado control persa bajo un nuevo «gran rey», Darío III (336-332 en Egipto, 336-331 en Persia).

Egipto nunca había sido tan vital para los persas, que necesitaban desesperadamente su riqueza a fin de comprar el apoyo de mercenarios a un imperio cada vez más asediado. Durante un siglo y medio, Persia había estado luchando cuerpo a cuerpo con el mundo griego para hacerse con el control del Egeo y de Anatolia. Esparta y Atenas habían demostrado ser huesos duros de roer, presentando una resistencia heroica y humillando a los ejércitos del «gran rey» con actos de valor y desafío. Ahora la atención se había desplazado hacia el norte, al montañoso reino de Macedonia, que recientemente había tomado el relevo del liderazgo panhelénico contra los persas. A finales del verano del 336, exactamente en el mismo momento en que Darío III era entronizado en Persépolis, el nuevo y joven rey de Macedonia, Alejandro III, era reconocido en toda Grecia como jefe de la Liga de Corinto y comandante de la expedición contra Persia iniciada por su padre. El mundo se hallaba en un punto de inflexión; ¡lástima que Darío no supiera percibirlo!

En la primavera del 334, Alejandro cruzó el Helesponto, penetró en la provincia occidental de Persia y marchó hacia el sur para entablar combate con las pobladas filas del ejército imperial. La épica batalla del río Gránico, librada en mayo de aquel mismo año, señaló el principio del fin para Darío y para Persia. Durante el verano siguieron nuevas campañas en Anatolia, que culminaron con el sitio de Halicarnaso. El otoño y el invierno presenciaron el avance de las fuerzas de Alejandro a lo largo de la costa, arrasando todo lo que se les ponía por delante. En noviembre del 333 tuvo lugar una segunda batalla campal entre los dos ejércitos rivales en Isos, en Cilicia. Irónicamente, los persas contaban con un importante número de egipcios entre sus fuerzas multiétnicas. Sin duda, los soldados rasos luchaban por quien les pagara, pero la voluntad de colaboración se extendía también a los miembros de la élite, incluido el hijo mayor del exiliado Najthorhabet, que al parecer no vio contradicción alguna en el hecho de apoyar al mismo ejército que había derrotado a su padre. Como habían demostrado una y otra vez, los militares egipcios, hasta los de graduaciones

superiores, tenían un deseo primordial: el de alinearse con el bando victorioso. Como sabían muy bien los egipcios, con una historia más larga que la mayoría de los demás países, la historia la escriben los vencedores.

En aquel momento, sin embargo, la historia de los persas estaba llegando a su fecha de caducidad. Un colaborador egipcio, Sematauytefnajt, presenció desde una posición secundaria cómo Darío sufría otra derrota aplastante. De pronto Alejandro parecía imparable. Vencido por la añoranza o por un poderoso deseo de salvar la piel, Sematauytefnajt escapó del campo de batalla y volvió a Egipto, a esperar allí la instauración de un nuevo régimen y el surgimiento de nuevas oportunidades de mejora.

Cuando las noticias sobre Alejandro, su sed de gloria y su invencible ejército llegaron al valle del Nilo, los egipcios empezaron a preguntarse si él podría ser el caudillo que buscaban para que les liberara de los odiados persas. A falta de un héroe autóctono y enfrentados a una ardua elección entre Darío y Alejandro, el macedonio parecía ser el menor de los dos males. Desde luego, no podían hacerse ilusiones en cuanto a sus métodos. Tras los siete meses de asedio a Tiro, en el primer semestre del 332, Alejandro había mostrado una crueldad ejemplar con quienes se habían atrevido a oponerse a él, ordenando la crucifixión pública de los supervivientes. Unos meses más tarde, el desafortunado gobernador de Gaza, que también había cerrado sus puertas a Alejandro, sufrió un destino aún peor. Fue atado a un carro estando aún vivo y fue conducido alrededor de las murallas de la ciudad hasta que murió a causa de las heridas en medio de una agonía insoportable. Alejandro no permitiría que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Pero los egipcios estaban acostumbrados desde siempre a los gobernantes despóticos. Los dictadores autoritarios habían sido la norma en el valle del Nilo durante casi tres mil años. Mientras el país miraba hacia atrás, recordando con creciente nostalgia su pasado glorioso, debió de tener la sensación de que Alejandro era un hombre que se adaptaba muy bien al modelo faraónico tradicional: un tirano despiadado que debía ser respetado y temido. Y lo que era aún más importante: había demostrado ser un vencedor, y Egipto anhelaba la victoria, aunque fuera por mediación de un tercero.

En las últimas semanas del 332, Alejandro cruzó la frontera egipcia y se hizo con el poder sin necesidad de luchar. Los persas simplemente se esfumaron. Allí estaba: el conquistador de todo el mundo conocido en la tierra de los faraones. Ya fuera por instinto o por estar muy bien asesorado, el caso es que sabía lo que se esperaba de él. Uno de sus primeros actos al llegar a Menfis fue presentar sus respetos al toro sagrado Apis. El gran animal fue trasladado desde su establo en el atrio contiguo para que el intrigado macedonio pudiera inspeccionarlo. Para los anfitriones de Alejandro, aquello era una señal de que habían vuelto los viejos tiempos; ahí tenían a un rey que entendía las exigencias de la piedad.

Sin embargo, para el propio Alejandro, el interés por las tradiciones religiosas del antiguo Egipto no era más que un mero ejercicio de relaciones públicas. Como todos

los invasores anteriores, se sintió cautivado por la ancestral cultura del país. Egipto ejercía su inimitable e irresistible hechizo. Hasta entonces, Alejandro no había permitido que nada le retrasara o detuviera en su cruzada militar. Cada victoria había espoleado la siguiente, y no se había dado respiro ni tiempo al enemigo para que se reagrupara. Pero ahora, y contra toda expectativa, decidió deliberadamente dar la espalda a los persas. A comienzos de la primavera del 331, después de fundar una ciudad que llevara su nombre por toda la eternidad, Alejandro no se dirigió hacia el este para entablar combate con Darío por tercera vez, sino hacia el oeste, a las arenosas extensiones del Sahara. Su destino, a unos quinientos kilómetros de distancia, era el oasis de Siwa, con su célebre oráculo de Amón. Lo que sucedió entre el dios y el rey sigue siendo un misterio, pero el caso es que Alejandro salió del encuentro como un hombre nuevo; en realidad, no ya como un hombre, sino como un dios vivo, descendiente del propio creador. «Él formuló su pregunta al oráculo y recibió (o así lo dijo) la respuesta que ansiaba su alma.»[14]

De ese modo el soberano de Macedonia se convirtió en rey de Egipto. El valle del Nilo no volvería a ser gobernado por uno de sus hijos hasta que transcurrieran otros veintidós siglos, por más que el encanto de la civilización faraónica siguiera ejerciendo tanta influencia como siempre.

Petosiris y quienes pensaban como él habían acertado.

23
El largo adiós

EL RUTILANTE TROFEO

Alejandro dejó Egipto en abril del 331, para no volver. Su estancia había durado apenas cuatro meses, pero en ese breve tiempo no se había limitado simplemente a agregar la tierra de los faraones a su creciente lista de conquistas y hacerse reconocer como un dios vivo; con las miras puestas en el destino de su imperio, así como en el suyo propio, también había puesto en marcha estructuras administrativas de largo alcance a fin de garantizar un gobierno fuerte en el valle del Nilo tras su partida. Alejandro era consciente de que, por más que se hubiera ganado por la espada, Egipto no prosperaría bajo una junta militar, por lo que se aseguró de que hubiera una clara separación de poderes, dejando el mando del ejército en manos macedonias, mientras se confiaban los asuntos civiles a dos gobernadores, uno egipcio y otro persa. Aunque estaba orgulloso de su herencia griega, Alejandro tenía la intención de construir un imperio multicultural, un mundo de oportunidades donde las personas de talento de todos los orígenes étnicos pudieran llegar a lo más alto. Puede que el valle del Nilo se hubiera convertido en un territorio macedonio, pero un dignatario egipcio como Sematauytefnajt todavía podría acumular cargos y honores en la confianza de estar «bendecido por su señor y reverenciado en su nomo».[1] Tal como había pretendido subrayar la manifestación pública de piedad de Alejandro al toro Apis, quería presentarse como un libertador y como un gobernante ilustrado que respetaba y honraba las antiguas tradiciones y creencias de Egipto. En esa misma línea, el comandante macedonio de las fuerzas de ocupación, Peucestas, había mandado colgar un aviso en la necrópolis de animales sagrados de Saqqara en el que prohibía a sus tropas entrar en la zona ritual. Todavía hoy se conserva como uno de los documentos griegos más antiguos escritos en papiro, y como demostración palpable del espíritu integrador de Alejandro.

Sin embargo, no todos los que integraban el séquito de Alejandro compartían su amplitud de miras ni su interés en un buen gobierno. Sus planes tan cuidadosamente elaborados empezaron a desmoronarse muy pronto cuando las ambiciones enfrentadas de sus subordinados salieron a la superficie. El gobernador egipcio dimitió y dejó a su colega persa toda la responsabilidad de la administración civil. Poco después, también este era apartado del cargo, ya que el comandante griego responsable de la zona fronteriza oriental y de las finanzas del país, Cleómenes de Naucratis, fue ascendido al puesto de sátrapa, con plenos poderes. Pese a los grandes

esfuerzos de Alejandro, Egipto iba en camino de volver a convertirse en una dictadura.

Su prematura muerte, ocurrida tan solo ocho años después, el 10 de junio del 323, marcó el destino del país. Cuando los lugartenientes más próximos a Alejandro pugnaron por repartirse su enorme imperio, un general llamado Ptolomeo, hijo de Lagos, logró que se le asignara la satrapía de Egipto. Dado que había acompañado a su amigo de la infancia Alejandro en la visita que este hiciera al oráculo de Amón, Ptolomeo podría muy bien haber argumentado que tenía cierto derecho a la provincia. Sin duda sabía que era la más rica y la más fácil de defender de las numerosas conquistas de Alejandro; en otras palabras, que estaba en una posición inmejorable para convertirse de nuevo en un poderoso reino por derecho propio. De inmediato, Ptolomeo viajó a Egipto, expulsó al impopular Cleómenes y empezó a consolidar su autoridad.

Hacerse cargo de las Dos Tierras planteaba un espinoso problema: puede que Ptolomeo tuviera las riendas del poder político y económico, pero carecía de la autoridad moral y espiritual que poseyera Alejandro para reinar en Egipto como faraón. Con el gran conquistador muerto, era posible que los egipcios se mostraran reticentes a aceptar otro monarca macedonio. Ptolomeo sabía que la impronta de Alejandro le resultaría esencial si él, un plebeyo, pretendía ser reconocido como gobernante legítimo. En su lecho de muerte, Alejandro había expresado su deseo de ser enterrado en el recinto sagrado del templo de Amón en Siwa; pero el nuevo regente de Macedonia, Pérdicas, había decidido por motivos políticos que el fallecido héroe debía ser enterrado, en cambio, en la necrópolis dinástica de los reyes macedonios en Egina. Parecía que todo el mundo ansiaba el cuerpo de Alejandro como talismán de legitimidad.

Empleando todas sus habilidades tácticas, perfeccionadas en los campos de batalla de Oriente Próximo, Ptolomeo urdió un osado plan para robar el cadáver de Alejandro ante las mismas narices de Pérdicas. Cuando el cortejo fúnebre inició su andadura desde Babilonia con destino al Helesponto, el ejército de Ptolomeo lo secuestró en Siria y lo obligó a que se desviara hacia Egipto. Una vez que el cuerpo del héroe estuvo a buen recaudo en suelo egipcio, Ptolomeo mostró sus cartas. Lejos de satisfacer los deseos de Alejandro, hizo enterrar su cuerpo en Menfis, la capital tradicional de los faraones. Con la aureola de Alejandro presidiendo la sede del gobierno, nadie podría negarle a Ptolomeo su derecho a gobernar.

De manera en absoluto sorprendente, el engaño enfureció a Pérdicas, provocando de inmediato un conflicto entre Macedonia y Egipto; fue la primera de una agotadora serie de guerras internas entre los sucesores de Alejandro, que se prolongarían durante treinta y cinco años. Al mismo tiempo, se puso también de manifiesto la predilección griega por las contiendas familiares mortíferas, en virtud de las cuales se liquidó a todos los parientes supervivientes de Alejandro en el plazo de doce años desde su muerte. Primero, su heredero y hermanastro Filipo III fue asesinado por

encargo de Olimpia, la madre de Alejandro. Luego, el hijo póstumo de este último, Alejandro IV, fue asesinado por su tutor.

En Egipto (donde, en aras del decoro, nunca se había permitido que aflorara la verdad desnuda), siguieron contándose las fechas como si el joven Alejandro estuviera todavía vivo y reinando. Pero aquello no era más que una hoja de parra política, dirigida a ocultar las verdaderas intenciones de Ptolomeo bajo una pátina de lealtad. Un año antes, Ptolomeo había trasladado su residencia a Alejandría, la ciudad de Alejandro a orillas del mar. Cuando la nueva capital estuvo lista, el general ejecutó su jugada. El 12 de enero del 304 se proclamó rey. Uno de sus primeros actos como monarca fue ordenar que el cuerpo de Alejandro fuera trasladado a Alejandría y vuelto a enterrar, esta vez en un ataúd con los lados de cristal, en una suntuosa nueva tumba. Allí yacería Alejandro por toda la eternidad como padre fundador y dios patrón no solo de una nueva ciudad, sino también de una nueva dinastía. Había llegado la Casa de Ptolomeo.

Los ochenta años siguientes, bajo los tres primeros Ptolomeos, representarían la edad de oro del gobierno ptolemaico. Aunque elevado al rango de rey, Ptolomeo no perdió ninguna de sus dotes de general y utilizó las interminables guerras de los Diádocos para forjar un imperio en el Mediterráneo oriental. Conquistó Chipre en el 313, seguido de diversos enclaves estratégicos en Anatolia y el Egeo que se añadieron a la Cirenaica (la costa libia), que ya había anexionado a Egipto solo un año después de la muerte de Alejandro. A comienzos de la década del 280, Ptolomeo fue reconocido como jefe de la Liga Insular, asegurando así su hegemonía sobre las Cícladas, y selló alianzas estratégicas con Macedonia a través de matrimonios diplomáticos con las hijas de dos importantes familias. Cuando murió, en el invierno del 283/282, a la avanzada edad de ochenta y cuatro años, Ptolomeo I había logrado crear una zona de protección frente a posibles invasiones que duraría otros dos siglos y medio.

El resultado final del conflicto entre los sucesores de Alejandro fue una triple división de su reino: en el noroeste, Macedonia, su patria ancestral, seguía siendo un reino independiente; en el sur, los Ptolomeos gobernaban Egipto, Cirenaica y Chipre; la gran franja central de territorio, que comprendía el sur de Anatolia, Oriente Próximo, Mesopotamia y Persia, había caído en manos de otro de los generales de Alejandro, Seleuco, y el reino seléucida estaba emergiendo como un poderoso rival del Imperio ptolemaico. Las disputas territoriales entre esas tres monarquías helenísticas continuarían durante los reinados de Ptolomeo II y Ptolomeo III (285-246 y 246-221 respectivamente), y derivarían en las Guerras Sirias, a gran escala, entre las potencias ptolemaica y seléucida. Estos conflictos periódicos representaban una oportunidad para que un Estado rico y bien defendido como Egipto extendiera todavía más su influencia. Con la ayuda de una gran flota naval, Ptolomeo II añadió el sur y el oeste de Anatolia a sus conquistas, mientras que su sucesor, Ptolomeo III, se hizo con el control de la costa jónica, los Dardanelos y el sur de Tracia.

Esta expansión territorial era un medio para lograr un fin, y no un fin en sí mismo, ya que en todos los territorios ptolemaicos el comercio era un aspecto esencial de la política de gobierno. Como ocurriría con otros imperios mundiales posteriores, el Egipto ptolemaico se volvió fabulosamente rico gracias a una actividad comercial sostenida con amplios recursos naturales. Al principio de su reinado, Ptolomeo II lanzó una campaña contra el reino nubio de Meroe, y logró hacerse con el control de la Baja Nubia y sus abundantes reservas de oro. Para rematar su conquista, fundó en el Uadi Alaqi una nueva ciudad dedicada a procesar el oro, llamada Berenice Panchrysos («Berenice toda de oro») en honor a su temible madre. El control de Nubia tenía también el incentivo adicional de suministrar a Egipto elefantes africanos, que podía enfrentar a los imponentes elefantes de guerra indios del ejército seléucida. En otra calculada jugada, Ptolomeo II ordenó que el canal de Suez, construido por Darío aproximadamente 230 años antes, fuera dragado y reabierto a la navegación. Desde los puertos de la costa del mar Rojo, los barcos surcaban las rutas marítimas a la India, las embarcaciones fluviales remontaban el Nilo hacia el África subsahariana, y las caravanas de camellos seguían las rutas terrestres que atravesaban el Sahara en dirección oeste y por el este llevaban a Arabia. Bajo el gobierno ptolemaico, Egipto volvía a ser de nuevo el eje de un gran imperio comercial.

A la hora de anunciar a bombo y platillo su fabulosa riqueza y sus remotas conexiones imperiales, los Ptolomeos no se andaban con chiquitas. En el invierno del 275/274, Egipto presenció uno de los desfiles más magníficos jamás organizados en el mundo antiguo. Desde la mullida comodidad de una enorme tienda, levantada dentro de las murallas de la ciudadela real, Ptolomeo II y 130 personas invitadas para la ocasión vieron pasar ante ellos una gran procesión ceremonial. Primero desfilaron las estatuas que honraban a las divinidades patronas de la dinastía, Dioniso, Zeus, Alejandro, Ptolomeo I y su esposa Berenice. Tras ellas procesionaron con gran estruendo exóticos tributos de África, Arabia y la India: veinticuatro carros de elefantes, antílopes, avestruces, onagros, leopardos, una jirafa, un rinoceronte e incontables camellos; luego nubios portando tributos, vistosas mujeres indias, ganado vacuno y perros (todo ello «fauna» a los ojos de Ptolomeo). Finalmente desfiló el contingente militar, un elemento esencial de cualquier desfile triunfalista, integrado por ochenta mil soldados del ejército ptolemaico. Mientras que los faraones del Imperio Nuevo se habían limitado a tallar escenas de tributos en las paredes de tumbas y templos, Ptolomeo las organizó de verdad.

En lo que constituía una desviación aún más radical del precedente faraónico, la asombrosa pompa de Ptolomeo II tuvo lugar no en Tebas o en Menfis, sino en Alejandría, la joya de la corona ptolemaica. Desde su fundación el 7 de abril del 331, la ciudad se había convertido en el principal centro comercial del mundo mediterráneo. Alejandro había elegido personalmente su emplazamiento, y había escogido bien. A solo unos treinta kilómetros de una de las principales bocas del

Nilo, pero no afectada por la crecida anual, Alejandría estaba en un lugar inmejorable para el comercio marítimo. Un doble puerto natural, dividido por una calzada elevada, proporcionaba un ancladero de aguas profundas para los barcos mercantes y amplios muelles para la carga y descarga de productos. Además de almacenes, astilleros y el propio emporio, los muelles proporcionaron también la ubicación perfecta para edificar un teatro y un templo consagrado a Poseidón, el dios griego de los mares. Hacia el interior, el centro de la ciudad fue diseñada en forma de cuadrícula (otro rasgo helenístico), con dos amplias avenidas de varias decenas de metros de ancho que se cruzaban perpendicularmente. A lo largo de esas avenidas se distribuían los principales espacios públicos, especialmente la plaza del mercado y los grandes templos. De hecho, y como convenía a una capital administrativa y dinástica, diversos recintos y palacios cubrían entre una cuarta y una tercera parte de la ciudad. El mausoleo real y su colosal estatuaria, los tribunales y un gimnasio porticado; los monumentos de estilo egipcio y griego, construidos con granito pulido y reluciente mármol, se codeaban en una fascinante combinación de las culturas helenística y faraónica. Alejandría era un lugar donde se unían dos mundos en una mezcla rica y embriagadora, por más que algunos egipcios autóctonos insistieran en referirse a ella despectivamente como «la obra en construcción».

Ninguna institución mostraba mejor la visión ptolemaica de Alejandría que la Gran Biblioteca. Desde un primer momento, Ptolomeo I se mostró decidido a arrebatarle la corona a Atenas y convertir su capital en el supremo centro intelectual del mundo griego. Para ello creó una academia dentro del recinto de palacio, presidida por un «sacerdote de las Musas». Rápidamente, dicho «Museo» se convirtió en un centro neurálgico de investigación y enseñanza, en la medida en que los Ptolomeos buscaron a los mejores cerebros de todo el mundo griego y los atrajeron a Alejandría con la promesa de la libertad de cátedra y un salario garantizado, pagado directamente por el erario real. Los edificios del Museo tenían todos los elementos necesarios para una comunidad académica: galerías cubiertas con recovecos y asientos para una tranquila contemplación; un gran comedor, en el que sus instruidos miembros podrían reunirse y discutir ideas, y, desde luego, una biblioteca. Pero no cualquier biblioteca, sino la mayor colección de libros del mundo antiguo, adquiridos por las buenas o por las malas en los mejores mercados de libros de la época. Ptolomeo III ansiaba tanto adquirir ediciones originales de los clásicos literarios griegos que hasta recurrió al robo descarado. Su treta consistía en tomar prestados libros de las bibliotecas de Atenas a cambio de un cuantioso depósito de quince talentos de plata. En cuanto los manuscritos estaban a buen recaudo en Alejandría, Ptolomeo se limitaba a darles las gracias a los atenienses; podían quedarse con el depósito, que él se quedaría con los libros.

En su momento de mayor apogeo, la Gran Biblioteca contaba con medio millón de rollos de papiro, que representaban la suma total del conocimiento en cada ámbito de investigación. La riqueza de sus fondos escritos solo era comparable con su

rutilante conjunto de talentos académicos, en la medida en que los sucesivos directores de la biblioteca reunieron en torno a ella a un asombroso número de eruditos visitantes. Había uno o dos egipcios —especialmente Manetón, un sacerdote de Tyebnetcher (la Sebennitos griega), al que encargaron que escribiera una historia de Egipto—, pero la inmensa mayoría de los intelectuales de Alejandría procedían de todo el mundo griego. Euclides, el fundador de la geometría, fue traído desde la Escuela Platónica de Atenas para organizar todo el corpus del conocimiento matemático griego en un sistema unificado. El ingeniero Arquímedes inventó su dispositivo hidráulico mientras estaba en Egipto, y el astrónomo Aristarco de Samos formuló la teoría de un sistema solar con el Sol como centro. En el 245, el geógrafo Eratóstenes fue nombrado director de la biblioteca. Durante su estancia en Egipto, calculó con exactitud la circunferencia de la Tierra midiendo la longitud de la sombra proyectada por un palo a la misma hora del día en Asuán y en Alejandría. Entre sus contemporáneos en Alejandría había médicos formados en la tradición hipocrática que establecieron el funcionamiento básico de los sistemas nervioso, digestivo y vascular, mientras el poeta de la corte Calímaco recopilaba un concienzudo catálogo de libros en la Gran Biblioteca, sentando las bases para la supervivencia del estudio del griego tanto al final de la Antigüedad como en las épocas posteriores.

En una ciudad provista de tales maravillas intelectuales, una última obra maestra de la arquitectura brillaba —literalmente— pregonando los logros de Alejandría hacia el lejano horizonte. En un islote rocoso, unido al continente por un largo rompeolas, se alzaba el faro, que se proyectaba hacia el cielo hasta una altura de más de cien metros. Encargado por Ptolomeo I y completado por su sucesor en el 280, era un prodigio de la ingeniería. La gran torre estaba construida con bloques de piedra que pesaban una media de 75 toneladas, y se elevaba en tres enormes pisos que alternaban las formas cuadrada, octogonal y cilíndrica. En la cumbre, coronada por una gigantesca estatua de Zeus, residía su supremo esplendor, un faro que ardía día y noche. Su luz, ampliada por espejos, era visible desde el mar hasta una distancia enorme, a fin de señalar el camino a las personas, las mercancías y las ideas de todo el Mediterráneo hacia la próspera metrópolis de Ptolomeo. Además de ser un punto de referencia práctico para la navegación y un poderoso símbolo del poder ptolemaico, el faro encarnaba el dominio griego de Egipto.

UN PAÍS, DOS SISTEMAS

Puede que el mundo marítimo que había más allá de Alejandría fuera completamente griego, pero el delta y el valle del Nilo eran otra cosa muy distinta. La ley ptolemaica solo reconocía tres ciudades autónomas (*polis*) en Egipto: la propia Alejandría, el antiguo centro comercial de Naucratis y la recién fundada Ptolemaida, creada por Ptolomeo I cerca de Abedyu, en el Alto Egipto, como un contrapeso a la hegemonía

tradicional de Tebas. En cada *polis*, los ciudadanos disfrutaban de privilegios fiscales especiales, y se les permitía elegir a sus propios magistrados. De todo el mundo griego llegaban en masa inmigrantes al Egipto ptolemaico, que veían como una tierra de oportunidades donde se podía hacer fortuna en las finanzas y en el comercio. Pero aquellos recién llegados —como tienden a hacer todos los recién llegados en general— gravitaban de manera natural en torno a las comunidades griegas preexistentes. Alejandría, Naucratis y Ptolemaida pasaron rápidamente a ser ciudades multiétnicas y políglotas, donde sicilianos, ilirios y tracios se codeaban con jónicos y carios. En cambio, hubo grandes extensiones de la campiña egipcia, donde la población autóctona era predominante, que permanecieron relativamente inmunes a la inmigración.

Esta división cultural y étnica entre las ciudades griegas y la campiña egipcia atravesaba como una especie de falla toda la sociedad ptolemaica. Puede que el faro anunciara una tierra de oportunidades, pero no era ni mucho menos la estatua de la Libertad. Había una pequeña clase de funcionarios, comerciantes y soldados griegos que llevaban la batuta, mientras que la masa del campesinado egipcio cultivaba los campos tal como había hecho siempre. Los Ptolomeos no mostraron la menor vacilación a la hora de adoptar el modo de gobierno autocrático y autoritario perfeccionado por sus predecesores faraónicos, y confiaron las riendas del poder a una pequeña camarilla de favoritos reales de habla griega. Desapareció el visir —el jefe de la administración egipcia desde los albores de la historia—, que sería sustituido por un *dioiketes*. Bajo su mando, otros funcionarios con títulos parecidamente extraños controlaban todos los aspectos del gobierno, desde el secretario principal (*hypomnematographos*) en Alejandría hasta el administrador principal (*strategos*) en cada una de las provincias, designado por el rey para vigilar de cerca a la población autóctona. La clase dirigente tenía sus *gymnasia*, bastiones de la cultura (masculina) griega. Escribían y hablaban en griego, y seguían concibiéndose como griegos aun después de tres o cuatro generaciones en Egipto. También tenían su propio ordenamiento jurídico, importado de su patria, que regía de forma paralela al sistema faraónico autóctono de tribunales, los cuales seguían decidiendo los pleitos entre egipcios. Era, de una forma bastante literal, un buen ejemplo de una situación en que hay una ley para quienes ocupan el poder y otra para el resto.

En los pueblos y ciudades del Egipto rural, sobre todo en el Fayum, con su concentración de colonos militares griegos, la población autóctona no tuvo más opción que acomodarse a aquella nueva cultura extranjera establecida en su seno. Muchos entre los rangos inferiores de la burocracia adoptaban un doble nombre; utilizaban los griegos —de un estatus más elevado— en el ejercicio de sus cargos oficiales, pero volvían a sus nombres egipcios para los asuntos privados. En una aldea típica como Kerkeosiris, los santuarios griegos consagrados a Zeus y a los dos gemelos celestiales, Cástor y Pólux, rivalizaban en espacio con los santuarios

autóctonos, donde la gente todavía adoraba a las antiguas deidades, Isis, Thot, Bastet y Amón. Incluso en Menfis, con su próspero puerto y su larga tradición de mezcolanza cultural, cada grupo étnico vivía en un barrio distinto de la ciudad.

La cuestión para los Ptolomeos era cómo unir elementos tan dispares en un reino unificado, cómo impedir que el país se fragmentara en función de criterios étnicos y culturales. La respuesta, como tan a menudo había sucedido en la historia egipcia, estaba en la religión. Los cultos a animales habían sido un rasgo característico de la religión del antiguo Egipto durante siglos, y Ptolomeo I hizo grandes esfuerzos para honrarlos. Prestó una particular devoción al más antiguo y reverenciado de todos aquellos cultos, el del toro Apis de Menfis, en parte debido a su fuerte conexión con la realeza divina desde la I Dinastía. Para complementar el centro del culto al toro en Saqqara, Ptolomeo I construyó un segundo complejo en Alejandría, consagrado a Osiris-Apis (Serapis en griego). De todo el mundo griego acudirían peregrinos para visitar los dos Serapeos; los egipcios autóctonos, en cambio, se mostraron claramente muy poco impresionados. Ellos sabían reconocer a las deidades tradicionales en cuanto las veían, y Serapis, representado como un dioshéroe griego, no era una de ellas. A la larga, el Estado ptolemaico retiraría su financiación del culto a Serapis, al no haber conseguido ganarse a la población egipcia.

Bastante más acertada fue la tentativa de Ptolomeo de combinar los conceptos helenístico y egipcio de monarquía en un solo culto al gobernante nacional. La vida y la muerte de Alejandro habían demostrado la potencia de la versión helenística, y los Ptolomeos supieron entender también la fuerza unificadora de la realeza divina egipcia, una doctrina que había sido la creencia definitoria del país durante la mayor parte de su historia. La combinación de las dos líneas —la helenística y la faraónica — parecía prometer un resultado que sería irresistible para ambas comunidades. Al principio, fue el culto helenístico al *basileus*, el «rey», el que alcanzó preeminencia. Ptolomeo I promovió deliberadamente el culto a Alejandro, asociándose a él y estableciéndolo en Alejandría para dar legitimidad a su dinastía. Elevó a su antiguo jefe a la categoría de dios estatal, e hizo del puesto de sacerdote de Alejandro —un cargo vetado a los egipcios autóctonos— el más alto rango clerical del territorio. Tampoco puede decirse precisamente que a Ptolomeo le venciera la modestia cuando se trató de su propia divinización; más allá de las orillas del delta, en la isla de Rodas, estuvo encantado de ser adorado como un dios durante su vida. En Egipto, tras su muerte, fue oficialmente divinizado, y cada cuatro años se celebrarían en Alejandría unas festividades en su honor, las *Ptolemaia*, acompañadas de procesiones, sacrificios, banquetes y competiciones deportivas.

Ptolomeo II fue aún más lejos, pues fundó cultos para numerosos miembros de su familia, incluidas sus amantes. Su gran procesión del 275-274 proclamó la base material y militar de su realeza (griega), y al mismo tiempo tomó medidas para refinar sus credenciales de faraón. Poco después de su ascenso al trono, visitó muchos de los santuarios más importantes de Egipto, especialmente los consagrados a los

cultos autóctonos a animales, a fin de cumplir con sus deberes religiosos como gobernante egipcio. Mandó colocar imágenes de sí mismo y de varios miembros de su dinastía en el Serapeum de Saqqara, junto a las estatuas del toro Apis y de otros dioses egipcios. Pero sobre todo, y como todos los buenos faraones que le habían precedido, honró a los dioses encargando la construcción de nuevos y espectaculares templos. En la isla de File, en la primera catarata, se inició la construcción de un complejo dedicado a Isis, y también se emprendieron trabajos en Ipetsut, Gebtu (la Coptos griega), Iunet (la Tentyris griega), Saqqara y, en el delta, en Per-Hebet (la Iseum griega).

Los templos autóctonos eran bastiones de la cultura egipcia, instituciones orgullosamente independientes que se encargaban de rechazar las influencias externas como un modo de mantener la religión y las costumbres faraónicas. Así, al actuar como su real patrocinador, a la manera tradicional, Ptolomeo II confiaba en reconciliar a la población autóctona con el gobierno extranjero. Los templos eran también importantes terratenientes y centros de actividad económica, de modo que ofrecían beneficios materiales además de espirituales. Para aprovechar esta vital fuente de riqueza, Ptolomeo obligó a las fincas de los templos a aceptar agentes de la corona, funcionarios de confianza que tenían el cometido de velar por los intereses económicos del gobierno.

La reputada riqueza de Egipto siempre se había basado en su productividad agraria, y desde un primer momento los Ptolomeos se mostraron decididos a explotar al máximo sus nuevos dominios. El fundador de la dinastía estableció su ciudad epónima, Ptolemaida, en una zona famosa por sus tierras de cultivo. Asimismo, inició un proyecto aún más ambicioso en el Fayum, ganando enormes extensiones gracias a la irrigación y triplicando así la tierra cultivable de la región. Bajo el reinado de Ptolomeo II, y en un milagro de ingeniería civil, se creó en la parte sur del Fayum un lago artificial con una capacidad para 275 millones de metros cúbicos; albergaba agua suficiente para regar 150 kilómetros cuadrados de tierra cultivable. Dado que estas fincas habían sido creadas desde cero a partir del árido desierto, quedaban al margen de cualesquiera derechos territoriales preexistentes, y sus productos se canalizaban directamente hacia las espaciosas arcas del Estado.

Del mismo modo, en todas las comunidades rurales de Egipto, el funcionario más humilde en la jerarquía del gobierno, el escriba rural, pasó a ocuparse, ante todo, del uso de la tierra y los rendimientos agrarios. Su principal tarea consistía en calcular cuánta tierra podía ser alquilada por el Estado a aparceros y cuántos ingresos generaría. Los escribas eran convocados a su capital provincial para reunirse con el gobernador griego en la oficina del registro estatal dos veces al año: una en febrero, a fin de prepararse para la inspección anual de la producción agraria, y otra cuatro semanas después, para presentar un informe con sus conclusiones. Más avanzado el año, a comienzos del verano, los escribas rurales de todo Egipto se reunían en Alejandría para responder ante el *dioiketes*. Ello representaba un claro recordatorio de

que, tanto si el país estaba gobernado por un egipcio como por un griego, la economía seguía ocupando el lugar prioritario en los intereses del Estado.

Como todos los gobernantes coloniales anteriores y posteriores, los Ptolomeos se dedicaron a exprimir hasta la última gota su territorio, sin prestar atención a las consecuencias. Establecieron una contribución territorial en el Bajo Egipto y un impuesto sobre las cosechas en el Alto Egipto, además de cobrar elevadas tasas por ejercer cargos públicos. Hasta un escriba rural tenía que pagar una comisión por su nombramiento (y por cada renovación en el puesto), y asimismo estaba obligado, como condición para desempeñar el cargo, a tomar en arriendo tierras de la corona pagando un elevado alquiler anual. Poco a poco, el Estado impuso un nuevo régimen económico en todo Egipto, dedicando cada vez más tierras a la producción de trigo, empleando a intermediarios para recaudar las rentas y maximizando la tributación por todos los medios posibles. Como resultado de ello, el Egipto ptolemaico eclipsó a cualquier otro Estado helenístico en riqueza y poder. Pero esas políticas también fomentaron la inestabilidad y la insurrección. Subordinados en su propio país, los egipcios autóctonos no estaban dispuestos a mantenerse callados y resignados para siempre.

¡REBELIÓN!

Puede que los Ptolomeos hubieran tratado de proyectar una imagen de autoridad divina, pero la opinión que tenían de sí mismos como gobernantes benévolos no era en absoluto compartida por todo el mundo. Después de tan solo dos generaciones de gobierno griego, algunos elementos de la población egipcia decidieron desahogar su frustración a raíz de la punitiva política económica impuesta por sus amos extranjeros. En el 245, Ptolomeo III se vio obligado a interrumpir una campaña durante la Tercera Guerra Siria para sofocar una revuelta interna. Esta no fue más que una insurrección menor y efímera, pero constituyó un presagio de que lo peor estaba por llegar. El resentimiento se fue enconando durante otras tres décadas, aunque fue mantenido a raya por la maquinaria represora de los Ptolomeos.

Irónicamente, la gota que colmó el vaso sería una famosa victoria militar. En el 217, en el transcurso de una encarnizada Cuarta Guerra Siria que duraba ya dos años, las fuerzas del Egipto ptolemaico y el reino seléucida habían llegado a un momento decisivo y estaban a punto de enfrentarse en la frontera, cerca de la ciudad de Rafia. Para financiar el esfuerzo bélico, Ptolomeo IV (221-204) había subido todavía más los impuestos, añadiendo una pesada carga a una población ya bastante agobiada. También él había dejado de lado el ancestral desprecio de los Ptolomeos hacia los soldados no griegos y había reclutado una gran fuerza de tropas egipcias (aunque armada al estilo macedonio). La víspera de la batalla arengó a sus fuerzas, interpretando el papel de un faraón tradicional; pero aquel simulacro no engañó a

nadie, sobre todo porque tuvo que utilizar a un intérprete para que tradujera sus palabras del griego al egipcio. La batalla de Rafia terminó en una ajustada victoria ptolemaica, y Ptolomeo IV se haría inmortalizar en las paredes de los templos egipcios como héroe de guerra y «soberano de Siria».[2] Sería la última vez que un Ptolomeo mostraría tal confianza en su soberanía. Bien armados y curtidos en el combate, los veinte mil soldados egipcios aprovecharon la oportunidad para amotinarse, desencadenando una revuelta generalizada en todo el delta. Los campesinos abandonaron en tropel sus pueblos y pasaron a vivir como forajidos vagando por el campo. Un grupo de bandidos atacó una guarnición griega y un templo egipcio (ambos, símbolos de la represión). El rey macedonio y el rey seléucida ofrecieron su ayuda a Ptolomeo IV, dejando a un lado su rivalidad dinástica frente a aquella insurrección autóctona. Pero no sirvió de mucho. A los pocos años, todo el Bajo Egipto estaba sumido en una guerra civil.

Alentados por los disturbios del norte, los ciudadanos de Tebas fueron los siguientes en rebelarse. Ya desde la desintegración del Imperio Nuevo, el Alto Egipto, en general, y la región tebana, en particular, habían abrigado tendencias secesionistas. La actitud de los Ptolomeos, que raramente se aventuraban fuera de su base de poder en el norte, no hizo sino exacerbar el resentimiento tebano por ser gobernados desde la distante Alejandría. Al percibir la amenaza autóctona, Ptolomeo IV ordenó que se iniciara la construcción de un nuevo y enorme templo consagrado a Horus en Dyeba (la Apolinópolis Magna griega, la actual Edfú), en el extremo sur de Egipto. Pero aquello no bastaba, y además llegaba demasiado tarde. Un texto de la época (la llamada «Crónica demótica») arremetía contra los gobernantes ptolemaicos, acusándolos de ignorar la *maat*, y profetizaba que se alzaría un rey autóctono que derrocaría a los extranjeros.

La profecía no tardó mucho en cumplirse. En el 206, un carismático líder rebelde obtuvo una primera victoria contra las fuerzas del Estado. Al cabo de unos meses, después de tomar la ciudad sagrada de Tebas, fue proclamado faraón y reconocido oficialmente por el clero de Amón. Horunnefer, «el amado de Amón-Ra, rey de los dioses», inició su reinado en el otoño del 205. Desde Abedyu (la griega Abydos), en el norte, hasta Inerty (la griega Pathyris), en el sur, el Alto Egipto se hallaba de nuevo bajo un gobernante autóctono. Los registros catastrales fueron destruidos, el odiado régimen tributario fue suspendido y los griegos, expulsados a la fuerza de sus casas. El gobierno ptolemaico se batía en retirada. Durante un breve y excitante período, pareció que el valle del Nilo podría liberarse de la dominación extranjera, tal como había hecho en otros momentos decisivos de su historia.

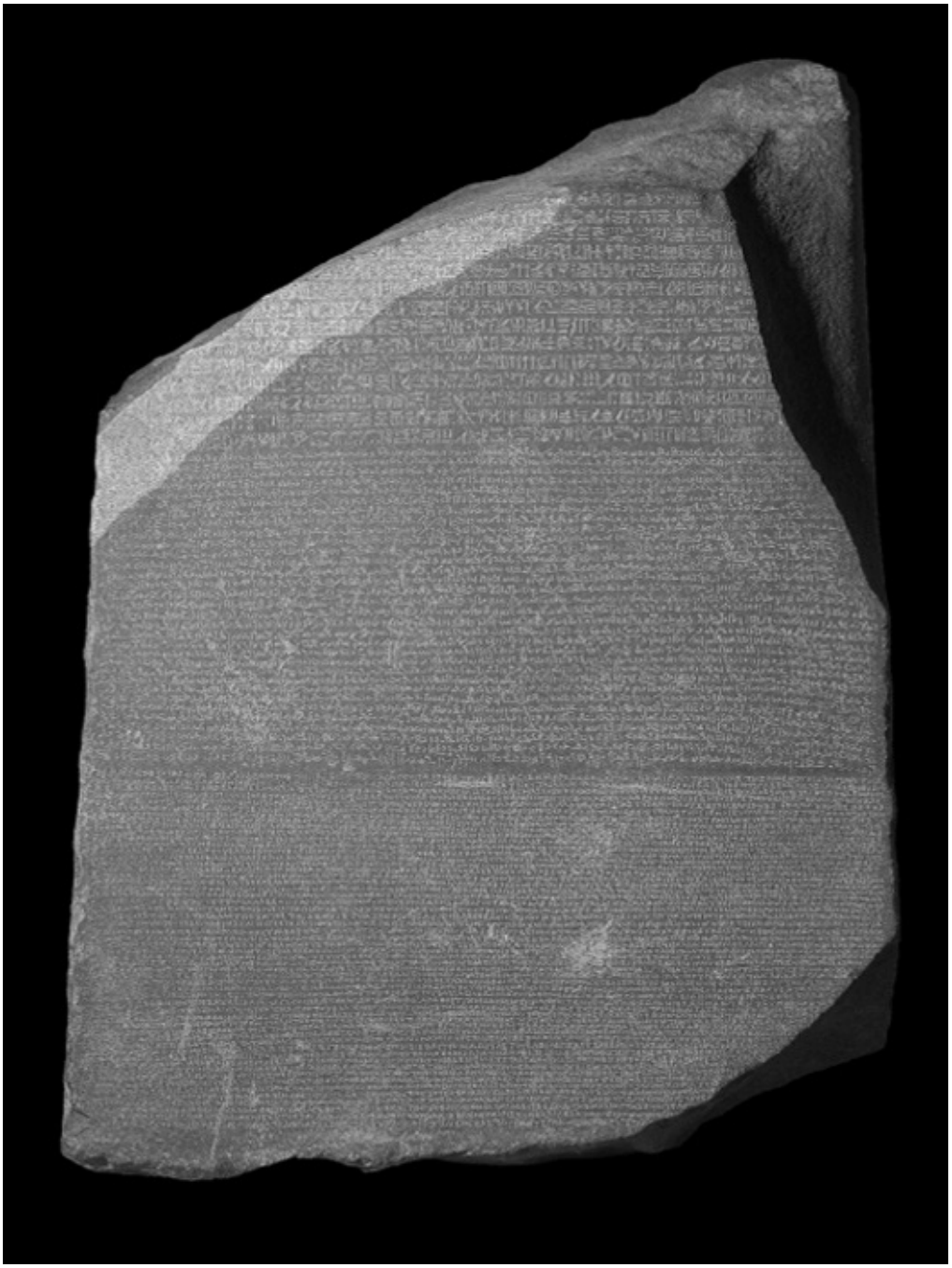
Pero los Ptolomeos pensaban de otro modo. A finales del año 200, un nuevo rey de Alejandría, Ptolomeo V (204-180), inició la contraofensiva. Las tropas griegas marcharon hacia el sur desde sus bases en el delta y el Fayum. A principios del 199 habían reconquistado Ptolemaida, y cuando el verano daba paso al otoño pusieron sitio al sagrado enclave de Abedyu. Tras arrebatar el centro del culto al dios Osiris-

Unnefer de manos de un líder rebelde homónimo, avanzaron hacia Tebas, donde obtuvieron una nueva victoria. El pesimismo reinante entre los revolucionarios se convirtió en desesperación cuando perdieron primero su capital y luego a su líder. La muerte de Horunnefer a mediados del otoño del 199 podría haber marcado el final de la resistencia tebana, pero un sucesor, Anjunnefer, tomó rápidamente el relevo, manteniendo el mismo cómputo de años de reinado como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, con las fuerzas ptolemaicas controlando Tebas y otra importante guarnición griega atrincherada en Siena (la actual Asuán), las opciones de Anjunnefer eran muy limitadas. En un acto de audacia, decidió marchar hacia el norte, quizá utilizando las rutas del desierto, y se dirigió a la provincia de Sauty (la griega Licópolis), situada unos trescientos kilómetros al norte de Tebas. Infligiendo el máximo daño posible, saqueando ciudades y perturbando el normal funcionamiento de la economía rural, el plan de Anjunnefer era aislar a las tropas ptolemaicas que ocupaban Tebas, privarlas de provisiones y cortar sus líneas de comunicación con Alejandría. Era una maniobra audaz, pero salió bien. Al poco tiempo, el ejército ptolemaico se vio obligado a abandonar Tebas y retroceder hacia el sur. Las fuerzas rebeldes estaban de nuevo en acción.

Frustrado por el alto grado de oposición en el Alto Egipto, Ptolomeo V decidió dirigir su potencia de fuego contra los rebeldes del delta. En el 197, su ejército sitió el fortificado y bien abastecido cuartel general rebelde. Al final, el idealismo de los insurgentes no pudo con la superioridad de las fuerzas ptolemaicas en cuanto a efectivos y armamento. La ciudad fue tomada y los cabecillas del levantamiento, llevados a Menfis, donde sufrirían una ejecución pública por empalamiento como parte de las festividades de coronación de Ptolomeo. Este importante acontecimiento celebrado el 26 de marzo del 196, en el que se mezclaba la política y la religión de una forma característicamente egipcia, fue debidamente conmemorado en un gran real decreto, inscrito en las dos lenguas (el egipcio y el griego) y los tres alfabetos (jeroglífico, demótico y griego) del país. Este Decreto de Menfis, que se ha conservado hasta nuestros días, pasaría a ser universalmente conocido como la «piedra de Rosetta».

Alentado por su decisiva victoria en el delta, Ptolomeo V desplazó de nuevo su atención a Tebas. Para empezar, el ejército ptolemaico expulsó a las fuerzas rebeldes de la provincia de Sauty en una sangrienta batalla que devastó la zona. Luego, en el otoño del 191, Anjunnefer abandonó Tebas y huyó hacia la frontera nubia. Sus opciones se agotaban rápidamente. Una vez recuperado el control de Tebas, las autoridades, siempre preocupadas por los temas económicos, celebraron una subasta pública de tierras confiscadas a los insurgentes; cuanto antes volvieran a dedicarse a cultivos rentables, antes podrían empezar a afluir de nuevo los impuestos. Con las tropas griegas concentradas en Asuán, bien aprovisionadas de cereales procedentes de todo Egipto, Anjunnefer sabía que su causa estaba perdida. A pesar de recibir ayuda militar de Nubia, los rebeldes egipcios fueron finalmente derrotados el 27 de agosto

del 186. El hijo de Anjunnefer murió en la batalla, y él mismo fue capturado y encarcelado. Solo la intervención de un sínodo celebrado en Alejandría unos días más tarde le evitó una muerte atroz. Los sacerdotes egipcios lograron persuadir a Ptolomeo V de que matando a Anjunnefer simplemente crearía un mártir y de que una política más sabia sería marcarlo como enemigo de los dioses, pero perdonándole la vida. El rey tragó saliva, aceptó el consejo de los sacerdotes y promulgó un gran decreto de amnistía, instando a todos los fugitivos a regresar a sus casas y campos.



La piedra de Rosetta. (© *The Trustees of the British Museum*)

En un nuevo intento de aplacar el resentimiento autóctono, Ptolomeo V colmó de donaciones a los templos y mandó reanudar los trabajos en Dyeba, suspendidos al estallar la insurrección en el 206. Sin embargo, junto con esos gestos conciliadores,

también tomó medidas para imponer un absoluto control militar en el sur. Por primera vez se otorgó a los soldados griegos leales concesiones de tierras en comunidades del Alto Egipto. Al gobernador residente en Ptolemaida se le dio el control completo de los asuntos civiles y militares, y se establecieron dos nuevos campamentos militares en puntos estratégicos cerca de Tebas, en Sumenu (Cocodrilópolis) e Inerty (Pathyris). Los futuros rebeldes no lo tendrían tan fácil.

Ptolomeo V reservó su acto final de venganza para los restantes rebeldes del norte, que eran quienes habían iniciado la rebelión en primer lugar. En el 185, con el pretexto de negociar un acuerdo, los atrajo a la ciudad de Sais, el centro simbólico de la resistencia del Bajo Egipto desde los remotos días de Tefnajt, más de cinco siglos antes. Para cuando comprendieron que era una trampa ya era demasiado tarde. Siguiendo las órdenes del rey, fueron desnudados, enganchados a carros como bueyes y obligados a tirar de ellos por las calles de la ciudad —ante los ojos de sus aterrorizados habitantes—, antes de ser torturados hasta morir. La clemencia ptolemaica tenía sus límites.

El que no los tenía era el apetito de la familia real por las rivalidades intestinas. Las crisis internas que afectaban a la dinastía se habían ido volviendo cada vez más graves desde finales del siglo III, exacerbadas por las persistentes rebeliones autóctonas. Cuando Ptolomeo V subió al trono en el 204, con apenas seis años de edad, su madre, que tenía que asumir la regencia, había sido asesinada por poderosos funcionarios de la corte. Luego estos habían luchado entre sí para hacerse con el control, debilitando todavía más al gobierno. Desgarrado por los conflictos internos, el Estado ptolemaico había sido asimismo fuertemente derrotado en el extranjero, perdiendo sus posesiones de ultramar en Siria, Anatolia y Tracia. Cuando murió Ptolomeo V, en el 180, el antaño poderoso imperio quedó fatalmente debilitado.

Y mientras el poder helenístico se desmoronaba en todo el Mediterráneo oriental, un joven y ambicioso Estado observaba los acontecimientos con ojos codiciosos.

Todos los caminos llevan a Roma

Los latinos eran una de las numerosas tribus itálicas que descendían de los primeros colonos que habían emigrado a Italia más o menos en la época de los Pueblos del Mar. En el 753, según su propia tradición, los latinos habían fundado una ciudad a orillas del río Tíber. Dicha ciudad, Roma, había ido creciendo regularmente en tamaño e influencia hasta llegar a controlar, hacia el 338, toda la provincia circundante del Lacio, y ochenta años después toda la península Itálica, expulsando de paso a los colonos griegos que la habitaban. Apenas sorprende, pues, que los Ptolomeos quisieran mantener buenas relaciones con ella. Así, en el 273, después de su gran procesión, henchido de orgullo y más confiado que nunca en su importancia, Ptolomeo II había dado el paso de concertar un intercambio oficial de enviados

diplomáticos con la estrella emergente de la política internacional. El tratado de amistad con Roma sería el principio de una larga, tortuosa y, en última instancia, fatal atracción.

Desde un primer momento, Ptolomeo contempló a los romanos con una mezcla de arrogante condescendencia y aduladora fascinación, como suele ser costumbre entre las superpotencias consolidadas frente a las naciones nuevas y prometedoras. Para ganarse el favor de Roma (y pese a mantener un tratado con la ciudad fenicia de Cartago, en la costa norteafricana), durante la Primera Guerra Púnica el Egipto ptolemaico se quedó cruzado de brazos, para recibir luego a una delegación de romanos agradecidos como recompensa por su duplicidad. Pagándole con la misma moneda, Roma intervino en las interminables luchas entre el reino ptolemaico y sus rivales macedonios y seléucidas, haciéndose pasar por amiga de Egipto para potenciar sus propias ambiciones internacionales. En tal atmósfera, las encarnizadas disputas de las dinastías helenísticas condujeron inevitablemente al auge de Roma como actor clave de la política mediterránea.

Al igual que su padre, Ptolomeo VI (180-145) se convirtió en rey a los seis años de edad. Durante los cuatro primeros años de su reinado, con su madre actuando como regente, se mantuvo cierto grado de estabilidad. Pero tras la muerte de esta, en el 176, quienes en la corte apoyaban a los hermanos del rey rompieron su silencio y pronto forzaron la proclamación de una triarquía; en adelante Ptolomeo VI, su hermana y su hermano pequeño, Ptolomeo VIII, reinarían como soberanos conjuntos. Era la receta perfecta para el desastre. Una catastrófica Sexta Guerra Siria, durante la cual Ptolomeo VI intentó negociar un acuerdo con el enemigo, hizo que este fuera depuesto por los enfebrecidos ciudadanos de Alejandría. El rey seléucida, Antíoco, afirmando actuar en representación de Ptolomeo VI (pero en realidad interesado únicamente en su propia expansión territorial), sitió la capital egipcia, aunque hubo de interrumpir su campaña para abordar problemas internos. Era aquel un cóctel típicamente macedonio de rivalidad entre hermanos, ambiciones territoriales y malestar autóctono.

Aquí entraron en juego los imperturbables romanos para restablecer el orden. Cuando Antíoco volvió a atacar Alejandría, en la primavera del 168, después de haber tomado ya Chipre y Menfis, y tras haber empezado ya a promulgar reales decretos como gobernante de Egipto, Roma intervino decisivamente para evitar una unificación de los reinos seléucida y ptolemaico. Unos meses más tarde, a principios de julio, el enviado romano Popilio se reunió con Antíoco en un barrio de Alejandría llamado Eleusis. Con una cara dura impresionante, el enviado exigió el cese inmediato de las hostilidades y la retirada completa e inmediata de las fuerzas seléucidas de Egipto y Chipre. Intimidado, Antíoco accedió dócilmente y se fue con el rabo entre las piernas. El «día de Eleusis» pasaría a la historia como el momento en el que Roma salvó a Egipto. Pero era un pacto con el diablo.

Durante el resto del siglo y una tercera parte del gobierno ptolemaico, el poder romano, y no el griego, sería el factor clave en los destinos del valle del Nilo. En tanto las disputas familiares entre Ptolomeo VI y sus hermanos desgastaban el reino, cada vez se solicitaba con mayor frecuencia la intervención de Roma en favor de uno u otro bando, lo cual vino a reforzar su completo dominio de los destinos del país. Para empeorar aún más las cosas, en el Alto Egipto seguían estallando rebeliones oportunistas para aprovechar el vacío de poder en el centro. En el 165, la rebelión estalló en Tebas; los graves enfrentamientos se extendieron al Fayum, donde los rebeldes quemaron documentos catastrales en un desafío directo a las autoridades, y los campesinos abandonaron sus pueblos y buscaron refugio en los templos. Ptolomeo VI respondió con un decreto que volvía obligatorio el arrendamiento y el cultivo de tierras; pero la medida resultó tan ineficaz e impopular que se vio obligado a exiliarse. De manera nada sorprendente, se fue derecho a Roma.

A Ptolomeo VIII no le fue mejor. En el plazo de un año, su tiránico gobierno condujo a que se pidiera la vuelta de su hermano, y él mismo tuvo que acudir a Roma en busca de apoyo. Exiliado en la Cirenaica, desesperado por recuperar el poder e inquieto por un atentado contra su vida ocurrido en el 156-155, Ptolomeo VIII redactó un testamento en el que prometía su reino a Roma si moría sin un heredero legítimo. Aquello tuvo el efecto deseado de asustar a sus adversarios políticos —más vale malo conocido, concluyeron estos—, pero en realidad no hizo sino debilitar aún más la independencia egipcia. Solo con la muerte de Ptolomeo VI, en el 145, el hermano pequeño recuperaría finalmente su trono.

A su regreso a Alejandría, Ptolomeo VIII se casó con la viuda de su hermano (que también era su propia hermana), y se dice que mandó asesinar durante las celebraciones nupciales al hijo que esta había tenido con Ptolomeo VI. Desde luego, era algo completamente típico de su desenfrenada barbarie. También ordenó duras represalias contra los comandantes de tropas judíos que se habían levantado contra su régimen, y prohibió entrar en Alejandría a muchos intelectuales griegos. Para contrarrestar los numerosos enemigos que se estaba agenciando entre la población inmigrante, Ptolomeo VIII trató de ganarse deliberadamente el favor de sus súbditos egipcios, frecuentando sus templos y promulgando decretos de amnistía. Aunque aquello no era más que un soborno descarado, el caso es que funcionó. Más que acostumbrada a los gobernantes brutales, la población autóctona hizo la vista gorda ante las atrocidades de Ptolomeo y se puso de su parte.

Los asuntos internos de la dinastía, nunca demasiado claros, se volvían cada vez más estrafalarios. Ptolomeo inició una relación íntima con la hija pequeña de su esposa y hermana, casándose con ella en el 141-140 y convirtiéndola en su reina. Como resultado de ello, madre e hija se convirtieron en feroces rivales. Quienes pretendían expulsar al despótico rey podían contar ahora con el pleno apoyo de la mayor de sus esposas. Cuando, en el 132, estalló la guerra civil entre los dos bandos, Ptolomeo huyó a Chipre, se llevó consigo a su consorte más joven y dejó que su

repudiada esposa fuera aclamada como única gobernante de Alejandría. Temiendo que el hijo que había tenido con ella fuera proclamado rey, Ptolomeo hizo que el joven muchacho fuera secuestrado, llevado a Chipre y asesinado ante sus propios ojos. Luego desmembró el cuerpo y mandó enviar los pedazos a la madre del chico para que llegaran la víspera de la celebración de su cumpleaños. Pero esta, nada dispuesta a anteponer la aflicción personal al beneficio político, ordenó exhibir públicamente los restos en Alejandría a fin de avivar la cólera popular contra el tirano Ptolomeo. Sin embargo, la población egipcia autóctona se mantuvo resueltamente leal. Los crueles cálculos del antiguo monarca habían dado resultado.

La popularidad de Ptolomeo VIII entre sus súbditos egipcios le proporcionó el trampolín perfecto para recuperar el país de manos de los partidarios de su esposa. Asimismo, supo capitalizar el apoyo autóctono promoviendo a egipcios a altos cargos por primera vez en dos siglos. Así, hombres como el real escriba Unnefer darían rienda suelta a la misma verborrea grandilocuente que sus precursores de la edad de oro de la civilización egipcia: «Yo fui uno honrado por su padre, elogiado por su madre, gentil con sus hermanos … Yo fui uno elogiado en su ciudad, benefactor de su provincia, gentil con todo el mundo. Yo fui bien dispuesto, popular, extensamente amado y alegre».[3] Pero, junto con todo aquel autobombo, habría una dosis no menor de disipación, que señalaría la decadencia de las costumbres faraónicas: «Yo fui amante de la bebida, señor del día festivo … las cantantes y doncellas reunidas … hermosas, de largos cabellos trenzados, de abultados pechos … bailaron hermosamente, cumpliendo el deseo de mi corazón».[4] Tal decadencia era un signo de los tiempos; la gente de Egipto seguía los pasos de sus gobernantes. Una vez que Ptolomeo VIII hubo recuperado Alejandría, para dar una lección a sus adversarios mandó rodear e incendiar el gimnasio, quemando vivos a todos los que había dentro. Esa violencia insensata en la búsqueda del poder, combinada con una corrupción desenfrenada, no hicieron sino acelerar el declive de Egipto.

En el verano del 116, Ptolomeo VIII falleció en Alejandría, dejando el trono a su joven esposa y a aquel de sus dos hijos que ella prefiriera. Al mismo tiempo, unos 1.100 kilómetros río arriba, un grupo de romanos fueron a visitar el templo de Isis en File y grabaron sus nombres en la pared de templo, dejando así las inscripciones latinas más antiguas que se conservan en Egipto. Los dos incidentes resumían muy bien el pasado y el futuro del valle del Nilo. La lucha dinástica en el seno de un régimen viejo y cansado parecía cada vez más irrelevante ante el expansionismo romano. Veinte años después, Roma heredó la Cirenaica, con lo que Chipre quedó como la única posesión ptolemaica de ultramar. La historia se repitió con dos hermanos (Ptolomeo IX y X) luchando por el poder y con el Alto Egipto de nuevo sumido en el malestar. Un segundo Ptolomeo legó su reino a Roma a cambio de apoyo militar, y en la capital se produjeron nuevos disturbios.

De todas las viejas certezas que otrora dieran a Egipto su confianza en sí mismo, solo permanecía la creencia en los dioses tradicionales. Por esa razón, entre otras,

fueron notables las celebraciones en el año 70, cuando el enorme y nuevo templo de Horus en Dyeba fue finalmente consagrado, 167 años después de que Ptolomeo III hubiera presidido la ceremonia de su fundación. Absolutamente ptolemaico en cuanto a diseño, pero innegablemente faraónico en lo tocante a su consagración, el imponente edificio de piedra arenisca, con sus entradas porticadas y sus pasillos hipóstilos, era el paradigma de la cultura híbrida helenísticoegipcia que varias generaciones sucesivas de faraones griegos habían luchado por crear. Seguramente, la muchedumbre que se congregó aquel día para disfrutar de tan variopinto boato debió de creer, en el fondo de su corazón, que estaba contemplando un nuevo amanecer, una promesa de futura armonía y prosperidad.

Sentimientos similares, sin duda, acompañaron al nacimiento, unos meses más tarde, del nuevo vástago del rey. Heredera de un linaje mixto, la hija de Ptolomeo XII llevaba sobre sus diminutos hombros las esperanzas y las expectativas de sus heterogéneos compatriotas. Su vida estaría dedicada a mantener su independencia, y su muerte señalaría el final del Egipto faraónico. Se llamaba Cleopatra.

24
«Finis»

Desplome del crédito

Desde los comienzos de la historia egipcia, el sumo sacerdote de Ptah había sido uno de los hombres más importantes del reino. Desde la unificación del país, Menfis había sido la capital nacional, y Ptah era la principal deidad de la ciudad; así pues, el principal oficiante de Ptah ocupaba el grado más alto en el escalafón del clero de entre un puñado de sumos sacerdotes responsables de custodiar las reverenciadas tradiciones religiosas de Egipto. En teoría, el sumo sacerdote de Ptah —o el «mayor de los artesanos», por darle su antiguo y esotérico título formal— era designado por el rey. Pero, durante toda la historia egipcia, la idea de la prerrogativa real tuvo el hábito de entrar en conflicto con el ideal hereditario, aún más profundamente arraigado, por el que los padres transmitían sus cargos a sus hijos. Debido a ello, bajo los Ptolomeos, el cargo máximo del clero menfita lo había ostentado siempre una misma familia, sucediéndose de padres a hijos de manera ininterrumpida durante más de doscientos sesenta años. Generación tras generación, los sumos sacerdotes de Ptah combinaron hábilmente el cargo hereditario con una lealtad extrema al soberano, hasta convertirse en la familia autóctona más poderosa e influyente del territorio. En la gran ciudad meridional de Tebas, antaño la capital religiosa del Imperio egipcio, los sumos sacerdotes de Amón habían mostrado un tibio entusiasmo hacia sus gobernantes griegos, pero no así los sumos sacerdotes de Ptah, que habían sido resueltos partidarios de los Ptolomeos, concediéndoles de inmediato el marchamo de la autoridad divina a cambio de los favores reales. Puede que sus compatriotas del sur contemplaran tal colaboración con repugnancia, pero lo cierto era que tal comportamiento no podría haber sido más egipcio.

En el momento del nacimiento de Cleopatra, en el año 69, el «mayor de los artesanos» Pasherenptah tenía más motivos que la mayoría de sus antepasados para respaldar al régimen. Tras acceder al sumo sacerdocio a los quince años de edad, uno de sus primeros actos oficiales había sido el de coronar diligentemente al padre de Cleopatra, Ptolomeo XII (80-51). Luego siguió siendo miembro del círculo de allegados más íntimos del rey, y podía jactarse, solo con relativa exageración, de haber sido «soberano nato de Egipto».[1] Durante los cuarenta años siguientes, las fortunas de Pasherenptah y Cleopatra estarían estrechamente entrelazadas. El sacerdote y la princesa; sus vidas y destinos describen el último capítulo de la dilatada historia del antiguo Egipto.

Desde su nacimiento, Cleopatra fue considerada un ser semidivino. Su padre fue aclamado como el «nuevo Dioniso» (o, para sus súbditos egipcios, el «joven Osiris»), y el ancestral culto regio de los Ptolomeos lo convirtió de hecho en un dios en la Tierra. El clero egipcio, con Pasherenptah como animador, no vio dificultad alguna en aceptar y apoyar la divinidad de la primera familia, ya que ese precisamente había sido uno de los principios centrales de la religión faraónica desde los albores de la historia. Sin embargo, el reinado de Ptolomeo XII no fue una edad de oro, sino todo lo contrario. En vez de enriquecerse gracias a la elevada producción agrícola y al comercio exterior, el monarca presidió un abrupto y precipitado declive de la fortuna nacional.

Todo el problema fue fruto de la extorsión. Hacía mucho tiempo que Egipto había dejado de ser una gran potencia en el Mediterráneo oriental. De los antaño extensos territorios ptolemaicos, solo Chipre seguía en el redil, gobernada por el hermano de Ptolomeo. En el Mediterráneo había una nueva potencia, Roma, decidida a ampliar las fronteras de su naciente imperio. Frente a un adversario tan implacable y bien armado, las naciones solo tenían dos opciones: resistir y ser eliminadas, o colaborar. La Cirenaica ptolemaica ya había caído en manos romanas en el 75, y Ptolomeo no tenía la menor intención de dejar que Egipto siguiera el mismo camino. Aliarse con el enemigo era el mal menor. Por su parte, Roma era como un león en plena caza; podía percibir la debilidad de su presa, y no tardó en prepararse para la matanza. El testamento de Ptolomeo X, que había parecido prometer el valle del Nilo a Roma, les dio a los romanos la excusa perfecta para extorsionar al que todavía era el país más rico de la región. Por su parte, Egipto no tenía elección: o pagaba, o se atenía a las consecuencias.

Cuando la princesa Cleopatra era solo una niña de cuatro años de edad, aquella dura realidad se volvió absolutamente evidente. Allá lejos, en el Senado romano, los líderes políticos de la República, tan competitivos y pendencieros como siempre, empezaron a utilizar Egipto como un instrumento para reforzar sus propias ambiciones. En el año 65, Craso propuso la anexión formal del valle del Nilo como provincia romana, una medida a la que Cicerón se opuso enérgicamente por considerarla perjudicial para la estabilidad de la República. Temporalmente frustrados, los halcones de la Colina Capitolina pasaron a centrar su atención en una presa más fácil, el reino seléucida de Asia occidental. De un plumazo, el viejo rival de los Ptolomeos en Oriente Próximo fue liquidado por los ejércitos de Pompeyo el Grande y absorbido por el Imperio romano. Ansioso por mostrar su respaldo al vencedor, Ptolomeo XII respondió a aquel acontecimiento trascendental enviando ocho mil soldados de caballería para apoyar la nueva expansión de Pompeyo en Palestina. Daba igual que su extravagante gesto de buena voluntad agotara las rentas de la corona, obligando a subidas de impuestos y recortes del gasto público, y desatando una pequeña rebelión. Estar en el bando adecuado, el de Roma, era por entonces la prioridad número uno, independientemente de cuáles fueran las

repercusiones internas. Por su parte, Pompeyo contemplaba todo aquello con la habitual arrogancia romana, e incluso se negó a ayudar a Ptolomeo a sofocar la insurrección provocada por las subidas tributarias.

Egipto debería haber aprendido la lección de aquel infausto episodio, pero su ingenua política exterior parecía haber adquirido un ímpetu propio. En la medida en que el país se fue endeudando cada vez más con su matón «protector», la población egipcia llegó a odiar a los romanos y todo lo relacionado con ellos, lo cual no era precisamente un buen presagio para la dinastía ptolemaica.

Para empeorar aún más las cosas, Roma tenía dos caudillos rivales. Comprar a Pompeyo no bastaba cuando resultaba que Julio César era igualmente poderoso. El diablo tenía dos caras, y había que apaciguar a ambas. Cuando, en el año 59, César amenazó con plantear de nuevo «la cuestión egipcia» en el Senado, Ptolomeo recurrió a su estrategia favorita; pagó la extorsión con una suma igual a la mitad de la renta anual de Egipto a cambio de su reconocimiento oficial como rey de Egipto y «amigo y socio del pueblo de Roma» (*amicus et socius populi romani*). Tampoco es que eso sirviera de mucho. Apenas un año después, cuando Ptolomeo celebraba el matrimonio de su hombre de confianza, el sumo sacerdote Pasherenptah, con una muchacha de catorce años, sus nuevos «amigos» siguieron adelante con su plan y se anexionaron Chipre, empujando a su rey (el hermano de Ptolomeo) al suicidio. Así, en cuestión de meses la alegría se convirtió en pesar, pero Ptolomeo se calló por temor a enfadar a Roma. La ruina del faraón era ahora moral además de económica.

Todo aquello fue demasiado para los orgullosos y apasionados ciudadanos de Alejandría, que se sublevaron y expulsaron a su cobarde rey, obligándole a partir al exilio. Ptolomeo, desalentado, fue primero a Rodas, a postrarse ante el magistrado romano que acababa de aceptar la rendición chipriota. Para más inri, Ptolomeo fue conducido ante la presencia de Marco Poncio Catón mientras este estaba en el servicio tras una dosis particularmente eficaz de laxante. En los viejos tiempos, el faraón acostumbraba a pisotear a los extranjeros bajo las plantas de sus pies; ahora era menos importante que las evacuaciones de un bárbaro. No se podía caer más bajo.

Pero, lejos de buscar una salida a su arriesgada posición, la dinastía ptolemaica siguió comportándose como antes, causando, como de costumbre, su propia ruina. En Alejandría, primero se ofreció el trono a la esposa de Ptolomeo, y luego, tras la prematura muerte de esta, a su hija mayor, Berenice. Una mujer que gobernara sola era anatema para los griegos, de modo que, de inmediato, empezaron las tentativas de encontrarle un marido adecuado. Pero Berenice era tan recalcitrante y sanguinaria como sus antepasados. El primer pretendiente murió de camino, el segundo fue interceptado en la frontera por los romanos y el tercero llegó a Alejandría, pero fue estrangulado al cabo de unos días, cuando su futura esposa afirmó que no le convencía en absoluto.

Desde Rodas, Ptolomeo emprendió el camino a Éfeso y, desde allí, a Roma, adonde llegó en el 57 y donde permanecería dos años. Durante ese tiempo se

comportó como el típico dictador en el exilio, ordenando la liquidación de sus opositores internos y viviendo en villas extranjeras. Al final cerró el trato para el que había ido allí: a cambio de una suma de diez mil talentos —una cantidad igual a la renta anual de todo Egipto, y prestada por un banquero llamado Rabirio, que apenas daba crédito a su buena suerte—, Ptolomeo sería restaurado en el trono por Gabinio, el gobernador romano de Siria. El 15 de abril del año 55, acompañado por el ejército de Gabinio, Ptolomeo marchó hacia Alejandría, reclamó su reino, ejecutó a su hija Berenice y nombró a Rabirio su nuevo ministro en materia de finanzas.

Roma no solo se había metido en el bolsillo a Egipto, sino que este era ahora en la práctica una sucursal provincial del banco central romano. Para Ptolomeo XII, la restauración equivalía a una humillación absoluta.

AMIGOS, ROMANOS, COMPATRIOTAS…

Durante sus dos años de exilio forzoso en Roma, parece que Ptolomeo XII recibió atenciones y consuelo de una compañera particularmente querida. Hay evidencias de que se llevó consigo a una de sus hijas en sus viajes a Rodas, Éfeso y Roma; y, por más que su identidad no pueda probarse con certeza, Cleopatra es la candidata más probable. Y ello porque la princesa acababa de cumplir once años en el momento de la expulsión de su padre; es decir, que era lo bastante mayor para viajar y lo bastante joven para que se le permitiera salir de Egipto sin que representara una amenaza para su hermana mayor Berenice. Si Cleopatra pasó realmente sus años de preadolescencia en Roma, debió de extraer valiosas lecciones de la experiencia. Ningún gobernante ptolemaico podía permitirse el lujo de consentir plenamente a todos los deseos romanos, pero tampoco podía ignorarse por completo a Roma. Mantener el trono conservando la soberanía nacional requería de la máxima habilidad para saber andar en una cuerda floja extremadamente fina. Y Cleopatra pronto se encontraría haciéndolo sin ayuda de nadie.

Poco tiempo después de regresar de Roma, Ptolomeo se dedicó a reforzar su posición entre el clero y la población autóctona en general. Desde los tiempos de Narmer, los reyes habían bruñido sus credenciales y cimentado su autoridad embelleciendo los santuarios de los dioses y realizando viajes de inspección. Casi tres milenios después, Ptolomeo XII no vio razón alguna para apartarse de la práctica habitual. En consecuencia, ordenó que se iniciara la construcción de un enorme y nuevo templo consagrado a la diosa Hathor en Iunet, en el Alto Egipto, cuya primera piedra fue colocada el 16 de julio del 54. Al mismo tiempo, Ptolomeo hizo un viaje oficial a Menfis, acompañado del principal representante de la aristocracia autóctona, Pasherenptah, el sumo sacerdote de Ptah. Ambos actos constituían una deliberada exhibición del tradicional poder faraónico, y Ptolomeo adoptó otra medida más para asegurar su dinastía designando a Cleopatra su corregente oficial en el año 52.

Después de casi tres décadas ocupando un trono difícil, quizá percibía que sus días estaban contados. El 7 de marzo del 51 tuvo lugar en Egipto un eclipse solar, que fue ampliamente interpretado como un presagio funesto. Unos días más tarde, Ptolomeo XII moría, y Cleopatra era proclamada monarca de Egipto. Tenía tan solo diecisiete años.

Conforme a la voluntad de su padre, Cleopatra compartió el trono con el mayor de sus dos hermanos (Ptolomeo XIII, que entonces tenía diez años de edad) y se designó a Roma su protectora oficial. Como la mayor parte de las anteriores disposiciones dinásticas de los Ptolomeos, esta podía abocar a un desastre. Al principio Cleopatra intentó actuar sola, marginando a su hermano corregente y gobernando sin ayuda durante los primeros dieciocho meses de su reinado. Pero una serie de desastres naturales y políticos pronto hicieron que la opinión pública se volviera en su contra. En el verano del año 50, una crecida excepcionalmente baja se tradujo en la pérdida de cosechas y una escasez de alimentos generalizada. Cleopatra tuvo que promulgar leyes de emergencia para evitar una hambruna. Ante todo, un faraón tenía la responsabilidad de aplacar a los dioses y asegurar la constante prosperidad de Egipto; que los dioses hubieran abandonado a Cleopatra en una fase tan temprana de su reinado era un hecho profundamente preocupante. Asimismo, aumentó aún más su creciente impopularidad al plegarse a la petición de deportar a unos fugitivos que habían huido de Siria tras asesinar a los hijos del gobernador romano. Al enviarlos a la muerte, vino a confirmar los peores temores de la población egipcia autóctona sobre el imparable ascenso de Roma. Así pues, la corriente de opinión empezó a volverse rápidamente en contra de Cleopatra y a favor de su hermano.

En medio de toda esta confusión interna, Cleopatra también tuvo que afrontar una serie de acontecimientos desagradables en el extranjero. Los dos caudillos militares de Roma, Pompeyo y César, se habían enzarzado en una encarnizada guerra civil. Para saldar antiguas deudas, Cleopatra se puso del lado de Pompeyo (cuyo estrecho aliado Gabinio había restaurado a Ptolomeo XII en el trono). Pero ni siquiera una alianza con un señor de la guerra extranjero pudo protegerla de las iras de su propio pueblo. En los primeros meses del año 48, y como le ocurriera a su padre antes que a ella, Cleopatra se vio obligada a exiliarse. Sin embargo, en lugar de tragarse el orgullo y buscar refugio en Roma, decidió armar un ejército más cerca de Egipto, concretamente en la todavía leal provincia de Palestina. A finales del verano, dos ejércitos contrarios —uno apoyaba a Cleopatra y el otro, a su hermano— se enfrentaron en la parte oriental del delta del Nilo.

Ptolomeo XIII, que ya se había ganado el reconocimiento de Roma como único faraón, debía de sentirse el más confiado de los dos hermanos. Sin embargo, cuando Pompeyo huyó a Egipto el 9 de agosto del 48, tras sufrir una aplastante derrota a manos de César en Grecia, la confianza de Ptolomeo se convirtió en temeridad; desde el puerto de Alejandría observó despreocupadamente como Pompeyo era

transportado en bote hacia la costa y puntualmente asesinado a puñaladas por uno de sus propios oficiales (ahora a sueldo de Ptolomeo) antes de que hubiera podido siquiera poner el pie en suelo egipcio. Si Ptolomeo creía que el hecho de haber ordenado la muerte del enemigo declarado de César iba a granjearle amigos, estaba totalmente equivocado. Cuando el propio César llegó a Alejandría cuatro días más tarde y se le entregó la cabeza de Pompeyo, cortada y conservada en salazón, reaccionó con furia ante aquel salvaje trato dado a un general romano compañero de armas. Se dirigió directamente al palacio real, estableció allí su residencia y mandó llamar a Ptolomeo XIII para reunirse con él. Percibiendo la importancia del momento —con Pompeyo muerto, César era ahora el jefe indiscutible de Roma—, Cleopatra aprovechó la oportunidad. Evitó ser detectada por la guardia de su hermano, se dirigió a Alejandría y se coló en palacio para unirse a la audiencia con César.

En medio del calor húmedo de un día de mediados de agosto, en la residencia real de Alejandría tuvo lugar la legendaria reunión entre la reina ptolemaica, de veintiún años, y el general romano, de cincuenta y dos. Con su nariz larga y aquilina y su barbilla puntiaguda, Cleopatra no resultaba particularmente atractiva según los cánones modernos, mientras que no podía decirse que César, curtido en mil y una batallas y ajado por los años, estuviera precisamente en la flor de la vida. Pero la belleza está en la mirada del observador, y el poder es un afrodisíaco de eficacia segura. De manera que saltó la chispa.

Para disgusto e incredulidad de Ptolomeo XIII y sus partidarios, César apoyó incondicionalmente a Cleopatra y su derecho a ocupar el trono de Egipto. Entonces el ejército de Ptolomeo sitió el palacio, mientras sus aliados alejandrinos proclamaban reina a la hermana pequeña de Cleopatra, Arsínoe, en su lugar. Luego los acontecimientos se precipitaron. En marzo del año 47 llegaron refuerzos romanos para liberar a César y Cleopatra de su prisión palaciega. Siguió una lucha feroz, durante la cual Ptolomeo fue ahogado en el Nilo. Con su rival fuera de combate, Cleopatra fue restituida en el trono, con el único hermano que le quedaba —otro Ptolomeo más, de once años de edad— como corregente, al tiempo que Roma devolvía Chipre a Egipto como un nuevo gesto de apoyo. Asimismo, Arsínoe fue hecha prisionera y deportada a Italia.

César y Cleopatra remontaron el Nilo para celebrar su triunfo, por más que la flotilla que les acompañaba, de cuatrocientos barcos romanos de transporte de tropas, apenas diera motivos de celebración a la población egipcia. Cleopatra había ganado, pero Egipto había perdido. Las tres legiones romanas desplegadas ahora permanentemente en el valle del Nilo daban fe de ello. Como señalaría el propio César en su posterior informe:

> [Yo] consideraba beneficioso para el buen funcionamiento y el prestigio de nuestro imperio que el rey y la reina [Ptolomeo XIV y Cleopatra] estuvieran protegidos por nuestras tropas mientras nos siguieran siendo fieles; pero si se mostraban desagradecidos, esas mismas tropas podrían hacerles entrar en razón.[2]

La presencia de un ejército de ocupación no fue el único legado que César dejó a Egipto. En el verano del año 47, después de que este se hubiera marchado para proseguir su campaña, Cleopatra dio a luz a un niño. Sin albergar la menor duda sobre su paternidad, le puso el nombre de Ptolomeo César. A instancias suyas, la ceca de Chipre acuñó monedas conmemorativas especiales para celebrar la llegada del vástago real; decoradas con la doble cornucopia, proclamaban la abundancia y la promesa de la unión romano-egipcia.

Otro nacimiento, un año después, fue motivo de igual celebración y agradecimiento. Esta vez, tanto el padre como la madre estaban presentes para compartir su alegría. Los felices padres eran el sumo sacerdote Pasherenptah y su esposa desde hacía doce años, Taimhotep. Su contento por el nacimiento de un hijo varón era aún mayor debido a la inquietud que lo había precedido; en los primeros años de su matrimonio, Taimhotep había dado a su marido tres hijos sanos, pero todos habían sido niñas. En el antiguo Egipto, todo hombre deseaba tener un heredero varón y más aún si uno era el sumo sacerdote de Ptah y el titular hereditario de un cargo que llevaba once generaciones en su familia. Al cumplir los cuarenta y tres años, Pasherenptah debió de empezar a preguntarse si moriría sin un sucesor. Desesperada, su esposa acudió a los fieles dioses autóctonos, en particular a Imhotep. El cortesano de Necherjet, que había vivido veintiséis siglos antes, en los albores de la Era de las Pirámides, y cuya hazaña suprema, la Pirámide Escalonada, todavía se alzaba majestuosamente en el horizonte de Menfis, era adorado en todo Egipto como un dios de la sabiduría, la magia y la medicina. Su culto era especialmente notable en Menfis, y la propia Taimhotep, como hija de la ciudad, llevaba su nombre. Si había algún dios que podía responder a las plegarias de la pareja para tener un hijo varón, ese era Imhotep. De modo que Taimhotep «rezó junto con el sumo sacerdote a la majestad del dios grande en maravillas, eficaz en actos, que da un hijo a quien no lo tiene: Imhotep, el hijo de Ptah».[3] Milagrosamente, su oración obtuvo respuesta. Imhotep se apareció a Taimhotep en un sue ño y le prometió un hijo si se encargaba de que se embelleciera su santuario menfita; favor con favor se paga. Seguramente, ayudó el hecho de que el marido de Taimhotep fuera quizá el hombre más influyente de Menfis y el jefe del clero local. Los constructores, pintores y decoradores debieron de completar su trabajo en un tiempo récord, ya que el 15 de julio del 46, alrededor de las dos de la tarde, Taimhotep dio a luz al tan ansiado hijo varón. «Hubo júbilo por él entre la gente de Menfis. Le pusieron el nombre de Imhotep y también lo llamaron Padibastet. Todos se regocijaron por él.»[4]

Para Taimhotep, el nacimiento de un hijo representaba la culminación de sus deberes como esposa. Para Cleopatra, tenía una importancia más profunda, de índole religiosa. Para señalar el nacimiento de su Cesarión, o «pequeño César», la reina consagró un santuario en la azotea de Iunet, un templo consagrado, de manera harto apropiada, a la antigua diosa madre Hathor. En Iuny (la griega Hermontis), Cleopatra construyó «una casa de nacimiento» para celebrar la institución de la procreación

divina. En Ptolemaida y Alejandría, las dos grandes ciudades griegas de Egipto, promovió activamente el culto a Isis, que era ya una de las deidades egipcias más populares, y ahora también una diosa por la que Cleopatra sentía una afinidad especial. Y ello porque, según la creencia popular, Isis era una divina madre y protectora, que cuidaba de sus adoradores tal como lo hacía con su hijo, Horus niño. No era difícil extraer paralelismos. La propaganda real de la época alentó esa asociación, y en las estatuas se mezcló deliberadamente la iconografía de Isis con los rasgos de Cleopatra. Diosa y reina se convertían en una misma cosa.

Sin duda, Cleopatra tenía más credibilidad como deidad egipcia que sus antepasados, dado que, a diferencia de los anteriores Ptolomeos, parece que se tomó la molestia de aprender la lengua autóctona. Evidentemente consideraba a Egipto su hogar, y se esforzó asimismo en honrar los cultos tradicionales. Adoptó una versión femenina de la expresión más temprana y pura de la realeza divina, el título de Horus, y al menos algunos de sus súbditos egipcios la veían como un faraón plenamente legítimo. Por ello resulta aún más extraño que, en la cúspide de su popularidad, dejara Egipto para viajar a Roma como invitada de César cuando este finalmente volvió a casa después de su campaña en el 46. Durante dos años permaneció en la propiedad de César, al otro lado del Tíber. La relación entre ambos fue objeto de innumerables chismorreos, sobre todo cuando César consagró una estatua de oro de Cleopatra en el santuario romano de Venus Genetrix. Su posterior elaboración de un proyecto de ley, que debía presentarse ante el Senado, para permitirle casarse (de forma bígama) fuera de Italia, tener hijos con una esposa extranjera y crear una segunda capital, no pareció sino confirmar los peores temores de los romanos; bajo la maligna influencia de una reina oriental, su héroe de guerra se les estaba «acriollando».

El asesinato de César el 15 de marzo del año 44 puso fin a sus exóticas ambiciones. En menos de un mes, Cleopatra abandonó Roma y volvió a casa, a Alejandría. Al mes siguiente, su hermano y cogobernante, Ptolomeo XIV, estaba convenientemente muerto. En su lugar, Cleopatra elevó a Cesarión al trono con el nombre de Ptolomeo XV, «el dios amante de su padre y de su madre». En la mente de Cleopatra, los paralelismos entre su vida y la de los dioses parecían volverse más fuertes cada año. César había sido asesinado, igual que Osiris. Su hijo y heredero, Cesarión, era un nuevo Horus. Y en cuanto a la propia madre y viuda, Cleopatra, nadie podía dudar ya de su transformación en una Isis viviente.

Amistades peligrosas

Si Cleopatra había alcanzado el estatus divino, no parece que sus compañeros, los demás miembros del panteón, se sintieran demasiado impresionados por ello. De hecho, parecía que los dioses habían abandonado a Egipto. Una serie de «Nilos bajos» en los años 43-41 produjo nuevos episodios de escasez de alimentos. Tanto en

las grandes ciudades como en el campo, los egipcios estaban cada vez más desesperados. Agobiados y hambrientos, incluso dejaron de creer en la promesa de una vida más confortable después de la muerte. Imaginando el más allá como una continuación de su suerte terrenal, dieron la espalda a dos mil años de fe y empezaron a temer la vida de ultratumba. Nadie expresó ese miedo a la muerte de manera más emotiva que Taimhotep. El 15 de febrero del 42, a la edad de treinta años, esta murió, dejando afligidos a su marido, su hijo y sus tres hijas. Tal como convenía a la esposa de un sumo sacerdote, su estela funeraria fue bellamente tallada en una losa de fina y clara piedra caliza, trabajada por los mejores artesanos del país. En el anverso, y bajo un disco solar alado, un friso delicadamente tallado mostraba a Taimhotep adorando a la flor y nata de las deidades tradicionales de Egipto: Anubis, dios de la momificación; Horus, hijo de Osiris; Neftis e Isis, hermanas y principales plañideras de Osiris; el toro sagrado Apis de Menfis, y, por último, Sokar-Osiris, dios de los muertos. Si la divina formación recordaba la tradicional autoconfianza de Egipto, la inscripción que la acompañaba, en veintiuna líneas de jeroglíficos finamente tallados, encarnaba el nuevo y más sombrío *zeitgeist*:

¡Oh, mi hermano, mi marido, amigo, sumo sacerdote!
¡No te canses de beber, de comer, de embriagarte y de hacer el amor!
¡Haz fiesta! ¡Sigue tu corazón día y noche!
¡Que a tu corazón no le preocupe otra cosa que el uso que das a tus años en la Tierra!
En cuanto al oeste, es una tierra de sueño; la oscuridad pesa sobre el lugar donde moran los muertos.[5]

La inscripción funeraria de Taimhotep es la elegía más larga y más sentida del antiguo Egipto, una conmovedora afirmación de que las antiguas certezas habían desaparecido por completo.

Para el país en general, así como para cada uno de sus ciudadanos en particular, el futuro parecía siniestro. Con el asesinato de César, Egipto había perdido a su protector. ¡Cualquiera sabía ahora cómo actuarían sus asesinos, por una parte, y sus herederos, por otra, con respecto a Cleopatra y su reino! Para empeorar aún más las cosas, su hermana pequeña Arsínoe —que, liberada de su cautiverio en Roma, vivía por entonces en Éfeso— representaba un polo de atracción natural para los disidentes de los territorios ptolemaicos.

El temple de Cleopatra se vio puesto a prueba al máximo cuando, primero Casio y luego Marco Antonio y Octavio, solicitaron la ayuda militar de Egipto. Desplegando toda su perspicacia política, la reina interpretó correctamente la situación y se puso de parte de los aliados de César. La posterior victoria de Marco Antonio sobre Casio y Bruto en la batalla de Filipos le daría la razón. Egipto se salvó —de momento—, pero el indulto del país tenía un precio. Su consecuencia imprevista y, en última instancia, trágica sería la relación de Cleopatra con un segundo héroe de guerra romano.

Es posible que el primer encuentro entre Cleopatra y Marco Antonio se produjera en el año 55, cuando este fue a Egipto como un joven oficial de caballería con el

ejército de Gabinio. Marco Antonio y Cleopatra debieron de entrar en contacto de nuevo cuando esta permaneció en Roma durante dos años, en el 46-44. Pero aquel iba a ser un caso de «a la tercera va la vencida». En el verano del año 41, después de la entente entre Egipto y los herederos de César, Marco Antonio mandó llamar a Cleopatra para que ambos se encontraran en Tarso, en el sudeste de Anatolia. Con los vientos favorables a partir de la batalla de Filipos, Marco Antonio había puesto sus miras en derrotar al Imperio parto, el último gran enemigo de Roma en Asia. Para montar tal campaña necesitaba contar con una base avanzada en el Mediterráneo oriental, y Egipto era el lugar ideal. Por su parte, Cleopatra tenía la urgente necesidad de un nuevo protector. Así pues, fue el beneficio mutuo lo que los unió.

Con sus dotes instintivas de representación y propaganda, Cleopatra convirtió una cumbre diplomática y política en un espectáculo religioso, pues llegó por el río ataviada como Afrodita/Isis a punto de encontrarse con su divino consorte Dioniso. Marco Antonio debió de sentirse halagado por la analogía y cautivado por una reina catorce años menor que él. Como hiciera anteriormente César, ofreció su apoyo a Cleopatra a cambio de sus favores. Ni siquiera la noticia de la muerte de Pasherenptah, el 14 de julio, pudo enfriar su ardor. Hacia finales de aquel año, Marco Antonio y Cleopatra volvieron juntos a Alejandría. Nueve meses después nacieron sus gemelos, Alejandro Helios y Cleopatra Selene, el Sol y la Luna, poniendo así el broche de oro a lo que parecía ser la pareja ideal.

Pero en realidad no lo era. No bien los gemelos hubieron venido al mundo, su padre cogió el portante y se fue de Egipto. A su regreso a Roma, selló un pacto con su gran rival casándose con la hermana de Octavio, Octavia, y repudiando a Cleopatra. En cuanto a la reina de Egipto, debería haber aprendido de sus amargas experiencias que un turbulento romance con un general romano se traducía en vivir como madre soltera.

Durante los tres años siguientes, con Marco Antonio fuera de escena, Egipto disfrutó de una breve tregua en la agotadora sucesión de guerras, intrigas, golpes y contragolpes que lo habían afligido bajo el caprichoso gobierno de los Ptolomeos. Imhotep (aunque solo era un niño de siete años) fue nombrado sumo sacerdote de Ptah, sucediendo a su padre y a sus antepasados. La crecida del Nilo volvió a los niveles acostumbrados y la producción agraria aumentó. De no haber sido por la abrumadora deuda exterior, un legado del reinado de Ptolomeo XII, la economía de Egipto podría haber vuelto a ser próspera. Pero lo cierto era que las arcas del Estado se vaciaban. La moneda de plata se depreció al pasar de un 90 por ciento de metal precioso a un 40 por ciento, antes de desaparecer prácticamente de la circulación. En su lugar, la mayor parte de las monedas empezaron a ser acuñadas en bronce. La legendaria riqueza de Egipto iba directamente a los bolsillos romanos.

Inquieto por someter Partia y adquirir aún mayor renombre, en el otoño del año 37 Marco Antonio había llegado a la conclusión de que Octavio no iba a ayudarle. Egipto parecía de nuevo el aliado más apropiado, de modo que se dirigió por segunda

vez hacia el este, a Antioquía, y convocó una segunda cumbre con Cleopatra. Como incentivo, Marco Antonio le regaló el contenido de la gran biblioteca de los reyes de Pérgamo, de la que se decía que albergaba doscientos mil volúmenes; una compensación parcial por los fondos de la Biblioteca de Alejandría, destruida una década antes durante la guerra de César contra Pompeyo. Marco Antonio también asignó a Egipto una serie de territorios romanos en el Mediterráneo oriental. Ello permitió a Cleopatra hacerse pasar por una faraona imperialista, una soberana que había restaurado parte del esplendor del que fuera el gran imperio de sus antepasados. Para señalar este renacimiento introdujo un sistema de doble datación, proclamando que su decimosexto año en el trono era también el primero de una era nueva. Pero todo aquello no era más que un espejismo. Marco Antonio no iba a renunciar a los territorios orientales, y unos títulos de propiedad de pacotilla y una colección de libros a cambio de tropas y provisiones de verdad no representaban precisamente un intercambio justo. En los remotos días de la XVIII Dinastía, Egipto había sido respetado y temido como el poderoso toro de Asia; ahora era la vaca lechera de Roma.

Debido a una mezcla de escasa preparación y exceso de confianza, la primera campaña de Marco Antonio en Partia fue un completo desastre. En el plazo de unos meses, perdió a un tercio de sus legionarios y casi la mitad de su caballería contra un enemigo tan feroz como decidido. La única buena noticia ese año fue el nacimiento de otro hijo con Cleopatra, Ptolomeo Filadelfo. En una segunda campaña en Partia, en el año 34, Cleopatra viajó con Marco Antonio hasta las orillas del Éufrates. Esta vez, Marco Antonio obtuvo una victoria parcial sobre Armenia, celebrada con una pompa bastante desproporcionada en las llamadas «Donaciones de Alejandría». Ante una enorme multitud, Marco Antonio y Cleopatra aparecieron juntos en tronos de plata, ella ataviada como Isis. Entonces, Marco Antonio proclamó con audacia que sus hijos serían los gobernantes de las provincias orientales de Roma: a Cleopatra y Cesarión se les darían los territorios ptolemaicos tradicionales de Egipto, Chipre y la Cirenaica, junto con la Siria Coele; a Alejandro Helios, ataviado para la ocasión con el traje persa, se le darían Armenia, Media y Partia (obviando el pequeño inconveniente de que esta última estaba todavía por conquistar), mientras que Ptolomeo Filadelfo, de dos años de edad y vestido con el traje tradicional macedonio, recibiría las provincias de Fenicia, Siria y Cilicia (sudeste de Anatolia). Los jóvenes fueron aclamados como «reyes de reyes», destinados a gobernar todo el Imperio oriental.

Era un sueño imposible. Pero al albergarlo y alinearse tan públicamente con Marco Antonio, Cleopatra se arriesgaba a suscitar las iras de Roma, cuyos senadores y ciudadanos tenían una opinión particularmente mala sobre las fantasías orientalistas.

Un notable documento escrito en papiro resume el rápido declive de Egipto en los últimos y trágicos años del reinado de Cleopatra. Datado el 23 de febrero del 33, deja constancia de un real decreto que concede privilegios fiscales extraordinarios a un general romano. No a cualquier general, sino la mano derecha de Marco Antonio, Publio Canidio. El edicto de Cleopatra le daba permiso para exportar diez mil sacos de trigo de Egipto —por algo se llamaba a este país la panera del Imperio romano—, además de importar cinco mil ánforas de vino cada año, libres de impuestos. Por si eso no bastara, Canidio estaba también exento de cualquier impuesto sobre las tierras que poseía en Egipto, como también sus arrendatarios. En la práctica, se le declaraba al margen del sistema tributario normal. Como soborno político, este seguramente debe ser considerado uno de los mayores y más audaces de la historia. El decreto se dirigía a un funcionario público de alto rango de Alejandría, cuya tarea consistía en notificárselo a otros burócratas de la administración. Para dar curso a las medidas, se había añadido la palabra griega *ginesthoi*, «hágase así», en la parte inferior del papiro. Solo podía ser obra de la mano de Cleopatra. De ser así, con ello no estaba tanto aprobando una medida fiscal como firmando su propia sentencia de muerte.

En el transcurso del año 33, se había vuelto evidente por segunda vez que el reino romano no era lo bastante grande para tener dos líderes. Marco Antonio, con las provincias orientales a su disposición y amigos en el Senado, parecía la mejor apuesta. Pero Octavio, sobrino nieto y heredero legal de Julio César, se mostraba igualmente decidido. Como ocurriera con César y Pompeyo dieciséis años antes, el choque de dos poderosos egos condujo sin demasiadas dificultades a la guerra civil. La estrecha identificación de Cleopatra con Marco Antonio hizo que resultara fácil para Octavio señalarla como enemigo público número uno y utilizarla para crear una distinción entre él, el auténtico romano, y Marco Antonio, el traidor disoluto. Daba igual que el corregente de Cleopatra, Ptolomeo XV Cesarión, fuera hijo del propio César. A los ojos de Octavio, ella representaba convenientemente todo lo que era ajeno y perjudicial a los intereses de Roma. Su destino, y el destino de Egipto, dependían ahora del resultado del conflicto interno de Roma.

Cuando la disputa entre las dos facciones romanas se intensificó, Cleopatra y Marco Antonio zarparon de Alejandría con una armada de doscientos barcos egipcios. Tras detenerse en Éfeso y Samos, finalmente llegaron a Atenas. Allí, Marco Antonio repudió públicamente a Octavia, cortando todos los vínculos con el bando de su rival. En el año 31, cuando el invierno dio paso al clima más benigno de la primavera, estallaron oficialmente las hostilidades. Pronto resultó evidente que los delirios de grandeza de Marco Antonio no iban acompañados de una capacidad táctica equivalente. A comienzos de septiembre, sus fuerzas terrestres estaban atrapadas en el oeste de Grecia y sus barcos de guerra bloqueados en una gran bahía. Una ruptura del bloqueo naval bajo el fuego enemigo parecía la única opción posible.

La batalla de Actium, librada el 2 de septiembre del año 31, fue más una huida que un espectáculo militar. Marco Antonio y Cleopatra escaparon con vida y con 60 de sus 230 barcos. Él huyó a Libia y ella, a Alejandría.

La historia le había enseñado a Cleopatra que los líderes derrotados no solían durar mucho, de modo que se esmeró en engalanar sus barcos como si hubiera salido victoriosa. Cuando Marco Antonio se unió a ella en el palacio real unos días más tarde, los dos hicieron todo lo posible por dar una impresión de normalidad. Se organizó una fiesta enorme para celebrar la mayoría de edad de Cesarión, ya que los reales espectáculos siempre agradaban a las multitudes y representaban una bienvenida distracción de las malas noticias. En un nivel más prosaico, los engranajes de la administración siguieron girando, continuaron promulgándose edictos públicos y siguieron pagándose los impuestos (a no ser, claro está, que uno fuera Canidio). En la ciudad de Gebtu, en el Alto Egipto, un gremio de fabricantes de lino elaboró un detallado contrato con dos sacerdotes locales para sufragar los gastos del culto local al toro. Burocracia y culto a los animales; una combinación característicamente egipcia. Para algunos, la civilización faraónica debía de parecer algo tan inmortal como impenetrable.

Pero, ajena a aquella exhibición pública de aparente normalidad, Cleopatra hacía febriles preparativos para un exilio permanente. Ordenó que lo que quedaba de su flota naval fuera remolcada por tierra desde el Nilo hasta el mar Rojo con la intención de enviar lejos a Cesarión, concretamente a la India. Sin embargo, los árabes nabateos locales literalmente quemaron sus barcos, y Cleopatra se encontró atrapada en Alejandría sin ninguna vía de escape. Cuando Octavio se acercaba desde Siria mientras otra de sus divisiones lo hacía desde la Cirenaica, Cleopatra, desesperada, le envió una embajada, ofreciéndole abdicar en favor de sus hijos si perdonaba a Egipto. Octavio no contestó.

El 29 de julio del año 30, el sumo sacerdote de Ptah, Imhotep, murió cuando solo tenía dieciséis años y tres semanas. O bien cayó víctima de una constitución débil, o bien, lo que resulta más probable, de un enemigo decidido a erradicar todo vestigio de gobierno ptolemaico. Durante tres siglos, sus antepasados habían salvaguardado satisfactoriamente las tradiciones religiosas del antiguo Egipto, que constituían el alma del país. Pero eso se acabó. Tres días después, el 1 de agosto, Egipto sucumbía ante el poder de Roma. Mientras las fuerzas de Octavio se aproximaban rápidamente a Alejandría por tierra y por mar, Marco Antonio cruzaba con su ejército y su armada las puertas de la ciudad para librar una última batalla. Sin embargo, tras varios años de campaña, las suyas eran unas fuerzas agotadas. Marco Antonio sufrió una derrota aplastante, y cuando Octavio entraba en la ciudad, Cleopatra huyó a su tesorería y mausoleo fortificado en la residencia real de Alejandría. Los acontecimientos posteriores han pasado a la leyenda. Creyendo erróneamente que su amante se había quitado la vida, Marco Antonio se suicidó dejándose caer sobre su propia espada. Ante la angustiada insistencia de Cleopatra, su cuerpo, débil y casi sin vida, fue

trasladado hasta los aposentos de la monarca, donde expiró a su lado. A Cleopatra, a su vez, se la hizo salir del edificio con engaños, tras lo cual fue puntualmente encarcelada en el palacio real.

El 12 de agosto, transcurridos solo diez dorados atardeceres más en Alejandría, la última reina de Egipto siguió a su amante romano a la tumba. En su vida relativamente corta pero turbulenta, había visto a una de sus hermanas derrocada y asesinada, y a otra exhibida como un trofeo romano. El suicidio debió de parecerle un final mejor que ser linchada o pasar el resto de su vida en cautividad. Ya fuera un áspid oculto en una cesta de higos o un peine envenenado, «nadie conoce la verdad sobre la causa de su muerte».[6]

Cleopatra murió, pero su memoria perviviría. Cuatro siglos más tarde, un fiel devoto cuidaba todavía amorosamente de su estatua de culto en Roma. Veinte siglos después, las reconstrucciones literarias y cinematográficas de su vida y sus amoríos fascinaban al mundo occidental. Y todavía sigue entre nosotros.

También su mundo nos acompaña aún. En los siglos transcurridos desde su muerte, el valle del Nilo se lo han disputado romanos y árabes, cristianos y musulmanes. El implacable sol egipcio ha descolorido los antaño llamativos templos de los dioses, convertidos ahora en románticas ruinas destartaladas y teñidas del color de la arena. Las tumbas han sido despojadas de sus tesoros y las pirámides, de sus relucientes remates de piedra. Pero el atractivo de la civilización faraónica, encarnado para la conciencia occidental en su última reina, ha demostrado ser mucho más duradero.

En términos físicos, el monumento más imperecedero de Cleopatra, su herencia arquitectónica más extravagante, es el templo de Hathor en Iunet. Desde su fachada porticada, el benigno rostro —medio humano, medio bovino— de la antigua diosa madre todavía mira hacia abajo en solícita protección, como lleva haciendo desde hace dos mil años, y como hiciera antaño en la imagen grabada de Narmer, el primer rey de Egipto, en los albores de la historia faraónica. La iconografía y la ideología de la realeza divina, posiblemente las mayores invenciones de los antiguos egipcios, estuvieron presentes en el final tal como lo habían estado en el principio.

Como heredera de esta tradición extraordinariamente antigua, Cleopatra quiso, por encima de todo, que su dinastía tuviera un futuro. En la pared trasera del templo se la representó al lado de su hijo, Ptolomeo XV Cesarión, haciendo ofrendas a los dioses como sus reales antepasados habían hecho durante tres milenios. Si ella era Isis-Hathor, la madre divina, él sería Horus, el hijo vengador de un padre asesinado que se alzaría glorioso y gobernaría Egipto como un gran rey.

Pero, como ocurriría con tantas de las esperanzas de Cleopatra, el destino tenía otros planes. Cesarión fue eliminado por Octavio a los pocos días de la caída de Alejandría. No habría ningún futuro para la dinastía ptolemaica; ni para ninguna dinastía de faraones.

Sin embargo, aparte de representar la última y audaz afirmación de la realeza divina, las piedras del monumento de Cleopatra proclaman una verdad más profunda y duradera. Junto a la figura del último Ptolomeo, aparecen grabados cuatro sencillos jeroglíficos: una correa de sandalia, una serpiente, una barra de pan y una franja de tierra aluvial. Es decir, la quintaesencia de la civilización faraónica. Juntos, forman un epíteto que se había aplicado a los reyes desde tiempo inmemorial: *anj dyet*, «que viva para siempre».

Se trata de un epitafio apropiado, no solo para Cleopatra, sino para todo el antiguo Egipto.

Epílogo

La muerte de Cleopatra puso a Egipto en manos de Roma, exactamente tal como ella había temido. Con su fallecimiento, la orgullosa tradición de tres mil años de independencia faraónica se extinguió para siempre, y Egipto se convirtió en la propiedad personal de un emperador extranjero, saqueada a voluntad. Durante los cuatro siglos siguientes, Augusto y sus sucesores explotaron la fabulosa riqueza de Egipto en beneficio de sus propios intereses. Los barcos cargados de cereales que zarpaban de Alejandría alimentaban a la numerosísima población de Roma; el oro del Desierto Oriental llenaba las arcas imperiales; de las colinas del mar Rojo se extraían y tallaban enormes columnas y arquitrabes de piedra para adornar los edificios públicos del Foro, y la remota cantera del monte Porfirita mantenía abastecidos a los mejores escultores del imperio del más precioso de todos los materiales, el pórfido, de un intenso color púrpura imperial.

Pero la importancia de Egipto para Roma no se limitó a su riqueza agraria y mineral. Con un acceso único tanto al mar Mediterráneo como al mar Rojo, el país desempeñó un papel clave en el comercio romano, sobre todo en el comercio con la India, fuente de los lujos orientales tan caros a la clase dirigente. La estratégica situación de Egipto, en la intersección de las rutas que unían Arabia, Asia, África y Europa, había sido una de las principales razones de su prosperidad como nación independiente, y esa misma ventaja geográfica aseguraría ahora la subyugación de Egipto a una sucesión de imperios extranjeros. Roma, Bizancio y Persia; califas, otomanos y británicos: todos ellos considerarían a Egipto como una fuente de riqueza y un eje comercial sin parangón.

Pero toda esa explotación tendría también un lado positivo. A finales del siglo XVIII, Napoleón envió una expedición a Egipto con el objetivo de anexionárselo como colonia francesa, para dominar así el comercio mundial y socavar el control británico de la India. La misión se recuerda hoy en día no por su principal objetivo económico y estratégico, sino por una consecuencia casi anecdótica: el nacimiento de la egiptología. Aunque el propio Bonaparte estuviera poco interesado en el redescubrimiento del antiguo Egipto, el caso es que, cuando zarpó de Tolón el 20 de mayo de 1798, se llevó consigo a unos 150 eruditos. A sus meticulosas observaciones, publicadas en la monumental *Description de l'Égypte*, debemos los inicios del estudio científico de la civilización faraónica.

Aunque hoy se atribuye a estos eruditos el papel principal en los relatos de la expedición de Napoleón, por entonces se les consideró insignificantes en comparación con los miles de soldados de infantería y caballería que viajaron con ellos a la desembocadura del Nilo. Asimismo, de todos los estudiosos que

acompañaron al ejército francés en su invasión, los más importantes, con mucho, eran los topógrafos; su tarea consistía en determinar la viabilidad de construir un canal de navegación entre el mar Mediterráneo y el golfo de Suez. Lo más importante a juicio de Bonaparte era la ventaja estratégica, no el conocimiento científico. Y a pesar de la célebre victoria de Nelson en la batalla del Nilo —como un eco del gran choque naval entre los egipcios y los Pueblos del Mar tres mil años antes—, al final el francés se salió con la suya, y el canal de Suez (moderno sucesor del gran proyecto de Darío I) fue debidamente completado en 1869.

Los paralelismos entre la historia antigua y moderna de Egipto continuarían en el siglo XX. Siguiendo los pasos de Napoleón, otro imperio expansionista, el Tercer Reich, trató de ocupar Egipto a fin de dominar las rutas comerciales de Oriente Medio, esta vez por el petróleo de la región. Cuando las divisiones Panzer del Eje se dirigían a la zona oriental del delta, siguiendo la misma ruta utilizada por los ejércitos invasores libios a finales del Imperio Nuevo, las ofensivas aliadas en El Alamein, en julio y octubre de 1942, marcaron un crucial punto de inflexión en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Según la famosa frase de Churchill, El Alamein fue «el fin del principio». Resultaría irónico, pues, que solo catorce años más tarde la catástrofe de la crisis de Suez —que de nuevo vio luchar a los ejércitos por un pequeño rincón de Egipto— señalara el principio del fin para el Imperio británico.

Desde el choque de las antiguas civilizaciones hasta la guerra fría, y aun después, Egipto se ha encontrado en el centro de los acontecimientos: «¡Si los hombres pudieran aprender de la historia, qué lecciones podría enseñarnos!».[1]

Junto con la importancia geopolítica de Egipto, su profunda influencia cultural también se ha dejado sentir ya desde que César navegara por el Nilo con Cleopatra. Junto con otras exportaciones más materiales, el culto a Isis fue llevado desde Egipto a todo el mundo romano, llegando incluso hasta las costas de Gran Bretaña. Su impacto fue tan significativo como duradero, sobre todo en los antiguos territorios egipcios en Oriente Próximo. Pese a la proscripción de los cultos «paganos» por parte del emperador Justiniano en el año 553 de nuestra era, el profundo manantial de la antigua religión egipcia demostró ser una fértil fuente para el desarrollo del cristianismo inicial: para Isis y Horus, sustituidos ahora por la Virgen y el Niño, la iconografía (y una gran parte de la teología subyacente) siguió siendo prácticamente idéntica.

En un nivel subconsciente, el atractivo de la civilización faraónica resultaría irresistible para los romanos y sus sucesores en Occidente. Empezando por la villa de Adriano en Tívoli y los frescos pseudoegipcios de Pompeya, y siguiendo hasta el presente con las joyas art déco y el hotel Luxor de Las Vegas, el antiguo Egipto ha seguido ejerciendo una poderosa influencia en el arte y la arquitectura occidentales. También diversos individuos y movimientos populares se han apropiado de ideas faraónicas en aras de su causa particular. Ajenatón, por poner solo un ejemplo, ha sido asimilado como modelo que seguir por los psicoanalistas freudianos, los

fundamentalistas protestantes, los fascistas, los afrocentristas, los espiritistas de la Nueva Era y los defensores de los derechos de los homosexuales. Hollywood se ha sentido especialmente fascinado por la mezcla de exotismo y antigüedad del antiguo Egipto, lo cual ha dado lugar a una serie de películas enormemente populares, desde *Los diez mandamientos y Cleopatra* hasta *En busca del arca perdida* y *El rey escorpión*.

En suma, a través del dominio romano, la aparición del cristianismo, la conquista árabe y las vicisitudes del mundo moderno, el antiguo Egipto como concepto e ideal no solo ha sobrevivido, sino que incluso ha prosperado. Los gobernantes del valle del Nilo y sus oprimidos súbditos lograron crear una cultura de una potencia única, que ha fascinado y cautivado a todos aquellos que han entrado en contacto con ella, desde Alejandro Magno hasta Agatha Christie. Hoy, tanto en el cine como en la literatura, pasando por la arquitectura, el diseño y el turismo, la civilización de los faraones está plenamente viva en la imaginación de la gente en el mundo entero.

Los antiguos egipcios no habrían podido pedir más.

Notas complementarias

PRÓLOGO

El relato más accesible sobre el descubrimiento de la tumba de Tutankamón y la trayectoria profesional de sus principales protagonistas es la obra de Nicholas Reeves *The Complete Tutankhamun*. El libro en tres volúmenes del propio Carter *The Tomb of Tut.ankh.Amen*, es también una lectura fascinante.

Sobre el desciframiento de los jeroglíficos por parte de Jean-François Champollion, un reciente e interesante estudio es la obra de John Ray *The Rosetta Stone*. La trayectoria profesional de John Gardner Wilkinson puede reconstruirse a partir de la entrada correspondiente en Warren Dawson y Eric Uphill, *Who Was Who in Egyptology* (pp. 305-307).

El libro sobre Tutankamón que leí a los seis años de edad fue la obra de Christiane Desroches-Noblecourt *Tutankhamen*. Todavía tengo que localizar aquella primera enciclopedia que despertó mi interés en los jeroglíficos.

1. EL PRINCIPIO

La bibliografía sobre la paleta de Narmer es tan extensa como variada. Aparte de la valiosa publicación original de James Quibell, «Slate Palette from Hierakonpolis», entre los análisis recientes más interesantes destacan los de Walter Fairservis, «A revised view of the Narmr Palette»; O. Goldwasser, «The Narmer Palette and the "Triumph of Metaphor"»; Christiana Köhler, «History or Ideology?»; Bruce Trigger, «The Narmer Palette in cross-cultural perspective»; David Wengrow, «Rethinking "cattle cults" in early Egypt», y Toby Wilkinson, «What a king is this». En este último se afirma, asimismo, que probablemente «Narmer» no sea la transcripción correcta del nombre; de hecho, es posible incluso que el siluro y el cincel no representen en absoluto un «nombre», sino más bien una expresión de autoridad real. Las obras de Ian Shaw, *Ancient Egypt: A Very Short Introduction* (*passim*), y Barry Kemp, *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization* (pp. 83-84), también presentan algunas ideas originales e importantes. El libro de Whitney Davis *Masking the Blow* resulta más controvertido, aunque no por ello deja de ser estimulante.

Las excavaciones de Quibell y Green en Nejen se resumen en dos pequeños informes: *Hierakonpolis, I* (de Quibell solo) y *Hierakonpolis, II* (de Quibell y Green); un complemento muy útil de ambos son los cuadernos de campo de Green, conservados en la Facultad de Estudios de Asia y Oriente Medio de la Universidad de

Cambridge. Para obtener una visión accesible y exhaustiva de Nejen y su arqueología, véase el histórico ensayo de Barbara Adams en su libro *Ancient Nekhen*.

El importante material de Nabta Playa ha sido muy bien documentado por los excavadores del yacimiento, Fred Wendorf y Romauld Schild. Resultan especialmente útiles sus artículos «Nabta Playa and its Role» e «Implications of Incipient Social Complexity». El anuncio original del descubrimiento del «calendario circular» se hizo en J. Malville *et al*., «Megaliths and Neolithic astronomy».

En cambio, el arte rupestre del Desierto Oriental se conoce desde hace un siglo o más. Los más significativos de entre los primeros informes son la obra de Arthur Weigall *Travels in the Upper Egyptian Deserts* y los dos volúmenes de Hans Winkler *Völker und Völkerbewegungen y Rock-Drawings of Southern Upper Egypt*, vol. 1; otros descubrimientos han sido documentados por Walter Resch, «Neue Felsbilderfunde in der ägyptische Ostwüste»; Gerard Fuchs, «Petroglyphs in the Eastern Desert of Egypt» y «Rock engravings in the Wadi el-Barramiya»; Pavel Cervícek, *Rock Pictures of Upper Egypt and Nubia*; Sharon Herbert y Henry Wright, «Report on the 1987 University of Michigan/University of Assiut expedition»; Susan y Donald Redford, «Graffiti and petroglyphs»; David Rohl, ed., *The Followers of Horus*, y Maggie y Mike Morrow, eds., *Desert RATS*. Puede verse un útil resumen y una interpretación de las pruebas en Toby Wilkinson, *Genesis of the Pharaohs*.

El tema del cambio climático en la prehistoria y sus efectos ha sido objeto de gran atención en los últimos años. Véase, por ejemplo, Kathryn Bard y Robert Carneiro, «Patterns of Predynastic settlement»; Karl Butzer, «Desert environments», y Romauld Schild y Fred Wendorf, «Palaeo-ecologic and Palaeo-climatic Background to Socio-economic Changes». Sobre el tema —estrechamente relacionado con el anterior— de las culturas prehistóricas del desierto y su influencia en el desarrollo de la civilización en el valle del Nilo, véanse W. McHugh, «Implications of a decorated Predynastic terracotta model for Saharan Neolithic influence in the Nile valley», y varios de los artículos de Renée Friedman, ed., *Egypt and Nubia*, especialmente Colin Hope, «Early and Mid-Holocene Ceramics»; Deborah Darnell, «Gravel of the Desert», y Renée Friedman y Joseph Hobbs, «A “Tasian” Tomb».

El mejor estudio sobre la geología y la topografía del valle del Nilo es la obra de David Jeffreys «The Nile Valley». Hay fuertes ecos del mito de la creación del antiguo Egipto, con su oscuro y acuático abismo, en el relato judeocristiano de la creación: «Las tinieblas cubrían la superficie del abismo» (Génesis 1, 2). Los mitos de la creación del antiguo Egipto se analizan con detalle en la obra de James Allen *Genesis in Egypt*, y se resumen en la de Vincent Arieh Tobin «Creation myths».

La cultura badariense fue identificada inicialmente por Guy Brunton y Gertrude Caton-Thompson en *The Badarian Civilisation*, mientras que Wendy Anderson, en «Badarian burials», identificó la presencia de diferenciación social. La secuencia del desarrollo cultural durante las últimas fases del período predinástico ha sido objeto de un amplio estudio. Entre las obras más autorizadas se incluyen las de Kathryn Bard,

From Farmers to Pharaohs; Béatrix Midant-Reynes, *The Prehistory of Egypt*, y Toby Wilkinson, *State Formation in Egypt*.

La importancia de los cementerios de las élites para el estudio de las últimas etapas de la unificación política se analiza en las obras de Barry Kemp, *Ancient Egypt* (cap. 2, especialmente pp. 73-92), y Toby Wilkinson, *Early Dynastic Egypt* (cap. 2). «Political unification», también de Toby Wilkinson, presenta una verosímil reconstrucción de los acontecimientos basándose en las evidencias arqueológicas. El nuevo e importante descubrimiento de la representación pictórica de Gebel Tyauty se ha descrito en las obras de John y Deborah Darnell «Opening the Narrow Doors of the Desert» y *Theban Desert Road Survey*. En cuanto a la tumba U-j de Abedyu, véanse los dos volúmenes sobre los informes finales de las excavaciones de Günter Dreyer, *Umm el-Qaab I*, y Ulrich Hartung, *Umm el-Qaab II*. Las evidencias de que la guerra desempeñó un papel decisivo en las fases finales de la unificación se analizan en el texto de Marcelo Campagno «In the beginning was the war». Véase también Elizabeth Finkenstaedt, «Violence and Kingship». Con respecto a las heridas craneales en la Hieracómpolis predinástica, véase Wendy Potter y Joseph Powell, «Big Headaches in the Predynastic».

El nilómetro que se conserva en Elefantina data del período romano, pero debió de haber dispositivos parecidos desde los albores de la historia, puesto que el Estado egipcio llevaba un registro de la altura de las crecidas del Nilo desde comienzos de la I Dinastía (véase Toby Wilkinson, *Royal Annals*). Aunque tiene ya más de un cuarto de siglo, la obra de John Baines y Jaromír Málek *Atlas of Ancient Egypt* sigue siendo la que ofrece la descripción más accesible de la geografía del valle y el delta del Nilo.

2. Dios encarnado

El tema de la realeza en el antiguo Egipto cuenta con una amplia bibliografía. Una buena introducción, con referencias adicionales, son las obras de Katja Goebs, «Kingship», y David O'Connor y David Silverman, eds., *Ancient Egyptian Kingship*. En este último volumen, el artículo de John Baines «Origins of Egyptian kingship» se centra en el desarrollo inicial de la ideología de la realeza, como también lo hace el capítulo 5 de la obra de Toby Wilkinson *Early Dynastic Egypt*.

El vaso pintado de Abedyu aparece descrito en Günter Dreyer et *al*., «Umm el-Qaab, Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof» (figuras 12.1 y 13). El complejo sagrado de tumbas y salas recién descubierto cerca de Nejen se describe en Renée Friedman, «New Tombs and New Thoughts» y «From Pillar to Post». Sobre la tumba 100 del mismo yacimiento, véase H. Case y Joan Crowfoot Payne, «Tomb 100», complementado por Barry Kemp, «Photographs of the decorated tomb at Hierakonpolis». La longevidad del motivo del castigo físico se considera en la obra de Emma Swan Hall *The Pharaoh Smites His Enemies*. La iconografía de la paleta

del Campo de Batalla, la inscripción de Gebel Sheij Suleiman y la paleta de Narmer se analizan en los trabajos de Bernadette Menu, «L'émergence et la symbolique du pouvoir pharaonique», Winifred Needler, «A rock-drawing on Gebel Sheikh Suleiman», y Toby Wilkinson, «What a king is this?».

El estudio más detallado sobre los orígenes y las primeras fases del desarrollo de los atributos reales hay que buscarlo en Toby Wilkinson, *Early Dynastic Egypt* (pp. 186-199). En cuanto a la primera descripción del báculo de madera de El-Omari, véase Fernand Debono y Bodil Mortensen, *El Omari* (láminas 28 y 43.2). Günter Dreyer, en «A hundred years at Abydos», incluye una excelente fotografía en color del cetro real de la tumba U-j.

La arquitectura de la «fachada palaciega» y sus supuestos orígenes mesopotámicos han sido objeto de numerosos comentarios. Siguen siendo útiles los de Henry Frankfort, «The origin of monumental architecture», y Werner Kaiser, «Zu Entwicklung und Vorformen»; las evidencias se cotejan en Toby Wilkinson, *Early Dynastic Egypt* (pp. 224-229). El contexto general de la interacción cultural entre Mesopotamia y Egipto a finales del cuarto milenio a.C. se aborda en Toby Wilkinson, «Uruk into Egypt», y Ulrich Hartung, *Umm el-Qaab II*.

La mejor descripción de los títulos reales del antiguo Egipto es la de Stephen Quirke, *Who Were the Pharaohs?*, mientras que la obra de Toby Wilkinson *Early Dynastic Egypt* (pp. 200-208) analiza las primeras fases de su desarrollo. Este último libro (pp. 208-218) también trata de los inicios del ceremonial real, un tema abordado de forma bastante exhaustiva por Alessandro Jiménez Serrano en *Royal Festivals*.

El Escorpión y las cabezas de mazo de Narmer se examinan con detalle en las obras de Krzysztof Cialowicz, *Les têtes de massues*, y Nicholas Millet, «The Narmer macehead»; pueden verse excelentes fotografías de ambos objetos, obra de Werner Forman, en Jaromír Málek, *In the Shadow of the Pyramids* (pp. 28 y 29). Liam McNamara está realizando una investigación y reinterpretación exhaustivas del templo y del centro de culto de Hieracómpolis; pueden verse sus conclusiones preliminares en «The revetted mound at Hierakonpolis». La observación sobre los genitales cortados de los enemigos de Narmer se menciona por primera vez en Vivian Davies y Renée Friedman, «The Narmer Palette: A Forgotten Member». La fotografía de Werner Forman de la base de la estatua de Necherjet, con el rey pisoteando a las personas normales y corrientes, puede verse en Jaromír Málek, *In the Shadow of the Pyramids* (pp. 88-89).

Las evidencias de posibles sacrificios humanos en los inicios de Egipto se abordan en Pierre Albert y Béatrix Midant-Reynes, eds., *Le sacrifice humain en Égypte ancienne*, especialmente en las contribuciones de Éric Crubézy y Béatrix Midant-Reynes, «Les sacrifices humains»; Michel Baud y Marc Étienne, «Le vanneau et le couteau», y Bernadette Menu, «Mise à mort cérémonielle». Entre los resúmenes más útiles se incluyen Béatrix Midant-Reynes, «The Naqada Period» (p. 50); Kathryn Bard, «The emergence of the Egyptian state» (p. 68); Jeffrey Spencer,

Early Egypt (p. 79), y Toby Wilkinson, *Early Dynastic Egypt* (pp. 227 y 237). Las recientes evidencias sobre extracción del cuero cabelludo y decapitación en Nejen se presentan en Amy Maish, «Not Just Another Cut Throat»; Sean Dougherty, «A Little More Off the Top», y Xavier Droux, «Headless at Hierakonpolis». El sacrificio voluntario de sirvientes para acompañar a su amo al más allá no resulta tan inverosímil como podría parecer: todavía en una fecha tan reciente como 1989, un leal sirviente del emperador japonés Hirohito se suicidó en cuanto se anunció públicamente la muerte de su monarca. Las evidencias pictóricas de sacrificio humano en contextos de culto se presentan en Toby Wilkinson, *Early Dynastic Egypt* (pp. 265-267).

Los enterramientos secundarios en torno a las tumbas reales de la I Dinastía y los recintos funerarios de Abedyu se describen por primera vez en las obras de Flinders Petrie, *Royal Tombs of the First Dynasty, Royal Tombs of the Earliest Dynasties* y *Tombs of the Courtiers*. Los recientes trabajos de campo de una expedición conjunta del Museo de la Universidad de Pensilvania, la Universidad de Yale y el Instituto de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York han sido publicados en internet por Matthew Adams, «Monuments of Egypt's early kings at Abydos». Estoy en deuda con el profesor Geoffrey Martin por su información sobre las estelas funerarias de las tumbas secundarias de Abedyu. Entre los sirvientes humanos había enanos, cazadores de fauna salvaje y un carnicero; un séquito que recuerda a las familias de la nobleza inglesa de la Edad Media. En una línea similar, era bastante evidente que los reyes egipcios de la I Dinastía tenían preferencia por los perros como mascotas; aun así, parece ser que hubo un soberano que tenía una hiena, mientras que otro fue enterrado con varios burros, quizá para que transportaran sus pertenencias al otro mundo (véase Stine Rossel *et al.*, «Domestication of the donkey»).

3. Poder absoluto

Los mejores análisis sobre el origen y el uso inicial de la escritura en el antiguo Egipto son las obras de Kathryn Bard, «Origins of Egyptian writing», y John Ray, «The emergence of writing in Egypt». Nicholas Postgate, Tao Wang y Toby Wilkinson, en «The evidence for early writing», comparan las muestras egipcias con escrituras anteriores de Mesopotamia, Centroamérica y China. Günter Dreyer, en *Umm el-Qaab I*, presenta las nuevas evidencias de Abedyu.

Sobre la antigua presencia de Egipto en el sur de Palestina, hay una interesante colección de trabajos recopilada por Edwin van den Brink y Thomas Levy, *Egypt and the Levant*. Un artículo anterior de Baruch Brandl, «Evidence for Egyptian colonization», sigue siendo útil, mientras que el material del crucial yacimiento de En Besor se presenta en las obras de Ram Gophna, «The contacts between En Besor Oasis, southern Canaan, and Egypt», y (junto con D. Gazit) «The First Dynasty

Egyptian residency at En Besor». El contraste entre la realidad de las relaciones exteriores y la xenofobia institucionalizada de Egipto se analiza en Toby Wilkinson, «Reality versus ideology». Tras varias décadas de interpretarse erróneamente, la segunda inscripción de Gebel Sheij Suleiman fue reinterpretada correctamente por William Murnane en «The Gebel Sheikh Suleiman monument», mientras que Toby Wilkinson, en *Early Dynastic Egypt* (pp. 175-179), estudia la erradicación de la cultura nubia Grupo A por parte de los primeros egipcios.

Esta última obra (en su capítulo 4) incluye, asimismo, el mejor análisis hasta la fecha del primitivo sistema de tributación y del funcionamiento de la hacienda en el Período Dinástico Temprano. Puede verse un estudio exhaustivo sobre la piedra de Palermo y sus fragmentos asociados en Toby Wilkinson, *Royal Annals of Ancient Egypt*. La obra *Early Dynastic Egypt* (pp. 75-78), del mismo autor, es actualmente la mejor fuente de información sobre el reinado de Den y, a finales de la I Dinastía, la trayectoria profesional de Merka (pp. 148-149). Bryan Emery excavó la mayoría de las principales mastabas de la I Dinastía en Saqqara Norte, y su obra en tres volúmenes *Great Tombs of the First Dynasty* sigue siendo indispensable. Asimismo, ha publicado una descripción independiente de la tumba de Hemaka en *Excavations at Saqqara. The Tomb of Hemaka*, y ha resumido sus hallazgos (con excelentes dibujos arquitectónicos, aunque también con una interpretación hoy manifiestamente obsoleta) en la popular obra *Archaic Egypt*.

La fortaleza de la I Dinastía en Abu se describe en la obra de Martin Ziermann *Elephantine XVI*, mientras que sus implicaciones se analizan en el trabajo de Stephan Seidlmayer «Town and state in the early Old Kingdom».

La historia de la II Dinastía ha sido objeto de menos atención que los períodos anteriores o posteriores, debido a las dificultades que entraña interpretar las evidencias fragmentarias. Los mejores resúmenes son las obras de Aidan Dodson, «The mysterious 2nd Dynasty», y Toby Wilkinson, *Early Dynastic Egypt* (pp. 82-94). Sobre los barcos de madera de cedro de Abedyu, véase David O'Connor, «The earliest royal boat graves» y «The royal boat burials at Abydos»; las primeras vasijas de bronce de Egipto se describen en la obra de Jeffrey Spencer *Early Egypt* (p. 88). Las evidencias sobre la existencia de un temprano comercio de madera con Kebny las proporciona el reciente descubrimiento de chapas de conífera en un complejo funerario predinástico en Hieracómpolis; véase Renée Friedman, «Origins of monumental architecture».

El Gisr el-Mudir ha sido objeto de recientes sondeos y excavaciones por parte de un equipo de los Museos Nacionales de Escocia. Sus informes preliminares proporcionan la información más actualizada sobre este intrigante monumento: Ian Mathieson y Ana Tavares, «Preliminary report»; Elizabeth Bettles *et al.*, *National Museums of Scotland Saqqara Project Report 1995*, y Ana Tavares, «The Saqqara survey project».

El difunto Jean-Philippe Lauer dedicó toda su vida adulta a excavar y reconstruir el complejo de la Pirámide Escalonada de Necherjet, y su obra en tres volúmenes *Fouilles à Saqqarah* sigue siendo la mejor publicación sobre este monumento, mientras que su libro *Saqqara*, más popular, resulta más accesible a los lectores no francófonos. La trayectoria profesional de Imhotep y de otros altos funcionarios de la corte de Necherjet se examina en Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 5, 6 y 7).

Sobre las pequeñas pirámides escalonadas de la III Dinastía, véanse los estudios preliminares de Günter Dreyer y Werner Kaiser, «Zu den kleinen Stufenpyramiden», y Günter Dreyer y Nabil Swelim, «Die kleine Stufenpyramide», así como las interpretaciones de Stephan Seidlmayer, «Town and state in the early Old Kingdom», y Toby Wilkinson, *Early Dynastic Egypt* (pp. 277-279).

4. El cielo en la Tierra

La fuente de información más exhaustiva y actualizada sobre la Gran Pirámide (con una amplia bibliografía) es la obra de John Romer *The Great Pyramid*. La de Mark Lehner *The Complete Pyramids* resulta esencial para entender la pirámide de Jufu como el apogeo de una larga tradición en la arquitectura funeraria del antiguo Egipto. El trabajo de José Ramón Pérez-Accino «The Great Pyramid» resume de manera accesible algunas de las teorías más exóticas relativas a la construcción del monumento de Giza.

Respecto al cambio social en los comienzos de la IV Dinastía, véase Ann Macy Roth, «Social Change». La entrada de la piedra de Palermo que registra la fundación de las reales haciendas por parte de Seneferu se trata en la obra de Toby Wilkinson *Royal Annals* (p. 143), mientras que la de Kemp *Ancient Egypt* (p. 166 y fig. 59) proporciona un útil análisis sobre las haciendas que servían al culto funerario de Seneferu. Los resultados de las recientes excavaciones en Imu se han publicado en el trabajo de Robert Wenke «Kom el-Hisn».

Vivian Davies y Renée Friedman, en *Egypt* (p. 74), ofrecen un vívido relato sobre los problemas de construcción de la Pirámide Acodada. Los cálculos sobre los ritmos de construcción y las distintas teorías sobre la duración del reinado de Seneferu se analizan en las obras de Rainer Stadelmann «Beiträge zur Geschichte des Alten Reiches» y Rolf Krauss «The length of Sneferu's reign».

La concentración de poder político en manos de un puñado de parientes reales durante la IV Dinastía se aborda en las obras de Nigel Strudwick, *The Administration of Egypt in the Old Kingdom*, y Michel Baud, *Famille royale*. Con respecto a las trayectorias profesionales de Hemiunu, Pernianju y Heteferes, véase Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 11, 12 y 9, respectivamente). Los brazaletes de Heteferes aparecen bellamente ilustrados en The Metropolitan Museum of Art,

Egyptian Art (pp. 216-217). El mejor resumen del alineamiento estelar de la Gran Pirámide se halla en Kate Spence, «Are the pyramids aligned with the stars?», mientras que sus dos artículos más especializados «Ancient Egyptian chronology» y «Astronomical orientation of the pyramids» explican y defienden su teoría de que los egipcios utilizaron dos de las tres estrellas circumpolares.

La cuestión de la mano de obra empleada en las pirámides se aborda en la obra de Mark Lehner *The Complete Pyramids*, que también presenta un resumen del material de Gerget Jufu; para un análisis más detallado de este último véase Zahi Hawass, «The workmen's community at Giza». La obra de Mark Lehner «The Pyramid Age Settlement» es la fuente de información definitiva sobre la colonia de las pirámides del sur de Giza, útilmente complementada por Nicholas Conard y Mark Lehner en «The 1988/1989 Excavation». La obra de Richard Bussmann «Siedlungen im Kontext der Pyramiden» proporciona una fructífera síntesis de las evidencias hasta la fecha. Con respecto a las tumbas de los trabajadores de Giza véase Zahi Hawass, «The pyramid builders», y Vivian Davies y Renée Friedman, *Egypt* (pp. 85-87). El trauma físico sufrido por los constructores de pirámides, así como la intervención médica realizada para tratar las heridas, se analizan en la obra de F. Hussein et *al*. «Similarity of Treatment of Trauma».

El propósito y simbolismo de las pirámides han sido objeto de una enorme atención, y la bibliografía sobre el tema resulta casi interminable. Un interesante punto de partida es el trabajo de Kate Spence «What is a pyramid for?», pero el análisis del presente volumen se basa en las investigaciones inéditas del autor.

El trabajo de Ann Macy Roth «The Meaning of Menial Labour» explora la cultura de servidumbre entre los funcionarios de la IV Dinastía. Las evidencias de vastas expediciones por el desierto se presentan en los trabajos de Rudolph Kuper y Frank Förster, «Khufu's "mefat" expeditions»; Ian Shaw, «Khafra's quarries», e Ian Shaw y Tom Heldal, «Rescue work in the Khafra quarries». Las nuevas excavaciones realizadas en la pirámide de Dyedefra se describen en el trabajo de Michel Valloggia «Radjedef's pyramid complex», y las de la necrópolis asociada en el de Michel Baud y Nadine Moeller «A Fourth Dynasty royal necropolis».

Sobre las pirámides de Jafra y Menkaura véase, una vez más, la obra de Mark Lehner *The Complete Pyramids*. Rainer Stadelmann, en «The Great Sphinx of Giza», ha argumentado de forma verosímil, basándose en razones estilísticas y topográficas, que la esfinge fue tallada por Jufu; otros estudiosos han sugerido que fue tallada a imagen y semejanza de Jufu, pero que quien lo hizo fue su hijo mayor, Dyedefra, o incluso que fue remodelada en la IV Dinastía a partir de una estatua con cabeza de león inicialmente creada en la I Dinastía. Sin embargo, Mark Lehner, en «The Sphinx», ha defendido de manera más convincente la atribución —generalmente aceptada— del monumento al reinado de Jafra, basándose en evidencias geológicas y arquitectónicas, y son sus conclusiones las que se han seguido aquí. Sobre la

estatuilla de marfil de Jufu, véase, entre otros, Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 10).

5. La eternidad garantizada

El templo solar de Userkaf fue excavado y descrito por Herbert Ricke en *Das Sonnenheiligtum des Königs Userkaf*; los principales elementos y la decoración de este y otros monumentos reales de la V y VI Dinastías aparecen de nuevo útilmente resumidos en la obra de Mark Lehner *The Complete Pyramids*.

Sobre las reformas administrativas de comienzos de la V Dinastía y otras etapas posteriores del Imperio Antiguo véanse Naguib Kanawati, *Governmental Reforms*, y Nigel Strudwick, *The Administration of Egypt in the Old Kingdom*. Christopher Eyre, en «Weni's career», ofrece un análisis tan bien fundamentado como penetrante de los acontecimientos políticos y administrativos de finales del Imperio Antiguo vistos a través de la lente de la trayectoria profesional de un individuo concreto. El trabajo clásico sobre los denominados «títulos superiores» es el de Klaus Baer *Rank and Title*. La cuestión de las tumbas de los altos funcionarios en la zona menfita se trata en Jaromír Málek, *In the Shadow of the Pyramids*, mientras que los ejemplos más famosos se ilustran en Alberto Siliotti, *Guide to the Pyramids of Egypt*. La tumba de Mereruka aparece exhaustiva y bellamente descrita en la inmensa obra en dos volúmenes de Prentice Duell *The Mastaba of Mereruka*.

Las evidencias sobre enfermedades y deformidades en el antiguo Egipto las presentan John Nunn en su libro *Ancient Egyptian Medicine* y en su artículo «Disease», Joyce Filer en *Disease* y Eugen Strouhal en «Deformity». Kent Weeks, en «Medicine, Surgery, and Public Health», proporciona una provechosa visión de conjunto. En la tumba de Anjmahor en Saqqara se representa a un cazador de aves en las marismas con una inflamación escrotal que podría ser una hernia inguinal o un hidrocele, mientras que la tumba de Mehu muestra a dos hombres con hernias umbilicales; véase John Nunn, *Ancient Egyptian Medicine*, fig. 8.3.

Sobre la vida y la trayectoria de Ptahshepses, Unis, Pepianj de Mair, Mereruka, Ueni, Harjuf y Pepy II, véase Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 13-15 y 17-20). Sobre la carrera profesional de Ueni y su contexto general, véase Christopher Eyre, «Weni's career»; Eyre sostiene que el auge de la burocracia provincial a finales de la V y VI Dinastías señala no los comienzos de la autonomía local, sino más bien todo lo contrario, una creciente penetración del Estado en los asuntos de las provincias. Sobre la llamativa ausencia de templos consagrados a dioses locales en el Imperio Antiguo véase Jaromír Málek, *In the Shadow of the Pyramids* (p. 109).

La edición clásica de los papiros del templo funerario de Neferirkara en Abusir es la de Paule Posener-Kriéger en *Les archives du temple funéraire*; también Barry

Kemp, en *Ancient Egypt* (pp. 164-171), hace un útil análisis de algunos de los documentos.

Raymond Faulkner, en *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, y James Allen, en *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, constituyen las mejores traducciones completas de esas antiguas inscripciones religiosas. Sobre la disposición de los textos en la pirámide de Unis véase James Allen, «Reading a pyramid», y sobre el «Himno caníbal» en particular, Christopher Eyre, *The Cannibal Hymn*. La escena de la hambruna que puede verse en la calzada elevada de Unis se ilustra en W. Stevenson Smith, *The Art and Architecture of Ancient Egypt* (p. 134, fig. 126).

La existencia de un efímero rey Userkara parece probada por la inscripción publicada por Michel Baud y Vassil Dobrev en «De nouvelles annales»; véanse también Naguib Kanawati, «New evidence on the reign of Userkare?»; Naguib Kanawati *et al.*, *Excavations at Saqqara*, vol. 1, y la ilustración que la acompaña (lámina 6) en el volumen 2 de la misma serie, de Ali el-Khouli y Naguib Kanawati.

Las evidencias de conspiraciones contra la vida de Pepy I se presentan en la obra de Naguib Kanawati «Deux conspirations». El mejor análisis de las capillas de culto de Pepy I sigue siendo el de Labib Habachi, *Tell Basta*. Las vigentes excavaciones francesas de Ain Asil están resumidas en Georges Soukiassian *et al*., «La ville d'Ayn Asil». Con respecto a los estrechos vínculos entre el gobierno central de Menfis y los gobernadores de los oasis, véase Laure Pantalacci, «De Memphis à Balat», y sobre los puestos de vigilancia en las inmediaciones del oasis de Dajla, véase Olaf Kaper y Harco Willems, «Policing the Desert».

Las inscripciones autobiográficas de Ueni y Harjuf están traducidas en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 1, pp. 18-27). El trabajo de Toby Wilkinson «Egyptian explorers» constituye una fuente de información accesible sobre las expediciones de Harjuf a Yam.

Numerosos autores han analizado las causas del desmoronamiento del Imperio Antiguo. Pueden verse dos ejemplos recientes en Renate Müller-Wollermann, *Krisenfaktoren*, e Ian Shaw, «The end of the great pyramid age». Se han propuesto diversos factores principales, que van desde unas condiciones climáticas adversas hasta el auge de los funcionarios provinciales y la progresiva alienación de los recursos económicos con respecto al gobierno central. Mientras que esto último parece poco convincente, existen sólidas evidencias de los efectos de los «Nilos bajos» a finales de la VI Dinastía, que presentan James Harrell y Thomas Bown en su trabajo «An Old Kingdom Basalt Quarry».

6. Guerra civil

Aunque existen algunos buenos resúmenes recientes de la historia del Primer Período Intermedio, en especial los artículos «First Intermediate Period», de Detlef Franke, y

«The First Intermediate Period», de Stephan Seidlmayer, en realidad nada sustituye a un buen conocimiento directo de las fuentes primarias, epigráficas y arqueológicas. Los textos del período son sorprendentemente abundantes, aunque dispersos y fragmentarios. Entre las antologías esenciales cabe incluir las de Jacques-Jean Clère y Jacques Vandier, *Textes de la Première Période Intermédiaire*; Henry Fischer, *Inscriptions from the Coptite Nome y Dendera in the Third Millennium B.C.*; Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Autobiographies*, y, especialmente, Wolfgang Schenkel, *Memphis-Herakleopolis-Theben*. Ludwig Morenz, en su trabajo «The First Intermediate Period», ha sugerido que el período debería rebautizarse la «Era de las Regiones» a fin de reflejar el alto grado de descentralización política.

En torno a la reevaluación de la última fase de la VI Dinastía, la identificación de Neithikerty como gobernante masculino y los reyes efímeros de la VIII Dinastía, véase Kim Ryholt, «The Late Old Kingdom». La información sobre la pirámide de Ibi en Saqqara apareció inicialmente en Gustave Jéquier, *La pyramide d'Aba*, y asimismo está resumida en Mark Lehner, *The Complete Pyramids* (p. 164). Las obras de Hans Goedicke, *Königlische Dokumente* (pp. 163-225), y William Hayes, «Royal Decrees», siguen constituyendo las ediciones clásicas de los decretos de Gebtu, mientras que la obra de Goedicke «A Cult Inventory» proporciona una útil información contextual en torno al culto religioso en Gebtu a finales de la VIII Dinastía. Si, como ha sugerido Goedicke (pp. 74 y 82), Gebtu fue una guarnición a finales del Imperio Antiguo, puede que sus nomarcas proporcionaran a los reyes de la VIII Dinastía su ayuda militar además de su apoyo moral.

Poco se sabe con certeza de la dinastía heracleopolitana; las escasas evidencias disponibles se resumen en Jürgen von Beckerath, «Die Dynastie der Herakleopoliten», mientras que Stephan Seidlmayer, en «Zwei Anmerkungen», ayuda a perfeccionar la cronología del período. La hipótesis de que la dinastía accedió por la fuerza al poder parece estar reforzada por las tumbas de finales del Imperio Antiguo de Hagarsa, cerca de Ajmim, en el Egipto Medio, que parecen mostrar evidencias de actividad militar; véase Naguib Kanawati, «Akhmim». Sobre la tumba de Dara, véanse Barry Kemp, *Ancient Egypt* (pp. 338-339), y Stephan Seidlmayer, «The First Intermediate Period» (pp. 132-133). La disidencia en el reino heracleopolitano se trata en el trabajo de Donald Spanel «The First Intermediate Period». Sobre las inscripciones de Merer e Iti y sus referencias al hambre, véase Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 1, pp. 87-89). El hambre como *leitmotiv* en las autobiografías del Primer Período Intermedio se trata en la obra de Anrea Gnirs «Biographies». La vida y la época de Anjtifi se han abordado extensamente, entre otros, en los trabajos de Donald Spanel, «The date of Ankhtifi», y Stephan Seidlmayer, «The First Intermediate Period» (pp. 118-123). El carácter militar del conflicto entre Anjtifi y sus rivales se refleja en las escenas de soldados representadas tanto en la tumba del propio Anjtifi como en la de su contemporáneo Setka, de Abu; véase Jacques Vandier, *Mo'alla*.

Sobre la conferencia de nomarcas a la que asistió el representante de Intef el Grande, véase Henry Fischer, *Varia Nova* (pp. 83-90). Además de Intef el Grande, nomarca de Tebas, el supervisor de su ejército se llamaba también Intef; asimismo, los tres sucesores de Intef el Grande se llamaron Intef (designados como Intef I, II y III desde el momento en que reclamaron sus títulos reales), y uno de los lugartenientes tebanos más leales, que sirvió a Intef II y III, así como al siguiente rey, fue otro Intef (véase John Bennett, «A new interpretation»). Parece, pues, que elaborar una lista de los integrantes del ejército tebano debía de resultar un ejercicio bastante desconcertante. La tradición prosiguió en el reinado de Mentuhotep, en que el jefe de la policía del rey se llamaba también Intef.

Los mercenarios nubios de Inerty han sido objeto de atención académica por parte de Henry Fischer en «The Nubian Mercenaries»; más recientemente, Sabine Kubisch, en «Die Stelen der 1. Zwischenzeit», ha estudiado la epigrafía, la iconografía y la cronología de las estelas de ese cementerio. Sobre el descubrimiento, enormemente importante, de la inscripción de Tyauty en el Desierto Occidental, puede verse un completo análisis acerca de su importancia para las primeras etapas de la expansión tebana en la obra de John y Deborah Darnell *Theban Desert Road Survey*.

Las hazañas militares de Intef II se pueden seguir muy bien en las inscripciones de sus leales lugartenientes. La anexión tebana de los tres nomos más meridionales se describe en la inscripción de Hetepi de El Kab; véase Gawdat Gabra, «Preliminary Report on the Stela *of Htpi*». Sobre la inscripción de Dyemy, véase Hans Goedicke, «The inscription of *Dmi*», y sobre Dyary véase Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Autobiographies* (pp. 40-42). Las versiones del otro bando en la guerra civil se preservan en las tumbas de Sauty: véanse Hellmut Brunner, *Die Texte aus den Gräbern der Herakleopolitenzeit von Siut*, y Donald Spanel, «Asyut» y «The Herakleopolitan Tombs». El lamento heracleopolitano por el destino de Abedyu aparece en la obra literaria conocida como las *Enseñanzas para Merikara*, que se cree que fue escrita por el rey Jety para su hijo.

Sobre la pobreza y la servidumbre en el Primer Período Intermedio véase Juan Carlos Moreno García, «Acquisition de serfs». Las imágenes, cuidadosamente escogidas, utilizadas por Intef II en su carta a Jety las analiza John Darnell en «The message of King Wahankh Antef II». El subtexto de la carta es de un simbolismo sutil: al acusar a Jety de haber «desatado una tormenta» sobre el nomo tinita, Intef se está comparando con Seth, dios de la tormenta y enemigo de Horus; la conclusión es que Intef es el auténtico Horus y, por ende, el rey legítimo. Las fases finales de la campaña de Intef II se registran en la estela del «supervisor de los exploradores», Dyary, y en la denominada «estela de los perros» del propio rey, inscrita en el último año de su reinado. La estela funeraria de Intef II y la estela de Tyety aparecen traducidas en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 1, pp. 94-96 y 90-93, respectivamente).

Sobre la fase final de la guerra civil y las políticas represivas de Mentuhotep, véanse Henry Fischer, «A god and a general» y «The inscription *of In-it.f*», y William Hayes, «Career of the great steward Henenu». Varias escenas de la tumba de Jety II en Sauty representan a soldados marchando en formación, sujetando sus escudos con vistas a la batalla y armados con hachas de guerra; sin embargo, y pese a tales evidencias, Hans Goedicke, en «The unification» (especialmente pp. 163-164), sostiene que la reunificación fue el resultado de negociaciones pacíficas, y no de una conquista militar; su reinterpretación radical no ha obtenido un consenso generalizado, pero ilustra el carácter a menudo poco fiable de las fuentes de información contemporáneas. Los grafitos del soldado Tyehemau en Abisko dejan constancia de la campaña nubia de Mentuhotep; véase John Darnell, «The Rock Inscriptions» y «The Route of Eleventh Dynasty Expansion».

Los recientes trabajos arqueológicos realizados en el cementerio de Heracleópolis se resumen en el trabajo de María del Carmen Pérez-Die «The ancient necropolis at Ehnasya el-Medina». Los datos precisos de la reunificación oficial son inciertos, pero es seguro que, en su trigésimo noveno año en el trono, Mentuhotep había adoptado ya el título de reunificador; el cambio de los nombres de Horus de Mentuhotep y sus implicaciones se analizan en sir Alan Gardiner, «The First King Menthotpe», y su deificación en Labib Habachi, «King Nebhepetre Menthuhotp», y Gae Callender, «The Middle Kingdom renaissance» (pp. 140-141). El fiel seguidor al que Mentuhotep II nombró su representante personal en Heracleópolis se llamaba Intef, hijo de Tyefi. El cementerio militar de Deir el-Bahari fue excavado y dado a conocer por Herbert Winlock, *The Slain Soldiers*. Su datación alternativa a comienzos de la XII Dinastía, que no hemos seguido en el presente volumen, se menciona en Ronald Leprohon, «The Programmatic Use of the Royal Titulary».

7. El paraíso aplazado

La llamada «democratización del más allá» es objeto de una evaluación crítica por parte de Stephen Quirke en la obra de Werner Forman y Stephen Quirke *Hieroglyphs and the Afterlife*, que también incluye uno de los mejores análisis de los Textos de los Sarcófagos. El concepto de pecado original probablemente halla su expresión más antigua en los Textos de los Sarcófagos (conjuros 1.130 y 1.031), donde Ra dice: «Yo hice a cada hombre igual que su prójimo; y no ordené que hicieran el mal. / Son sus corazones los que desobedecen lo que yo dije». Sobre la asunción de atributos reales, véase también Paul John Fransden, «*Bwt* in the body». Los textos funerarios de la VI Dinastía del oasis de Dajla se conservan solo como débiles impresiones en el revestimiento de yeso del sarcófago de Medunefer. Resulta imposible determinar si originariamente estuvieron pintados en las paredes exteriores del propio sarcófago o

bien en un sudario que lo cubría; en cualquier caso, la intención parece haber sido situar los conjuros protectores en torno al cuerpo de Medunefer.

El estudio definitivo sobre los sarcófagos del Imperio Medio y los orígenes de los Textos de los Sarcófagos es el de Harco Willems *Chests of Life*; John Taylor, en *Egyptian Coffins*, proporciona un resumen tan útil como accesible. *Death and the Afterlife*, del mismo autor, ofrece una introducción exhaustiva a todos los aspectos de las creencias, costumbres y objetos funerarios del antiguo Egipto. La mejor traducción y comentario del *Libro de los dos caminos* es el de Leonard Lesko, *The Ancient Egyptian Book of Two Ways*. Otros análisis útiles de este libro y de los demás Textos de los Sarcófagos incluyen los de Stephen Quirke, *Ancient Egyptian Religion*; Leonard Lesko, «Coffin Texts», y Harco Willems, «The social and ritual context of a mortuary liturgy». Richard Parkinson, en *Voices from Ancient Egypt*, incluye algunos extractos de los Textos de los Sarcófagos en una moderna traducción inglesa, mientras que Adriaan de Buck, *The Egyptian Coffin Texts*, constituye la edición jeroglífica definitiva.

La naturaleza del *ba* se analiza exhaustivamente en Louis Žabkar, *A Study of the Ba Concept*, mientras que las evidencias se resumen provechosamente en James Allen, «Ba».

Sobre el culto a Osiris, resulta de vital importancia el artículo de John Gwyn Griffiths «Osiris», que presenta los resultados de toda una vida de estudio sobre el tema. Richard Wilkinson, en *The Complete Gods and Goddesses* (pp. 118-123), ofrece una visión de conjunto de la iconografía, los orígenes y el culto al dios. Geraldine Pinch, en *Egyptian Myth*, proporciona una interpretación tan breve como original del mito de Osiris. Los misterios de Osiris en Abedyu se tratan con cierta extensión en Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 34), y las festividades de Osiris en otras partes de Egipto en Harco Willems, «The social and ritual context of a mortuary liturgy». La obra de William Kelly Simpson *The Terrace of the Great God* constituye la publicación más exhaustiva sobre los monumentos funerarios del Imperio Medio a lo largo del camino sagrado de Abedyu. Erik Hornung, en «Some remarks on the inhabitants of the West», trata el papel destacado del inframundo en el ámbito funerario durante el reinado de Senusert II, tal como se refleja en los tortuosos pasadizos construidos bajo la pirámide del rey en El-Lahun.

La mejor investigación reciente sobre las diferencias regionales y cronológicas en las costumbres funerarias del Imperio Medio es la obra de Janine Bourriau «Patterns of change». De los *shabti* se habla en la mayoría de los libros sobre prácticas funerarias egipcias, entre los que constituye un buen ejemplo el de John Taylor *Death and the Afterlife*. La evolución del concepto de un juicio final se analiza brillantemente en Stephen Quirke, «Judgment of the dead», mientras que Carol Andrews, en *Amulets*, explica la importancia del «escarabajo del corazón».

Aunque se han publicado pocas síntesis sobre la XII Dinastía, la bibliografía especializada sobre el período es bastante extensa, y, en consecuencia, es necesario volver a esas obras y a las fuentes originales. Las inscripciones que dejaron las expediciones de Mentuhotep IV al Uadi Hammamat aparecen publicadas en la obra de J. Couyat y Pierre Montet *Les inscriptions hiéroglyphiques*, aunque actualmente sus traducciones resultan obsoletas. La corte real de la XI Dinastía se inspiraba en la corte de un gobernador provincial, donde los cargos de tesorero y administrador ocupaban un lugar prominente sobre los de otros funcionarios; véase Wolfram Grajetski, *The Middle Kingdom* (especialmente pp. 21 y 90).

Sobre el final de la XI Dinastía y las posibles razones que subyacen al aparente conflicto civil, véase John Darnell, «The Route of Eleventh Dynasty Expansion into Nubia». Las inscripciones de Hatnub, una fuente de información clave sobre la política interna de comienzos de la XII Dinastía, se publicaron en Rudolf Anthes, *Die Felseninschriften von Hatnub*, y han sido meticulosamente estudiadas por Harco Willems, «The nomarchs of the Hare Nome». Otras evidencias de disensión en el mismo período se analizan en William Kelly Simpson, «Studies in the Twelfth Egyptian Dynasty». Dorothea Arnold, en «Amenemhat I» (p. 20), sugiere la posibilidad de que el emplazamiento de Itytauy fuera elegido debido a que se hallaba dentro de la zona capitalina de la «gran Menfis», al tiempo que permitía un acceso fácil al Fayum, una zona que había empezado a desarrollarse a comienzos de la XII Dinastía.

Los nombres de Horus de Amenemhat I y sus sucesores se analizan en Ronald Leprohon, «The Programmatic Use of the Royal Titulary». Sobre la misión de vigilancia de Kay en el Desierto Occidental, véase Rudolf Anthes, «Eine Polizeistreife». La importante estela de Nesumontu se describe en William Kelly Simpson, *The Terrace of the Great God*, lámina 14, y se analiza en Dorothea Arnold, «Amenemhat I»(pp. 18-19). Sobre la inscripción de Jnumhotep I en Beni Hasan, véase Percy Newberry, *Beni Hasan*. Alan Schulman, en «The battle scenes of the Middle Kingdom», acomete las escenas de guerra representadas en esta y en otras tumbas vecinas.

Los resultados de las recientes excavaciones realizadas en el templo de la XII Dinastía de Ipetsut aparecen publicados en Guillaume Charloux, «The Middle Kingdom temple of Amun at Karnak». Sobre la construcción de la pirámide de Amenemhat I en El-Lisht puede verse un útil resumen en Mark Lehner, *The Complete Pyramids* (pp. 168-169). Las pirámides de los dos últimos gobernantes de la XII Dinastía, Amenemhat IV y Sobekneferu, no han sido identificadas de una forma inequívoca, pero, aun así, es probable que cada uno de ellos iniciara cuando menos los trabajos del recinto de una pirámide. Sobre la zona fronteriza a lo largo del

nordeste del delta y las murallas del Soberano, véase Stephen Quirke, «Frontier or Border?».

Las inscripciones publicadas en Zbynek Žába, *The Rock Inscriptions of Lower Nubia*, constituyen la principal evidencia sobre los reyes locales de la Baja Nubia a comienzos de la XII Dinastía y la respuesta militar egipcia a su amenaza. Wolfram Grajetski, en *The Middle Kingdom* (pp. 27-28 y 31), resume el actual consenso sobre la materia. Acerca de la posición cronológica de los gobernantes nubios y su relación con Egipto, véase Robert Morkot, *The Black Pharaohs* (pp. 54-55) y «Kingship and Kinship in the Empire of Kush». Si hemos de creer la afirmación de Mentuhotep II según la cual anexionó Uauat (la Baja Nubia) al Alto Egipto, entonces el control egipcio debió de perderse de nuevo durante los ineficaces reinados de los dos sucesores de dicho monarca. El nombre del rey nubio Intef plantea la posibilidad de que fuera descendiente directo de la XI Dinastía egipcia, y, como tal, un foco de disidencia para quienes se oponían a la usurpación de su trono por parte de Amenemhat. Barry Kemp, en «Old Kingdom, Middle Kingdom and Second Intermediate Period» (pp. 168-169), sugiere que las inscripciones podrían datar del mismo final del Imperio Medio y representar a gobernantes casi autónomos de las ciudades fortificadas egipcias abandonadas por el gobierno central. No obstante, datarlas a comienzos de la XII Dinastía se aviene mejor con las evidencias.

Sobre la fortaleza de Buhen, véanse W. Bryan Emery, H. S. Smith y A. Millard, *The Fortress of Buhen*, y Barry Kemp, *Ancient Egypt* (pp. 231-235). Hasta su inmersión bajo las aguas del lago Nasser, Buhen se mantuvo extremadamente bien preservada, en un grado comparable al de los castillos de la Edad Media; su pérdida es una de las más tristes en los anales de la arqueología egipcia. Los fuertes de Ikkur y Quban, dos de los más antiguos construidos por Senusert I, se emplazaron deliberadamente a cada lado del Nilo, en la entrada del Uadi Allaqi; este *uadi* no solo llevaba directamente hasta las montañas del Desierto Oriental, ricas en minerales, sino que además había sido la principal ruta de infiltración nubia en Egipto en períodos anteriores. La explotación económica y la seguridad nacional eran dos caras de la misma moneda. Stephen Quirke, en «State and Labour in the Middle Kingdom», analiza la naturaleza del «complejo» del que dan testimonio las fuentes de información del Imperio Medio.

Entre los estudiosos que se decantan por una corregencia de diez años de Amenemhat I y su hijo, se incluyen William Kelly Simpson, «The single-dated monuments of Sesostris I»; Wolfgang Helck, «Mitregenschaft»; William Murnane, *Ancient Egyptian Coregencies* (pp. 2-5 y 245-253), y Detlef Franke, «Zur Chronologie des Mittleren Reiches». Claude Obsomer ha argumentado en contra de esta tesis (aunque es casi el único que opina así) en «La date de Nésou-Montou» y *Sésostris Ier*. La descripción del asesinato de Amenemhat I se ha tomado del texto literario *Enseñanzas de Amenemhat I*, traducido por Miriam Lichtheim en *Ancient Egyptian Literature* (vol. 1, pp. 135-139). El nombre de Horus escogido por Senusert

I, «(Larga) vida al renacimiento», no podría haber expresado más claramente sus intenciones; véase Ronald Leprohon, «The Programmatic Use of the Royal Titulary».

El análisis clásico de la «literatura propagandística» en el Imperio Medio es la obra de Georges Posener *Littérature et politique*. Richard Parkinson, en «Teachings, discourses and tales», *The Tale of Sinuhe y Voices from Ancient Egypt*, proporciona importantes traducciones y comentarios de textos clave, como también lo hace Miriam Lichtheim en *Ancient Egyptian Literature* (vol. 1). La fecha de esos textos sigue siendo objeto de un considerable debate. No es posible que las *Lamentaciones de Jajeperraseneb* sean anteriores al reinado de Senusert II (puesto que el nombre de trono de este, Jajeperra, forma parte del nombre del protagonista), y podrían ser muy bien incluso algo posteriores. Las *Admoniciones de Ipuur* se han datado en la XIII Dinastía, pero esto no es en modo alguno seguro. Para un análisis exhaustivo de los textos y su probable datación, véase Richard Parkinson, «Teachings, discourses and tales».

Sobre la expedición a los oasis bajo el reinado de Senusert I, véase Heinrich Schäfer, «Ein Zug nach der grossen Oase». Las inscripciones del templo de Dyerty (Tod) que describen el malestar civil y la respuesta de Senusert I, aparecen traducidas y analizadas en Christophe Barbotin y J.-J. Clère, «L'inscription de Sésostris Ier à Tôd», y Donald Redford, «The Tod Inscription of Senwosret I». El pabellón jubilar de Senusert (la «Capilla Blanca») en Ipetsut se describe en Pierre Lacau y H. Chevrier, *Une chapelle de Sésostris Ier à Karnak*. Sobre la primera fase de las fortalezas nubias, construidas en el reinado de Senusert I, véase Barry Kemp, «Old Kingdom, Middle Kingdom and Second Intermediate Period» (pp. 130-131).

El tesoro de Tod fue excavado y descrito por Fernand Bisson de la Roque en *Le trésor de Tôd*. Pueden verse traducciones y comentarios de los anales de Amenemhat II, junto con la descripción de sus campañas extranjeras, en Sami Farag, «Une inscription memphite»; Hartwig Altenmüller y Ahmed Moussa, «Die Inschrift Amenemhets II», y Ezra Marcus, «Amenemhet II and the sea». Los argumentos en favor de la identificación de Iua y Iasy como Ura y Chipre respectivamente se deben a Wolfgang Helck, «Ein Ausgreifen des Mittleren Reiches»; C. Eder, *Die ägyptischen Motive* (p. 191); Joachim Quack, «Kft3w and 'I3ssy», y Kenneth Kitchen, «Some thoughts on Egypt, the Aegean and beyond». El emplazamiento de Ura directamente enfrente del extremo norte de la isla da credibilidad a su identificación como Chipre. Louise Steel, en «Egypt and the Mediterranean World», proporciona un resumen actualizado de la actividad del Imperio Medio en el Mediterráneo oriental. El mejor estudio sobre Kahun y la planificación urbana en el Imperio Medio es el de Barry Kemp *Ancient Egypt* (pp. 211-221 y 221-231, respectivamente).

Sobre el final de los nomarcas bajo el reinado de Senusert III, véase Detlef Franke, «The career of Khnumhotep III»; las tumbas de los visires en el cementerio de la corte se han descrito recientemente en el trabajo de Dieter Arnold «Two New Mastabas of the Twelfth Dynasty». En el caso de Jnumhotep III, este dejó su

provincia para convertirse en alto administrador y visir, dos de los cargos más importantes del país. Actualmente se están realizando excavaciones en la colonia de la pirámide de Senusert III en Abedyu. Pueden verse informes arqueológicos detallados en Josef Wegner, «The Town of *Wah-sut* at South Abydos» y «Excavations at the Town», con un accesible resumen en «A Middle Kingdom town at south Abydos».

Los fuertes de la segunda catarata aparecen brillantemente descritos en los trabajos de Barry J. Kemp, «Large Middle Kingdom Granary Buildings» y *Ancient Egypt* (pp. 236-242), y Stuart Tyson Smith, «Askut and the Role of the Second Cataract Forts». Los puestos de transmisión estaban situados en Uronarti, Shalfak, Askut, Mushid, Gemai, Mirgissa y la roca de Abusir. Sobre los factores ideológicos y políticos que subyacen a su construcción, véase Kate Spence, «Royal Walling Projects». El trabajo de Paul Smither «The Semnah despatches» sigue siendo la única publicación detallada de esos documentos esenciales. Los descubrimientos recientes relativos al reino de Kush se describen en Thomas Maugh, «Ancient Kush rivaled Egypt». La estela fronteriza de Semna se reproduce en facsímil, junto con su traducción, en Richard Parkinson, *Voices from Ancient Egypt* (pp. 43-46).

Janine Bourriau, en *Pharaohs and Mortals*, y Felicitas Polz, en «Die Bildnisse Sesostris III und Amenemhets III», analizan la peculiar escultura real de finales de la XII Dinastía. El reinado de Amenemhat III aparece muy bien resumido en Gae Callender, «The Middle Kingdom renaissance». Manfred Bietak, en «Egypt and the Levant», analiza la evolución de la relación entre Egipto y Kebny, así como el papel de los asiáticos en las expediciones mineras al Sinaí. La invención de una escritura alfabética por parte de las patrullas asiáticas al servicio de Egipto se aborda en John Darnell *et al.*, *Two Early Alphabetic Inscriptions*, y G. Hamilton, *The Origins of the West Semitic Alphabet*, y se resume en John Darnell, «The deserts». Los fragmentos de la llamada «cerámica de Kamares», de un nivel más antiguo de Hutuaret, demuestran la existencia de un activo comercio con Creta.

Sobre los breves reinados de Amenemhat IV y Sobekneferu, y su relación con Amenemhat III, véase Aidan Dodson y Dyan Hilton, *The Complete Royal Families* (p. 95).

9. Amarga cosecha

El más exhaustivo de los recientes estudios sobre el Segundo Período Intermedio es la magistral obra de Kim Ryholt *The Political Situation in Egypt during the Second Intermediate Period*. Sin embargo, muchas de sus conclusiones, en especial la fecha de la secesión de la XIV Dinastía, todavía no han sido generalmente aceptadas; aquí seguimos una cronología más convencional, tal como la presentan, por ejemplo, Janine Bourriau, «The Second Intermediate Period»; Detlef Franke, «The Late

Middle Kingdom», y David O'Connor, «The Hyksos Period». Pese a los argumentos de Detlef Franke en sentido contrario, la identificación que hace Ryholt de una «dinastía de Abedyu» independiente parece encajar bien con las escasas evidencias, y también se ha seguido aquí. La obra de Ryholt sigue siendo la mejor recopilación de fuentes de información sobre las dinastías XIII a XVII.

Sobre la fortaleza de Tyaru, véase Mohamed Abd el-Maksoud, *Tell Hebua*. Georges Posener, en «Les asiatiques en Égypte», presenta algunas de las evidencias textuales sobre la presencia de asiáticos en la sociedad egipcia a finales del Imperio Medio. La emigración asiática al delta durante este período y el yacimiento de Hutuaret en todas sus fases se analizan en Manfred Bietak, «Egypt and the Levant», mientras que sus artículos «Dab'a, Tell ed-» y «The Center of Hyksos Rule» presentan los resultados de las actuales excavaciones en Hutuaret, incluyendo la estatua de un funcionario asiático y la mención a un «supervisor de Retyenu» (traducción de Geoffrey Martin, «The Toponym Retjenu»).

El trabajo de Stephen Quirke «Royal power in the 13th Dynasty» es con mucho el mejor análisis de un tema difícil. Aidan Dodson, en «The Tombs of the Kings», estudia las evidencias de las tumbas reales del período. Sobre la trayectoria profesional de Sebekhotep III véase Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 37). El rey Nehesy, de la XIV Dinastía, es el objeto de estudio de la obra de Manfred Bietak «Zum Königreich des "3-zh-R" Nehesi». De Nehesy hay testimonios tanto en Tell el-Hebua como en Tell el-Muqdam, que custodiaban el paso al Uadi Tumilat. Kim Ryholt (*The Political Situation*) data la secesión del nordeste del delta en el reinado de Sobekneferu, lo que convierte a la llamada XIV Dinastía de Nehesy en absolutamente coetánea de la XIII. Sin embargo, es difícil reconciliar una fecha tan temprana con la continuidad de las relaciones comerciales de la XIII Dinastía con Kebny, y no ha tenido una aceptación generalizada. Aquí he seguido, en cambio, la opinión predominante: que la ruptura tuvo lugar a finales de la XIII Dinastía, tras los reinados de Sebekhotep IV y Merneferra Ay.

Sobre el canal que llevaba agua dulce a la ciudadela real de Hutuaret, véase Josef Dorner, «A late Hyksos water-supply system». La muralla de la ciudadela, inicialmente de casi cinco metros de espesor, fue reforzada en una fecha posterior, quizá cuando estallaron las hostilidades con los tebanos. La dinastía de Abedyu y la XVI Dinastía tebana se tratan con detalle en Kim Ryholt, *The Political Situation*; la patética estela del rey Uepuauetemsaf, uno de los miembros de la efímera dinastía de Abedyu, aparece publicada en Janine Bourriau, Pharaohs and Mortals (catálogo n.º 58, pp. 72-73). Los monumentos de Sebekhotep VIII, Neferhotep III y el rey Mentuhotepi, junto con todos los textos importantes del Segundo Período Intermedio, incluidas inscripciones privadas de Buhen, los traduce y analiza Donald Redford en «Textual Sources for the Hyksos Period». Otra inestimable fuente de información es Wolfgang Helck, *Historisch-Biographische Texte*. Puede verse una publicación más detallada de dos de las estelas de Buhen en Torgny Säve-Söderbergh, «A Buhen

stela». Para la publicación detallada de la estela de Mentuhotepi, véase Pascal Vernus, «La stèle du pharaon *Mntw-htpi*». Kim Ryholt, en *The Political Situation*, argumenta de manera convincente en favor de una conquista temporal de Tebas por el ejército hicso, aunque esta hipótesis ha sido refutada por Detlef Franke, «The Late Middle Kingdom».

Sobre el establecimiento de las guarniciones tebanas en Gebtu y Abedyu en los comienzos de la XVII Dinastía, véase Detlef Franke, «An important family at Abydos», y Steven Snape, «Statues and soldiers at Abydos». El recinto de la pirámide de la XVI Dinastía de Nubjeperra Intef ha sido excavado y descrito por Daniel Polz, «The pyramid complex of Nubkheperre Intef», un trabajo que se complementa con los detalles aportados por Lisa Giddy, «Digging Diary 2001». Sobre la importancia histórica de la XVII Dinastía, véase Daniel Polz, *Der Beginn des Neuen Reiches*. Vivian Davies, en «Sobeknakht of Elkab» y «Egypt and Nubia», presenta y analiza la inscripción recién descubierta que describe la invasión kushita del Alto Egipto. Sobre el cuartel de campaña de Seqenenra Taa, véase Peter Lacovara, «Deir el-Ballas». La vida y muerte de Taa se tratan en Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 39), mientras que la elegía de Kamose procede de la tablilla de Carnarvon, publicada por Alan Gardiner en «The Defeat of the Hyksos by Kamose».

10. Se restablece el orden

La fuente de información más detallada sobre las actividades militares de Kamose contra los hicsos es su grupo de tres estelas erigidas en Ipetsut. Las ediciones clave son las de Alan Gardiner, «The Defeat of the Hyksos by Kamose», y Labib Habachi, *The Second Stela of Kamose*. Harry y Alexandrina Smith, en «A Reconsideration of the Kamose Texts», proporcionan una interpretación meticulosamente argumentada de la secuencia de acontecimientos. Frédéric Colin, en «Kamose et les hyksos dans l'oasis de Djesdjes», presenta las evidencias de la influencia de los hicsos en el oasis de Bahariya durante el Segundo Período Intermedio. Las políticas de Kamose y sus sucesores inmediatos en Nubia se abordan en Dominique Valbelle, «Egyptians on the Middle Nile».

Puede verse una traducción accesible de la inscripción de la tumba de Ahmose, hijo de Abana, en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 2, pp. 12-15). Sobre su trayectoria profesional y la de su casi contemporáneo Ahmose-Pennejbet, véase Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 41 y 42). Véase también Wolfgang Helck, «Ahmose Pennechbet». La descripción más exhaustiva de las batallas del rey Ahmose es la de Claude Vandersleyen en *Les guerres d'Amosis* y en el capítulo correspondiente de su libro *L'Égypte et la vallée du Nil*. La importancia de Sharuhen para los hicsos se trata en Eliezer Oren, «The "Kingdom of Sharuhen" and

the Hyksos Kingdom». La política de «imperialismo defensivo» de comienzos de la XVIII Dinastía ha sido analizada con pericia por J. J. Shirley en «The beginning of the Empire». Sobre los monumentos de Ahmose y Amenhotep I en la isla de Shaat, véase Francis Geus, «Sai». Las actividades insurgentes de Aata el Nubio y Tetian se mencionan brevemente en la autobiografía de Ahmose, hijo de Abana. La «estela de la Tempestad» aparece publicada en Claude Vandersleyen, «Une tempête sous le règne d'Amosis» y «Deux nouveaux fragments», con traducción inglesa de Donald Redford en «Textual Sources for the Hyksos Period». Algunos estudiosos han vinculado el desastre natural descrito en la «estela de la Tempestad» con la enorme erupción volcánica producida en la isla de Thera, en el Egeo, que se sabe que tuvo lugar en torno a esa misma época; véase, por ejemplo, Karen Foster y Robert Ritner, «Texts, storms, and the Thera eruption». Otros, en cambio —entre los más recientes, Malcolm Wiener y James Allen en «Separate lives»—, han propuesto una refutación convincente de esa teoría y han interpretado el desastre como «una crecida del Nilo generada por el monzón»; aquí seguimos esta segunda hipótesis.

Sobre el monumento de Ahmose en Abedyu, véase Stephen Harvey, «Monuments of Ahmose at Abydos» y «New evidence at Abydos». Joyce Tyldesley, en *Chronicle of the Queens of Egypt*, analiza el papel de Tetisheri y su monumento en Abedyu. La estela de Ipetsut que enumera las dignidades de Ahhotep y la estela de la Donación instaurando a Ahmose-Nefertari como «esposa del dios» aparecen publicadas en Andrea Klug, *Königlichen Stelen*. Sobre las moscas de oro como condecoraciones militares, véase Susanne Petschel y Martin von Falck, *Pharao siegt immer* (catálogo n.º 77-80). Los estudiosos discuten si hubo dos esposas de reyes de finales de la XVII Dinastía y comienzos de la XVIII llamadas Ahhotep o solo una. Sobre la primera opinión, véase, por ejemplo, Catharine Roehrig, ed., *Hatshepsut* (p. 7). La segunda opinión, defendida por Aidan Dodson y Dyan Hilton, *The Complete Royal Families* (pp. 125, 126 y 128), es la que se sigue aquí. Existe un desacuerdo similar en torno a la atribución de las moscas de oro. De ahí que, mientras que Ann Macy Roth, en «Models of authority», sostiene que las moscas pertenecían a «Ahhotep I», considerada la esposa de Seqenenra pero no un antepasado directo del rey Ahmose, William Stevenson Smith, en *The Art and Architecture of Ancient Egypt* (pp. 220-221), insinúa que formaban parte del ajuar funerario de la madre del rey Ahmose. La interpretación más sencilla es la de que solo hubo una mujer de cierta edad llamada Ahhotep (hija de Senajtenra, hermana-esposa de Seqenenra y madre de Ahmose), a la que pertenecen las moscas de oro, la daga y el hacha.

La obra de Jean Vercoutter «Les Haou-nebout» constituye el mejor análisis, hasta ahora no superado, de este problemático término. Sobre el ajuar funerario de inspiración minoica de Ahhotep, véase, entre otras publicaciones, W. Stevenson Smith, *The Art and Architecture of Ancient Egypt* (pp. 220-221). La hoja de la daga está decorada con el motivo de un león cazando un ternero en un paisaje rocoso, mientras que el hacha lleva un grifo crestado; ambos objetos están ornamentados

utilizando la técnica del nielado, ajena a Egipto. Los frescos de Hutuaret y sus implicaciones son analizados con detalle por el propio responsable de su excavación, Manfred Bietak, en «The Center of Hyksos Rule»; por Manfred Bietak y Nannó Marinatos en «The Minoan paintings of Avaris», y por varios de los colaboradores de la obra de Vivian Davies y Louise Schofield, eds., *Egypt, the Aegean and the Levant*. Más recientemente, han sido datados por Manfred Bietak, en «Egypt and the Aegean», en el reinado de Hatshepsut, en lugar de en una fecha anterior, durante la XVIII Dinastía. Esta nueva datación parece basarse en gran medida en una evidencia circunstancial, a saber, que «es durante el reinado conjunto de Thutmose III y Hatshepsut … cuando las delegaciones de Keftiu (habitantes de Creta) son representadas por primera vez» en tumbas egipcias. Sin embargo, las fuertes conexiones minoicas apreciables en los objetos funerarios de la madre de Ahmose, Ahhotep, apuntan a una alianza anterior entre la familia real egipcia y los minoicos, y, en consecuencia, a una datación más temprana de los frescos minoicos de Hutuaret. Las evidencias arqueológicas del complejo palaciego de Hutuaret, especialmente la cerámica, sustentarían una fecha anterior en la XVIII Dinastía al reinado de Hatshepsut (Manfred Bietak, «Egypt and the Aegean», p. 79). El heredero, príncipe Ahmose, cuyo nacimiento bien pudiera haber propiciado el ascenso de Ahmose-Nefertari a una posición importante, de hecho no habría accedido al trono, ya que murió antes que su padre; fue, pues, un hijo menor, Amenhotep (I), el que se convirtió en el siguiente rey. Sobre el cargo de «esposa del dios Amón», véase Michel Gitton, *Les divines épouses de la 18e dynastie*.

Puede verse una descripción tan accesible como autorizada de las condiciones de vida en la Tebas del Imperio Nuevo en T. G. H. James, *Pharaoh's People* (cap. 8), que sigue siendo la fuente de información más accesible. Los monumentos de Amenhotep I en Ipetsut se tratan en Gun Björkman, *Kings at Karnak*, y se reconstruyen en Catherine Graindorge y Philippe Martinez, «Karnak avant Karnak». Se han conservado más de ochocientos bloques y quinientos fragmentos del templo de Amenhotep I, desmantelado y reutilizado en posteriores construcciones reales. Por desgracia, no queda nada de los propios edificios excepto la capilla de alabastro, minuciosamente reconstruida en el Museo al Aire Libre de Karnak. Sobre los otros proyectos de construcción del rey en Tebas y sus alrededores, véanse Franz-Jürgen Schmitz, *Amenophis I*, y Betsy Bryan, «The 18th Dynasty before the Amarna Period». Se sabe muy poco de la historia anterior de Deir el-Medina, pero puede verse un resumen en Frank Yurco, «Deir el-Medina». Aidan Dodson, en «The lost tomb of Amenhotep I», aborda el misterio del paradero de la tumba y de los emplazamientos más probables del lugar del último reposo del rey.

11. Las fronteras se ensanchan

Los oscuros orígenes familiares de Thutmose I se analizan en Aidan Dodson y Dyan Hilton, *The Complete Royal Families*, p. 128, y el contexto del comienzo de su reinado en Claude Vandersleyen, *L'Égypte et la vallée du Nil* (pp. 247-248). La mejor de entre las recientes sinopsis sobre su campaña nubia es la de Vivian Davies, «Egypt and Nubia. Conflict with the Kingdom of Kush», junto con la de Vivian Davies y Renée Friedman, *Egypt* (pp. 129-131). Las inscripciones de Hagar el-Merwa se publicaron en un estudio inicial de A. J. Arkell, «Varia Sudanica», y han sido objeto de una reciente reevaluación por parte de Vivian Davies en «Kurgus 2000», «Kurgus 2002» y «The rock inscriptions at Kurgus».

Las evidencias contemporáneas sobre la campaña asiática de Thutmose I resultan extremadamente escasas, pero puede verse un práctico resumen en John Darnell y Colleen Manassa, *Tutankhamun's Armies* (pp. 139-141). Una importante fuente de información es la breve referencia que aparece en la inscripción funeraria autobiográfica de Ahmose, hijo de Abana (*Urkunden IV*, p. 9, líneas 8-10). Varias inscripciones sin fecha de Ipetsut pueden registrar diversos aspectos de las conquistas asiáticas de Thutmose I; véase Donald Redford, «A gate inscription from Karnak». Sobre el reino de Mitanni, véanse Gernot Wilhelm, «The Kingdom of Mitanni», y Michael Astour, «Mitanni», junto con la bibliografía. Betsy Bryan, en «The Egyptian Perspective on Mittani», analiza las relaciones entre los dos reinos en la XVIII Dinastía.

El breve reinado de Thutmose II ha sido estudiado meticulosamente por Luc Gabolde en «La chronologie du règne de Thoutmosis II».

Sobre la regencia de Hatshepsut y su progresivo autoascenso de esposa del dios a regente y luego a reina, pueden verse muchas de las contribuciones de la obra de Catharine Roehrig, ed., *Hatshepsut*, especialmente las de Ann Macy Roth, «Models of Authority», y Peter Dorman, «Hatshepsut. Princess to Queen to Co-Ruler». Peter Dorman, en «The Early Reign of Thutmose III», presenta una novedosa explicación de la corregencia. El factor desencadenante que llevó a Hatshepsut a declararse reina no está claro. Si no fue la muerte de la madre de Thutmose III, Isis, puede que fuera el fallecimiento de la propia madre de Hatshepsut, Ahmose, el que prendiera la chispa. Si se consideraba a la reina Ahmose el último vínculo con la familia real de comienzos de la XVIII Dinastía, entonces es posible que su muerte precipitara la actuación de Hatshepsut, forzándola en la práctica a reclamar la dignidad real a fin de defender la legitimidad de su gobierno.

La tensión entre imágenes masculinas y femeninas apreciable en la estatuaria y las inscripciones de Hatshepsut se trata en Ann Macy Roth, «Models of Authority», y Cathleen Keller, «The statuary of Hatshepsut». Sobre los trabajos de construcción de Hatshepsut, especialmente en Ipetsut, véase Cathleen Keller, «The joint reign of Hatshepsut and Thutmose III» y «The royal court». Una descripción popular de la regencia y el reinado de Hatshepsut es la de J. Tyldesley, *Hatchepsut: The Female*

Pharaoh, mientras que John Ray, en *Reflections of Osiris* (pp. 40-59), da una visión tan vívida como provocadora.

El templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari ha sido objeto de numerosas publicaciones. Entre los estudios más recientes sobre este se cuentan los de Dieter Arnold, «Djeser-djeseru», y Ann Macy Roth, «Hatshepsut's Mortuary Temple». Dorothea Arnold, en «The destruction of the statues of Hatshepsut», da una idea de la suntuosa decoración del templo durante la corregencia de Hatshepsut. La trayectoria profesional de Senenmut ha sido analizada en detalle por Peter Dorman en *The Monuments of Senenmut y* «The royal steward, Senenmut»; también son útiles los trabajos de Catharine Roehrig, «Senenmut», y Cathleen Keller, «The statuary of Senenmut».

El más exhaustivo de los estudios recientes sobre el reinado de Thutmose III es el de Eric Cline y David O'Connor, eds., *Thutmose III: A New Biography*. Dos excelentes y detallados estudios sobre la batalla de Megido, las otras campañas asiáticas del rey y su impacto en Oriente Próximo son los de Donald Redford, *The Wars in Syria and Palestine* y su resumen, «The Northern Wars of Thutmose III»; ambos se complementan con las obras de Claude Vandersleyen, *L'Égypte et la vallée du Nil* (pp. 295-306), y James Allen, «After Hatshepsut. The Military Campaigns of Thutmose III». La posición estratégica de Megido se explica en Michael Roaf, *Cultural Atlas* (p. 133). El contexto político de la campaña de Megido se trata en William Murnane, «Rhetorical History?», mientras que Christine Lilyquist, en «Egypt and the Near East», enumera el botín capturado por las fuerzas egipcias tras su victoria. Sobre la creciente importancia de los extranjeros en Egipto a mediados de la XVIII Dinastía, véase Diamantis Panagiotopoulos, «Foreigners in Egypt», mientras que la tumba y el tesoro de las tres concubinas extranjeras de Thutmose III se han descrito con detalle en Christine Lilyquist, *The Tomb of Three Foreign Wives*. Es posible que la tumba de las tres princesas date de comienzos del reinado en solitario de Thutmose III, aunque muchos de los objetos que contiene fueron regalos del rey a las tres mujeres, realizados durante su corregencia con Hatshepsut. En consecuencia, estas debieron de realizar el viaje a Egipto antes de la batalla de Megido, convirtiéndose en las pioneras de un fenómeno que más tarde se convertiría en un rasgo característico de la corte real egipcia.

La fundación de Pnubs y las políticas de Thutmose III en Nubia se analizan en Vivian Davies, «Egypt and Nubia. Conflict with the Kingdom of Kush».

12. Rey y patria

La estructura de la administración durante la XVIII Dinastía se trata en Peter Der Manuelian, *Studies in the Reign of Amenophis II*, y Betsy Bryan, «Administration in the Reign of Thutmose III».

Las evidencias sobre la trayectoria profesional de Menjeperraseneb pueden verse en los textos y relieves de su tumba; véanse James Breasted, *Ancient Records* (vol. 2, pp. 772-776), y Norman y Nina de Garis Davies, *The Tomb of Menkheperraseneb*, respectivamente. Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 46), ofrece un práctico resumen.

Al menos dos generaciones anteriores de la familia de Rejmira habían ostentado el cargo de visir: su abuelo Ahmose lo había sido bajo el reinado de Hatshepsut y su tío Useramón, durante la corregencia de Hatshepsut y Thutmose III. Las responsabilidades de Rejmira como visir se describen en los textos de su tumba, publicados en James Breasted, *Ancient Records* (vol. 2, pp. 663-762), y se estudian y analizan en G. P. F. van den Boorn, *The Duties of the Vizier*. Entre los resúmenes más accesibles se incluyen los de Peter Dorman, «Rekhmire», y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 47).

El principal material relativo a Sennefer y su hermano se ha publicado en Ricardo Caminos, «Papyrus Berlin 10.463»; Howard Carter, «Report upon the tomb of Sennefer», y Philippe Virey, «La tombe des vignes». Como resúmenes, pueden verse William Kelly Simpson, «Sennefer», y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 51).

La tumba de Qenamón fue descrita por Norman de Garis Davies, *The Tomb of Ken-Amun*, mientras que su trayectoria profesional se reconstruye en Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 49).

Rosalind y Jac. Janssen, en *Growing Up in Ancient Egypt*, ofrecen un panorama fidedigno de la educación en el antiguo Egipto, mientras que Joann Fletcher, en *Egypt's Sun King* (pp. 24-27), habla específicamente de la educación de un príncipe.

Las habilidades deportivas de Amenhotep II, junto con otros aspectos de su reinado, se tratan con detalle en Peter Der Manuelian, *Studies in the Reign of Amenophis II*. Su momia es la de un hombre excepcionalmente alto y fuerte. Sobre sus campañas en Oriente Próximo, véanse Betsy Bryan, «The 18th Dynasty before the Amarna Period», y Bill Manley, *The Penguin Historical Atlas* (pp. 72-73). La creciente importancia del culto al sol y el simbolismo solar durante los reinados de Amenhotep II y Thutmose IV, se analizan con detalle en los trabajos de Betsy Bryan «Antecedents to Amenhotep III», *The Reign of Thutmose IV* y «Thutmose IV».

13. La edad de oro

Dos recientes volúmenes de estudios resultan indispensables para comprender el reinado de Amenhotep III. Son los de Arielle Kozloff *et al.*, *Egypt's Dazzling Sun*, y David O'Connor y Eric H. Cline, eds., *Amenhotep III: Perspectives on His Reign*. Por su parte, Joann Fletcher, en *Egypt's Sun King*, ofrece una cronología accesible y profusamente ilustrada de la vida y el reinado de Amenhotep. Las tres publicaciones

incluyen comentarios sobre los escarabeos conmemorativos (el escarabeo de la caza de toros, en particular, aparece descrito en Arielle Kozloff *et al.*, *Egypt's Dazzling Sun*, p. 70). En total, Amenhotep III acuñó cinco escarabeos conmemorativos distintos; aunque su contenido los ubica explícitamente entre el segundo y el undécimo año de su reinado, es posible que en realidad fueran acuñados todos a la vez a fin de resaltar los principales logros de su primera década en el trono. La forma y el material de los escarabeos prefiguran la posterior obsesión de Amenhotep por el simbolismo solar; el término con el que en egipcio antiguo se designaba al material vidriado era *tyehenet* («deslumbrante»), mientras que el escarabajo representaba a Jepri, el dios del sol naciente.

Sobre los amplios proyectos de construcción de templos de Amenhotep III, véanse especialmente Arielle Kozloff *et al.*, *Egypt's Dazzling Sun* (cap. 4), y Raymond Johnson, «Monuments and Monumental Art». Se ha sugerido que las estatuas de Sejmet del complejo de Mut fueron instaladas en un principio en el templo funerario de Amenhotep III, en la orilla oeste, y que solo más tarde se trasladaron al otro lado del río. Sin embargo, la estrecha asociación teológica de las dos diosas (Sejmet y Mut) hace igualmente posible que las estatuas estuvieran destinadas al complejo de Mut desde un primer momento. Los nuevos descubrimientos de esculturas colosales en el templo funerario del rey en Kom el-Hetan se describen en Hourig Sourouzian, «New colossal statues».

Las relaciones exteriores, incluida la importancia de los topónimos del Egeo, se tratan con detalle en James Weinstein *et al.*, «The World Abroad». Un papiro fragmentario de Amarna, que posiblemente representa a soldados micénicos sirviendo en el ejército egipcio a finales de la XVIII Dinastía, aparece publicado en Louise Schofield y Richard Parkinson, «Of helmets and heretics» y «Akhenaten's army?». La edición más completa y accesible de las cartas de Amarna es la de William Moran, *The Amarna Letters*; Raymond Cohen y Raymond Westbrook, en *Amarna Diplomacy*, ofrecen una serie de estudios académicos sobre las relaciones internacionales tal como se reflejan en la correspondencia diplomática. Samuel Meier, en«Diplomacy and International Marriages», analiza los matrimonios entre las grandes potencias mencionados en las cartas de Amarna.

El mejor estudio sobre el templo de Luxor y su importancia en la teología real es el de Lanny Bell, «Luxor Temple and the cult of the royal *ka*». También son útiles las obras de Richard Wilkinson, *The Complete Temples* (pp. 95-98), y Barry Kemp, *Ancient Egypt* (2.ª ed., pp. 261-273); esta última ofrece un buen resumen de la Festividad de Opet y un análisis de la escena del nacimiento divino. Sobre la estatua recién descubierta de Amenhotep III como «el primero de entre todos los *kas* vivientes» y la «deslumbrante esfera de todas las tierras», véase Arielle Kozloff *et al.*, *Egypt's Dazzling Sun* (pp. 132-135). Los variopintos nombres de las concubinas de Amenhotep III se analizan en Nicholas Millet, «Some canopic inscriptions».

Las festividades *Sed* de Amenhotep III se abordan en Barry Kemp, *Ancient Egypt* (2.ª ed., pp. 276-281). Con ocasión de la segunda festividad *Sed* de Amenhotep, en el trigésimo cuarto año de su reinado, el puerto occidental se amplió a casi el doble de su extensión; parece ser que los planes para una tercera fase de expansión jamás llegaron a ponerse en práctica. Sobre la paleta de la I Dinastía aparentemente consultada por los investigadores del rey, véase Bernard Bothmer, «A new fragment of an old palette». La descripción más accesible de los palacios de Malkata y su decoración es la de William Stevenson Smith, *The Art and Architecture of Ancient Egypt* (cap. 15). Arielle Kozloff, en «The Decorative and Funerary Arts», ofrece un estudio detallado de la fabricación de vidrio en Malkata y en otros lugares durante el reinado de Amenhotep III, con excelentes ilustraciones. Los textos y escenas que describen la primera y tercera festividades *Sed* de Amenhotep III constituyen un rasgo prominente de la tumba de Jeruef, administrador de Tiye, descrita en The Epigraphic Survey, *The Tomb of Kheruef*. El puerto oriental, excavado como complemento del Birket Habu (el puerto occidental), aparece claramente marcado —con el rótulo de «hipódromo»— en el mapa de Tebas incluido en la napoleónica *Description de l'Égypte* (vol. II, lámina I: «Thèbes: plan général de la portion de la vallée du Nil qui comprend les ruines») y publicado en Charles Gillispie y Michel Dewachter, *Monuments of Egypt*.

14. Revolución real

Como corresponde al período de la historia del antiguo Egipto sobre el que más se ha escrito, el reinado de Ajenatón y sus secuelas han generado una extensa bibliografía. Las referencias hasta finales de la década de 1980 se recogen en Geoffrey Martin, *A Bibliography of the Amarna Period and Its Aftermath*. Para informarse sobre estudios más recientes, la bibliografía publicada en Rita Freed *et al., eds., Pharaohs of the Sun*, constituye un buen punto de partida. Rita Freed, en «Introduction», proporciona un útil resumen de los principales puntos de interés y de las cuestiones más destacadas que plantea el período. Puede verse asimismo una evaluación tan completa como provocativa en John Darnell y Colleen Manassa, *Tutankhamun's Armies* (cap. 2). Las inscripciones clave del período aparecen publicadas en escritura jeroglífica en Maj Sandman, *Texts from the Time of Akhenaten* (que en lo sucesivo abreviaré como *Texts*), y en versión traducida en William Murnane, *Texts from the Amarna Period*.

Las descripciones más penetrantes del propio Ajenatón son las de Cyril Aldred, *Akhenaten, King of Egypt*; Donald Redford, *Akhenaten, the Heretic King*, y Nicholas Reeves, *Akhenaten: Egypt's False Prophet*. Las dos últimas, tal como su propio título sugiere, adoptan una visión bastante negativa acerca de su objeto de estudio y la revolución religiosa que propició. En cuanto a la visión y valoración de Ajenatón en

la época moderna, la obra de Dominic Montserrat Akhenaten es aleccionadora y de fácil lectura.

Sobre la carta del rey de Alashiya a Amenhotep IV en el momento de su subida al trono, véase Timothy Kendall, «Foreign Relations». Las construcciones de Amenhotep IV en Karnak se hallan en proceso de excavación, y los últimos resultados se han presentado en diversas ediciones de *The Akhenaten Temple Project Newsletter*. Puede verse un práctico resumen del director del proyecto en Donald Redford, «The Beginning of the Heresy». La sobrecogedora estatuaria del Gempaatón se ilustra en Rita Freed *et al*., eds., *Pharaohs of the Sun*. Bak, escultor jefe en los primeros años del reinado de Ajenatón, deja claro que fue el propio rey quien le dio instrucciones respecto al nuevo estilo; véase Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 59). Sobre la celebración y la importancia de la festividad Sed de Amenhotep IV en Karnak, véanse Jocelyn Gohary, *The Akhenaten Sed-Festival*; William Murnane, *Texts from the Amarna Period* (p. 5), y John Darnell y Colleen Manassa, *Tutankhamun's Armies* (pp. 25-27).

Se ha sugerido (John Darnell y Colleen Manassa, en *Tutankhamun's Armies*, pp. 37-40) que la proximidad de Jmun (Hermópolis) fue un factor clave en el emplazamiento de Ajetatón, dado que el mito de la creación hermopolitano se avenía muy bien con el énfasis religioso de Ajenatón. Sin embargo, fue el mito de la creación de Iunu (que concedía un papel destacado a la tríada de dioses creadores, Atón, Shu y Tefnut) el que ocupó un lugar central en los comienzos de la doctrina de Ajenatón; además, el propio Ajenatón se mostró inflexible en la elección de Ajetatón porque esta «no pertenecía a un dios ni a una diosa». Las estelas fronterizas de Ajetatón se describen en William Murnane y Charles van Siclen, *The Boundary Stelae of Akhenaten*. El descubrimiento de una decimosexta estela se presenta en Barry Kemp, «Discovery: a new boundary stela». Las recientes excavaciones realizadas en la cantera principal de Ajetatón se describen en James Harrell, «Ancient quarries near Amarna».

Los mejores estudios sobre la fundación y el trazado de la ciudad, junto con una descripción de sus principales edificios ceremoniales, son los de Barry Kemp, *Ancient Egypt* (1.ª ed., cap. 7); Peter Lacovara, «The City of Amarna»; Michael Mallinson, «The Sacred Landscape»; Barry Kemp y Salvatore Garfi, *A Survey of the Ancient City*, y Barry Kemp, «Resuming the Amarna survey». Barry Kemp, en «The Amarna story», resume la importancia de la ciudad de Ajenatón como yacimiento arqueológico. Sobre el palacio de la Ribera Norte y otros edificios asociados véase Michael Jones, «Appendix 1: The North City», mientras que Kate Spence, en «The North Palace at Amarna», presenta los resultados de los recientes trabajos realizados en este importante complejo. Ian Shaw, en «Balustrades, stairs and altars», analiza la arquitectura peculiar del culto a Atón. La obra de Barry Kemp «The Kom el-Nana enclosure» constituye una buena introducción a los edificios reales situados en la periferia de Ajetatón. Había también un poblado de trabajadores (el equivalente en

Ajetatón al Lugar de la Verdad) en el desierto situado detrás de la ciudad, destinado a los obreros empleados en la construcción de la tumba real, así como un «poblado de piedra», todavía más lejos, cuyo propósito se ignora; véase Barry Kemp, «Notes from the field: the Stone Village».

La teología radical de Ajenatón constituye un importante tema de estudio en todos los libros sobre este período. John Baines («How far can one distinguish between religion and politics in ancient Egypt?») ha argumentado que posiblemente la doctrina de Ajenatón se caracterizaba por la monolatría antes que por el monoteísmo. Para la mayoría de los súbditos del rey, tal diferencia hubiera resultado puramente académica. Otros análisis útiles incluyen los de John Foster, «The New Religion», y Raymond Johnson, «The Setting: History, Religion, and Art». Las oraciones a Osiris y Anubis se encuentran en la tumba de Parennefer en Tebas, que data de la primera parte del reinado de Ajenatón; véase Susan Redford, «Two Field Seasons». La representación inanimada de Atón (como esfera solar) y su consiguiente relegación a la parte alta de la escena dirigía la atención, voluntaria o involuntariamente, hacia las figuras de Ajenatón, su esposa y sus hijas, situadas debajo, subrayando su estatus divino en la nueva religión; véase William Murnane, *Texts from the Amarna Period* (p. 13). Se construyeron grandes templos a Atón en Menfis, Iunu y Kawa, en la Alta Nubia, así como en Ajetatón, mientras que el templo de Amón en Sesebi (Nubia) se reconvirtió al culto a Atón a comienzos del reinado de Ajenatón.

Sobre la trayectoria profesional de Meryra, sumo sacerdote de Atón, véase Norman de Garis Davies, *The Rock Tombs of El Amarna* (parte I), y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 58). Una traducción accesible del *Gran himno a Atón* se encuentra en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 2, pp. 96-100). David Silverman, en «The Spoken and Written Word», aborda el uso de la lengua vernácula en las composiciones religiosas de Ajenatón.

La vida de los pobres en Ajetatón ha sido revelada por las recientes excavaciones realizadas en el cementerio de las Tumbas del Sur; véanse Barry Kemp, «Notes from the field: lives of the have-nots», «Halfway through the Amarna Season», «How were things made?» y «The quality of life», y Jerry Rose, «Amarna lives». Sobre la continuidad de la observancia de los cultos tradicionales, véase Rita Freed *et al*., eds., *Pharaohs of the Sun* (cat. n.º 179-181 y 183-185). Peter Der Manuelian, en «Administering Akhenaten's Egypt», analiza la probable reacción en el conjunto del país frente a la proscripción de las antiguas deidades; puede verse un ejemplo concreto en Marten Raaven, «The tomb of Meryneith».

Nefertiti ha generado una bibliografía casi tan extensa como su esposo. Uno de los mejores análisis recientes de su papel en el arte y la religión del período de Amarna es el de Rita Freed «Art in the Service of Religion and the State». Sobre la estatuaria monumental de Ajenatón y Nefertiti, véase Kristin Thompson, «Amarna statuary fragments». El análisis de Salima Ikram de los santuarios domésticos,

«Domestic shrines», es el artículo de referencia sobre este importante aspecto de la religión de Ajenatón. Barry Kemp describe la capilla de la Estatua del Rey en *Ancient Egypt* (1.ª ed., pp. 283-285). Sobre las tumbas de los funcionarios, véase Norman de Garis Davies, *The Rock Tombs of El Amarna*, mientras que la obra de Gwil Owen «The Amarna courtiers tombs» cuenta con algunas excelentes fotografías en color.

Sobre la posible disidencia durante el reinado de Ajenatón y la respuesta de su aparato de seguridad, véase John Darnell y Colleen Manassa, *Tutankhamun's Armies* (pp. 189-196). La trayectoria profesional de Mahu, jefe de la policía, se perfila en Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 60), basándose en las escenas y textos de su propia tumba, que pueden verse en Norman de Garis Davies, *The Rock Tombs of El Amarna* (parte IV). Sobre la presencia de extranjeros en la guardia de Ajenatón, véase John Darnell y Colleen Manassa, *Tutankhamun's Armies* (pp. 191-193, fig. 25), y Rita Freed *et al*., eds., *Pharaohs of the Sun* (cat. 114). William Murnane, en «Imperial Egypt» (p. 109), argumenta en contra del origen extranjero de figuras como Aper-El, Pentu y Tutu, aunque aquí sí que lo hemos aceptado. La recepción del tributo extranjero en el duodécimo año del reinado de Ajenatón se describe en las tumbas de Meryra (II) y Huya, cuyo contenido se especifica en Norman de Garis Davies, *The Rock Tombs of El Amarna* (partes II y III).

La tumba real de Ajetatón, con las escenas de duelo por la muerte de Meketatón, se describe en Geoffrey Martin, *The Royal Tomb*; sobre los recientes trabajos realizados en este yacimiento, véase Marc Gabolde y Amanda Dunsmore, «The royal necropolis at Tell el-Amarna». Sue D'Auria, en «Preparing for Eternity», trata del más allá en la teología de Ajenatón. Varios *shabti de* Ajenatón aparecen descritos en Rita Freed *et al*., eds., *Pharaohs of the Sun* (cat. n.º 219-222).

La identidad de la corregente de Ajenatón, Neferneferuatón, y de su efímero sucesor, Semenejkara, constituye una de las cuestiones más debatidas de la egiptología, donde las fragmentarias evidencias permiten varias soluciones posibles. Pueden verse análisis detallados en cualquiera de los libros sobre el período de Amarna antes enumerados, junto con las obras de Nicholas Reeves, «The Royal Family», y Aidan Dodson, «Why did Nefertiti disappear?» (aunque el autor de esta última ha revisado posteriormente sus conclusiones). El nombre de trono de Neferneferuatón aparece en versiones tanto masculinas como femeninas (lo que recuerda a Hatshepsut un siglo antes), y en ocasiones se acompaña de la frase «eficaz para su esposo», lo cual deja claro que la nueva corregente era una mujer. Algunos estudiosos identifican a Neferneferuatón con Meritatón, la hija mayor de Ajenatón, pero la correspondencia del nombre con el primer elemento del de Nefertiti respalda firmemente la identificación aquí seguida. Además, Neferneferuatón adopta los epítetos de «el/la amado/a de Neferjeperura, el único de Ra» y «el/la amado/a del único de Ra, Ajenatón», lo que apunta a Nefertiti antes que a su hija. William Murnane, en *Texts from the Amarna Period* (p. 10), proporciona nuevas evidencias en apoyo de esta opinión hoy generalizada. El hecho de que Semenejkara poseyera el

mismo nombre de trono (Anjjeperura) que su predecesora, Neferneferuatón, refuerza firmemente la tesis de que el de «Semenejkara» era otro nombre más de Nefertiti.

El restablecimiento de los cultos tradicionales bajo el reinado de Tutankamón se analiza en William Murnane, «The Return to Orthodoxy». Para una visión general del reinado de Tutankamón, véanse Nicholas Reeves, *The Complete Tutankhamun*; John Darnell y Colleen Manassa, *Tutankhamun's Armies*, y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 61-65). Sobre los acontecimientos que rodearon a la muerte de Tutankamón y el desesperado llamamiento de su viuda al rey hitita, véase Trevor Bryce, «The death of Niphururiya», que también proporciona pruebas concluyentes de que la viuda en cuestión era Anjesenamón, y no Nefertiti. Pese a las constantes especulaciones sobre la causa de la muerte de Tutankamón, un TAC de su momia realizado en 2002 no mostraba señal alguna de violencia.

15. Ley marcial

Una obra de fundamental importancia para entender el papel del ejército en la sociedad del Imperio Nuevo es la de Andrea Gnirs *Militär und Gesellschaft*, mientras que la descripción clásica de la organización del ejército sigue siendo la de Alan Schulman *Military Rank, Title and Organization*. Sobre la vida castrense, el armamento y las tácticas miliares, véase sobre todo John Darnell y Colleen Manassa, *Tutankhamun's Armies*. Los yelmos de metal fueron introducidos durante el Imperio Nuevo, pero su uso no era generalizado. La identificación de Perunefer con Hutuaret la defiende Manfred Bietak, por ejemplo, en «The Tuthmoside stronghold of Perunefer». Puede verse una opinión alternativa, la de que Perunefer estaba en Menfis, en David Jeffreys, «Perunefer». La escena en la que se representa a los soldados egipcios abandonando el campo de batalla con las manos de los enemigos ensartadas en las lanzas, aparece ilustrada en Donald Redford, ed., *The Akhenaten Temple Project* (lámina 14, n.º 3).

La fuente de información clave sobre la trayectoria profesional de Horemheb, como alto funcionario y como rey, es Robert Hari, *Horemheb et la reine Moutnedjmet*. Allan Philips, en «Horemheb», analiza una importante evidencia que sugiere que, al menos para los reyes ramésidas, a Horemheb se le consideraba el fundador de su casa real, y no el último rey de la dinastía anterior (XVIII). En lo tocante al futuro del culto a Atón, es muy posible que Horemheb optara por nadar y guardar la ropa; hay evidencias que sugieren que consagró dos elementos de mobiliario del Gran Templo de Atón en Ajetatón mientras mandaba destrozar las estatuas de Ajenatón erigidas en el mismo edificio, honrando de ese modo a Atón como dios (ahora uno de tantos) al tiempo que perseguía la memoria de su principal defensor. La tumba privada de Horemheb, que ilustra de manera importante sus actividades militares y civiles en el reinado de Tutankamón, la ha analizado Geoffrey

Martin en *The Memphite Tomb of Horemheb*. Sobre el probable curso de los acontecimientos que rodearon la muerte de Zannanza y la sucesión de Ay, véase Trevor Bryce, «The death of Niphururiya». Pueden verse traducciones accesibles de la inscripción de la coronación y del edicto de Horemheb en William Murnane, *Texts from the Amarna Period*.

Las escasas evidencias en torno a la trayectoria antes de ser rey y la sucesión de Ramsés I aparecen recogidas en Daniel Polz, «Die Särge des (Pa-)Ramessu», mientras que Alain-Pierre Zivie, en «Ramses I», resume lo que se sabe del breve reinado del monarca. Wolfgang Helck, en «Probleme der Königsfolge», aborda la cuestión general de la sucesión real a finales de la XVIII Dinastía y comienzos de la XIX.

Sobre el templo de Seti I en Abedyu, véase A. M. Calverley y M. F. Broome, *The Temple of King Sethos I at Abydos*. El Decreto de Nauri se trata con detalle en Francis Llewellyn Griffith, «The Abydos decree of Seti I at Nauri». Sobre el sepulcro de Seti I en Tebas, véanse Erik Hornung, *The Tomb of Seti I*, así como el útil resumen de Nicholas Reeves y Richard Wilkinson, *The Complete Valley of the Kings* (pp. 136-139).

Las guerras asiáticas de Seti I se documentan en una serie de relieves de Ipetsut analizados en William Murnane, *The Road to Kadesh*, que constituye asimismo una buena fuente de información sobre el desarrollo de las relaciones egipcio-hititas, la expansión del reino hitita, el papel de los gobernantes vasallos como Abdi-Ashirta y Aziru de Amurru, y el papel del misterioso Mehy durante el reinado de Seti I. Sobre este último, véase también William Murnane, «The Kingship of the Nineteenth Dynasty». En cuanto a la opinión de que Seti I pudo haber designado en principio a Mehy como su heredero, véase William Murnane, *The Road to Kadesh* (pp. 163-175); una opinión alternativa es la propuesta por Morris Bierbrier en «Elements of stability and instability».

16. Guerra y paz

Como corresponde a su legado monumental, Ramsés II ha sido objeto de innumerables estudios, tanto académicos como divulgativos. El texto clásico, del mejor experto mundial en inscripciones ramésidas, es el de Kenneth Kitchen *Pharaoh Triumphant*, al que complementan dos accesibles resúmenes, «Pharaoh Ramesses II and His Times» y «Ramesses II». Puede verse una buena y reciente descripción e interpretación de la batalla de Qadesh en Anthony Spalinger, *War in Ancient Egypt*. El propio yacimiento de Qadesh es descrito por su excavador, Peter Parr, en «Nebi Mend, Tell». Sobre las tácticas bélicas hititas y el papel de sus carros de guerra, véase J. G. Macqueen, *The Hittites*. William Murnane, en «The Kingship of the Nineteenth

Dynasty», explora el valor propagandístico de la descripción de la batalla por parte de Ramsés II y las razones de que este le diera tanta importancia en sus monumentos.

Sobre los amplios proyectos de construcción de Ramsés, un práctico resumen es el de Bernadette Menu, *Ramesses the Great*. Gloria Rosati, en «The temple of Ramesses II at El-Sheikh Ibada», ha publicado los resultados de los recientes trabajos de campo en las inmediaciones de Amarna. Las obras ramésidas en Ipetsut y Luxor, junto con el Ramesseum, se analizan en William Stevenson Smith, *The Art and Architecture of Ancient Egypt*. La descripción sucinta más accesible de los templos de Abu Simbel es la de Lisa Heidorn, «Abu Simbel». En cuanto a la capacidad de los graneros del Ramesseum, véase Barry Kemp, *Ancient Egypt* (1.ª ed., fig. 69).

El emplazamiento de Per-Ramsés ofrecía un fácil acceso a Oriente Próximo por tierra y por mar, y era ideal como cuartel general de campaña. Nuestro conocimiento de la ciudad aumenta constantemente gracias a las excavaciones que está realizando hoy día un equipo alemán. Pueden verse sus últimos resultados en Josef Dorner, «Die Topographie von Piramesse»; Edgar Pusch, «Towards a map of Piramesse», y Edgar Pusch, Helmut Becker y Jörg Fassbinder, «Wohnen und Leben». Una reconstrucción de la ciudad basada en las fuentes antiguas se presenta en Eric Uphill, *Egyptian Towns and Cities*. Sobre las instalaciones industriales y los talleres de Per-Ramsés, véase Thilo Rehren y Edgar Pusch, «Glass and glass-making». Las fundiciones de bronce se describen en Edgar Pusch, «Recent work at northern Piramesse», y en Edgar Pusch y Anja Herold, «Qantir/Pi-Ramesses». Sobre los establos de las unidades de carros, véanse Edgar Pusch, «Pi-Ramesse-geliebt-von-Amun», y David Aston y Edgar Pusch, «The pottery from the royal horse stud». El emplazamiento de la Pitom bíblica se confirma en John Holladay, «Pithom», mientras que el problema del Éxodo se aborda de manera conveniente en John Bimson, «The Israelite Exodus».

Las campañas de Ramsés en Siria-Palestina tras la batalla de Qadesh se estudian en Kenneth Kitchen, *Pharaoh Triumphant*. Los trabajos más actualizados sobre el reino hitita, en concreto sobre el auge y decadencia de Urhi-Teshub y el reinado de Hattusil III, son los de Trevor Bryce, *The Kingdom of the Hittites*, y Theo van den Hout, «Khattushili III, King of the Hittites». La principal edición de la correspondencia entre las cortes egipcia e hitita es la de Elmar Edel, *Die ägyptisch-hethitische Korrespondenz*, además del práctico resumen de Ogden Goelet, «Ramesses-Hattusilis correspondence». Una tablilla cuneiforme de Per-Ramsés que podría formar parte de esta correspondencia diplomática la describe Patricia Spencer en «Digging diary 2003» (pp. 26-27). Pueden verse detalles de la ciudadela real de Hattusa y del trazado de la capital hitita en J. G. Macqueen, *The Hittites*. El reciente descubrimiento de un palacio real ramésida en el norte del Sinaí, quizá utilizado por las futuras esposas de los matrimonios por razones diplomáticas en su camino a Egipto, se describe en Dominique Valbelle y François Leclère, «Tell Abyad».

Sobre los vínculos libios con el Mediterráneo y las fortalezas construidas por Ramsés II para defender su frontera libia, véase Steven Snape, «Ramesses II's

Forgotten Frontier». Colleen Manassa, en *The Great Karnak Inscription of Merneptah*, ofrece una magistral descripción de la invasión libia en el quinto año del reinado de Merenptah, junto con sendos análisis de la estrategia de Mery, la propia batalla de Perirer y la respuesta a la amenaza planteada por los Pueblos del Mar en general. Los diversos pueblos que integraban la fuerza mercenaria que combatía junto a Mery se enumeran en el texto egipcio como los akawash (quizá equivalentes a los aqueos de Homero), los turesh (que posiblemente dieran su nombre a la región italiana del Tirreno), los lukka (licios), los sherden (de los que es posible que Cerdeña tomara su nombre) y los shekelesh (que podrían haber dado su nombre a Sicilia). En cuanto a la identidad de los Pueblos del Mar, puede verse un práctico resumen en el trabajo de Anthony Leahy «Sea Peoples». Robert Drews, en *The End of the Bronze Age*, argumenta en favor de la importancia crucial de la tecnología bélica avanzada en el éxito militar de los Pueblos del Mar.

17. Triunfo y tragedia

Sobre la disputada sucesión que siguió a la muerte de Merenptah, véanse Aidan Dodson y Dyan Hilton, *The Complete Royal Families* (pp. 176-177); Nicholas Reeves y Richard Wilkinson, *The Complete Valley of the Kings* (pp. 150-158), y dos artículos de Aidan Dodson, «Amenmesse» y «Messuy, Amada, and Amenmesse». Aidan Dodson sostiene que Amenemnesu no es otro que Messuy, virrey de Nubia bajo el reinado de Merenptah. De ser cierto, Amenemnesu habría contado con una base de poder político, considerables recursos económicos y las guarniciones nubias para respaldar sus pretensiones al trono. Puede verse una opinión alternativa en Frank Yurco, «Was Amenmesse the Viceroy of Kush, Messuwy?». Dodson sugiere, asimismo, que Amenemnesu tomó el poder en la zona del sur del Fayum después de que Seti-Merenptah hubiera accedido ya al trono, pero la mayoría de los estudiosos sostienen que se hizo con la corona inmediatamente después de la muerte de Merenptah; aquí he seguido la opinión mayoritaria.

El reinado de Siptah se analiza en Cyril Aldred, «The parentage of King Siptah», y la trayectoria profesional del canciller Bay en Pierre Grandet, «L'exécution du chancelier Bay», y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 77).

La principal fuente de información sobre los comienzos de la XX Dinastía es la estela de Sethnajt en Abu, descrita en Rosemarie Drenkhahn, *Die Elephantine-Stele des Sethnacht*, y analizada también en Donald Redford, «Egypt and Western Asia in the Late New Kingdom», y Stephan Seidlmayer, «Epigraphische Bemerkungen zur Stele des Sethnachte». La estela de Bakenjonsu, descubierta en Karnak en el año 2006 de nuestra era, pero todavía no plenamente descrita, proporciona la fecha más alta conocida para Sethnajt, en concreto un «año 4». También alude a los disturbios civiles que en Tebas dieron como resultado destrozos en las estatuas del templo de

Amón-Ra en Ipetsut; véase Mansour Boraik, «Re-writing Egypt's history». Aunque no es seguro, se han sugerido los orígenes geográficos de Sethnajt basándose en el hecho de que, bajo el reinado de su hijo Ramsés III, varios hombres de Bubastis fueron ascendidos a altos cargos; es tentador pensar que pudieran ser amigos de infancia de Ramsés III, procedentes de la misma región de la parte oriental del delta.

El mejor análisis del reinado de Ramsés III, con referencias exhaustivas a las fuentes de información primarias, es el de Pierre Grandet *Ramsès III*, complementado con un accesible resumen del mismo autor en su artículo «Ramesses III». Sobre la gran batalla contra los Pueblos del Mar en el octavo año de reinado del monarca, véanse entre otros Nancy Sandars, *The Sea Peoples*, y Eliezer Oren, ed.,*The Sea Peoples and Their World*, especialmente David O'Connor, «The Sea Peoples and the Egyptian Sources». Se han hecho muchos intentos de identificar los orígenes de los diversos grupos que conformaban los Pueblos del Mar basándose en sus nombres distintivos. Así, por ejemplo, se ha asociado a los tyeker (teucros) con la región de la Tróade y a los weshesh con la propia ciudad de Troya, partiendo del supuesto de que *weshesh* sería una corrupción egipcia de Wilusa/Ilión, el antiguo nombre de Troya. Los denyen, por su parte, han sido identificados como los dánaos, o griegos peninsulares, aunque quizá sea más probable que fueran originarios del sudeste de Turquía o del extremo norte de Siria. Aunque los peleset procedieran también originariamente de Anatolia, se les conoce mejor por su posterior asentamiento a lo largo de la costa sur de Oriente Próximo, donde pasarían a ser conocidos como filisteos (dando su nombre a la moderna Palestina). Los orígenes de los shekelesh son oscuros, pero es probable que diversos grupos posteriores de ellos se establecieran en el Mediterráneo oriental, dando su nombre a la isla de Sicilia. Si prescindimos de sus nombres y nos fijamos, en cambio, en la tecnología militar de los Pueblos del Mar, el diseño de sus barcos sugiere conexiones con el mundo micénico, pero también con otros más lejanos, como la cultura de Urnfield (adscrita a la Edad del Bronce), de Europa central (véase Shelley Wachsmann, «To the Sea of the Philistines»). Los complejos orígenes de los Pueblos del Mar se tratan en Philip Betancourt, «The Aegean and the Origin of the Sea Peoples»; Shelley Wachsmann, «To the Sea of the Philistines», y Louise Steel, «The "Sea Peoples": raiders or refugees?»; y su destino último, en Lucia Vagnetti, «Western Mediterranean Overview». Itamar Singer, en «New Evidence on the End of the Hittite Empire», presenta vívidas pruebas de la devastación causada por los Pueblos del Mar en todo el Mediterráneo oriental.

Los relieves del templo funerario de Ramsés III, incluidas las famosas escenas que representan la batalla contra los Pueblos del Mar, aparecen descritos en The Epigraphic Survey, *Medinet Habu*. Sobre la inspección de los templos en el «año 15», los proyectos de construcción de Ramsés III y las expediciones al Sinaí, Timna y Punt, véase Pierre Grandet, *Ramsès III*. Las expediciones mineras al extranjero se describen en el Gran Papiro de Harris (P. Harris I: 77.8-78.1 y 14a.7-8).

La principal edición del papiro «de la huelga» de Turín —un relato de la época sobre las huelgas de los trabajadores de la necrópolis— sigue siendo la de William Edgerton, «The strikes in Ramesses III's twenty-ninth year»; Pierre Grandet, en *Ramsès III*, proporciona una útil descripción narrativa en francés. Los textos originales pueden verse en Kenneth Kitchen, *Ramesside Inscriptions* (vol. V, pp. 529-530 y 542; vol. VII, pp. 300-302).

Sobre la conspiración del harén y el tribunal creado para investigarla, véase Adriaan de Buck, «The judicial papyrus of Turin». El uso de magia negra por parte de los conspiradores se discute en Hans Goedicke, «Was magic used in the harem conspiracy?», pero las evidencias de los papiros contemporáneos parecen claras.

18. Una espada de doble filo

Puede verse un vívido —y crudo— retrato de la vida campesina en el antiguo Egipto en Ricardo Caminos, «Peasants», en marcado contraste con las idealizadoras descripciones de otros autores. *A Tale of Woe*, del mismo autor, ofrece una traducción y un comentario del relato de Uermai, de finales del Imperio Nuevo. Sobre la institución del trabajo colectivo forzoso, véanse Kathlyn Cooney, «Labour», y Christopher Eyre, «Work and the Organisation of Work in the New Kingdom». Sobre la elevada tasa de mortalidad en las expediciones mineras, véase John Baines, «Society, morality, and religious practice» (pp. 136-137). El reinado y los monumentos de Ramsés IV, incluidas la expedición al Uadi Hammamat y la inscripción de Abedyu, se tratan con detalle en A. J. Peden, *The Reign of Ramesses IV*. La tumba de Ramsés IV es notable sobre todo por su sarcófago; con sus tres metros de largo por dos de alto, es el mayor de todos los utilizados en el Valle de los Reyes. Pero también este hubo de terminarse deprisa y corriendo.

Pese a la relativa abundancia de documentación, el final de la XX Dinastía sigue siendo uno de los períodos menos conocidos de la historia del antiguo Egipto, sobre todo en términos de acontecimientos políticos. Puede verse un buen resumen en Kenneth Kitchen, «Ramses V-XI». El papiro «acusatorio» de Turín, donde se detallan las fechorías de Jnumnajt, se analiza en A. J. Peden, *The Reign of Ramesses IV* (pp. 69-72), y Pierre Grandet, *Ramsès III* (pp. 218-219).

La inspección de propiedades agrarias en el Egipto Medio encargada por Ramsés V se conoce actualmente como el «Papiro Wilbour». La edición estándar es la de Alan Gardiner, *The Wilbour Papyrus*, mientras que Ogden Goelet, en «Wilbour Papyrus», ofrece un útil resumen de los principales rasgos del documento. Sobre la momia de Ramsés V, véase John Harris y Edward Wente, *An X-Ray Atlas of the Royal Mummies*. Entre las descripciones más útiles de la titulatura y los monumentos de Ramsés VI, se incluyen las de Kenneth Kitchen, «The titularies of the Ramesside kings», y Amin Amer, «Reflections on the reign of Ramesses VI». Un papiro de

finales del período ramésida alude al «año de las hienas» como un eufemismo para referirse a la hambruna. Sobre las incursiones libias en Tebas, véase A. J. Peden, *The Reign of Ramesses IV* (pp. 20-22). La última evidencia de los contactos de Egipto con sus antiguos territorios en Oriente Próximo es un pedestal de estatua de Megido que lleva inscrito el nombre de Ramsés VI. La trayectoria profesional de Ramsés-najt se analiza en Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 79).

Los robos de tumbas de finales de la XX Dinastía han sido objeto de estudio por parte de numerosos autores. La edición esencial de los papiros originales que los relatan es la de Eric Peet, *The Great Tomb-Robberies*. Entre otras descripciones útiles se cuentan las de Cyril Aldred, «More light on the Ramesside tomb robberies», y Ogden Goelet, «Tomb robbery papyri».

Sobre la transición entre el final del período ramésida y las dinastías libias que lo sucedieron, una descripción útil (aunque hoy superada en varios aspectos importantes) es la de Andrzej Niwinski, «Le passage de la XXe à la XXIIe dynastie». La cronología del reinado de Ramsés XI, incluidas la revocación y reinstauración del sumo sacerdote Amenhotep, la guerra civil entre las fuerzas de Panehesy y de Pianj, y la proclamación del «renacimiento», es un apasionado tema de debate con dos grandes escuelas de pensamiento. La interpretación tradicional, que sitúa a Herihor antes de Pianj, se presenta en Kenneth Kitchen, *The Third Intermediate Period in Egypt*. La revisión radical de ese planteamiento, que sitúa a Pianj antes de Herihor, fue propuesta originariamente por Karl Jansen-Winkeln en «Das Ende des Neuen Reiches», y ha sido adoptada por autores como Jacobus van Dijk en «The Amarna Period» (p. 302) y John Taylor en «Nodjmet, Payankh and Herihor». Pese a haber sido refutada a fondo por varios estudiosos, en especial por Jürgen von Beckerath en «Zur Chronologie der XXI. Dynastie», la revisión tiene mucho de recomendable, y es la que se ha seguido aquí.

La correspondencia entre Pianj y Nodymet está traducida en Edward Wente, *Letters from Ancient Egypt*. Sobre el saqueo sistemático de la necrópolis real iniciado bajo el gobierno de Pianj, véase Karl Jansen-Winkeln, «Die Plünderung der Königsgräber des Neuen Reiches». John Taylor, en «Nodjmet, Payankh and Herihor», propone la tesis de que Nodymet tuvo un papel destacado en la sucesión de Pianj a Herihor y el paso de la XX a la XXI Dinastía. El abandono de Per-Ramsés y la fundación de una nueva capital en Dyanet (Tanis) se tratan en Geoffrey Graham, «Tanis».

19. Escisiones internas

La mejor introducción al llamado «período libio» de Egipto (tradicionalmente el que va de la XXII a la XXIV Dinastía) es el trabajo de Anthony Leahy «The Libyan Period in Egypt», junto con el volumen de ensayos *Libya and Egypt*, editado por el

mismo autor. Una buena introducción a la cronología y los gobernantes de la XXI Dinastía es la obra de Kenneth Kitchen *The Third Intermediate Period* (pp. 255-286), mientras que su artículo «The arrival of the Libyans in late New Kingdom Egypt» analiza el contexto del asentamiento libio en Egipto a finales del período ramésida.

El mayor o menor alcance de la influencia libia en la XXI Dinastía todavía es objeto de un acalorado debate. Karl Jansen-Winkeln, en «Der Beginn der libyschen Herrschaft in Ägypten», la defiende con sólidos argumentos, y su tesis se ha seguido aquí en gran parte. Sin embargo, la visión alternativa (que el carácter libio no se volvió realmente evidente hasta el reinado de Sheshonq I) se sustenta en argumentos igualmente sólidos. Pueden verse estos últimos en Anthony Leahy, «The Libyan Period in Egypt», y John Taylor, «The Third Intermediate Period». Pese a sus nombres egipcios, existen sólidas evidencias circunstanciales que sugieren que Pianj y Herihor eran ambos de origen libio. Se ha vinculado de manera verosímil a Pianj con cierta inscripción del cementerio del Tercer Período Intermedio en Heracleópolis —en el que predominan las tumbas libias—, y se sabe que este tenía una residencia en dicha ciudad, que era el corazón del asentamiento libio en el Egipto Medio. Al menos a dos de los hijos de Herihor se les dieron nombres libios, lo cual habría resultado bastante sorprendente en aquella época si no hubiera habido sangre libia en la familia.

También es probable que el soberano que gobernaba el Bajo Egipto al final del reinado de Ramsés XI fuera de origen libio. La existencia de una estatuilla privada que menciona a un «gran jefe de los ma Nes[u]banebdyedet» (Jean Yoyotte, «Les principautés du delta», p. 127 y lámina III), sugiere que este nombre era común entre la población libia del delta, lo que contribuye así a reforzar la identificación como libio del rey del mismo nombre. Nesbanebdyedet, «El rey, el señor-carnero de Dyedet», es más conocido por la forma griega de su nombre, Smendes, pero la versión original egipcia evoca mejor las elaboradas formulaciones tan caras a los reyes de la XXI Dinastía. Lo mismo puede decirse de Pasebajaenniut, al que normalmente se alude por la forma griega de su nombre, Psusenes.

Sobre el indiscutible carácter libio de la XXI Dinastía, véase, entre las obras más recientes, Eva Lange, «Legitimation und Herrschaft». La importancia de las genealogías se analiza en Lisa Montagno Leahy y Anthony Leahy, «The genealogy of a priestly family from Heliopolis». Hay numerosos ejemplos de nombres de trono reciclados durante generaciones: Pasebajaenniut I y Osorkon el Viejo compartían nombres de trono casi idénticos; Sheshonq I copió su nombre de trono del de Nesbanebdyedet, y Takelot I, Takelot II y Sheshonq IV hicieron lo mismo; Osorkon II copió el nombre de trono de Amenemope, como hicieron también Padibastet I, Osorkon III y Rudamón; Sheshonq III copió el nombre de trono de Ramsés II, y Pimay hizo lo mismo; Peftyauauybast copió el nombre de trono de Amenemnesu, aunque tuvo que omitir el epíteto Heqauaset («gobernante de Tebas») dado que había abandonado la ciudad ante la expansión kushita. Sobre el cambio en la concepción de

las tumbas, especialmente en Tebas, véase Takao Kikuchi, «Die thebanische Nekropole der 21. Dynastie».

Las publicaciones clásicas sobre Dyanet y sus tumbas reales son las del principal excavador del yacimiento, Jean Yoyotte; especialmente útiles resultan «Tanis» y «The royal necropolis of Tanis and its treasures». Sobre la trayectoria profesional de Uendyebaendyedet, véase Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 84). Con respecto a los detalles en torno al robo sistemático de las tumbas reales tebanas a comienzos de la XXI Dinastía, estoy en deuda con R. J. Demarée, «The final episode of the Deir el-Medina community». Otro análisis útil sobre el tema es el de Nicholas Reeves y Richard Wilkinson, *The Complete Valley of the Kings* (pp. 190-207), que presta especial atención a los lugares donde se escondieron las reales momias. Las momias vueltas a enterrar en la tumba de una reina de la XVII Dinastía fueron finalmente trasladadas a la cripta familiar del sumo sacerdote tebano Pinedyem II, en lo alto de los riscos de Deir el-Bahari, durante el reinado de Sheshonq I.

La noción de un gobierno «teocrático» se analiza con detalle en Karl Jansen-Winkeln «Die thebanische “Gottesstaat”». Puede verse un texto clave al que se ha calificado como «el credo de la teocracia» en Pascal Vernus, «Choix de textes» (n.º 1, pp. 103-104). Jean-Marie Kruchten, en *Les annales des prêtres de Karnak*, analiza el papel de los oráculos y describe la disputa entre dos facciones de sacerdotes de Ipetsut en la época de Pinedyem II. El estudio clásico del papel de las mujeres en el clero tebano es el de Saphinaz-Amal Naguib, *Le clergé féminin d’Amon*.

Sobre las fortalezas libias del Egipto Medio y la perspectiva defensiva de la sociedad de la XII Dinastía, John Taylor, en «The Third Intermediate Period», proporciona un provechoso punto de partida. La revuelta tebana durante el reinado de Nesbanebdyedet se analiza en Aidan Dodson, «Third Intermediate Period». La fuente de información original sobre este episodio es la denominada «estela del Destierro», reproducida en el trabajo de Jürgen von Beckerath «Die “Stele der Verbannten”», que se complementa con los útiles comentarios de Kenneth Kitchen en *The Third Intermediate Period* (pp. 261-262). Las fortalezas construidas por Menjeperra estaban en Gesy (la actual Qus), Inerty (Gebelein) y Dyeba (Edfú).

John Taylor, en «The Third Intermediate Period», analiza la decadencia del poder regio en la XXI Dinastía; Miriam Lichtheim, en *Ancient Egyptian Literature* (vol. 2, pp. 224-230), proporciona una traducción accesible de la *Historia de Unamón*, mientras que el viaje de este se reconstruye, comentando asimismo sus implicaciones, en Bill Manley, *The Penguin Historical Atlas of Ancient Egypt* (pp. 98-99). Tradicionalmente, el texto se ha datado en la época del «renacimiento» de Ramsés XI, pero diversos estudios recientes han abogado de manera convincente por una fecha *posterior* a la muerte de dicho monarca, ya en el reinado de su sucesor. Véase, sobre todo, Karl Jansen-Winkeln, «Das Ende des Neuen Reiches», junto con Ad Thijs, «In Search of King Herihor» (p. 79). Thijs data el texto en el «reinado» del sumo sacerdote Pinedyem I, sosteniendo que este precedió a Herihor como

gobernante de Tebas; pero este último punto parece poco probable. Sobre el posible matrimonio de la hija de Siamón con el rey Salomón, véase Kenneth Kitchen, *The Third Intermediate Period* (p. 280).

20. Un trono deslucido

Sobre el ascenso de Sheshonq I al poder y los problemas históricos que rodearon al reinado de Pasebajaenniut II, véase Aidan Dodson, «The transition between the 21st and 22nd Dynasties revisited». Resulta especialmente notable, y característico de las movedizas arenas de la historiografía del Tercer Período Intermedio, el hecho de que la anterior interpretación que hiciera Dodson de los acontecimientos de finales de la XXI Dinastía (presentada en «Psusennes II and Shoshenq I») se haya visto completamente refutada por un solo y nuevo descubrimiento, el de un fragmento inscrito, hasta entonces desconocido, procedente de Ipetsut (Frédéric Payraudeau, «Des nouvelles annales sacerdotales»). Sobre el reinado y los logros de Sheshonq, véanse Anthony Leahy, «Abydos in the Libyan Period» (p. 174), y Kenneth Kitchen, «Sheshonq I». Sheshonq tenía sus propias conexiones reales ya antes de su matrimonio con la hija de Pasebajaenniut II: su tío, Osorkon el Viejo (975-970), había gobernado brevemente como rey de Dyanet.

El desarrollo de la campaña palestina de Sheshonq I se reconstruye en Kenneth Kitchen, *The Third Intermediate Period* (pp. 432-447), basándose en la inscripción del llamado «pórtico de los Bubastitas» de Ipetsut, descrita en The Epigraphic Survey, *Reliefs and Inscriptions at Karnak III*. Puede verse una accesible representación cartográfica de la campaña en Bill Manley, *The Penguin Historical Atlas of Ancient Egypt* (pp. 102-103). Resulta difícil reconciliar el relato bíblico del «rey Sisac» con los datos egipcios sobre la campaña de Sheshonq en dos aspectos: en primer lugar, Jerusalén se halla ausente de la lista de Ipetsut en que se enumeran las ciudades derrotadas y conquistadas, aunque también es cierto que una parte de la inscripción se ha perdido; y, en segundo lugar, la mayoría de las conquistas enumeradas en Ipetsut se produjeron en Israel, no en Judá. John Bimson, en «Who was King Shishak of Egypt?», proporciona un útil análisis de las dificultades que comporta aunar las dos fuentes. Como resultado de esas discrepancias, existe la creciente —por más que algo desesperada— opinión de que Sheshonq I debió de llevar a cabo al menos dos campañas en Oriente Próximo, una de las cuales quedaría registrada en Ipetsut y la otra, en la Biblia. El hijo y el nieto de Sheshonq I fueron Osorkon I (925-890) y Takelot I (890-874) respectivamente.

Todavía no existe un consenso generalizado en torno a la relación exacta entre las diversas dinastías y ramas colaterales de la familia real en los siglos IX y VIII a.C., aunque la opinión académica parece decantarse por el panorama general sugerido por David Aston y John Taylor en «The family of Takeloth II», y Karl Jansen-Winkeln en

«Historische Probleme der 3. Zwischenzeit». Hay que señalar que la teoría de la existencia de una «XXIII Dinastía tebana», que, fundada por Takelot II, habría gobernado en la misma época en que la XXII Dinastía lo hizo en Bast, ha sido refutada por el decano de los estudiosos del Tercer Período Intermedio, Kenneth Kitchen (*The Third Intermediate Period*, pp. XXVIII-XXXIV); aun así, dicha teoría es la que más sentido da a las fragmentarias y confusas evidencias, y es la que se ha seguido aquí. Pueden verse los árboles genealógicos detallados y un análisis de las relaciones entre los diversos gobernantes y dinastías en *The Complete Royal Families* (pp. 210-231), un inestimable trabajo de Aidan Dodson y Dyan Hilton.

Las construcciones de Osorkon II en Bast se describen en Édouard Naville, *The Festival Hall of Osorkon II*, y se tratan de forma resumida en Charles van Siclen, «Tell Basta». Pascal Vernus, en «Choix de textes» (n.º 8, p. 109), publica el lamento fúnebre por Osorkon II compuesto por uno de sus generales. Sobre la realeza de Horsiese y la declaración de independencia tebana durante el reinado de Osorkon II, véanse Karl Jansen-Winkeln, «Historische Probleme der 3. Zwischenzeit», y David Aston, «Takeloth II». Ambos artículos resultan esenciales para entender la compleja cronología de los acontecimientos relacionados con el príncipe Osorkon; resulta particularmente útil la «tabla 1» del trabajo de Karl Jansen-Winkeln. La principal publicación sobre las tribulaciones del príncipe es la obra de Ricardo Caminos *The Chronicle of Prince Osorkon*; Gerald Broekman, en «The Chronicle of Prince Osorkon», ofrece un análisis y comentarios más recientes.

La historia de Nubia durante la primera parte del Tercer Período Intermedio sigue siendo extremadamente oscura. Uno de los mejores de entre los estudios más recientes es el de John Darnell, *The Inscription of Queen Katimala* (especialmente pp. 55-63). Sobre las tumbas de los antiguos caudillos en El-Kurru, véanse Timothy Kendall, «The Origin of the Napatan State»; Lisa Heidorn, «Historical Implications», y un práctico resumen de David O'Connor, *Ancient Nubia* (pp. 66-69). De Kashta dan constancia diversas inscripciones de la época que llegan por el norte hasta Elefantina; si Amenirdis fue instaurada como futura esposa del dios Amón no por su hermano (Pianjy), sino por su padre (Kashta), como era la práctica habitual, entonces cabe pensar que la autoridad de este último debía de extenderse hasta Tebas. Timothy Kendall, en «Kings of the sacred mountain» y «Egypt and Nubia» (pp. 409-412), ofrece análisis actualizados de la teología asociada a la montaña sagrada de Gebel Barkal. La sugerencia de Kendall («Egypt and Nubia», p. 412) de que es posible que los emigrantes tebanos contribuyeran a «convertir» a los gobernantes kushitas al «amonismo» fundamentalista parece fuera de lugar, dadas las evidencias que atestiguan la presencia de un fervor religioso militante entre la élite nubia ya en el siglo X, tal como demuestra la inscripción de Katimala (John Darnell, *The Inscription of Queen Katimala*, pp. 62-63). Timothy Kendall, en «Jebel Barkal», aborda la historia de los templos en este importante emplazamiento.

Durante mucho tiempo, el nombre de Pianjy se transcribió como «Piye», pero un reciente análisis ha sugerido que la transcripción «Pianjy» resulta mucho más precisa; véase Claude Rilly, «Une nouvelle interprétation du nom royal Piankhy». Sobre la probabilidad de un acuerdo entre Rudamón y Pianjy, y las relaciones amistosas entre ambas dinastías, véase David Aston y John Taylor, «The family of Takeloth II». La hermana de Pianjy, Amenirdis, fue posteriormente adoptada como sucesora de Shepenupet, asegurando así que una kushita se convirtiera a la larga en esposa del dios Amón.

Parece ser que el dominio de Iuput II, o cuando menos su influencia, se extendió más allá de las inmediaciones de Taremu y llegó hasta Per-Uadyet (Buto) en la parte occidental del delta, a juzgar por los brazaletes con su nombre grabado que recientemente se han hallado en el yacimiento; véase Ulrich Hartung, «Recent investigations». La intensa fragmentación política de Egipto en el año 730 y las dificultades de interpretación que envuelven a gobernantes como Iuput II se analizan en Anthony Leahy, «Abydos in the Libyan Period» (Apéndice, pp. 177-195), y Patricia y Jeffrey Spencer, «Notes on late Libyan Egypt». El estudio clásico sigue siendo el de Jean Yoyotte, «Les principautés du delta». La mejor fuente de información original sobre el período, así como sobre la campaña de Pianjy, es la propia estela de la victoria del rey, reproducida íntegramente en Nicolas Grimal, *La stèle triomphale*. Los cuatro reyes representados rindiendo pleitesía en la parte superior de la estela son Nimlot y Peftyauauybast, del Alto Egipto, y Osorkon IV y Iuput II, del Bajo Egipto. Puede que en la época de la campaña de Pianjy, Shepenupet I (la hija del príncipe Osorkon) ostentara todavía el cargo de esposa del dios Amón en Tebas; en algún momento de la década del 750, Kashta había instaurado a su propia hija (Amenirdis I) como futura esposa del dios, y Pianjy siguió el ejemplo tras su campaña del 728.

Sobre el palacio de Pianjy en Napata, véase Timothy Kendall, «The Napatan palace». La predilección de los kushitas por los caballos se trata en László Török, «Iconography and mentality» (pp. 195-197), mientras que Irene Liverani, en «Hillat el-Arab», presenta evidencias de que esta es anterior al auge de la dinastía de Pianjy. Un relieve fragmentario de la victoria de Pianjy en Gebel Barkal da especial importancia a los caballos que este recibió como tributo de varias dinastías egipcias; véase Timothy Kendall, «Kings of the sacred mountain» (p. 164, fig. 28).

21. La voluble rueda de la fortuna

Un inestimable punto de partida sobre la historia del período kushita en Egipto es la colección de textos de la época publicados, en transliteración y traducción, por Tormod Eide *et al.*, eds., *Fontes Historiae Nubiorum*. La copa de fayenza de Bakenrenef se ilustra y describe con detalle en Günther Hölbl, *Beziehungen der*

ägyptischen Kultur zu Altitalien (vol. 1, pp. 81-94, y vol. 2, láminas 28-30). Sobre el reinado de Shabako y la imposición del dominio kushita en el Bajo Egipto, véanse los artículos «Shabaqa» y «Twenty-fifth Dynasty» de Kenneth Kitchen.

La trayectoria profesional de Harua se describe en Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 87); pueden verse detalles sobre su tumba y los shabti con atributos reales en Francesco Tiraditti, «Three years of research in the tomb of Harwa». La inscripción de una de sus estatuas está publicada en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 3, pp. 24-28). La persistencia de estructuras políticas en el delta durante todo el período kushita se trata en Kenneth Kitchen, *The Third Intermediate Period* (pp. 395-398). Un nuevo e importante estudio del mismo fenómeno es el de Olivier Perdu, «La chefferie de Sébennytos».

Sobre el carácter general del gobierno kushita, véase Jean Leclant, «Kuschitenherrschaft», más referencias. Las tendencias arcaizantes del arte kushita se analizan en John Taylor, «The Third Intermediate Period» (pp. 350-352 y 354-362), y Gay Robins, *The Art of Ancient Egypt* (pp. 210-229). Barry Kemp, en *Ancient Egypt* (1.ª ed., pp. 26-27), ofrece un incisivo análisis de la teología menfita. El texto en sí (tratado como una auténtica obra del Imperio Antiguo o incluso anterior) aparece publicado en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 1, pp. 51-57). Sobre la estatuaria kushita, véanse Edna Russmann, *Egyptian Sculpture* (pp. 164-175), y Charles Bonnet y Dominique Valbelle, *The Nubian Pharaohs*. Anthony Leahy, en «Royal iconography and dynastic change», examina un aspecto concreto del arte kushita, a saber, la corona de casquillo. El reinado de Taharqo se trata en Jean Leclant, «Taharqa», y Donald Redford, «Taharqa». Sus campañas en Oriente Próximo, datadas en torno al año 670, pueden deducirse de las listas de donaciones del templo de Kaua. Sobre la importancia de la madre del rey en las sociedades africanas, véanse Jean Leclant, «Kushitenherrschaft», y E. Y. Kormysheva, «Remarks on the Position of the King's Mother in Kush».

Una fuente de información accesible sobre la historia del Imperio asirio es la obra de John Haywood *The Penguin Historical Atlas of Ancient Civilizations* (pp. 38-39 y 46-47). Dan'el Kahn, en «The Assyrian invasions of Egypt», ofrece una visión de conjunto de las relaciones entre los dos países, con referencia a las fuentes antiguas. Sobre la política diplomática de Shabako con respecto a Asiria, véase Grant Frame, «The inscription of Sargon II at Tang-i Var». Los anales reales asirios, incluidos en James Pritchard, ed., *Ancient Near Eastern Texts*, proporcionan un vívido —por más que sesgado— relato presencial de las invasiones de Asarhaddón y Asurbanipal. Puede verse una reconstrucción de la batalla de Eltekeh, basada en relatos de la época, en Kenneth Kitchen, *The Third Intermediate Period* (pp. 384-385). Una inscripción de Asarhaddón que puede estar relacionada con el saqueo de Menfis y la confiscación de las coronas reales kushitas, aparece descrita en W. G. Lambert, «Booty from Egypt?». La referencia a una rebelión en las provincias meridionales tras la invasión asiria del 667/666 procede de una inscripción de Montuemhat en el

templo de Mut en Karnak. Sobre las batallas de Taharqo contra los asirios, véase Charles Bonnet y Dominique Valbelle, *The Nubian Pharaohs* (pp. 142-149), mientras que los mismos autores (pp. 150-154) abordan el breve reinado de Tanutamani (incluida su «estela del Sueño») y la toma del poder por parte de Psamético. Francis Breyer, en *Tanutamani*, ofrece el estudio más completo hasta la fecha sobre el último faraón kushita. Sobre los dos obeliscos capturados por los asirios durante el saqueo de Tebas en el 664, véase Christiane Desroches Noblecourt, «Deux grands obélisques».

Tres buenas introducciones a la historia de la dinastía saíta (la XXVI) son las de Kenneth Kitchen, *The Third Intermediate Period* (pp. 399-408); John Ray, «Late Period: An Overview», y Anthony Spalinger, «Late Period: Twentysixth Dynasty». Puede verse una evaluación (bastante pesimista) del gobierno saíta en Anthony Spalinger, «The concept of the monarchy during the Saite epoch». La extraordinaria trayectoria profesional de Montuemhat se trata en Barry Kemp, *Ancient Egypt* (2.ª ed., pp. 346-348 y 372), y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 88). Sobre su esposa kushita, véase Edna Russmann, «Mentuemhat's Kushite Wife».

La principal fuente de información sobre la adopción de Nitiqret es la estela conmemorativa de Ipetsut, publicada por Ricardo Caminos en «The Nitocris Adoption Stela». Sobre su viaje a Tebas y el papel de Sematauytefnajt, véase Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 90 y 91). La posterior política tebana de Psamético I es analizada en H. de Meulenaere, «La statue du général Djed-ptah-iouf-ankh». Sobre la campaña nubia de Psamético II, véase Charles Bonnet y Dominique Valbelle, *The Nubian Pharaohs* (pp. 164-171). Jean Yoyotte, en «Le martelage des noms royaux éthiopiens», presenta las evidencias sobre la política de persecución de Psamético II contra los monumentos de los reyes kushitas.

El contexto de la injerencia babilonia en Egipto se trata en Dan'el Kahn, «Some remarks on the foreign policy of Psammetichus II», mientras que John Haywood, en *The Penguin Historical Atlas of Ancient Civilizations* (pp. 48-49), ofrece una accesible fuente de información en torno a los principales acontecimientos. Sobre las frustradas campañas de Necao II contra la expansión babilonia en Oriente Próximo, véase Kenneth Kitchen, *The Third Intermediate Period* (p. 407). Alan Lloyd, en «Apries», habla de la política progriega de Uahibra. Un magistral análisis de los acontecimientos que rodearon a la subida al trono de Ahmose II es la obra de Anthony Leahy «The earliest dated monument of Amasis», mientras que John Ray, en «Amasis», ofrece una descripción tan vívida como entretenida del pragmático enfoque del faraón tanto de la política exterior como de la interior. Sobre la ciudad griega de Naucratis, véanse Barry Kemp, *Ancient Egypt* (2.ª ed., pp. 366-370), y John Boardman, *The Greeks Overseas* (cap. 4).

22. Invasión e introspección

El período persa (o más bien, en sentido estricto, los dos períodos persas) constituye una de las épocas más fascinantes de la historia del antiguo Egipto, aunque ha recibido escasa atención por parte de los egiptólogos. La mejor introducción, además de un compendio vital de las fuentes jeroglíficas del período, sigue siendo la obra de Georges Posener *La première domination perse*. A efectos administrativos, Egipto se agrupó con los oasis y la Cirenaica para formar la sexta satrapía del Imperio persa. Sobre los diversos nombres reales (egipcios y persas) atestiguados en el período, véase Jürgen von Beckerath, *Handbuch der ägyptischen Königsnamen*. Leo Depuydt, en «Regnal years and civil calendar», aporta una claridad muy necesaria a la cronología del período. Muy dependiente de las fuentes griegas (en gran medida evitadas por el autor del presente volumen), aunque no por ello menos autorizada, es la obra de Friedrich Kienitz *Die politische Geschichte Ägyptens*. Una entretenida descripción de la vida durante el período persa, tal como se refleja en la denominada «Petición de Petiese», es la de John Ray, *Reflections of Osiris* (cap. 6). Anthony Leahy, en «The adoption of Ankhnesneferibre» (p. 164), trata del destino de la última esposa del dios Amón y de la extraordinaria longevidad de la familia de Psamético I. La imagen de Cambises que revelan las fuentes egipcias ofrece un marcado contraste con las descripciones que harían de su reinado los historiadores griegos, quienes le darían muy mala prensa.

Las inscripciones de Jnemibra en el Uadi Hammamat están publicadas en Georges Posener, *La première domination perse* (pp. 98-116); esa misma obra (pp. 1-26) incluye la edición definitiva de la inscripción autobiográfica de Udyahorresne. Otras descripciones útiles de la trayectoria profesional de Udyahorresne son las de Alan Lloyd, «The inscription of Udjahorresnet»; Ladislav Bareš, *Abusir IV*, y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 93). Las actividades de Nesmahes en Taremu las sitúan en su contexto Carol Redmount y Renée Friedman en «Tell el Muqdam».

Sobre las fuentes de información en torno a los materiales y artesanos empleados en la construcción del palacio de Darío I en Susa, véase Paul Cartledge, *Alexander the Great* (pp. 39-40). El trabajo más destacado sobre la naturaleza del gobierno persa en Egipto (y la reacción egipcia contra él) es el de John Ray «Egypt: dependence and independence». El puesto fronterizo persa de Dorginarti se analiza en Lisa Heidorn, «The Persian claim to Kush», y las fortalezas contemporáneas de Tell el-Herr, en el Sinaí, en Dominique Valbelle, «A First Persian Period Fortress». Barry Kemp, en *Ancient Egypt* (2.ª ed., pp. 361-363), proporciona un concienzudo análisis de las estelas de Darío I en el canal de Suez; puede verse la publicación original en Georges Posener, *La première domination perse* (pp. 48-87, para el texto jeroglífico), y V. Scheil, «Documents et arguments» (para el cuneiforme). La fecha de construcción puede establecerse con bastante precisión: según la lista de satrapías de las estelas, el canal debió de construirse tras la conquista de Darío de Sind, en el 518, pero antes de su campaña escita del 513.

La fascinante historia de los ingenieros hidráulicos persas del oasis de Jarga se narra en Michel Wuttmann, «Ayn Manawir». Sobre las evidencias de matrimonios mixtos entre egipcios y persas, véase Ian Mathieson *et al*., «A Stela of the Persian Period». La inscripción de Ariyawrata en el Uadi Hammamat también registra este apodo egipcio adoptado por el funcionario persa, Dyedhor; véase Georges Posener, *La première domination perse* (pp. 127-128).

Las numerosas revueltas contra el dominio persa acaecidas en los siglos V y IV son objeto de considerable atención en los relatos griegos (por razones obvias), pero, en cambio, hay pocas fuentes de información egipcias de la época sobre ellas. Las actuales excavaciones realizadas en Ayn Manawir (oasis de Jarga) han sacado a la luz un importante archivo de contratos demóticos que parecen corroborar en varios aspectos la versión de Herodoto; véase Michel Chauveau, «The demotic ostraca of Ayn Manawir». La comunidad judía de Abu y la destrucción del templo de Yahvé en el 410 se tratan en Bezalel Porten, *The Elephantine Papyri*, y Boulos Ayad Ayad, «From the archive of Ananiah, son of Azariah».

La purga de egipcios de los puestos de autoridad bajo el reinado de Jerjes I puede deducirse del hecho de que los papiros de Elefantina, datados en su reinado y en los de sus sucesores Artajerjes I y Darío II, no mencionan a ningún egipcio en cargos importantes.

Sobre la turbulenta y tortuosa historia de la XXIX Dinastía (Nayfaarudye y sus sucesores), véanse Claude Traunecker, «Essai sur l'histoire de la XXIXe dynastie», y John Ray, «Psammuthis and Hakoris».

Paul Cartledge, en *Agesilaos and the Crisis of Sparta*, describe las relaciones entre el rey espartano y sus contemporáneos egipcios. El auge de la XXX Dinastía se analiza en H. de Meulenaere, «La famille royale des Nectanébo», mientras que la estela de Naucratis de Najtnebef aparece publicada en Adolf Erman y Ulrich Wilcken, «Die Naukratisstele», y traducida en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 3, pp. 86-89). John Ray, en «Late Period: Thirtieth Dynasty», proporciona un accesible resumen histórico de los reinados de Najtnebef, Dyedhor y Najthorhabet. Sobre la trayectoria profesional de Unnefer, véanse F. von Känel, «Les mésaventures du conjurateur de Serket», y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 94). La vida y época de Najthorhabet se examinan en John Ray, *Reflections of Osiris* (cap. 7), y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 95).

El fenómeno de los cultos a animales en el Egipto del Período Tardío ha sido objeto de un amplio debate. Entre los mejores análisis recientes se cuenta el de Barry Kemp *Ancient Egypt* (2.ª ed., pp. 373-381), mientras que la obra fundamental al respecto es la de Dieter Kessler, *Die heiligen Tiere*, que analiza en particular las conexiones entre animales sagrados y culto real. Harry Smith, en *A Visit to Ancient Egypt*, ofrece una descripción muy entretenida de la necrópolis de animales sagrados de Saqqara. Sobre las galerías de ibis de Tuna el-Gebel (la necrópolis de la antigua

Jmun), véase Dieter Kessler y Abd el-Halim Nur el-Din, «Inside the ibis galleries». Uno de los templos mejor preservados de Najthorhabet se describe en Neal Spencer, «The great naos of Nekhthorheb». El enterramiento de animales para demarcar recintos sagrados en la antigua Nejen predinástica se trata en Renée Friedman, «Origins of monumental architecture».

La estela de Sematauytefnajt, testimonio de la segunda conquista persa, aparece publicada en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 3, pp. 41-44), con estudios adicionales de Paul Tresson, «La stèle de Naples», y Jacques-Jean Clère, «Une statuette du fils aîné du roi Nectanebô». Su trayectoria profesional se resume en Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 96). Sobre las actividades de Petosiris en Jmun, véanse Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 3, pp. 44-54), y Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 97). Los mejores análisis del efímero reinado de Jababash son los de Friedrich Kienitz, *Die politische Geschichte Ägyptens* (pp. 185-189); Anthony Spalinger, «The Reign of King Chabbash», y Robert Morkot, «Khababash, the guerilla king». La campaña persa de Alejandro y su conquista de Egipto se analizan en Paul Cartledge, *Alexander the Great* (sobre la importancia de la visita a Siwa, véase pp. 265-270).

23. El largo adiós

Hasta ahora no hay ningún estudio detallado sobre el tiempo que Alejandro Magno pasó en Egipto, ni tampoco de su duradero impacto en el país que tan brevemente visitó. Las descripciones del período ptolemaico normalmente empiezan con Alejandro, y la obra de Günther Hölbl *A History of the Ptolemaic Empire* constituye una buena introducción. Sobre el aviso de Peucestas, véase E. G. Turner, «A commander-in-chief's order from Saqqâra».

La trayectoria profesional de Ptolomeo I se resume en Toby Wilkinson, *Lives of the Ancient Egyptians* (n.º 98). Puede verse un análisis exhaustivo de las Guerras de los Diádocos, las Guerras Sirias, la expansión del Imperio ptolemaico y la procesión de Ptolomeo II en Günther Hölbl, *A History of the Ptolemaic Empire*. Sobre los recientes trabajos arqueológicos en Berenice Panchrysos, véase Angelo y Alfredo Castiglioni, «Discovering Berenice Panchrysos».

La fundación y el trazado de Alejandría se analizan en Jean-Yves Empereur, *Alexandria Rediscovered*, y John Ray, «Alexandria». La estela del Sátrapa, datada en el año 311, confirma que para entonces Ptolomeo había adoptado ya Alejandría como su nueva capital. Las modernas reconstrucciones del antiguo aspecto de la ciudad le deben mucho a la descripción que de ella hiciera Estrabón en la primera década de dominación romana, resumida en Alan Bowman, *Egypt After the Pharaohs*. La arqueología submarina de los últimos años ha descubierto muchas de las estatuas y monumentos que antaño decoraron las residencias palaciegas, junto con bloques de

piedra del célebre faro; véase Jean-Yves Empereur, «Alexandria: The Underwater Site near Qaitbay Fort» y «Raising Statues and Blocks from the sea at Alexandria». La advertencia de que el nombre egipcio de Alejandría, Rajotis (Ra-qed), es de hecho un eufemismo que significa «lugar de construcción», se la debemos a Michel Chauveau, *L'Égypte au temps de Cléopâtre* (p. 77); véase también Mark Depauw, «Alexandria». Sobre los intelectuales que estudiaron en Alejandría durante el reinado de los primeros Ptolomeos, véase Alan Bowman, *Egypt After the Pharaohs*. Una fuente de información accesible sobre la Gran Biblioteca y el faro es Jean-Yves Empereur, *Alexandria: Past, Present and Future*.

Roger Bagnall, en «Greeks and Egyptians: Ethnicity, Status, and Culture», proporciona un reciente y estimulante análisis de la brecha étnica y cultural existente entre las comunidades griega y egipcia en el Egipto ptolemaico. A comienzos del período ptolemaico, había de hecho tres sistemas de leyes distintos que funcionaban de forma paralela: uno para los griegos, otro para los egipcios, y un tercero para arbitrar entre ambas comunidades. La vida de los habitantes e inmigrantes griegos se analiza con detalle en Naphtali Lewis, *Greeks in Ptolemaic Egypt*. Sobre la estructura de la administración y la ciudad de Menfis en el período ptolemaico, la obra de Dorothy Thompson *Memphis Under the Ptolemies* constituye una fuente de información sin parangón. Los principales rasgos del culto a Serapis se resumen en Richard Wilkinson, *The Complete Gods and Goddesses* (pp. 127-128). Se han escrito muchas obras sobre el culto a los soberanos ptolemaicos; una de las más útiles es la de Jan Quaegebeur, «The Egyptian clergy and the cult of the Ptolemaic dynasty».

La explotación económica de Egipto bajo el gobierno ptolemaico es el objeto de estudio de la magistral obra de J. G. *Manning Land and Power in Ptolemaic Egypt*. Sobre el papel del escriba rural, tal como lo atestigua la correspondencia de uno de ellos, residente en Kerkeosiris, véase A. M. F. W. Verhoogt, *Menches, Komogrammateus of Kerkeosiris*.

La historia de Ptolomeo IV arengando a sus tropas a través de un intérprete antes de la batalla de Rafia la relata Polibio.

Brian McGing, en «Revolt Egyptian Style», ofrece una detallada visión de las rebeliones autóctonas de los siglos III a I a.C. La revuelta tebana del 206-186 se trata con mayor detalle en Günther Hölbl, *A History of the Ptolemaic Empire* (pp. 153-159), y Willy Clarysse, «Notes de prosopographie thébaine». Puede verse la reproducción íntegra y un análisis de todos los documentos contemporáneos en P. W. Pestman, «Haronnophris and Chaonnophris». Una inscripción en File sugiere que Anjunnefer pudo haber sido hijo de Horunnefer. John Ray, en *The Rosetta Stone*, describe el contexto de la poco conocida rebelión del delta durante el reinado de Ptolomeo V (centrada en una población que, de manera bastante confusa, en griego se llamaba también Licópolis, Shekan en egipcio), y proporciona una traducción actualizada del texto demótico de la piedra de Rosetta (pp. 164-170). Sobre las

consecuencias de las insurrecciones y la imposición del gobierno militar en el Alto Egipto, véase K. Vandorpe, «City of many a gate, harbour for many a rebel».

Las incesantes luchas internas en el seno de la familia real, la creciente relación de Egipto con Roma y la historia de los últimos Ptolomeos se tratan con detalle en Günther Hölbl, *A History of the Ptolemaic Empire* (pp. 181-231). De manera harto confusa, la primera esposa (y hermana carnal) de Ptolomeo VIII fue Cleopatra II; la hija de ella, y segunda esposa de él, fue Cleopatra III.

La inscripción de la tapa del sarcófago del real escriba Unnefer aparece publicada y traducida en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 3, pp. 54-58). La fecha de nacimiento de Cleopatra ha sido establecida hacia finales del año 70 o principios del 69 por algunos autores (como, por ejemplo, Günther Hölbl, *A History of the Ptolemaic Empire*), y, de manera más precisa, a comienzos del año 69 por otros (como Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt: From History to Myth*). En cualquier caso, según los cálculos modernos, finales del 70 y principios del 69 correspondían al mismo año en el calendario del antiguo Egipto.

Los estudiosos discrepan en torno a la ascendencia, los antepasados y, por ende, el origen étnico de Cleopatra. Mientras que Andrew Meadows, en «Sins of the fathers» (p. 23), sostiene que era la hija de Ptolomeo XII y de su hermana carnal (Cleopatra V) —una opinión que Robert Bianchi, en «Cleopatra VII», da por segura—, W. Huss, en «Die Herkunft der Kleopatra», alberga dudas sobre la identidad de su madre. Sally-Ann Ashton, en *Cleopatra and Egypt* (p. 1), admite que Cleopatra pudo haber sido solo «en parte egipcia» y que su sangre extranjera podía proceder, cuando no de su madre, al menos de su abuela, una concubina de Ptolomeo IX.

24. «Finis»

Sobre los sumos sacerdotes de Ptah durante el período ptolemaico, y en especial sobre los dos últimos que ostentaron dicho cargo, Pasherenptah e Imhotep, véanse Jan Quaegebeur, «Contribution à la prosopographie des prêtres memphites», y E. A. E. Reymond y J. W. B. Barns, «Alexandria and Memphis». La tesis de Reymond, que Pasherenptah estaba emparentado con la familia real ptolemaica (y era primo segundo de Cleopatra), no cuenta con una aceptación generalizada, y no se ha seguido aquí. La estela funeraria de Pasherenptah aparece publicada en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (cat. 192). El reinado de Ptolomeo XII, incluido su exilio en Roma, se describe con detalle en Günther Hölbl, *A History of the Ptolemaic Empire*, y Andrew Meadows, «Sins of the fathers». Las evidencias de que Cleopatra pudo haber acompañado a su padre a Roma en el 57 se analizan en Guy Weill Goudchaux, «Cleopatra's subtle religious strategy» (p. 131), basándose en la interpretación de Wilhelm de una inscripción griega.

La historia, construcción y decoración del templo de Hathor en Iunet se analiza en Jan Quaegebeur, «Cléopâtre VII et le temple de Dendara». Se cree que el eclipse solar del 7 de marzo del 51, que se interpretó como un presagio de la muerte de Ptolomeo XII, fue representado en el santuario que había en la azotea del templo. El famoso «techo del Zodíaco», actualmente en el Louvre, muestra las posiciones de las constelaciones en el 50, el primer año del reinado de Cleopatra en solitario.

Los miles de libros publicados sobre la vida, los amores y la muerte de Cleopatra llenarían por sí solos una pequeña biblioteca. Dos estudios recientes, el de Diana Preston *Cleopatra and Antony*, y el de Joann Fletcher *Cleopatra the Great*, obra de una historiadora y un egiptólogo respectivamente, ilustran nuestra incansable fascinación por la última reina de Egipto. Uno de los mejores estudios, centrado especialmente en las evidencias egipcias, es el de Sally-Ann Ashton *Cleopatra and Egypt*. Las evidencias de que Palestina permaneció leal a Cleopatra después de que esta fuera expulsada de Egipto, adoptan la forma de unas monedas acuñadas en Ascalón en las que aparece su retrato, datadas en el 49/48; véase Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (cat. 220). La historia de Cleopatra siendo introducida clandestinamente para ver a Julio César se ha narrado muchas veces; el método varía según el autor, y va desde un saco de ropa de cama hasta una alfombra.

La cuestión del aspecto físico de Cleopatra se trata con detalle en Guy Weill Goudchaux, «Was Cleopatra beautiful?». Se ha sugerido que los retratos de las monedas que la representaban con una larga nariz aquilina y la barbilla puntiaguda pudieron haber sido concebidos así con la intención de emular conscientemente los rasgos de los retratos romanos, en un gesto de respeto hacia Julio César. De ser así, es posible que su verdadera fisonomía fuera algo menos pronunciada, tal como parece indicar parte de su estatuaria; véase Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (cats. 160-164). Sobre las monedas acuñadas en Chipre para celebrar el nacimiento de Cesarión, véase Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (cat. 186).

El nacimiento de Imhotep se narra en la estela de su madre Taimhotep, descrita en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (cat. 193), y traducida en Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature* (vol. 3, pp. 59-65). Sobre las actividades de Cleopatra en los santuarios autóctonos egipcios, véase Sally-Ann Ashton, *Cleopatra and Egypt* (pp. 88-101). Una estela en la que se representa a un faraón masculino con el atuendo tradicional, pero con una inscripción en la que figura el nombre de Cleopatra, sugiere que al menos una parte de sus compatriotas la veían como una monarca absolutamente legítima; véase Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (cat. 154). La afirmación de que Cleopatra hablaba egipcio la hace Plutarco en su *Vida de Marco Antonio*, 27.4-5.

Sobre la devaluación de las monedas de plata y el uso de bronce durante el reinado de Cleopatra, véase Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (p.

177). Las Donaciones de Alejandría fueron descritas con detalle por Plutarco en su *Vida de Marco Antonio* (cap. 54).

El decreto tributario que favoreció a Canidio aparece publicado en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (cat. 188); algunos autores cuestionan la identificación de la escritura de puño y letra de Cleopatra (véase Sally-Ann Ashton, *Cleopatra and Egypt*, p. 76). Sobre el contrato de Gebtu, véase Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (cat. 173). La causa de la muerte de Cleopatra la trata, entre otros, J. Gwyn Griffiths en «The death of Cleopatra VII», donde rechaza cualquier simbolismo religioso deliberado en la muerte por picadura de serpiente. Sobre las numerosas reviviscencias de Cleopatra, la obra de Lucy Hughes-Hallett *Cleopatra* resulta de un valor incomparable.

La expresión anj dyet se incluye en el segundo cartucho de Ptolomeo XV, grabado frente a su corona en el muro trasero del templo de Dendera; resulta claramente visible en la fotografía (fig. 3.2) incluida en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt* (p. 138), así como en los dibujos de Dendera publicados en la napoleónica *Description de l'Égypte*; véase Charles Gillispie y Michel Dewachter, eds., *Monuments of Egypt* (A. vol. IV, lámina 28.12).

EPÍLOGO

La naturaleza del gobierno romano en Egipto, incluida la explotación económica del país, la describe muy bien David Peacock en «The Roman Period». Sobre la cantera del monte Claudiano véase David Peacock, *Rome in the Desert*, y sobre la del monte Porfirita, David Peacock y Valerie Maxfield, «On the Trail of Imperial Porphyry». Las evidencias del comercio romano con la India a través del mar Rojo se presentan en Steven Sidebotham y Willemina Wendrich, «Berenike».

La expedición napoleónica a Egipto se trata con detalle en Charles Gillispie y Michel Dewachter, eds., *Monuments of Egypt* («Historical Introduction», pp. 1-29), y de forma resumida en John Ray, *The Rosetta Stone* (cap. 2).

La reciente bibliografía sobre la «egiptomanía» (la fascinación occidental por la cultura del antiguo Egipto) es muy extensa. La obra clásica es la de James Curl *The Egyptian Revival*, mientras que en «Egyptomania», Richard Fazzini y Mary McKercher ofrecen un resumen tan concienzudo como accesible. La obra de Jean-Marcel Humbert, Michael Pantazzi y Christiane Ziegler *Egyptomania* es el catálogo de una importantísima exposición sobre la materia, con ilustraciones magníficas. Un buen análisis reciente sobre la influencia de Egipto en la Roma imperial es el de Carla Alfano, «Egyptian influences in Italy».

Sobre las numerosas reviviscencias de Ajenatón, la obra de Dominic Montserrat *Akhenaten* resulta de gran valor, a la vez que sumamente entretenida. Finalmente, las

miles de formas en que el mundo actual se apropia de la cultura del antiguo Egipto se analizan en Sally MacDonald y Michael Rice, eds., *Consuming Ancient Egypt*.

Bibliografía

Fuentes antiguas

Las traducciones de los textos antiguos utilizadas en este libro son del propio autor, excepto cuando se indica lo contrario. Las referencias que se señalan a continuación son las de las publicaciones o ediciones utilizadas como fuente para las traducciones del autor.

Abreviaturas

FHN: Tormod Eide *et al*., eds., *Fontes Historiae Nubiorum*.
KRI: Kenneth Kitchen, *Ramesside Inscriptions*.
Lesestücke: Kurt Sethe, *Ägyptische Lesestücke*, Leipzig, 1924.
Urkunden I: Kurt Sethe, *Urkunden des ägyptischen Altertums, Abteilung I: Urkunden des alten Reiches*, 2.ª ed., Leipzig/Berlín, 1932-1933.
Urkunden II: Kurt Sethe, *Urkunden des ägyptischen Altertums, Abteilung II: Hieroglyphische Urkunden der griechisch-römischen Zeit*, Leipzig, 1904.
Urkunden IV: Kurt Sethe (volúmenes posteriores recopilados por Wolfgang Helck), *Urkunden des ägyptischen Altertums, Abteilung IV: Urkunden der 18. Dynastie*, Leipzig/Berlín, 1906-1958.
Urkunden V: Georg Steindorff, *Urkunden des ägyptischen Altertums, Abteilung V: Ausgewahlte Texte des Totenbuches*, Leipzig, 1915.
Urkunden VII: Kurt Sethe, *Urkunden des ägyptischen Altertums, Abteilung VII: Historisch-biographische Urkunden des Mittleren Reiches*, Leipzig, 1935.

Ahmose, hijo de Abana, inscripción sepulcral: *Urkunden IV*, pp. 1-11.
Ahmose, estela de Karnak: *Urkunden IV*, pp. 14-24.
Ahmose, estela del Serapeum: Georges Posener, *La première domination perse*, pp. 41-46.
Ahmose, estela de la Tempestad: Claude Vandersleyen, «Une tempête sous la règne d'Amosis».
Ahmose, estela de Tetisheri: *Urkunden IV*, pp. 26-29.
Ahmose, inscripción en la cantera de piedra caliza de Tura: *Urkunden IV*, pp. 24-25.
Ajenatón, inscripción fundacional inicial (estelas fronterizas K, X y M): Maj Sandman, *Texts*, n.º CXIX, pp. 103-118.

Ajenatón, inscripción fundacional posterior (estelas fronterizas A, B, J, N, Q, R, S y U): Maj Sandman, *Texts*, n.º CXX, pp. 119-131; *Urkunden IV*, pp. 1.981-1.990.
Amenhotep II, estela de la Gran Esfinge: *Urkunden IV*, pp. 1.276-1.283.
Amenhotep II, inscripción de Medamud: *Urkunden IV*, pp. 1.322-1.323.
Amenhotep II, estela de Menfis: *Urkunden IV*, pp. 1.300-1.309.
Amenhotep III, escarabeo de la caza de toros: *Urkunden IV*, p. 1.738.
Amenhotep III, inscripción del nacimiento divino, templo de Luxor: *Urkunden IV*, pp. 1.713-1.721.
Amenhotep III, escarabeo del matrimonio: *Urkunden IV*, p. 1.738.
Amenhotep III, estela de Kom el-Hetan: *Urkunden IV*, pp. 1.646-1.657.
Anales sacerdotales de Karnak: Jean-Marie Kruchten, *Les annales des prêtres*.
Anjtifi, inscripción sepulcral: Jacques Vandier, *Mo'alla*.
Atu, paleta de escriba: Wolfgang Helck, *Historisch-Biographische Texte*, n.º 85, pp. 57-58.
Bay, inscripción de Gebel el-Silsila: *KRI*, vol. IV, p. 371.
Ciclo de himnos a Senusert III: *Lesestücke*, pp. 65-67.
Dediqu, inscripción en estela: Heinrich Schäfer, «Ein Zug nach der grossen Oase».
Dyary, estela funeraria: W. M. Flinders Petrie, *Qurneh*, Londres, 1909, lámina II.
Dyemy, estela funeraria: Hans Goedicke, «The inscription of *Dmi*».
Enseñanza para Merikara: Wolfgang Helck, *Die Lehre für König Merikare*, Wiesbaden, 1977.
Enseñanzas de Amenemhat I: Wolfgang Helck, *Der Text der Lehre Amenemhets I. für seinen Sohn*, Wiesbaden, 1969.
Gran himno a Atón: Maj Sandman, *Texts*, n.º CXIII, pp. 93-96.
Gran Papiro de Harris I: W. Erichsen, *Papyrus Harris I: Hieroglyphische Transkription*, Bruselas, 1933.
Harjuf, inscripción sepulcral: *Urkunden I*, pp. 120-131.
Hatshepsut, inscripción en obelisco de Karnak: *Urkunden IV*, pp. 356-373.
Henenu, estela funeraria: William Hayes, «Career of the great steward Henenu».
Herodoto: *Historias*, trad. de Aubrey de Sélincourt, rev. de A. R. Burn, Harmondsworth, 1972.
Hetepi, estela funeraria: Gawdat Gabra, «Preliminary Report on the Stela of *Htpi*».
Himno a Amón: Pascal Vernus, «Choix de textes», n.º 1, pp. 103-104.
Historia de Sinuhé: Lesestücke, pp. 3-17.
Horemheb, inscripción de la coronación: *Urkunden IV*, pp. 2.113-2.120.
Horemheb, edicto: *Urkunden IV*, pp. 2.140-2.162.
Huya, inscripción sepulcral: Maj Sandman, *Texts*, n.º XXXVI-L, pp. 33-43; Norman de Garis Davies, *The Rock Tombs of El Amarna*, parte III.
Ineni, inscripción sepulcral: *Urkunden IV*, pp. 59-60.
Inscripciones de Hatnub: Rudolf Anthes, *Die Felseninschriften von Hatnub*.

Instauración del visir, de la inscripción sepulcral de Rejmira: *Urkunden IV*, pp. 1.085-1.093.
Intef, estela funeraria de Naga el-Deir: Henry Fischer, *Inscriptions from the Coptite Nome*, n.º 43, pp. 106-111.
Intef, estela: Henry Fischer, *Dendera*, p. 200, fig. 39.
Intef II, estela funeraria: Gay Robins, *The Art of Ancient Egypt*, p. 85, fig. 83.
Intef V, estela de Coptos: Wolfgang Helck, *Historisch-Biographische Texte*, n.º 106, pp. 73-74.
Intefiqer, inscripción del Uadi el-Girgawi: Zbynek Žába, *The Rock Inscriptions of Lower Nubia*, n.º 73, pp. 98-109.
Iti, estela funeraria: H. O. Lange y H. Schäfer, *Grab- und Denksteine des Mittleren Reichs im Museum von Kairo*, n.º 20.001-20.780, Berlín, 1902, vol. 1, pp. 1-2, y vol. 4, lámina 1.
Jeruef, inscripción sepulcral: The Epigraphic Survey, *The Tomb of Kheruef*.
Jety I, inscripción sepulcral: Hellmut Brunner, *Die Texte aus den Gräbern*.
Jnumhotep I, inscripción biográfica: *Urkunden VII*, pp. 11-12.
Ka, estela funeraria: Torgny Säve-Söderbergh, «A Buhen stela», fig. 1.
Kamose, estela de la victoria de Tebas: Labib Habachi, *The Second Stela of Kamose*.
Kay, estela funeraria: Rudolf Anthes, «Eine Polizeistreife».
Leales enseñanzas: Georges Posener, *L'enseignement loyaliste: sagesse égyptienne de Moyen Empire*, Ginebra, 1976.
Libro de los muertos, cap. 6: Edouard Naville, *Das Aegyptische Todtenbuch der XVIII. bis XX. Dynastie*, vol. 1, Berlín, 1886.
Libro de los muertos, cap. 17: *Urkunden V*.
Mahu, inscripción sepulcral: Maj Sandman, *Texts*, n.º LXII-LXIX, pp. 50-54; Norman de Garis Davies, *The Rock Tombs of El Amarna*, parte IV.
Menjeperra, estela del Destierro: Jürgen von Beckerath, «Die "Stele der Verbannten"».
Mentuhotep IV, inscripción del Uadi Hammamat: J. Couyat y Pierre Montet, *Les inscriptions hiéroglyphiques et hiératiques du Ouadi Hammâmât*, 2 vols., El Cairo, 1912-1913, n.º 110, pp. 77-78 y lámina XXIX.
Mentuhotepi, estela de Karnak: Pascal Vernus, «La stèle du pharaon *Mntw-htpi* à Karnak».
Merenptah, Gran Inscripción de Karnak: Colleen Manassa, *The Great Karnak Inscription*.
Merenptah, inscripción libia: *KRI*, vol. IV, pp. 2-12.
Merer, estela funeraria: Jaroslav Cerný, «The stela of Merer in Cracow», *Journal of Egyptian Archaeology*, 47 (1961), pp. 5-9 y lámina 1.
Meryra I, inscripción sepulcral: Maj Sandman, *Texts*, n.º I-XIV, pp. 1-21; Norman de Garis Davies, *The Rock Tombs of El Amarna*, parte I.
Min, inscripción sepulcral: *Urkunden IV*, pp. 976-980.

Najtnebef, estela de Hermópolis: H. de Meulenaere, «La famille royale des Nectanébo».
Najtnebef, estela de Naucratis: Adolf Erman y Ulrich Wilcken, «Die Naukratisstele».
Neferhotep III, inscripción de Karnak: Wolfgang Helck, *Historisch-Biographische Texte*, n.º 62, p. 45.
Ostracon O.IFAO 1864: Pierre Grandet, «L'exécution du chancelier Bay».
Papiro BM 10.052: Eric Peet, *The Great Tomb Robberies*, láminas XXV-XXXV.
Papiro de Amherst: Eric Peet, *The Great Tomb Robberies*, láminas IV-V.
Pianjy, estela de la victoria: Nicolas Grimal, *La stèle triomphale*.
Profecía de Neferti: Wolfgang Helck, *Die Prophezeiung des Nfr.tj*, Wiesbaden, 1970.
Psamético II, estela de Shellal: Charles Bonnet y Dominique Valbelle, *The Nubian Pharaohs*, p. 166.
Ptolomeo (I), estela del Sátrapa: *Urkunden II*, pp. 11-22.
Qenamón, inscripción sepulcral: *Urkunden IV*, pp. 1.385-1.406.
Rahotep, estela de Coptos: Wolfgang Helck, *Historisch-Biographische Texte*, n.º 87, pp. 59-60.
Ramsés II, «poema» de la batalla de Qadesh: *KRI*, vol. II, pp. 2-64.
Ramsés II, primera inscripción del matrimonio hitita: *KRI*, vol. II, pp. 233-256.
Ramsés II, tratado con los hititas: *KRI*, vol. II, pp. 225-232.
Ramsés III, estela de Deir el-Medina: *KRI*, vol. V, pp. 90-91.
Ramsés III, gran inscripción del año 8, Medinet Habu: *KRI*, vol. V, pp. 37-43.
Ramsés III, escenas del harén, Medinet Habu: *KRI*, vol. V, p. 295.
Ramsés III, papiro «judicial» de Turín: *KRI*, vol. V, pp. 350-360.
Ramsés III, papiro «de la huelga» de Turín: Alan Gardiner, ed., *Ramesside Administrative Documents*, Londres, 1948, n.º XVIII, pp. 45-58.
Ramsés IV, Gran Estela de Abydos: *KRI*, vol. VI, pp. 17-20.
Ramsés IV, segunda estela de Abydos: *KRI*, vol. VI, pp. 20-25.
Ramsés IV, inscripción del año 3 en el Uadi Hammamat: *KRI*, vol. VI, pp. 12-14.
Rejmira, inscripción biográfica: *Urkunden IV*, pp. 1.071-1.085.
Sátira de los oficios: Wolfgang Helck, *Die Lehre des Dw3-Htjj*, Wiesbaden, 1970.
Senenmut, inscripción en estatua de Karnak: *Urkunden IV*, pp. 407-415.
Sennefer, inscripción sepulcral: *Urkunden IV*, pp. 1.417-1.434.
Senusert III, estela de Semna: *Lesestücke*, pp. 83-84.
Sethnajt, estela de Elefantina: *KRI*, vol. V, pp. 671-672.
Seti I, inscripción en el templo de Kanais: *KRI*, vol. I, pp. 65-70.
Seti I, Decreto de Nauri: *KRI*, vol. I, pp. 45-58.
Shabako, escarabeo commemorativo: *FHN*, n.º 14, pp. 123-125.
Sobeknajt, inscripción autobiográfica: Vivian Davies, «Sobeknakht of Elkab».
Soped-her, estela funeraria: Torgny Säve-Söderbergh, «A Buhen stela», fig. 2.
Tablilla de Carnarvon n.º 1: Alan Gardiner, «The defeat of the Hyksos».
Taharqo, estela del desierto: *FHN*, n.º 23, pp. 158-163.

Taharqo, estela del año 6 en Kawa: *FHN*, n.º 22, pp. 145-158.
Tanutamani, estela del Sueño: *FHN*, n.º 29, pp. 193-209.
Textos de las Pirámides: Kurt Sethe, *Die altägyptischen Pyramidentexte*, 4 vols., Leipzig, 1908-1922.
Textos de los Sarcófagos: Adriaan de Buck, *The Egyptian Coffin Texts*.
Thutmose I, estela de Abydos: *Urkunden IV*, pp. 94-103.
Thutmose I, inscripción de la victoria en Tombos: *Urkunden IV*, pp. 82-86.
Thutmose III, inscripción de Karnak sobre Megido: *Urkunden IV*, pp. 647-667.
Thutmose III, inscripción en obelisco: *Urkunden IV*, pp. 586-587.
Tutankamón, estela de la Restauración: *Urkunden IV*, pp. 2.025-2.032.
Tutu, inscripción sepulcral: Maj Sandman, *Texts*, n.º XCVII-CIX, pp. 70-87; Norman de Garis Davies, *The Rock Tombs of El Amarna*, parte VI.
Tyauty, inscripción en el desierto: John y Deborah Darnell, *Theban Desert Road Survey*, pp. 30-37.
Tyauty, falsa puerta: Henry Fischer, *Inscriptions from the Coptite Nome*, lámina XIV, n.º 14.
Tyety, estela funeraria: Gay Robins, *The Art of Ancient Egypt*, p. 86, fig. 85.
Udyahorresne, inscripción en estatua: Georges Posener, *La première domination perse*, pp. 1-29.
Ueni, inscripción autobiográfica: *Urkunden I*, pp. 98-110.

Obras modernas

Adams, Barbara, *Ancient Nekhen: Garstang in the City of Hierakonpolis*, New Malden, 1990.
Adams, Matthew, «Monuments of Egypt's early kings at Abydos», conferencia inédita pronunciada en el coloquio «Egypt at its Origins: Predynastic and Early Dynastic Egypt, Recent Discoveries», The British Museum, Londres, 28 de julio de 2008.
Albert, Jean-Pierre, y Béatrix Midant-Reynes, eds., *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, París, 2005.
Aldred, Cyril, *Akhenaten, King of Egypt*, Londres, 1988.
—, «More light on the Ramesside tomb robberies», en John Ruffle, G. A. Gaballa y Kenneth A. Kitchen, eds., *Orbis Aegyptiorum Speculum. Glimpses of Ancient Egypt. Studies in Honour of H. W. Fairman*, Warminster, 1979, pp. 92-99.
—, «The parentage of King Siptah», *Journal of Egyptian Archaeology*, 49 (1963), pp. 41-48.
Alfano, Carla, «Egyptian influences in Italy», en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt: From History to Myth*, Londres, 2001, pp. 276-291.

Allen, James P., «After Hatshepsut. The Military Campaigns of Thutmose III», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 261-262.
—, «Ba», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 161-162.
—, *Genesis in Egypt: The Philosophy of Ancient Egyptian Creation Accounts*, New Haven, 1988.
—, «Reading a pyramid», en Catherine Berger, Gisèle Clerc y Nicolas Grimal, eds., *Hommages à Jean Leclant*, El Cairo, 1994, vol. 1, pp. 5-28.
—, *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Atlanta, 2005.
Altenmüller, Hartwig, y Ahmed M. Moussa, «Die Inschrift Amenemhets II. aus dem Ptah-Tempel von Memphis. Ein Vorbericht», *Studien zur Altägyptischen Kultur*, 18 (1991), pp. 1-48.
Amer, Amin A. M. A., «Reflections on the reign of Ramesses VI», *Journal of Egyptian Archaeology*, 71 (1985), pp. 66-70.
Anderson, Wendy, «Badarian burials: evidence of social inequality in Middle Egypt during the early Predynastic era», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 29 (1992), pp. 51-66.
Andrews, Carol, *Amulets of Ancient Egypt*, Londres, 1994.
Anthes, Rudolf, *Die Felseninschriften von Hatnub*, Leipzig, 1928.
—, «Eine Polizeistreife des Mittleren Reiches in die westlichen Oase», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 65 (1930), pp. 108-114.
Arkell, A. J.,«Varia Sudanica», *Journal of Egyptian Archaeology*, 36 (1950), pp. 24-40.
Arnold, Dieter, «Djeser-djeseru. The temple of Hatshepsut at Deir el-Bahri», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 135-140.
—, «Two New Mastabas of the Twelfth Dynasty at Dahshur», *Egyptian Archaeology*, 9 (1996), pp. 23-25.
Arnold, Dorothea, «Amenemhat I and the Early Twelfth Dynasty at Thebes», *Metropolitan Museum Journal*, 26 (1991), pp. 5-48.
—, «The destruction of the statues of Hatshepsut from Deir el-Bahri», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 270-276.
Ashton, Sally-Ann, *Cleopatra and Egypt*, Oxford, 2008.
Aston, David A., «Takeloth II: A king of the "Theban Twenty-third Dynasty"?», *Journal of Egyptian Archaeology*, 75 (1989), pp. 139-153.
—, y Edgar B. Pusch, «The pottery from the royal horse stud and its stratigraphy», *Ägypten und Levante*, 9 (1999), pp. 39-75.
—, y John H. Taylor, «The family of Takeloth II and the "Theban" Twenty-third Dynasty», en Anthony Leahy, ed., *Libya and Egypt c. 1300-750 BC*, Londres,

1990, pp. 131-154.
Astour, Michael C., «Mitanni», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 2, pp. 422-424.
Ayad, Boulos Ayad, «From the archive of Ananiah son of Azariah: a Jew from Elephantine», *Journal of Near Eastern Studies*, 56 (1997), pp. 37-50.
Baer, Klaus, *Rank and Title in the Old Kingdom*, Chicago, 1960.
Bagnall, Roger S., «Greeks and Egyptians: Ethnicity, Status, and Culture», en Robert Bianchi, ed., *Cleopatra's Egypt*, Brooklyn, 1988, pp. 21-27.
—, John, «How far can one distinguish between religion and politics in ancient Egypt?», conferencia inédita pronunciada en el evento «Spotlight on Egyptian Religion», Cambridge, 20 de septiembre de 2008.
—, «Origins of Egyptian kingship», en David O'Connor y David Silverman, eds., *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden, 1995, pp. 95-156.
—, John, «Society, morality, and religious practice», en Byron E. Shafer, ed., *Religion in Ancient Egypt*, Londres, 1991, pp. 123-200.
—, y Jaromír Málek, *Atlas of Ancient Egypt*, Oxford, 1980.
Barbotin, Christophe, y Jacques-Jean Clère, «L'inscription de Sésostris Ier à Tôd», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 91 (1991), pp. 1-32.
Bard, Kathryn A., *From Farmers to Pharaohs. Mortuary Evidence for the Rise of Complex Society*, Sheffield, 1994.
—, «Origins of Egyptian writing», en Renée Friedman y Barbara Adams, eds., *The Followers of Horus: Studies Dedicated to Michael Allen Hoffman*, Oxford, 1992, pp. 297-306.
—, «The emergence of the Egyptian state (c. 3200-2686 BC)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 57-82.
—, y Robert L. Carneiro, «Patterns of Predynastic settlement location, social evolution and the circumscription theory», *Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille*, 11 (1989), pp. 15-23.
Bareš, Ladislav, *Abusir IV: The Shaft Tomb of Udjahorresnet at Abusir*, Praga, 1999.
Baud, Michel, *La famille royale et pouvoir sous l'Ancien Empire égyptien*, El Cairo, 2005.
—, y Vassil Dobrev, «De nouvelles annales de l'Ancien Empire égyptien. Une "Pierre de Palerme" pour la VIe dynastie», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 95 (1995), pp. 23-92.
—, y Marc Étienne, «Le vanneau et le couteau. Un rituel monarchique sacrificiel dans l'Égypte de la 1ère dynastie», en Jean-Pierre Albert y Béatrix Midant-Reynes, eds., *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, París, 2005, pp. 96-121.
—, y Nadine Moeller, «A Fourth Dynasty royal necropolis at Abu Rawash», *Egyptian Archaeology*, 28 (2006), pp. 16-18.

Bell, Lanny, «Luxor Temple and the cult of the royal ka», *Journal of Near Eastern Studies*, 44 (1985), pp. 251-294.

Bennett, John, «A new interpretation of B. M. stela 1203», *Journal of Egyptian Archaeology*, 48 (1962), pp. 158-159.

Betancourt, Philip P., «The Aegean and the Origin of the Sea Peoples», en Eliezer D. Oren, ed., *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, Filadelfia, 2000, pp. 297-303.

Bettles, Elizabeth, J. Clarke, J. Dittmer, C. Duhig, S. Ikram, I. Mathieson, H. Smith y A. Tavares, *National Museums of Scotland Saqqara Project Report 1995*, Edimburgo, 1995.

Bianchi, Robert S., «Cleopatra VII», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 273-274.

Bierbrier, Morris L., «Elements of stability and instability in Ramesside Egypt: the succession to the throne», en Edward Bleiberg y Rita Freed, eds., *Fragments of a Shattered Visage. The Proceedings of the International Symposium on Ramesses the Great*, Menfis, 1991, pp. 9-14.

Bietak, Manfred, «Dab'a, Tell ed-», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 351-354.

—, «Egypt and the Aegean. Cultural Convergence in a Thutmoside Palace at Avaris», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 75-81.

—, «Egypt and the Levant», en Toby Wilkinson, ed., *The Egyptian World*, Abingdon y Nueva York, 2007, pp. 417-448.

—, «The Center of Hyksos Rule: Avaris (Tell el-Dab'a)», en Eliezer D. Oren, ed., *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, 1997, pp. 87-139 (*nota*: en el índice del volumen de Oren el artículo aparece citado con un título distinto, «Avaris, Capital of the Hyksos Kingdom: New Results of Excavations»).

—, «The Tuthmoside stronghold of Perunefer», *Egyptian Archaeology*, 26 (2005), pp. 13-17.

—, «Zum Königreich des "3-zh-R" Nehesi», *Studien zur Altägyptischen Kultur*, 11 (1984), pp. 59-75.

—, y Nannó Marinatos, «The Minoan paintings of Avaris», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 166-169.

Bimson, John J., «The Israelite Exodus: myth or reality?», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres, 2003, pp. 277-281.

—, «Who was King Shishak of Egypt?», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres, 2003, pp. 289-292.

Bisson de la Roque, Fernand, Georges Contenau y Fernand Chapouthier, *Le trésor de Tôd*, El Cairo, 1953.

Björkman, Gun, *Kings at Karnak. A Study of the Treatment of the Monuments of Royal Predecessors in the Early New Kingdom*, Upsala, 1971.
Boardman, John, *The Greeks Overseas*, Harmondsworth, 1964.
Bonnet, Charles, y Dominique Valbelle, *The Nubian Pharaohs*, El Cairo y Nueva York, 2005.
Boraik, Mansour, «Re-writing Egypt's history: the Stela of Bakenkhonsu», *Ancient Egypt*, 9.3 (2008-2009), pp. 24-27.
Bothmer, Bernard V., «A new fragment of an old palette», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 8 (1969-1970), pp. 5-8.
Bourriau, Janine, «Patterns of change in burial customs during the Middle Kingdom», en Stephen Quirke, ed., *Middle Kingdom Studies*, New Malden, 1991, pp. 3-20.
—, *Pharaohs and Mortals. Egyptian Art in the Middle Kingdom*, Cambridge, 1988.
—, «The Second Intermediate Period (c. 1650-1550 BC)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 172-206.
Bowman, Alan K., *Egypt After the Pharaohs*, Londres, 1996.
Brandl, Baruch, «Evidence for Egyptian colonization of the southern coastal plain and lowlands of Canaan during the Early Bronze I Period», en Edwin C. M. van den Brink, ed., *The Nile Delta in Transition: 4th.-3rd. Millennium* B.C., Tel Aviv, 1992, pp. 441-476.
Breasted, James Henry, *Ancient Records of Egypt*, Chicago, 1906.
Breyer, Francis, *Tanutamani. Die Traumstele und ihr Umfeld*, Wiesbaden, 2003.
Broekman, Gerard P. F., «The Chronicle of Prince Osorkon and its historical context», *Journal of Egyptian History*, 1 (2008), pp. 209-234.
Brunner, Hellmut, *Die Texte aus den Gräbern der Herakleopolitenzeit von Siut*, Glückstadt, Hamburgo y Nueva York, 1937.
Brunton, Guy, y Gertrude Caton-Thompson, *The Badarian Civilisation and Predynastic Remains Near Badari*, Londres, 1928.
Bryan, Betsy M., «Administration in the Reign of Thutmose III», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 69-122.
—, «Antecedents to Amenhotep III», en David O'Connor y Eric H. Cline, eds., *Amenhotep III: Perspectives on His Reign*, Ann Arbor, 1998, pp. 27-62.
—, «The 18th Dynasty before the Amarna Period (c. 1550-1352 BC)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 207-264.
—, «The Egyptian Perspective on Mittani», en Raymond Cohen y Raymond Westbrook, eds., *Amarna Diplomacy. The Beginnings of International Relations*, Baltimore, 2000, pp. 71-84.
—, *The Reign of Thutmose IV*, Baltimore, 1991.
—, «Thutmose IV», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 403-405.

Bryce, Trevor R., «The death of Niphururiya and its aftermath», *Journal of Egyptian Archaeology*, 76 (1990), pp. 97-105.
—, *The Kingdom of the Hittites*, Oxford, 2005.
Bussmann, Richard, «Siedlungen im Kontext der Pyramiden des Alten Reiches», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 60 (2004), pp. 17-39.
Butzer, Karl W., «Desert environments», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 385-389.
Callender, Gae, «The Middle Kingdom renaissance (c. 2055-1650 BC)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 137-171.
Calverley, A. M., y M. F. Broome, *The Temple of King Sethos I at Abydos*, 4 vols., Londres y Chicago, 1933-1958.
Caminos, Ricardo A., *A Tale of Woe from a Hieratic Papyrus in the A.S. Pushkin Museum of Fine Arts in Moscow*, Oxford, 1977.
—, «Papyrus Berlin 10.463», *Journal of Egyptian Archaeology*, 49 (1963), pp. 29-37.
—, «Peasants», en Sergio Donadoni, ed., *The Egyptians*, trad. de Robert Bianchi, Anna Lisa Crone, Charles Lambert y Thomas Ritter, Chicago y Londres, 1997, pp. 1-30.
—, *The Chronicle of Prince Osorkon*, Roma, 1958.
—, «The Nitocris Adoption Stela», *Journal of Egyptian Archaeology*, 50 (1964), pp. 71-101 y láminas 7-10.
Campagno, Marcelo, «In the beginning was the war. Conflict and the emergence of the Egyptian state», en Stan Hendrickx, Renée F. Friedman, Krzysztof M. Cialowicz y Marek Chlodnicki, eds., *Egypt At Its Origins: Studies in Memory of Barbara Adams*, Lovaina, 2004, pp. 689-703.
Carter, Howard, «Report upon the tomb of Senn-efer found at Biban el-Molouk near that of Thotmes III No. 34», *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte, 2* (1901), pp. 196-200.
—, y A. C. Mace, *The Tomb of Tut.ankh.Amen*, 3 vols., Londres, 1923-1933.
Cartledge, Paul, *Agesilaos and the Crisis of Sparta*, Baltimore, 1987.
—, *Alexander the Great. The Hunt for a New Past*, Londres, 2004.
Case, H., y Joan Crowfoot Payne, «Tomb 100: the Decorated Tomb at Hierakonpolis», *Journal of Egyptian Archaeology*, 48 (1962), pp. 5-18.
Castiglioni, Angelo y Alfredo, «Discovering Berenice Panchrysos», *Egyptian Archaeology*, 4 (1994), pp. 19-22.
Cervícek, Pavel, *Rock Pictures of Upper Egypt and Nubia*, Nápoles, 1986.
Charloux, Guillaume, «The Middle Kingdom temple of Amun at Karnak», *Egyptian Archaeology*, 27 (2005), pp. 20-24.
Chauveau, Michel, *L'Égypte au temps de Cléopâtre*, París, 1997.

—, «The demotic ostraca of Ayn Manawir», *Egyptian Archaeology*, 22 (2003), pp. 38-40.

Cialowicz, Krzysztof M., *Les têtes de massues des périodes prédynastique et archaïque dans la vallée du Nil*, Cracovia, 1991.

Clarysse, Willy, «Notes de prosopographie thébaine, 7. Hurgonaphor et Chaonnophris, les derniers pharaons indigènes», *Chronique d'Égypte*, 53 (1978), pp. 243-253.

Clère, Jacques-Jean, «Une statuette du fils aîné du roi Nectanebô», *Revue d'Egyptologie*, 6 (1951), pp. 135-156.

—, y Jacques Vandier, *Textes de la Première Période Intermédiaire et de la XI*ème *Dynastie*, Bruselas, 1948.

Cline, Eric H., y David O'Connor, eds., *Thutmose III: A New Biography*, Ann Arbor, 2006.

Cohen, Raymond, y Raymond Westbrook, eds., *Amarna Diplomacy. The Beginnings of International Relations*, Baltimore, 2000.

Colin, Frédéric, «Kamose et les Hyksos dans l'oasis de Djesdjes», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 105 (2005), pp. 35-47.

Conard, Nicholas J., y Mark Lehner, «The 1988/1989 Excavation of Petrie's "Workmen's Barracks" at Giza», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 38 (2001), pp. 21-60.

Cooney, Kathlyn M., «Labour», en Toby Wilkinson, ed., *The Egyptian World*, Abingdon y Nueva York, 2007, pp. 160-174.

Couyat, J., y Pierre Montet, *Les inscriptions hiéroglyphiques et hiératiques du Ouadi Hammâmât*, 2 vols., El Cairo, 1912 y 1913.

Crubézy, Éric, y Béatrix Midant-Reynes, «Les sacrifices humains à l'époque prédynastique. L'apport de la nécropole d'Adaïma», en Jean-Pierre Albert y Béatrix Midant-Reynes, eds., *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, París, pp. 58-81.

Curl, James Stevens, *The Egyptian Revival: A Recurring Theme in the History of Taste*, Londres, 2005.

D'Auria, Sue H., «Preparing for Eternity», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 162-175.

Darnell, Deborah, «Gravel of the Desert and Broken Pots in the Road: Ceramic Evidence from the Routes between the Nile and Kharga Oasis», en Renée Friedman, ed., *Egypt and Nubia: Gifts of the Desert*, Londres, 2002, pp. 156-177.

Darnell, John Coleman, «The deserts», en Toby Wilkinson, ed., *The Egyptian World*, Abingdon y Nueva York, 2007, pp. 29-48.

—, *The Inscription of Queen Katimala at Semna: Textual Evidence for the Origins of the Napatan State*, New Haven, 2006.

—, «The Message of King Wahankh Antef II to Khety, Ruler of Heracleopolis», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 124 (1997), pp. 101-108.
—, «The Rock Inscriptions of Tjehemau at Abisko», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 130 (2003), pp. 31-48.
—, «The Route of Eleventh Dynasty Expansion into Nubia. An Interpretation Based on the Rock Inscriptions of Tjehemau at Abisko», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 131 (2004), pp. 23-37.
Darnell, John Coleman y Deborah, «Opening the Narrow Doors of the Desert: Discoveries of the Theban Desert Road Survey», en Renée Friedman, ed., *Egypt and Nubia: Gifts of the Desert*, Londres, 2002, pp. 132-155.
—, *Theban Desert Road Survey in the Egyptian Western Desert*, vol. 1: *Gebel Tjauti Rock Inscriptions 1-45 and Wadi el-Hôl Rock Inscriptions 1-45*, Chicago, 2002.
Darnell, John Coleman, y Colleen Manassa, *Tutankhamun's Armies. Battle and Conquest During Ancient Egypt's Late 18th Dynasty*, Hoboken, 2007.
Darnell, John Coleman, C. Dobbs-Allsopp, M. J. Lundberg, B. Zuckerman y P. K. Carter, *Two Early Alphabetic Inscriptions from the Wadi el-Hôl: New Evidence for the Origin of the Alphabet from the Western Desert of Egypt*, Boston, 2005.
Davies, Norman de Garis, *The Rock Tombs of El Amarna*, 6 partes, Londres, 1903-1908.
—, *The Tomb of Ken-Amun at Thebes*, Nueva York, 1930.
—, y Nina de Garis Davies, *The Tombs of Menkheperrasonb, Amenmose, and Another*, Londres, 1933.
Davies, W. Vivian, «Egypt and Nubia. Conflict with the Kingdom of Kush», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 49-56.
—, «Kurgus 2000: the Egyptian inscriptions», *Sudan and Nubia*, 5 (2001), pp. 46-58.
—, «Kurgus 2002: the inscriptions and rock drawings», *Sudan and Nubia*, 7 (2003), pp. 55-56.
—, «Sobeknakht of Elkab and the coming of Kush», *Egyptian Archaeology*, 23 (2003), pp. 3-6.
—, «The rock inscriptions at Kurgus in the Sudan», en A. Gasse y V. Rondot, eds., *Séhel entre Égypte et Nubie. Inscriptions rupestres et graffiti de l'époque pharaonique*, Montpellier, 2004, pp. 149-160.
—, y Renée Friedman, *Egypt*, Londres, 1998.
—, y Renée Friedman, «The Narmer Palette: A Forgotten Member», *Nekhen News*, 10 (1998), p. 22.
—, y Louise Schofield, eds., *Egypt, the Aegean and the Levant*, Londres, 1995.
Davis, Whitney M., *Masking the Blow: The Scene of Representation in Late Prehistoric Egyptian Art*, Berkeley, 1992.
Dawson, Warren R., y Eric P. Uphill, *Who Was Who in Egyptology*, 2.ª ed. rev., Londres, 1972.

De Buck, Adriaan, *The Egyptian Coffin Texts*, 8 vols., Chicago, 1935-1961.
—, «The judicial papyrus of Turin», *Journal of Egyptian Archaeology*, 23 (1937), pp. 152-164.
De Meulenaere, H., «La famille royale des Nectanébo», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 90 (1963), pp. 90-93.
—, «La statue du général Djed-ptah-iouf-ankh (Caire JE 36.949)», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 63 (1965), pp. 28-32.
Debono, Fernand, y Bodil Mortensen, *El Omari. A Neolithic Settlement and Other Sites in the Vicinity of Wadi Hof, Helwan*, Maguncia, 1990.
Demarée, R. J., «The final episode of the Deir el-Medina community», conferencia inédita pronunciada en el Christ's College, Universidad de Cambridge, 28 de mayo de 2007.
Depauw, Mark, «Alexandria, the Building Yard», *Chronique d'Égypte*, 75 (2000), pp. 64-65.
Depuydt, Leo, «Regnal years and civil calendar in Achaemenid Egypt», *Journal of Egyptian Archaeology*, 81 (1995), pp. 151-173.
Der Manuelian, Peter, «Administering Akhenaten's Egypt», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 145-149.
—, *Studies in the Reign of Amenophis II*, Hildesheim, 1987.
Desroches-Noblecourt, Christiane, «Deux grands obélisques précieux d'un sanctuaire à Karnak», *Revue d'Égyptologie*, 8 (1951), pp. 47-61.
—, *Tutankhamen. Life and Death of a Pharaoh*, Londres, 1967.
Dodson, Aidan, «Amenmesse in Kent, Liverpool, and Thebes», *Journal of Egyptian Archaeology*, 81 (1995), pp. 115-128.
—, «Messuy, Amada, and Amenmesse», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 34 (1997), pp. 41-48.
—, «Psusennes II and Shoshenq I», *Journal of Egyptian Archaeology*, 79 (1993), pp. 267-268.
—, «The lost tomb of Amenhotep I», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 80-83.
—, «The mysterious 2nd Dynasty», *KMT*, 7 (1996), pp. 19-31.
—, «The Tombs of the Kings of the Thirteenth Dynasty in the Memphite Necropolis», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 114 (1987), pp. 36-45.
—, «The transition between the 21st and 22nd Dynasties revisited», inédito.
—, «Third Intermediate Period», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 388-394.
—, «Why did Nefertiti disappear?», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 127-131.

—, y Dyan Hilton, *The Complete Royal Families of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2004.

Dorman, Peter F., «Hatshepsut. Princess to Queen to Co-Ruler», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 87-89.

—, «Rekhmire», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 131-132.

—, «The Early Reign of Thutmose III: An Unorthodox Mantle of Coregency», en Eric H. Cline y David O'Connor, eds., *Thutmose III: A New Biography*, Ann Arbor, 2006, pp. 39-68.

—, *The Monuments of Senenmut. Problems in Historical Methodology*, Londres y Nueva York, 1988.

—, «The royal steward, Senenmut. The career of Senenmut», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: From Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 107-109.

Dorner, Josef, «A late Hyksos water-supply system at Ezbet Hilme», *Egyptian Archaeology*, 16 (2000), pp. 12-13.

—, «Die Topographie von Piramesse - Vorbericht», *Ägypten und Levante*, 9 (1999), pp. 77-83.

Dougherty, Sean P., «A Little More Off the Top», *Nekhen News*, 16 (2004), pp. 11-12.

Drenkhahn, Rosemarie, *Die Elephantine-Stele des Sethnacht und ihr historischer Hintergrund*, Wiesbaden, 1980.

Drews, Robert, *The End of the Bronze Age. Changes in Warfare and the Catastrophe ca*. 1200 B.C., Princeton, 1993.

Dreyer, Günter, «A hundred years at Abydos», *Egyptian Archaeology*, 3 (1993), pp. 10-12.

—, *Umm el-Qaab I: das prädynastische Königsgrab U-j und seine frühen Schriftzeugnisse*, Maguncia, 1998.

—, y Werner Kaiser, «Zu den kleinen Stufenpyramiden Ober- und Mittelägyptens», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 36 (1980), pp. 43-59.

—, y Nabil Swelim, «Die kleine Stufenpyramide von Abydos-Süd (Sinki), Grabungsbericht», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 38 (1982), pp. 83-93.

—, Eva-Marie Engel, Ulrich Hartung, Thomas Hikade, E. Christiana Köhler y Frauke Pumpenmeier, «Umm el-Qaab, Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof, 9./10. Vorbericht», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 54 (1998), pp. 77-167.

Droux, Xavier, «Headless at Hierakonpolis», *Nekhen News*, 19 (2007), p. 14.

Duell, Prentice, *The Mastaba of Mereruka*, 2 vols., Chicago, 1938.

Edel, Elmar, *Die ägyptisch-hethitische Korrespondenz aus Boghazköi in babylonischer und hethitischer Sprache*, 2 vols., Opladen, 1994.

Eder, C., *Die ägyptische Motive in der Glyptik des östlichen Mittelmeerraumes zu Anfang des 2. Jts v. Chr*., Lovaina, 1995.

Edgerton, William F., «The strikes in Ramesses III's twenty-ninth year», *Journal of Near Eastern Studies*, 10 (1951), pp. 137-145.

Eide, Tormod, Tomas Hägg, Richard Holton Pierce y László Török, eds., *Fontes Historiae Nubiorum. Textual Sources for the History of the Middle Nile Region Between the Eighth Century BC and the Sixth Century AD*, vol. 1: *From the Eighth to the Mid-Fifth Century BC*, Bergen, 1994.

El-Khouli, Ali, y Naguib Kanawati, *Excavations at Saqqara North-west of Teti's Pyramid*, vol. 2, Sidney, 1988.

El-Maksoud, Mohamed Abd, *Tell Heboua (1981-1991). Enquête archéologique sur la Deuxième Période Intermédiaire et le Nouvel Empire à l'extremité orientale du delta*, París, 1998.

Emery, W. Bryan, *Archaic Egypt*, Harmondsworth, 1961.

—, *Excavations at Saqqara. The Tomb of Hemaka*, El Cairo, 1938.

—, *Great Tombs of the First Dynasty*, 3 vols., El Cairo, 1949; Londres, 1954 y 1958.

—, H. S. Smith y A. Millard, *The Fortress of Buhen. The Archaeological Report*, Londres, 1979.

Empereur, Jean-Yves, *Alexandria: Past, Present and Future*, Londres, 2002.

—, *Alexandria Rediscovered*, Londres, 1998.

—, «Alexandria: The Underwater Site near Qaitbay Fort», *Egyptian Archaeology*, 8 (1996), pp. 7-10.

—, «Raising Statues and Blocks from the Sea at Alexandria», *Egyptian Archaeology*, 9 (1996), pp. 19-22.

Epigraphic Survey, The, *Medinet Habu*, 2 vols., Chicago, 1930 y 1932.

—, The, *Reliefs and Inscriptions at Karnak III: The Bubastite Portal*, Chicago, 1953.

—, The, *The Tomb of Kheruef*, Chicago, 1980.

Erman, Adolf, y Ulrich Wilcken, «Die Naukratisstele», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 38 (1900), pp. 127-135.

Eyre, Christopher J., *The Cannibal Hymn: A Cultural and Literary Study*, Liverpool, 2002.

—, «Weni's career and Old Kingdom historiography», en Christopher Eyre, Anthony Leahy y Lisa Montagno Leahy, eds., *The Unbroken Reed. Studies in the Culture and Heritage of Ancient Egypt in Honour of A.F. Shore*, Londres, 1994, pp. 107-124.

—, «Work and the Organisation of Work in the New Kingdom», en Marvin A. Powell, ed., *Labor in the Ancient Near East*, New Haven, 1987, pp. 167-221.

Fairservis, Walter A., «A revised view of the N'rmer Palette», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 28 (1991), pp. 1-20.

Farag, Sami, «Une inscription memphite de la XIIe dynastie», *Revue d'Égyptologie*, 32 (1980), pp. 75-82 y láminas 3-5.

Farout, Dominique, «La carrière du *whmw* Ameny et l'organisation des expéditions au ouadi Hammamat au Moyen Empire», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 94 (1994), pp. 143-172.

Faulkner, Raymond, *The Ancient Egyptian Book of the Dead*, ed. de Carol Andrews, Londres, 1989.

—, *The Ancient Egyptian Coffin Texts*, 3 vols., Warminster, 1973-1978.

—, *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Oxford, 1969.

Fazzini, Richard E., y Mary E. McKercher, «Egyptomania», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 458-465.

Filer, Joyce, *Disease*, Londres, 1995.

Finkenstaedt, Elizabeth, «Violence and Kingship: The Evidence of the Palettes», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 111 (1984), pp. 107-110.

Fischer, Henry G., «A god and a general of the oasis on a stela of the late Middle Kingdom», *Journal of Near Eastern Studies*, 16 (1957), pp. 223-235.

—, *Dendera in the Third Millennium B.C. Down to the Theban Domination of Upper Egypt*, Locust Valley, 1968.

—, *Inscriptions from the Coptite Nome, Dynasties VI-XI*, Roma, 1964.

—, *«The inscription of In-it.f*, born of *Tfi», Journal of Near Eastern Studies*, 19 (1960), pp. 258-268.

—, «The Nubian Mercenaries of Gebelein during the First Intermediate Period», *Kush*, 9 (1961), pp. 44-80 y láminas X-XV.

—, *Varia Nova*, Nueva York, 1996.

Fletcher, Joann, *Cleopatra the Great*, Londres, 2008.

—, *Egypt's Sun King: Amenhotep III*, Londres, 2000.

Forman, Werner, y Stephen Quirke, *Hieroglyphs and the Afterlife in Ancient Egypt*, Londres, 1996.

Foster, John L., «The New Religion», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 97-109.

Foster, Karen Polinger, y Robert K. Ritner, «Texts, storms, and the Thera eruption», *Journal of Near Eastern Studies*, 55 (1996), pp. 1-14.

Frame, Grant, «The inscription of Sargon II at Tang-i Var», *Orientalia*, 68 (1999), pp. 31-57.

Frandsen, Paul John, «*Bwt in the body*», en Harco Willems, ed., *Social Aspects of Funerary Culture in the Egyptian Old and Middle Kingdoms*, Lovaina, 2001, pp. 141-174.

Franke, Detlef, «An important family at Abydos of the Seventeenth Dynasty», *Journal of Egyptian Archaeology*, 71 (1985), pp. 175-176.

—, «First Intermediate Period», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 526-532.

—, «The career of Khnumhotep III of Beni Hasan and the so-called “decline of the nomarchs”», en Stephen Quirke, ed., *Middle Kingdom Studies*, New Malden, 1991, pp. 51-67.
—, «The Late Middle Kingdom (Thirteenth to Seventeenth Dynasties): The Chronological Framework», *Journal of Egyptian History*, 1 (2008), pp. 267-287.
—, «Zur Chronologie des Mittleren Reiches (12.-18. Dynastie. Teil 1: Die 12. Dynastie», *Orientalia*, 57 (1988), pp. 113-138.
Frankfort, Henry, «The origin of monumental architecture in Egypt», *American Journal of Semitic Languages and Literatures*, 58 (1941), pp. 329-358.
Freed, Rita E., «Art in the Service of Religion and the State», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D’Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 110-129.
—, «Introduction», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D’Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 17-37.
—, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999.
Friedman, Renée, ed., *Egypt and Nubia: Gifts of the Desert*, Londres, 2002.
—, «From Pillar to Post at Hierakonpolis», *Nekhen News*, 19 (2007), p. 3.
—, «New Tombs and New Thoughts at HK6», *Nekhen News*, 18 (2006), pp. 11-12.
—, «Origins of monumental architecture: investigations at Hierakonpolis HK6 in 2008», conferencia inédita pronunciada en el coloquio «Egypt at its Origins: Predynastic and Early Dynastic Egypt: Recent Discoveries», The British Museum, Londres, 28 de julio de 2008.
—, y Joseph J. Hobbs, «A “Tasian” Tomb in Egypt’s Eastern Desert», en Renée Friedman, ed., *Egypt and Nubia: Gifts of the Desert*, Londres, 2002, pp. 178-189.
Fuchs, Gerard, «Petroglyphs in the Eastern Desert of Egypt: new finds in the Wadi el-Barramiya», *Sahara*, 4 (1991), pp. 59-70.
—, «Rock engravings in the Wadi el-Barramiya, Eastern Desert of Egypt», *The African Archaeological Review, 7* (1989), pp. 127-154.
Gabolde, Luc, «La chronologie du règne de Thoutmosis II, ses conséquences sur la datation des momies royales et leurs répercutions sur l’histoire du développement de la Vallée des Rois», *Studien zur Altägyptischen Kultur*, 14 (1987), pp. 61-81.
Gabolde, Marc, y Amanda Dunsmore, «The royal necropolis at Tell el-Amarna», *Egyptian Archaeology*, 25 (2004), pp. 30-33.
Gabra, Gawdat, «Preliminary Report on the Stela of *Htpi* from El-Kab from the Time of Wahankh Inyôtef II», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 32 (1976), pp. 45-56.
Gardiner, Alan H., «The Defeat of the Hyksos by Kamose, The Carnarvon Tablet, No. 1», *Journal of Egyptian Archaeology*, 3 (1916), pp. 95-110.

—, «The First King Menthotpe of the Eleventh Dynasty», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 14 (1956), pp. 42-51.
—, *The Wilbour Papyrus*, 4 vols., Oxford, 1948.
Geus, Francis, «Sai», en Derek A. Welsby y Julie R. Anderson, eds., *Sudan, Ancient Treasures. An Exhibition of Recent Discoveries from the Sudan National Museum*, Londres, 2004, pp. 114-116.
Giddy, Lisa, «Digging Diary 2001», *Egyptian Archaeology*, 20 (2002), pp. 29-33.
Gillispie, Charles Coulson, y Michel Dewachter, eds., *Monuments of Egypt, The Napoleonic Edition. The Complete Archaeological Plates from «La déscription de l'Égypte»*, Princeton, 1987.
Gitton, Michel, *Les divines épouses de la 18e dynastie*, París, 1984.
Gnirs, Andrea M., «Biographies», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 184-189.
—, *Militär und Gesellschaft. Ein Beitrag zur Sozialgeschichte des Neuen Reiches*, Heidelberg, 1996.
Goebs, Katja, «Kingship», en Toby Wilkinson, ed., *The Egyptian World*, Abingdon y Nueva York, 2007, pp. 275-295.
Goedicke, Hans, «A Cult Inventory of the Eighth Dynasty from Coptos (Cairo JE 43.290)», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 50 (1994), pp. 71-84.
—, *Königliche Dokumente aus dem Alten Reich*, Wiesbaden, 1967.
—, «The inscription of *Dmi*», *Journal of Near Eastern Studies*, 19 (1960), pp. 288-291.
—, «The unification of Egypt under Monthuhotep Neb-hepet-re "(2022 B.C.)"», *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities*, 12 (1982), pp. 157-164.
—, «Was magic used in the harem conspiracy against Ramesses III?», *Journal of Egyptian Archaeology*, 49 (1963), pp. 71-92.
Goelet, Ogden, «Ramesses-Hattusilis correspondence», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, p. 122.
—, «Tomb robbery papyri», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 417-418.
—, «Wilbour Papyrus», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, p. 501.
Gohary, Jocelyn, *The Akhenaten Sed-Festival at Karnak*, Londres, 1992.
Goldwasser, O., «The Narmer Palette and the "Triumph of Metaphor"», *Lingua Aegyptiaca*, 2 (1992), pp. 67-85.
Gophna, Ram, «The contacts between 'En Besor Oasis, southern Canaan, and Egypt during the late Predynastic and the threshold of the First Dynasty; a further assessment», en Edwin C. M. van den Brink, ed., *The Nile Delta in Transition, 4th.-3rd. Millennium BC*, Tel Aviv, 1992, pp. 385-394.

—, y D. Gazit, «The First Dynasty Egyptian residency at ‘En Besor», *Tel Aviv*, 12 (1985), pp. 9-16.

Goudchaux, Guy Weill, «Cleopatra’s subtle religious strategy», en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt, From History to Myth*, Londres, 2001, pp. 128-141.

—, «Was Cleopatra beautiful?», en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt, From History to Myth*, Londres, 2001, pp. 210-214.

Graham, Geoffrey, «Tanis», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 348-350.

Graindorge, Catherine, y Philippe Martinez, «Karnak avant Karnak, les constructions d’Aménophis Ier et les premières liturgies amoniennes», *Bulletin de la Société Française d’Égyptologie*, 115 (1989), pp. 36-64.

Grajetsvki, Wolfram, *The Middle Kingdom of Ancient Egypt*, Londres, 2006.

Grandet, Pierre, «L’exécution du chancelier Bay, O.IFAO 1864», *Bulletin de l’Institut Français d’Archéologie Orientale*, 100 (2000), pp. 339-345.

—, «Ramesses III», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 118-120.

—, *Ramsès III, histoire d’un règne*, París, 1993.

Griffith, Francis Llewellyn, «The Abydos decree of Seti I at Nauri», *Journal of Egyptian Archaeology*, 13 (1927), pp. 193-208.

Griffiths, John Gwyn, «Osiris», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 2, pp. 615-619.

—, «The death of Cleopatra VII», *Journal of Egyptian Archaeology*, 47 (1961), pp. 113-118.

Grimal, Nicolas, *La stèle triomphale de Pi(’ankh)y au Musée du Caire JE 48.862 et 47.086-47.089*, El Cairo, 1981.

Güterbock, Hans Gustav, «The Deeds of Suppiluliuma as Told by His Son, Mursili II», *Journal of Cuneiform Studies*, 10 (1956), pp. 41-68, 75-98 y 107-130.

Habachi, Labib, «King Nebhepetre Menthuhotp, His Monuments, Place in History, Deification and Unusual Representations in the Form of Gods», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 19 (1963), pp. 16-52.

—, *Tell Basta*, El Cairo, 1957.

—, *The Second Stela of Kamose and His Struggle Against the Hyksos Ruler and His Capital*, Glückstadt, 1972.

Hall, Emma Swan, *The Pharaoh Smites His Enemies: A Comparative Study*, Múnich, 1986.

Hamilton, G. J., *The Origins of the West Semitic Alphabet in Egyptian Scripts*, Washington, 2006.

Hari, Robert, *Horemheb et la reine Moutnedjmet, ou la fin d’une dynastie*, Ginebra, 1964.

Harrell, James A., «Ancient quarries near Amarna», *Egyptian Archaeology*, 19 (2001), pp. 36-38.
—, y Thomas M. Bown, «An Old Kingdom Basalt Quarry at Widan el-Faras and the Quarry Road to Lake Moeris», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 32 (1995), pp. 71-91.
Harris, John E., y Edward F. Wente, *An X-Ray Atlas of the Royal Mummies*, Chicago, 1980.
Hartung, Ulrich, «Recent investigations at Tell el-Fara'in (Buto) in the western Nile Delta», conferencia inédita pronunciada en el coloquio «Egypt at its Origins: Predynastic and Early Dynastic Egypt, Recent Discoveries», The British Museum, Londres, 28 de julio de 2008.
—, *Umm el-Qaab II. Importkeramik aus dem Friedhof U in Abydos (Umm el-Qaab) und die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 4. Jahrtausend v. Chr*., Maguncia, 2001.
Harvey, Stephen, «Monuments of Ahmose at Abydos», *Egyptian Archaeology*, 4 (1994), pp. 3-5.
—, «New evidence at Abydos for Ahmose's funerary cult», *Egyptian Archaeology*, 24 (2004), pp. 3-6.
Hawass, Zahi, «The pyramid builders», en Alberto Siliotti, *Guide to the Pyramids of Egypt*, El Cairo, 1997, pp. 86-89.
—, «The workmen's community at Giza», en Manfred Bietak, ed., *Haus und Palast im alten Ägypten*, Viena, 1996, pp. 53-67.
Hayes, William C., «Career of the great steward Henenu under Nebhepetre' Mentuhotpe», *Journal of Egyptian Archaeology*, 35 (1949), pp. 43-49.
—, «Royal decrees from the temple of Min at Coptus», *Journal of Egyptian Archaeology*, 32 (1946), pp. 3-23 y láminas 2-5.
Haywood, John, *The Penguin Historical Atlas of Ancient Civilizations*, Londres, 2005.
Heidorn, Lisa A., «Abu Simbel», en Kathryn A. Bard, ed., *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, Londres, 1999, pp. 87-90.
—, «Historical Implications of the Pottery from the Earliest Tombs at El Kurru», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 31 (1994), pp. 115-131.
—, «The Persian claim to Kush in light of evidence from Lower Nubia», en Janet H. Johnson, ed., *Life in a Multi-cultural Society. Egypt from Cambyses to Constantine and Beyond*, Chicago, 1992, pp. 147-148.
Helck, Wolfgang, «Ahmose Pennechbet», en Wolfgang Helck y Eberhardt Otto, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, vol. 1, Wiesbaden, 1975, col. 110.
—, «Ein Ausgreifen des Mittleren Reiches in den Zypriotischen Raum?», *Göttinger Miszellen*, 109 (1989), pp. 27-30.
—, *Historisch-Biographische Texte der 2. Zwischenzeit und Neue Texte der 18. Dynastie*, Wiesbaden, 1975.

—, «Mitregenschaft», en Wolfgang Helck y Wolfhart Westendorf, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, vol. IV, Wiesbaden, 1982, cols. 155-161.
—, «Probleme der Königsfolge in der Übergangszeit von 18. zu 19. Dyn.», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 37 (1981), pp. 203-215.
—, *Urkunden der 18. Dynastie*, Berlín, 1955-1958.
Herbert, Sharon, y Henry Wright, «Report on the 1987 University of Michigan/University of Assiut expedition to Coptos and the Eastern Desert», *Newsletter of the American Research Center in Egypt*, 143/144 (1988/1989), pp. 1-4.
Hölbl, Günther, *A History of the Ptolemaic Empire*, Londres y Nueva York, 2001.
—, *Beziehungen der ägyptischen Kultur zu Altitalien*, 2 vols., Leiden, 1979.
Holladay, John S. Jr., «Pithom», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 50-53.
Holland, Tom, *Persian Fire*, Londres, 2005.
Hope, Colin A., «Early and Mid-Holocene Ceramics from the Dakhleh Oasis: Traditions and Influences», en Renée Friedman, ed., *Egypt and Nubia: Gifts of the Desert*, Londres, 2002, pp. 39-61.
Hornung, Erik, «Some remarks on the inhabitants of the West», conferencia inédita pronunciada en el evento «Spotlight on Egyptian religion», Cambridge, 20 de septiembre de 2008.
—, *The Tomb of Seti I*, Zúrich y Múnich, 1991.
Hughes-Hallett, Lucy, *Cleopatra: Queen, Lover, Legend*, Londres, 1990.
Humbert, Jean-Marcel, Michael Pantazzi y Christiane Ziegler, *Egyptomania: Egypt in Western Art, 1730-1930*, París y Ottawa, 1994.
Huss, W., «Die Herkunft der Kleopatra Philopator», *Aegyptus*, 70 (1990), pp. 191-204.
Hussein, F., A. Sarry El Din, R. El Banna y W. Kandeel, «Similarity of Treatment of Trauma in Workers and High Officials of the Pyramid Builders», ponencia inédita presentada en el congreso «Pharmacy and Medicine in Ancient Egypt», Universidad de Manchester, 1-3 de septiembre de 2008.
Ikram, Salima, «Domestic shrines and the cult of the royal family at el-'Amarna», *Journal of Egyptian Archaeology*, 75 (1989), pp. 89-101.
James, T. G. H., *Pharaoh's People. Scenes From Life in Imperial Egypt*, Londres, 1984.
Jansen-Winkeln, Karl, «Das Ende des Neuen Reiches», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 119 (1992), pp. 22-37.
—, «Der Beginn der libyschen Herrschaft in Ägypten», *Biblische Notizen*, 71 (1994), pp. 78-97.
—, «Die Plünderung der Königsgräber des Neuen Reiches», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 122 (1995), pp. 62-78.

—, «Die thebanische “Gottesstaat”», *Orientalia*, 70 (2001), pp. 153-182.
—, «Historische Probleme der 3. Zwischenzeit», *Journal of Egyptian Archaeology*, 81 (1995), pp. 129-149.
Janssen, Rosalind y Jac. J., *Growing Up in Ancient Egypt*, Londres, 1990.
Jeffreys, David, «Perunefer, at Memphis or Avaris?», *Egyptian Archaeology*, 28 (2006), pp. 36-37.
—, «The Nile Valley», en Toby Wilkinson, ed., *The Egyptian World*, Abingdon y Nueva York, 2007, pp. 7-14.
Jéquier, Gustave, *La Pyramide d’Aba*, El Cairo, 1935.
Jiménez Serrano, Alejandro, *Royal Festivals in the Late Predynastic Period and the First Dynasty*, Oxford, 2002.
Johnson, W. Raymond, «Monuments and Monumental Art under Amenhotep III: Evolution and Meaning», en David O’Connor y Eric H. Cline, eds., *Amenhotep III: Perspectives on His Reign*, Ann Arbor, 1998, pp. 63-94.
—, «The Setting: History, Religion, and Art», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D’Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti*, Tutankhamen, Londres, 1999, pp. 38-49.
Jones, Michael, «Appendix 1, The North City», pp. 15-21, en Barry J. Kemp, «Preliminary report on the El-’Amarna expedition, 1982-1983», *Journal of Egyptian Archaeology*, 69 (1983), pp. 5-24.
Kahn, Dan’el, «Some remarks on the foreign policy of Psammetichus II in the Levant (595-589 BC)», *Journal of Egyptian History*, 1 (2008), pp. 139-157.
—, «The Assyrian invasions of Egypt (673-663 BC) and the final expulsion of the Kushites», *Studien zur Altägyptischen Kultur*, 34 (2006), pp. 251-267.
Kaiser, Werner, «Zu Entwicklung und Vorformen der frühzeitlichen Gräber mit reich gegliederter Oberbaufassade», en P. Posener-Kriéger, ed., *Mélanges Gamal Eddin Mokhtar*, El Cairo, 1985, vol. 2, pp. 25-38.
Kanawati, Naguib, «Akhmim», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 51-53.
Kanawati, Naguib, «Deux conspirations contre Pépy Ier», *Chronique d’Égypte*, 56 (1982), pp. 203-217.
—, *Governmental Reforms in Old Kingdom Egypt*, Warminster, 1980.
—, «New evidence on the reign of Userkare?», *Göttinger Miszellen*, 83 (1984), pp. 31-38.
—, Ali el-Khouli, Ann McFarlane y Naguib V. Maksoud, *Excavations at Saqqara North-west of Teti’s Pyramid*, vol. 1, Sidney, 1984.
Kaper, Olaf E., y Harco Willems, «Policing the Desert: Old Kingdom Activity around the Dakhleh Oasis», en Renée Friedman, ed., *Egypt and Nubia: Gifts of the Desert*, Londres, 2002, pp. 79-94.
Keller, Cathleen A., «The joint reign of Hatshepsut and Thutmose III», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: from Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 96-

98.
—, «The royal court», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: from Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 101-102.
—, «The statuary of Hatshepsut», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: from Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 158-164.
—, «The statuary of Senenmut», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: from Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 117-119.
Kemp, Barry J., *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization*, 1.ª y 2.ª eds., Londres y Nueva York, 1989/2006.
—, «Discovery, a new boundary stela», *Horizon*, 1 (octubre de 2006), p. 7.
—, «Halfway through the Amarna Season, March 2007», boletín de información extraoficial de circulación privada, archivado por el autor.
—, «How were things made? Amarna's smalls-cale metal industry», *Horizon*, 2 (julio de 2007), p. 7.
—, «Large Middle Kingdom Granary Buildings (and the archaeology of administration)», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 113 (1986), pp. 120-136.
—, «Notes from the field, lives of the have-nots», *Horizon*, 2 (julio de 2007), pp. 2-3.
—, «Notes from the field, the Stone Village», *Horizon*, 2 (julio de 2007), pp. 8-9.
—, «Old Kingdom, Middle Kingdom and Second Intermediate Period c. 2686-1552 BC», en Bruce G. Trigger, Barry J. Kemp, David O'Connor y Alan B. Lloyd, *Ancient Egypt: A Social History*, Cambridge, 1983, pp. 71-182.
—, «Photographs of the decorated tomb at Hierakonpolis», *Journal of Egyptian Archaeology*, 59 (1973), pp. 36-43.
—, «Resuming the Amarna survey», *Egyptian Archaeology*, 20 (2002), pp. 10-12.
—, «The Amarna story», *Horizon*, 1 (octubre de 2006), pp. 2-3.
—, «The Kom el-Nana enclosure at Amarna», *Egyptian Archaeology*, 6 (1995), pp. 8-9.
—, «The quality of life», *Horizon*, 4 (septiembre de 2008), p. 5.
—, y Salvatore Garfi, *A Survey of the Ancient City of El-'Amarna*, Londres, 1993.
Kendall, Timothy, «Egypt and Nubia», en Toby Wilkinson, ed., *The Egyptian World*, Abingdon y Nueva York, 2007, pp. 401-416.
—, «Foreign Relations», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 157-161.
—, «Jebel Barkal», en Derek A. Welsby y Julie R. Anderson, eds., Sudan, *Ancient Treasures*, Londres, 2004, pp. 158-160.
—, «Kings of the sacred mountain: Napata and the Kushite Twenty-fifth Dynasty of Egypt», en Dietrich Wildung, ed., *Sudan: Ancient Kingdoms of the Nile*, trad. Peter Der Manuelian y Kathleen Guillaume, París y Nueva York, 1997, pp. 161-171.

—, «The Napatan palace at Gebel Barkal: a first look at B1200», en W. Vivian Davies, ed., *Egypt and Africa: Nubia from Prehistory to Islam*, Londres, 1991, pp. 302-313.
—, «The Origin of the Napatan State, El Kurru and the Evidence for the Royal Ancestors», en Steffen Wenig, ed., *Studien zum antiken Sudan*, Wiesbaden, 1999, pp. 3-117.
Kessler, Dieter, *Die heiligen Tiere und der König*, Wiesbaden, 1989.
—, y Abd el-Halim Nur el-Din, «Inside the ibis galleries of Tuna el-Gebel», *Egyptian Archaeology*, 20 (2002), pp. 36-38.
Kienitz, Friedrich, *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende*, Berlín, 1953.
Kikuchi, Takao, «Die thebanische Nekropole der 21. Dynastie - zum Wandel der Nekropole und zum Totenglauben der Ägypter», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 58 (2002), pp. 343-371.
Kitchen, Kenneth A., «Pharaoh Ramesses II and His Times», en Jack M. Sasson, ed., *Civilizations of the Ancient Near East*, Nueva York, 1995, vol. 2, pp. 763-774.
—, *Pharaoh Triumphant: The Life and Times of Ramesses II, King of Egypt*, Warminster, 1982.
—, «Ramesses II», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 116-118.
—, *Ramesside Inscriptions, Historical and Biographical*, 8 vols., Oxford, 1969-1990.
—, «Ramses V-XI», en Wolfgang Helck y Wolfhart Westendorf, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, 1984, vol. 5, cols. 124-128.
—, «Shabaqa», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, p. 277.
—, «Sheshonq I», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 280-281.
—, «Some thoughts on Egypt, the Aegean and beyond of the 2nd millennium BC», en Panagiotis Kousoulis, ed., *Foreign Relations and Diplomacy in the Ancient World: Egypt, Greece, Near East* (en prensa), pp. 3-14.
—, «The arrival of the Libyans in late New Kingdom Egypt», en Anthony Leahy, ed., *Libya and Egypt c. 1300-750 BC*, Londres, 1990, pp. 15-27.
—, *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 BC)*, 3.ª ed., Warminster, 1996.
—, «The titularies of the Ramesside kings as expression of their ideal kingship», *Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, 71 (1987), pp. 131-141.
—, «Twenty-fifth Dynasty», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 457-461.
Klug, Andrea, *Königlichen Stelen in der Zeit von Ahmose bis Amenophis III*, Turnhout, 2002.
Köhler, E. Christiana, «History or Ideology? New Reflections on the Narmer Palette and the Nature of Foreign Relations in Pre- and Early Dynastic Egypt», en Edwin

C. M. van den Brink y Thomas E. Levy, eds., *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the Early 3rd Millennium BCE*, Londres y Nueva York, 2002, pp. 499-513.

Kormysheva, E. Y., «Remarks on the Position of the King's Mother in Kush», en Steffen Wenig, ed., *Studien zum antiken Sudan*, Wiesbaden, 1999, pp. 239-251.

Kozloff, Arielle P., «The Decorative and Funerary Arts during the Reign of Amenhotep III», en David O'Connor y Eric H. Cline, eds., *Amenhotep III*: *Perspectives on His Reign*, Ann Arbor, 1998, pp. 95-123.

—, Betsy M. Bryan y Lawrence M. Berman, *Egypt's Dazzling Sun: Amenhotep III and His World*, Cleveland, 1992.

Krauss, Rolf, «The length of Sneferu's reign and how long it took to build the "Red Pyramid"», *Journal of Egyptian Archaeology*, 82 (1996), pp. 43-50.

Kruchten, Jean-Marie, *Les annales des prêtres de Karnak (XXI-XXIIImes dynasties) et autres textes contemporains relatifs à l'initiation des prêtres d'Amon*, Lovaina, 1989.

Kubisch, Sabine, «Die Stelen der 1. Zwischenzeit aus Gebelein», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 56 (2000), pp. 239-265.

Kuper, Rudolph, y Frank Förster, «Khufu's "mefat" expeditions into the Libyan Desert», *Egyptian Archaeology*, 23 (2003), pp. 25-28.

Lacau, Pierre, y H. Chevrier, *Une chapelle de Sésostris Ier à Karnak*, 2 vols., El Cairo, 1956 y 1969.

Lacovara, Peter, «Deir el-Ballas», en Kathryn A. Bard, ed., *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 1999, pp. 244-246.

—, «The City of Amarna», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 61-71.

Lambert, W. G., «Booty from Egypt?», *Journal of Jewish Studies*, 33 (1982), pp. 61-70.

Lange, Eva, «Legitimation und Herrschaft in der Libyerzeit. Eine neue Inschrift Osorkons I. aus Bubastis (Tell Basta)», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 135 (2008), pp. 131-141.

Lauer, Jean-Philippe, *Fouilles à Saqqarah. La Pyramide à Degrés*, 3 vols., El Cairo, 1936-1939.

—, *Saqqara. The Royal Cemetery of Memphis. Excavations and Discoveries since 1850*, Londres, 1976.

Leahy, Anthony, «Abydos in the Libyan Period», en Anthony Leahy, ed., *Libya and Egypt c. 1300-750 BC*, Londres, 1990, pp. 155-200.

—, ed., *Libya and Egypt c. 1300-750 BC*, Londres, 1990.

—, «Royal iconography and dynastic change, 750-525 BC: the blue and cap crowns», *Journal of Egyptian Archaeology*, 78 (1992), pp. 223-240.

—, «Sea Peoples», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 257-260.
—, «The adoption of Ankhnesneferibre», *Journal of Egyptian Archaeology*, 82 (1996), pp. 145-165.
—, «The earliest dated monument of Amasis and the end of the reign of Apries», *Journal of Egyptian Archaeology*, 74 (1988), pp. 183-199.
—, «The Libyan Period in Egypt, An Essay in Interpretation», *Libyan Studies*, 16 (1985), pp. 51-65.
Leahy, Lisa Montagno, y Anthony Leahy, «The genealogy of a priestly family from Heliopolis», *Journal of Egyptian Archaeology*, 72 (1986), pp. 133-147.
Leclant, Jean, «Kuschitenherrschaft», en Wolfgang Helck y Wolfhart Westendorf, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, 1980, vol. 3, cols. 893-901.
—, «Taharqa», en Wolfgang Helck y Wolfhart Westendorf, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, 1986, vol. 6, cols. 156-184.
Lehner, Mark, *The Complete Pyramids*, Londres, 1997.
—, «The Pyramid Age Settlement of the Southern Mount at Giza», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 39 (2002), pp. 27-74.
—, «The Sphinx», en Zahi Hawass, ed., *The Treasures of the Pyramids*, Vercelli, 2003, pp. 173-187.
Leprohon, Ronald J., «The Programmatic Use of the Royal Titulary in the Twelfth Dynasty», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 33 (1996), pp. 165-171.
Lesko, Leonard H., «Coffin Texts», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 287-288.
—, *The Ancient Egyptian Book of Two Ways*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1972.
Lewis, Naphtali, *Greeks in Ptolemaic Egypt*, Oxford, 1986.
Lichtheim, Miriam, *Ancient Egyptian Autobiographies Chiefly of the Middle Kingdom*, Friburgo y Gotinga, 1988.
—, *Ancient Egyptian Literature*, 3 vols., Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1975-1980.
Lilyquist, Christine,: «Egypt and the Near East. Evidence of Contact in the Material Record», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: from Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 60-67.
—, James E. Hoch y A. J. Peden, *The Tomb of Three Foreign Wives of Tuthmosis III*, Nueva York, 2003.
Liverani, Irene, «Hillat el-Arab», en Derek A. Welsby y Julie R. Anderson, eds., *Sudan: Ancient Treasures*, Londres, 2004, pp. 138-140.
Lloyd, Alan B., «Apries», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 98-99.
—, «The inscription of Udjahorresnet, a collaborator's testament», *Journal of Egyptian Archaeology*, 68 (1982), pp. 166-180.

MacDonald, Sally, y Michael Rice, eds., *Consuming Ancient Egypt*, Londres, 2003.
Macqueen, J. G., *The Hittites and Their Contemporaries in Asia Minor*, Londres, 1986.
Maish, Amy, «Not Just Another Cut Throat», *Nekhen News*, 15 (2003), p. 26.
Málek, Jaromír, *In the Shadow of the Pyramids: Egypt During the Old Kingdom*, Norman, Oklahoma, 1986.
—, «The Old Kingdom (c. 2686-2160 BC)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 83-107.
Mallinson, Michael, «The Sacred Landscape», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 72-79.
Malville, J. McK., F. Wendorf, A. A. Mazar y R. Schild, «Megaliths and Neolithic astronomy in southern Egypt», *Nature*, 392 (1998), pp. 488-491.
Manassa, Colleen, *The Great Karnak Inscription of Merneptah: Grand Strategy in the 13th Century BC*, New Haven, 2003.
Manley, Bill, *The Penguin Historical Atlas of Ancient Egypt*, Londres, 1996.
Manning, J. G., *Land and Power in Ptolemaic Egypt*, Cambridge, 2003.
Marcus, Ezra S., «Amenemhet II and the sea: maritime aspects of the Mit Rahina (Memphis) inscription», *Ägypten und Levante*, 17 (2007), pp. 137-190.
Martin, Geoffrey T., *A Bibliography of the Amarna Period and Its Aftermath*, Londres, 1991.
—, *The Memphite Tomb of Horemheb, Commander-in-Chief of Tut'ankhamun, I: The Reliefs, Inscriptions, and Commentary*, Londres, 1989.
—, *The Royal Tomb at El-'Amarna*, 2 vols., Londres 1974 y 1989.
—, «The Toponym Retjenu on a Scarab from Tell el-Dab'a», *Ägypten und Levante*, 8 (2000), pp. 109-112.
Mathieson, Ian J., y Ana Tavares, «Preliminary report on the National Museums of Scotland Saqqara Survey Project, 1990-1991», *Journal of Egyptian Archaeology*, 79 (1993), pp. 17-31.
Mathieson, Ian J., Elizabeth Bettles, Sue Davies y H. S. Smith, «A stela of the Persian Period from Saqqara», *Journal of Egyptian Archaeology*, 81 (1995), pp. 23-42.
Maugh, Thomas H., «Ancient Kush rivaled Egypt, experts say», *Los Angeles Times*, 19 de junio de 2007.
McGing, Brian C., «Revolt Egyptian Style. Internal Opposition to Ptolemaic Rule», *Archiv für Papyrusforschung*, 43 (1997), pp. 273-314.
McHugh, W., «Implications of a decorated Predynastic terracotta model for Saharan Neolithic influence in the Nile valley», *Journal of Near Eastern Studies*, 49 (1990), pp. 265-280.
McNamara, Liam, «The revetted mound at Hierakonpolis and early kingship, a reinterpretation», en B. Midant-Reynes e Y. Tristant, eds., *Egypt at Its Origins 2. Proceedings of the International Conference «Origins of the state, Predynastic*

and Early Dynastic Egypt», Toulouse, France, 5th-8th September 2005, Lovaina, París y Dudley, 2008, pp. 901-936.

Meadows, Andrew, «Sins of the fathers: the inheritance of Cleopatra, last queen of Egypt», en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt: from History to Myth*, Londres, 2001, pp. 14-31.

Meier, Samuel A., «Diplomacy and International Marriages», en Raymond Cohen y Raymond Westbrook, eds., *Amarna Diplomacy. The Beginnings of International Relations*, Baltimore, 2000, pp. 165-173.

Menu, Bernadette, «L'émergence et la symbolique du pouvoir pharaonique, de la palette de Narmer aux textes des pyramides», *Méditerranées*, 13 (1997), pp. 29-40.

—, «Mise à mort cérémonielle et prélèvements royaux sous la 1ére dynastie (Narmer-Den)», en Jean-Pierre Albert y Béatrix Midant-Reynes, eds., *Le sacrifice humain en Égypte ancienne et ailleurs*, París, 2005, pp. 122-135.

—, *Ramesses the Great, Warrior and Builder*, Londres, 1999.

Metropolitan Museum of Art, The, *Egyptian Art in the Age of the Pyramids*, Nueva York, 1999.

Midant-Reynes, Béatrix, «The Naqada Period (c. 4000-3200 BC)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 41-56.

—, *The Prehistory of Egypt: from The First Farmers to The First Pharaohs*, trad. de Ian Shaw, Oxford, 2000.

Millet, Nicholas B., «Some canopic inscriptions of the reign of Amenhotep III», *Göttinger Miszellen*, 104 (1988), pp. 91-93.

—, «The Narmer macehead and related objects», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 27 (1990), pp. 53-59.

Montserrat, Dominic, *Akhenaten: History, Fantasy and Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2000.

Moran, William L., *The Amarna Letters*, Baltimore, 1992.

Moreno García, Juan Carlos, «Acquisition de serfs durant la Première Période Intermédiaire: une étude d'histoire sociale dans l'Égypte du IIIe millénaire», *Revue d'Égyptologie*, 51 (2000), pp. 123-139.

Morenz, Ludwig D., «The First Intermediate Period - a dark age?», en Bill

Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 228-231.

Morkot, Robert, «Khababash, the guerilla king», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres, 2003, pp. 146-147.

—, «Kingship and Kinship in the Empire of Kush», en Steffen Wenig, ed., *Studien zum antiken Sudan. Akten der 7. Internationalen Tagung für meroitische Forschungen vom 14. bis 19. September 1992 in Gosen/bei Berlin*, Wiesbaden, 1999, pp. 179-229.

—, *The Black Pharaohs*, Londres, 2000.

Morrow, Maggie y Mike, eds., *Desert RATS: Rock Art Topographical Survey in Egypt's Eastern Desert*, Londres, 2002.

Müller-Wollermann, Renate, *Krisenfaktoren im ägyptischen Staat des ausgehenden Alten Reichs*, Tubinga, 1986.

Murnane, William J., *Ancient Egyptian Coregencies*, Chicago, 1977.

—, «Imperial Egypt and the Limits of Power», en Raymond Cohen y Raymond Westbrook, eds., *Amarna Diplomacy. The Beginnings of International Relations*, Baltimore, 2000, pp. 101-111.

—, «Rhetorical History? The Beginning of Thutmose III's First Campaign in Western Asia», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 26 (1989), pp. 183-189.

—, *Texts from the Amarna Period in Egypt*, Atlanta, 1995.

—, «The Gebel Sheikh Suleiman monument, epigraphic remarks», *Journal of Near Eastern Studies*, 46 (1987), pp. 282-285.

—, «The Kingship of the Nineteenth Dynasty: A Study in the Resilience of an Institution», en David O'Connor y David P. Silverman, eds., *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1995, pp. 185-217.

—, «The Return to Orthodoxy», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 177-185.

—, *The Road to Kadesh. A Historical Interpretation of the Battle Reliefs of King Sety I at Karnak*, Chicago, 1985.

—, y Charles C. Van Siclen III, *The Boundary Stelae of Akhenaten*, Londres, 1993.

Naguib, Saphinaz-Amal, *Le clergé féminin d'Amon thébain à la 21e dynastie*, Lovaina, 1990.

Nance, Kevin, «The dark side of King Tut», *Chicago Sun and Times*, 26 de mayo de 2006.

Naville, Édouard, *The Festival Hall of Osorkon II in the Great Temple of Bubastis (1887-1889)*, Londres, 1892.

Needler, Winifred, «A rock-drawing on Gebel Sheikh Suliman (near Wadi Halfa) showing a scorpion and human figures», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 6 (1967), pp. 87-92.

Newberry, Percy E., *Beni Hasan*, I, Londres, 1893.

Niwinski, Andrzej, «Le passage de la XXe à la XXIIe dynastie, chronologie et histoire politique», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 95 (1995), pp. 329-360.

Nunn, John F., *Ancient Egyptian Medicine*, Londres, 1996.

—, «Disease», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 396-401.

O'Connor, David, *Ancient Nubia. Egypt's Rival in Africa*, Filadelfia, 1993.

—, «The earliest royal boat graves», *Egyptian Archaeology*, 6 (1995), pp. 3-7.

—, «The Hyksos Period in Egypt», en Eliezer D. Oren, ed., *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, 1997, pp. 45-67.
—, «The royal boat burials at Abydos», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 38-41.
—, «The Sea Peoples and the Egyptian Sources», en Eliezer D. Oren, ed., *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, Filadelfia, 2000, pp. 85-102.
—, y Eric H. Cline, eds., *Amenhotep III: Perspectives on His Reign*, Ann Arbor, 1998.
—, y David Silverman, eds., *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden, 1995.
Obsomer, Claude, «La date de Nésou-Montou (Louvre C1)», *Revue d'Égyptologie*, 44 (1993), pp. 103-114.
—, *Sésostris Ier. Étude chronologique et historique du règne*, Bruselas, 1995.
Oren, Eliezer D., «The "Kingdom of Sharuhen" and the Hyksos Kingdom», en Eliezer D. Oren, ed., *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, 1997, pp. 253-283.
—, ed., *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, Filadelfia, 2000.
Owen, Gwil, «The Amarna courtiers' tombs», *Egyptian Archaeology*, 17 (2000), pp. 21-24.
Panagiotopoulos, Diamantis, «Foreigners in Egypt in the Time of Hatshepsut and Thutmose III», en Eric H. Cline y David O'Connor, eds., *Thutmose III: A New Biography*, Ann Arbor, 2006, pp. 370-412.
Pantalacci, Laure, «De Memphis à Balat. Les liens entre la résidence et les gouverneurs de l'oasis à la VIe dynastie», en Catherine Berger y Bernard Mathieu, eds., *Études sur l'Ancien Empire et la nécropole de Saqqâra dédiées à Jean-Philippe Lauer*, Montpellier, 1997, pp. 341-349.
Parkinson, Richard B., «Teachings, discourses and tales from the Middle Kingdom», en Stephen Quirke, ed., *Middle Kingdom Studies*, New Malden, 1991, pp. 91-122.
—, *The Tale of Sinuhe and Other Ancient Egyptian Poems 1940-1640 BC*, Oxford, 1997.
—, *Voices from Ancient Egypt. An Anthology of Middle Kingdom Writings*, Norman, Oklahoma, 1991.
—, y Louis Schofield, «Akhenaten's army?», *Egyptian Archaeology*, 3 (1993), pp. 34-35.
Parr, Peter J., «Nebi Mend, Tell», en Eric M. Meyers, ed., *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, Nueva York y Oxford, 1997, vol. 4, pp. 114-115.
Payraudeau, Frédéric, «Des nouvelles annales sacerdotales des règnes de Siamon, Psousennès II et Osorkon Ier», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 108, en prensa.
Peacock, David, *Rome in the Desert: A Symbol of Power*, Southampton, 1992.
—, «The Roman Period (30 BC-AD 395)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 414-436.

—, y Valerie Maxfield, «On the Trail of Imperial Porphyry», *Egyptian Archaeology*, 5 (1994), pp. 24-26.

Peden, A. J., *The Reign of Ramesses IV*, Warminster, 1994.

Peet, T. Eric, *The Great Tomb-Robberies of the Twentieth Egyptian Dynasty*, Oxford, 1930.

Perdu, Olivier, «La chefferie de Sébennytos de Piankhi à Psammétique Ier», *Revue d'Égyptologie*, 55 (2004), pp. 95-111.

Pérez Accino, José Ramón, «The Great Pyramid», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 61-66.

Pérez Die, María del Carmen, «The ancient necropolis at Ehnasya el-Medina», *Egyptian Archaeology*, 24 (2004), pp. 21-24.

Pestman, P. W., «Haronnophris and Chaonnophris. Two indigenous pharaohs in Ptolemaic Egypt (205-186 B.C.)», en S. P. Vleeming, ed., *Hundre-dgated Thebes*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1995, pp. 101-137.

Petrie, W. M. Flinders, *Royal Tombs of the Earliest Dynasties, II*, Londres, 1901.

—, *Royal Tombs of the First Dynasty, I*, Londres, 1900.

—, *Tombs of the Courtiers and Oxyrhynkhos*, Londres, 1925.

Petschel, Susanne, y Martin von Falck, *Pharao siegt immer. Krieg und Frieden im Alten Ägypten*, Bönen, 2004.

Philips, Allan K., «Horemheb, Founder of the XIXth Dynasty? O. Cairo 25646 reconsidered», *Orientalia*, 46 (1977), pp. 116-121.

Pinch, Geraldine, *Egyptian Myth: A Very Short Introduction*, Oxford, 2004.

Polz, Daniel, *Der Beginn des Neuen Reiches. Zur Vorgeschichte einer Zeitenwende*, Berlín y Nueva York, 2007.

—, «Die Särge des (Pa-)Ramessu», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 42 (1986), pp. 145-166.

—, «The pyramid complex of Nubkheperre Intef», *Egyptian Archaeology*, 22 (2003), pp. 12-15.

Polz, Felicitas, «Die Bildnisse Sesostris' III. und Amenemhets III. Bemerkungen zur königlichen Rundplastik der späten 12. Dynastie», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 51 (1995), pp. 227-254.

Porten, Bezalel, *The Elephantine Papyri in English*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1996.

Posener, Georges, *La première domination perse en Égypte*, El Cairo, 1936.

—, «Les asiatiques en Égypte sous les XIIe et XIIIe dynasties», *Syria*, 34 (1957), pp. 145-163.

—, *Littérature et politique dans l'Égypte de la XIIe dynastie*, París, 1956.

Posener-Kriéger, Paule, *Les archives du temple funéraire de Néferirkarê-Kakaï (Les Papyrus d'Abousir)*, 2 vols., El Cairo, 1976.

Postgate, Nicholas, Tao Wang y Toby Wilkinson, «The evidence for early writing, utilitarian or ceremonial?», *Antiquity*, 69 (1995), pp. 459-480.

Potter, Wendy E., y Joseph F. Powell, «Big Headaches in the Predynastic, Cranial Trauma at HK43», *Nekhen News*, 15 (2003), pp. 26-27.
Preston, Diana, *Cleopatra and Antony*, Londres, 2008.
Pritchard, James B., ed., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, 3.ª ed., Princeton, 1969.
Pusch, Edgar B., «"Pi-Ramesse-geliebt-von-Amun, Hauptquartier deiner Streitwagentruppen" — Ägypter und Hethiter in der Delta-Residenz der Ramessiden», en Anne Eggebrecht, ed., *Pelizaeus-Museum Hildesheim — Die ägyptische Sammlung*, Maguncia, 1993, pp. 126-144.
—, «Recent work at northern Piramesse. Results of excavations by the Pelizaeus-Museum, Hildesheim, at Qantir», en Edward Bleiberg y Rita Freed, eds., *Fragments of a Shattered Visage. The Proceedings of the International Symposium on Ramesses the Great*, Memphis, 1991, pp. 199-220.
—, «Towards a map of Piramesse», *Egyptian Archaeology*, 14 (1999), pp. 13-15.
—, y Anja Herold, «Qantir/Pi-Ramesses», en Kathryn A. Bard, ed., *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, Londres, 1999, pp. 647-649.
—, Helmut Becker y Jörg Fassbinder, «Wohnen und Leben: oder, weitere Schnitte zum einem Stadtplan der Ramses-Stadt», *Ägypten und Levante*, 9 (1999), pp. 155-170.
Quack, Joachim F., «*Kft3w and 'I3ssy*», *Ägypten und Levante*, 6 (1996), pp. 75-81.
Quaegebeur, Jan, «Cléopâtre VII et le temple de Dendara», *Göttinger Miszellen*, 120 (1991), pp. 49-72.
—, «Contribution à la prosopographie des prêtres memphites à l'époque ptolémaïque», *Ancient Society*, 3 (1972), pp. 77-109.
—, «The Egyptian clergy and the cult of the Ptolemaic dynasty», *Ancient Society*, 20 (1989), pp. 93-116.
Quibell, James E., *Hierakonpolis, I*, Londres, 1900.
—, «Slate Palette from Hierakonpolis», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 36 (1898), pp. 81-84.
—, y Frederick W. Green, *Hierakonpolis, II*, Londres, 1902.
Quirke, Stephen, *Ancient Egyptian Religion*, Londres, 1992.
—, «Frontier or Border? The Northeast Delta in Middle Kingdom Texts», en *The Archaeology, Geography and History of the Egyptian Delta in Pharaonic Times*, Oxford, 1989, pp. 261-275.
—, «Judgment of the dead», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 2, pp. 211-214.
—, «Royal power in the 13th Dynasty», en Stephen Quirke, ed., *Middle Kingdom Studies*, New Malden, 1991, pp. 123-139.
—, «State and Labour in the Middle Kingdom. A Reconsideration of the Term *hnrt*», *Revue d'Égyptologie*, 39 (1988), pp. 83-106.

—, *Who Were the Pharaohs? A History of Their Names With a List of Cartouches*, Londres, 1990.
Raven, Maarten, «The tomb of Meryneith at Saqqara», *Egyptian Archaeology*, 20 (2002), pp. 26-28.
Ray, John D., «Alexandria», en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt: from History to Myth*, Londres, 2001, pp. 32-37.
—, «Amasis, the pharaoh with no illusions», *History Today*, 46/3 (1996), pp. 27-31.
—, «Egypt: dependence and independence (425-343 BC)», en Heleen Sancisi-Weerdenburg, ed., *Achaemenid History, I: Sources, Structures and Synthesis. Proceedings of the Groningen 1983 Achaemenid History Workshop*, Leiden, 1987, pp. 79-95.
—, «Late Period, An Overview», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 2, pp. 267-272.
—, «Late Period, Thirtieth Dynasty», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 2, pp. 275-276.
—, «Psammuthis and Hakoris», *Journal of Egyptian Archaeology*, 72 (1986), pp. 149-158.
—, *Reflections of Osiris. Lives from Ancient Egypt*, Londres, 2001.
—, «The emergence of writing in Egypt», *World Archaeolgy*, 17 (1986), pp. 307-316.
—, *The Rosetta Stone and the Rebirth of Ancient Egypt*, Londres, 2007.
Redford, Donald B., «A gate inscription from Karnak and Egyptian involvement in Western Asia during the early 18th Dynasty», *Journal of the American Oriental Society*, 99 (1979), pp. 270-287.
—, *Akhenaten, the Heretic King*, Princeton, 1984.
—, «Egypt and Western Asia in the Late New Kingdom: An Overview», en
Eliezer D. Oren, ed., *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, Filadelfia, 2000, pp. 1-20.
—, «Taharqa», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 3, pp. 346-347.
—, «Textual Sources for the Hyksos Period», en Eliezer D. Oren, ed., The *Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*, Filadelfia, 1997, pp. 1-44.
—, ed., *The Akhenaten Temple Project*, vol. 2: *Rwd-Mnw and Inscriptions*, Toronto, 1988.
—, «The Beginning of the Heresy», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 50-59.
—, «The Northern Wars of Thutmose III», en Eric H. Cline y David O'Connor, eds., *Thutmose III: A New Biography*, Ann Arbor, 2006, pp. 325-343.
—, «The Tod Inscription of Senwosret I and Early 12th Dyn. Involvement in Nubia and the South», *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities*, 17.1/2 (1987), pp. 36-55.

—, *The Wars in Syria and Palestine of Thutmose III*, Leiden y Boston, 2003.
Redford, Susan y Donald, «Graffiti and petroglyphs old and new from the Eastern Desert», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 26 (1989), pp. 3-49.
Redford, Susan, «Two Field Seasons in the Tomb of Parennefer, No. 188 at Thebes», *KMT*, 6 (primavera de 1995), pp. 62-70.
Redmount, Carol A., y Renée Friedman, «Tell el Muqdam, City of Lions», *Egyptian Archaeology*, 3 (1993), pp. 37-38.
Reeves, Nicholas, *Akhenaten: Egypt's False Prophet*, Londres y Nueva York, 2001.
—, *The Complete Tutankhamun*, Londres, 1990.
—, «The Royal Family», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, pp. 81-95.
—, y Richard H. Wilkinson, *The Complete Valley of the Kings*, Londres y Nueva York, 1996.
Rehren, Thilo, y Edgar B. Pusch, «Glass and glass-making at Qantir-Piramesses and beyond», *Ägypten und Levante*, 9 (1999), pp. 171-179.
Resch, Walter F. E., «Neue Felsbilderfunde in der ägyptische Ostwüste», *Zeitschrift für Ethnologie*, 88 (1963), pp. 86-97.
Reymond, E. A. E., y J. W. B. Barns, «Alexandria and Memphis. Some Historical Observations», *Orientalia*, 46 (1977), pp. 1-33.
Ricke, Herbert, *Das Sonnenheiligtum des Königs Userkaf*, 2 vols., El Cairo, 1965 y 1969.
Rilly, Claude, «Une nouvelle interprétation du nom royal Piankhy», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 101 (2001), pp. 351-368.
Roaf, Michael, *Cultural Atlas of Mesopotamia and the Ancient Near East*, Oxford, 1990.
Robins, Gay, *The Art of Ancient Egypt*, Londres, 1997.
Roehrig, Catharine H., «Senenmut, royal tutor to princess Neferure», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: from Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 112-113.
—, ed., *Hatshepsut: from Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005.
Rohl, David, ed., *The Followers of Horus. Eastern Desert Survey Report*, vol. 1, Basingstoke, 2000.
Romer, John, *The Great Pyramid. Ancient Egypt Revisited*, Cambridge, 2007.
Rosati, Gloria, «The temple of Ramesses II at El-Sheikh Ibada», *Egyptian Archaeology*, 28 (2006), pp. 39-41.
Rose, Jerry, «Amarna lives, reading people's bones», *Horizon*, 1 (octubre de 2006), p. 7.
Rossel, Stine, Fiona Marshall, Joris Peters, Tom Pilgram, Matthew D. Adams y David O'Connor, «Domestication of the donkey: Timing, processes, and

indicators», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 105.10 (2008), pp. 3.715-3.720.

Roth, Ann Macy, «Hatshepsut's Mortuary Temple at Deir el-Bahri. Architecture as Political Statement», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: from Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 147-151.

—, «Models of Authority. Hatshepsut's Predecessors in Power», en Catharine H. Roehrig, ed., *Hatshepsut: from Queen to Pharaoh*, Nueva York, 2005, pp. 9-14.

—, «Social Change in the Fourth Dynasty: The Spatial Organization of Pyramids, Tombs, and Cemeteries», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 30 (1993), pp. 33-55.

—, «The Meaning of Menial Labour, "Servant Statues" in Old Kingdom Serdabs», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 39 (2002), pp. 103-121.

Russmann, Edna R., *Egyptian Sculpture: Cairo and Luxor*, Londres, 1989.

—, «Mentuemhat's Kushite Wife (Further Remarks on the Decoration of the Tomb of Mentuemhat, 2)», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 34 (1997), pp. 21-39.

Ryholt, Kim, «The Late Old Kingdom in the Turin King-List and the Identity of Nitocris», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 127 (2000), pp. 87-100.

—, *The Political Situation in Egypt During the Second Intermediate Period c. 1800-1550 BC*, Copenhague, 1997.

Sandars, Nancy K., *The Sea Peoples: Warriors of the Ancient Mediterranean*, Londres, 1978.

Sandman, Maj, *Texts From the Time of Akhenaten*, Bruselas, 1938.

Säve-Söderbergh, Torgny, «A Buhen stela from the Second Intermediate Period (Khartum No. 18)», *Journal of Egyptian Archaeology*, 35 (1949), pp. 50-58.

Schäfer, Heinrich, «Ein Zug nach der grossen Oase unter Sesostris I.», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 42 (1905), pp. 124-128.

Scheil, V., «Documents et arguments. 10: Inscription de Darius à Suez», *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*, 27 (1930), pp. 93-97.

Schenkel, Wolfgang, *Memphis-Herakleopolis-Theben. Die epigraphischen Zeugnisse der 7.-11. Dynastie Ägyptens*, Wiesbaden, 1965.

Schild, Romauld, y Fred Wendorf, «Palaeo-ecologic and Palaeo-climatic Background to Socio-economic Changes in the South Western Desert of Egypt», en Renée Friedman, ed., *Egypt and Nubia: Gifts of the Desert*, Londres, 2002, pp. 21-27.

Schmitz, Franz-Jürgen, *Amenophis I.*, Hildesheim, 1978.

Schofield, Louise, y Richard Parkinson, «Of helmets and heretics, a possible Egyptian representation of Mycenaean warriors on a papyrus from el-Amarna», *Annual of the British School at Athens*, 89 (1994), pp. 157-170.

Schulman, Alan R., *Military Rank, Title and Organization in the Egyptian New Kingdom*, Berlín, 1964.

—, «The battle scenes of the Middle Kingdom», *Journal of the Society for the Study of Egyptian Antiquities*, 12 (1982), pp. 165-183.

Seidlmayer, Stephan Johannes, «Epigraphische Bemerkungen zur Stele des Sethnachte aus Elephantine», en Heike Guksch y Daniel Polz, eds., *Stationen: Beiträge zur Kulturgeschichte Ägyptens; Rainer Stadelmann gewidmet*, Maguncia, 1998, pp. 363-386 y láminas 20-21.

—, «The First Intermediate Period (c. 2160-2055 BC)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 108-136.

—, «Town and state in the early Old Kingdom. A view from Elephantine», en Jeffrey Spencer, ed., *Aspects of Early Egypt*, Londres, 1996, pp. 108-127 y láminas 22-23.

—, «Zwei Anmerkungen zur Dynastie der Herakleopoliten», *Göttinger Miszellen*, 157 (1997), pp. 81-90.

Shaw, Ian, *Ancient Egypt: A Very Short Introduction*, Oxford, 2004.

—, «Balustrades, stairs and altars in the cult of the Aten at el-Amarna», *Journal of Egyptian Archaeology*, 80 (1994), pp. 109-127.

—, «Khafra's quarries in the Sahara», *Egyptian Archaeology*, 16 (2000), pp. 28-30.

—, «The end of the great pyramid age», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 224-227.

—, y Tom Heldal, «Rescue work in the Khafra quarries at Gebel el-Asr», *Egyptian Archaeology*, 23 (2003), pp. 14-16.

Shirley, J. J., «The beginning of the Empire», conferencia inédita pronunciada en el Congreso del CXXV Aniversario de la Egypt Exploration Society, Londres, 23 de junio de 2007.

Sidebotham, Steven, y Willemina Wendrich, «Berenike, Roman Egypt's maritime gateway to Arabia and India», *Egyptian Archaeology*, 8 (1996), pp. 15-18.

Siliotti, Alberto, *Guide to the Pyramids of Egypt*, El Cairo, 1997.

Silverman, David P., «The Spoken and Written Word», en Rita E. Freed, Yvonne J. Markowitz y Sue H. D'Auria, eds., *Pharaohs of the Sun: Akhenaten, Nefertiti, Tutankhamen*, Londres, 1999, cols. 151-155.

Simpson, William Kelly, «Sennefer», en Wolfgang Helck y Wolfhart Westendorf, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, 1984, vol. V, pp. 855-856.

—, «Studies in the Twelfth Egyptian Dynasty III, Year 25 in the Era of the Oryx Nome and the Famine Years in Early Dynasty 12», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 38 (2001), pp. 7-8.

—, «The single-dated monuments of Sesostris I, an aspect of the institution of coregency in the Twelfth Dynasty», *Journal of Near Eastern Studies*, 15 (1956), pp. 214-219.

—, *The Terrace of the Great God at Abydos: The Offering Chapels of Dynasties 12 and 13*, New Haven y Filadelfia, 1974.

Singer, Itamar, «New Evidence on the End of the Hittite Empire», en Eliezer D. Oren, ed., *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, Filadelfia, 2000, pp. 21-33.

Smith, Harry S., *A Visit to Ancient Egypt. Life at Memphis and Saqqara (c. 500-30 BC)*, Warminster, 1974.

—, y Alexandrina, «A Reconsideration of the Kamose Texts», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 103 (1976), pp. 48-76.

Smith, Stuart Tyson, «Askut and the Role of the Second Cataract Forts», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 28 (1991), pp. 107-132.

Smith, W. Stevenson, *The Art and Architecture of Ancient Egypt*, ed. rev. con adiciones de William Kelly Simpson, New Haven, 1981.

Smither, Paul C., «The Semnah despatches», *Journal of Egyptian Archaeology*, 31 (1945), pp. 3-10.

Snape, Steven, «Ramesses II's Forgotten Frontier», *Egyptian Archaeology*, 11 (1997), pp. 23-24.

—, «Statues and soldiers at Abydos in the Second Intermediate Period», en Christopher Eyre, Anthony Leahy y Lisa Montagno Leahy, eds., *The Unbroken Reed. Studies in the Culture and Heritage of Ancient Egypt in Honour of A.F. Shore*, Londres, 1994, pp. 304-314.

Soukiassian, Georges, Michel Wuttmann y Daniel Schaad, «La ville d'Ayn Asil à Dakhla. État de recherches», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 90 (1990), pp. 347-358.

Sourouzian, Hourig, «New colossal statues at Kom el-Hettân», *Egyptian Archaeology*, 21 (2002), pp. 36-37.

Spalinger, Anthony J., «Late Period, Twenty-sixth Dynasty», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 2, pp. 272-274.

—, «The concept of the monarchy during the Saite epoch: an essay of synthesis», *Orientalia*, 47 (1978), pp. 12-36.

—, «The Reign of King Chabbash, An Interpretation», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 105 (1978), pp. 142-154.

—, *War in Ancient Egypt*, Oxford, 2005.

Spanel, Donald B., «Asyut», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 154-156.

—, «The date of Ankhtifi of Mo'alla», *Göttinger Miszellen*, 78 (1984), pp. 87-94.

—, «The First Intermediate Period through the Early Eighteenth Dynasty», en Gay Robins, ed., *Beyond the Pyramids*, Atlanta, 1990, pp. 17-22.

—, «The Herakleopolitan Tombs of Kheti I, *Jt(.j)jb(.j)*, and Kheti II at Asyut», *Orientalia*, 58 (1989), pp. 301-314.

Spence, Kate, «Ancient Egyptian chronology and the astronomical orientation of pyramids», *Nature*, 408 (2000), pp. 320-324.

—, «Are the pyramids aligned with the stars?», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 71-73.
—, «Astronomical orientation of the pyramids», *Nature*, 412 (2001), pp. 699-700.
—, «Royal Walling Projects of the Second Millennium BC: Beyond an Interpretation of Defence», *Cambridge Archaeological Journal*, 14 (2004), pp. 265-271.
—, «The North Palace at Amarna», *Egyptian Archaeology*, 15 (1999), pp. 14-16.
—, «What is a pyramid for?», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 50-53.
Spencer, A. Jeffrey, *Early Egypt. The Rise of Civilisation in the Nile Valley*, Londres, 1993.
Spencer, Neal, «The great naos of Nekhthorheb from Bubastis», *Egyptian Archaeology*, 26 (2005), pp. 21-24.
Spencer, Patricia, «Digging diary 2003», *Egyptian Archaeology*, 24 (2004), pp. 25-29.
—, y A. Jeffrey Spencer, «Notes on late Libyan Egypt», *Journal of Egyptian Archaeology*, 72 (1986), pp. 198-201.
Stadelmann, Rainer, «Beiträge zur Geschichte des Alten Reiches. Die Länge der Regierung des Snofru», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 43 (1987), pp. 229-240.
—, «The Great Sphinx of Giza», en Zahi Hawass, ed., *Egyptology at the Dawn of the Twenty-first Century. Proceedings of the Eighth International Congress of Egyptologists, Cairo, 2000*, El Cairo y Nueva York, 2002, vol. 1, pp. 464-469.
Steel, Louise, «Egypt and the Mediterranean World», en Toby Wilkinson, ed., *The Egyptian World*, Abingdon y Nueva York, 2007, pp. 459-475.
—, «The "Sea Peoples", raiders or refugees?», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres, 2003, pp. 176-180.
Strouhal, Eugen, «Deformity», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 1, pp. 364-366.
Strudwick, Nigel, *The Administration of Egypt in the Old Kingdom*, Londres, 1985.
Tavares, Ana, «The Saqqara survey project», en Christopher J. Eyre, ed., *Proceedings of the Seventh International Congress of Egyptologists*, Lovaina, 1998, pp. 1.135-1.142.
Taylor, John H., *Death and the Afterlife in Ancient Egypt*, Londres, 2001.
—, *Egyptian Coffins*, Princes Risborough, 1989.
—, «Nodjmet, Payankh and Herihor, The end of the New Kingdom reconsidered», en Christopher J. Eyre, ed., *Proceedings of the Seventh International Congress of Egyptologists*, Lovaina, 1998, pp. 1.143-1.155.
—, «The Third Intermediate Period (1069-664 BC)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 324-363.
Thijs, Ad, «In Search of King Herihor and the Penultimate Ruler of the 20th Dynasty», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 132 (2005),

pp. 73-91.
Thompson, Dorothy J., *Memphis Under the Ptolemies*, Princeton, 1988.
Thompson, Kristin, «Amarna statuary fragments», *Egyptian Archaeology*, 25 (2004), pp. 14-16.
Tiraditti, Francesco, «Three years of research in the tomb of Harwa», *Egyptian Archaeology*, 13 (1998), pp. 3-6.
Tobin, Vincent Arieh, «Creation myths», en Donald B. Redford, ed., *The Oxford Encyclopedia of Ancient Egypt*, Nueva York, 2001, vol. 2, pp. 469-472.
Török, László, «Iconography and mentality: three remarks on the Kushite way of thinking», en W. Vivian Davies, ed., *Egypt and Africa: Nubia from Prehistory to Islam*, Londres, 1991, pp. 195-204.
Traunecker, Claude, «Essai sur l'histoire de la XXIXe dynastie», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 79 (1979), pp. 395-436.
Tresson, Paul, «La stèle de Naples», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 30 (1930), pp. 369-391.
Trigger, Bruce G., «The Narmer Palette in cross-cultural perspective», en M. Görg y E. Pusch, eds., *Festschrift Elmar Edel*, Bamberg, 1979, pp. 409-419.
Turner, E. G., «A commander-in-chief's order from Saqqâra», *Journal of Egyptian Archaeology*, 60 (1974), pp. 239-242.
Tyldesley, Joyce, *Chronicle of the Queens of Egypt*, Londres y Nueva York, 2006.
—, *Hatchepsut: The Female Pharaoh*, Londres, 1996.
Uphill, Eric P., *Egyptian Towns and Cities*, Princes Risborough, 1988.
Vagnetti, Lucia, «Western Mediterranean Overview: Peninsular Italy, Sicily and Sardinia at the Time of the Sea Peoples», en Eliezer D. Oren, ed., *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, Filadelfia, 2000, pp. 305-326.
Valbelle, Dominique, «A First Persian Period fortress at Tell el-Herr», *Egyptian Archaeology*, 18 (2001), pp. 12-14.
—, «Egyptians on the Middle Nile», en Derek A. Welsby y Julie R. Anderson, eds., *Sudan: Ancient Treasures*, Londres, 2004, pp. 92-99.
—, y François Leclère, «Tell Abyad, a royal Ramesside residence», *Egyptian Archaeology*, 32 (2008), pp. 29-32.
Valloggia, Michel, «Radjedef's pyramid complex at Abu Rawash», *Egyptian Archaeology*, 23 (2003), pp. 10-12.
Van den Boorn, G. P. F., *The Duties of the Vizier. Civil Administration in the Early New Kingdom*, Londres y Nueva York, 1988.
Van den Brink, Edwin C. M., y Thomas E. Levy, eds., *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the Early 3rd Millennium BCE*, Londres y Nueva York, 2002.
Van den Hout, Theo P. J., «Khattushili III, King of the Hittites», en Jack M. Sasson, ed., *Civilizations of the Ancient Near East*, Nueva York, 1995, vol. 2, pp. 1.107-1.120.

Van Dijk, Jacobus, «The Amarna Period and the Later New Kingdom (c. 1352-1069 BC)», en Ian Shaw, ed., *The Oxford History of Ancient Egypt*, Oxford y Nueva York, 2000, pp. 265-307.

Van Siclen, Charles, «Tell Basta», en Kathryn A. Bard, ed., *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 1999, pp. 776-778.

Vandersleyen, Claude, «Deux nouveaux fragments de la stèle d'Amosis relatant une tempête», *Revue d'Égyptologie*, 20 (1968), pp. 127-134.

—, *L'Égypte et la vallée du Nil*, vol. 2: *De la fin de l'Ancien Empire à la fin du Nouvel Empire*, París, 1995.

—, *Les guerres d'Amosis*, Bruselas, 1971.

—, «Une tempête sous le règne d'Amosis», *Revue d'Égyptologie*, 19 (1967), pp. 123-159.

Vandier, Jacques, *Mo'alla. La tombe d'Ankhtifi et la tombe de Sebekhotep*, El Cairo, 1950.

Vandorpe, K., «City of many a gate, harbour for many a rebel. Historical and topographical outline of Greco-Roman Thebes», en S. P. Vleeming, ed., *Hundred-gated Thebes*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1995, pp. 203-239.

Vercoutter, Jean, «Les Haou-nebout», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 46 (1947), pp. 125-158; 48 (1949), pp. 107-209.

Verhoogt, A. M. F. W., *Menches, Komogrammateus of Kerkeosiris. The Doings and Dealings of a Village Scribe in the Late Ptolemaic Period (120-110 BC)*, Leiden, Nueva York y Colonia, 1998.

Vernus, Pascal, «Choix de textes illustrant le temps des rois tanites et libyens», en Ministère des Affaires Étrangères/Association Française d'Action Artistique, *Tanis. L'or des pharaons*, París, 1987, pp. 102-111.

—, «La stèle du pharaon *Mntw-Htpi* à Karnak, un nouveau témoignage sur la situation politique et militaire au début de la D.P.I.», Revue *d'Égyptologie*, 40 (1989), pp. 145-161.

Virey, Philippe, «La tombe des vignes à Thèbes», *Recueil des travaux relatifs à la philologie et à l'archéologie égyptiennes et assyriennes*, 20 (1898), pp. 211-223; 21 (1899), pp. 127-133 y 137-149; 22 (1900), pp. 83-97.

Von Beckerath, Jürgen, «Die Dynastie der Herakleopoliten (9./10. Dynastie)», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 93 (1966), pp. 13-20.

—, «Die "Stele der Verbannten" im Museum des Louvre», *Revue d'Egyptologie*, 20 (1968), pp. 7-36.

—, *Handbuch der ägyptischen Königsnamen*, Maguncia, 1999.

—, «Zur Chronologie der XXI. Dynastie», en Dieter Kessler y Regine Schulz, eds., *Gedenkschrift für Winfried Barta*, Frankfurt, 1995, pp. 49-55.

Von Känel, F., «Les mésaventures du conjurateur de Serket Onnophris et de son tombeau», *Bulletin de la Société Française d'Egyptologie*, 87-88 (1980), pp. 31-45.

Wachsmann, Shelley, «To the Sea of the Philistines», en Eliezer D. Oren, ed., *The Sea Peoples and Their World: A Reassessment*, Filadelfia, 2000, pp. 103-143.

Walker, Susan, y Peter Higgs, eds., *Cleopatra of Egypt: from History to Myth*, Londres, 2001.

Weeks, Kent R., «Medicine, Surgery, and Public Health in Ancient Egypt», en Jack M. Sasson, ed., *Civilizations of the Ancient Near East*, Nueva York, 1995, vol. 3, pp. 1.787-1.798.

Wegner, Josef, «A Middle Kingdom town at south Abydos», *Egyptian Archaeology*, 17 (2000), pp. 8-10.

—, «Excavations at the Town of *Enduring-are-the-Places-of-Khakaure-Maa-Kheru-in-Abydos*. A Preliminary Report on the 1994 and 1997 Seasons», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 35 (1998), pp. 1-44.

—, «The Town of Wah-sut at South Abydos, 1999 Excavations», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 57 (2001), pp. 281-306.

Weigall, Arthur E. P., *Travels in the Upper Egyptian Deserts*, Edimburgo y Londres, 1909.

Weinstein, James M., Eric H. Cline, Kenneth A. Kitchen y David O'Connor, «The World Abroad», en David O'Connor y Eric H. Cline, eds., *Amenhotep III: Perspectives on His Reign*, Ann Arbor, 1998, pp. 223-270.

Wendorf, Fred, y Romauld Schild, «Implications of Incipient Social Complexity in the Late Neolithic in the Egyptian Sahara», en Renée Friedman, ed., *Egypt and Nubia: Gifts of the Desert*, Londres, 2002, pp. 13-20.

—, y Romauld Schild, «Nabta Playa and its Role in North-eastern African Prehistory», *Journal of Anthropological Archaeology*, 17 (1998), pp. 97-123.

Wengrow, David, «Rethinking "cattle cults" in early Egypt, towards a prehistoric perspective on the Narmer Palette», *Cambridge Archaeological Journal*, 11 (2001), pp. 91-104.

Wenke, Robert J., «Kom el-Hisn», en Kathryn A. Bard, ed., *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 1999, pp. 415-418.

Wente, Edward F., *Letters from Ancient Egypt*, Atlanta, 1990.

Wiener, Malcolm H., y James P. Allen, «Separate lives, the Ahmose Tempest Stela and the Theran eruption», *Journal of Near Eastern Studies*, 57 (1998), pp. 1-28.

Wilhelm, Gernot, «The Kingdom of Mitanni in Second-Millennium Upper Mesopotamia», en Jack M. Sasson, ed., *Civilizations of the Ancient Near East*, Nueva York, 1995, vol. 2, pp. 1.243-1.254.

Wilkinson, Richard H., *The Complete Gods and Goddesses of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003.

—, *The Complete Temples of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2000.

Wilkinson, Toby, «Did the Egyptians invent writing?», en Bill Manley, ed., *The Seventy Great Mysteries of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 2003, pp. 24-27.

—, *Early Dynastic Egypt*, Londres y Nueva York, 1999.
—, «Egyptian Explorers», en Robin Hanbury-Tenison, ed., *The Seventy Great Journeys in History*, Londres y Nueva York, 2006, pp. 29-32.
—, *Genesis of the Pharaohs*, Londres y Nueva York, 2003.
—, *Lives of the Ancient Egyptians*, Londres y Nueva York, 2007.
—, «Political unification, towards a reconstruction», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Abteilung Kairo*, 56 (2000), pp. 377-395.
—, «Reality versus ideology: the evidence for "Asiatics" in Predynastic and Early Dynastic Egypt», en Edwin C. M. van den Brink y Thomas E. Levy, eds., *Egypt and the Levant. Interrelations from the 4th through the Early 3rd Millennium BCE*, Londres y Nueva York, 2002, pp. 514-520.
—, *Royal Annals of Ancient Egypt: The Palermo Stone and its Associated Fragments*, Londres y Nueva York, 2000.
—, *State Formation in Egypt. Chronology and Society*, Oxford, 1996.
—, «Uruk into Egypt: imports and imitations», en J. Nicholas Postgate, ed., *Artefacts of Complexity: Tracking the Uruk in the Near East*, Warminster, 2002, pp. 237-245.
—, «What a king is this: Narmer and the concept of the ruler», *Journal of Egyptian Archaeology*, 86 (2000), pp. 23-32.
Wiillems, Harco, *Chests of Life. A Study of the Typology and Conceptual Development of Middle Kingdom Standard Class Coffins*, Leiden, 1988.
—, «The nomarchs of the Hare Nome and early Middle Kingdom history», *Jaarbericht van het Vooraziatisch-Egyptisch Genootschap Ex Oriente Lux*, 28 (1983-1984), pp. 80-102.
—, «The social and ritual context of a mortuary liturgy of the Middle Kingdom (*CT* Spells 30-41)», en Harco Willems, ed., *Social Aspects of Funerary Culture in the Egyptian Old and Middle Kingdoms*, Lovaina, 2001, pp. 253-372.
Winkler, Hans A., *Rock-Drawings of Southern Upper Egypt*, vol. 1, Londres, 1938.
—, *Völker und Völkerbewegungen im vorgeschichtlichen Oberägypten im Lichte neuer Felsbilder*, Stuttgart, 1937.
Winlock, Herbert E., *The Slain Soldiers of Neb-hepetre' Mentu-hotpe*, Nueva York, 1945.
Wuttmann, Michel, «Ayn Manawir», Egyptian Archaeology, 22 (2003), pp. 36-37.
Yoyotte, Jean, «Le martelage des noms royaux éthiopiens par Psammétique II», *Revue d'Égyptologie*, 8 (1951), pp. 215-239.
—, «Les principautés du delta au temps de l'anarchie libyenne», *Mémoires publiés par les membres de l'Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire*, 66 (1961) (*Mélanges Maspero*, 1/4), pp. 121-181.
—, «Tanis», en Herbert Coutts, ed., *Gold of the Pharaohs*, Edimburgo, 1988, pp. 10-27.

—, «The royal necropolis of Tanis and its treasures», en Herbert Coutts, ed., *Gold of the Pharaohs*, Edimburgo, 1988, pp. 31-33.

Yurco, Frank J., «Deir el-Medina», en Kathryn A. Bard, ed., *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*, Londres y Nueva York, 1999, pp. 247-250.

—, «Was Amenmesse the Viceroy of Kush, Messuwy?», *Journal of the American Research Center in Egypt*, 34 (1997), pp. 49-56.

Žába, Zbynek, *The Rock Inscriptions of Lower Nubia* (*Czechoslovak Concession*), Praga, 1974.

Žabkar, Louis V., *A Study of the Ba Concept in Ancient Egyptian Texts*, Chicago, 1968.

Ziermann, Martin, *Elephantine XVI. Befestigungsanlagen und Stadtentwicklung in der Frühzeit und im frühen Alten Reich*, Maguncia, 1993.

Zivie, Alain-Pierre, «Ramses I», en Wolfgang Helck y Wolfhart Westendorf, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, 1984, vol. 5, cols. 99-108.

Agradecimientos

La idea de escribir una historia completa del antiguo Egipto, aunque quizá estuviera ya en el fondo de mi mente como un proyecto que emprender en mi época de senectud, jamás habría llegado a materializarse sin el aliento de mi agente, Peter Robinson. Con él —y con sus colegas de Nueva York, Emma Parry y Christy Fletcher— he contraído una inmensa deuda de gratitud. También debo mi agradecimiento a mis estimados colegas académicos, Paul Cartledge, Aidan Dodson, Kate Spence y Dorothy Thompson, por dedicar tan generosamente su tiempo a leer partes del manuscrito, cuestionar algunos de mis presupuestos y corregir imprecisiones en mi conocimiento de los temas objeto de su especialidad. Robert Morkot, Kenneth Kitchen, John Coleman Darnell, Colleen Manassa y Liam McNamara me proporcionaron referencias inestimables y perspectivas tan estimulantes como originales sobre toda una serie de cuestiones. Agradezco a John Guy su introducción personal, que fue la que lo empezó todo; a mis editores, John Flicker y Bill Swainson, por creer en el proyecto y por su atención a los detalles, y a Kate Spence (de nuevo) y Johnny Langridge por su ayuda con los mapas. Finalmente, por su paciencia y comprensión durante mis largos períodos de solitaria reclusión mientras investigaba y escribía este libro, me gustaría dar las gracias a Michael Bailey. Espero que el resultado final le compense de algún modo por tantas noches de soledad frente al televisor.

TOBY WILKINSON se graduó en Egiptología en la universidad de Cambridge. Desde 2004 es profesor del Clare College, en la misma universidad. Reputado experto en la civilización del Egipto antiguo, ha dado conferencias por todo el mundo y ha participado en múltiples proyectos internacionales. Es miembro del consejo editorial del *Journal of Egyptian History* y ha colaborado en radio y televisión, incluyendo el galardonado documental de la BBC sobre la construcción de la Gran Pirámide. Es autor entre otros del elogiado *Dictionary of Ancient Egypt* y de *Genesis of the Pharaohs*, además de editar la reciente enciclopedia *The Egyptian World*. Vive en Cambridge

Notas

1. EL PRINCIPIO

[1] *Libro de los muertos*, cap. 17, sección 2. <<

4. El cielo en la Tierra

[1] Jaromir Malek, «The Old Kingdom», p. 92. <<

[2] Herodoto, libro II, caps. 124 y 127. <<

5. La eternidad garantizada

[1] Textos de las Pirámides, declaraciones 273-274. <<

[2] Unis, inscripción autobiográfica, líneas 3-4. <<

[3] *Ibid*., líneas 10-13. <<

[4] *Ibid*., líneas 6-7. <<

[5] *Ibid*., líneas 27-28. <<

[6] Harjuf, inscripción sepulcral, lado derecho de la entrada, líneas 8-9. <<

[7] *Ibid*., lado izquierdo de la entrada, líneas 4-5. <<

[8] *Ibid*., extremo derecho de la fachada, líneas 6-7. <<

[9] *Ibid*., extremo derecho de la fachada, líneas 15-22. <<

6. GUERRA CIVIL

[1] William Hayes, «Royal Decrees», p. 23. <<

[2] Merer, estela funeraria, línea 9. <<

[3] Iti, estela, cols. 2-3 y 6. <<

[4] Anjtifi, inscripción sepulcral, sección 10. <<

[5] *Ibid*., sección 2. <<

[6] Intef, estela, línea 2. <<

[7] Tyauty, falsa puerta, lado derecho. <<

[8] Tyauty, inscripción en el desierto, línea 2. <<

[9] Hetepi, estela funeraria, línea 5. <<

[10] Dyemy, estela funeraria, cols. 3-4. <<

[11] Jety I, inscripción sepulcral, líneas 7-8. <<

[12] Dyary, estela funeraria, líneas 3-4. <<

[13] Intef II, estela funeraria, líneas 4-5. <<

[14] Tyety, estela funeraria, líneas 12-13. <<

[15] Intef, estela funeraria de Naga el-Deir, línea 4. <<

[16] Henenu, estela funeraria, línea 3. <<

7. EL PARAÍSO APLAZADO

[1] Textos de los Sarcófagos, conjuro 467. <<

[2] *Libro de los muertos*, cap. 6. <<

[3] *Enseñanzas para Merikara*, líneas 55-57. <<

[4] Merer, estela funeraria, línea 7. <<

[5] Textos de los Sarcófagos, conjuro 452. <<

[6] *Ibid*., conjuro 338. <<

[7] Nebanj, «escarabajo del corazón» (trad. de Stephen Quirke, *Hieroglyphs and the Afterlife*, p. 104). <<

8. EL ROSTRO DE LA TIRANÍA

[1] Mentuhotep IV, inscripción del Uadi Hammamat, líneas 10-11. <<

[2] Inscripción de Hatnub, n.º 24, líneas 7-8. <<

[3] Kay, estela funeraria, líneas 4-5. <<

[4] Jnumhotep I, inscripción biográfica, línea 5. <<

[5] *Enseñanzas de Amenemhat I*, III. <<

[6] Intefiqer, inscripción del Uadi el-Girgawi, líneas 6-11. <<

[7] *Enseñanzas de Amenemhat I*, I-II. <<

[8] *Profecía de Neferti*, líneas 57-67. <<

[9] *Historia de Sinuhé*, líneas 165-168. <<

[10] *Leales enseñanzas*, § 2, líneas 1-6. <<

[11] Dediqu, inscripción en estela, líneas 6-7. <<

[12] Ciclo de Himnos a Senusert III, líneas 16-21. <<

[13] Despacho de Semna desde Semna Este (trad. de Paul Smither, «Los despachos de Semna», n.º 4). <<

[14] Senusert III, estela de Semna, línea 10. <<

[15] *Ibid*., líneas 14-16. <<

[16] *Ibid*., líneas 20-21. <<

9. AMARGA COSECHA

[1] Neferhotep III, inscripción de Karnak, línea 6. <<

[2] *Ibid*. <<

[3] Mentuhotepi, estela de Karnak, línea 10 (véase Donald Redford, «Textual Sources», p. 28, n. 75). <<

[4] *Ibid*., línea 5. <<

[5] *Ibid*., línea 4. <<

[6] Ka, estela funeraria, líneas 6-7. <<

[7] Soped-her, estela funeraria, línea 9. <<

[8] Rahotep, estela de Coptos, línea 3. <<

[9] Intef V, estela de Coptos, líneas 5-7. <<

[10] Sobeknajt, inscripción autobiográfica, líneas iniciales. <<

[11] Atu, paleta de escriba, líneas 2-3. <<

[12] *Ibid*., línea 4. <<

[13] Tablilla de Carnarvon n.º 1, líneas 3-4. <<

10. Se restablece el orden

[1] Tablilla de Carnarvon n.º 1, línea 4. <<

[2] *Ibid*., líneas 10-11. <<

[3] *Ibid*., líneas 14-15. <<

[4] Kamose, estela de la victoria en Tebas, líneas 19-24. <<

[5] *Ibid*., líneas 10-11. <<

[6] *Ibid*., líneas 13-14. <<

[7] *Ibid*., líneas 8-9. <<

[8] Ahmose, hijo de Abana, inscripción sepulcral, líneas 13-14. <<

[9] Ahmose, estela de Karnak, línea 13. <<

[10] Ahmose, hijo de Abana, inscripción sepulcral, línea 23. <<

[11] Ahmose, estela de la Tempestad, línea 21. <<

[12] Ahmose, estela de Tetisheri, líneas 13-14. <<

[13] Ahmose, estela de Karnak, líneas 24-27. <<

[14] Ahmose, inscripción en la cantera de piedra caliza de Tura, líneas 5-6. <<

11. Las fronteras se ensanchan

[1] Ahmose, hijo de Abana, inscripción sepulcral, línea 30. <<

[2] Thutmose I, inscripción de la victoria en Tombos, líneas 7-8. <<

[3] *Ibid*., líneas 11-12. <<

[4] Thutmose I, estela de Abydos, línea 21. <<

[5] Ahmose, hijo de Abana, inscripción sepulcral, línea 36. <<

[6] *Ibid*., línea 37. <<

[7] Ineni, inscripción sepulcral, líneas 16-17. <<

[8] Hatshepsut, inscripción en un obelisco de Karnak, línea 15. <<

[9] *Ibid*., líneas 8-32. <<

[10] Senenmut, inscripción en una estatua de Karnak, línea 26. <<

[11] Thutmose III, inscripción sobre Megido de Karnak, línea 8. <<

[12] *Ibid*., línea 84. <<

[13] *Ibid*., línea 86. <<

[14] *Ibid*., línea 94. <<

[15] Thutmose III, inscripción en un obelisco, lado izquierdo. <<

[16] Thutmose III, inscripción en un obelisco, lado derecho. <<

12. Rey y patria

[1] Rejmira, inscripción biográfica, línea 3. <<

[2] Instauración del visir, de la inscripción sepulcral de Rejmira, línea 15. <<

[3] Sennefer, inscripción sepulcral, cámara mortuoria (sección C.4: *Urkunden IV*, p. 1.426, línea 18). <<

[4] *Ibid*., cámara del sarcófago (sección B.6–7: *Urkunden IV*, p. 1.427, línea 8). <<

[5] Sennefer, carta (trad. de Ricardo Caminos, «Papyrus Berlin 10.463»). <<

[6] Qenamón, inscripción sepulcral (escena del joven Amenhotep II en el regazo de su niñera: *Urkunden IV*, p. 1.395, línea 14). <<

[7] Norman de Garis Davies, *The Tomb of Ken-Amun*, pp. 10-16; las traducciones son típicas del contexto de la década de 1930 en el que trabajaba Davies, pero resultan de lo más apropiadas al mundo jerárquico y servil del antiguo Egipto. <<

[8] Qenamón, inscripción sepulcral (escena del joven Amenhotep II en el regazo de su niñera: *Urkunden IV*, p. 1.395, línea 15). <<

[9] *Sátira de los oficios*, 2e. <<

[10] *Sátira de los oficios*, 21h–i, 22a y e. <<

[11] *Misceláneas* (citadas en Rosalind y Jac. Janssen, *Growing Up in Ancient Egypt*, cap. 6). <<

[12] Min, inscripción sepulcral, escena de arqueros, líneas 8-9. <<

[13] Amenhotep II, estela de la Gran Esfinge, línea 11. <<

[14] Amenhotep II, inscripción de Medamud, línea 2. <<

[15] Amenhotep II, estela de la Gran Esfinge, línea 19. <<

[16] *Ibid*., línea 24. <<

[17] Amenhotep II, estela de Menfis, línea 28. <<

[18] *Ibid*., línea 29. <<

13. La edad de oro

[1] Amenhotep III, escarabeo sobre la caza de toros. <<

[2] Amenhotep III, estela de Kom el-Hetan, línea 2. <<

[3] Cartas de Amarna, EA17 (trad. de William Moran, *The Amarna Letters*). <<

[4] Cartas de Amarna, EA19 (trad. de William Moran, *The Amarna Letters*). <<

[5] Amenhotep III, escarabeo del matrimonio. <<

[6] Cartas de Amarna, EA22 (trad. de William Moran, *The Amarna Letters*). <<

[7] Cartas de Amarna, EA1 (trad. de William Moran, *The Amarna Letters*). <<

[8] Amenhotep III, estela de Kom el-Hetan, líneas 11-12. <<

[9] Amenhotep III, inscripción del nacimiento divino, templo de Luxor, sección 4, líneas 2-4. <<

[10] *Ibid*., sección 5, líneas 1-2. <<

[11] *Ibid*., sección 5, líneas 3-5. <<

[12] Jeruef, inscripción sepulcral, línea 28. <<

[13] *Ibid*. <<

14. Revolución real

[1] Cartas de Amarna, EA34 (trad. de William Moran, *The Amarna Letters*). <<

[2] Cartas de Amarna, EA147 (trad. de William Moran, *The Amarna Letters*). <<

[3] Ajenatón, inscripción fundacional inicial, estela K, línea XIX. <<

[4] *Ibid*., estela X, línea 15. <<

[5] *Ibid*., estela X, línea 20. <<

[6] Kevin Nance, «The dark side of King Tut»; la cita alude a la imaginería del reinado de Tutankamón, pero la descripción resulta igualmente aplicable a su padre. <<

[7] Meryra I, inscripción sepulcral (pared sur, lado oeste). <<

[8] John Foster, «The new religion», p. 99. <<

[9] *Gran himno a Atón*, líneas 2-11. <<

[10] *Ibid*., líneas 12-13. <<

[11] Ajenatón, inscripción fundacional posterior, línea 4. <<

[12] Tutu, inscripción sepulcral, pared oeste, lado sur, parte baja, líneas 26-27. <<

[13] Mahu, inscripción sepulcral, pared frontal, lado sur. <<

[14] *Ibid*. <<

[15] Huya, inscripción sepulcral, pared oeste. <<

[16] Cartas de Amarna, EA16 (trad. de William Moran, *The Amarna Letters*). <<

[17] Tutankamón, estela de la Restauración, líneas 5-9. <<

[18] *Ibid*., líneas 4-5. <<

[19] *Hazañas de Shubiluliuma* (trad. de Hans Güterbock, «The Deeds of Suppiluliuma», pp. 94-95). <<

[20] *Ibid*. <<

15. LEY MARCIAL

[1] Horemheb, inscripción de la coronación, líneas 4-5. <<

[2] *Ibid*., línea 25. <<

[3] Horemheb, Edicto, preámbulo, líneas 9-10. <<

[4] *Ibid*., § 9, línea 4. <<

[5] *Ibid*., § 9, línea 6. <<

[6] *Ibid*., § 9, líneas 8-9. <<

[7] *Ibid*., preámbulo, línea 8. <<

[8] Seti I, Decreto de Nauri, líneas 89-93. <<

[9] Seti I, inscripción en el templo de Kanais, texto B, líneas 1-2. <<

[10] *Ibid*., línea 6. <<

16. GUERRA Y PAZ

[1] Ramsés II, «poema» sobre la batalla de Qadesh, línea 56. <<

[2] Ramsés II, tratado con los hititas (versión de Karnak), líneas 9-10. <<

[3] Ramsés II, primera inscripción del matrimonio hitita, línea 34 (la expresión «frontera de Vuestra Majestad» aparece solo en la versión de Karnak del texto, mientras que en la versión de Abu Simbel se lee «frontera de Su Majestad»). <<

[4] Merenptah, Gran Inscripción de Karnak, línea 13. <<

17. TRIUNFO Y TRAGEDIA

[1] Bay, inscripción de Gebel el-Silsila, líneas 8-9. <<

[2] Ostracon O.IFAO 1864, anverso, línea 3. <<

[3] Gran Papiro de Harris I, 75, 4. <<

[4] Sethnajt, estela de Elefantina, línea 15. <<

[5] *Ibid*., línea 4. <<

[6] *Ibid*., línea 5. <<

[7] RS 20.238 (trad. de Michael Astour, «New evidence on the last days of Ugarit», *American Journal of Archaeology*, n.º 69, 1965, p. 255). <<

[8] Ramsés III, gran inscripción del año 8, Medinet Habu, líneas 16-17. <<

[9] *Ibid*., líneas 16-18. <<

[10] *Ibid*., líneas 20-21. <<

[11] Robert Drews, *The End of the Bronze Age*, p. 3. <<

[12] Ramsés III, papiro «de la huelga» de Turín, anverso 1, línea 2. <<

[13] *Ibid*., anverso 2, líneas 2-5. <<

[14] *Ibid*., anverso 2, líneas 14-15. <<

[15] *Ibid*., anverso 2, líneas 15-17. <<

[16] Ramsés III, escenas del harén, Medinet Habu. <<

[17] Ramsés III, papiro «judicial» de Turín, 4: 2. <<

[18] *Ibid*., 3: 2. <<

18. UNA ESPADA DE DOBLE FILO

[1] Ricardo Caminos, «Peasants», p. 24. <<

[2] *Ibid*., p. 20. <<

[3] Ramsés IV, inscripción del año 3 en el Uadi Hammamat, línea 6. <<

[4] Ramsés IV, Gran Estela de Abydos, línea 21. <<

[5] Ramsés IV, segunda estela de Abydos, línea 35. <<

[6] Merenptah, inscripción libia, línea 22. <<

[7] Papiro de Amherst, p. 2, líneas 3-7. <<

[8] Papiro BM 10.052, p. 8, líneas 19-20. <<

[9] *Ibid*., p. 5, líneas 8-9. <<

[10] Últimas Cartas Ramésidas, n.º 35 (trad. de Edward Wente, *Letters from Ancient Egypt*, pp. 183-184). <<

[11] Últimas Cartas Ramésidas, n.º 28. <<

19. Escisiones internas

[1] Ramsés III, estela de Deir el-Medina, línea 3. <<

[2] *Ibid*., líneas 3-4. <<

[3] Últimas Cartas Ramésidas, n.º 28 (trad. de Vivian Davies y Renée Friedman, *Egypt*, p. 149). <<

[4] Himno a Amón; el llamado «credo de la teocracia». <<

[5] Menjeperra, estela de la Prohibición, línea 6. <<

[6] Últimas Cartas Ramésidas, n.º 21 (trad. de Edward Wente, *Letters from Ancient Egypt*, p. 183). <<

[7] I Reyes, 9, 16. <<

20. Un trono deslucido

[1] I Reyes, 14. <<

[2] II Crónicas, 12, 4-5. <<

[3] I Reyes, 14, 25-26. <<

[4] Crónica del príncipe Osorkon, texto A, línea 24 (trad. de Ricardo Caminos, *The Chronicle of Prince Osorkon*). <<

[5] *Ibid*., línea 30. <<

[6] *Ibid*., línea 36. <<

[7] *Ibid*. <<

[8] *Ibid*., línea 53. <<

[9] *Ibid*. <<

[10] *Ibid*., texto B, línea 7. <<

[11] *Ibid*., línea 11. <<

[12] Anales Sacerdotales de Karnak, fragmento 7, línea 3. <<

[13] Pianjy, estela de la victoria, línea 19. <<

[14] *Ibid*., línea 3. <<

[15] *Ibid*. <<

[16] *Ibid*., línea 12. <<

[17] *Ibid*. <<

[18] *Ibid*., línea 14. <<

[19] *Ibid*., línea 32. <<

[20] *Ibid*., líneas 62-67. <<

[21] *Ibid*., línea 78. <<

[22] *Ibid*., línea 85. <<

[23] *Ibid*., línea 86. <<

[24] *Ibid*., línea 106. <<

[25] *Ibid*., líneas 113-114. <<

[26] *Ibid*., líneas 127-128. <<

21. LA VOLUBLE RUEDA DE LA FORTUNA

[1] Shabako, escarabeo conmemorativo. <<

[2] Harua, inscripción en estatua (trad. de Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature*, vol. 3, p. 26). <<

[3] Taharqo, estela del año 6 en Kawa, línea 9. <<

[4] *Ibid*., línea 7. <<

[5] *Ibid*., líneas 11-12. <<

[6] *Ibid*., líneas 16-18. <<

[7] Taharqo, estela en el desierto, líneas 12-15. <<

[8] Anales de Asarhaddón (trad. de James Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts*, p. 293). <<

[9] *Ibid*. <<

[10] Anales de Asurbanipal (trad. de James Pritchard, *Ancient Near Eastern Texts*, pp. 294-295). <<

[11] *Ibid*. <<

[12] Tanutamani, estela del Sueño, líneas 16-17. <<

[13] *Ibid*., línea 25. Los ecos del relato de Kamose sobre sus batallas contra los hicsos eran sin duda deliberados, dirigidos a asignar a Tanutamani el mismo papel de salvador nacional. <<

[14] *Ibid*., líneas 41-42. <<

[15] Anales de Asurbanipal. <<

[16] *Ibid*. <<

[17] Psamético II, estela de Shellal, col. 9. <<

22. Invasión e introspección

[1] Udyahorresne, inscripción en una estatua, lado izquierdo de la indumentaria de la estatua. <<

[2] *Ibid*., bajo el brazo derecho. <<

[3] *Ibid*., bajo el brazo izquierdo. <<

[4] *Ibid*., lado izquierdo de la base. <<

[5] Ahmose, estela del Serapeum, líneas 4-5. <<

[6] Darío I, estela del canal de Suez, texto cuneiforme (trad. de V. Scheil, «Documents et arguments»). <<

[7] Najtnebef, estela de Hermópolis. <<

[8] Najtnebef, estela de Naucratis, líneas 2-3. <<

[9] *Ibid*., línea 3. <<

[10] H. F. Lyte, «Permanece conmigo» (himno). <<

[11] Inscripción de la necrópolis de animales sagrados de Saqqara (trad. de Harry Smith, *A Visit to Ancient Egypt*, p. 43). <<

[12] Petosiris, inscripción sepulcral (trad. de Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature*, vol. 3, p. 46). <<

[13] Ptolomeo (I), estela Sátrapa, línea 8. <<

[14] Arriano, *Anábasis* (citada por Paul Cartledge, *Alexander the Great*, p. 268). <<

23. EL LARGO ADIÓS

[1] Sematauytefnajt, inscripción en estela (trad. de Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature*, vol. 3, pp. 42-43). <<

[2] Templo de Horus en Edfú, salas interiores. <<

[3] Unnefer, inscripción en tapa de sarcófago (trad. de Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature*, vol. 3, pp. 54-58). <<

[4] *Ibid*. <<

24. «FINIS»

[1] Pasherenptah, estela funeraria (trad. de E. A. E. Reymond y J. W. B. Barns, «Alexandria and Memphis», p. 13). <<

[2] César, *Las guerras alejandrinas*, cap. 33 (citado por Andrew Meadows, «Sins of the fathers», p. 25). <<

[3] Taimhotep, estela funeraria, líneas 8-9 (trad. de Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature*, vol. 3, p. 63). <<

[4] *Ibid*., líneas 13-14 (trad. de Miriam Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature*, vol. 3, p. 63). <<

[5] *Ibid*., líneas 15-16 (trad. de Carol Andrews, en Susan Walker y Peter Higgs, eds., *Cleopatra*, p. 186). <<

[6] Plutarco, *Vida de Marco Antonio*, cap. 85 (citado por Andrew Meadows, «Sins of the fathers», p. 31). <<

EPÍLOGO

[1] Samuel Taylor Coleridge, *Recollections*. <<

[*] Se denomina «templo del valle» a una construcción situada a cierta distancia de la pirámide, que servía de entrada al complejo funerario y que estaba unida por una calzada al templo funerario, situado junto a la pirámide. (*N. del T.*) <<

[*] La terminación en *y* de algunos de estos nombres obedece a un determinado criterio de transcripción, pero también es frecuente optar por las formas terminadas en *i*, como «Ini», «Pepi» o «Nebi». (*N. del T.*) <<

[*] O también Jeti; véase la nota anterior. (*N. del T.*) <<